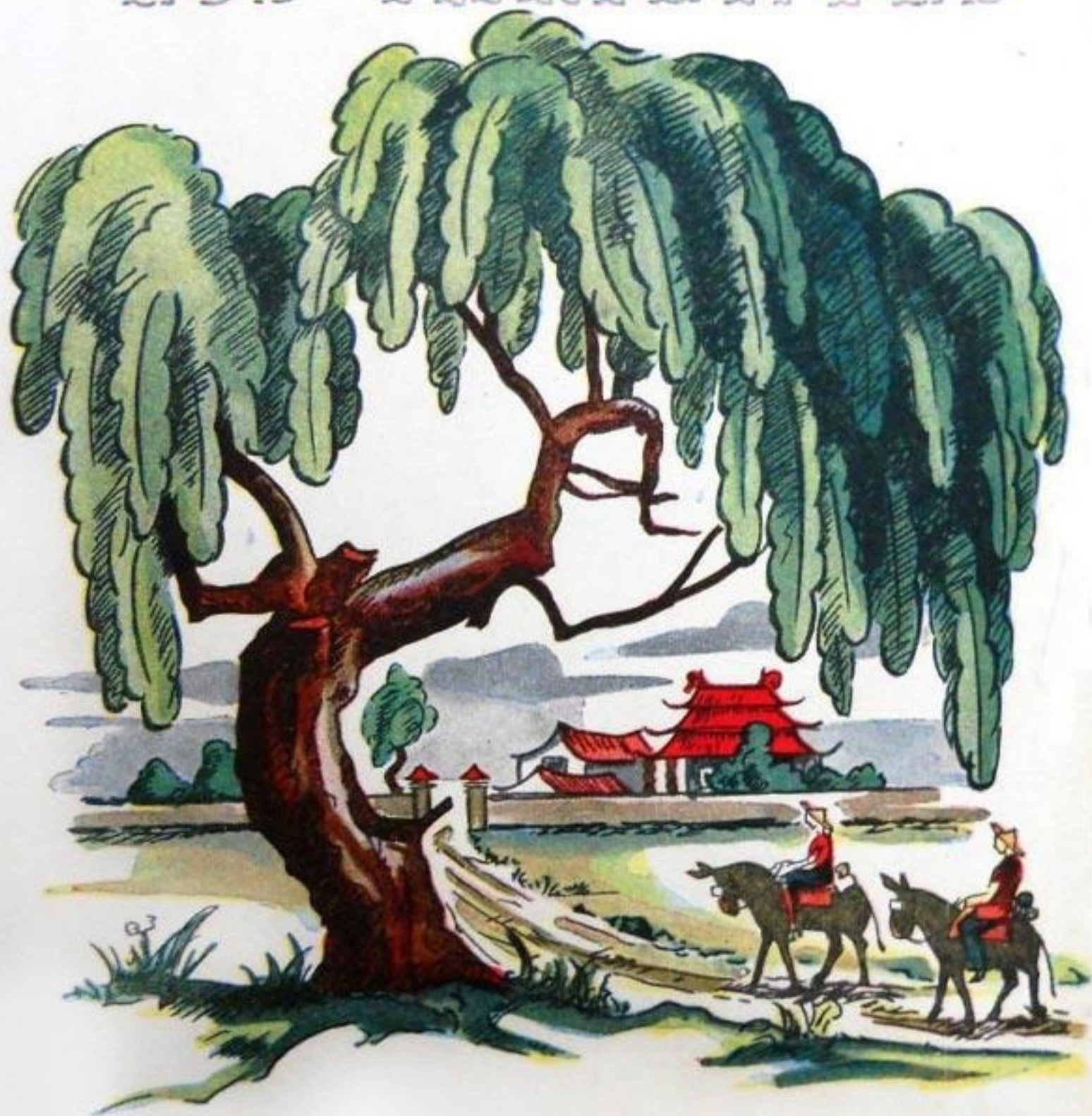


# ★ LOS ★ PARIENTES ★



*Pearl S. Buck*

Lectulandia

*Los parientes* es la historia de una familia china que vive en Nueva York. El Dr. Liang es un hombre entregado al estudio de Confucio y a sus conferencias sobre la civilización china, que se propaga la idea de una patria pura e inmutable. Bajo su influencia, sus cuatro hijos deciden trasladarse a China, a pesar de haber pasado toda su vida en Estados Unidos.

A lo largo del libro veremos como los hermanos tratan de adaptarse de diversas maneras a un nuevo lugar y cultura, descubriendo una China diferente de la que esperaban.

Una muestra inmejorable del alma china y unos personajes memorables que nos dejarán conocer deliciosos matices.

**Lectulandia**

Pearl S. Buck

# **Los parientes**

ePub r1.0

Titivillus 28.07.15

Título original: *Kinfolk*  
Pearl S. Buck, 1950  
Traducción: Josefina Matínez Alinares

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## CAPÍTULO PRIMERO

EL teatro de Chinatown estaba atestado. Los actores traídos de Cantón representaban y cantaban las antiguas óperas chinas. Si Billy Pan, el empresario, declaraba un déficit a la terminación del año lunar, los hombres de negocios contribuían con el dinero necesario para cubrirlo. El teatro era como un baluarte nacional para ellos. Sus hijos asistían a las escuelas americanas, hablaban la lengua americana, actuaban como niños americanos. Los padres no eran gente de educación muy elevada y no podían explicarles a sus hijos lo que era China, excepto que se trataba de su país, un país que no debía ser olvidado. Pero en el teatro podían los hijos ver por sí mismos lo que era China. Aquí se representaba de nuevo su historia y los antiguos héroes surgían a la vida ante los propios ojos. Era el único lugar de Chinatown que podía competir con los cines. Los padres traían temprano a sus hijos y se quedaban hasta tarde. Hablaban con amigos y vecinos, cambiaban golosinas y chismes, y allí estaban como hechizados, soñando, cuando se levantaba el telón, para exhibir las figuras contemporáneas de sus antepasados.

La obra de esta noche era *Mu Lan*, la heroína de hacía mil años, que ocupó el lugar de su padre cuando éste cayó en la batalla y que salvó así de los invasores la nación. Esta obra era una de las favoritas, y aunque figuraba en el repertorio de todas las compañías, los habitantes de Chinatown jamás se cansaban de ella. Era cerca de la medianoche y esperaban con ansia que se levantara el telón para el quinto acto. En este momento, Billy Pan se acercó a la puerta y miró a la muchedumbre desde arriba. Era un hombre robusto, de mediana edad, vestido con un traje gris, y como de costumbre estaba fumando un cigarro. Su cara redonda era jovial y los ojillos le chispeaban de satisfacción al contemplar la casa de un lado a otro. Buen negocio... *Mu Lan* siempre le proporcionaba un buen negocio. Con ojos perspicaces examinó la multitud más detenidamente, buscando algún personaje. Al público le agradaba cuando él podía exhibir una celebridad después de la representación. Conocía a todo el mundo en Chinatown y sus ojos se deslizaron rápidamente de una a otra cara.

Su mirada se detuvo en el asiento del centro de la décima fila. ¡El doctor Liang Wen Hua! Había visto al doctor Liang sólo una vez y en una tribuna, en el barrio alto de Nueva York, cuando, durante la guerra, habían sido invitados unos delegados de Chinatown a una celebración del Doble Diez. El doctor Liang pronunció el discurso principal y todos los delegados se habían enorgullecido de aquella alta y hermosa figura, que también era china. Pero el doctor Liang no había aceptado nunca una invitación en Chinatown. Daba la excusa de que no sabía hablar cantonés, puesto que su región en China estaba al Norte, cerca de Pekín. ¡Y sin embargo, aquí se hallaba esta noche, sentado entre la muchedumbre!

Se levantó el telón y a través de la obscuridad Billy Pan enfiló su camino por el estrecho pasillo. Ante la fila diez se detuvo, cuchicheó y esperó. El hombre del asiento inmediato al del doctor Liang salió obedientemente, y Billy Pan se introdujo

en su lugar.

—¿El doctor Liang? —murmuró con respeto.

El doctor Liang volvió la cabeza.

—Disculpe; yo soy Billy Pan, propietario del teatro —murmuró en inglés—. Lo he visto a usted. ¡Es un gran honor! Nuestro teatro es muy pobre. Siento que no me avisara usted que iba a venir; habría dado una representación mejor. En todo caso, le habría reservado mejor asiento.

El doctor Liang inclinó la cabeza.

—Estoy muy cómodo, gracias —dijo con potente voz profunda—. Y ésta es la obra que deseaba ver.

—Usted no ha venido antes, ¿verdad?

—Como profesor, estoy muy ocupado.

—¿Le gusta a usted esta obra? —insistió Billy Pan.

—Estoy proyectando un curso de verano sobre el drama chino —replicó el doctor Liang—. Y vine para ver si mis alumnos podrían comprender esta obra, tal como está presentada por los actores chinos.

—Es demasiado pobre —exclamó Billy Pan.

El doctor Liang sonrió.

—Supongo que los estudiantes americanos no serán criticones.

Detrás de ellos y a su lado los espectadores estiraban los cuellos. Todos conocían a Billy Pan y sabían que no se molestaría por ninguna persona ordinaria. Alguien reconoció al doctor Liang y el nombre corrió a lo largo de los abarrotados bancos.

—Por favor —le suplicó Billy Pan—. Le suplico que me conceda un gran honor.

El doctor Liang sonrió.

—¿Cuál?

—Después de la representación, ¿quiere usted decirnos unas palabras desde el escenario?

El doctor Liang vaciló.

—¡Por favor! Nos honrará muchísimo.

El doctor Liang accedió magnánimo.

—Muy bien... pero tendrá usted que traducirlas. Mi chino no es cantonés, como usted sabe.

—¡Honradísimo! —exclamó Billy Pan con fervor.

Se levantó, excitado y sudando, se abrió de nuevo camino para salir y el hombre a quien había desplazado volvió serpeando a su lugar. Ahora que sabía al lado de quién estaba, se sentía turbado y encogido y se sentó lo más separado posible del personaje.

El doctor Liang no lo advirtió. Su pensamiento estaba en la brillante escena que se representaba en el escenario. En lo íntimo de su corazón no disfrutaba con la artificiosa representación tradicional. Llevaba demasiado tiempo en Nueva York y con demasiada frecuencia había ido a Broadway y Radio City. Había algo infantil en estos actores que declamaban contoneándose y en el colorido de los trajes antiguos.

Estas cosas quizá estuvieran muy bien para un auditorio campesino en China, labradores y jornaleros sentados en la ladera de una colina delante de un templo, pero en verdad no eran adecuadas para un pueblo moderno. ¿Se sentiría avergonzado si trajera aquí a sus alumnos, o lograría explicarles el drama en función de lo pintoresco? Siempre podría decirles que en Shanghai, lo mismo que en Pekín, había un drama tan moderno como en Nueva York.

Entonces se le ocurrió que la dificultad no sólo estaba en el drama. El auditorio era más difícil aún. Los niños pateaban y las mujeres charlaban siempre que la acción decaía por un momento en la escena. Los hombres se levantaban, salían y volvían, deteniéndose para saludar de paso a sus amigos. Era una desgracia, pensaba, con sus bellos labios apretados y la cabeza levantada, que no fueran chinos como él los únicos representantes de su país. Era una gran lástima, incluso, que Chinatown se hubiera permitido.

El clamor de tambores, flautas y violines se transformó en concertada cacofonía y la muchedumbre quedó de repente silenciosa. Salía la estrella. Se recogió hacia atrás un cortinón y una brillante figura saltó con ímpetu en el escenario. Era *Mu Lan* en persona, con la antigua vestimenta de guerrero. El pueblo prorrumpió en gritos. *Mu Lan* paseaba majestuosamente de un lado a otro del escenario, blandiendo un pequeño látigo para significar que estaba montada a caballo, cantando al pasar en un alto falsete. Por el timbre de la voz conoció el doctor Liang que el papel de *Mu Lan* lo representaba un joven. El auditorio, que lo sabía también, estaba sin embargo ingenuamente dispuesto a imaginar que se trataba de una bella y robusta muchacha.

«Yo podría explicar el motivo diciendo que *Mu Lan* es la versión china de Juana de Arco», pensó el doctor Liang.

Le agradó la idea y su pensamiento jugaba con ella. Antes de que pudiera darse cuenta se bajó el telón, las crudas luces de neón resplandecieron, y Billy Pan estaba en pie en el escenario moviendo los brazos para requerir atención. Todo el mundo obedeció. La gente que empezaba a levantarse volvió a sus asientos e hicieron callar a los nenes que empezaban a lloriquear. Un torrente de palabras en rápido y explosivo cantonés brotó de los labios de Billy Pan. Nada pudo entender el doctor Liang. Sin embargo, cuando todos se volvieron a mirarlo, se dio cuenta de que estaba siendo presentado y se levantó. La gente de su fila salió al pasillo para dejarle paso. Les dio las gracias gravemente y se dirigió con dignidad por el pasillo hacia el escenario, al que subió por cuatro desvencijados escalones. Billy Pan estaba esperándolo con mirada de devoción, y el doctor Liang le sonrió levemente. Permaneció en pie con las manos cruzadas e hizo una inclinación al auditorio. Entonces empezó a hablar, esperando al final de cada larga frase que Billy Pan la tradujera.

Fue uno de sus menos importantes discursos; agradable, cortés, suavemente humorístico, pero el auditorio era fácil de complacer y rió con sinceridad y llaneza. El doctor Liang se sintió animado por lo orgulloso que estaban de él y aprovechó la oportunidad para observar que era un deber en todo chino presentar a su país del

mejor modo posible ante los americanos, ya que después de todo no eran aquí más que unos extranjeros. Respecto a sí mismo, dijo, tenía siempre gran cuidado de proceder como si fuera, en su pequeña esfera, un embajador. Terminó con una alusión a Confucio, y quedó asombrado al ver que esto no pareció agrandar al pueblo. Eran ignorantes, supuso... muy provincianos, desde luego. Los veía en conjunto como una masa de gente mugrienta, pequeños tenderos con sus esposas e hijos, extranjeros y, sin embargo, creando aquí en cierto modo una versión de China. ¡Qué desgracia!

Inclinó de nuevo la cabeza, sonrió y descendió los escalones. Billy Pan lo siguió, y apartando a la gente condujo al doctor Liang hasta la calle. Gritó a un taxi que pasaba, el cual se desvió y se detuvo. Billy Pan abrió la puerta e hizo una profunda inclinación.

—Gracias, un millón de gracias —dijo con fervor—. ¡Vuelva otra vez! Pero, por favor, hágamelo saber y coma conmigo. Hay un buen restaurante en la calle próxima. Les avisaré con tiempo para que preparen una buena comida china, ¿eh? ¡No deje de hacerlo, por favor! Gracias..., muchas gracias.

Todavía quedaba haciendo inclinaciones cuando el doctor Liang cerró la puerta con energía y se volvió al conductor del coche.

—A Riverside Drive —dijo con claridad.

Desde la obscuridad del coche miraba Chinatown. Las gentes se iban del teatro a su casa, caminando en desorden por las calles. Estaban despertando, supuso él, del sueño del mundo del pasado a la sequedad del presente. Sin embargo, no parecían tristes. Detenido por una luz del tránsito oía sus voces rientes y alegres, y vio padres llevando con ternura a sus hijitos en brazos mientras las madres daban la mano a los que aún no sabían andar bien. ¿Cuándo dormían? Las tiendas, que eran a la vez casas de familia, estaban todavía iluminadas y las lámparas de neón brillaban con resplandor violento en las vidrieras sobre porcelanas y comestibles e iluminaban grandes rótulos que proclamaban los nombres de modestas casas que vendían tallos de bambú, camarones y algas secas. Los muchachos estaban repantigados sobre los mostradores, y las chicas, en grupos de dos o tres, charlotteaban paseando por la acera. Era un lugar lleno de vida, aunque ordinario y barato, y resultaba un fastidio, pensó el doctor Liang, que a los americanos les diera por creerlo un lugar de misterio y maldad. No había misterio aquí y muy poca maldad. Las familias vivían muy apretadas, y los padres luchaban con sus hijos por mantener las normas de un país que los jóvenes nunca habían visto. Era un lugar ordinario, y la gente, sencilla y vulgar. El no venía aquí con frecuencia porque lo encontraba depresivo.

Sentía cierta molestia y desearía no haber venido esta noche, o por lo menos que no lo hubieran reconocido. Era satisfactorio ser conocido, pero eso le hacía recordar lo que habitualmente trataba de olvidar, que la gente vulgar de su país no se parecía a él lo más mínimo.

—Sin duda usted no es un chino típico... —¡Con cuánta frecuencia habían exclamado esto los americanos al verlo!



Siempre les respondía con benévolo buen humor:

—Le aseguro a usted que soy un chino de lo más común. Hay millones como yo y mejores.

De repente pensó en su hijo mayor, James, y suspiró. Estaba profundamente orgulloso de ese brillante muchacho, que se había mantenido tan fácilmente a la cabeza de sus clases en la escuela y estaba ahora a la cabeza de la lista de graduados en la Facultad de Medicina.

—Un gran cerebro, doctor Liang —le había dicho el director hacía unos días—. Un gran cerebro y manos diestras... ¡qué cirujano será!

¡Y ahora James quería echar a perder toda su educación y volver a China! ¿Quién en un país arruinado por la guerra podría pagar los honorarios de un cirujano?

El taxi disminuyó la marcha.

—¿Hacia dónde, en Riverside Drive? —preguntó el chófer.

—Dos cuadras más y luego una a la derecha, por favor —respondió el doctor Liang.

Las calles estaban tranquilas a medianoche. Había luna y brillaba en el río. Delante precisamente estaba el puente de Jorge Washington, plateado por la luz. Era una escena familiar durante veinte años de su vida, pero el doctor Liang siempre sentía su belleza. No había nada más bello en el mundo a no ser, quizá, el gran puente de mármol cerca de Pekín. Pero él no quería estar en Pekín.

—Ya llegamos —dijo el taxista.

El doctor Liang se bajó en la acera y contó el dinero. El hombre esperaba una propina exorbitante... Todos los trabajadores americanos esperan ganar más de lo que cobra cualquier obrero. Contó la suma exacta y añadió el cinco por ciento. Su hija Mary, una vez se había enojado con él por ese cinco por ciento.

—¿Por qué no viajas en el metro? —le había preguntado. Pero él no le había respondido.

Se volvió bruscamente y entró en la casa de departamentos donde vivía y sin hablar se metió en un ascensor. Estaba cansado y se sentía desconcertado y viejo. Su hijo James era muy desconcertante. El ascensor subió rápidamente hasta el décimo piso. Cuando el doctor Liang salió, se abrió la puerta de su departamento y su esposa se dejó ver.

—Te he estado esperando durante una hora —dijo.

La siguió adentro y ella cerró la puerta y bostezó ruidosamente. El doctor Liang notó por el aspecto ligeramente adormilado de la cara regordeta, que su esposa se había quedado dormida sobre el canapé; la bata china de seda azul oscuro estaba arrugada. Con frecuencia se avergonzaba de ella, pero a los americanos les gustaba su sinceridad y buen carácter y los chinos temían su genio y sus aires dominantes. Era una excelente ama de casa, le procuraba las mayores comodidades, y no se metía en ciertos sueños placenteros que él tenía con mujeres enteramente distintas que encontraba en las páginas de poesías chinas. Era un hombre demasiado bueno para

permitirle entrar en la vida de otra manera. Había hecho de la ética de Confucio la suya propia y respetaba a su esposa como madre de sus hijos y el corazón de su hogar. Además, ella lo adoraba, a pesar de regañarle con frecuencia y burlarse de él de vez en cuando. El problema de su vida se centraba en cómo sentir a sus hijos y al mismo tiempo aparentar que obedecía a su marido.

—¿Están dormidos los hijos? —preguntó él.

—Hace una hora —dijo ella, tratando de parecer animada—. Siéntate y descansa. Te he guardado un poco de sopa caliente.

—Mis hijos podían haberme esperado —dijo Liang en tono ofendido.

—Bien, pero no lo hicieron —replicó ella con su sentido práctico—. Ahora tómate la sopa y vámonos a la cama.

Entró en la cocina y trajo en una bandeja un tazón con sopa, una cuchara y un plato con rebanadas de pan. Desmenuzó él las rebanadas sobre la sopa y empezó a comer.

—Habría vuelto más temprano si no fuera porque me reconocieron y el público quiso que les dirigiera la palabra —dijo lentamente sin mirarla.

—Sí, está bien... —contestó ella sin interés, y volvió a bostezar.

Una mujer ordinaria, pensó el doctor con disgusto, y no habló durante un rato mientras comía.

La señora Liang, sentada en un taburete, lo observaba, con los ojos ofuscados por el sueño. Notaba sencillamente que él no estaba contento con ella y trató de enmendarlo.

—Estuvo bien que les hablaras a esas pobres gentes —dijo—. Y me alegro de que no estuvieras en casa. Este James nuestro no hizo más que hablar de volver a China. —Suspiró y se rascó la cabeza con la uña del dedo meñique—. Debes dormir bien esta noche...; él te va a hablar por la mañana.

—Yo le haré desistir —declaró el doctor Liang.

Pero perdió el apetito y dejó el tazón sobre la mesa medio vacío. Sabía que James no era un hijo a quien ni siquiera su padre pudiera hacer desistir de algo. Entonces se fijó en la boca de la señora Liang abierta con otro bostezo y se enojó bruscamente.

—¡Vamos... vamos! —gritó—, ¡vete a la cama...! ¡Quítate de mi vista!

Salió a paso solemne de la habitación y apagó la luz en la puerta. En la obscuridad ella le dio unos golpecitos por detrás, humildemente, y lo perdonó. Era un gran hombre, y, además, su marido.

El doctor Liang se enorgullecía de su calma. Educado en la ética de Confucio en su hogar natal en China, durante muchos años se había consolado de su vida algo árida en Nueva York enseñando filosofía china en las universidades. Esperaba que los rudos muchachos americanos podrían embeber por su mediación el alimento espiritual que, según le gustaba creer, había conservado a la China intacta durante cuatro mil años y, según decía confidencialmente a sus alumnos, le haría superar sus

dificultades presentes.

Reunió toda su calma a la mañana siguiente, cuando se enfrentó con su hijo James. El joven, de veintiséis años y graduado el mes anterior en una universidad de Medicina, también hizo frente a su padre. Desde hacía meses, durante todo su último año de internado en el centro médico, había estado aproximándose inevitablemente a esta hora. Amaba y temía a su padre, y había necesitado de toda su fuerza para decidir que había llegado el día de decirle con firmeza que quería volver a China. Por qué había de ser esta mañana de junio y no otra cualquiera, no lo sabía. Se había levantado temprano, lleno de energía e impaciencia, y se encontró con que la mañana era despejada, que el calor de las semanas anteriores había cedido. Se sentía con apetito y bien. El doble departamento en que su familia vivía casi desde que él podía recordar, estaba sin duda muy agradable esta mañana. Su padre casi había decidido la semana pasada hacer en él una instalación para aire acondicionado a fin de poder trabajar con más comodidad, lo que siempre significaba mayor provecho. Como la mañana era fresca, sabía que lo encontraría en la biblioteca ante su mesa escritorio, y allí se dirigió después de tomar un fuerte desayuno compuesto de fruta, huevos con tocino, café y tostadas. La familia tomaba siempre desayunos americanos, y a no ser que su madre se sintiera inclinada a cocinar, también la comida era americana. Sus dos hermanas no sabían cocinar, y a Peter, el hermano más joven, no le gustaba la comida china. Los dos hijos más jóvenes habían nacido en América, y por lo tanto eran ciudadanos americanos.

Mientras escuchaba a su hijo, el doctor Liang estaba sentado sosegadamente en la gran butaca de cuero castaño donde había escrito tantos de sus trabajos docentes. Era un hombre alto, porque tenía su origen en el Norte, lugar de nacimiento de tantos hombres chinos de gran estatura. Sus hijos también eran altos, y a él le causaba placer oír exclamar a los americanos: «¡Pero yo creía que todos los chinos eran bajos!». Esta exclamación le daba la oportunidad de explicar con su voz grave y amable qué desgracia era para su pueblo que muchos de los chinos que estaban en América fueran comerciantes de una pequeña región de la provincia de Kwangtung. No eran de ninguna manera típicos, seguía diciendo, por su corta estatura y su color moreno eran el resultado de su mezcla de sangres con hombres de las tribus de las colinas cercanas. Los verdaderos chinos, explicaba, eran altos, como los del Norte, o bastante altos, como los de la China Central, y su piel no era tan oscura. El mismo tenía un color más claro, sin duda, que el que poseían muchos americanos. No era aficionado al ejercicio y nunca se permitía tostarse al sol. Sus hijos se tostaban con un moreno rojizo, como cualquier americano, porque eran buenos en los deportes y jugaban al tenis con brillantez. Liang no animaba a sus hijas a aumentar sus músculos con semejantes actividades. Louise, la más joven, lo desobedecía con frecuencia, pero él se alegraba ante la idea de que Mary, la mayor, sólo algo más joven que James, fuera una verdadera hija china, obediente, dulce y muy limpia.

Contemplaba a su hijo por detrás de sus anteojos. Los cristales eran tan gruesos

que aumentaban un poco sus ojos y añadían fuerza a su mirada.

—Parece imprudente regresar al país en este momento —decía—. Está pasando por un gran desconcierto. Los comunistas amenazan. Hijo mío, tu vida apenas estará asegurada. Desde luego yo te recomendaría a mis amigos del Gobierno, pero ellos no podrían garantizar tu seguridad frente a los estudiantes rebeldes que pudieran vengarse de mí matándote.

—Yo no quiero estar bajo la protección de nadie —dijo James—. Iré, simplemente. —Se sentó en el vano de la extensa doble ventana y mirando hacia el río mientras hablaba, podía ver el puente que resplandecía a la luz del sol. Su aspecto era a la vez delicado y fuerte, una plateada telaraña de acero contra un cielo azul.

—¿Pero adónde? —preguntó el doctor Liang incisivamente—. ¿Adónde puedes ir en China hoy sin perderte?

James no respondió. Siguió sentado inmóvil y el doctor Liang vio con más fuerza que nunca el parecido del hijo con su madre. Mrs. Liang era una buena esposa y una madre ejemplar. Manejaba bien la casa, a pesar de su inglés imperfecto que no mejoraría, pero era tozuda.

—Tu educación me ha costado una gran cantidad de dinero. —Seguía el doctor Liang—. Afortunadamente mis libros sobre filosofía china se han vendido bien. Pero supón que no hubiera sido así...

James sonrió.

—No puedo imaginarlo, padre.

El doctor Liang examinó la cara cuadrada aunque muy hermosa de su hijo. ¿Esta observación estaba hecha con algún significado jocoso? No comprendía el humor americano, del que sus hijos parecían saturados. Pero la sonrisa en los labios de su hijo era bondadosa.

—No hay ningún hospital en China a la altura a que tú has sido acostumbrado —observó.

—Han pasado veinte años desde que tú vivías allí, padre.

—Sabes muy bien que fui allá hace diez años.

—Sólo por seis meses, y viajaste constantemente —murmuró su hijo.

—Y en todos mis viajes sólo vi los más primitivos modos de vivir —replicó el doctor Liang—. La civilización que ha sido conservada viva por las grandes familias tales como la nuestra, está muriendo. Mi anciano tío Tao vive allí como un mendigo... o poco menos. No quiero pensar en ello.

—Yo quiero verlo por mí mismo —dijo James.

—¿De qué esperas vivir? —preguntó el doctor Liang casi con violencia. Sus largas manos bellamente modeladas, tan suaves como las de una mujer, las mantenía habitualmente en reposo para evitar toda tensión en su persona. El culto de las manos, decía con frecuencia, era uno de los más profundos. Ahora, involuntariamente, las cerró con fuerza.

—No necesitas enviarme nada, padre —dijo James.

—¡Claro que sí! No quiero que mi hijo ande por allí como un pordiosero.

—¿Quieres decir que puedo irme?

—¡No! —exclamó el doctor Liang—. Por el contrario, lo prohíbo.

James se levantó. Se volvió desde la ventana y dio la cara a su padre.

—No digas eso, por favor. No quiero tener que irme sin tu consentimiento.

El momento que ambos habían temido durante muchos años había llegado de repente..., el momento de la rebelión abierta. El doctor Liang se había despertado con frecuencia en la noche y lo había temido. Estaba orgulloso de su hijo mayor, y muchas veces se decía a sí mismo y a su esposa que sólo James justificaba su decisión de vivir en el extranjero. Si se hubieran quedado en medio de las guerras y la confusión de la China moderna, el brillante cerebro del muchacho, su extraordinario talento, nunca podrían haberse desarrollado.

Había otras muchas pruebas de su prudencia. Sus hijos estaban todos bien educados, y ellos tenían esta confortable y aun lujosa casa. Estaban sanos, llenos de energía y eran capaces de cuidar de sí mismos. En cuanto a él, decía siempre el doctor Liang, tenía la sensación de que el Cielo había dirigido sus pasos, y que había sido útil explicando a los americanos la verdadera China, la gran civilización que estaba oscurecida hoy, pero que de seguro brillaría de nuevo en adelante, cuando se estableciera la paz en el mundo. No era pequeña misión reunir el Oriente y el Occidente. Cuando los tiempos volvieran a ser mejores, decía a sus amigos americanos, para regresar a su país y pasar allí su ancianidad, explicaría a sus paisanos las glorias de la civilización americana.

—Si me desobedeces —hablaba el doctor Liang ahora, con las manos todavía apretadas contra las rodillas—, renunciaré a ti.

—Y continuaré siendo un Liang lo mismo —dijo James—. Tú me has engendrado y eso no puedes negarlo.

Padre e hijo se miraron furiosos sin la menor señal de estar dispuestos a ceder.

—Si no puedo negarlo, lo olvidaré —dijo el doctor Liang en alta voz.

Por fuera de la puerta oyeron las pisadas de alguien que se retiraba lentamente. El doctor Liang se levantó, cruzó la habitación a grandes pasos y abrió de golpe la puerta. Allí no había nadie. Las espaciosas habitaciones estaban en silencio. Volvió a cerrar la puerta. Quizá no era sino Nellie, la sirvienta irlandesa que venía todos los días a limpiar y hacer la comida. Pero apenas había vuelto a sentarse cuando se abrió la puerta impetuosamente y apareció la señora Liang, esta mañana embutida en una larga bata de raso púrpura oscuro. A pesar de los muchos años que llevaba allí parecía tan china como el día en que había salido de casa de su padre, hacía treinta años, para casarse con un joven estudiante a quien apenas había visto. Llevaba el cabello alisado hacia atrás recogido en un cuidadoso moño, y su cara rosada y llena era bondadosa, pero indicaba un fuerte genio.

—Veamos, ¿qué pasa aquí? —inquirió en un tono alto que su marido detestaba. Hacía muchos años que se había dado cuenta que el mejor modo de reprenderla era

haciendo su propia voz extremadamente suave.

—Nuestro hijo me pide que le permita regresar a nuestro antiguo país. —Hablaban siempre en chino con su esposa, para recordarle que el inglés no era bastante bueno. El suyo era puro, con acento de Oxford. Había estado en Oxford una vez durante un año para dar un curso de conferencias.

—Pues déjale Ir —exclamó la señora Liang. Entró y se sentó en una gran banqueta cuadrada, y su bata de raso se le arrugó sobre el vientre y los senos. El doctor Liang apartó la vista.

—Tú no comprendes, madre de mis hijos. —Siempre le llamaba «madre de mis hijos» cuando quería ser muy confucionista—. No estaría segura su vida. Yo he reprobado tan abiertamente aquí a nuestros comunistas, que tratarán de matarlo si va a China.

Suspiró ella ruidosamente al oír esto y arrancó del moño de su cabello un alfiler de oro con el cual se rascó el interior de la oreja.

—Ya te dije que te atuvieras a Confucio —se quejó—. ¿Por qué habías de hablar del comunismo? Nadie quiere oír de él en América. —El doctor Liang cerró los ojos ante esta estupidez y la vista del alfiler de cabeza. En un extremo tenía un escarbaoídos y en el otro un mondadientes. Había asediado a su mujer para que tirara este primitivo instrumento, pero ella se había negado. ¿Cómo se limpiaría los dientes y las orejas entonces?

—Las mujeres americanas no usan esos instrumentos —dijo él.

Ella se quedó contemplándolo.

—¿Cómo lo sabes? —había preguntado astutamente.

—Al menos no en público, quiero decir —añadió él presuroso.

Habían llegado a un acuerdo después de diez años de discusión; que no se usara el alfiler en público. Es decir, la señora Liang no lo usaba delante de los americanos. A los chinos no los consideraba público. Utilizaba ahora el escarbaoídos, primero en la oreja derecha y luego en la izquierda, con cara muy preocupada. Esto le ayudaba a pensar, declaraba con frecuencia.

—Yo no puedo permitir que te maten, hijo mío —le decía a James ahora—. Si tu padre está seguro de que allí hay peligro, mejor será que te quedes aquí un año o dos más. Es un buen trabajo el que te han ofrecido en el centro médico. Tienen en él muy buena opinión de ti.

El doctor Liang estaba encantado. Como ella invariablemente tomaba el partido de los hijos contra él, se había preparado previendo la oposición.

Se levantó.

—¡Ya lo ves, hijo mío! No puedes desobedecer a tus progenitores juntos. Tu madre habla con prudencia. Es muy sensato por tu parte, madre de mis hijos. Ahora, por favor, permitidme seguir con mi trabajo. Estoy en medio de un capítulo muy importante sobre Confucio y el comunismo.

—Saca a los comunistas de tu libro —exclamó la señora Liang—. De otra manera

no podrá venderse.

—No, no —dijo él de buen humor—; tú no puedes comprender. Es todo de broma.

—¿Pero por qué bromear acerca de ellos? —le preguntó.

—Vamos, vamos, déjame seguir con mi trabajo —le ordenó, y ella se retiró protestando. Cuando el doctor Liang se volvió para hablar de nuevo con su hijo, éste se había ido. James había dejado la habitación por la puerta que daba al comedor.

El doctor Liang se quedó irresoluto un momento. Luego suspiró, sacó un gran pañuelo de seda del bolsillo de su costoso traje de tela oscura, enjugóse con él cara y manos, y se sentó ante el escritorio.

Fuera del estudio paterno cubierto con espesas alfombras, encontró James a su hermana Mary. Era una muchacha pequeña y menuda que fácilmente podía parecer no mayor de doce años, a no ser su traje el de una joven de veinte, que era la edad que tenía. Sus manos estaban estrechamente cruzadas sobre el pecho y su linda cara reflejaba la ansiedad.

—¡Tú mandaste entrar a mamá! —murmuró James.

—¡Pero pelearte con papá! —le contestó Mary en voz baja—. ¡Qué pena!

Se fueron de puntillas asidos de la mano a través del *hall*, abrieron la puerta y salieron al pasillo exterior. James apretó el botón del ascensor.

—Papá siempre fuerza a la pelea —dijo—. ¿No tendrás frío sin chaqueta?

—No, el tiempo está bastante caluroso. Jim, ¿por qué te dejas imponer?

—No lo sé. —Su voz era desesperanzada y tenía la cara ceñuda.

Hizo ruido el ascensor, se abrió la puerta con estrépito y entraron. Pasaron en silencio junto al ascensorista, aunque lo conocían bien y le tenían simpatía. Cualesquiera que fueran sus disensiones detrás de su puerta, la familia Liang presentaba un aspecto apacible ante las personas en cuya tierra eran extranjeros.

—Un buen día —declaró el ascensorista.

—Muy bueno —respondieron a un tiempo.

Dejaron el ascensor con decoro, uno al lado del otro. James era alto y Mary le quedaba por debajo del hombro. El ascensorista los contempló con afecto.

—¡Buenos muchachos, aunque sean chinos! —le dijo al segundo ascensorista—. Nunca se les ve llegar borrachos ni hay que subirlos a rastras como a algunos otros.

El segundo ascensorista se rascó la cabeza con el dedo índice.

—El viejo chino es bastante tacaño, lo noto.

—Sin embargo, no nos pide favores..., no hay perros que arrastrar con tiempo bueno o malo.

—Una buena familia —convino el otro, y bostezó.

Fuera, caminaba James al sol por la calle, con el silencioso paso que era su gracia heredada. Mary daba dos pasos por cada uno de él. La calle estaba tranquila, porque quedaba lejos del barrio alto. A su izquierda quedaba ahora el río, cruzado por el

punto de Jorge Washington. Este punto había afectado profundamente sus vidas. De niños les había hecho imaginar puntos sobre océanos hasta la China, y les había hecho creer que siempre era imposible cruzar espacios de calamidades y desgracias y poner el pie en otras orillas. Había hecho que Peter, cuando tenía diez años, decidiera ser ingeniero.

—¿Dijo mamá que podías ir? —preguntó Mary.

—No... y mamá le ayudó a él..., no a mí.

—¡Oh, y ella había prometido...! —gimió Mary.

—Dijo que me quedara aquí durante un año o dos. Ya sabes lo que eso significa. Quiere que me case y tenga un hijo.

—¿Cómo puede ser tan pasada de moda? —Se lamentó Mary—. ¡Lo mismo que si hubiera estado toda la vida en nuestra aldea!

James encogió los anchos hombros y levantó la mano para apartar hacia atrás el largo mechón de fuerte pelo negro que el viento del río le había echado sobre la frente.

—Yo no pienso sólo en mí —dijo él—; pienso también en ti, Mary. Si no puedo ir, tampoco te dejarán a ti.

—Creo que podrías pedirle a Lili que se casara contigo ahora —sugirió Mary—. Eso sería una transacción, ¿no es cierto? Sentémonos, Jim.

Se volvió él hacia los bancos que había cerca de la barandilla sobre el río y escogió uno vacío a cierta distancia de los demás. Una curva del terraplén los abrigaba, y el sol se vertía sobre ellos.

—Me creerás un cobarde —dijo James bruscamente—. Yo nunca le dije a Lili que quería volver al país.

—Ya lo sé —dijo su hermana con voz dulce—. Pero se lo he dicho yo, Jim.

—¡Mary! —Su exclamación era una mezcla de reproche y alivio—. ¡Sin consultarme!

Asintió ella con la cabeza. Levantó su manecita y alisó hacia atrás las guedejas del suave cabello lacio que se le escapaban de dos gruesas trenzas que le rodeaban la cabeza.

—Tenía que hacerle comprender lo mucho que eso significaba para ti.

Era demasiado delicada y bondadosa para decirle que Lili Li, con quien estaba él comprometido en secreto desde hacía ocho días, tal vez no quería vivir en China.

—¿Qué dijo ella? —Finas arrugas tensas cobraron vida en su cara. La calma exterior de sus maneras eran un hábito, usado lo mismo que una chaqueta que se sacaba o se ponía.

—No dijo nada...; se limitó a mirarme —replicó Mary—. Ya sabes cómo mira ella.

—Sí.

Quedaron callados un momento, contemplando el río. Los barcos brillaban a la luz del sol. Un buque de guerra resplandecía con las banderas al viento. Un yate, lleno



de brillantes bronce, humeaba afanoso hacia el puerto. Del otro lado del río un enorme rótulo anunciaba un parque de recreos.

James conocía muy bien la manera de mirar de Lili. Sus grandes ojos oscuros eran como gemas ovales de ónice engastadas en la lisura de su cara suave. Sus labios eran gruesos y reposaban juntos dulcemente. Se los pintaba, lo mismo que todas las muchachas, y parecían una camelia roja contra su piel lechosa. El silencio era su encanto. Mientras que otras muchachas chinas eran charlatanas e inquietas, a imitación de las americanas, Lili era reposada, cada movimiento suyo era lento y todo su esbelto cuerpo estaba enriquecido por la quietud. La familia de Li había venido de Shanghai sólo hacía un año; el señor Li para hacerse operar de la vesícula biliar por los doctores americanos y la señora de Li para cuidar que Lili, su única hija, fuera educada en las escuelas americanas. Eran ricos y bondadosos y estaban francamente satisfechos de encontrarse en un país donde la vida todavía era cómoda. El señor Li, un hombre prudente, hacía años que vendiera sus fábricas de seda a los japoneses y había depositado su fortuna en los Bancos americanos.

James se había enamorado de Lili a primera vista, pero ella no se dejó conquistar fácilmente. Al principio había quedado escandalizada ante su impetuosa declaración, hecha en la fiesta de Año Nuevo dada por los señores Liang. Era demasiado afectada, como toda muchacha de Shanghai, para declararle que debía hablar primero con sus padres. Transigía entre las nuevas y las antiguas costumbres con caídas de ojos, llevándose el pañuelito bordado a los labios, y diciendo que no quería casarse con nadie, al menos por un tiempo, porque deseaba terminar su educación. Llevó meses de atenciones constantes con ella, reforzadas por muchas cortesías del doctor Liang al señor Li y muchos consejos prácticos de la señora Liang a la señora Li sobre las dificultades de encontrar un lugar adecuado para vivir y sobre la extraña conducta de los servidores americanos, antes de que los señores Li aconsejaran a su hija que cediera, aunque ligeramente, a las insinuaciones del joven doctor Liang. El señor Li se había enterado mientras tanto, por fuentes al parecer abiertas en forma natural para él en cualquier país que se encontrara, de que el doctor Liang, aunque no era un hombre rico en el sentido de los grandes negocios, estaba, no obstante, en buena situación; que ocupaba un elevado puesto en la sociedad como profesor y escritor, y que la familia Li adquiriría prestigio con este matrimonio. Además, el doctor James Liang era un joven médico brillante que indudablemente sería muy rico algún día, si se quedaba en Nueva York.

Entre tanto, la señora Li estaba muy preocupada, conforme se iba familiarizando más con la vida de las calles de Nueva York, con el temor de que Lili fuera atacada por los rufianes americanos y la despojaran de su virtud, o, casi peor aún, que algún americano se enamorara de ella y quisiera casarse. Tenía miedo de que tanto ella como el señor Li, ambas personas de carácter blando, pudieran no tener el valor de negar la mano de su hija a un fogoso americano desesperado. Por lo tanto, habían hecho conocer su reciente aprobación de la familia Liang a Lili, y Lili había aceptado

a James.

No obstante, ella no quería que sus padres la creyeran una corriente hija sumisa a la antigua usanza china, y así le había dicho a James toda vergonzosa, después de su petición y la aceptación de ella, que no quería que lo supiera nadie por lo menos durante una semana. Él había convenido en esto porque así le daba tiempo para persuadir a su padre de que lo dejara ir a China. Con ese permiso le diría a Lili que establecerían su hogar en el mismo Pekín. Las propiedades ancestrales y la aldea de los Liang quedaban sólo a cien *li* más o menos al sur de la ciudad. Era una suerte, se decía, tener por esposa a una verdadera china en lugar de una china nacida en América, que muy fácilmente podría sentirse desgraciada en su propio país.

Movióse inquieto en el banco al lado de su hermana y luego se levantó.

—¿Cuándo se lo dijiste a Lili? —preguntó.

—Ayer. Me telefoneó para invitarme a ir a Radio City con ella. Ya sabes que no se atreve a ir sola a ninguna parte.

—Eso es cosa de su madre —dijo James.

—Ella también tiene miedo —contestó Mary.

Habían discutido con anterioridad sobre los miedos de Lili; Mary criticándola y James en su defensa.

—Es inevitable que Lili quedara afectada por la guerra, aun estando en Shanghai —dijo él ahora. Mary no respondió. Continuó contemplando soñadora a través del río el rótulo resplandeciente del parque de recreos. Peter y Louise iban allí todos los veranos y volvían muertos de risa y medio enfermos de tanto azúcar hilado y maíz tostado, dos cosas que ella detestaba. Pero lo que odiaba más eran los jóvenes blancos alborotadores que silbaban y chillaban. Detestaba el contacto de su carne. No podía creer más que cosas buenas acerca de China, nada más que hazañas esforzadas acerca de su país. Cuando *madame* Chiang había visitado América, cursaba ella el primer año en la escuela superior, y no tenía esperanza de conocerla. Pero la había visto, entrando y saliendo como una exhalación en los hospitales, en grandes automóviles, en los hoteles, siempre altiva y bella. Había hecho un libro de recortes con las fotografías de los diarios.

—Voy a ver a Lili ahora —dijo James de repente.

Mary miró su reloj. Todavía era temprano.

—¿No será mejor que la telefonees primero? —preguntó—. Puede que no esté levantada. Ya sabes cómo es la señora Li...: juega al *mahjong* todas las noches, y Lili permanece, entre tanto, levantada...

—Iré por si acaso —respondió James.

—¿Qué le vas a decir, Jim? —preguntó Mary—. No es fácil decirle que vas a...

—¿Por qué no?

—¡Pero si hasta mamá quiere que esperes!

—Si Lili acepta, nos casaremos inmediatamente... y nos iremos juntos.

—¿Y si...? —Mary se interrumpió y meneó la cabeza.

—¿Y si ella no acepta? —preguntó James—. Tendré que sufrirlo... si no hay más remedio. Hasta luego...

Hizo una inclinación de cabeza y se fue. Mary quedó mirándolo pensativa. Dentro de su pulcra cabecita estaba planeada toda su vida tan cuidadosamente como una de las gráficas que preparaba para su clase de higiene infantil. Se iba a China también. Jim no lo sabía aún, pero ella sí. Se casara él o no, se iba. Si se casaba... Bueno, Lili era inútil y ella podía ayudarla. Lili no sabía nada del gobierno de la casa ni de niños. La señora Li decía que había abundancia de sirvientas en China, así, que ¿de qué servía enseñarle a Lili cosas que nunca tendría que hacer?

Mary observó a su hermano hasta que éste se perdió de vista; entonces se levantó, sacudió la falda y volvió con pasos ligeros a la gran casa de departamentos. Le había prometido a Peter hacer pastelillos de camarones, porque nadie más se tomaría esa molestia y a él le encantaba comerlos mientras estudiaba por la noche, tener la radio a toda su potencia y coger a puñados los pastelillos de camarones mientras aprendía de memoria con gran facilidad las leyes de la física... Esta combinación de actividades satisfacía enteramente toda la naturaleza de Peter.

Los señores Li habían encontrado un departamento en la calle siguiente frente al río. Era un subarriendo de una estrella de cine francesa, que en la actualidad estaba librando una de sus contiendas a brazo partido con Hollywood. Había sido imposible encontrar un departamento con largo arriendo, y casi imposible conseguir un subarriendo. Casi todos los americanos, al ver la cara gruesa, bondadosa y amarilla del señor Li, declaraban que a fin de cuentas habían decidido no subarrendar. La señora Liang, que actuaba de intérprete y agente de negocios en esas ocasiones, se había enfurecido, pero no quería que sus nuevos amigos se enterasen de que no eran bien recibidos en este país de refugio. Además, sabía que en realidad no eran mal recibidos. Los comerciantes se regocijaban con las fáciles ventas que hacían a la señora Li y la bien dispuesta libreta de cheques de su esposo. La mala voluntad estaba en alguna región indefinida en la que la señora Liang prefería no entrar.

Íntimamente odiaba y despreciaba a todos los americanos, pero esto se lo reservaba. Algún día, cuando las terribles incomodidades de la China actual cambiaran para volver a la agradable vida ociosa de los antiguos tiempos normales, cuando todos ellos regresaran a su país, y cuando hubiera llenado su casa de sirvientas y una vez más no tuviera nada que hacer, les contaría a sus mejores amigas lo que sabía y sentía acerca de los americanos. Pasaría mucho tiempo hasta entonces, porque no lo haría hasta que supiera que no tendría necesidad de volver a América nunca. Mientras tanto no se atrevía a desahogarse. Se había afanado de agencia en agencia, estudiando los diarios con sus ojos miopes, deletreando para sí los avisos de los departamentos, y un día había sido recompensada al encontrar este bello local cuya propietaria no tenía sentimientos contra los chinos, puesto que no era más que

francesa.

Julie de Rougemont se había reído muchísimo con el señor Li, quien a su vez quedó encantado con ella, y a las veinticuatro horas la familia Li estaba cómodamente instalada en un departamento modernísimo, cuyos tres cuartos de baño competían en magnificencia. A la señora Li le desagradó el techo de espejos en el que ella usaba, porque no le gustaba mirarse mientras estaba en la bañera o, si por casualidad levantaba la mirada, el aspecto que presentaba moviéndose agachada por el suelo; así que había ordenado que pintaran los espejos, a pesar de que en el contrato se insistía en que no se hicieran alteraciones. De toda la familia sólo Lili parecía adecuada para este departamento. Lili, esbelta, con sus batas brillantes exageradamente chinas, hacía juego con los canapés y mesas modernos, las alfombras doradas, los cortinajes suaves. La francesa había gritado de entusiasmo a la vista de Lili.

—¡Ah, qué belleza! —Había suspirado—. ¡Qué cutis..., qué manos... y los ojos, *mon Dieu!*

Los señores Li miraron a su hija con un nuevo respeto, pero Lili no había dado señales de agrado. Su boquita roja y los ojos oscuros quedaron dulcemente inmovibles.

En la puerta de este departamento apretaba James ahora un pequeño botón, enjoyado con vidrio luminoso. Podía oír el suave murmullo de voces hablando en chino. Ante el sonido del timbre callaron. Hubo un silencio y, después de un momento, Lili en persona abrió la puerta.

—Lili —exclamó él—. Tenía la esperanza de que estuvieras en casa.

Las maneras de Lili, de perfecto cumplido, se suavizaron. La joven volvió la cabeza y llamó:

—Mamá, es James...

Las habitaciones volvieron de repente a la vida. En alguna parte el señor Li tosió, escupió con ánimo y gruñó. La señora Li gritó en chino.

—Entre, entre...; estamos tomando té. ¡Eh!, Lili... ¿cómo es el nombre de la muchacha?

—Mollie —dijo Lili.

—¡Mah-li —gritó la señora Li en inglés—, más agua, bien caliente! ¡La tetera!

Una doncella con cara pálida de espanto entró presurosa, tomó la tetera, y volvió a salir con rapidez. La señora Li la miró con bondadoso desprecio.

—Estas extranjeras —dijo confidencialmente a James— no son buenas sirvientas. No entienden la propiedad del trato. Esta Mah-li no me pregunta por las mañanas cómo descansé. No tiene conmigo pequeñas atenciones. Naturalmente, yo no le doy propina...; sólo su salario. Está descontenta, lo noto. Pero ¿por qué le he de pagar por lo que no me hace?

Miró a su alrededor y se rió. Luego dio unos golpecitos sobre la silla que tenía a su lado.

—Siéntese —le dijo a James—. ¿Cómo está su madre? Y su docto padre, ¿está trabajando? ¡Trabaja tanto!

James inclinó la cabeza primero ante el señor Li y luego ante su esposa.

—Mis padres están muy bien. ¿Y usted, señor? ¿Y usted, señora?

—Él —la señora Li señaló con la barbilla a su marido— tose mucho. Es este aire húmedo del río.

—También tosía en Shanghai —dijo el señor Li.

—Es verdad —convino la señora—. También allí había el aire húmedo del río. Todos los ríos son semejantes, llenos de agua, que es humedad.

Nadie pudo negar esto. La doncella trajo la tetera y Lili sirvió en silencio el té y entregó con delicadeza tazas a todos con ambas manos.

Sin duda era una mala suerte, se decía James, haber encontrado aquí a los señores Li. Sabía que no se les ocurriría dejarlo solo con Lili. ¿Cómo iba a desear nadie que se fueran?, se preguntarían. Por más tiempo que él se quedara, continuarían sentados en amable conversación. Ni Lili se movería para dejarlos o sugerir que se fueran. Estaba sentada con gracia, reclinada contra el respaldo de una butaca de raso verde y tenía un bellísimo aspecto.

—Hace tan buen día —dijo James desalentado—, que vine a ver si Lili quería dar un paseito conmigo.

Lili miró a su madre y la señora Li asintió con un movimiento de cabeza.

—Estamos en pleno día —observó ella—. No veo inconveniente. Los rayos del sol serán saludables para ti, pero ten cuidado de no quemarte. Si te sientas, hazlo a la sombra.

—Yo no puedo entender a estos americanos —dijo el señor Li con voz ronca—. Les desagradan sus negros, y sin embargo, dejan que el sol los queme y los ponga todo lo negros que los blancos pueden estar.

—A todo el mundo le gusta más la gente morena —dijo la señora Li bruscamente—. Lo que pasa es que los blancos son unos insolentes y les gusta mandar a los demás y traerlos de aquí para allá.

—¿Vamos? —le preguntó James a Lili.

Se levantó ella y se dirigió a un armario de donde sacó una pequeña sombrilla rosa y una cartera de charol negro.

—¿Tienes dinero en la cartera? —Averiguó el señor Li.

—Sólo unos veinte dólares —respondió Lili.

—Dale un poco más —susurró la señora Li—. Podría ver algunas alhajitas.

El señor Li buscó en las profundidades de su floja bata china y sacó una abultada cartera de la que extrajo ocho billetes de diez dólares.

—Si algo vale más de cien dólares americanos mejor será que lo vea yo, no vaya a ser que los extranjeros te engañen —le dijo a su hija en dialecto de Shanghai.

Tomó ella el dinero, enfurruñándose un poco. James se inclinó para despedirse y la señora Li le pidió que volviera a comer con ellos al mediodía.

—Coma con nosotros y yo misma haré un plato...; por ejemplo, camarones y repollo —dijo.

—Otro día —respondió James cortésmente—. Hoy tengo poco apetito.

Salió con Lili, consciente de su belleza, y quedaron de pie uno al lado de otro mientras bajaban en el ascensor, sus hombros tocándose apenas. Ya en la calle, él casi no sabía cómo empezar. Estaba seguro de que Lili ni hablaría hasta que él sacara algún tema, y no sabía si debería empezar a hablar en seguida acerca de la ida a China. La miró y ella volvió la cabeza y le sonrió levemente. Llevaba el pelo largo hasta los hombros a la moda americana, y un flequillo rizado sobre la frente. Debajo de este flequillo sus ojos poco hundidos bajo las cejas trazadas a lápiz, eran grandes, muy rasgados y muy negros. Esta linda cara, tan semejante a una flor, tranquilizaba a James con su calma. A pesar de la apacible superficie de su familia había punzantes tensiones entre todos ellos, y más agudas por estar ocultas con gran cuidado hasta que estallaban en alguna crisis imposible de dominar. Notaba con frecuencia que Mary, pese a toda su buena voluntad en ayudar y a su adoración por él, era de una naturaleza demasiado testaruda y fuerte para una muchacha. Su pequeñez era un completo engaño, porque cuando su voluntad estaba puesta en algo era arrolladora. Hasta su padre se encogía a veces de hombros y cedía ante su determinación sin lágrimas. No lloraba nunca, por más enojada u ofendida que estuviera.

James notaba que Lili era completamente distinta, y por lo tanto adorable. Era suave y dócil y lloraba con facilidad. El joven había visto lágrimas en los grandes ojos cuando el señor Li se ponía impaciente por cualquier trivialidad. Esto le molestó y prometiéndose ser siempre un marido paciente y bondadoso. ¿Cómo podría ser de otra manera? Ansiaba tomar su mano, pero ella estaba ocupada por la sombrilla y la cartera.

—Déjame llevarte la sombrilla —rogó.

La joven se la dio, y él tomó la menuda mano y la colocó en su brazo.

—¡Por la calle no! —exclamó Lili.

—Aquí es muy natural —le aseguró él—. ¿Adónde quieres ir, Lili?

—A Radio City, por favor —contestó ella.

—¿Pero no fuisteis Mary y tú ayer mismo?

—¡Por favor, quiero volver a ir hoy! —rogó ella.

James no tenía razón para negárselo; sin embargo, sería imposible hablar si miraban una película. Quedaría completamente absorta, olvidada de todo, excepto de la maravilla de la historia de la pantalla, de la cual, según James descubría con frecuencia; comprendía sólo los efectos más espectaculares.

—Es demasiado tarde o demasiado temprano —dijo bromeando—. Si vamos ahora no podemos volver a tiempo para la comida del mediodía. Es demasiado temprano para la película de la tarde. Mejor será, quizá, que demos un paseo por las calles y nos sentemos en un banco contemplando el río. Además, quiero hablarte muy en serio, Lili.

Ella no protestó contra esta decisión, y James la condujo hasta un banco frente al río, donde se sentaron. Apoyó él la sombrilla abierta contra el respaldo del banco y quedaron así protegidos de la calle deliciosamente. Ante ellos el río extendía una sábana de corriente plata. Ella miraba el río, pero él la miraba a ella. Nunca la había besado, con sorpresa por su parte. Era sencillamente que no sabía cómo lo tomaría ella. Sin embargo, había visto besos entre hombres y mujeres en la pantalla.

—Lili —dijo con dulzura.

Ella volvió sus ojos con grandes pestañas hacia él. Las pestañas eran rectas, no rizadas como las pestañas de las muchachas americanas, y muy espesas. Sus labios no se movieron.

—¿Me permites que te bese? —preguntó en el mismo tono dulce.

Miró ella a derecha e izquierda. No había nadie cerca. Abrió la cartera, sacó un pañuelo de papel, quitó el rojo de sus labios y con aire de paciencia levantó la cara para ser besada. James vaciló, desconcertado por esta manera de proceder. Luego no pudo resistir los labios dóciles, inclinó la cabeza y la besó. La cabeza de ella se apretaba contra su brazo sobre el respaldo del banco y cerraba los ojos. Sus labios estaban fríos y no los abrió. Percibió el olor a gardenia de su piel. Entonces sintió vértigo y levantó la cabeza.

—¿No encuentras extraño besar?

Ahora que el beso había terminado sacó Lili un espejito y un lápiz de carmín de su cartera, se pintó los labios cuidadosamente y se examinó el pelo. Luego meneó la cabeza.

—Oh, no, James —dijo.

James sintió un escalofrío de horror.

—¿Has besado a otros hombres?

—Sólo americanos —dijo ella.

—¡Americanos! —gritó James—. ¿Pero dónde?

—En Shanghai —replicó ella—. Algunos soldados y dos oficiales.

—¿Te besaron todos?

—Desde luego sólo les permití a los oficiales hacerlo más de una vez —dijo. Contemplaba de nuevo el río y el podía ver su perfil perfecto y puro.

—¡Pero Lili, tú no los querías! —Apretaba su mano contra el pecho.

—En absoluto —respondió.

—¿Por qué entonces, querida mía?

—Me lo pidieron, y yo les pregunté por qué, y dijeron que por los buenos sentimientos entre americanos y chinos, así que lo hice cortésmente.

James se rió ruidosamente al oír esto, y luego maldijo para sus adentros a los hombres que se habían aprovechado de la ignorancia de Lili.

—Prométeme, por favor, que no besarás nunca a ningún otro hombre sino a mí, Lili. Ya sabes que eso no está bien. Sólo los que están comprometidos y el marido y la esposa deberían besarse.

Lo miró ahora alarmada y solemne.

—¿Quieres decir que los oficiales eran unos hombres malos?

—Eso temo, querida. —No quería ofenderla ni desilusionarla demasiado rápidamente.

Meditó ella un momento sobre esto, y movió la cara con disgusto.

—Olían muy mal —dijo—. Y te lo prometo, James. Porque no me gusta mucho besar.

—Sólo a mí —insistió.

La joven sonrió a esto y levantó la mano.

—Bésame en la mano, haz el favor; así no me tengo que tomar tanto trabajo en sacar la pintura.

Se rió él, descubriendo en el rabillo de sus grandes ojos una ligera chispa maliciosa y llevó la mano delicadamente perfumada a sus labios y la retuvo mientras hablaba.

—Lili, ahora que estamos solos, debo decirte lo que deseo más que nada en el mundo después de que estemos casados. Quiero volver a China, querida, y trabajar allí en nuestro propio país.

No hubo un estremecimiento en la estrecha mano que James sostenía.

—¿Estás conforme con esto, Lili? —preguntó dulcemente.

—¡Oh, sí! —dijo pronta—. Si mis padres están conformes.

—¿Crees que lo estarán? —preguntó James con ansiedad.

—¡Oh, no! —dijo la joven con la misma voz pronta—. Yo creo que no. Tuvimos muchos disgustos en Shanghai.

—Entonces, querida, ¿qué vamos a hacer?

—Yo no sé —dijo la joven—. Por favor, James, piensa en otra cosa.

—¿Quieres... que no vaya?

—¡Sí, por favor!

Le tomó la mano y de repente la apretó contra su mejilla.

—Quédate aquí, por favor —rogó—. ¡Es tan lindo Radio City!

—Pero querida mía, yo tengo que trabajar.

—Tendrás un buen trabajo —recordóle ella.

Estaba tan encantadora con su dulzura infantil, que James no tuvo valor para hacerle reproches.

—Pero China nos necesita, querida. ¡Piensa en cuántos hospitales hay allí! Yo quiero construir algún día un gran hospital donde puedan entrar los enfermos y ser curados.

—El pueblo chino es demasiado pobre para pagar hospitales —dijo ella.

—Pero en mi hospital los ricos ayudarán a pagar a los pobres —insistió James.

Rióse Lili al oír esto.

—La gente rica no querrá pagar por ellos —dijo sagazmente.

El joven se sintió cogido en una especie de red, tan sutil que resultaba intangible,



y sin embargo, estaba debatiéndose en ella.

—Lili, contéstame claramente. ¿Vendrás a China conmigo?

—Si mi padre lo autoriza...

—¿Es una promesa, querida?

—Te lo prometo —dijo Lili con su dulce prontitud.

—Viviremos en Pekín —murmuró él.

—Me gusta Pekín —convino la muchacha—. ¡Hay unas tiendas tan lindas allí! Oh, eso me recuerda que no he gastado aún el dinero. —Se levantó y sonrió a James con el encanto de una criatura—. Vamos a comprar algo. ¡Un taxi, por favor!

James se levantó y llamó un coche, y ella se instaló en el asiento con gran complacencia.

—A la Quinta Avenida, cerca del Parque —ordenó.

Los llevaron hasta más abajo del Central Park y con la facilidad de la costumbre entró ella en un comercio lujoso tras otro. Al cabo de una hora y media volvió al primer establecimiento que había entrado y compró un aderezo de bisutería que costaba exactamente los cien dólares, incluido el impuesto. Se reía mientras esperaba por el paquete.

—Yo era tan estúpida cuando vine a Nueva York —le confió— que me parecía que debía ofrecer la mitad del precio que me pedían. Ahora ya sé que con los americanos no es así. Uno les da siempre lo que quieren.

Notó James cómo la vendedora contemplaba con admiración y aun con asombro la belleza de Lili, y se sintió orgulloso de que ella fuera china..., y de que fuera suya. Se inclinó para murmurar en su oído.

—¡Pero no besos!

Lili meneó la cabeza. No, eso no.

Pasaba bastante del mediodía cuando regresaron junto a sus padres. El señor Li estaba impaciente de hambre, y exclamó a la vista de su hija:

—¡Cuánto has tardado! De hambre me duele el vientre.

—¿Qué compraste? —preguntó la señora Li.

James comprendió que no era momento para hablar con el señor Li, así que se despidió. Lili le acompañó hasta la puerta.

—Vendré esta noche y le preguntaré a tu padre —dijo.

—Sí, hazlo, por favor —le aconsejó Lili dulcemente y cerró la puerta.

Ante el portal de su casa, James se encontró con Mary, tan silenciosa como un gatito.

—¿Irás? —preguntó en un susurro.

—Sí —dijo James—, si la deja su padre.

—¿Y si no la deja?

—Debe dejarla —replicó James.

—¡Ah! —exclamó Mary con voz contenida.

—¡Vamos! —La voz de su madre les llegó desde el comedor—. Vamos, a

comer...; la comida está caliente..., no dejéis que se enfríe. A papá no le gusta la comida fría.

—Vamos —gritó Mary.

—Vamos, madre. —La hizo eco James.

No podía haber conversación ni discusiones a la mesa. El doctor Liang insistía en tomar sus comidas en perfecta calma. En pie detrás de su silla esperaba en abstraído silencio que se reuniera la familia. La señora Liang bullía por las habitaciones llamando y apremiando.

Cuando James y Mary entraron en el comedor, subía ella de prisa las escaleras, su figura un poco gruesa avanzando penosamente sobre pies medio vendados. En su infancia le habían vendado los pies, pero cuando su familia descubrió que el muchachito con quien la habían comprometido años antes se había convertido en un joven moderno y fastidioso que jurara con ferocidad que no se casaría con una mujer de pies vendados, se apresuraron a liberarlos hasta donde fue posible. El doctor Liang no había querido reconocer nunca que su mujer tuviera en un tiempo los pies vendados. Incluso había declarado a los americanos que él creía que la costumbre de vendar los pies de las jóvenes había desaparecido de China en el siglo pasado.

—Un poco antes de que ustedes los occidentales dejaran de vendar las cinturas de sus mujeres —le gustaba decir con su encantadora sonrisa—. Yo me lisonjeo de que nuestra raza fue menos perjudicada que la de ustedes, puesto que, afortunadamente para nosotros, los órganos importantes no están colocados en los pies de nuestras mujeres. —Nada le encolerizó más profundamente que oír a un desdichado misionero, recién llegado de China, sostener que todavía seguían allí vendando los pies en las aldeas remotas.

—No es cierto —decía con altiva dignidad—. Como chino, yo lo sé.

Levantó la vista ahora cuando entraron sus dos hijos mayores.

—Sentémonos —les dijo—. Oí gritar a vuestra madre en el piso de arriba, y sin duda Peter y Louise se nos unirán pronto. —Empezó a sorber el caldo de pollo y fideos verdes con visible satisfacción. Entre americanos lo habría tomado en silencio, pero declaraba que con su familia era un placer estar a sus anchas y actuar como un verdadero chino.

Ninguno hablaba mientras él comía. Entró Peter y se sentó. Era un muchacho de diecisiete años, de agradable aspecto, tan delgado que su largo cuello resultaba ridículo. Sus facciones eran grandes y, lo que es poco común, fuertemente marcadas, y la frente elevada. El doctor Liang encontraba difícil no hacer burla de este hijo suyo; pero hoy, como estaba disgustado con James, se sentía bondadoso con Peter.

—Estabas estudiando unas cosas de física hace unos días —dijo cortésmente—. No he sabido el resultado.

—Me pusieron una clasificación de noventa y siete, padre. —Dominándose pudo mantener su voz en tono bajo, y consiguió decir esta frase sin soltar un gallo.

—Buen hijo —exclamó el doctor Liang—. Toma la sopa antes de que se enfríe.

La señora Liang entró afanosa en este momento, deshaciéndose en disculpas. Louise la siguió con aire malhumorado. Tenía dieciséis años, era más alta que Mary, y muy linda. Llevaba el pelo corto rizado de manera extravagante, un traje rojo ceñido y zapatos negros de tacón alto. Había estado llorando, y la señora Liang la miraba enojada mientras se dejaba caer pesadamente en su asiento.

—¡Imagínate lo que ha estado haciendo esta hija nuestra! —dijo.

El doctor Liang miró a su hija menor.

—Has estado llorando. ¿Por qué la has reñido? —Louise era su hija favorita y toda la familia lo sabía.

—Después de lo que tú has dicho acerca de ceñirse la cintura... —se quejó la señora Liang, trayendo la sopa entre dos sentencias, con intenso disgusto por parte del doctor Liang—. Estaba ceñéndose la cintura... ¡Delante del espejo! ¡Eso es lo que estaba haciendo! Tenía toda la cara roja.

—¿Pero por qué? —preguntó el doctor Liang mirando a Louise.

—¿Por qué? —respondió la señora Liang en voz alta—. Ahora está de moda otra vez, al parecer. Las americanas quieren tener cinturas muy estrechas.

—Nosotros somos chinos —dijo el doctor Liang suavemente. Continuó contemplando a Louise—. No te olvides nunca, hija mía, que nosotros aquí somos extranjeros. Ésta no es nuestra civilización. No debemos olvidar nuestros orígenes. Nuestras mujeres son bellas porque son naturales.

Los cuatro jóvenes bajaron la cabeza y se dedicaron con asiduidad a tomar la sopa de los tazones. La señora Liang dio unos golpecitos en el suyo, y gritó hacia la cocina:

—¡Neh-lí, Neh-lí!

La doncella Nellie entró rápidamente, recogió los platos y trajo en una bandeja otros tazones con comida. La señora Liang la observaba perspicaz mientras su marido hablaba con Louise.

—Debemos dar el ejemplo, hija mía. Con frecuencia pregunto al cielo por qué he sido enviado aquí, lejos de mi amado país. El cielo no me responde, pero mi corazón da la respuesta. Aquí tengo una misión. Mis hijos también tienen la suya. Debemos enseñar a este inmenso mundo nuevo lo que significa ser chino. Ahora, si vosotras os ceñís las cinturas, lo mismo que las americanas... ¿Pero puede ser cierto que esa práctica peligrosa y vil se adopte de nuevo?

—¡Oh, padre, no te preocupes! —exclamó Mary—. Louise no estará incómoda mucho tiempo, puedes estar seguro de ello. Le encanta comer.

—Cállate —murmuró Louise por lo bajo.

El doctor Liang dejó los palillos. La señora Liang le había servido un gran tazón de arroz con legumbres y se lo había colocado delante. Éste era su tazón de familia. Cuando había invitados presentes usaba uno pequeño de caballero, según explicaba riéndose. Sólo los campesinos comen en tazones grandes.

—Pero yo creía que la mayoría del pueblo chino se compone de campesinos —

solía decir el invitado. El doctor Liang suplicaba dejar esto con un gracioso movimiento de la mano izquierda. Utilizaba su mano izquierda para los ademanes.

—Una impresión desafortunada —decía con amabilidad—. Temo que debida a los *best sellers* sobre China... escritos por americanos. Un punto de vista muy limitado, naturalmente. Es la calidad lo que significa algo en todas las naciones, los pocos letrados, los doctos. Seguramente los hombres como yo representan más perfectamente que los aldeanos el espíritu de la civilización china. Nuestra nación ha sido gobernada siempre por nuestros intelectuales. Nuestros emperadores confiaban en los sabios.

—¡Mary! —gritó ahora severamente—. No seas cruel con tu hermana menor. Louise, no seas brusca con tu hermano mayor. Las relaciones de familia deben cuidarse.

—¡Ea, ea, tomad la comida todos! —gritó la señora Liang impetuosamente—. Cuando tengáis los estómagos llenos os sentiréis mejor. Yo mismo prepararé esta carne y el repollo. Vamos, padre de mis hijos...

Alcanzó la fuente a través de la mesa con los platillos en la mano, cogió un trocito de carne más tierna, y lo puso sobre el montón de arroz del doctor Liang.

—Vamos, vamos..., todos los hijos se portarán bien. Te empeorarán las úlceras si te enojas a la hora de comer.

Como muchos chinos intelectuales, lo mismo que los ricos, el doctor Liang sufría la amenaza de úlceras en el estómago. La mujer declaraba que era el excesivo carácter lo que le influía sobre el estómago.

—Debes dejar salir el genio. —Instaba algunas veces a su marido en la intimidad—. Incomódate con los chicos cuando tengas gana, pero entre las comidas. Dale una bofetada a Mary o un tirón de orejas a Peter..., así te sentirás mejor. Es duro para ti no tener criados que soporten un poquito de mal humor de vez en cuando. Por esa razón te sentías mejor cuando estábamos en China. Allí la *ricksha* del *coolie* era muy paciente... ¿te acuerdas? Aquí no tienes manera de dar salida al mal humor. Se te queda en el vientre y te produce tumores.

—Espero ser un verdadero hombre superior en el sentido confuciano, esté en China o en América —había replicado el doctor Liang.

—Confucio también murió de una enfermedad del estómago —le contestó ella.

A esto no le había respondido, recordando que el propio Confucio había dicho que el hombre superior debe ser paciente con las mujeres, los niños y los locos.

Ahora él se puso a comer con buen ánimo. Para ser un hombre tan delgado, su apetito era grande y enteramente satisfactorio para su mujer. Nada daba a la señora Liang una sensación mayor de éxito en la vida que el ver a su marido comiendo con entusiasmo. Estaba fastidiada de que su propio placer estuviera restringido por una silueta que tendía a engordar con facilidad y a veces se ponía melancólica ante la vista de la recia figura magra de su marido y la gracia de su cuerpo cuando se bañaba. ¿Comparaba él su sólida figura con las líneas desnudas de las mujeres americanas?

Hacía mucho que no quería ir a los lugares frecuentados junto al mar, después de una visita a Atlantic City. ¿Cómo podría el doctor Liang conservar su virtud en aquel lugar? Sin embargo, la vida americana era tal que no tenía más que abrir la página de una revista, dejada allí al descuido por uno de los hijos, para ver en su propia casa fotografías de las mujeres malas. A las mujeres americanas las consideraba unas ramerías sin excepción cuando eran jóvenes, y algunas aunque fueran de mediana edad. Hasta las viudas de cabello blanco andaban en torno del doctor Liang de una manera que sólo podía ser calificada de desvergüenza.

No creía ella que su marido, si lo dejaban en paz, pudiera serle nunca infiel, a ella ni a los hijos. ¿No le había dado dos hermosos varones? Sin embargo, el recuerdo de su matrimonio concertado la enconaba. Verdad era que su padre había cedido al extremo de permitirles verse durante quince minutos, un día, ante su vista. Ella era una muchacha corta de palabras a los dieciocho años. Todavía podía sentir cómo le ardían las mejillas ante el recuerdo. Pero el joven alto y guapísimo que la contemplaba entonces parecía ahora no tener nada que ver con su marido, el doctor Liang. Si recordaba él aquella entrevista bajo la mirada del vigilante anciano, no lo sabía. Nunca había hablado de eso. Ni siquiera en su noche de bodas, seis meses más tarde, había hecho referencia a ella. No obstante, había llevado adelante el casamiento. Suponía ella que no sería demasiado fea, y en aquellos tiempos no era gruesa, aunque no ciertamente delgada, ni siquiera entonces. Sus mejillas eran redondas y rojas, con un color subido que tendía al púrpura en tiempo frío. Sus gordezuelas manos juveniles estaban siempre con sabañones en el invierno hasta que vino a América.

Tenía un miedo enorme de su marido la noche de bodas. Él fue metódico y casi no habló. Hasta que tuvo la seguridad de que no había nada más que descubrir en el matrimonio, no recuperó ella su alegría natural y un poco ruidosa. Por aquella época descubrió que era indispensable para él. Aún seguía siéndolo y esto mantenía su estado de ánimo de confiado descuido, excepto cuando el doctor Liang empezó a escribir poesías, lo que hacía algunas veces. Estos poemas, urdidos entre mujeres enteramente distintas de ella, la alarmaron. Buscó con ojos celosos entre todas sus conocidas de Nueva York para descubrir, si era posible, alguna que le recordara aunque remotamente a estas damas de la imaginación. Tales parecidos eran difíciles de imputar, puesto que los poemas versaban todos sobre damas que habían vivido hacía siglos en la historia china. La Concubina Fragante, por ejemplo, era una de las favoritas, una dama que cuando transpiraba exudaba aromas en lugar de sudor.

—Dudo que esta mujer existiera jamás. —Había exclamado cuando el doctor Liang leía en alto a unos amigos americanos un poema que había escrito en honor a la Concubina Fragante.

—Vive en la historia —le había respondido con firmeza el doctor Liang. Miró al grupo de caras americanas expectantes—. Y quizá en mi corazón —añadió sonriendo.

La señora Liang había reñido aquella noche con él de la manera afectuosa que le

era natural.

—¡Tú! —Había exclamado, regañándole y sacudiendo un dedo delante mientras él se desnudaba para tomar el baño—. ¡Dando un escándalo delante de esos americanos!

El doctor había olvidado el episodio y cuando ella se dio cuenta de esto, se había alegrado de que la cosa terminara allí. Pero alguna vez volvería a suceder, así que continuó.

—¡Hablando de concubinas fragantes! —Rugió.

El marido se había reído de ella.

—Sólo había una —dijo, doblando los pantalones cuidadosamente y colocándolos al pie de la ancha cama de bronce.

—Los americanos son tan sexuales... —Se quejó ella. Hablaba en chino, pero la palabra «sexual» siempre la empleaba en inglés—. Deberías hablarles de otra manera.

—Estás celosa —dijo el doctor Liang encantado.

—¿De una mujer muerta? —chilló ella.

—De cualquier mujer.

—Si tú tomas una mujer, yo buscaré un hombre. —Amenazó con audacia.

Al oír esto rióse él descaradamente.

—Vamos —dijo inclinándose sobre los pies de la cama—. ¡Haremos una carrera..., tú por un hombre y yo por una mujer! Te compraré una sortija de jade si la ganas.

Ella se había escandalizado con decencia al oír esto.

—¡Vete a la cama, viejo! No hables como los americanos.

—Un poco más de carne —le decía ahora a su marido mientras estaban sentados a la mesa. Él, obediente, presentó su tazón.

—Tendré que echar un sueñecito —se quejó.

—Te hará bien —respondióle—. No eres tan joven como para no dormir un poco a mediodía.

A su alrededor los cuatro hijos comían en silencio, remojando la comida dentro de la fuente que estaba en medio de la mesa. La señora Liang no toleraba la presencia de Nellie, la sirvienta, mientras comían. Todos disfrutaban más de la comida cuando la remojaban en la fuente, pero sólo los muchachos lo hacían en presencia de la sirvienta, mas en ese caso no en presencia de su madre. La señora Liang les había regañado un día cuando al volver de un almuerzo en honor de su esposo había descubierto a sus cuatro hijos sobre la mesa comiendo con los tazones en la mano, remojando con los palillos en la fuente y charlando con la sirvienta.

—¿Por qué no hemos de hacer como los chinos, si lo somos? —Había preguntado James.

—¡Tú que estás en la universidad americana estudiando los gérmenes americanos! —Había gritado la señora Liang en beneficio de Nellie.

Echó a empujones a los muchachos de la mesa y esperó hasta que la sirvienta

hubo salido para dar cuenta de la iniquidad al padre. El doctor Liang había procedido como un juez.

—La teoría de los gérmenes no cabe duda que es verídica —explicó a sus hijos— pero la inmunidad de nuestro pueblo a ciertos gérmenes es muy elevada. Además, dentro de la familia, no hay mucho peligro. A mí mismo no me preocuparía remojar mis palillos dentro de un tazón con personas desconocidas de nuestra propia raza. Pero vuestra madre tiene razón. Los americanos tienden a rebajarnos, y nosotros, por lo tanto, no debemos prestar apoyo a su baja opinión.

La comida había terminado; la señora Liang sacó una caja de bombones, que la entusiasmaban. Entró Nellie, sirvió té caliente y volvió a salir. La señora Liang eructó a sus anchas y el doctor Liang la miró con tristeza, pero en silencio. Había comido demasiado bien para reprobarla, así que se levantó, bostezó, y se fue a dormir a su cuarto. La señora Liang entró en el *living*, se sentó en una butaca baja, y reclinando la cabeza, cerró los ojos.

En el comedor quedaron solos los cuatro jóvenes. Mary cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó sobre ellos.

—¿Se lo vas a decir a Peter y a Louise? —preguntó.

—¿Qué ha hecho Jim, ahora? —preguntó Peter. Estaba engullendo bombones, y cazaba con sus largos dedos los rellenos de crema.

—Le ha pedido a Lili que vuelva a China con él tan pronto como se casen, y Lili dijo que irá... si su papá la deja —la maliciosa voz de Mary remedaba la suave pronunciación china de Lili.

—¡Déjate de bromas! —exclamó Peter.

—Yo también voy —anunció Mary.

Los tres se volvieron hacia ella.

—¿Quién te lo propuso? —preguntó Louise.

—Yo misma —declaró Mary—. Ya lo he decidido. Todo esto de la higiene infantil... ¿por qué creéis que he estado haciendo esto?

—Para poder ser una buena madre —dijo Louise maliciosamente.

—¡Bah, déjate de tonterías!

Sin sus padres, los cuatro eran enteramente americanos. No viéndolos, oyendo sólo sus voces, nadie podría haber percibido ninguna diferencia.

—Yo creo que Jim debe ir primero a abrirnos camino a los demás —exclamó Peter. Su largo cuello parecía crecer más con la excitación.

—¿Cómo va a ir Jim? —preguntó Louise—. Cuesta montones de dinero.

—Me han ofrecido un trabajo —dijo Jim, lentamente.

—¡Oh! ¿Dónde, Jim?

—En Pekín, en el gran hospital de allí.

—Buena suerte —murmuró Peter.

Todos ellos estaban desesperados por volver a China, todos excepto Louise, pero no se atrevía a decirlo. A solas tenía miedo a veces ante el pensamiento de China.

Amaba a América. Sus días eran pura diversión, mezclada con breves horas de trabajo en la escuela superior, y lejos de su familia vivía una vida que ocultaba por completo a todos. Era alegre y popular, bailaba bien y cantaba con tanta pureza como una alondra china. Un muchacho americano se había enamorado de ella. Nadie lo sabía excepto su amiga Estelle, que era hermana de él. La romántica Estelle rogaba a Dios que se casaran, y Louise pasaba largas horas en conversaciones emocionantes con ella. La única dificultad era que Phillip no le había pedido a Louise que se casara con él.

—Hay un inconveniente, sin embargo —dijo Jim con cordura—. Lili quiere la conformidad de su padre para irse.

Hubo un coro de bufidos al oír esto.

—Cásate con ella primero —aconsejó Peter con voz potente—. Cuando estés casado puedes hacer lo que quieras. Sé chino por una vez..., hazte obedecer por tu esposa.

Jim le sonrió y movió la cabeza.

—No sé —dijo—. Pero temo que no voy a ser un buen marido chino, Peter.

—¡Ah!, sé firme —lo instó Peter—. No te dejes vencer, Jim. Recuerda que eres nuestro piloto.

James miró las caras que rodeaban la mesa. Peter estaba lleno de vehemencia, Mary de determinación y Louise parecía ausente y soñadora. Todos ellos dependían de él, su hermano mayor, el cabeza de familia después de su padre. ¡El cabeza de familia! Cuando lo fuera los tendría a todos en China, adonde pertenecían.

—Podéis confiar en mí —dijo—. No os abandonaré.

Estaba un poco desanimado, sin embargo, por el aire de resuelta calma de Lili cuando ésta se levantó con gracia ondulante para recibirlo aquella tarde, al entrar él en el primoroso *living* del departamento de los Li. Alargó la mano y tomó la de él para conducirlo al sofá donde estaba sentada. En el asiento de enfrente estaban sentados los señores Li con cierta seriedad y expresión solemne. Cuando los saludó inclinaron la cabeza sin hablar, y se dio cuenta de que Lili les había transmitido su petición. Comprendió también que habían discutido el asunto y decidido cuál habría de ser la respuesta. Su reserva le atemorizó. Si estuvieran a su favor seguramente no le habrían mirado con tanta gravedad. Disimuló sus temores y se sentó al lado de Lili, aceptó el té que ésta le ofreció y declinó la sugerencia de servirse *whisky* y soda que había en una bandejita sobre la mesa frontera a la vacía chimenea ornamentada. Se conducían muy a lo chino, según notó, y una mezcla de tozudez, humorismo y desaliento le indujo a portarse también del modo más chino que pudiera.

—La noche está templada —declaró—, el cielo tiene aspecto de lluvia. —Como no quería hablar en inglés esta noche, hablaba en chino mandarín, su lengua nativa, pero extraña para la señora Li, criada en Shanghai.

No obstante, ella le respondió en un intento de utilizar la misma lengua:



—El río tendrá mayor humedad, lo que será malo para nuestra tos.

James sorbió un poquito de té y dejó la taza.

—Hay muchas variedades de clima en este país tan grande —observó—. ¿No les haría bien viajar hacia el Oeste, donde el aire es seco y constantemente hay sol?

La señora Li movió la cabeza.

—No podemos dejar Nueva York —suspiró—. Es como Shanghai. ¿Y en qué otra parte podríamos comprar jengibre fresco y pimpollos de bambú? Los mercados de Chinatown son, por lo menos, tan buenos como los de las pequeñas ciudades en nuestro país.

El señor Li tosió sordamente.

—La salsa de soja es buenísima aquí —observó.

Lili no decía nada. Sentada, en reposo, cruzaba las manos exquisitas sobre el regazo de su bata verde manzana. Llevaba una gardenia blanca en el pelo y pendientes verdes de jade. El aroma de la gardenia la envolvía en fragancia, y robaba el corazón del joven enamorado. Su impaciencia iba en aumento con los lentos preámbulos de la cortesía china y de repente los dejó de lado. Inclinandose hacia delante se dirigió al señor Li en inglés.

—Señor, supongo que Lili le habrá dicho que le he pedido que se case conmigo muy pronto y se venga a China. He venido a solicitar su autorización.

La señora Li se levantó inmediatamente:

—Vamos, hija —le dijo a Lili—. Debemos dejar este asunto a los dos hombres.

Lili obedeció, y el señor Li conservó un grave silencio mientras las dos dejaban el salón. Cuando se hubieron ido, se levantó, se dirigió a la puerta y la cerró. Esta noche llevaba puestas ropas chinas, las que cubrían su corpulenta figura y le conferían gran dignidad. James sólo lo había visto hasta ahora con los nuevos trajes occidentales que había comprado al principio de su llegada a América, y aunque eran caros y de excelente calidad, no sentaban bien a sus hombros redondeados por toda una vida de cómodos ropajes chinos y revelaban demasiado violentamente su vientre colgante. La delgadez de sus piernas también quedaba oculta ahora por las largas túnicas de rico brocado azul oscuro. Al volver se sentó al lado de James, dejó ver sus dedos regordetes terminados en punta y empezó a hablar en chino.

—Lo que voy a decir no tiene nada que ver con usted. —Su chino mandarín era pomposo, pero inteligible. Todos los hombres de negocios están obligados a saber mandarín, cualquiera que sea su lugar natal en China—. Yo accedo de muy buen grado a que se case usted con Lili. Será un peso que se me quite de encima. Pero usted me pide que le permita llevar a mi hija de vuelta al país de donde hemos escapado. Vamos, no me interprete mal. Yo detesto este país extranjero y amo el nuestro. Pero le diré a usted que se están pasando muy malos tiempos en China. Aparte de mi vesícula, mis negocios se habían puesto muy difíciles. Sólo unos pocos tenemos dinero, y puesto que los americanos quieren siempre reservarse un cincuenta y cinco por ciento y nosotros los chinos estamos determinados a conservar también el

cincuenta y uno por ciento, los negocios no se mueven. Por esto es por lo que aproveché la oportunidad de venir a este país y operarme de la vesícula. Cuando vaya a la mesa de operaciones el mes que viene, me consolaría pensar que mi hija está protegida y casada con un hombre bueno y capaz como lo es usted. Así podría morir sin pena.

James le interrumpió:

—No es necesario que usted muera, señor. Yo entiendo de estas cosas y...

El señor Li levantó la pálida mano suave y lo detuvo.

—Usted no es el que va a abrirme —dijo bondadosamente—. Si sostuviera usted el bisturí no le temería a la muerte.

James se estremeció de ansiedad e inspiración.

—Señor, si puede usted fiarse de mí para hacer la operación...

El señor Li pareció instantáneamente alarmado.

—No..., no... —exclamó—. Los americanos están acostumbrados a operar. Además, usted es joven y yo soy un hombre importante. —Suspiró y se frotó la panza con la palma de la mano—. Sin embargo, me gustaría...; no, no puede ser. Ya he elegido el doctor y le he anticipado algún dinero. Por las noches tengo miedo, se lo confieso.

—No tenga miedo, señor —le suplicó James—. Los cirujanos de aquí son excelentes.

A esto respondió el señor Li con voz de duelo:

—Un chino no mataría de buen grado. Pero los americanos ni piensan en ello. No vio usted a sus soldados en Shanghai. Corren de aquí para allá en sus cochecitos y matan a cualquiera que encuentren por el camino. En una calle cerca de nuestra casa mataron un día a siete personas sin detenerse a ver qué habían hecho. ¿Por qué han de perdonar a un viejo chino como yo? Y además de eso, yo he preguntado y me enteré de que aunque me muera tengo que pagarles. ¿Qué injusticia es ésta? Sin embargo, me veo en la impotencia. No me puedo cortar yo mismo el vientre. Si los doctores fueran chinos no esperarían que se les pagase por matarme, usted lo sabe. Esperarían más bien ser demandados. Pero parece que aquí los doctores no pueden cometer asesinato, así maten a quienquiera que sea. Yo he hecho averiguaciones y me han dicho que incluso el presidente de los Estados Unidos tendría que pagar a su doctor si lo matara. Como usted sabe, nosotros jamás consentiríamos semejante extorsión.

La voz vehemente y suave del señor Li seguía fluyendo. Hablaba poco delante de su mujer y su hija, pero cuando estaba solo con un hombre le salía la charla a borbotones. Se sentía muy allegado a este hermoso joven chino. Había perdido a su único hijo y tenía, la sensación de que le era devuelto, un hijo más sano y más fuerte, y mejor en todos sentidos que el pobrecillo cuya madre había matado por exceso de amor. El pequeño Ah Fah había muerto de una dosis excesiva de opio que la señora Li había dispuesto darle para calmar un dolor de estómago que le diera por comer demasiados dulces de arroz. Una doncella celosa pero ignorante había doblado la

dosis. El señor Li quedó tan confundido y abrumado después de la muerte de su hijo, que se había retirado de la vida. Sus impulsos sexuales, nunca muy poderosos, lo habían abandonado enteramente y no quiso una concubina que la señora Li le había propuesto en expiación de su descuido. La pena de la madre, sin embargo, le había tocado en el corazón y finalmente volvió a su esposa. Fuera de su casa enorme y ricamente decorada, en la Concesión Francesa en Shanghai, había sido un hombre de negocios astuto y de éxito, pero en casa era sumiso, indulgente y casi enteramente mudo.

James no intentó contradecir en nada del señor Li. Se daba cuenta de que era una especie de alivio para el hombre de más edad descargar todos sus temores y prejuicios y seguía sentado, medio sonriente, escuchándolo, al parecer conforme, esperando el final, que suponía sería el consentimiento del señor Li.

—Ahora —decía el señor Li— he aquí lo que yo pido. ¡Que no vuelvan a China en unos años! Desde luego yo no deseo que me entierren aquí, y si muero, como supongo, bajo el bisturí extranjero, mi cuerpo será colocado en un ataúd de metal. El ataúd ha de llenarse de cal, y ser sellado y almacenado. No deseo que me entierren en esta tierra americana. Y cuando los asuntos de nuestro país mejoren lo bastante para que usted lleve a la madre de mi hija, a mi hija, y espero que mis nietos, de vuelta a Shanghai, mis restos deben ir con la familia. La casa de Shanghai es vuestra. Es muy grande y está enteramente amueblada, en la parte oriental a estilo chino, en la occidental al modo extranjero. El jardín desde luego es muy grande, por lo menos diez acres extranjeros, cincuenta *mou* chinos, y hay un pino muy antiguo en el centro de las rocas del jardín. Bajo el pino hay un espacio que preparé para mi sepultura cuando hice el jardín hace veinte años. El cementerio de la familia está en nuestra aldea en las afueras de Soochow, pero deseo reposar durante una o más generaciones entre mis nietos. Más tarde, si quiere usted ser enterrado allí, puede trasladarme al lugar de la familia. Por ese tiempo ya me habré acostumbrado a estar muerto y no me importará. Después de cien años todos nos convertimos en polvo.

James cambió de postura.

—Señor, yo quiero trabajar...

El señor Li volvió a levantar la mano.

—No es necesario —dijo bondadosamente—. Yo tengo bastante dinero para sostener por lo menos cinco generaciones. Vi muy bien lo que intentaban hacer los japoneses. Cualquiera podía ver lo que sucedería cuando los extranjeros terminaran la por ellos llamada primera guerra mundial. Así que vendí mis fábricas cuando los japoneses llegaron a Manchuria. Por aquel entonces, desde luego, la guerra era inevitable. Toda mi fortuna está en los Bancos de aquí, en Nueva York. No quiero ocultarle que soy uno de los mayores depositarios en tres Bancos de esta ciudad.

El señor Li sonreía misteriosamente y levantó su mano todavía otra vez cuando vio de nuevo que James estaba a punto de hablar.

—Espere...; hay algo más. Colocaré todo a nombre de usted, hijo mío, el día que

vaya a someterme al bisturí extranjero. Le tengo confianza. Usted cuidará de un padre y una madre ancianos. Sí, será usted mi verdadero hijo. Sólo pido una recompensa...: que tome usted mi nombre cuando se case con mi hija; es una antigua costumbre, usted sabe, cuando un hombre no tiene hijos varones.

Miró astutamente al grave joven, que de repente apretó los labios con fuerza, y añadió presuroso:

—El apellido Li es honorable. Figura entre los Cien Nombres. Y su padre de usted tiene otro hijo. No le hago un robo. Ahora veamos, todo está claro entre nosotros. Desde luego concedo mi permiso para la boda. Que sea en seguida. ¿Digamos dentro de dos semanas a contar de hoy? Eso me da tiempo para elegir trajes nuevos, seleccionar los invitados, etc. Casi me concede un mes de plazo antes de mi muerte. Con buena suerte incluso espero antes de morir pueda concebir mi hija. Bueno, eso sería demasiada buena suerte, y quizá, es mucho pedir. Sin embargo... — El señor Li frunció los labios y sonrió.

James no tenía valor para destrozar los sueños de aquel hombre, y, no obstante, tenía que hacerlo. Acostumbrado a proceder como cirujano, puso rápidamente manos a la obra.

—Yo no creo que usted muera, señor —dijo— y mejor será que no lo tome como un hecho inevitable. El espíritu debe ayudar al cuerpo a vivir..., los médicos lo sabemos. Pero por favor, señor, no me pida que cambie el plan de vida que me he trazado. Mi apellido es Liang, y yo debo conservarme como he nacido. Le estoy profundamente agradecido y seré como un hijo para usted me llame como me llame.

El señor Li retrocedió y se le llenaron los ojos de lágrimas. James, al apartar la vista de su rostro vio, que las gruesas manos blancas que reposaban sobre el regazo de raso empezaban a temblar. Apartó la vista de las manos y siguió:

—Me alegro de que sea su deseo que Lili y nuestros hijos vivan en nuestro país. Hasta ahora estamos conformes. Yo me he criado aquí y esto no es bueno para nosotros. Somos exilados por más amable que sea la gente. Pero no es sólo por esto por lo que quiero regresar a mi patria. Tengo la esperanza —quizá fantástica—, de que puedo hacer algún bien por mi pueblo.

—Los tiempos son tan malos... —La voz del señor Li era un gemido.

—Ya lo sé..., y por eso es lo que presiento que debo volver —dijo James.

No podía decirle al señor Li qué era lo que en lo íntimo de su corazón dificultaba aquellos planes. No le había dicho nunca ni siquiera a Mary que en algún rincón profundamente reprimido de su ser lamentaba que su padre hubiera preferido vivir en el exilio durante los años difíciles para su país. Conocía todos los argumentos; que un profesor no podría trabajar en medio de la inquietud y de la guerra. Creía que esos argumentos eran verídicos. Sabía que el cerebro delicadamente equilibrado de su padre necesitaba seguridad, quietud y estar a resguardo para realizar su trabajo. Pero él hacía mucho que había determinado que trabajaría donde se le necesitara más, en medio del caos e incluso en la guerra. No consentiría que su cerebro fuera delicado ni

su corazón olvidadizo.

El señor Li volvió de nuevo a la carga, no con aspereza ni violencia, sino con un ruego.

—Lili ha sido educada con dulzura. Se puso muy nerviosa y enferma durante el bombardeo de Shanghai. ¿No le ha dicho a usted que estuvo a punto de que la mataran?

—¡No! —gritó James con voz opaca de horror.

El señor Li movió la cabeza.

—Estaba haciendo compras en el almacén de Wing On's. Yo le había dicho que podía comprar un abrigo de cebellina. Los rusos nos mandaban muy buenas pieles. Estaba probándose uno cuando cayó la bomba. Felizmente se había ido a las escaleras, donde había una ventana, para ver la piel a la luz del día. Así que pudo bajar corriendo las escaleras y escapar antes de que todo el edificio se viniera abajo. —El señor Li suspiró—. Desgraciadamente, tiró el abrigo, creyendo que sería demasiado pesado. De otra manera lo hubiera conservado también.

James, con cara seria, continuó mirando al señor Li.

Éste prosiguió:

—Por esta razón se asusta fácilmente, y quizá será así toda su vida. Ahora puede ser que Shanghai esté mejor pero no podemos estar seguros. Amenazan toda suerte de desastres aún. ¿Y si triunfan los comunistas? ¿Quién puede conocer la voluntad del cielo? Por esta razón, ya que usted dice que no aceptará nuestro nombre, debo decirle que Lili no irá a China por ahora.

Éste era ultimátum del señor Li y James se dio cuenta. Supo también que según la manera de razonar china, si él hubiera querido ceder y cambiar su apellido, el señor Li quizá habría hecho una concesión y le hubiese permitido llevar a Lili a China. Si uno no da, no puede esperar recibir. Sentía la suave pero implacable red de la reciprocidad de la vida china extenderse alrededor de sus pies, lo que aumentó la firmeza de su corazón. El había vivido en libertad y se mantuvo terne. Se levantó, metióse las manos en los bolsillos e irguió los hombros.

—Sentiré dejar a mi esposa sola en América esperando hasta que la China esté en condiciones de que ella viva allí. Pero mi trabajo debe ser lo primero.

El sudor brotó en el pálido rostro del señor Li.

—Usted es demasiado extranjero —dijo. Una obtusa ferocidad inflamaba su cara. Los labios se le fueron poniendo azules poco a poco—. Para los chinos, la familia es lo primero.

James bajó la vista con firmeza hasta la cara vuelta hacia arriba. El más joven miraba al de más edad con comprensión y simpatía, y sin embargo, no podía ceder. Más que su propia vida pendía de este momento. Había vivido durante todos los años de su adolescencia y primera juventud en presencia de un sueño; este sueño era su país en necesidad y peligro y él dedicado a su salvación. No podía abandonar este sueño porque se moriría. Y el morir para un joven era peor que para un viejo. El

señor Li, se decía James de mala gana, no había hecho jamás ningún bien a China. Era uno de esos seres que han vivido para su familia. ¡Con cuánta frecuencia había sido sacrificada China a la familia, y por cuántos!

Sentía su alma encenderse en llamaradas, en un fuego solitario.

—Como quiera que yo sea, primero debo ser yo mismo —dijo al señor Li cuando se volvió para dejar la habitación, y atravesando el vestíbulo salió de casa.

No podía ir a la suya. El aire de la noche era agradable y las calles estaban silenciosas. Miró su reloj y vio que eran las once. Le quedaba toda la noche por delante todavía. Paseó lentamente, sin sombrero, las manos en los bolsillos, calle abajo y a través del río. Allí estaba el puente de Jorge Wáshington. El nombre significaba algo. James se había criado entre los héroes de América. Jorge Wáshington tenía más vida para él que Confucio. Confucio era un predicador o tal vez un profesor, como su padre, pero Jorge Wáshington era un hombre de acción y el creador de una nación nueva. El puente se extendía a través de la enorme extensión del río. La neblina se elevaba del agua helada en blandos remolinos y ocultaba el extremo más lejano del puente. Se extendía desde la orilla próxima perdiéndose hasta el infinito en la lejanía, en el porvenir, y su poderosa imaginación lo convirtió en un símbolo. Cruzaría el puente de sus sueños, aunque fuera solo.

Pero por la noche, ya en su cama, Lili salió a rastras de su corazón y le entró en el cerebro. Estaba acostado en medio de la obscuridad pensando en ella, amándola con toda la fuerza de su joven virilidad reprimida. Se había criado entre muchachos y muchachas americanos, oyendo sus chanzas pesadas sobre el sexo, pero sin compartirlas. El conocimiento de que él no era de su raza era una barrera suficiente, pero la delicadeza de su alma era la barrera real. No quería besar a ninguna muchacha, manosear senos y bailar muslo contra muslo. Eso no era para él un placer. Más de una muchacha le había hecho comprender que no le importaba que fuera chino. Pero eso no era suficiente y él hizo como que no entendía. Se casaría con mujer de su propia casta y se vanagloriarían de ser chinos. Su orgullo había quedado satisfecho con Lili. Cuando llegó de China vio que era más bella que ninguna de las muchachas que había visto en América. Todos sus frenos se soltaron aquella noche y decidió que no la dejaría. Iría a China y la llevaría consigo.

Cuando se levantó después de un sueño intranquilo su determinación le daba un aspecto fresco y tranquilo. Se bañó, se afeitó y se vistió cuidadosamente su traje nuevo gris con rayitas y se puso una corbata rojo vivo. Cuando se acercó a la mesa para desayunarse, sólo Mary y Peter estaban allí, Peter estudiando mientras comía y sin levantar la vista. Pero Mary exclamó gritando al verlo:

—¡Oh, qué guapo estás esta mañana! ¿Papá dijo que sí?

James hizo una mueca y se sentó frente a una taza con un montón de papilla de avena.

—Papá dijo que no, y yo voy a volver allí esta mañana para tomar a Lili a la fuerza.

—Te deseo suerte —dijo Mary. De repente se puso seria, y murmuró por lo bajo —. ¡Oh, cómo te deseo buena suerte!

Él hizo como que no la oía mientras se servía crema y ponía azúcar en la taza.

Por un momento, cuando se abrió la puerta del departamento de los Li, creyó que a Lili le habían prohibido verlo. La doncella Mollie parecía afligida. Cerró la puerta con cuidado y miró a lo alto de la escalera.

—Tuvieron una especie de pelea aquí —murmuró—. Cuando yo me levanté esta mañana... —Y movió la cabeza.

Entonces Lili en persona la interrumpió. Apareció en lo alto de las escaleras, pálida y exquisita, con una bata de seda azul y pequeñas chinelas negras, y bajó lentamente. Mollie desapareció y James se adelantó y tomó a Lili en sus brazos. Ella se acurrucó contra su hombro y empezó a sollozar dulcemente.

—¡Pusiste a papá tan enojado! —Lloró.

James estaba disgustado por su llanto, y la llevó abrazada hasta el saloncito de música fuera del vestíbulo. Allí cerró la puerta y se sentó con ella en una butaquita confidente.

—Lili, querida, no llores —dijo cariñosamente. Sacó el pañuelo limpio que había colocado en el bolsillo del pecho y le enjugó los ojos, sosteniéndole la cara con la mano bajo la barbilla, como si fuera una niña. Sus labios estaban pálidos y temblorosos esta mañana, y él los besó. Lili no abrió los ojos, y grandes lágrimas resbalaron bajo sus pestañas.

—¿Se incomodó mucho contigo, querida? —preguntó él con ternura. Y volvió a apoyarle la cabeza en su hombro.

—Papá dice que no debo casarme contigo —sollozó—. Dice que me encontrará otro marido.

James sintió que el corazón le latía contra las costillas.

—No puede hacer eso, querida... si tú no quieres que él...

Enjugóse ella los ojos con su pañuelo, un pedacito de seda y encaje.

—Debes ayudarme —murmuró.

James temblaba de amor y de miedo.

—Claro que te ayudaré, querida. Pero tú también tienes que ser valiente, Lili. Si permanecemos juntos nadie nos podrá obligar a separarnos.

Volvieron a correr sus lágrimas.

—Papá puede —dijo con desmayo la joven.

—No, Lili, ni siquiera él.

La desesperación lo abrumó por completo. Ella era tan dócil, tan blanda, tan acostumbrada a la obediencia. ¿Y si no podía comunicar fuerza a su alma? ¡Ah, pero tenía que hacerlo! De algún modo debía inspirarle lo que el puente significaba y cuando Lili lo comprendiera sería bastante fuerte para caminar a su lado, dondequiera que la llevase.

—Escúchame, querida. —Le apartó de la oreja los suaves rizos del pelo, echándoselos hacia atrás—. ¡Qué orejas tan lindas tienes, Lili! —Y besó la orejita que se volvía hacia él—. Piensa en lo que te digo, querida. Trata de comprender lo que siento. Nuestro pueblo es bueno..., nuestro pueblo es admirable. China es grande. En realidad no es débil. Lo único es que está en desgracia. Toda su gran fuerza sólo está esperando a que nosotros vayamos a ayudarla. Ha vivido en un mundo antiguo, muy antiguo, y necesita nacer en el nuevo. Yo soy doctor y naturalmente pienso como si se tratara de un nacimiento..., de dar a luz la vida...

—Pero si papá no quiere darnos dinero, ¿cómo vamos a vivir en China?

Él se rió de esto.

—Yo trabajaré y haré dinero.

Con sorpresa y molestia por parte de James, Lili se enfureció al oír esto y dio con su piecico en el del joven. No le hizo daño, y sin embargo, la huella de su tacón lo hirió en el corazón.

—No hablas más que tonterías —exclamó—. En China no puedes trabajar. No hay dinero.

—El hospital me pagará —replicó él.

—Un poco de dinero —dijo ella burlándose—. ¿Cuánto? Quizá en un mes lo que yo pagué ayer por mi collar. Papá tiene razón.

Los brazos con que la rodeaba se aflojaron.

—¿Es que no quieres entonces casarte conmigo?

Lili volvió a llorar ruidosamente y le echó los brazos alrededor de su cuello.

—¡Quiero..., quiero; pero, por favor, aquí, en Nueva York! Me gusta mucho.

—Yo debo irme —dijo él gravemente.

Dejó caer sus brazos y ella volvió a colocarlos donde estaban.

—¡No; tienes que quererme, por favor!

En medio de su perturbación estaba tan hermosa, tan desamparada, que la oprimió de nuevo, mientras se le rompía el corazón. Así siguieron sentados largo rato, pero James no sabía qué pensamientos pasaban por la cabeza de Lili.

—¿Quieres... que me vaya antes de casarnos?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Es la única forma —dijo—. Papá no me hará casar con otro hombre ahora, en seguida, si lloro todos los días. Puede ser que no se muera. Luego..., que tú hagas dinero..., o tal vez si compras una casa..., o aunque sólo alquiles una bonita...

James se sentó contemplándola y ella no lo miró. Retorcía su pañuelito húmedo haciendo nudos y luego lo estiraba y lo extendía sobre una rodilla, tirando del encaje del borde, haciendo todo esto, pensó él, para evitar su mirada.

—Esto es lo que tú quieres que haga, ¿verdad, Lili? —preguntó por último.

Ella levantó sus ojos hasta los suyos.

—No, lo que yo quiero es... —murmuró.

Estuvo muy amable, muy tierno.



—Entonces, querida, ¿no podrías venir conmigo... escaparte...?

Negó decidida con la cabeza:

—No..., no puedo —dijo con una débil vocecilla dulce—. ¡Oh, no!

—¿De verdad me mandas allá?... ¿solo?

Lili empezó a llorar.

—Eres tú el que quiere irse solo... Si te quedas aquí todo irá perfectamente... No soy yo la que provoca disgustos..., eres tú..., tú...

No trató de consolarla. Siguió sentado escuchándola; veía las lágrimas en sus mejillas y sentía sus manecitas apretando las suyas. Las palmas estaban ardientes. Cuando cesó su llanto y se sumió en el silencio, vio cómo lo atisbaba por debajo de sus pestañas húmedas. Incluso intentó sonreír. Pero él no se permitiría ni amor ni compasión.

—Quizá tienes razón —dijo—. Soy yo el que quiere irse..., aunque sea solo.

Y se levantó y se fue, rechazando en la puerta, con su única mirada hacia atrás, la súplica de los asombrados ojos de Lili y sus manos repentinamente tendidas hacia él.

## CAPÍTULO II

El océano no era el río. Ningún puente podía cruzarlo. James permanecía en pie todos los días durante horas, contemplando el agua verde clara que formaba blancas olas de espuma donde la proa del barco se abría camino hacia el Oeste. Estaba solo y aún quería seguir estándolo. Había pocos pasajeros: dos viejos chinos solitarios que sospechó debían ser cantoneses que volvían a morir a la patria, un negociante americano duro de roer, un directivo de la Standard Oil, un periodista, dos o tres misioneros y sus esposas. Sólo los misioneros hablaban con él todas las mañanas al pasar, pero no los alentaba.

El océano no era el río. Cambiaba de día en día, de hora en hora. Bajo un cielo gris era verde. Bajo la lluvia era gris. Al sol era puro azul regio, y bajo la luna plata flexible. La luna era lo que no podía soportar. La luna le hacía pensar en Lili. Mucho hacía que la había perdonado. Era dulce y suave, una niña afectuosa, llena de tristeza ante el temor de que su padre muriera estando ella ausente. La cosa había terminado así por el tiempo en que él salió de Nueva York. Ella tenía miedo de que su padre muriese y le había rogado que esperara hasta después de la operación. No lo había hecho porque temía que el viejo Li se muriera en realidad y entonces no tendría valor para dejar a Lili.

—Es mejor que me vaya. —Le había dicho—. Si se muere, tendrás valor para venir junto a mí.

Se tendía en su silla extensible de lona, muy quieto, con los ojos cerrados. Estaba en medio del océano, quedaban días detrás de él, días le esperaban por delante. Le dolía el cuerpo de soledad, defraudado del casamiento. Parecíale que hacía sólo un momento que había dejado la casa de su padre en medio de la confusión y el sufrimiento. No había tratado de nuevo de persuadir a Lili, y sólo la había visto una vez más, la última noche antes de salir. Era demasiado tarde entonces para cambiarlo todo, aunque hubiera habido un cambio en ella. Ya había enviado cables aceptando el trabajo del hospital de Pekín y anunciando que iría solo y que por lo tanto no necesitaría ninguna casa para doctores residentes, sino que aceptaría gustoso dos habitaciones en el dormitorio de hombres, y que salía en seguida. Pasaportes y visados fueron despachados a toda prisa con la ayuda de los Gobiernos. De repente resultó importante que el doctor James Liang llegara a China. Iba a llevar consigo abastecimientos de medicamentos, especialmente muestras de la nueva estreptomocina para combatir la tuberculosis. Tres cuartas partes de los estudiantes de las universidades del Gobierno padecían de tuberculosis debido a la mala alimentación y al mal alojamiento después de la guerra.

No había habido ningún cambio en Lili. Le permitió que la estrechara en sus brazos, había llorado un poco, dejó que la besase, y le dijo que su padre estaba seguro de que iba a morir y le había legado todo su dinero y la casa de Shanghai. El corazón de James estaba mudo y no pudo responder. Tenía demasiado por delante; su sueño,

roto, era algo que se convertía en realidad, y en cierto modo era un solitario sin ella. El sueño era más antiguo que su amor y el sueño no debía seguir.

—Adiós, querida —murmuró una y otra vez a su oído—. Adiós..., adiós...

La angustia de decirle adiós a Lili había servido a este pobre propósito, sin embargo...: había debilitado el dolor de otras despedidas. Estrechó la mano de su padre, abrazó a su madre, besó a Louise y retuvo la mano de Peter un instante sin sentimiento alguno en su alma. Sólo cuando Mary se arrojó en sus brazos y se colgó de él había sentido una chispa de pena. Le había murmurado con energía en su oído: «Tienes que mandar a buscarme... ¡no te olvides, Jim! ¡En el primer instante!». Sus brillantes ojos negros habían sostenido su petición hasta que el tren lo llevó fuera de la vista.

James suspiró. El viento que se levantaba del océano al crepúsculo se hacía cada vez más frío; se puso en pie, dobló su manta de viaje, recogió los libros que no había leído, y bajó a su camarote. Nadie lo compartía con él porque el barco estaba medio vacío. Se echó sobre la litera y cruzó las manos por detrás de la cabeza, y entonces entraron de nuevo en su soledad los últimos momentos de su despedida de Lili. Esto se había convertido en un hábito de su cerebro, pensó con impaciencia. Sentía el alma fatigada. Trató conscientemente de desechar de su imaginación el rostro de Lili, el aroma de su persona, la suavidad infantil de su carne, el sonido de su voz. Trató de pensar en su padre y en su madre, en su vida de América, en el hospital, en los proyectos para cuando desembarcara en su país, tan nuevo y extraño para él como si no llevara sangre china en sus venas. Pero su cerebro volvía al triste rodeo que su corazón le imponía. El amor no estaba mitigado.

Apretó los dientes y escuchó el ritmo del mar batiendo contra el barco. Abrió los ojos y contempló el golpear y escurrirse de las aguas grises en el ojo de buey. Estar así tumbado en un barco y sentirse sacudido sobre la inmensidad del agua ya era bien humillante. El vapor era una cáscara de nuez en el océano y él apenas una minucia dentro del vapor. ¿Por qué había de considerarse importante dentro de la vastedad de su país? Durante miles de años China había vivido sin él y viviría miles más después que él hubiera desaparecido. Nunca lo echaría de menos. Empezó a maldecirse por ser tan loco y a considerar que su padre era un sabio. Podría haber vivido cómodamente en una enorme ciudad moderna, podría haberse casado con Lili y heredado la riqueza de su padre, y en posesión de este bienestar podría haber proseguido su camino y averiguar cuál era su deber con respecto a China infinitamente mejor que dentro de su vida mezquina. ¿Lo había arrojado todo por la ventana?

Se abrió la puerta y el camarero introdujo la cabeza. Era un joven chino que se había llenado de gozo al descubrir que James hablaba su mandarín natal.

—Debe usted levantarse, señor, para cenar.

—No tengo apetito —respondió James.

—Pero hoy hay muy buena comida. —Le instó el muchacho—. También hay

arroz.

—Siempre carne y arroz —dijo James sonriendo.

El muchacho entró y cerró la puerta.

—Perdóneme el atrevimiento, pero... ¿está usted enfermo, señor?

—No..., enfermo no —replicó James. El muchacho era joven y delgado, un chico ordinario sin ninguna distinción especial. En algún momento de su infancia deberían haberle sacado las amígdalas, e indudablemente un ortodontista podría haber hecho algo por su perfil. Pero tenía los dientes blancos y limpios, su cutis era suave y brillantes sus ojos. Sobre la alta frente redondeada el pelo negro se levantaba como un cepillo. Llevaba la larga bata de algodón azul de todos los camareros y no se había abrochado el cuello.

—Tiene el corazón enfermo —dijo el muchacho con penetración—. ¿Ha dejado usted a su familia?

—Están en América —dijo James.

—Pero usted no es americano.

—No, pero me crié allí.

Los ojos del muchacho chispearon.

—América es buena —declaró—. Los americanos son muy divertidos. Se enfadan rápidamente y le golpean. Pero después te dan dinero.

—Yo no he conocido este aspecto de los americanos —dijo James.

—Yo conozco muchos americanos. —Prosiguió el muchacho. Disfrutaba de tener una oportunidad de entrar en conversación—. Van y vienen en este barco. Por las noches llevan a las chicas detrás de los botes salvavidas y las besan.

—¿Los espías? —preguntó James. Mientras hablaba no necesitaba pensar.

—Claro que los espío. —Confesó el muchacho—. Sólo así puedo conocerlos.

—¿Cómo llegaste a entrar en este barco? —preguntó James.

—Mi tío es el cocinero —replicó el chico.

—Sin embargo, por tu modo de hablar provienes de Anhwei, que queda lejos del mar.

—Nosotros somos gente de Anhwei, pero en una época de hambre fuimos a Shanghai a pedir limosna, y mi tío se quedó y no volvió a la tierra. Al principio tiraba de una *ricksha*, luego consiguió un trabajo con un extranjero para tirar de su *ricksha* particular y ser *coolie*, trabajó bien y entró en la casa como criado tercero y luego llegó a criado primero y aprendió a cocinar, y cuando murió el cocinero, fue cocinero él. Cuando vino la guerra su amo extranjero se marchó, y mi tío vino a este barco.

—¿Y te vas a quedar siempre en este barco? —preguntó James.

El muchacho abrió la puerta y miró de un lado a otro del pasillo.

—No está el mayordomo —dijo en voz baja, y se le arrugó la cara con una risa silenciosa. Cerró la puerta.

—Siéntate —le dijo James.

Sentóse el muchacho en el borde del canapé apoyado contra la pared exterior del

camarote. Recogió las mangas por encima de sus manos y se preparó para una conversación más agradable.

—Sólo usted habla nuestra lengua en este barco, excepto mi tío. Mi tío está siempre muy cansado y no tiene ganas de hablar mucho. Si hablo demasiado, adviértelo, por favor.

—Habla todo lo que quieras —dijo James—. Yo no conozco a nadie más en este vapor.

El muchacho meditó. Luego miró medio maliciosamente a James.

—¿De qué quiere que hable? Tengo muchas cosas en mi vida.

James se rió por primera vez en varios días.

—¿En qué piensas cuando estás solo?

El muchacho sonrió encantado.

—En mi casa —dijo.

—Entonces háblame de tu casa.

Carraspeó el joven y volvió a subirse las mangas.

—Nosotros vivimos en un pequeño lugar. —Empezó—. Es la villa Tres-Millas de los Wang. Nuestro nombre de familia es Wang. Yo soy el hijo mediano, así que no ocupo un buen lugar en la familia. Dos hermanos son mayores que yo, y tres más jóvenes. Lo que a mí me sucede no es importante. —Se rió para sí mismo y prosiguió—. Esto es bueno porque mi padre y mi madre no se preocupan de lo que hago. Así que puedo hacer algo.

—Pero ¿qué es lo que más deseas hacer? —preguntó James. Ésta era la primera vez que hablaba con lo que él creía un verdadero chino..., es decir, uno que pertenecía a la tierra de China.

El muchacho se rascó la cabeza con la uña del meñique y parecía pensativo.

—Lo que yo deseo es una locura demasiado grande —dijo tímidamente.

—Lo que la gente desea más siempre parece una locura —dijo James para darle ánimo. Quedó un poco asombrado al ver que involuntariamente había proferido una verdad, y esto lo indujo a decir otra—. Lo importante es saber lo que uno quiere.

—A mí me gustaría llegar a ser mayordomo de un barco —dijo Young Wang con excitación—. Esto es una locura porque ninguno de nuestra familia ha estado en barcos a no ser mi tío y yo. Nosotros no sabemos nada de embarcaciones. Somos labradores.

—¿Por qué quieres vivir en los barcos? —preguntó James.

—Para ir y venir a través de la inmensidad de las aguas.

—¿Qué es lo que te hace desear ir y venir? —James perseguía el razonamiento de este muchacho con creciente interés.

Young Wang cruzó las piernas.

—La cosa es así. —Volvió a empezar—. Se me ensancha el corazón cuando cruzo el mar. China es buena y América también lo es. Puedo comprar mejor arroz en China, pero las naranjas de América son más dulces. Cuantos más barcos, más

diversión para todo el mundo. También se hacen buenos negocios. Me puedo hacer rico rápidamente.

James se rió.

—¿No quieres ir a la escuela? —preguntó.

Wang meneó la cabeza.

—En otros tiempos aprender era un buen negocio —dijo con sosiego—. Ahora los barcos son un medio mejor para llegar a los ricos.

En el corredor de afuera sonó fuerte un gong y Young Wang se puso en pie de un salto.

—El mayordomo jefe descargará su mal humor conmigo —exclamó y salió disparado hacia la puerta. Allí se detuvo un momento—. La carne y el arroz están muy buenos hoy —gritó y desapareció.

James se echó a reír y salió de la litera. De repente sentía hambre. La carne y el arroz estaban muy buenos.

Se sentía orgulloso de los rascacielos de Shanghai. Y esto lo asombraba. A pesar de las fotografías y relatos de los amigos no había creído que hubiera edificios tan altos en China. El gran bajío de acceso a la ciudad no fue alentador. Durante horas el vapor había avanzado lentamente entre bancos de fango en un río fangoso que se abría como un abanico en el verde océano.

—No se bañe esta mañana, por favor. —Le aconsejó Young Wang alegremente poco después de la madrugada—. No hay más que agua de río.

Tan pronto estuvo vestido subió a cubierta. No había ninguna orilla a la vista y el océano se había convertido en un fangal castaño. Era su primera visión de la tierra de China, lavada por el río desde miles de kilómetros atrás. Más tarde la verdadera tierra había surgido furtiva, casi imperceptiblemente, hacia el horizonte, en los largos y estériles bancos de cieno. Éstos daban paso a verdes campos llanos con unas pocas granjas achaparradas, algunos almacenes de construcción baja, un molino, una aldea, una ciudad. Bajó, tomó el desayuno rápidamente y volvió para apoyarse contra la borda. No había nada bello en el paisaje excepto el brillante cielo azul, que aquel día estaba despejado. Si hubiera estado gris, lo sombrío de la tierra, el agua y el cielo habríanle atemorizado.

Luego, de repente, a media mañana había irrumpido contra este cielo brillante una línea de rascacielos. Vio los altos edificios en masa y notó con agradable asombro que aquello era Shanghai, y que era tan moderno, a esta distancia, como le habían dicho sus patrióticos paisanos.

—China no es todo campesinos ignorantes y aldeas con techos de cañas —le dijeron malhumorados—. También tenemos nuestras ciudades modernas. Una ciudad es más importante que un ciento de aldeas.

Sintió alivio. La vuelta a la patria no iba a producirle demasiada extrañeza. No salía del cómodo departamento de su padre para ir a una cabaña con paredes de barro.

Alguien le dio con el codo y se volvió. Era Young Wang, con la tara chispeante y

los ojos brillantes.

—Un buen día —observó.

—¿Vas a ir a tierra? —preguntó James.

—Dentro de poco —replicó Young Wang—. ¿Usted va al hotel?

—Sí —contestó James.

Young Wang se quedó hasta el último momento posible y se precipitó luego escaleras abajo para cumplir sus obligaciones. Entre tanto el Bund se iba alzando poco a poco delante del barco. Realmente era hermosísimo. La calle ancha y pavimentada, con un parque verde al final. Cuando el vapor atracó al muelle, vio James, al bajar la vista, una multitud de gente de su pueblo. Levantaban las caras morenas curiosas, alegres y pacientes. Aquí y allá se veía levantada una cara blanca que destacaba por su claridad entre el general color castaño. Era el reverso de Nueva York, donde la multitud era blanca, y las caras morenas las llamativas. Él se había criado inmunizándose contra las miradas de las personas blancas cuando paseaba por las calles, pero aquí sería agradable pertenecer a la multitud. En pocos minutos estaría perdido en ella, y nadie lo miraría dos veces. Aquí era a donde él pertenecía.

Sintió una alegría muy cerca de la felicidad. Su país no le resultaría extraño. ¿Por qué Lili y su familia lo habían dejado y por qué no querían volver? Quizá habían salido demasiado pronto después de la guerra. Ante el recuerdo de Lili, constante en su imaginación, bajó a terminar de hacer el equipaje. Cuanto más pronto llegara al hotel, más pronto podría encontrar una carta de ella, despachada por correo aéreo, esperándole.

Pero cuando llegó al hotel, una hora más tarde, no había carta. Un empleado indolente con traje blanco sucio barajaba unos sobres.

—Déjeme ver por favor —dijo James.

El empleado empujó hacia James los sobres y prorrumpió en una atropellada charla en dialecto de Shanghai con su ayudante, quien se reía. James no podía comprenderlo e hizo como que no oía. Miró cada sobre lentamente. No había ninguna carta de Lili pero en cambio había un sobre cuadrado de un papel rosa fuerte y sobre él, garabateado en grandes letras semejantes a plantas trepadoras, su nombre. Al reverso, en la misma floja combinación de zarcillos, vio el nombre de Thelma Barnabas, Rué du Consulat. Rasgó el sobre, sacó una sola hoja rosa y las letras negras se mofaron de él.

*Estimado Dr. Liang:*

*¡Con cuánto entusiasmo esperan los intelectuales de Shanghai la llegada del hijo del gran Liang Weng Hua! ¿Me atreveré a esperar que se reúna usted con nosotros en mi casa? He tenido la temeridad de invitar a nuestro reducido pero, según creo, distinguido círculo. Comemos a las siete esta noche. Iré a buscarlo a usted un coche media hora antes.*

*Con gran expectación, suya,*

James dio vuelta una o dos veces a esta extraña epístola y luego se la metió en el bolsillo. No había ascensor en el hotel, así que subió un tramo de sucias escaleras de mármol; un botones con sus maletas le indicaba el camino. Llegaron a su puerta al final de un tortuoso pasillo sin alfombra. El chico luchó con la puerta, la abrió de golpe y entró. James se introdujo en una gran habitación miserable de cuyas altas ventanas pendían cortinas de seda china color rosa desvaído. Una sucia alfombra de Pekín cubría el suelo y sobre una cama ancha de bronce había una bordada cubierta deslucida. En otro tiempo la habitación había sido hermosa, pero la negligencia le comunicaba un aspecto de ruina. Sin embargo, en la pared se veía una acuarela dentro de un marco representando unas colinas envueltas en niebla que le gustó en seguida.

Dio una propina al muchacho y cerró la puerta. Sonaba el teléfono y cuando levantó el auricular oyó la voz de una mujer, dominante, ardiente, angustiada.

—¿El doctor James Liang?

—Sí.

—¡Oh, doctor Liang, qué maravilla! ¡Bienvenido a la pobre y vieja ciudad de Shanghai destrozada por la guerra! ¡Qué honor saludar al distinguido...! ¿Ha recibido usted mi carta?

—Sí —respondió James, muy disgustado con la voz.

—¿Vendrá usted? —La voz era persuasiva, mimosa, incitadora.

James vaciló.

—Acabo de lle...

La voz lo interrumpió.

—¡Oh, pero tiene que venir! ¡Usted no nos conoce pero nosotros lo conocemos! ... ¡Es el hijo de Liang Wen Hua! Tendremos que presentarnos... un pequeño grupo de intelectuales puros... ¡Es tan importante en estos tiempos!, ¿no le parece? ¡Cuando todo el mundo es tan materialista! Seguramente ha oído hablar usted de la Sociedad de Dialéctica. Ése es nuestro grupo... Desde luego yo sólo soy miembro honorario, porque no soy china, pero estos pobres necesitan un lugar donde reunirse y mi casa es suya. Le dije a Charles, mi marido..., que es lo menos que podemos hacer, pues los intelectuales están realmente muriéndose de hambre... ¡y son tan importantes! Pero usted lo sabe...: su ilustre padre es el presidente honorario internacional...

Lo sabía, pero lo había olvidado. Liang Wen Hua era el presidente honorario de muchos grupos intelectuales. La Sociedad de Dialéctica de China estaba formada, como decía la señora Barnabas, por un pequeño grupo de hombres y mujeres educados en el extranjero o en las escuelas modernas de aquí. Escribían artículos y ensayos y editaban un pequeño semanario en inglés, donde publicaban sus escritos y criticaban lo escrito por ellos. Su padre había sido una vez uno de sus miembros.

—Iré —dijo James.

—¡Oh, magnífico! —exclamó la señora Barnabas—. Enviaré el coche a buscarlo



a las seis y media.

Por lo menos era una diversión, se dijo James. El aire de Shanghai le parecía insulso, aunque reconocía la causa. Resultaba absurdo pensar que un trozo de papel llevándole unas palabras de Lili hubiera cambiado la ciudad entera, pero así era. Se acercó a la ventana y miró la calle que podría haber pertenecido a cualquier ciudad moderna a no ser porque la gente era políglota. Observando aquel inquieto tropel de gente se dio cuenta de su inquietud. Debía salir y moverse en medio de él. ¿Adónde iban aquellos miles de personas? Cada una, forzosamente, debía ir a sus asuntos particulares, y sin embargo, fluían en dos concentradas corrientes opuestas. Bueno; también él tenía su asunto particular. Iría a ver la casa de Lili, la casa que podría haber sido suya, si hubiera obedecido de buena voluntad al señor Li. Sabía dónde estaba, así que cerró la puerta y bajó las escaleras.

Al salir por la puerta abierta del vestíbulo del hotel subió a uno de los pediciclos que habían substituido a las *rickschas*, pasadas de moda, en las calles de Shanghai. Un hombre delgado y lánguido, joven todavía, gruñó ante la dirección que le dio James y se lanzó pedaleando de un modo peligroso en medio del tránsito de los tranvías, carretones, autobuses, carros y carruajes. Mucho más peligroso que los vehículos eran aquellos cientos de personas que iban y venían por las calles. Rebosaban de las aceras y fluían entre el tránsito como un oscuro reguero, maldecidos por los conductores y maldiciendo ellos a su vez. Las calles eran una continua camorra. La mayoría de las personas parecían pobres y sus caras estaban tensas y ansiosas, pero entre ellos estaban también los bien vestidos y complacientes, abriéndose camino discretamente entre los demás.

El conductor del pediciclo alargó una mano hacia un edificio, al pasar, y James se inclinó hacia delante para poder oír lo que le decía. Oyó las dos palabras Wing On, y recordó lo que le había contado el señor Li. El edificio había sido reconstruido y volvía a ser un próspero comercio. Debería verlo Lili, pensó. Así olvidaría el horror del día en que casi encontró la muerte en su destrucción. Quedaban pocas señales de eso ahora. Alargó la cabeza para mirar la gran estructura ornamentada, construida de un modo barato y, sin embargo, de bastante efecto dentro de la extraña traza hídrida que el arquitecto le había dado.

El conductor se paró delante de una puerta, enjugándose la sudorosa cara.

—El palacio de los Li —anunció en alta voz. James salió y ordenó al hombre que esperara. No se detendría mucho tiempo. Supuso que sería un palacio. No podía ver nada excepto el alto muro de ladrillo gris, coronado por verdes árboles cargados de polvo. Había una fila de vidrios rotos incrustados en el cemento que cubría la parte superior del muro. El conductor golpeó la puerta con los puños cerrados y un portero de uniforme la abrió.

James habló en su mejor chino.

—Yo soy un amigo de la familia Li, que está ahora en Nueva York. Me gustaría echar una ojeada a la casa donde ellos solían vivir.

Pero el portero estuvo impertinente. Si fue porque sólo hablaba el dialecto de Shanghai o porque había recibido órdenes de no dejar pasar a nadie, ¿quién lo podía decir? James miró por encima de su hombro y vio una inmensa casa cuadrada de ladrillo rodeada por profundas galerías, situada en un verde parterre entre las palmeras. Luego la puerta se cerró en su cara. No había nada que hacer más que regresar al hotel.

Lo despertó el áspero sonido del teléfono, y medio dormido aún tomó el auricular. La voz del empleado susurró en su oído.

—Un coche está esperando por usted.

—¡Ya voy! —gritó James.

¡Las seis y treinta... imposible! Pero así era. Se levantó de un salto, y comprobó que había dormido toda la tarde, necesitado de dormir sobre tierra firme después del ininterrumpido vaivén del barco. Se sentía descansado, y ante el espejo, acepillando hacia atrás su pelo tieso con su tupé de costumbre, vio que la fatiga había desaparecido de sus ojos. Contemplaba la noche que tenía por delante con moderado interés, esperando por lo menos alguna diversión.

Pero ¿dónde había ocultado la señora Barnabas este auto durante la guerra? Un chófer ruso blanco le abrió la portezuela; el joven entró en el mullido ambiente. Un plateado florero con rosas aromatizaba el silencio. Porque cuando se cerraron las puertas ningún ruido penetró en su aislamiento. La charla y el barullo de las calles, los gemidos de los mendigos, quedaron fuera. Ni siquiera el suave ruido monótono del motor se podía oír. Entre el chófer y él había una pared de vidrio y no tuvo valor para hablar por el tubo junto a su mano derecha y preguntarle quién era la señora Barnabas y cómo poseía este coche principesco.

En silencio fue transportado a través de la tarde de verano, a través de las multitudes que lo contemplaban con odio en los ojos, según pronto pudo notar. Se preguntaban quién sería él y cómo llegara a ser conducido en semejante esplendor y solo. James apartaba la vista de ellos y hubiera deseado que el ruso no tocara la bocina tan ruidosa y constantemente. El joven ansiaba que lo ocultara la oscuridad.

Sin embargo, antes del oscurecer se paró el coche delante de una gran puerta que se abrió de par en par para recibirlo, y lo hicieron subir una amplia carrera entre altos magnolios hasta una gran casa de ladrillo gris, tan sólida como un Banco. Ante unos escalones de mármol blanco, bajó una amplia puerta-cochera, se paró el coche, y fue abierta la puerta por un criado chino vestido con una túnica de seda roja ceñida con ancha faja de suave y compacto raso azul.

—Por aquí, por favor —le dijo a James, y lo condujo al interior de un enorme vestíbulo lleno de pesadas mesas chinas y butacas de ébano.

—¡Oh, doctor Liang!

James oyó la voz impetuosa y dominante del teléfono, y vio a su anfitriona. La primera impresión que le produjo fue la de un alto y esbelto pájaro brillante. Su cara, de edad mediana, se podía pasar por alto. De huesos menudos y subido color, era

apenas un lugar sobre el cual enfocar la atención un momento. Por encima de ella había un turbante deslumbrador de tejido de oro, la misma tela de que estaba hecho su traje semichino de cuello alto. Le tendía unas delgadas manos enjovadas para estrechar la suya y James sintió los cálidos y tenaces dedos arrastrándole hacia la puerta abierta.

—Entre..., entre...; todos estamos esperándole aquí...

—Lamento haberme dormido...

—¿Y por qué no había de dormirse?... ¿Por qué el hijo de Liang Wen Hua no ha de hacer lo que quiera?

Se encontraban en un hermoso salón resplandeciente. Treinta o cuarenta hombres y mujeres, la mayoría de ellos chinos, estaban sentados o reclinados en sillas bajas, divanes y banquetas tapizadas con brocados. Un americano alto y robusto, de cabeza calva y cara roja, mezclaba los *cocktails*.

—Mi marido, Barny... —anunció su anfitriona—, y los demás... son la Sociedad de Dialéctica de China...

Fue presentado a uno después de otro, siempre como el hijo de Liang Wen Hua, y se encontró con ojos fríos, ojos cínicos, ojos esquivos, ojos indiferentes, ojos envidiosos, y cuando terminó, sentóse al final de un sofá excesivamente ocupado.

El señor Barnabas se dirigió a él:

—Hola, doctor Liang. Me alegro de darle la bienvenida a usted en China... Tome un Martini...; yo soy la única persona en Shanghai que puede hacérselos gustar como en Nueva York.

James aceptó el vaso y lo sostuvo sin probar su contenido. Se sentía abrumado, ahogado en calor y ruido, cuando todos empezaron a hablar exactamente como si él no estuviera allí. La señora Barnabas coqueteaba sonriente con un hermoso joven chino. Dejó caer un momento su mano brillantemente ensortijada sobre la suya. El señor Barnabas quedó contemplando esto y todo lo demás, un poco oscilante sobre sus zapatos de charol negro, sonriendo vacuamente mientras sorbía un *cocktail*. Luego se sentó en el suelo al lado de James, con sus largas piernas entrecruzadas.

—Bueno, ¿cómo se siente en la patria?

—No puedo darme cuenta todavía —respondió James.

—No lo encontrará demasiado diferente de Nueva York —dijo el señor Barnabas con orgullo—. Este grupo de aquí..., todos ellos, hablan inglés. Yo no sé el chino... ni tengo para qué. A la señora Barny le da ahora por el arte, la literatura y esas cosas, pero yo no soy más que un sencillo hombre de negocios. Y me gusta, desde luego, que ella lo pase bien.

—¿A qué negocios se dedica, señor? —preguntó James.

—Exportaciones...: pieles, caballos de carreras... que traigo de Manchuria...; aceites del país, tungsteno; cualquier cosa.

—¿La guerra no perjudicó sus negocios?

El señor Barnabas se rió.

—¡Ni lo más mínimo! Hice un convenio, desde luego. Los japoneses me dejaron en paz. A mí no me gustan, figúrese usted..., prefiero a los chinos en todo momento..., pero lo que yo digo es que siempre se puede hacer un convenio.

—¡Doctor Liang! —exclamó la señora Barnabas con voz atiplada—. Venga aquí, por favor...

Dio unos golpecitos en un asiento al lado de su diván. James se levanto y se sentó a su lado. Ella volvió sus ojillos verde pálido hacia él.

—Verdaderamente es usted el que debe resolver esto para toda la Sociedad de Dialéctica. Nosotros hemos debatido con tanta frecuencia... ¡Sea el juez!

—¿De qué se trata? —preguntó James sonriendo. ¡Qué absurda era esta mujer!

—¿Cree usted que la obra de Robert Browning mejoró o empeoró después de su casamiento con Elizabeth Barrett? Espere... espere..., déjeme decirle...; desde luego la de ella mejoró...; en realidad ella no ha escrito nada..., se alumbró con la llama de la antorcha de su marido. Pero el verdadero genio era él, ¿no lo cree usted?... y el verdadero significado oculto de la pregunta es...; ¿el verdadero genio florece sólo por su propio impulso solitario, o puede... debe... tener los rayos de sol de un gran amor... o de un gran sufrimiento, o algo por el estilo?

¡Hablaban en serio! Escuchándola y contemplando la menuda cara de pájaro de color carmesí, James dejó apagar su risa, asombrado. Miró las caras que lo rodeaban, todas vueltas hacia él, a la expectativa. Tenía gana de gritarles:

—¿Aun aquí...?, ¿incluso ahora? Pero no tuvo valor para ofenderlos.

—Yo no soy más que un hombre de ciencia —dijo modestamente—; temo no tener opinión sobre Browning... ni los genios...

Hubo un momento de silencio. La señora Barnabas exclamó:

—¡Oh!, no podemos creerlo... ¡siendo su padre un genio semejante! —Pero su exclamación fue sofocada por un creciente flujo de voces, todas suavizadas, todas juntas procurando disimular y ocultar lo dicho por ella. James volvió a encontrarse solo y se alegró cuando un momento más tarde un criado resplandeciente anunció la comida.

Ante la larga mesa, sin embargo, en la intimidad de los muchos invitados, mientras la señora Barnabas hablaba con un joven pálido y larguirucho que le había sido presentado como el Shelley chino, James entabló conversación con una joven bastante linda que estaba sentada a su derecha. Ella le habló primero y en inglés.

—¿Va usted a quedarse en Shanghai, doctor Liang?

—No, me voy a Pekín, al centro médico de allí.

—¡Ah, Pekín! —suspiró ella—. Está agradabilísimo ahora. Todo el mundo tiene dinero.

—¿Sí? —James no podía determinar qué clase de muchacha era ésta. China, sin duda, ¿pero qué más?

—Mientras duró la guerra, todo el mundo tenía trabajo. No era tan malo.

—¿Usted estaba aquí?

—Sí. —La joven tenía una linda boca, roja y pequeña—. Yo canto también. Di algunos conciertos allí... para los europeos. Desde luego estudié en París. Mi nombre es Hellene Ho.

—¿Qué es lo que hacen todas estas gentes? —preguntó James bruscamente.

Hellene los señaló con un dedito.

—Ése es ensayista; aquél, poeta; ese otro, novelista; éste, dibujante de modas; ella es artista; la otra, escultora...

—Pero no pueden vivir de esas cosas —sugirió James.

Hellene se rió con animación.

—¡Oh, no, claro que no! Viven por otros medios...: unos dando clases, otros vendiendo cosas, algunos pocos pidiéndole dinero a la señora Barnabas.

—¿Y ella por qué...?

—¿Por qué lo hace? —Hellene se interrumpió—. La verdad es que es bastante amable, pero por otra parte esto le ofrece ciertas ventajas personales. Nadie se ocupa mucho en venir a verla, y el señor Barnabas no es más que un príncipe mercader. Pero sí puede decir que es la patrona de los jóvenes dirigentes del pensamiento chino, puede invitar a algunos huéspedes importantes... como usted, doctor Liang. ¿Vendrá usted sólo por ver a la señora Barnabas a quien no conoce? Naturalmente, usted viene para reunirse con la Sociedad de Dialéctica, ¿no es cierto?

La rica y profusa comida seguía un plato tras otro. La señora Barnabas lo descuidaba excepto para hacerle de vez en cuando una brillante pregunta.

—¿No va su docto padre a volver a la Patria para quedarse? Claro que él está haciendo cosas admirables en América, ¿no es cierto?

James afrontaba estas observaciones con calma. Después que la comida hubo terminado se retiró temprano. El señor Barnabas había desaparecido y la Sociedad de Dialéctica tenía un aspecto de hartazgo y somnolencia. Sólo la señora Barnabas brillaba aún.

—Vuelva usted otra vez, joven peligroso —suspiró cuando James le daba la mano.

—¿Peligroso? —repitió sin entender.

—¡Tan guapo! —exclamó la señora Barnabas—. Con todo el encanto del Oriente y, sin embargo, con algo admirable..., eléctrico, del Occidente.

A James le rechinaron los dientes y guardó silencio, inclinó la cabeza, y se fue tranquilamente. Los criados de túnica escarlata estaban bebiendo licores y nadie lo vio salir.

Durante tres o cuatro días se sintió muy molesto con Shanghai. Tras la fachada del Bund la ciudad estaba atestada de gente, sucia y ruidosa. Su hotel parecía rico y cómodo en la superficie, pero encontró el cuarto de baño asqueroso y dudó de la pulcritud de sus sábanas. Las toallas eran grises y escasas. Cuando hablaba de estas cosas con su camarero, el muchacho hacía una mueca. Hacía tiempo que se había

dado cuenta de que James no podía hablar el dialecto de Shanghai, y le hablaba como si fuera extranjero.

—Estamos ahora lo mismo que en tiempo de guerra —dijo, y no hacía el menor esfuerzo para cambiar las toallas ni las sábanas.

Dos o tres negociantes chinos, presidentes de gremios locales, le enviaron tarjeta y fueron a visitarlo, y en la tercera noche concertaron una fiesta de bienvenida en un restaurante. Hubo unos cuantos platos buenos: aletas de tiburón en caldo de pollo, un pastel dulce de arroz gelatinoso, una carpa de río hervida entera, pero el resto de la comida fue mediocre. Nada era lo que había sido, le confesaron. El país estaba sumido en la ruina. Los precios eran imposibles de pagar y a nadie le había quedado el menor orgullo. Después de la pequeña fiesta los hijos de los comerciantes se agruparon a su alrededor y le preguntaban con ansia cómo podrían ir a América. Aquí no había nada que hacer, le dijeron. Los establecimientos de enseñanza no eran buenos; no había trabajo. Él pensaba al mirarlos, mientras los escuchaba, que todos estaban demasiado pálidos y delgados. Cuando los platos principales fueron introducidos por un camarero sucio, los comieron vorazmente.

—Yo volví porque creí que podía hacer algo útil aquí —dijo James.

Se miraron unos a otros sin comprender.

—No podrá hacer nada —declararon—. Nadie puede hacer nada.

La derrota era el dolor de la ciudad. En su hotel unos pocos comerciantes americanos intratables perdían el tiempo en torno al *whisky* con soda, esperando que volvieran los viejos tiempos. Esperarían y luego regresarían a su país. En Nueva York un delegado chino de la Sociedad de Naciones le había dicho:

—No diría esto delante de los americanos, pero a usted se lo digo...: No se asuste de lo que vea en China. No se enorgullecerá de nuestro país. Su padre es más sabio que usted.

—Pero mi padre está muy orgulloso de nuestro país y nos ha enseñado a nosotros a estarlo, también —le había replicado.

El delegado sonrió y siguió su camino. Era una sonrisa conocida, una sonrisa que James había visto con frecuencia cuando hablaba de su padre con un chino. No estaba muy seguro de su significado. Pero ahora empezaba a comprender.

Al sexto día había explorado la ciudad lo bastante para saber que no deseaba verla de nuevo. Era una ciudad híbrida, producto del cruzamiento más bajo. El desecho de todas las partes del mundo se había juntado allí para producir este odioso engendro. Nadie parecía fijarse si las caras eran blancas, negras o pardas, porque todas estaban allí, a veces en un solo rostro. ¿Era esto lo que resultaba cuando las razas se juntan y mezclan? Ricos y pobres eran igualmente odiosos. Las señoras de los ricos que pasaban el tiempo en el vestíbulo del hotel por las noches, exhibían sus nylons de película importados de América, sus brocados de la India, sus diamantes, esmeraldas y cebellinas, y toda su charla giraba en torno a cuánto habían pagado por semejantes chucherías. Sus lenguas corrían por millones de dólares americanos, y aunque mucho

de esto fuera exagerado y él redujera los millones a miles, todavía era una locura, porque en las calles, cuando por no poder descansar se levantaba al amanecer, había basureros que iban de aquí para allá recogiendo muertos. Eran los mendigos y refugiados que se habían muerto de hambre durante la noche. Amontonaban sus cadáveres en carros y se los llevaban antes de que saliera el sol.

En este mundo había nacido y se había criado Lili. La idea le vino como un golpe en medio del corazón. Esto explicaba su dulce, casi infantil indiferencia. Todas las mujeres ricas la tenían. Las mujeres, las muchachas, todas ellas tenían su mismo amable y frío egoísmo. Egoísmo... no pudo evitar la palabra. Pero ¿quién la podría evitar en Shanghai? Ésta era una pequeña isla impenetrable de lujo engastada en un mar inmenso de la más extraña miseria. Dar un paso fuera de la isla significaba hundirse para siempre en el mar.

En la tarde del sexto día no había llegado aún carta de Lili, pero había una de Mary. La tomó de la sucia mano del empleado y subió a su habitación para estar solo. Encontró la puerta abierta, aunque la había dejado cerrada con llave. Entró y allí estaba sentado Young Wang en la butaca más cómoda. Vestía una chaqueta y pantalones ordinarios de algodón azul y tenía un lío atado con un pañuelo de tela de algodón azul desvaído. En la cabeza llevaba una gorra de marinero, de lienzo blanco, almidonada y limpia. Se levantó al entrar James y se rió.

—¿Qué zanahoria soy; temía que ya se hubiera usted ido a Pekín!

—No he sido capaz de conseguir el billete del ferrocarril todavía —dijo James. Estaba impaciente por leer su carta. Ahora que tenía noticias de Lili en su mano era insoportable no saber qué pasaba, porque Mary seguramente le hablaría de ella.

—Tiene usted que pasarse día y noche en la estación, si no no conseguirá el billete —dijo Young Wang. Volvió a reírse—. Claro que usted no puede hacer eso, amo, pero yo puedo hacerlo por usted y por mí.

James lo miró. La cara redonda y alegre tenía una expresión maliciosa y guiñaba un ojo.

—Sería bueno para usted que me tomara de criado —dijo Young Wang—. Y también bueno para mí.

—¿Y el barco? —James sintió un furtivo deseo de tener a este joven aldeano saludable entre él y lo que fuera a suceder.

—El barco se va a Manila —dijo Young Wang con animación—. Mi tío me dio una gran paliza. Fuma opio y se volvió muy perezoso, así que todas las mañanas tengo yo que hacer su trabajo además del mío. Ahora ya soy mejor cocinero que él, pero él cobra el sueldo de cocinero, no yo. De manera que ayer le dije que estamos en la nueva China, y que los viejos ya no pueden mandar a los jóvenes. Y me pegó con la paleta del carbón. Yo soy más fuerte que él, joven y no fumo opio. Le di un empujón, cayó y se fue a dormir. Pero esto es una mala cosa y considero mejor no estar allí cuando se despierte, porque su cara quedó muy dañada. —Young Wang se reía de buena gana y a su pesar James sonrió.

El rostro de Young Wang brillaba de sudor y se lo enjugó con el faldón de su chaqueta.

—En cuanto al salario —siguió— aceptaré lo que usted me dé. Suponiendo que me pague la comida, alguna ropa y una cama, no se preocupe de más. Quizá unos dólares los días de fiesta. Precisamente ahora tengo dinero. Pero mejor será que me dé usted dinero para los billetes del ferrocarril. Viaje en segunda clase, que es bastante buena; la primera es demasiado. Yo compraré un billete de cuarta clase para mí y me sentaré a su lado como su sirviente en segunda.

James escuchó este arreglo de su vida y se avino con él. Sacó la cartera y le entregó a Young Wang un fajo de billetes. Éste lo recibió con reverencia y contó cada billete con voz tranquila y alta.

—Es usted muy rico, amo —dijo amable—. Yo dejo aquí mis cosas mientras me llevo todo este dinero. —Colocó su lío debajo de la mesa en un rincón, sonrió y desapareció por la puerta sin ruido.

James sentía una especie de consuelo con esta nueva alianza, aun cuando su compañero no era más que un sirviente. Lo necesitó pocos minutos más tarde. Conforme sus ojos recorrían las páginas de la pulcra escritura de Mary, empezó a aumentar su temor. No había mención alguna de Lili. Luego en un extremo, apretujado contra una esquina, vio su nombre. «El señor Li no murió —escribía Mary—. A veces lo hubiera deseado. Jim, no te preocupes. Lili está yendo a todos partes con Ting. No se ha anunciado nada todavía».

Nada más. Ting, el hijo de un funcionario chino en América, era un joven estudiante de Yale guapo y alegre. James le conocía hacía años, porque habían asistido juntos a la misma escuela preparatoria. El señor Ting era bastante bueno, un hombre inquieto de pelo gris, que no se sabía cómo conservaba su puesto a través de muchos cambios de gobierno. Pero Charlie Ting era un holgazán y un estragado. En Chinatown tenía que pagar al contado aunque era hijo de un funcionario. Una vez se había casado en secreto con una muchacha americana en el Waldorf y le había costado a su padre cinco mil dólares conseguir que quisiera divorciarse de Charlie... Ting, como solían llamarle los americanos.

La carta de Mary cayó al suelo y él cogió unas hojas del ordinario papel del hotel y su pluma estilográfica, y empezó a volcar su dolido corazón en una carta para Lili. La idea de Ting, que se había acostado con una docena de muchachas, atreviéndose a tocar su mano suave, lo enfermaba de rabia. Escribió durante hora y media, y luego dejó la pluma, cogió las hojas y las leyó a media voz, tratando de imaginar la expresión de ella cuando le llegaran. ¿Estas palabras conmoverán su corazón? Se puso triste. ¿Qué poder tenían las palabras ante la presencia viva y chispeante de Ting? Dejó caer las hojas sobre la mesa y apoyó la cabeza entre los brazos. No se permitiría la locura de las lágrimas, pero quedó sentado sumido en torvo silencio, con la cara oculta. Por la ventana abierta oyó un brusco alboroto que terminó con el ruido de una cachiporra, pero no se levantó para ver qué era. La ciudad estaba llena de



alborotos semejantes. Había demasiada gente hambrienta y los policías los trataban como a criminales. Quizá lo eran. No existe línea divisoria entre el hambre y el crimen. Se sentía desgarrado en la división de la realidad. El mundo, el mundo entero, estaba dividido en dos partes: la isla del rico y el océano del pobre. ¿Dónde viviría él? Todavía tenía sus pies en la isla, pero daba la cara a las tempestuosas aguas oscuras. Debía retroceder... o tenía que dar el salto.

Se abrió la puerta, entró Young Wang y la cerró con cuidado. James levantó la cabeza. La chaqueta de Young Wang estaba desgarrada, los botones se salían de los hilos y había perdido la gorra de marinero. Pero en la mano tenía un sobre. Se acercó a la mesa y sacó su contenido. Eran billetes del ferrocarril.

—Gasté demasiado dinero, mi amo —dijo Young Wang con aire solemne—. Pero me pareció mejor gastarlo así. Para conseguir un billete honestamente tendríamos que esperar muchos días. De esta manera le compré con discreción dos billetes a un hombre de la estación.

—¿Por qué traes las ropas desgarradas? —exclamó James.

—Otros querían comprar también —dijo Young Wang guiñando un ojo—. No se preocupe...; yo arreglaré la chaqueta.

Se agachó sobre manos y rodillas, buscó su lío y lo abrió. De una cajita de cartón sacó seis imperdibles.

—Las señoras extranjeras dejan caer alfileres en el suelo y yo los recojo —dijo—. En mi aldea no se pueden comprar, y yo los llevo a casa para mi madre. Pero ahora los usaré para que no se me vea la piel por las rendijas. —Unió la chaqueta con los alfileres mientras James lo observaba.

—¿Para qué día son los billetes? —preguntó.

—Para mañana a las seis de la mañana. Pero yo creo que es mejor que vayamos ahora, amo. Mucha gente estará esperando en la estación y asaltarán el tren. Tenemos que subir a él los primeros, si no los billetes no servirán para nada. Los billetes sólo sirven para el conductor del tren, no para los pasajeros.

—Vamos a arreglarnos y salgamos —dijo James. Rompió la carta en pedacitos y los tiró a una gran escupidera de bronce que estaba al lado de la mesa.

Esto no quiere decir que pudiera olvidar a Lili. De noche en la estación estuvo sentado sobre un asiento de rieles que sobresalía de una masa de gentes dormidas en el suelo, apoyadas contra cestos y bultos, sin pensar en nada más que en Lili. Parte del tiempo la recordaba con amarga clarividencia y, cuando se adormilaba de agotamiento, soñaba consigo mismo, famoso y triunfador y que algo la arrastraba hacia él de nuevo. Ting nunca sería nada, pero él, James Liang, de seguro iba a ser algo, y llegaría el día en que Lili se daría cuenta de lo que ahora estaba haciendo. Despertó y bajó la vista hacia la blanda y pacífica cara de Young Wang, que dormía espalda con espalda contra un robusto anciano. Young Wang había escogido esta ancha espalda para apoyarse en ella y casi inmediatamente se había quedado

dormido. El día había sido caluroso, pero hacia el anochecer había empezado a llover y dentro de la estación con piso de cemento el aire de la noche estaba ahora casi helado. Una vez cada dos o tres horas sonaba el pito de un tren y la muchedumbre se ponía en pie tambaleándose, agarraba sus bultos y entraba apretujada por las portezuelas, sólo para volver a salir, caer en el suelo y dormirse de nuevo. Cada vez Young Wang había ido a ver si por casualidad el tren del Norte hacía una salida imprevista.

—A veces hay demasiada gente y el tren se escapa. —Le explicaba a James—. La última vez que había vuelto estaba empezando a romper la aurora y no quería volver a caer dormido. Bostezó ferozmente, le sonrió a James, y declaró que acababa de sobornar al jefe de la estación para que le dijera cuándo salía realmente el tren del Norte.

En menos de una hora el jefe de la estación pasó por allí como haraganeando, sin mirar a derecha ni izquierda, y Young Wang agarró todo el equipaje que podía transportar y James se levantó para seguirlo. No se sabe por dónde aparecieron dos *coolies*. Ataron en silencio el resto de las maletas y siguieron.

Fuera, en el andén, el aire estaba frío y con niebla y las luces eléctricas alumbraban débilmente. No había tren alguno a la vista. Unas pocas almas impacientes estaban dormidas aún sobre el andén y siguieron durmiendo. Pero Young Wang atisbo en la lejanía.

—Viene el tren. —Anunció en un tenso susurro. No se podía ver nada, pero sus ojos veían más allá del alcance de la vista.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó James.

—Siento trepidar la tierra bajo mis pies —respondió Young Wang.

Al cabo de un cuarto de hora entró el tren en la estación y la muchedumbre se apretujó contra las portezuelas y empezó a trepar por puertas y ventanas. Pero Young Wang iba a la cabeza de todos ellos. Chillando y empujando con los codos se adueñó de dos asientos, apiló el equipaje sobre ellos y se sentó encima. James, cogido como un leño en una ola, lo oyó vociferar con toda la fuerza de sus pulmones que su amo era un Grande Hombre de América. Cuando llegó a su vista, Young Wang se descolgó de allí, sonrió, y le mostró un rincón bastante agradable al lado de la ventanilla.

—Las maletas deben quedar aquí —dijo—. Si no hay maletas, los asientos desaparecerán pronto.

Los pasillos estaban llenos de hombres y niños sentados incluso sobre las redecillas para el equipaje de la parte superior. El ruido del techo significaba que aquellos que no habían conseguido lugar dentro iban encima del tren. La máquina soltó una serie de jadeos, gritó la gente, unos pocos cayeron, el tren partió hacia el Norte y James descubrió que durante una hora no había tenido tiempo de pensar en Lili.

El día fue largo y espantoso, la noche lo fue menos, sólo porque cayó en un

dormitar de agotamiento que le embotaba la conciencia. Soñó que estaba detenido en una prisión llena de gente acongojada que no tenía nada que ver con él y, sin embargo, él era uno de ellos. Se despertó para contemplar por las polvorientas ventanillas un monótono paisaje cuyos colores no veía.

En la mañana del segundo día Young Wang rompió el vidrio de una ventana. Penetró el aire fresco y James sintió que se le despejaba el cerebro de repente. Había estado sentado lleno de profunda depresión, sin lavarse, porque no había agua en el tren. Cuando hubo luchado para llegar al lavabo se lo encontró ocupado por dos mujeres, con sus yacijas para dormir y tres niños, y tuvo que volver a retirarse. Cuando se paró el tren Young Wang le había permitido salir aunque con gran ansiedad, y le suplicó que no se apartara del lado del tren, porque nadie sabía cuándo podía salir. Entonces Young Wang, volviendo a arreglar sus posesiones para que pudieran acostarse encima de ellas, había pasado una sombrilla de grueso papel impermeable que comprara a un vendedor, a través del vidrio roto de la ventana.

Ahora James se inclinaba hacia el agujero y respiraba el aire. Había estado envenenado por la fétida atmósfera del interior del coche. Bebía la frescura de la mañana y vio con sorpresa que la tierra no era oscura e incolora. En su lugar había verdes brillantes y contra ellos hombres y mujeres de vivos colores con trajes azules que trabajaban en los campos. Pequeñas aldeas de paredes de ladrillo tachonaban las llanuras y en el horizonte se veían colinas color violeta.

—¡Perdone, perdone! —dijo una amable voz temblorosa. Un señor anciano con túnica de seda arrugada lo empujó al pasar y metió la cabeza a través de la abierta ventana, y James se sintió violentamente agitado aunque de manera cortés y suplicante.

James esperó, sujeto debajo de él, y por fin retrocedió el hombre, sonriendo con calma desesperada.

—¡Qué grosero soy! —dijo—. Pero me he contenido durante horas para no ensuciar el tren.

—¿Tiene dolores? —le preguntó James.

—No, nada; gracias —replicó él—. El tren me revuelve por dentro. Es una lástima que tengamos que viajar de semejante manera. Una silla de manos es más saludable. La velocidad es excesiva en nuestros tiempos. —Suspiró y volvió a su lugar en el suelo. Era imposible no sentir agrado por este hombre. Había extendido una colcha cuidadosamente sobre el piso y se rodeó con ella de manera que no necesitaba tocar a las personas que tenía a ambos lados. Uno era un soldado que dormía con la boca abierta y olía a ajo y vino, y la otra era una mujer joven que amamantaba a dos niños, un bebé y un chico de tres años.

James volvió la cara de nuevo hacia el paisaje. Hacía mucho que deberían haber llegado a Nankin, pero hasta ahora no se habían visto las colinas púrpura asomar a la vista. Young Wang se levantó al verlas, y empezó a juntar los bultos de nuevo. No se sabe cómo había acumulado varios más de los que había traído. En varios lugares

donde el tren se paró había comprado paquetes de té, de pescado seco, de requesón castaño, de habichuelas fritas, o pasteles de manteca de cerdo. Cada ciudad tenía su especialidad y los vendedores las traían al tren. Puesto que allí no se servían comidas, cualquier cosa de comer era valiosa y Young Wang se había aprovisionado lo suficiente para James y para él, y lo que sobraba lo guardaba como regalo para su familia en algún día lejano. Prudentemente no compraba nada fresco, excepto a media noche dos grandes escudillas de sopa caliente, una de las cuales la había dado a su amo. En Nankin paró el tren; tenían que tomar el *ferry* y cruzar el río para volver a subir al tren del Norte en el otro lado.

—Haga el favor de arreglarse. —Le ordenó a James con autoridad—. Aquí hay una gran lucha para llegar primero al *ferry*.

Cuando el tren entró en la estación arrastrándose ruidosamente, colgó el equipaje alrededor de su persona como una armadura y se lanzó implacable entre la muchedumbre, formando un espacio en el que James lo seguía con una tenacidad que era casi grosería. Por este medio llegaron al *ferry* a tiempo para encontrar un lugar que no fuera el borde de la embarcación.

—Se ahoga demasiada gente. —Le dijo Young Wang a James por encima del hombro—. ¡Plaf, plaf, chapuzón!

Así sucedió que cuando estuvieron dentro del *ferry*, James vio al infortunado señor anciano que abriéndose camino a zarpazos en el último momento, consiguió un pequeño espacio cuando el *ferry*, se apartaba de la orilla. En medio del río sin duda hubo un chapuzón. Unas cuantas voces gritaron que el viejo había caído al agua. El *ferry* continuó su camino, pero con un grito James saltó a través de la multitud. Cayó pesadamente. Young Wang lo había agarrado de los tobillos y no quería soltarlo.

—¡Déjame, loco! —Gritaba James. Pero nada era capaz de aflojar las manos que abarcaban sus pies. Docenas de manos lo alcanzaron para evitar que intentara arrastrarse hasta el borde del *ferry*.

—¡Demasiado tarde, demasiado tarde! —Gritaban—. ¡Es el destino! La corriente ya ha arrastrado la vieja cabeza muy lejos.

Sin duda era demasiado tarde. El río se arremolinaba con cien perversas corrientes cruzadas y si James hubiera saltado habría sido para buscar en vano al anciano apacible. Se quedó ofuscado por un momento, incapaz de hablar, con una terrible rabia silenciosa.

—¡Dejadlo ir! —bramó. Las manos se abrieron, pero Young Wang se quedó entre el agua y él. James le volvió la espalda, pero Young Wang, sin ser visto, avanzó y le sujetó por el borde de su chaqueta y la retuvo hasta que llegaron a la orilla.

En la orilla Norte, James se volvió para mirar a Nankin, la capital de su país. Quedaba oculta detrás de una alta muralla gris, con centurias de antigüedad. Más allá veía la doble cresta de la Montaña Púrpura, donde se había construido la tumba de Sun Yat-sen. Por docenas de fotografías conocía el aspecto de la tumba. Algún día, cuando hubiera descubierto su propio país, iría allí para ver la tumba del hombre que

había vivido demasiado..., o muerto demasiado pronto, no lo sabía.

Cuando el tren llegó a Pekín, James tenía fiebre de pura fatiga. Había viajado durante días y ya se daba cuenta de que dependía en extremo de Young Wang. Este despejado joven le había provisto de comida y té caliente a intervalos, noche y día había buscado agua caliente para él en una palangana de hojalata donde lavarse, empujó soldados y mujeres y hombres insensibles fuera de los asientos que antes había vaciado para él y su amo, le había espantado las moscas, roto el vidrio de una segunda ventana, y le había hecho la vida un poco soportable.

## CAPITULO III

Mary leía una carta de James en voz alta a la hora del almuerzo. La familia estaba todavía en Nueva York, aunque el verano se hallaba avanzado y el doctor Liang comenzaba a resentirse del calor. Sentado con lánguida delicadeza escuchaba la carta, fechada dos semanas antes en Pekín.

*No cristalizaré mis impresiones sobre nuestro país —escribía James—. Están aún demasiado confusas. Pero he encontrado esta vieja ciudad alentadora. Hasta los japoneses respetaron su antigua belleza. Esto no quiere decir que yo haya visto mucho de ella. Me hice cargo de mis deberes en el hospital al día siguiente de llegar aquí, y por la noche estoy en exceso cansado para ver panoramas. Mi visión es un poco parcial por el hecho de que sólo veo enfermos. El tracoma es terrible. Y lo mismo la tuberculosis. Yo opero los ojos, pero no puedo hacer nada por los pulmones. Ulceras, gangrena...*

—Ahórranos eso, Mary —dijo el doctor Liang suavemente—. Estamos comiendo, y hace mucho calor.

Mary dobló la carta y se la metió en el bolsillo.

—Puedes leérmela cuando estemos solas —dijo la señora Liang vivamente—. ¡Liang, come un poco de carne con pimienta! Ya sé que este plato te gusta.

Hundió sus palillos en la escudilla, sacó un trocito de carne y se lo puso en el plato. Él no se fijó y comió un poco de arroz de su escudilla, un bocado o dos. Luego empezó a hablar con amabilidad y lentamente, pronunciando cada palabra con claridad, como lo hacía en sus conferencias.

—Me alegra mucho oír que Pekín está intacto. Espero pasar allí mi vejez, en una casa antigua con jardín. Seré un paterfamilias... digamos, un abuelo-familias. Ya me veo a la cabeza de nuestra mesa familiar con mis hijos alrededor, casados y viviendo conmigo bajo un gran techo al viejo estilo, y mis nietos corriendo por los patios. ¡Ah, felices tiempos los de antes!

Sonrió, y la señora Liang, que había estado escuchando con vivo interés, le interrumpió.

—¡No cuentes con eso, Liang!, yo te lo digo. Los hijos de hoy en día no son de fiar. ¿Y si ellos no quieren vivir bajo nuestro techo?

El doctor Liang movió la cabeza suavemente.

—Yo creo que soy una persona bastante agradable ¿no? —Miró las caras de sus hijos con una confianza conmovedora—. Yo no soy aborrecible, ¿verdad?, ni repulsivo.

—Claro que no, papá —exclamó Louise. Estaba muy linda aquel día. El calor sonrojaba su cara, de ordinario pálida, y sus ojos profundamente engastados bajo las

arqueadas cejas, estaban húmedos y oscuros. Tenía una íntima reserva excepto con su padre. Toda la familia sabía que el doctor Liang quería a Louise más que a ninguno de los otros hijos, y lo aceptaban como natural, puesto que era la más joven.

—¿Tú vendrás a vivir conmigo, pequeña Lou? —Siguió el doctor Liang, medio en broma, medio en tono patético—. Mamá, por lo menos tendremos un hijo con nosotros. Hay que encontrarle un buen marido, algún guapo profesor, un erudito con quien yo pueda discutir los sueños de Chuang-tse y la poesía de Li Po, el borracho encantador.

Al doctor Liang le gustaba hacer rabiar a sus hijos con amenazas cariñosas de buscarles maridos y esposas según la antigua costumbre de los padres chinos. Había declarado ya que les presentaría a sus hijos personas jóvenes aceptables, pero no forzaría la elección de ninguno de ellos. Era demasiado moderno y los quería con exceso.

La mención del casamiento despertó la curiosidad de la señora Liang.

—¿Dice algo James acerca de Lili? —Le preguntó a Mary.

—Nada —respondió ésta.

—Entonces algo debe de haber sabido —exclamó la señora Liang.

—Yo se lo dije —repuso Mary.

El doctor Liang se sintió ofendido por esto y habló con dureza.

—Fue muy prematuro, Mary. Yo todavía ayer estuve hablando con el señor Li y dijo que Lili aún no se había decidido. Además de Charles Ting hay otros jóvenes a su alrededor. Es muy posible que en medio de tanta rivalidad ella los compare y todavía elija a James.

La señora Liang dio un respingo.

—Liang, debo decirte... que al principio me pareció muy agradable la idea de disfrutar de algún dinero de la familia Li. Tu sueldo de profesor no es muy grande, y al presente tus escritos no nos son de mucha utilidad. Estando nuestro país en malas condiciones, los americanos no tienen interés por nosotros. Así que algún día podría ser necesario tener una nuera rica. Pero ahora no me gusta esta Lili. Creo que se divorciaría de James rápidamente cuando se le antojara. Prefiero más bien un tipo de muchacha mejor, más fiel, alguna como Sonia Pan.

Peter soltó un ruidoso gruñido.

—¡Sonia Pan! Es fea.

La señora Liang no cedió.

—Las muchachas feas ahora pueden arreglarse. No es como antes. Y es muy buena. No derrocha el dinero.

—No le valdría la pena derrochar el dinero en ella —murmuró Louise.

El doctor Liang tosió.

—Sin duda mamá tiene razón. Sonia es muy buena chica. Pero la familia Pan no es muy... Después de todo, mamá..., una familia de Chinatown, ya sabes que...

—Billy Pan es un buen negociante —arguyó la señora Liang.

—Eso no es todo —dijo afablemente el doctor Liang.

—Sonia sería buena nuera —insistió la señora Liang—. Viviría en Pekín muy bien con nosotros y no sería demasiado moderna. A Lili no le gustarán las costumbres antiguas. Querría vivir en su propia casa. Sonia me escucharía.

Mary intervino:

—Padre, me parece inútil hablar de Sonia cuando James nunca ha pensado en ella.

—Tienes mucha razón, querida —dijo el doctor Liang agradecido—. Pensemos en otra cosa. ¿Qué os parecería si nos tomáramos todas unas pequeñas vacaciones? Yo me resiento del calor. Ansió las montañas. Mi espíritu se eleva siempre cuando estoy en las montañas. A veces deseo trasladarme a vivir al campo.

—Sería muy inconveniente —dijo la señora Liang—. Te sentirías solo, Liang. ¿Quién iba a escuchar allí tus charlas? Y es demasiado difícil comprar la comida para ti. Cuando tengas ganas de campo siempre puedes ir al Central Park.

Se levantó y empezó a recoger los platos. Sin embargo, como siempre, su corazón se apiadó de su marido. Era cierto que en Nueva York hacía calor. No tanto en verdad como en Shanghai en verano, pero él ya lo había olvidado. Había olvidado muchas cosas sobre China. No sería un gran gasto ir a algún pequeño lugar en las montañas del Norte. Volvió al trocico al vestíbulo para decírselo. Pero él estaba ya dormido, tendido en el largo sofá, respirando despacio y profundamente.

Lo contempló un momento y se preguntó si estaba más delgado; decidió que no. De recién casados él había sido muy delgado y alto, y con gran sorpresa de ella lloraba ante alguna dificultad. Su madre decía que siempre había llorado con facilidad y por lo tanto se le debían evitar los disgustos. Era, según decía ella, su temperamento de intelectual. La señora Liang, entonces una joven fuerte y ruda, la escuchaba; pero no entendía a su joven esposo, aunque evidentemente era una especie de tesoro. Seguía sin entenderlo, mas todavía era su tesoro. No lo despertaría.

Así que se dio la vuelta para irse y subió lentamente las escaleras para ver a Mary, pero entonces se sintió soñolienta ella también y bostezó. Después de todo, ya no era tan joven. La casa estaba muy tranquila. Los chicos debían de haber salido, quizá al parque. La carta de James podía esperar. Abrió despacito la puerta de su dormitorio y luego la cerró. El cuarto estaba fresco y agradable, se sacó la bata de seda y la dobló cuidadosamente sobre una silla. Luego se acostó en la cama, se le abrió la boca y quedó instantáneamente dormida.

En un banco al lado del río, Mary, Peter y Louise discutían la primera carta larga de James. Había enviado un cable anunciando su llegada a Pekín, y ellos esperaban la carta con impaciencia. Por ella juzgarían si China era o no lo que esperaban que fuera. En conjunto, la carta era favorable. El viaje al Norte, escribía James, era algo más para experimentar que para hablar de ello. A veces se sentía inclinado a creer que lo peor que habían oído a los chinos que huyeran a Nueva York no era bastante malo.



La suciedad y la pobreza estaban por todas partes. El tren era algo imposible de imaginar y la indiferencia hacia la muerte le había horrorizado. No era sólo que un viejo hubiera sido barrido del *ferry*, ni que los muertos estuvieran tirados por las calles de Shanghai. Había aquí una especie de crueldad hacia los desvalidos, que no estaba todavía en condiciones de definir. Los animales eran desdichados, incluso los burros y las mulas llevaban cargas más que excesivas, y estas cargas las ponían sobre heridas en carne viva de los lomos de las bestias. Sin embargo, suponía que los animales deben compartir las miserias de los hombres, y éstos se tambaleaban bajo cargas terribles.

Mary había estado leyendo la carta solemnemente en alto a los dos sentados, uno a cada lado. Luego hizo una pausa y la carta cayó sobre su regazo. Contempló el puente, plata resplandeciente con el calor de la tarde. El agua del río estaba tan lisa como aceite.

—Esto me ayuda a comprender algo de nuestra madre —dijo—. También es cruel con los animales, aunque es bastante buena con la gente. ¡Cómo odia a los perritos mimados de las mujeres de aquí!

—Son bastante tontos, sin embargo —dijo Peter.

—No le gusta ver a los animales tratados como seres humanos. —Sugirió Louise.

—Es algo más que eso —dijo Mary juiciosamente. Cogió de nuevo la carta y siguió leyendo.

Cuando James hubo llegado a Pekín, escribía, había ido directamente al hospital y se había encontrado con dos cómodas habitaciones dispuestas para él. Era como volver a Nueva York. El hospital era muy lujoso y fino, construido por los americanos y con dinero americano. Los japoneses lo habían dejado en paz, o poco menos, y el equipo, si no de lo último, era todavía muy bueno. La vista desde sus ventanas era soberbia. Los tejados de la ciudad tenían formas delicadas y los patios antiguos estaban enriquecidos con árboles viejos. Sobre las murallas de la ciudad se veía en la lejanía la silueta desnuda de las montañas. Sólo llevaba una semana allí, así que no había tenido tiempo de hacer ninguna excursión, pero Pekín era como él había soñado que sería el aspecto de China. Las calles eran anchas y las puertas bellas y macizas. Todo había sido construido con la visión de los siglos pasados y de los siglos todavía por venir. La ciudad parecía indestructible. Le hacía sentirse orgulloso de ser chino. Fue a ver el puente de mármol porque su padre le había dicho que era aún más hermoso que el de Jorge Wáshington. Era imposible compararlos. Este puente de Pekín estaba hecho de mármol y piedra y tenía leones esculpidos. Era cierto que guardaba armonía con la curva de las montañas.

Los tres, leyendo, levantaron los ojos de nuevo hacia la curva de acero más allá de donde estaban sentados. Se elevaba en el cielo, tan moderna como el siglo en que ellos vivían. No podían imaginar un puente de mármol con leones esculpidos.

Pekín, escribía James, le hacía desear hacerlos venir a todos ellos. La gente le decía que los inviernos eran fríos y que a principios de la primavera un polvo

amarillo flotaba sobre la ciudad, originado por los vientos crueles del desierto del Norte. El verano era una estación perfecta. Realmente se sentía muy feliz. Algo profundo en su alma encontraba satisfacción aquí. Trabajaba mucho, pero no se cansaba tanto como en Nueva York. Se sentía cómodo. Nadie se daba prisa y, sin embargo, a su juicio, se hacía más trabajo del que había visto hacer nunca. La gente se movía a un paso ligero e igual, con el cerebro descansado. Parecían dispuestos a cualquier suerte. Eran robustos y confiaban en sí mismos. Estaba empezando a comprender a los americanos mejor que cuando estaba con ellos. Se da cuenta ahora de que los americanos sufrían de una sensación de culpabilidad sofocada, como si supieran que no eran tan buenos como querían ser o como deseaban que la gente creyera que eran. Pero aquí en Pekín a la gente no le preocupaba lo que pensarán los demás, así que podían ser sólo tan buenos como quisieran. La vida fluía como un río.

—Parece el cielo —dijo Mary con ojos soñadores.

Siguió leyendo.

*Tengo la impresión de que si Lili viera este lugar vendría conmigo de buena gana —escribía James—. Las casas no son difíciles de encontrar. Viviríamos muy felices... Ella no necesitaría trabajar. Podría vivir tan perezosamente como un lirio, desde luego, y siendo tan hermosa, ¿quién iba a criticarla?*

Mary se detuvo aquí. La comisión que le encomendaba James en las pocas frases siguientes era sólo para sus ojos. Pero Peter dio un grito.

—Dile a Jim que él pertenece al pasado por lo que respecta a esa joven. Ha estado comprometida a prueba con tres hombres desde que estuvo comprometida a prueba con él.

—No hables así —le ordenó Mary.

—Ting me lo dijo —replicó Peter—. Ting dice que él va a conseguir de su padre que haga presión en el viejo Li. Es la única forma de sujetar a Lili.

—¿Y cómo? —preguntó Mary.

—Ting dice que el viejo Li fue un colaborador de los japoneses y que su papá tiene la prueba. Se escabulló a tiempo justo para evitar que lo metieran en la cárcel... o escupiendo un par de millones en ciertas manos extendidas.

Ambas muchachas lo contemplaron.

—¿Es cierto? —murmuró Louise. Gozaba con los chismes.

—Dile a Jim que a no ser que él pueda hacer presión también, mejor será que olvide todo el asunto —dijo Peter. Se puso su sombrero de paja de medio lado—. ¡Adiós, chicas! Le prometí a Ting encontrarme con él. Vamos a ir a la playa con un par de muchachas.

Sus hermanas no hablaron. Lo contemplaron pensativamente cuando se fue despacio por la calle, paró un taxi y desapareció.

—¿Crees que debemos decirle a mamá lo que él hace? —preguntó Louise.

—Ella no puede arreglar nada —dijo Mary—. Peter necesita marcharse de América. Desearía que Jim lo mandara a buscar.

—Peter no sabe bastante para ser de utilidad en ninguna parte —bostezó Louise—. Me voy a casa a dormir... Estelle quiere que vaya a bailar con ella esta noche.

—¿Adónde? —preguntó Mary.

—A cualquier lado —respondió Louise con indiferencia. Ocultaba a su perspicaz hermana mayor la excitación de su ánimo. Esta noche bailarían con Phillip. Estelle organizaba una reunión.

Sola en el banco, Mary volvió a leer la carta desde el principio al fin, tratando de imaginar escena por escena lo que contenía. Pero carecía de experiencia para alimentar su imaginación con la realidad y al fin se levantó y se encaminó a su casa. Ésta estaba tranquila; en el *living* su padre dormía aún; su cara estaba hermosa y llena de paz. Entró de puntillas en su estudio, levantó el auricular del teléfono y marcó un número.

—Por favor, ¿está Lili ahí? —preguntó al oír la voz de Mollie.

—La voy a llamar, señorita —respondió la embotada voz de la doncella—. Escuchó y oyó las fuertes pisadas de Mollie, un grito de sorpresa de Lili, los altos tacones de ésta sobre los suelos desnudos, y luego la dulce voz de Lili que sonaba a falsete a través del alambre.

—¿Hola, hola? —Era Lili.

—Lili, habla Mary. He tenido una carta de Jim. ¿Quieres que te la lleve?

Hubo una pausa y Lili se rió.

—¡Oh, encantada! —gritó con voz aguda—. Pero en este momento estoy muy ocupada, Mary.

—¿Cuándo, entonces? —preguntó Mary con firmeza.

—Espera, déjame ver, Mary... ¿quieres que yo te llame?

El genio pronto de Mary le salió de corazón.

—No te molestes... no quieres saber nada de ella. ¿Por qué no lo dices francamente, Lili?

—¡Pero sí, sí quiero!

—No.

—Sí, Mary, ven ahora, por favor... ¡con la carta, por favor!

—Estás muy ocupada —dijo Mary cruelmente.

—Sí..., pero no te preocupes. Ven ahora, por favor. No haré otra cosa. Sólo esperarte.

La linda voz era suplicante. Mary estaba deseando negarse, pero no se atrevió. Debía hacer lo que pudiera por James.

—Muy bien —dijo brevemente—. Ahora mismo salgo.

Colgó el teléfono y se fue en seguida, saliendo de la casa silenciosamente. No quería que nadie advirtiera a dónde iba, porque no deseaba que nadie supiese lo que

iba a suceder... fuera lo que fuese.

Lili estaba echada en un canapé en su dormitorio y allí introdujo Mollie a Mary.

—Me dijo que la advierta a usted que dispone sólo de un ratito, porque ha prometido asistir a un té. —Le dijo aquélla en la puerta.

—Sólo necesitaré un ratito —contestó Mary.

No había el menor indicio de prisa en las tranquilas maneras de Lili. Sacó su mano suave y se la dio a Mary.

—Ya sabes que me alegra que me hables de la carta de Jim. Me siento tan mal aquí... por Jim. —Llevó su mano al pecho izquierdo. Se había quitado la túnica china y llevaba un delicado salto de cama americano orlado de encaje. Consideraba feos los vestidos americanos, pero usaba la ropa interior del país con alegría. Sus hombros y brazos desnudos eran exquisitamente marfileños. Mary apartó la vista de ellos. No sabía por qué le parecía una especie de profanación estar allí en este cuarto íntimo, con James tan lejos.

Lili continuó en el mismo tono quejumbroso:

—Todos los días estoy pensando en escribir una carta a Jim.

—Lo harías muy feliz —murmuró Mary. Se sentó en una butaca de raso rosado y sintió calor y suavidad. Se echó el pelo hacia atrás con las manos y se enjugó las sienes con un pañuelo.

—¡Oh!, ¿qué puedo decirle? —preguntó Lili—. No hay nada seguro. ¡Puede ser que pasen muchos años antes de que él esté en condiciones de ser mío!

—Está en condiciones ahora mismo —dijo Mary. Desdobló la carta y empezó a leerla con voz clara y lenta. Lili escuchaba, la cabeza apoyada en una mano, los grandes ojos atentos y una tierna sonrisa en su boca. No hablaba. Cuando Mary hubo terminado se echó hacia atrás y cerró los ojos. Luego palpó bajo la almohada de raso y encontró un pañuelito de encaje con el que lentamente se enjugó los ojos.

—¡Cuánto deseo ir a Pekín! —dijo con voz conmovedora.

—¿Por qué no vas, entonces? —preguntó Mary. Se preguntaba si había juzgado mal a esta bella muchacha. Eran tan difíciles de entender las chicas que venían de China. Uno sabía que la sangre era la misma, pero el haberse criado en América o en China formaba dos seres diferentes. Lili era tan suave que cedía a todo..., hasta que uno se enteraba de que en realidad no había cedido en nada.

—Yo no puedo ir ahora a Pekín —dijo Lili sin abrir los ojos. Sus bellos labios temblaban—. Tengo que pensar en muchas cosas.

—Si quisieras a James sólo pensarías en él —dijo Mary.

Lili movió la cabeza. Tocó el manojito de encaje con sus labios.

—Tú hablas como americana —se quejó—. Yo soy china. No puedo pensar sólo en un hombre.

Al oír esto Mary perdió la paciencia.

—Ya se ve —dijo acerbamente—. Supongo que cualquiera puede verlo. Tú

piensas en un montón de hombres.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Lili. Abrió los ojos y contempló a Mary a través de las pestañas húmedas.

—No comprendes —murmuró—. ¡Eres tan americana!

—Le diré a James que no puedes pensar sólo en él —dijo Mary.

Lili profirió un grito suave:

—¡Por favor no le digas eso! Él es americano también, y no puede comprender.

—¿Qué quieres que le diga entonces? —preguntó Mary—. Tengo que explicarle algo, Lili. Él te quiere... y tú estás siendo demasiado cruel.

Lili quedó silenciosa por un momento. Luego miró a Mary de reojo.

—Dile... dile... ¡que le escribiré muy pronto! —Batió de manos y se echó a reír. Entonces se levantó del canapé—. Tengo que ir con papá y mamá a un té en el Consulado, pero no siento la menor gana de ir. Preferiría mucho más quedarme aquí sentada contigo y volver a escuchar toda la carta otra vez. Pero tengo que ir..., ellos me lo han dicho.

Sonrió a Mary de un modo encantador, y con la misma firmeza que si Lili hubiera puesto sus manos sobre ella, Mary se sintió empujada fuera de la habitación.

## CAPÍTULO IV

En su cuarto y al final de un día caluroso leía James la carta de Mary. Le confesaba que estaba escribiendo demasiado rápidamente después de haber visto a Lili. Debería haber esperado unos cuantos días hasta que se le enfriara la rabia.

*Pero tú sabes lo difícil que es para mí esperar —decía— y especialmente en cuanto te concierne, Jim. Lili no dice que no quiera casarse contigo ni que se vaya a casar con otro. Sólo dice que tiene muchas cosas que considerar. Yo no sé si es dura o suave. En cierto modo se las arregla para salirse con la suya.*

James dobló la carta. Era una carta larga que cubría muchas páginas, y Mary había puesto en ella noticias de la familia y retazos de chismografía sobre sus amigos y la había echado al correo antes de que la familia se fuera a las montañas. Ahora estarían en las frescas colinas verdes de Vermont. Pensó con nostalgia en los claros arroyos de agua fría que corren sobre piedras pardas redondeadas, y los vientos con fragancia de pinos. Sin embargo, cuando estaba allí no había considerado aquello como su país. Su país, entonces, había sido China. ¿Por qué contradictorios caprichos del alma iba a sentir siempre nostalgia dondequiera que estuviese? Si se hallara aquí Lili, pensó con impaciencia, su corazón estaría afianzado.

Pensaba no regresar más a América. Lili debía venir a él. Sabía ahora que aquí era donde debía permanecer. Era un doctor de primera clase y estaba ya enredado en las necesidades de la gente que venía al hospital con terror y desesperación. Nadie venía en busca de la medicina extranjera, así le llamaban, a no ser que la alternativa fuera la muerte, y cada día de trabajo era la salvación de criaturas ya condenadas. Manejaba cuerpos magullados por los dedos punzantes de viejas comadres y pinchados por las agujas de los doctores a la antigua usanza. Muchos de sus casos de gangrena empezaron con el veneno de agujas sin esterilizar clavadas en los hombros, miembros y pechos para exorcizar a los demonios. Trataba de enseñar sanidad mientras curaba, pero los oscuros ojos de los enfermos seguían distraídos y obstinados. Empezó a soñar con la enseñanza sanitaria en las escuelas, entre los jóvenes. Pero ¿cómo iba a hacer más de lo que estaba haciendo! Una docena de operaciones al día era lo usual. El hospital tenía poco personal. Los doctores americanos no habían regresado aún y los médicos chinos adiestrados en el extranjero eran constantemente tentados con tareas más difíciles. Hacía falta valor para operar cuando la muerte de una persona ya moribunda podía significar un proceso si se trataba de un general rico o un millonario. Solamente los pobres quedaban agradecidos y sólo ellos no pedían venganza.

En su rabia creciente contra los pacientes ricos se encontró volviéndose hacia los

pobres que venían a las clínicas y atestaban las salas de caridad. Su primera discusión con el hospital se produjo por la cuestión de las salas de caridad que diariamente achicaban y comprimían para proporcionar más habitaciones privadas. Cuando vio las camas tocándose unas a otras y los jergones por el suelo se dirigió al despacho de su superior y abrió la puerta bruscamente.

—¡Doctor Peng! —Empezó y se detuvo.

El hermoso doctor Peng Chantu, de delicadas facciones estaba sentado ante su escritorio tallado y tenía inclinada sobre él la linda jefa de enfermeras. Hablaban en tono ferviente, sonriente el hombre, coqueta la muchacha. Entonces vieron a James en pie, cuadrado y franco como un americano ante el dintel de la puerta.

La muchacha se retiró hacia atrás y se escapó del cuarto por una puerta lateral. El doctor Peng habló con su alta voz suave:

—Doctor Liang —dijo en inglés— ha de hacer el favor de llamar a la puerta antes de entrar.

James contestó en chino. Raramente usaba el inglés. Le disgustaba que cada estudiante, enfermera o interno intentara chapurrar el inglés.

—No sabía que éste fuera un despacho privado, doctor Peng —dijo—. Vengo a quejarme. Las salas están siendo reducidas y hasta ahora mis pacientes están acostados en el suelo.

El doctor Peng sonrió y levantó un pequeño objeto de su mesa. Era el desnudo de una mujer, hecho de jade.

—¿Sabe usted lo que es esto? —preguntó todavía en inglés. Provenía de Shanghai y no hablaba bien el mandarín.

—Una mujer desnuda —dijo James bruscamente.

—Mucho más interesante que eso —explicó el doctor Peng delicadamente. Su voz tenía cadencias de poesía—. Es la figura que los doctores nativos usan para diagnosticar las enfermedades de una paciente a la antigua usanza. Ella no se mostrará a un hombre, como sin duda debe usted saber, pero pone la linda punta de su dedo en alguna parte de esta figura de jade, para mostrar dónde está el dolor. —El doctor Peng se reía silenciosamente—. ¡Lo que me divierte es con cuánto amor los doctores chinos tallan estas figurillas, o las hacen tallar, y cuán precioso es el material! Siéntese, doctor Liang.

—No tengo tiempo —dijo James—. He venido a quejarme sobre las salas.

El doctor Peng sostenía la figurilla en su palma.

—En cuanto a nuestras salas —dijo amablemente— lamentamos mucho que sean demasiado pocas.

—Esta adulación a los ricos me disgusta mucho —dijo James—. Continuamente encuentro hombres levantando paredes alrededor de una sección de la sala para hacer una nueva habitación privada para un general o un oficial.

—No es adulación —dijo el doctor Peng. La virtud brillaba en sus estrechos y brillantes ojos negros—. Es necesidad. Los pacientes de caridad no pagan. Los

generales, oficiales y millonarios pagan muy bien. Me atrevo a decir que usted se quejaría, doctor Liang si le redujeran el sueldo... que es un sueldo excelente, además. Usted lo vale, desde luego. Pero la gente rica lo paga. No se olvide de que nuestras garantías de América cesaron el año pasado. Tenemos que encontrar dinero para nuestros salarios, así como para el sostenimiento del hospital.

James miró furioso la hermosa cara suave. Luego dio media vuelta y salió, batiendo ligeramente la puerta. Lo que decía Peng era cierto. El hospital era costoso, fuera de toda proporción con respecto a las vidas del pueblo. Sólo los ricos podían permitirse tumbarse bajo esos sólidos techos, sólo los ricos podían permitirse pasear por los salones con piso de mármol y utilizar los baños con azulejos. No había lugar para los pobres excepto en las salas atestadas.

Volvió a la clínica y los pacientes se apretaron a su alrededor.

—Doctor..., doctor..., buen doctor. —Se le quejaban cuando entró en la habitación. Al principio sus maneras apremiantes lo habían confundido e incluso le enojaban. Pero ahora sabía que no podían evitar el quejarse a él. ¡Habían soportado tanto y había tantos...!

—Aquí estoy —decía apaciblemente—. No me iré hasta que haya visto a cada uno de ustedes. —Sólo cuando descubrieron que podían fiarse de sus palabras se quedaron tranquilos.

—Perdónenos por favor —decía un viejo con dulzura—. Por lo general a los doctores no les gusta ver tantos enfermos pobres esperando por ellos y escogen sólo unos pocos; el resto de nosotros tiene que irse otra vez.

James se había enterado de que así era. Lo que le enojaba y desalentaba más profundamente era el endurecimiento de sus colegas hacia los enfermos del pueblo que acudían a ellos en busca de cura. El egoísmo de los ricos pronto llegó a darlo por sentado, pero lo que no podía dar por sentado, conforme pasaban las semanas, era la falta de corazón de los doctores y enfermeras. No de todos ellos, reconocía refunfuñando... El doctor Liu Chen era una honra para cualquier hospital, y James decidió llamar siempre a una u otra de tres enfermeras. En la bondad de estas tres podía confiar, Rose Mei, Kitty Sen y Marie Yang. Todas las enfermeras tenían nombres extranjeros y los usaban cuidadosamente, lo mismo que gastaban la mitad del salario de una semana en ondulación permanente a manos de la peluquera rusa blanca que estuvo instalada en otro tiempo en el barrio de la Legación.

Muchos de sus pensamientos íntimos se convertían en rabia al meditar sobre este endurecimiento de sus compañeros. El doctor Kang, por ejemplo, con quien operaba con frecuencia, era un amigo encantador, un compañero entusiasta en las raras noches que estaban libres para ir a un restaurante famoso o sentarse en los desiertos jardines del palacio e incluso para ir a caballo fuera de las murallas de la ciudad y dormir una noche en algún antiguo templo fresco. Kang era un hombre instruido, y no solamente un graduado de Johns Hopkins. Conocía la literatura china tan bien como la occidental y poseía una famosa colección de instrumentos musicales de muchos



lugares del mundo. Era amigo de un gran actor, y un día de agosto llevó a James a casa de su amigo, y James conoció a aquel hombre agradable, de cara redonda, que era genial para tomar la apariencia de una mujer hermosa. Toda la tarde fue un sueño fuera de la historia. La casa era enorme, una sala se abría en otra y un patio conducía a otro. Se sentaron en el pabellón exterior y comieron los duces tibetanos rellenos de crema que el actor temía tanto como le gustaban.

—Mi carrera depende de mi figura —dijo con lastimera alegría—, y mi cocinero, ¡qué le vamos a hacer!, es soberbio. Sólo mientras los japoneses estuvieron aquí pude comer y dejarme engordar. También me dejé crecer el bigote y la barba. Ahora que se fueron, tengo que volver a mis papeles.

Tocó las cuerdas de un arpa plana y cantó con una alta voz de falsete que daba perfectamente la ilusión de ser la voz de una mujer joven. El aire se suavizó con su dulzura y benigna melancolía. La atmósfera de la antigüedad, la vida grata y el pensar se derramaban en el anochecer.

Cada silla, cada mesa, los rollos colgados en las paredes, los azulejos del piso, las celosías de las ventanas, las tallas del pabellón externo en que se había sentado, los arbustos y las rocas de los jardines de los patios... todo era exquisito y estaba planeado con un depurado sentido de la belleza. Kang parecía allí por completo en su ambiente y había discutido con su amigo los detalles de una canción, la finura de un gesto. James escuchaba, sintiéndose inculto y ordinario porque había pasado su vida en el Oeste. Aquella noche empezó a acusar a su padre por haberlo llevado tan joven al mundo extranjero.

Al día siguiente sintió un renovado choque en el hospital ante la arrogancia de Kang y su completa indiferencia hacia los sufrimientos. Era un cirujano excelente, uno de los mejores que James había visto trabajar nunca. Sus manos fuertes y estrechas eran todo huesos finos y suaves tendones. Cualquier paciente podía sentirse agradecido de que aquellas manos trabajaran en sus órganos vitales con tal velocidad y precisión. Pero una vez que la tarea había terminado, si el paciente vivía o moría no era cosa que concerniera a Kang. Con frecuencia se negaba a operar a una anciana, a un pobre o un niño aterrorizado. Le enojaban sobre todo los niños llorones.

—Llévese a ese niño. —Le había ordenado un día a Rose.

—Pero es una mastoides, doctor. —Le instó ella—. Se morirá.

Kang se encogió de hombros y se lavó las manos cuidadosamente en la impecable palangana. Rose le llevó el niño a James y le contó la historia. James lo operó y el chico conservó la vida.

Era inútil hablar a Kang, pero James lo hizo.

—Ese caso de mastoides —le dijo la noche siguiente. Iban en camino para un casamiento. Uno de los doctores más viejos tomaba una joven esposa. Kang estaba tirando de los guantes blancos. Nunca usaba ropas chinas y su traje negro de etiqueta era tan immaculado como habría sido sí estuviera en Nueva York.

—¿Qué mastoides? —preguntó él. Frunció el ceño mirando la roja flor de té de su

solapa. Parecía algo marchita, pero no estaban en la estación de las flores.

—Ese chico que trajeron de su aldea ayer por la mañana —dijo James. Por primera vez desde que había venido llevaba su *smoking* y no estaba bien planchado. Young Wang lo había dejado en Pekín para regresar a su casa de la aldea y los sirvientes del hospital eran nuevos y estaban poco habituados a las costumbres de Occidente.

El doctor Kang parecía impaciente.

—Mi querido Liang, sin duda puedo elegir mis casos.

—Pero el chico se habría muerto. —Objetó James.

—Miles..., millones, se podría decir..., tienen que morir. —Había replicado el doctor Kang—. Cuando lleve usted aquí un año o dos comprenderá que sólo el sentido común obliga a uno tener una visión más amplia. ¿Qué somos nosotros? Un puñado de doctores en una nación tan medieval como Europa en el siglo dieciséis. No nos es posible salvar a todos de la muerte. ¡Seríamos los primeros muertos, si lo intentásemos!

Era verdad. James no respondió. Siguió a Kang al amplio vestíbulo que corría a través de la casa del doctor y entró en el carruaje que esperaba en la puerta.

La boda se iba a celebrar en el Hotel Pekín. Los casamientos modernos raramente se celebraban en la casa, como los que se realizaban a la antigua usanza, y ahora arroyos de gente vestida a la moda corrían en coches de caballos y automóviles hacia el hotel. El doctor Su, el novio, había estado casado tres veces y dos divorciado. Su primera esposa vivía aún en la remota casa solariega en algún lugar de Szechuen, pero nadie la había visto, ni él hablaba de ella. Dos hijos ya mayores estaban de internos en el hospital, pero ellos tampoco hablaban nunca de la mujercita iletrada y silenciosa que era su madre. Esta noche permanecían cerca de su padre cuando James entró en el vestíbulo del hotel. El doctor Su, con traje de etiqueta occidental y guantes blancos, recibía a sus invitados con amabilidad, y un sirviente de uniforme ofrecía *cocktails*, y té. El doctor Su se había casado con tanta frecuencia que no tomaba el acontecimiento con ningún embarazo y charlaba con sus colegas y amigos.

—Doctor Liang... Jim —dijo afectuosamente en inglés—. Entre, hombre... elija su bebida. ¿Té? ¡Usted es tan a la antigua!...

James sonrió.

—Semejante té más bien me parece una novedad —dijo. Le gustaba el doctor Su, que era un cirujano jefe, y le hablaba inglés por cortesía. Nunca había oído al doctor Su hablar en chino excepto con los sirvientes.

El gran vestíbulo, fragante con los lirios, pronto estuvo lleno de invitados. Los hombres vestían ropas occidentales en su mayor parte, y las mujeres graciosos vestidos chinos muy ajustados. Aquí y allá el uniforme militar de un oficial brillaba resplandeciente y tintineaban las espadas. Había unos cuantos hombres de edad con ricas túnicas chinas, suficientes para demostrar que el doctor Su tenía pacientes agradecidos en todas partes.

En medio de la charla, la música, apagada hasta ahora, rompió en la marcha nupcial de Mendelssohn y el hijo mayor del doctor Su, un joven grave y tímido, tocó a su padre en el brazo.

—Papá —dijo—, te están esperando.

El doctor Su pareció sobresaltado; luego se rió.

—Lo había olvidado —dijo francamente. Se enjugó los labios con un pañuelo de seda blanca impecable, porque había estado comiendo pastelillos de camarones con los *cocktails*. Carraspeó, tomó un aspecto digno y se encaminó al lado de su hijo al salón de baile donde los invitados ya estaban reunidos. Dio vuelta por una entrada lateral, y pocos minutos más tarde el auditorio vio aparecer su alta y esbelta figura en el escenario, seguido ahora por su hijo y el doctor Kang, que era el padrino de boda.

La gente bien y a la moda tenía muchos casamientos extranjeros y no encontraba nada nuevo en éste. Sólo los sirvientes de los invitados veían algo extraño en él y se agrupaban en torno a la puerta mirando boquiabiertos y con el mismo asombro con que contemplaban las películas de Hollywood. Retrocedieron para dejar paso a la novia y sus damas de honor. Su padre caminaba a su lado con aspecto acalorado e incómodo. Era un militar retirado, que se había quitado el uniforme para siempre inmediatamente después de la guerra y llevaba ahora una pesada túnica de brocado plateado y una chaqueta de terciopelo negro. Desde que ya no se molestaba más en sujetar su gran panza con un cinturón de uniforme, su figura adquirió forma piramidal, con la cabeza afeitada colocada sobre ella como un melón. La resplandeciente figura de su hija quedaba achicada junto a aquella masa. Su traje de raso, la cola y el velo de encaje eran de color concha rosada en lugar de blancos y llevaba diamantes en las orejas, alrededor del cuello y en los brazos. En un dedo lucía un enorme solitario. El doctor Su era hombre prudente y cada vez que se había divorciado de sus esposas anteriores había recuperado la sortija.

Su cara no cambió al contemplar a la joven novia subiendo por el pasillo, ni ella levantó los ojos. Caminaba en un penoso intento de marcha, pero el doctor Su se dio cuenta de que había perdido el paso. Quedó un poco asombrado de esto, porque se decía que ella era muy brillante pianista. La había oído tocar conciertos de Chopin con ímpetu y afición. También él era un buen violinista, aunque daba la disculpa de que la cirugía le obligaba a conservar sensibles las puntas de los dedos y por lo tanto no podía practicar tanto como deseaba. Una de las razones por la que había elegido a esta criaturita entre docenas por el estilo era que podría acompañarlo al piano cuando tocara para sus invitados en las frecuentes comidas que daba.

Tenía cierto aire crítico al mirar la figurilla que subía por el pasillo, seguida del séquito de muchachas con vestidos de todos colores. No la conocía muy bien, pero eso quizá no importaba. Había conocido muy bien a su segunda esposa y se peleaban acerbamente. Fueron amantes antes de su matrimonio y después de él. Su tercera esposa había tomado un americano como amante, y eso no lo pudo tolerar, sobre todo cuando vio el alto muchacho de uniforme. Era demasiado guapo, demasiado

agradable y demasiado romántico, y el doctor Su se dio cuenta de que no podría volver a retener la atención de su esposa.

A su primera mujer casi no la recordaba. Aquella boda desde luego había sido diferente. El tenía prisa e impaciencia por ir a América. Era la primera vez, y América entonces le parecía admirable y perfecta y su casa odiosa y pasada de moda. Pero su madre no lo dejaría ir hasta que hubiera consentido en casarse con la muchacha con quien sus padres lo habían comprometido hacía mucho tiempo, que formaba tanta parte de su infancia que no significaba nada para él. La boda había sido tradicional, con la novia vestida de raso rojo de la cabeza a los pies y un velo de abalorios sobre la cara. La fiesta duró tres días. Cuando se encontraron a solas la primera noche le pareció una cosita linda, muda de timidez. Nunca había sido capaz de persuadirla para que le dijera nada. Un mes de este matrimonio silencioso y su madre lo dejó ir. El primer hijo nació cuando él estaba en Baltimore. El segundo había nacido después de su regreso. Luego dejó la casa para no volver más hasta que sus padres fueron asesinados durante una recolección por los colonos enfurecidos. No habían hecho daño a la tímida mujer que se ocultó en un pozo seco ni a los dos niñitos que ella cobijaba. Pero después de eso él trajo a sus hijos consigo y su madre seguía viviendo en la casa vieja con un tío anciano que era quien llevaba las tierras.

La ceremonia de la boda iba por la mitad antes de que él se diera cuenta de que no había prestado atención.

—¿Dónde está la sortija? —preguntaba el ministro presbiteriano oficiante.

—Aquí, señor —murmuró el hijo mayor. La sacó de su bolsillo y se la dio al padrino, quien la entregó al novio. El doctor Su la colocó en el delicado dedo tercero, donde el solitario lucía con tanta brillantez, y así quedó casado una vez más.

La marcha nupcial estalló con estrépito de trompas y trompetas en la alquilada banda del hotel y la comitiva se puso en marcha alegremente por el pasillo. En el vestíbulo el doctor Su ocupó su lugar bajo una enorme campana de rosas rojas de papel y se preparó para recibir las felicitaciones de sus amigos. Era ahora un hombre rico, gracias a su suegro. Las puertas del comedor se abrieron de golpe y el aroma de los finos manjares de la fiesta se extendió en el aire de verano.

James se adelantó para darle la mano al doctor Su. Se había conmovido contra su voluntad con la boda y con la música. Así suponía que hubiera sido si Lili se hubiera decidido casarse con él. Con cierta curiosidad contempló la cara de la novia. Estaba pintada y empolvada como una máscara exquisita, tan falta de vida como la cara de una estrella de cine. Le hizo una inclinación y se apartó.

—Oiga —lo llamó, en la puerta el doctor Kang—, ¿no se queda usted a la fiesta? Todo aquí es de primera clase.

—Gracias, tengo que hacer en el hospital —dijo James, y salió a la calle. Una caterva de conductores de *ricksha* agarraron sus vehículos a su vista y él trepó al más próximo. El conductor era un jovencuelo y como la noche era calurosa no llevaba chaqueta. Su morena espalda suave se ondulaba por el movimiento interior de los

músculos con el esfuerzo que hacía al correr. Pero estaba demasiado delgado y se veía claramente la forma de su esqueleto, una fina estructura firme de huesos fuertes y delicados. Llevaba el pelo bastante largo; le caía casi hasta el cuello y flotaba hacia atrás con la brisa. Su perfil cuando volvió la cara era limpio y alargado.

—¿De dónde eres? —preguntó James cuando el chico acortó la marcha y se puso al paso cerca del hospital.

—De una aldea a cien *li* de acá. —Replicó el hombre.

—¿Por qué estás aquí? —Le preguntó James.

El muchacho volvió la cabeza, sonrió y mostró unos dientes blancos perfectos.

—Somos demasiados en la tierra —dijo francamente—. Mi padre posee muy poca y alquila toda la que puede. Pero el amo vive en el extranjero y su anciano tío hace lo que quiere con los arrendamientos.

—¿Cuál es tu aldea? —preguntó James con repentina curiosidad.

—La villa de Anming —dijo el hombre.

—Anming —repitió James—. Ésa es mi aldea también.

El joven se rió.

—Entonces no le pediré propina para vino —declaró. Estaban ahora ante la puerta del hospital y el muchacho bajó las lanzas de la *ricksha*.

—Precisamente porque somos de la misma aldea debo darte propina —declaró James a su vez. ¡No podía decirle a este mozo que el amo ausente era su propio padre!

El hombre hizo un movimiento de disimulo por cortesía, pero le brillaron los ojos cuando James le echó plata en la palma.

—Me gustaría que nuestro amo fuera como usted, hermano mayor —dijo sonriendo, y con semejantes gracias tomó su *ricksha*, salió disparado por la calle y se perdió de vista.

James subió lentamente las escaleras de la casa de los doctores y se dirigió a sus habitaciones particulares. Algo familiar le saltó a la vista. Sobre el picaporte de la puerta colgaba una imitación de sombrero panamá. ¡Young Wang, sin duda! El mozo tenía una debilidad por los sombreros. Entró y encontró a Young Wang con su ropa interior de algodón blanco fregando los pisos. Se había quitado las ropas exteriores y había dejado la chaqueta sobre la cama.

Young Wang guiñó los ojos de rodillas y le brillaron los blancos dientes.

—¡Amo, qué pisos! —exclamó—. ¿Cuántos días hace que no los lavaron?

—¡Yo qué sé! —Replicó James, devolviéndole la sonrisa.

Young Wang se levantó, adelantóse veloz y tomó su sombrero.

Lo sostenía con ambas manos y lo admiraba.

—¿Cuánto pagó usted por este sombrero tan fino, amo?

—Lo traje de América —dijo James.

—Todo es mejor allí que aquí —dijo Young Wang, y colocó respetuosamente el sombrero en el armario. Luego retorció el trapo, vació el cubo por fuera de la ventana

y lo puso debajo de la cama.

James se sentó en la poltrona de mimbre. El cuarto parecía agradable y fresco después de la calle. Young Wang había bajado las persianas y colocado toallas limpias. Caminaba ahora por la habitación sacando el polvo de todas partes con un paño húmedo.

—Pekín es una gran ciudad llena de polvo espeso —dijo alegremente.

James lo observaba sin hablar. En su imaginación, siempre preocupada con su trabajo y no dada a muchas clases de pensamientos, percibía que había llegado a una encrucijada. Tendría que convertirse en una persona o en otra. O debía unirse a la liga de sus compañeros los doctores y vivir olvidado de sus aldeanos, o debía dar una especie de salto que no podía definir. La superficie de la vida era bastante segura y muy agradable. No tenía por qué abandonar su altura profesional. Sus colegas eran buenos, cuidadosos y a veces doctores superlativos. Pero excepto Liu Chen no eran más que eso. Trabajaban el día entero y cumplían sus deberes con el hospital. Nadie podría quejarse de que cuando el doctor Kang se decidía a aceptar un caso no fuera bastante competente. El doctor Su, que era más humano y por lo tanto más agradable, hasta se excedía a veces de sus deberes. Pero no se les habría ocurrido a ninguno de ellos, quizá ni siquiera a Liu Chen, ir más allá de las exigencias de su profesión.

—Está usted más delgado —decía Young Wang, contemplándolo mientras pasaba el paño por las patas de la mesa—. Debe pensar en su salud. —Alcanzó el espejo y se paró para mirarse con los ojos divertidos. Rióse y apuntó con un dedo su propia imagen—. ¡Qué gran zanahoria! —dijo—. ¡Cualquiera puede decir que viene del campo!

—¿Cómo encontraste tu aldea? —Le preguntó James.

Young Wang aceptó la invitación a conversar. Echóse el paño del polvo sobre el hombro y se puso en cuclillas.

—Siéntate en una silla —dijo James.

—No me atrevo —contestó Young Wang cortésmente, y empezó en seguida lisa y llanamente a referir su historia—. Cuando volví a mi aldea me encontré que estaba debajo del agua. Las lluvias habían sido demasiado fuertes y el dique más próximo al río fue desbordado. Lo primero que tuve que hacer fue alquilar un bote en la población más cercana y así llegué a mi aldea. Casi había desaparecido. Las casas se derrumbaron y sólo las copas de los árboles sobresalían del agua, excepto en un lugar, donde la tierra se eleva pocos metros. Sobre esta pequeña isla se amontonaba la gente de mi aldea. Todos somos Wang y de nosotros hay ciento cinco almas. Gracias a los dioses, las aguas se habían elevado lentamente y así nuestros hombres pudieron trasladar comida, camas y algunos bancos para que se sentaran los viejos. También tenemos unas cuantas esteras de bambú que hemos tendido sobre ramas de sauce como abrigo.

Young Wang se reía como si esa situación fuese divertida. Luego pareció apenado y meneó la cabeza.

—Es muy duro para los viejos y los niños pequeños. —Suspiró—. Varios chiquillos se han caído al agua y fueron arrastrados por ella. Tres viejos murieron y como allí no había lugar para enterrarlos los dejamos hundirse en el agua. Esto es muy malo porque ahora ellos no pueden reposar con nuestros antepasados, así que todos los viejos tienen miedo de morir. Y esto es malo también, porque la muerte es natural para los viejos y deberían encontrar descanso en ella.

James lo escuchaba con creciente horror.

—¿No fue nadie de la ciudad para ayudarlos? —Inquirió.

Young Wang levantó las cejas ante esta pregunta.

—¿Quién iba a venir a ayudar? —preguntó—. La gente tiene bastantes preocupaciones propias. Nuestra aldea no es la única. Hay muchas en nuestras condiciones.

—El alcalde de la ciudad debería ayudar —declaró James—. O el gobernador de la provincia; por lo menos debería enterarse.

—Nadie se entera de lo que sucede a los pobres —dijo Young Wang—. Esos gobernadores y empleados son personas de elevada situación y tienen que atender a sus asuntos.

Suspiró ruidosamente, se levantó sobre sus talones, e hizo girar el trapo del polvo sobre el espejo, contemplándose con cierta admiración mientras lo hacía.

James observó esto. ¿Cuán profundo era el pensar de Young Wang por su familia? Parecía insensible y aun alegre, y sin embargo seguramente tenía sentimientos.

—¿Dejaste a tu familia en esa isla?

—Llevé a mis padres a la ciudad y a mis hermanos también. —Young Wang cogió una pluma fuente de encima de la mesa y sacó la tapa con precaución—. Encontré habitaciones en una posada para ellos. Pero cuesta mucho dinero, así que volví a trabajar para usted, amo. Antes de esto, el salario no significaba nada para mí, pero ahora le pido que me dé tres meses de adelanto y volveré junto a ellos a fines de mes para pagar lo que debo; y si las aguas han bajado, les ayudaré a trasladarse de nuevo a la aldea.

—Pero dijiste que allí no quedaban casas. —Le recordó James.

—¡Oh, la casa no importa! —replicó Young Wang—. Con unos cuantos días de trabajo se volverá a levantar una casa de barro. Yo llevaré de los mercados de la ciudad algunas cañas para techarla y tendremos sauces para las vigas.

Probó la pluma en un trocito de papel.

—Ésta es una de esas plumas con tinta —dijo—. Deseo mucho tener una algún día. Pero ¿para qué la quiero si ni siquiera sé escribir mi nombre?

Estas últimas palabras las pronunció Young Wang con más pena de lo que había dicho hasta entonces y un rubor de vergüenza surgió de su cuello y se le extendió por la cara. Volvió a tapar la pluma y la dejó sobre la mesa.

—¿Quiere que le traiga algo de comer antes de dormir? —preguntó.

—No. —Replicó James—. Tengo que volver al hospital y ver cómo están mis

pacientes antes de acostarme. Comeré más tarde en el comedor de abajo.

—¿Le dan buena comida aquí? —preguntó Young Wang pensativo.

—Excelente.

—¿Comen los criados lo que sobra?

—Me ocuparé de que tengas comida —respondió James. Sabía que los doctores con frecuencia tenían servidores privados. Les daban de comer, probablemente, de las cocinas del hospital.

Inmediatamente Young Wang se animó.

—Con mi panza segura de hartarse tres veces al día, no temo ni a los dioses ni a los hombres. —Declaró.

—Eso es bueno. —Replicó James. Se fue a ver a sus pacientes y dejó a Young Wang en pie ante el espejo, arreglándose el cinturón alrededor de su estrecha cintura.



## CAPÍTULO V

James Liang no era un hombre que expresara fácilmente sus pensamientos con palabras. Había aprendido temprano a desconfiar de las palabras, de los gestos y de las florituras de la imaginación. De niño y de muchacho había pasado largas tardes en el grande y cómodo living escuchando a su padre y a sus amigos, elegantes y educados en las culturas de Inglaterra y Europa. Fuera lo que fuese lo que discutieran, y discutían sobre todas las cosas, estaba entretejido en una red de palabras que, sin embargo, carecían de substancia. Al final de una velada, en lugar de llegar a una conclusión y a la convicción, la red se disolvía convirtiéndose en una niebla, y la niebla se disolvía en el silencio de la habitación cuando se habían ido. Su padre, tan genial y brillante con sus invitados, volvía de la puerta silencioso y vacío. Si James, de muchacho, le hacía una pregunta se impacientaba.

—Es hora de dormir —decía siempre, cortante.

En esta desconfianza de las palabras, James se había vuelto a sus compañeros de estudios americanos, que no tejían redes ni de pensamientos ni de palabras. Un puño que pegaba duro era honrado más que una frase graciosa, y un hecho tenía más saber que una idea. Acción en lugar de sentimiento era lo que había aprendido fuera de su casa, y prefería la acción cuando su padre cedía con frecuencia a la inexplicable melancolía del exilio. De esta melancolía la única escapada de su padre era de nuevo en palabras. Un estado de ánimo producido por un cielo gris sobre el río y el viento otoñal helado, se transformaba en un ensayo de tragedia. James llegó a mayor antes de comprender que nada de lo que escribía su padre era por convicción. Todo provenía de sentimientos bastante pasajeros.

Así, no tenía él nada con qué comprender su propia melancolía en el rigor de aquel verano en la antigua ciudad. Que no era feliz lo sabía. Que se encontraba muy solo, lo sabía muy bien. Trataba de creer que esto era por causa de Lili, pero su corazón demasiado honrado le decía que no era así. Llegó a expresarlo con palabras sólo en las pocas cartas breves que le escribía a su hermana Mary, entre las que por deber les escribía a sus padres.

*También puedo decirte que hay aquí demasiadas cosas podridas. —Le escribía a Mary—. Supongo que esto es en parte porque somos un pueblo antiguo y muchos bosques muertos no han sido talados. Aquí hay decadencia...; no puedo descubrir precisamente dónde, pero la veo en Su y en Kang y en Peng y en otros. Incluso la hay en las enfermeras. Pero también está en los cocineros y en los ordenanzas. El dinero se pega a todas las manos. Bueno, también se pega en América, pero aquí no hay disimulo. Tal vez el disimulo no es bueno. Sea como quiera, siento de algún modo que yo no tengo hogar en el mundo.*

En esta carta no decía nada de Lili, y al leerla en la soledad de su cuarto Mary se alegró. Luego volvió a leerla lentamente. Le había llegado en un momento en que estaba intranquila. El verano en las montañas de Vermont la había llenado de salud y energía que todavía no encontraban objeto. No tenía ningún enamorado. Había rechazado con cierto disgusto a un joven periodista chino que la había perseguido. Aceptar un americano habría sido violar el profundo amor a su país, que era la pasión auténtica de su corazón. Se había peleado todo el verano con Louise al descubrir que su hermana menor fruncía el ceño cuando se retrasaba el correo. No le costó mucho tiempo descubrir que Louise leía una carta de Estelle casi con tanta impaciencia como las menos frecuentes de Phillip.

Mary se había llevado a Louise a dar un paseo cuando descubrió esto y en una senda fragante con el aroma de los pinos al sol se había encarado con su hermana:

—Louise, no seas estúpida. —Así empezó su conversación.

Louise se había sonrojado. Las dos muchachas se quedaron silenciosas, y por casualidad fue Louise la que estaba al sol. Mary la miró intensamente y con severidad.

—¡Así que te pones colorada!

Louise pasó la mano por su rizado pelo.

—No, no me pongo.

—Tienes la cara roja —dijo Mary—. Algo te noto en los ojos. ¿Tú crees que Phillip se va a casar con una muchacha china? Eres una tonta, Louise. Sus padres no lo permitirían.

—¿Quién habla de casamiento? —preguntó Louise. Empezó a seguir su camino rápidamente. Mary esperó un momento, contemplando la esbelta figura de su hermana con traje amarillo pálido. Luego la siguió con impetuosos pasos.

—Supongo que no estarás pensando en ninguna otra cosa, Louise —dijo. Tomó la mano de su hermana—. Louise, no te olvides... que nosotras no somos americanas. Aunque no hemos visto nunca nuestro país, somos chinas. No podemos proceder como las muchachas americanas.

Louise libró su mano.

—Déjame en paz —gritó, y de repente empezó a correr por el sendero abajo y Mary no la persiguió. Se sentó en un tronco y allí sentada sola mucho tiempo trató de pensar qué debería hacer, si se lo diría a sus padres, incluso si debería escribirsele a James.

Al fin, después que la familia regresó a la ciudad, habló con Peter, pero él se había mostrado burlón.

—No importa lo que haga Louise —exclamó con su juvenil tono señorial—. Yo te digo que ya está perdida.

El corazón de Mary se paró.

—¿Qué quieres decir, Peter? —había inquirido.

Peter se rió ante su mirada.

—Quizá no se acostaron juntos, si es eso lo que te espanta. Tú eres muy pasada de moda, Mary. No, pero si Phillip quiere a Louise ella se irá con él.

—¿Phillip no la quiere?

Peter negó con la cabeza.

—¿Tú hablaste con él de Louise? —gritó Mary.

Peter parecía contestar de mala gana. Mary y él se desayunaban temprano y generalmente solos, y estaban hablando en el comedor antes de que bajaran sus padres.

—Yo le vi besándola un día —dijo al fin.

—¡No! —susurró Mary—. ¿Y Louise le dejó?

Peter hizo una mueca.

—Le ayudó.

Mary guardó silencio un momento. Tan claramente como si hubiera estado en el lugar de Peter vio al joven americano alto con Louise en sus brazos.

—Se lo diré a papá —afirmó.

Peter se encogió de hombros.

—Tú siempre has tenido mucho valor —dijo. Con esto se levantó de la mesa y se fue a sus asuntos particulares. Le quedaban sólo dos semanas de clase y ninguna otra cosa era importante para él.

Cuando el doctor Liang bajó diez minutos más tarde encontró a su hija mayor muy linda, pero con un aspecto preocupado. Se preguntó si estaría pensando en algún joven. Su matrimonio era asunto de frecuentes conversaciones entre él y su señora y pensaba tan pronto viera un joven adecuado hacer las aproximaciones preliminares del caso. Ahora, al observar la linda cara y la figura de su hija, se le ocurrió que no debía demorarse demasiado.

—Buenos días, papá —dijo Mary.

—Buenos días —respondió él. Se sentó y bebióse el vaso de zumo de naranja que estaba sobre su plato.

—¡Papá! —gritó Mary de repente.

A él le gustaba estar en calma por las mañanas y advirtió con cierto desagrado el tono de determinación que había en la voz.

—¿Qué? —replicó suavemente. Hablaban en inglés.

—Papá, no me gusta hablarte de esto en el desayuno, porque sé que deseas estar tranquilo, pero debo decírtelo antes de que baje mamá. Louise está en relaciones amorosas con Phillip.

El doctor Liang pareció sorprendido. Entró Nellie, le puso su avena delante de él y le echó azúcar por encima formando una capa delgada e igual. Cuando ella hubo salido, preguntó:

—¿Quién es Phillip?

—Ya lo conoces, papá..., el hermano de Estelle... de Estelle Morgan.

El doctor Liang pareció sobresaltado.

—¡Un americano!

—Sí, papá. ¡No hagas como que no lo conoces, por favor! Ella le ha permitido que la besara.

El doctor Liang perdió el apetito de repente. Apartó el plato de avena.

—Mary, ¿te das cuenta de que estás acusando a tu hermana?

—Por eso es por lo que pensé que deberías saberlo. ¿Se lo contaremos a mamá?

—¿Qué me vais a contar? —preguntó la señora Liang bruscamente. Entraba en la habitación en este momento, sus carnosos párpados todavía un poco hinchados con el sueño—. Ea, Liang... ¿de qué se trata? ¿Está la avena quemada otra vez?

—No, es algo peor aún —dijo él enojado.

Mary miró a sus padres alternativamente. El asunto estaba ahora en manos de su padre.

—¿Quién ha hecho algo? —Inquirió la señora Liang. Se sentó, bostezó y se sirvió un poco de té de la tetera que había sobre la mesa.

—Tu hija menor —dijo él severamente.

—Louise es también hija tuya. —Le interrumpió la señora Liang.

—Ha permitido a un hombre americano que se tomara... confianzas con ella.

—¡Oh, papá, no digas eso! —gritó Mary.

—Es la misma cosa —dijo él en tono altanero. Miró a su mujer—. Yo te dije siempre que le permitías a esa chica hacer excesivamente su voluntad. —Añadió solemnemente—. Entra y sale como si no fuera china. No tiene educación. No es respetuosa. Ahora incluso insulta a nuestros antepasados.

—¡Oh, papá! —dijo Mary suavemente. Siempre que su padre se ponía muy chino sabía que estaba realmente incomodado.

—No me interrumpas —replicó él—. Y sal de la habitación, por favor. Es un asunto del que tu madre y yo tenemos que hablar a solas.

Esperó hasta que Mary hubo cerrado la puerta y entonces empezó a hablar en chino. Su voz, generalmente meliflua y profunda, era ahora chillona y áspera. Apuntó a su esposa con el dedo índice.

—¡Tú! —dijo—. ¡Tú! Yo te dije, al llegar aquí, que vigilaras a las chicas.

La señora Liang se puso pálida y empezó a llorar.

—¿Cómo puedo yo vigilarlas? —preguntó.

—No les has enseñado respeto —replicó él—. No te obedecen. Deberías decirles lo que tienen que hacer y lo que no deben hacer. Ya te he dicho muchas veces que somos chinos. Por lo tanto debemos proceder como chinos. Lo que no es propio para nosotros en China no lo es tampoco aquí.

La señora Liang continuaba sollozando, pero no alto, no fuera que Nellie la sirvienta la oyese. No sabía ella que Nellie ya lo había oído y estaba ahora con la oreja pegada a la puerta. Cuando no oyó nada más que chino pareció enfadada y al oír los sollozos de la señora Liang sus labios formaron la palabra «¡Pobrecita!». Luego de un momento, todavía sin oír nada más que chino, se volvió de nuevo a sus platos.

—Tú no me guardas el respeto debido a tu marido. —Siguió el doctor Liang con severidad—. ¿Qué dirá la gente cuando se entere que nuestra hija se porta como las perdidas? Dirán que nuestras costumbres confucianas no se pueden sostener ante las costumbres de los bárbaros.

Mientras él hablaba de Louise la señora Liang no había hecho más que llorar, pero ahora, cuando la culpaba, se enjugó los ojos y frunció los labios.

—¿Por qué viniste a América, Liang? —interrogó—. En nuestro país era fácil vigilar a las chicas. Yo podría haber tomado ayas que fueran con ellas a todas partes. ¿Cómo voy a andar yo aquí con ellas de un lado para otro? Y aunque tomara dos ayas blancas, ¿serían de fiar?

El doctor Liang echó su silla hacia atrás. Sus discusiones se desarrollaban siempre de la misma manera. Atacaba a su mujer con palabras hirientes hasta que ella llegaba al punto de verdadero enojo y entonces él se ponía más majestuoso y profería una sentencia final. Esto fue lo que hizo ahora.

—Cuando baje Louise, envíala a mi estudio. —Ordenó.

Se negó a terminar la comida y salió caminando con dignidad fuera de la habitación, cruzó el vestíbulo, entró en su estudio y cerró la puerta. Una vez solo se permitió estar tan trastornado como se sentía. Sentóse en su poltrona e hizo chasquear los dedos uno tras otro mientras miraba un boceto de Confucio que pendía de la pared. No había dado valor a este boceto durante muchos años, porque lo había comprado por un dólar en una vieja tienda de Nankin. Como era de papel y podía doblarse en tamaño pequeño lo trajo a América con otras bagatelas para utilizarlo alguna vez como regalo. Pero hacía unos cuantos años que había visto otro exactamente igual en una exposición y además fue reimpresso en una gran revista popular. Entonces buscó su copia y le puso un marco en imitación de bambú. Cuando venían las visitas a su estudio lo señalaba con elegancia y decía:

—He ahí mi inspiración.

Ahora miraba a Confucio con cierta irritación. Esta mañana el boceto parecía apenas ser el de un anciano complaciente y chiflado emparedado en demasiadas túnicas. Se apartó de él, cerró los ojos, y dejó que su rabia contra Louise se hinchara hasta un punto verdaderamente explosivo. Allí la mantuvo a fuerza de voluntad mientras leía de nuevo su porción matinal de los fragmentos escogidos.

Entre tanto, Louise se había deslizado hasta abajo descalza, todavía con el camisón, sobre el que se había echado un salto de cama rosa. Atisbo el comedor y vio a su madre sola sentada a la mesa. Así que entró.

—¡Oh, mamá! —dijo—. Tenía miedo que papá estuviese aquí. Tengo mucha hambre pero no quería levantarme. Pensaba que quizá Nellie me subiría una bandeja.

—Tu padre quiere verte —dijo la madre fríamente.

Louise tomó un trocito de tostada y lo mordisqueó.

—¿Por qué? ¿Qué hice yo? —preguntó con insolencia.

La señora Liang se puso ceñuda y frunció los labios.

—¡Peí! —exclamó con explosión sorda—. ¡Piensa qué es lo que has hecho! ¿No quieres que él lo sepa?

Louise pareció alarmada.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó.

—¡Eso no te importa!

—¡Oh, mamá! —gimió Louise.

En su estudio el doctor Liang oyó el dúo, se levantó y abrió la puerta de repente. Las dos mujeres lo miraron, pero él contempló sólo a su hija.

—Sube y ponte la ropa. Luego baja a mi estudio. —Le ordenó.

—¿No va a comer algo primero? —Inquirió la señora Liang. La presencia de uno de sus hijos siempre le daba valor.

—No —dijo el doctor y cerró la puerta.

Madre e hija se miraron. Luego la señora Liang habló:

—Sube —dijo en voz baja—. Yo te llevaré una bandeja y puedes comer mientras te vistes.

—Huevos revueltos, por favor —murmuró Louise.

El doctor Liang, que escuchaba, oyó sólo los apresurados pies de su hija por la escalera. Se echó hacia atrás, ablandado. Todavía era obedecido.

En el piso de arriba, Louise no fue a su habitación. En lugar de eso abrió la puerta de la de Mary. Ésta estaba en su escritorio, escribiéndole a James, y vio a su hermana menor en pie; la espalda contra la puerta, la amplia falda de raso del camisón recogida en pliegues, y su linda cara roja de rabia.

—Mary, ¿qué le dijiste a papá? —Exigió Louise en un murmullo alto.

—Peter me dijo que le dejaste a Phillip que te besara —dijo Mary gravemente.

—¿Se lo dijiste a papá? —preguntó Louise.

—Sí.

Louise miró a su hermana. Algo diamantino en aquella carita suave la confundió y de repente empezó a llorar.

—¡Te odio! —Sollozó, en un murmullo. Abrió la puerta y salió como un torbellino.

Mary quedó sentada durante largo rato, luego volvió a tomar la pluma y escribió: «Yo creo que la única cosa que puede evitar que Louise se vuelva loca es que yo la lleve a China. Si el océano está entre ella y Phillip, quizá podamos guardarla».

Cuando hubo terminado la carta quedó sentada enteramente tranquila durante un rato. Luego se levantó y empezó a poner en orden los cajoncitos de la parte superior de su *bureau*.

Se entretuvo en su tarea un poco más de media hora y luego, entreabriendo la puerta de su habitación, escuchó los ruidos inconfundibles de un bastón golpeando algo blando. Entonces oyó los gemidos de Louise... la voz de Louise... y casi en seguida los ruidosos gritos de su madre. Corrió veloz abajo y abrió la puerta del estudio de su padre. Tenía éste su caña de Malaca en una mano y con la otra agarraba

a Louise por el pelo. Ella había doblado la espalda, pero él la sujetaba con firmeza mientras con su mano derecha levantaba la caña y golpeaba a su hija en los hombros. La señora Liang estaba tratando en vano de ponerse entre la caña y la muchacha.

—¡Padre mío! —gritó Mary.

La cara del doctor Liang estaba desencajada y purpúrea. Pero a la vista de su hija mayor pareció turbarse; tiró la caña y empujó a Louise lejos de él.

Louise quedó tirada en el suelo donde cayera, sollozando ruidosamente, y la señora Liang se sentó en una silla. El sudor le corría por las mejillas y levantó el borde de su blusa para enjugarlo.

—¡Padre! —Volvió a gritar Mary. La tranquilidad intensa de su voz pareció poner silencio y orden en la habitación—. Lo que has hecho no es justo.

El doctor Liang se había dejado caer en su butaca de cuero. Le temblaban las manos y tenía la cara en ascuas.

—Ella ya no es mi hija —dijo. Miraba con desprecio a Louise todavía en el suelo y sollozando, con la cara hundida entre los brazos.

—Las muchachas americanas besan a los muchachos y no le encuentran nada de particular. —Suplicó Mary—. Recuerda que ella ha pasado aquí toda su vida. Tú nos trajiste aquí, papá. Nosotros no podemos recordar otro país.

—No es sólo el beso —dijo la señora Liang con pesadumbre—. Hay más que el beso. —Hablabla en chino, pero «beso» lo dijo en inglés.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Mary. El corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Le había mentado Peter? ¿Lo sabía él?

—¡No repitas eso! —gritó el doctor Liang.

La señora Liang gruñó en alta voz.

—¡Vaya! Yo no podría...

Louise de repente dejó de llorar. Estaba escuchando. Pero no se movió, y yacía, como una joven figura del dolor, sobre el piso.

La cara del doctor Liang empezó a trabajar con muecas extrañas.

—Todo aquello por lo que yo me he esforzado queda destruido ahora —dijo con voz extraña—. Estoy a punto de que mi propia hija cause mi desgracia. Mis enemigos se reirán de mí. Mis alumnos se mofarán de las enseñanzas de Confucio porque mi propia hija se ha burlado de ellas.

Mary sentía pena por todos ellos. Estaba en pie con los oscuros ojos llenos de cálida piedad. Comprendía el orgullo de su padre y el desconcierto de su madre. Y comprendía muy bien a Louise, que en su ansiedad de ser amada se había confundido más que ninguno.

—Papá —dijo Mary amablemente—. Yo he pensado en algo. Déjame llevarla a China.

—¡Dos muchachas! —exclamó la señora Liang.

Mary todavía le hablaba a su padre.

—Papá, James es tu hijo mayor. Deja que te ayude. Yo de todas maneras estaba a

punto de pedirte que me dejaras ir y gobernar su casa hasta que él se case. Déjame ir y llevar a Louise conmigo.

—¡Yo no quiero ir! —murmuró Louise volviendo la cara.

—¡Cállate! —gritó el doctor Liang. Toda su rabia volvió a ahogarlo—. ¡Tú! ¿Te atreves a hablar?

—¡Yo no quiero ir..., no quiero ir! —Gemía Louise.

La mandíbula del doctor Liang se contrajo y dos pequeños músculos sobresalieron en sus mejillas. Si no hubiera querido a su hija más joven con tanto orgullo, no habría estado tan amargamente enojado ahora. Quería volver a golpearla, pero no se atrevió delante de Mary. Sin embargo, la herida de su orgulloso corazón era demasiado grave. No pudo contenerse y gritó:

—¡Si no quieres ir, entonces te digo que te vayas! ¡No tendremos paz hasta que te hayas ido!

—¡Liang! —Gritó su mujer—. ¡Tú no puedes mandar dos muchachas solas a través del océano! ¿Qué pasará cuando lleguen a Shanghai? Desde la guerra todo está mal allí.

—Peter irá con ellas —exclamó el doctor Liang—. ¡Déjalos ir a todos! —Batió sus manos extendidas sobre el escritorio, y luego ante el horror de su familia empezó a llorar silenciosamente, sin cubrirse la cara. Ellas no pudieron resistirlo. Mary se inclinó hacia su hermana.

—Vamos... levántate —dijo—. Debemos dejar a papá solo.

Louise obedeció al ver la cara de su padre, y las dos muchachas salieron. Cuando la puerta se cerró tras de ellas la señora Liang se levantó y fue hacia su marido, se paró detrás de él donde no pudiera verle la cara, extendió las dos manos y con la punta de los dedos empezó a frotarle las sienes rítmicamente. Suspiró él e inclinó la cabeza hacia atrás contra el pecho de su esposa.

Después de un rato habló ella.

—No debes culparlos demasiado —dijo—. Son como plantas que crecen en suelo extranjero. Si producen extrañas flores, es el suelo el que es malo.

—Tú sabes que yo no puedo... volver —dijo Liang con indiferencia.

—Ya lo sé —contestó ella paciente.

—No puedo realizar mi trabajo allá. —Siguió él—. ¿Qué lugar hay allí para un estudioso... para cualquier ser civilizado..., en medio del caos y de la guerra?

—Ninguno. —Convino ella. De esto habían hablado con frecuencia.

—Mientras que el caos ha desgarrado mi país, yo he mantenido su espíritu vivo aquí en una tierra extranjera —dijo con voz conmovedora.

—Todo el mundo sabe que eres un gran hombre —habló la señora tristemente.

Se apartó de ella bruscamente.

—Supongo que desearías poder ir con los hijos —dijo—. Estarás muy sola aquí conmigo solamente.

Ella permaneció inmóvil mientras habló, con las manos en el pecho.



—Liang... ¿no podrías ir aunque fuera por poco tiempo?

Empujó él a un lado el montón de papeles manuscritos que había sobre su escritorio.

—¿Y cómo? Tengo clases a punto de empezar. Además... ¿cómo voy a ganarme la vida en China... a no ser que me convierta en un empleado?

—Podrías ser un empleado —dijo ella.

—No, no puedo —respondió en voz alta Liang—. Yo puedo hacer una gran cantidad de cosas por la causa de la paz y de nuestra antigua civilización..., pero no puedo hacer eso.

Esperó ella otro largo rato. Volvió la cabeza y miró por la ventana todas las cosas que detestaba. Odiaba vivir allí arriba, en el aire, como si fueran pájaros que anidaran en una colina. De muchacha había vivido en casas bajas y pegadas a la tierra, donde podía salir por la puerta abierta y sentir la tierra bajo sus pies. Odiaba los edificios altos, y las altas chimeneas, y las calles bulliciosas. Pero su amor por él era todavía más grande que su odio a todas esas cosas, aunque no lo comprendía ni siquiera en una mínima parte de su ser. Provenía ella de una familia sencilla de comerciantes de buen corazón de una pequeña ciudad. La familia de él había sido de hidalgos durante diez generaciones. A ella la eligieron a causa de que con su salud y vigor, había dicho la madre de él, fortalecería una delicadísima juventud y renovarían la vitalidad de la familia. Ella lo había amado desde su noche de bodas.

—Sí tú no puedes ir, yo me quedaré contigo —dijo ella—, y no me sentiré sola.

Arriba, en su habitación, Mary se enfrentó con Louise. Procuró no mostrarse excitable ni enojada, pero encontró difícil conservar la calma. Las enseñanzas confucianas de su padre respecto a conservar la calma bajo todas las circunstancias habían formado su conciencia. Ahora, al sentir las mejillas acaloradas y los ojos ardientes, trató, no obstante, de conservar la voz amable.

—¿Qué has hecho, Louise? —interrogó.

Louise se sentó en el borde de la cama. Se retorció un rizo del pelo alrededor del dedo índice y frunció sus labios rojos. Temía a Mary más que a ningún miembro de la familia, no porque su hermana mayor fuera dura, sino porque poseía una honradez incorruptible. Si Mary creía que algo debía decirse, lo diría, costara lo que costara a quien fuera, y Louise no estaba preparada para arrostrar semejante peligro.

—Mejor será que me lo digas para que pueda ayudarte —dijo Mary.

—No quiero tu ayuda —contestó Louise enfurruñada.

—No obstante, debo ayudarte —dijo Mary con la misma voz inmutable—. ¿Qué le dijiste a papá que lo puso tan enojado?

Las lágrimas acudieron a los ojos de Louise. Su valor no estaba profundamente arraigado y empezaba a ahora a desvanecerse. Lo que parecía sólo un dulce secreto conmovedor cuando estaba con Estelle, se había convertido en una cosa terrible

cuando se veía acosada por su familia. La castidad en la mujer, al parecer considerada tan a la ligera por sus compañeras de estudios, volvía a ser lo que le había enseñado su familia china..., la prueba de todo lo que valía la mujer.

—¿Qué le dijiste a papá? —Insistió Mary. Su voz, a su pesar, se hizo severa.

—Yo le dije..., le dije... —Así la verdad empezó a escapársele gota a gota con sus lágrimas.

—Sigue. —Le ordenó Mary.

—Cuando él dijo..., cuando él dijo... que nunca consentiría... en tener un yerno americano... —Ahora empezó a llorar con gran ardor.

—Tú le contestaste... —Mary la apremiaba despiadadamente.

—¡Le dije que era demasiado tarde! —Las palabras salieron atropelladas de labios de Louise.

—¡No te habrás casado con Phillip en secreto! —gritó Mary.

Louise movió la cabeza y luego, con voz muy débil, añadió:

—No. Pero no puedo casarme con ningún otro jamás... porque..., porque...

No pudo terminar, pero ahora Mary ya sabía. Se sentó completamente tranquila, contemplando a Louise, quien se dio vuelta y hundió la cara en la cama sollozando ruidosamente. Louise había estado echada así muchas veces, llorando por algún disgustillo, y siempre Mary había acudido a ella para calmarla y consolarla, como hermana mayor. Pero ahora no se movió. Se sentía rígida y no quería tocar a Louise. Nunca se le había ocurrido imaginar que Louise hubiera dejado que Phillip...; no podía expresar el pensamiento con palabras, ni siquiera con la imaginación. Que Louise pudiera ser una tonta, que pudiera quizá permitir a Phillip que la besara y la acariciara, que pudiera soñar en su casamiento con él, todo eso era concebible. Pero esto no...

Se levantó, incapaz de soportar sus náuseas; fue al armario y sacó un vestido de calle. Sin hablar, mientras Louise sollozaba, Mary se cambió el vestido azul, se acepilló el pelo y se dio en los labios un toque de rojo. No se pintaba los labios con frecuencia, pero en este momento los sentía pálidos y secos. Su cara en el espejo estaba pálida y los ojos tenían una mirada extraña. Louise la miró de reojo en medio de su llanto.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Afuera —dijo Mary—. Quiero estar sola.

Louise prorrumpió en nuevos lamentos.

—¿No vas a ayudarme?

La mano de Mary estaba en la puerta, pero se detuvo.

—Sí. te ayudaré, pero en este momento no sé cómo. Tendré que pensarlo.

Salió y cerró la puerta suavemente, y suavemente se deslizó escaleras abajo. En el estudio de su padre oyó las voces de éste y de su madre hablando en voz baja, así que pasó de puntillas por delante de la puerta y salió al vestíbulo. El hombre del ascensor estaba charlatán y le costó trabajo responder a sus preguntas.

—Sí, gracias —dijo— mi hermano el que está en China sigue muy bien. Sí, le gusta estar allí. Desde luego, después de todo es nuestro país. Sí; algún día, sin duda, regresaremos todos a China. Sí, claro que esto nos gusta..., pero no es nuestro país.

Por fin se vio en la calle. Estaba calurosa y polvorienta; el final de verano se prolongaba en el otoño y la gente parecía cansada. Caminó Mary lentamente hacia el río, mordiéndose los labios y temblando al andar. Echaba de menos extraordinariamente a James. Pero ¿cómo podía ponerse esto en una carta? ¿Y qué podría hacer ella? Sus padres, bien lo sabía, eran menos que inútiles. Estarían completamente aterrados. En la antigua China, Louise hubiera sido condenada a muerte. Pero la antigua China había desaparecido. Las jóvenes chinas desde la guerra... Bueno, había habido abundantes niñitos de soldados americanos con madres chinas. Ése no sería un argumento para sus padres. Era una mezcla extraña, pero pese a todo el modernismo, su padre pertenecía aún a la antigua China, porque para él China era algo que había hecho Confucio, y Confucio habría dicho sin duda que Louise debía morir, porque había deshonrado a la familia. Su padre no diría que Louise tenía que morir, pero formaría el propósito de no perdonarla nunca.

Mary se sentó en un banco junto al río y levantó los ojos hasta el puente. Despedía un resplandor de plata repujada, y bajo la neblina del mediodía el arco se elevaba por encima de la realidad y el extremo distante era como un espejismo. James le parecía perdido, como si estuviera en otro mundo. China era otro mundo, un mundo mejor que éste, creía con fervor. Se sentía profundamente solitaria sin su hermano, la única persona de la familia con quien podía comunicarse. Nunca, como Louise, se había arrojado dentro de la vida estudiantil. A su alrededor había siempre una capa de indiferencia. Por ser china, permanecía en guardia lo mismo contra la hostilidad que la demasiado pródiga adoración, y así se había mantenido aparte. Solamente James había cruzado aquella barrera y sólo en él había encontrado amistad y compañerismo. Desde que se había ido, apenas hablaba con nadie fuera de la charla casual sobre pequeñeces.

Ahora su corazón enjaulado exigía franqueza, y mientras estaba allí sentada, una figurilla solitaria, ignorando resueltamente los ojos insinuantes de los hombres curiosos que pasaban por delante y percibiéndolos, sin embargo, con una especie de rabia contenida, residuo de su disgusto con Louise, empezó a pensar en Phillip. Allí estaba Phillip. Él también había sido responsable, y debía saber el daño que había hecho a la familia. Una muchacha china formaba parte de su familia hasta que se casaba y se convertía en parte de otra familia, y nada podría separarla. Lo que le había sucedido pesaba sobre todos ellos. Debía ir a hablar con Phillip. Él diría, y quizá con razón, que la culpa era de Louise, porque la mujer es siempre la culpable.

Suspiró, levantóse luego y cruzó la calle hasta una tienda. Allí por el teléfono de pago llamó a Estelle Morgan. Respondió una sirvienta. La señorita Estelle no estaba de regreso aún de la playa. ¿Estaba Phillip allí? El señor Phillip estaba a punto de salir para una cita en la oficina de su padre. ¿Podría hablar con él, entonces? Era

urgente. Un momento más tarde la fresca voz de tenor de Phillip llegó a través del hilo.

—¿Hola?

Ella lo conocía un poco, no mucho. Lo había visto dos o tres veces cuando vino por Louise, pero generalmente ésta se encontraba con él fuera. Lo recordaba como un muchacho alto y excesivamente delgado para su estatura, y recordaba que su cara parecía muy joven y quizá con facciones demasiado finas para un hombre.

—¿Phillip Morgan?

—Sí.

—Habla Mary Liang. ¿Puede usted... puedo yo... hablar con usted unos minutos? No por teléfono. Es... es muy importante.

Una segunda pausa, luego dos y tres antes de que él respondiera.

—Sí, Mary, desde luego. Lo que pasa es que tengo que ver a mi padre. Me está esperando en la oficina.

—Si yo voy en un taxi, ¿puede usted esperarme e iremos a la ciudad juntos?

Hubo otra pausa.

—Perfectamente, Mary.

Colgó él el auricular y ella voló a la puerta, tomó un taxi que pasaba y dio la dirección mientras cerraba la portezuela.

En diez minutos llegó delante de la tranquila casa de la Plaza de Sutton, y vio a Phillip salir por la puerta. Sonrió en respuesta al saludo del portero, y ella sorprendió una rápida mirada de sorpresa en la cara de aquél cuando abrió la puerta del taxi y la vio a ella allí.

—Hola, Mary —dijo Phillip y se sentó a su lado.

—Hola. —Replicó ella, y notó su aire cauto y desconfiado.

—Sigue el calor, ¿verdad? —preguntó él tratando de parecer despreocupado.

—Sí —respondió Mary. Entonces tomó su corazón con las manos. Disponía de pocos minutos. Pero necesitaba sólo unos cuantos para descubrir lo que necesitaba saber.

—Phillip —empezó impetuosamente—, tengo que darme prisa porque sé que no dispone de mucho tiempo. Pero debo decirle que mi padre ha descubierto lo suyo con Louise. Está muy enojado. Le ha dicho que tiene que irse a China inmediatamente. Ella no quiere ir. Me imagino que usted sabe por qué. Pero yo tengo que saber cuáles son sus sentimientos. Es decir..., lo que quiero saber es... si está usted enamorado de Louise...

Phillip se puso muy encendido; volvió la cabeza. El taxi corría hacia la ciudad. Mary deseaba que fuera más lentamente. Tenía que haber tiempo. Una luz roja se encendió y el taxi paró. Mary, haciendo un esfuerzo miró a Phillip. La cara pálida de él se había puesto más pálida aún.

—No estoy enamorado... de nadie —dijo el muchacho.

—¿Entonces por qué...? —Empezó ella, pero no pudo continuar.

Los ojos de Phillip estaban bajos y había dejado caer la cabeza de manera que Mary no podía mirarlo. Su perfil era suave y temblaban los labios. Pudo comprender cómo Louise había llegado a quererlo. No era grosero ni de nariz grande como tantos americanos, y su piel era suave y delicada, el pelo y los ojos castaños. Sintió bastante lástima por él.

—No sé cómo sucedió —balbuceó Phillip—. Caramba, Louise me gusta enormemente. Ambos lo estábamos pasando muy bien, creo. Era bastante tarde. Yo temo haber estado bastante bebido...

—¿Cuándo fue eso? —preguntó ella con voz desmayada.

—Hace solamente un par de semanas... —murmuró Phillip—. Estábamos en una hostería. Lo siento terriblemente. Me daría de puntapiés. Lo más extraño es que... supongo que fue la primera vez para los dos. Quedamos los dos... espantados.

La luz cambió y el taxi los sacudió hacia delante. Él la sujetó por un brazo, pero ella retrocedió ante su contacto. Debió haber salido antes de que cambiara la luz, porque ahora ya sabía todo lo que tenía que saber. No, había una cosa más.

—Supongo que su familia no querría que usted se casara con una... muchacha china, aunque usted deseara hacerlo.

—A mi madre no le gustaría —dijo Phillip con voz ronca—. Papá tiene una mentalidad... más amplia. Desde luego, a todos nos gusta Louise muchísimo. Es linda, elegante y todo eso.

No había la menor señal de amor en sus ojos ni en su voz. Mary dejó de sentir lástima por él y se incomodó lo bastante para tomar la defensa de su hermana.

—Supongo que usted no se da cuenta de lo que ha hecho a nuestra familia —dijo con amargura—. Es fácil para ustedes los americanos, pero para nosotros... eso arruina todas sus oportunidades de hacer un buen casamiento...; es decir, tendría que explicarse. Y eso se interpondría siempre entre ella y su marido.

—¡Caramba —dijo él miserablemente—, cuánto lo siento!

Mary quería herirlo y no sabía cómo.

—Si hubiera sido en la antigüedad y en China, los matarían a los dos. —Continuó.

—¡Caramba! —Volvió a decir él—. Creo que debemos felicitarnos de no vivir en la antigüedad.

Con sorpresa de su parte, cuando él dijo esto Mary sintió ganas de llorar. Se le formó un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas. Phillip no sabía qué había hecho y nada podría hacérselo entender, porque carecía de todo elemento para comprenderlo. Había sido sencillamente, para él, una tarde de borrachera, luego un poco más de diversión, y ahora algo que lamentaba vagamente. En su furia imaginaba Mary que lo habría tomado más en serio si Louise no hubiera sido china, aunque era cien veces más serio por esa misma razón. Pero él no habría comprendido eso tampoco... ni le importaba.

Se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el vidrio.

—Déjeme salir —gritó al conductor—. Quiero bajar aquí mismo. —El taxi hizo una curva y ella salió sin decir adiós y cerró de golpe la puerta. Vio la cara de Phillip, asombrada e inquieta, mirándola a través del vidrio mientras el taxi salía como una flecha.

## CAPITULO VI

En una cálida tarde de septiembre estaba James lavándose las manos después de la amputación de una pierna. Su paciente era un hombre joven y fuerte, y era fácil que viviera. James no estaba preocupado por su restablecimiento. Pero lo estaba profundamente, en cambio, por el creciente número de heridas semejantes, todas infligidas por armas, y que llegaban a él demasiado tarde para salvar los brazos o las piernas. Siete hombres habían muerto porque las heridas estaban en el tronco. La noche pasada, cuando había ido a visitar a su enfermo, le preguntó bruscamente dónde le hicieron una herida tan profunda en el muslo inferior.

El hombre era hijo de un labrador del norte de la ciudad y al hablar terminaba los nombres con una pronunciación gutural.

—Los bandidos siguen abrumándonos —dijo y volvió la cabeza.

—¿Los bandidos? —preguntó James.

—Bandidos solíamos llamarles y es lo que les llamamos todavía —dijo el hombre. Tenía los ojos llenos de rencor.

—¿Dónde están ellos? —preguntó James.

—En nuestra aldea —dijo el hombre amargamente—. No vienen ya de fuera. Están entre nosotros. ¡Mire, por favor! Mi apellido es Hwang. Toda mi aldea es Hwang. Pero este hombre que me metió una bala también se llama Hwang.

James lo interrumpió.

—Quiere usted decir que es un comu...

—¡Chist! —dijo el hombre—. No pronuncie usted esa palabra. Llámeles bandidos. ¡Están en todas partes! Los hambrientos, los que no quieren trabajar, los que odian su trabajo, los colonos de la granja... se convierten en... bandidos. —Suspiró—. Los tiempos son malos. ¡Qué buen fusil tenía él! Yo tengo uno barato hecho por los japoneses. Se lo quité a un japonés. Pero yo no soy más que Hwang el Honrado. Así me llaman. El bandido Hwang tiene un hermoso fusil americano. Yo lo vi en su casa un día. Cuando lo vi... comprendí que era un bandido. No necesité mirarlo a los ojos.

—¿Dónde consiguió él semejante fusil? —preguntó James. Sí, la herida había sido muy profunda.

—Estos fusiles vienen de América. —Había dicho el hombre—. Ellos se los dan a nuestros soldados y luego... los bandidos los consiguen.

—¿Cómo? —preguntó James con severidad.

—Hay muchas formas —dijo el hombre distraídamente.

James se dio cuenta de que no debía hacer más preguntas, y se fue. ¡Cuántas cosas no comprendía! Ahora la operación estaba terminada con seguridad y el hombre se pondría bien; quizá entonces hablaría. Por el momento había hablado bastante mientras estaba bajo la acción del éter. La enfermera Rose había sido su ayudante hoy y él había sorprendido su nerviosa mirada, cuando el hombre empezó a

murmurar.

—Bandidos... bandidos... mi hermano...

—Un poco más de éter —dijo James al anestesista.

—Su corazón está débil. —Le recordó Rose. Sostenía la muñeca del hombre entre sus dedos índice y pulgar.

Así que lo habían dejado murmurar.

—Morir de hambre... mi hermano... no... no... los comunistas...

Nadie prestó atención a esta última palabra que había estallado en los labios del hombre como una bala al salir de un fusil.

Al recordarlo James se preguntaba si él mismo había sido un ingenuo. Se daba cuenta, sólo semiconscientemente, de que alguna profunda aunque secreta lucha tenía efecto entre el pueblo. Sin embargo, puesto que nadie hablaba de esto, él no pensó en ello tampoco. El día de trabajo lo absorbía, y le disgustaban las discusiones políticas. Creía que los verdaderos hombres de ciencia no tenían nada que ver con la política. Debía conservarse íntegro. Sin embargo, había aceptado quizá demasiado fácilmente la fe de su padre en el gobierno, cualquiera que fuese.

—El cielo escoge al gobernante. —Solía declarar su padre—. Sólo cuando el gobernante abandona su sabiduría, el cielo lo deja de su mano. —Con tan altisonantes palabras, el doctor Liang Wen Hua quedaba en condiciones para descender a esta observación, dedicada a sus hijos—. Cualquiera que tengamos en camino del gobierno es mejor que el comunismo. ¿Creéis que podríamos disfrutar de nuestros lujos personales bajo esos demonios rojos?

En este momento, mientras James estaba pensando así, abrieron la puerta y se introdujo una mano, sosteniendo un sobre. James reconoció la mano. Era la de Young Wang quien, siempre aterrado de ver cortes y sangre, por nada del mundo metería la cabeza en una habitación donde por casualidad pudieran estar haciendo una operación. James se acercó a la puerta y cogió el sobre.

—Un cable... de su padre —dijo la enronquecida voz de Young Wang a través de la puerta.

Hacía mucho tiempo que James había cesado de admirarse de que Young Wang lo supiera todo antes que él. El sobre estaba sellado. Además, Young Wang no sabía leer ni escribir. Quizá el empleado se lo había dicho al mensajero que trajera el cablegrama. James abrió el mensaje. Desde luego era de su padre. Ni siquiera en un cablegrama podía resistir su padre a la pulida frase. «Los demás hijos se te unirán en nuestro país natal. Embarcan hoy. La explicación seguirá por correo aéreo». Miró la fecha. Se habían embarcado el día anterior.

¡Los otros hijos, Mary, Peter y Louise! Quedó trastornado ante la inminencia. ¿Qué había sucedido? A Mary la habría recibido de buena gana... ¡pero a los tres, tan jóvenes, tan sin preparar! Quedó profundamente disgustado. ¿Qué iba a hacer con ellos? Él mismo solamente empezaba a reconciliarse, o más bien se resignaba a no reconciliarse, con lo que la vida era aquí. ¡Peter! ¿Qué podía hacer él con Peter, que



era más americano que cualquier americano? Era demasiado tarde para cablegrafiar protestando. Eso también era propio de su padre, informar sólo después que había obrado.

—¿Malas noticias? —preguntó el doctor Liu Chen. Había entrado también a lavarse; había ocupado hoy el lugar de un anestesista que muriera hacía una semana del cólera. Había ahora en la ciudad bastante cólera para preocupar a los doctores, pero nada parecido a una epidemia. Sin embargo, era más de lo que la ciudad había sufrido en muchos años. La guerra había dejado heces por todas partes y las antiguas enfermedades se reavivaban de nuevo. La gente temía a la plaga una vez más en el Norte.

—No precisamente —dijo James. Si hubiera sido uno de los otros doctores no hubiera continuado, pero Liu era afable y bueno. Por encima de todo era modesto. Había sido educado en una pequeña universidad de los Estados Unidos y después había hecho su internado en un hospital rural que nadie conocía cuando lo mencionaba. Era modesto, pero no humilde. Se conducía con agradable compostura y cuando concurría a una reunión que daba cualquiera de los doctores, se mostraba cordial y nunca se daba importancia por nada. Él no daba reuniones. Varias veces había invitado a James a comer con él, y siempre iban a un restaurante, nunca a un hotel.

—Tengo extrañas noticias de mi padre. —Siguió James—. Me dice que envía a mis dos hermanas y a mi hermano junto a mí, y no puedo imaginarme por qué, puesto que todos están estudiando.

El doctor Liu, muy limpio y oliendo a jabón, estaba afilando ahora cuidadosamente un pequeño escalpelo contra una fina piedra aceitada.

—Quizá desea que aprendan algo de nuestra civilización. —Sugirió. Hablaba, como siempre, en chino. Su inglés no era muy bueno, porque provenía de una parte donde la gente confundía dos o tres consonantes y se dio cuenta de que haciendo eso en inglés, con frecuencia decía lo que no quería decir.

—Quizá —dijo James. Como estaba muy preocupado siguió, mientras permanecía observando el filo fino como un cabello del escalpelo—. La cuestión es dónde voy a meterlos. Tendré que encontrar una casa en alguna parte.

—Eso no es demasiado difícil, siempre que usted no quiera lo que se llama una casa moderna —dijo el doctor Liu. Colocó el escalpelo cuidadosamente dentro del esterilizador y dio paso a la electricidad. Esto le hizo pensar en algo—. Yo he inventado un esterilizador para ser usado con carbón de madera —dijo. Su fea cara cuadrada se iluminó de entusiasmo mientras hablaba.

Hacía mucho tiempo que Liu Chen había dejado de tratar de mejorar su aspecto. Era algo más que de estatura mediana, de estructura fuerte, porque provenía de campesinos, y tenía los pómulos salientes y los ojos pequeños. Todavía seguiría siendo un campesino si no fuera por un misionero que le había enseñado a leer y luego ayudado a ir a la universidad. Liu Chen tenía un buen cerebro que retenía con

tenacidad todo lo que se vertía dentro de él, pero no aprendió nada con facilidad. Se tomaba gran cuidado, por lo tanto, en aprender exactamente, porque sabía que cualquier cosa que su cerebro hubiera captado no podría cambiarse nunca. Era algo lento para ser un cirujano de primera clase, pero trataba de remediar esto tomándose un profundo interés personal por sus pacientes. Rose o Marie lo encontraban con frecuencia por la noche, sobre todo poco antes del amanecer, en esas horas en que los enfermos mueren con facilidad. Recorría los amplios corredores camino de una sala o habitación, para ver personalmente cómo estaban sus pacientes. Parecía disculparse cuando encontraba a una enfermera, porque con su presencia temía acusarlas. Desde luego Marie, que era maliciosa, una vez le hizo burla.

—Le parece que nadie sino usted sabe nada —dijo ella.

Liu Chen sonrió vergonzoso.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? —Quiso saber ella, plantada delante de él con las manos en las caderas.

—Sólo es que tengo miedo de haber cometido alguna equivocación —respondió—. Algo que ustedes no podrían saber.

En pie al lado de su paciente no hablaba. Observaba intensamente, escuchando la respiración y tocando la piel para ver si estaba seca o húmeda, y luego con la más ligera presión le tomaba el pulso para sentir el latido del corazón. Si todos estaban bien, se iba a hurtadillas. Pero a veces gritaba llamando a la enfermera y pidiendo oxígeno y estimulantes para sacar de la muerte a una criatura viva todavía. El paciente no sabía qué había sucedido, pero abría los pesados ojos embotados y veía a los doctores allí en pie, flacos y silenciosos, y se sentía seguro. Entonces Liu luchaba en defensa de una vida. Esto ocurría sobre todo con los niños, porque el doctor amaba a todos los niños. Si tenía alguno suyo no lo sabía nadie, porque no hablaba nunca de su familia. Nadie sabía siquiera dónde vivía. James notaba solamente que este extraño hombre tosco era diferente de los demás doctores. En cierto sentido era menos diestro, y sin embargo, tenía un espíritu vital que era capaz de comunicar a los enfermos y que valía mucho más que la habilidad fría.

—Me gustaría ver su esterilizador —decía James ahora.

Liu Chen se volvió y pretendió ajustar algo en la manija de la puerta de la caja del instrumental.

—Algún día —dijo—. Entre tanto, ¿me permite que le ayude a buscar una casa? Yo sé de una en un *hutung*, dos calles al norte de aquí. Es grande, pero la darán barata porque está visitada.

—¿Visitada?

—Sí... por las comadreas —replicó Liu Chen. Había ajustado la manija y cerró la puerta firmemente. Respondió a la sonrisa de James con la suya—. A usted, desde luego, no le preocuparán las comadreas. Pero para nuestras gentes son semejantes a los zorros, y aunque yo tampoco las temo, recuerdo que mi anciana abuela de la aldea

habría quemado una casa antes que vivir en ella si era visitada por las comadreas. — Su cara tomó una curiosa expresión de disculpa que aun tenía mucho más de ansiedad —. Vea usted, yo no diría esto delante de nuestros amigos, los otros doctores, pero a veces me pregunto, ¿no hay algo más en estas antiguas creencias del pueblo de lo que nosotros pensamos? Ciertamente hay algo de misterioso en torno a las comadreas. Entran a hurtadillas en una casa, una vez que la gente se atemoriza de ellas.

James se rió.

—Yo iré con usted a ver la casa esta tarde.

Así quedó concertado y pudo pasar el resto del día en su trabajo usual, sorprendido y esperando la carta que prometía su padre, y la cual, puesto que venía por el aire, llegaría antes de que tuviera él que ir a Shanghai a recibir a sus hermanos. El cable había apartado de su imaginación la conversación con el herido, y por la tarde después de cumplir sus horas encontró a Liu Chen delante de los leones de piedra que custodiaban la puerta del hospital, y echaron a andar rápidamente por la calle, sin hacer caso de los gritos de los conductores de *ricksha* rogándoles que subieran. Uno de ellos persistió en correr detrás de ellos. Era un hombre flaco, alto y vil, y empezó a maldecirlos al ver que ni James ni Liu se volvían para alquilarlo.

—¡Vosotros! —gritó detrás de ellos—. No deberíais usar vuestras piernas y robarnos nuestro salario. ¡Sois los que nos hacéis comunistas!

Los dos hombres no se volvieron pero oyeron esto y James recordó entonces al hombre cuya pierna había cortado por la mañana.

—¿Sabe usted algo acerca de los comunistas? —Le preguntó a Liu Chen.

—No —dijo éste brevemente—. Nadie sabe nada de ellos. —Apresuró el paso, dio vuelta a una esquina y pasaron por una callejuela tranquila entre altos muros de ladrillo—. Éste es el *hutung* —dijo—. La puerta queda más allá.

Anduvieron quince pasos más y llegaron a una sencilla puerta de madera doble que pendía de pesados goznes de hierro. Estaba entreabierta y Liu Chen la abrió de un empujón. Se pararon bajo un alto dintel, entraron en un patio desierto donde los hierbajos crecían altos entre las piedras. Una vez dentro, Liu cerró la puerta asegurándola. Entonces sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó la cara y la cabeza pelada.

—¡Eh! —dijo en voz baja—. No debe usted preguntarle a un hombre a plena luz del día qué sabe acerca de los comunistas. Me hizo brotar el sudor.

—¿Quiere usted decir...? —habló James.

—Eso mismo, sí —dijo Liu Chen rápidamente—. Vamos, veamos la casa. Es demasiado grande para usted, pero puede clausurar algunos de los patios. O puedo alquilarle yo uno pequeño para mí.

—Eso sería agradable —dijo James.

Liu Chen se rió ruidosamente.

—¡Si sus hermanas son bonitas!

James ni se rió ni contestó. Por primera vez le pareció Liu Chen grosero, a causa

de su origen aldeano. Casi al instante se dio cuenta Liu Chen de que lo había ofendido.

—No... no... —dijo rápidamente—. No era más que una broma.

—¿Tiene usted esposa e hijos? —preguntó James.

Liu Chen meneó la cabeza algo caviloso.

—No, no tengo esposa. Míreme, y verá usted un hombre arruinado. Yo no puedo tomar una mujer aldeana porque soy demasiado bueno para ella. Pero soy demasiado aldeano para cualquiera de estas mujeres nuevas, ¿comprende usted? Aun cuando he estado en América, para sus delicadas narices todavía huelo a la dehesa. ¿Qué harían ellas en casa de mi padre? Mi madre no sabe leer una palabra y es como cualquier campesina. Bueno, yo no voy mucho por casa, porque ellos se quejan de no tener un nieto. Estoy atrapado entre lo nuevo y lo viejo..., no tengo hogar y quizá estoy destinado a no tenerlo.

—No puedo creer eso —dijo James—. A mí me parece que es usted lo mejor entre las dos clases de gentes.

La alabanza conmovió a Liu Chen. Su cara cuadrada se enrojeció y le brillaron los ojos.

—Usted es demasiado bueno —dijo y tosió como si estuviera atragantado—. Vamos —dijo—. Debemos ver la casa.

La casa había sido muy hermosa cuando fue construida y los fuertes muros de ladrillo y las poderosas vigas aún se sostenían. Pero la pintura estaba cuarteándose y saltaba de la madera la cal formaba ampollas. Los pisos de piedra estaban cubiertos por una capa de arena que volara hasta allí durante muchas tormentas de viento. No había ninguna de las cosas a las cuales Mary, Louise y Peter estaban acostumbrados, o a las cuales el mismo James lo estaba...; no había baño ni calentador de ninguna clase, electricidad ni agua corriente. Había un pozo; había cuatro grandes patios que contenían algunos árboles buenos y una terraza con viejas peonías todavía vivas; había doce grandes habitaciones, tres a cada patio y en comunicación por pasadizos externos con balaustradas finamente talladas. En las ventanas había celosías delicadas y detrás de las celosías el papel había sido reemplazado con vidrios, la mayoría de los cuales aún no estaban rotos. Por todas partes había pisadas de comadreja en la arena y el rastro de las largas huellas de sus colas. En el polvo sobre los umbrales había sus marcas y huesos de ratones, pájaros y pollos que habían comido, y trocitos de piel, pellejo y plumas.

James miraba a su alrededor y Liu Chen lo observaba.

—Sin embargo, con unos cuantos sirvientes tomados para la limpieza, usted verá una casa muy diferente. Puede comprar una estufa extranjera en el mercado de los ladrones y un carpintero hará algunas camas y mesas y el sastre arreglará algunas telas y colchones. Una cocina de carbón de madera y un cocinero... Él comprará algunos cacharros de barro...; verá usted qué fácilmente puede hacerse todo, y qué barato. Pero quizá tenga usted mucho dinero.

—No lo tengo —dijo James rápidamente. Su padre debía mandarle alguno, pero bien sabía que se olvidaría con frecuencia. Peter debía asistir a la universidad y Louise lo mismo. Mary podría dar clases en alguna parte. Entre los dos podrían pagar los gastos diarios, y lo que mandara su padre se utilizaría para mejorar un poco la vida.

—Tomaré la casa —le dijo a Liu Chen—, y no se olvide de que si quiere una habitación, la tendrá. Me doy cuenta de que usted nos será muy útil. Después de todo, nosotros somos demasiado extranjeros en nuestro propio país. Nuestro padre nos dejó desarrollar en América.

Liu Chen volvió a ponerse colorado. Su piel era fina y transparente, así que se enrojecía con frecuencia, a pesar de ser moreno.

—No, no —dijo—, no se sienta obligado a mostrarse cortés Y por favor, llámeme Chen.

—No es cortesía...; lo siento —dijo James.

—Entonces espere y veremos si les gusto a los demás —contestó Chen modestamente.

Ahora habían llegado al patio interior. Estaba tranquilo aquí y extrañadamente apacible. La casa desierta los rodeaba y bajo sus pies crecían altos los hierbajos, entre las piedras, quemados por el sol. Un gran pino retorcido se levantaba junto a la casa; sus ramas eran tan espesas y estaban tan extendidas que su peso había inclinado el tronco y el árbol parecía como un anciano llevando una carga demasiado pesada. El sol había brillado sobre el pino todo el día y el follaje estaba fragante y los muros retenían la fragancia, porque ningún viento podía llegar hasta allí. Chen se echó sobre la hierba debajo del árbol y James se sentó a su lado. Faltaba todavía una hora para el crepúsculo.

—Me preguntó usted sobre los comunistas —dijo Chen bruscamente—. Han tomado mi aldea, que está a trescientas millas hacia el Noroeste. Por lo tanto, sé algo acerca de ellos.

—¿Está su casa segura? —preguntó James.

—Mis padres no poseen tierra —contestó Chen—. Eran arrendatarios antes de que vinieran los comunistas. Ahora son terratenientes. Su señor era del tipo común, mal genio, avaro, pero no peor que otros muchos. Cuando llegaron los comunistas no lo mataron, porque la gente intercedió por él. Solamente lo colgaron por los pulgares y le dieron una buena paliza y luego le permitieron conservar tanta tierra como pudiera trabajar por sí mismo... ninguna más. A mis padres le dieron una pequeña granja. ¡Ahora nosotros somos los propietarios! —Chen se rió secamente.

James rió también.

—Supongo que a usted le gustan los comunistas.

Chen se incorporó sentado y cruzó los brazos alrededor de las rodillas. El duro pelo negro se le puso rígido sobre la frente y las cejas espesas bajaron unidas.

—No —dijo—, ¡no! Si yo no hubiera sido más que un campesino todavía, nada

más que el hijo de mi padre, me atrevo a decir que habría sido bastante feliz, pero soy algo más. Soy un doctor.

—¿Ellos no quieren a los doctores? —preguntó James.

—Los quieren mucho... Los quieren demasiado. Me han ofrecido una gran cantidad. Pero no pueden ofrecerme bastante. —Estas palabras las pronunció Chen como sentencias breves y en sus ojos había amargura. Tiró de un grupo de hierbas que había entre dos piedras y lo arrancó con raíz y todo. Las hormigas se escaparon, aterrorizadas ante la repentina luz del día.

—Usted sabe que hay muchas cosas que me incomodan en el hospital. Digo esto porque veo que lo incomodan a usted también. No comprende usted por qué nuestros compañeros los doctores son tan fríos, ¿verdad?

—No —dijo James tranquilamente—. Eso me intriga mucho. Kang, por ejemplo, un doctor soberbio, pero no se preocupa de que la gente viva o muera. Y yo me digo, ¿de qué sirve ser médico en ese caso?

Estaban hablando en chino, no los antiguos, lentos y complicados discursos del pasado, sino la lengua tersa de los modernos, fortalecida por las lenguas del Oeste.

—Eso digo yo también. —Afirmó Chen solemnemente—. Y estoy muy enojado con Kang, y con Su y con Peng, y con todos esos hombres. No tienen sentimientos para nuestro pueblo. Usted no puede comprenderlo, Liang, pero yo sí. Yo he visto también otros antiguos universitarios como ellos. Hay muchas cosas que usted no puede comprender. Yo puedo comprenderlo a usted porque también estuve en América, pero pasé allí sólo pocos años. Usted tendría que aprender a conocer nuestro pueblo. Debe usted comenzar por los más sencillos. Aunque la mayoría de nosotros somos sencillos. —Chen carraspeó y elevó un poco el tono de su voz, casi como si estuviera a punto de comenzar una disertación—. ¡Escúcheme, Liang! Estos hombres nuevos, Kang y Su y Peng y sus semejantes, no son verdaderamente nuevos. Su instrucción es nueva, pero proceden como los viejos. En mi aldea había un antiguo universitario. ¿Por qué le llamo yo un universitario? Pasó por los exámenes imperiales cinco veces y después del primer grado fracasó siempre. Sin embargo, cada vez venía más señorial que antes. No podía comer con nadie, excepto con nuestro amo. Los dos andaban juntos. Y cuando el magistrado local llegaba a la aldea para examinar las cosechas, entonces los tres comían juntos. Y todos eran demasiado buenos para el resto de nosotros. Y más tarde, cuando un militar tomó nuestra región, entonces hubo cuatro que comían juntos. Y todos ellos se sentían demasiado buenos para el resto de nosotros, que éramos solamente el pueblo. Universitario, terrateniente, magistrado, militar...; ahí tiene usted los tiranos del pueblo. Y todavía los tenemos. Asistir a una universidad en América no cambia el corazón de un hombre. Sólo le da un arma nueva, más afilada que la anterior, para usarla contra el pueblo..., aunque sea su corazón.

Chen hablaba con pasión profunda y James quedó asombrado. No había oído hablar a Chen con frecuencia en las reuniones que los doctores celebraban a veces, y

si lo hacía era solamente para hacer una broma sobre algo o señalar alguna cosilla tonta, tal como un perro arrastrándose debajo de una mesa y tratando de no ser visto mientras esperaba arrebatar un hueso.

—Hermanos. —Había dicho una vez cuando esto sucedió en un festín de pato tostado en un restaurante—: Es muy duro para este pobre perro que todos seamos unos melindrosos modernos y no tiremos los huesos de pato en el suelo. En su favor permitámonos esta única vez volver a los usos de nuestros antepasados. —Al decir estas palabras, Chen había arrojado la cabeza del pato al suelo. El perro se precipitó sobre ella, pero Kang le había dado una patada y lo despachó aullando, aunque todavía apretando convulsivamente la cabeza del pato entre sus dientes.

—No sea estúpido, Liu. —Había dicho Kang con voz agria. Chen no volvió a hablar en toda la noche y ninguno prestó atención a su silencio. Ahora todas estas palabras le salían a borbotones.

—Yo no puedo comprender por qué no es usted un comunista —dijo James tranquilamente. Su corazón estaba enteramente con lo que Chen había dicho, pero deseaba probarlo un poco más.

Chen retorció el extremo de una rama de pino que tenía cerca y aspiró ruidosamente su aroma por las ventanillas de la nariz.

—Este pino debe tener quinientos años de antigüedad —dijo—. ¿Sabe usted, Liang, que nuestros antepasados recompensaban a tales árboles con un título? Era así, desde luego, exactamente como si el árbol fuera humano. Le llamaban duque de esto o señor de aquello. ¡Bien, así se debe alabar a los árboles por durar quinientos años en este mundo! ¿De manera que usted dice que yo debería ser un comunista? No puedo serlo. Le explicaré a usted por qué. Ellos desearían que sumergiera mi mano en sangre y jurara algo. ¿Jurar qué? No mucho..., lealtad, hermandad, fe eterna..., todos los juramentos usuales de la cuadrilla. Pero yo había jurado mi lealtad a toda la humanidad y no a ninguna parte de ella. Así se lo dije y quisieron pegarme un tiro. De modo que me escapé por la noche. Ahora verá usted por qué yo no tengo hogar. —Chen se rió demasiado ruidosamente y se puso en pie—. ¡Vamos, arreglemos el asunto de esta casa! Su propietario vive en la puerta de al lado..., un buen viejo que fuma opio, y le dará a usted un rápido contrato por dinero en efectivo.

Chen echó a andar y James lo siguió, sorprendido e interesado a pesar de su vaga desconfianza. El tipo estaba confundido y enojado con la vida. No se podía saber lo que un hombre semejante podría o querría hacer antes de que estuviera asentado. Pero era imposible no simpatizar con él. Caminando ligeramente detrás, miraba James los hombros cuadrados, el cuello grueso y el tieso pelo negro azabache. Chen andaba con las manos en los bolsillos y estos bolsillos pertenecían a un traje que él había ideado para sí. Los pantalones eran occidentales, pero el oscuro material azul, como era barato, se había encogido al lavar la prenda, así que sus fuertes muslos parecían a punto de hacer estallar las costuras. La chaqueta era algo como un uniforme, excepto que estaba desnuda de todo ornamento, y se abotonaba por delante

hasta el mismo cuello. Los botones eran de hueso blanco ordinario. Tenía muchos bolsillos en ambos costados, cada uno de los cuales contenía algo y esto hacía parecer gorda la figura de Liu Chen.

Salieron y bajaron el trecho amurallado hasta la otra puerta. Allí entró Chen, y dirigiéndose a un desaliñado sirviente que estaba sentado contra la pared, le preguntó por su amo.

—El amo está dormido, pero la señora mayor está despierta y es ella la que decide todo lo que se hace —dijo el hombre sin levantarse. A las claras se veía que todo en esta casa andaba mal gobernado.

—Entonces veremos a la señora —dijo Chen.

Todavía sin levantarse, el hombre gritó a una criada que sacó la cabeza por la puerta del patio interior, enjugó sus manos húmedas en el delantal y salió afuera.

—¿Qué desean ustedes, caballeros? —preguntó—. Mi señora no saldrá sólo para mirarlos a ustedes.

El hombre guiñó un ojo y señaló con el pulgar sobre su hombro a la mujer.

—No se entretengan en conversar con esta vieja loca —le dijo a Chen—. Su lengua es peor que la de cualquier hombre.

La mujer pretendió golpearle las orejas pero él se esquivó.

—¡Eh, eh! —gritó—. No seré yo el que te pida nada. ¡No te queda nada que yo quiera!

—¡Mamarracho! —Le gritó la mujer. Entonces se rió y miró de reojo a los visitantes y se impuso moderación—. ¿Qué decían ustedes que deseaban? —preguntó.

Chen había contemplado este aparte escénico con una mueca en la cara.

—Deseamos enterarnos de la renta de la casa de al lado. Desde luego la casa no vale nada a causa de las comadreas, pero este amigo mío es valiente y puede que la tome si cuesta poco.

La mujer frunció la boca, pero algo chispeó en sus ojos.

—No hay tantas comadreas como hubo. Mi señora alquiló un exorcista el mes pasado y desde entonces las comadreas tienen miedo.

—Nosotros vimos huellas de comadreas bastante claras —dijo Chen lisa y llanamente—. Si el precio es demasiado alto no queremos esperar.

—Vamos, vamos —habló la mujer presurosa—. ¿Por qué todos ustedes los chinos extranjeros tienen tan mal genio? No son mejores que los occidentales. Quédense aquí, que voy a llamar a mi ama.

En algo menos de un cuarto de hora salió a la puerta del patio interior una vieja apoyándose en un bastón tallado, y echó una ojeada. Era muy anciana, sin duda, y su cabello, aunque todavía muy negro, era muy ralo. Alguien, quizá la mujer gritona, le había pintado el cráneo con tinta negra para que pareciera pelo. Contra esta intensa negrura la cara de la anciana señora era como yeso. Desde luego su cuerpo entero, pequeñito y doblado, parecía muy cerca del polvo. De esta torturada figura salía una



voz chillona y silbante.

—¿Quieren ustedes alquilar la casa de las comadreas? —preguntó.

—Sí, señora —dijo James.

—Entonces deben darme un ciento de taeles, por mes. —Pidió ella.

¡Tan vieja era que todavía contaba el dinero en taeles! James miró a Chen quien giró sobre los talones y marchó hacia la puerta sin responder y James, al ver esto, lo siguió. En la puerta la penetrante voz los agarró como un garfio.

—¿Cuánto quieren ustedes pagarme? —Inquirió.

—Veinte —dijo Chen.

Los ojos de la anciana señora eran pequeños y negros y algo como puntas de acero tembló en ellos.

—Pero las comadreas son muy pocas. —Objetó—. Denme cincuenta y volveré a llamar al exorcista.

—Yo no temo a las comadreas. Veinticinco —dijo James con firmeza.

—Veinticinco —gimió la anciana señora—. ¿Pero serán al contado?

—Al contado. —Convino James—. Mañana.

—Mañana al contado. —Repitió la anciana y empezó a toser hasta que el esqueleto se estremeció en todos sus huesos. Se marchó tosiendo y el sirviente se levantó.

—Si ella está enferma mañana, yo estoy aquí —dijo alegremente—. Soy como un hijo para la anciana pareja.

—¿No tienen hijos? —preguntó Chen con cierta simpatía.

—Tienen dos hijos en alguna parte —contestó el hombre encogiéndose de hombros—. Pero ¿qué significan los hijos hoy en día? Ya no tienen amor filial..., si asisten a las escuelas extranjeras. Por esto es por lo que el viejo se duerme con opio. No quiere ver estos nuevos tiempos, dice. La señora mayor fuma también, pero no siempre hay bastante para los dos.

Chen escuchaba esto atentamente. Entonces dijo un poco fríamente:

—Vendremos mañana a esta hora con el dinero.

—No lo entregaré en ninguna mano más que en la de la anciana —añadió James—, y quiero un papel donde diga que se ha recibido. —Había visto fumadores de opio que venían a curarse al hospital. No les quedaba alma ni corazón.

Fueron andando hacia el hospital algo solemnemente, pensando en aquella extraña casa perdida, cuyos hijos no iban ya al hogar.

—En estos tiempos los viejos son de compadecer —dijo Chen de repente—. Indudablemente esa anciana pareja creyó que sus hijos cuidarían de ellos, como ellos habían cuidado de sus padres. Sin duda soñaron con los nietos corriendo por ahí. ¡Oh!, no era todo perfecto en los tiempos de antes... ¡no me interprete mal! Los mayores se volvían fastidiosos y muchos de los hijos querían librarse de ellos. Pero el deber no se lo permitía. Bueno, se le llamaba deber, pero era orgullo y vergüenza. Si los padres de un hombre no estaban cuidados y felices, era una vergüenza para él. Si

lo estaban, eso constituía su orgullo. Ahora el orgullo y la vergüenza han pasado a otros asuntos y los viejos están perdidos.

—¿Qué otros asuntos? —preguntó James. No sentía tanta curiosidad por la respuesta como por oír lo que diría Chen. Comenzaba a sentir una especie de cariño afectuoso por este tipo honrado y reflexivo.

Chen movió la cabeza.

—¿Cómo voy a saberlo? No lo puedo comprender. Parece ser que hacerse rico, tener una linda mujer moderna como nueva esposa, vivir en una casa con electricidad y agua corriente..., cosas estúpidas.

Suspiró ruidosamente.

—Bueno, ya estamos otra vez ante la puerta del hospital. Nos separamos aquí, ¿no? ¿Nos encontramos mañana aquí a la misma hora de la tarde? ¿O no me necesita usted más?

Se le veía tan anhelante, tan ansioso de venir, que James le dijo muy afectuosamente:

—Acompáñeme, por favor. No me atrevo a enfrentarme con la anciana dama fantasmal a solas.

Rióse Chen y así se separaron; James volvió a su habitación. Allí Young Wang lo esperaba impaciente, porque le había prometido al portero celebrar una fiesta con él aquella noche.

—Ya está usted aquí, amo —exclamó—. Creí que se había caído a un pozo o que había sido asaltado por los ladrones.

—No, he alquilado una casa.

Young Wang quedó con la boca abierta.

—¿Una casa?

—Sí. Mañana irás a verla conmigo. Tendrá que limpiarse.

—Tendré que contratar sirvientes a mis órdenes —exclamó Young Wang—. Me quitaría importancia si yo fuera el único criado para toda una casa.

James ya se vio envuelto en las dificultades domésticas.

—Mañana —dijo—, cuando hayamos visto la casa, decidiremos sobre tales materias.

A la tarde siguiente él y Young Wang fueron juntos a los leones de piedra y James se alegró al ver la fuerte figura de hombros cuadrados de Chen esperándolo allí. Hoy le pareció bastante natural llamarle Chen.

—¿Tiene usted el dinero? —preguntó Chen en seguida. Le hizo una inclinación a Young Wang, quien respondió con un gesto.

—Lo tengo y un poco más con que comprar un buen candado para la puerta.

—No debemos comprar ningún mueble hasta que la pasa esté limpia y los carpinteros y pintores hayan hecho su trabajo —dijo Chen vivamente—. No hay para qué procurarles lugares donde sentarse y descansar.

Se fueron caminando con rapidez, promoviendo de nuevo un rugido de enojo

entre los conductores de *rickshas* allí apostados, y pronto estuvieron a la puerta del amo de su casa.

La puerta estaba abierta y el sirviente y la criada los esperaban vistiendo ropa limpia. A Young Wang le desagradaron los dos en seguida.

—Éstos son gente salvaje. —Le dijo a James en voz baja, pero James se limitó a sonreír.

Después que hubieron entrado en la casa, Young Wang se sintió aún más disgustado al ver al amo y la señora. De algún modo habían persuadido al anciano señor para que se levantara aquel día y apareció envuelto en una sucia túnica vieja de raso gris que le quedaba ahora demasiado grande, y aunque había sido acepillado su pelo y lavada la cara, nada podía ocultar el terrible color ceniciento de su piel extendida sobre el hueso descarnado. A su lado y un poco atrás estaba la anciana señora. Young Wang tiró de la manga a James.

—Amo, esto es muy malo —murmuró—. ¡Un caballero que toma opio es como una sanguijuela agarrada a su barriga!

—Quizá pueda curarlo algún día. —Replicó James. Había puesto su corazón en la casa y no se sentía inclinado a escuchar los temores de Young Wang.

—¿Dónde está el documento de arrendamiento? —preguntó Chen.

—Aquí —dijo el criado y sacó de su manga un pequeño rollo que desenrolló: estaba escrito a mano con letras temblonas y James lo leyó con dificultad. Pero Chen leía por encima de su hombro fácilmente y con rapidez señaló dos lugares que no le agradaban.

—La renta no va a ser pagada con dos meses adelantados —dijo—. Un mes es suficiente.

La mandíbula del anciano caballero cayó y la boca quedó entreabierta, pero asintió con un movimiento de cabeza; fueron a buscar el pincel y la pastilla de tinta, y con mucha preparación y mano temblorosa hizo el cambio.

—Ahora —dijo Chen— no tiene usted que decir que no acepta responsabilidades por la casa. Nosotros haremos las reparaciones, pero si se encuentra que una viga maestra está podrida o que los cimientos no resisten, ése es asunto suyo.

Una vez más, en silencio, el anciano señor realizó el cambio.

—Quiero añadir una cosa más personalmente —dijo Chen con la cara muy seria. E inclinándose escribió en estilo fluido esta sentencia: «El propietario conviene en no pedir nunca la renta por adelantado».

—Muy bien, muy bien —murmuró Young Wang.

—Ahora el sello —dijo Chen.

El criado sacó el sello rojo de familia del cajón de la mesa y lo estampó sobre el papel. James escribió su nombre debajo de él y Chen puso el suyo como testigo; ahora ya se podía entregar el dinero. James se lo dio al anciano señor, quien, sin haber hablado una palabra en todo el tiempo, extendió las dos manos juntas como un cuenco y lo recibió. Cuando sintió el dinero en sus manos apretólo con fuerza todo

junto, se levantó y salió apresurado de la habitación a ciegas, con la ropa arrastrando. La anciana señora fue detrás de él y luego la criada, y allí quedó sólo el sirviente para despedirlos. Era un espectáculo tan triste, que James se sintió deprimido y Chen suspiró.

—Éstos se cuentan entre los muchos perdidos —dijo, y fueron una vez más a mirar la casa que ahora pertenecía a James.

Sólo Young Wang no estaba triste. Tomó un vivo interés por la casa y descubrió una cisterna más allá del pozo, y encontró un buen desagadero, bordeado de piedra, aunque muy antiguo, que podía llevar las aguas sucias a través del muro posterior a un arroyo que corría por detrás de la casa. Tampoco tenía él miedo de las comadreas. Tomó una rama caída de un árbol y golpeó a una larga y flaca hasta matarla en su escondrijo detrás de una puerta.

—Algunas gatas grandes cazarán a estos demonios —exclamó—. Déjemelas a mí, amo; los gatos son mejores que los exorcistas. Pero deben ser grandes para luchar; si no las comadreas chuparán incluso su sangre.

Así, durante los días que siguieron, gracias al interés de Young Wang, esta casa se convirtió de nuevo en una vivienda para seres humanos. Él fue quien fatigó a carpinteros, pintores y fregadoras hasta que el lugar volvió a estar como nuevo y su hediondo olor del pasado desapareció. Fue él quien acudió al mercado de los ladrones al amanecer y compró mesas, sillas y cacharros, tazas y cucharones de cocina de hierro forjado, y calderos para las hornillas de ladrillo de la cocina. James y Chen fueron juntos a las tiendas de antigüedades y compraron pesadas mesas de madera negra para las habitaciones principales y adquirieron camas occidentales.

—Mis hermanas no se acostumbrarán nunca a dormir sobre tablas, por muy buenas chinas que lleguen a ser —le dijo a Chen— y yo... yo también prefiero los resortes americanos bajo mi cuerpo.

Se consintió un capricho y compró unos pocos rollos finos para la pared y un piano antiguo que algún occidental había dejado cuando se fue antes de la guerra.

—Esto es una casa —dijo Chen con orgullo, y no se dio cuenta de que James no contestó. Tales caprichos no le proporcionaban gran placer. Si hubiera estado preparando un hogar para Lili, pensaba solemnemente, ¡qué distinto hubiese sido! Pero en ese caso, nada de esto habría sido bastante bueno.

Corrían los días y la esperada carta de su padre no llegaba James no se sintió sorprendido. Podía imaginarse tan bien como si estuviera en el departamento de Nueva York, cómo su padre se levantaba cada mañana contemplando la escritura de la carta, cómo tras la contemplación la posponía, y mientras tanto acudía a sus clases sobre literatura china y volvía exhausto a casa, cómo se reponía con un sueñecito, algún té que en la intimidad le gustaba tomar con crema y azúcar, aunque públicamente declaraba que estas cosas sólo arruinaban un buen té, y cómo, después

de leer un poco para refrescar su espíritu, era demasiado tarde para escribir una carta aquel día.

De su madre, sin embargo, recibió James una carta. Como la mayoría de las suyas, era tan rica en compasión y buenos propósitos, que no fue capaz de discernir por ella lo que había sucedido. Que se trataba de Louise, que había sido una loca y se había dejado llevar por los americanos, que después de todo era muy joven y mucho más linda que Mary, quien no había tenido nunca jóvenes americanos admiradores, y que él, por lo tanto, no debía ser demasiado duro al juzgar a Louise, quien se estaba poniendo cada vez más linda aun para los americanos, y esto resultaba un problema muy difícil para la familia, y que ella había estado tratando de persuadir a papá que se fuera a China también, y así todos podrían volver a ser felices reunidos en una casa en cualquier lado de Pekín; pero desde luego su papá creía que no podía dejar su trabajo ahora precisamente, aunque quizá dentro de uno o dos años... Así escribía su madre. Ella no aprobaba por completo la manera brusca cómo Mary se había llevado a Louise y también a Peter, que estaba a punto de entrar en la Facultad y llegar a ser un gran ingeniero, pero el océano estaba siempre allí y podían regresar si no les gustaba la China de ahora, la de nuestros días. Sólo Louise sería mejor, desde luego, que se quedara bastante tiempo, para ver si se enamoraba de algún joven chino agradable. Era deber del hermano mayor ocupar el lugar de su padre, y si James, su querido hijo, conocía algún joven agradable, chino desde luego, y podía arreglarle un casamiento a Louise, indudablemente ésa sería la solución, aunque no debía interpretar la cosa mal y creer que a Louise tenían que casarla. Afortunadamente no había nada de eso, pero podría haber sido y todos debían sentirse muy agradecidos. Tal era el quid de la carta de su madre y James volvió a leerla pensativamente tres veces y coligió que, de algún modo, Louise constituía un nuevo problema.

Sin hallarse muy enterado de lo ocurrido por lo tanto, pidió una semana de vacaciones y, con Young Wang a sus talones, esperaba un día en el conocido muelle de Shanghai la llegada del vapor. La casa estaba lista. Había encontrado trabajo para Mary en el anexo para niños del hospital e inscribió a Peter en la Facultad que ahora recibía nueva vida bajo la dirección de un famoso universitario chino. Para Louise no había proyectado nada, porque nada sabía. Siempre podía entrar en una escuela de señoritas. Había también un convento católico regido por seis hermanas, dos de ellas chinas y cuatro francesas. Debía hablar con Mary antes de decidir con respecto a Louise.

El día era ventoso y gris y la orilla del agua estaba negra. Pequeños botes limpiaban la basura en el sucio río. Cada uno tenía su familia compuesta de hombre, mujer e hijos y un abuelo o dos, y éstos parecían ateridos y desgraciados. James lamentaba que los tres que llegaban junto a él tuvieran que ver el Bund en un día semejante. Los altos edificios modernos parecían prohibidos y extraños, como si no pertenecieran al ambiente. Levantaban sus cabezas demasiado altas sobre los botes y las calles atestadas de gente.

Incluso Young Wang parecía más aplacado. Había dejado un pequeño sirviente inferior a cargo de la casa y a su madre como ama. Young Wang estaba resultando un severo mayordomo. No le permitía a Perrito la menor concesión a la pereza, y el chico empezaba a parecer acosado. Él, personalmente, vestido con un limpio uniforme del estilo semimilitar que le encantaba, permanecía en pie detrás de su amo. Hubiera preferido que no hubiera mujeres en la casa, porque un hombre es más fácil de servir. Las hermanas de su amo eran chinas, pero habían estado tanto tiempo en América, qué temía que tuvieran las costumbres tediosas y exigentes de las señoras americanas. Se sentía un poco disminuido y con el espíritu apagado cuando pensaba en esto. O él era el mayordomo o no lo era, se había dicho. Recibiría órdenes sólo de su amo. Por lo que a él se refería no habría señoras. Cuando su amo se casara habría una señora por derecho propio. El punto estaba claro en su imaginación cuando los gritones *coolies* comenzaron a tirar de las amarras del barco. Se sintió mejor y su cara recuperó la expresión habitual.

James los vio en seguida. Estaban aparte, tanto de los chinos como de los americanos, formando los tres un pequeño y compacto grupo. Peter estaba entre las dos muchachas y sostenía el sombrero con ambas manos. Un fresco viento de otoño se había levantado al amanecer y aumentaba conforme se oscurecía el cielo hacia el Mediodía. Este viento levantó en el aire como una bandera la bufanda que llevaba Louise y hacía flotar su rizado pelo. James vio sus caras con toda claridad y sintió inquietud y al mismo tiempo una especie de afectuoso placer al ver aquí, al fin, algo suyo.

No quería reconocer que estos meses se había sentido solitario, pero ahora se daba cuenta de que así era. No sabía por qué. Estaba rodeado de gente de la mañana a la noche y su trabajo le resultaba satisfactorio y, no obstante, desalentador; satisfactorio porque todo lo hecho en pro de la multitud de enfermos sumaba mucho, y desalentador porque siempre tenía en la conciencia los millones a los que no llegaba ninguna ayuda. Bajo la satisfacción y descontento estaba la sensación de estar viviendo sobre la superficie de su país y que no había echado raíces en él. Todavía era extranjero, y quería perder esta sensación de serlo. Quería hundirse profundamente en la tierra y en las aguas de su pueblo, y no sabía cómo. Quería pertenecer al país tan profundamente que no pudiera volver a irse nunca. No podía vivir a la ligera la existencia superficial, desarraigada, de los otros doctores. Chen, desde luego, era una excepción entre ellos. Había cobrado mucho cariño a Chen y le había rogado que viniera a compartir la casa con él, pero Chen había rehusado hasta ahora. Cuando James le volvió a hablar, había dicho:

—Esperemos a ver. Puede ser que no les guste a sus hermanos y sería difícil para los dos si ellos quisieran que me fuese.

—¡Qué tonto eres! —Replicó James.

—No, solamente tímido —dijo Chen y se había reído con sus ruidosas carcajadas. Esta risa, ahora James lo sabía, cubría en realidad una timidez muy tierna, así que no

le dijo más.

Pero no eran sólo los doctores quienes vivían aquí desarraigados sobre la superficie de la vida. James descubrió que había muchos otros que también vivían así. Hombres jóvenes y mujeres que habían vivido y estudiado en Francia e Inglaterra lo mismo que en América, e incluso algunos que habían estudiado en Rusia. Pero éstos que estudiaron en Rusia eran muy diferentes de los demás. No se habían, al menos los que él conoció en Pekín, aliado con los comunistas, pero hablaban en términos de fuerza. El pueblo, declaraban, debería ser forzado a cambiar sus maneras medievales de pensar, sentir y proceder. Lo que esta fuerza significaba, no lo decían, ni sabían cómo iba a ser aplicada. James, escuchando tanta charla en sus reuniones, se había ido retirando poco a poco de todos ellos y dedicándose enteramente a su trabajo del hospital. Sin embargo, sabía que aunque dedicara su vida entera a este trabajo, no pasaría más abajo de la superficie. Supongamos que tuviera cuatrocientos pacientes al mes, eso supondría menos de cinco mil personas al año, y si él vivía su vida normal, eso no representaría ni medio millón de personas. ¿Y qué significaban tan pocos entre los cientos de millones? De algún modo debía vivir en una forma más amplia y profunda, la cual no había descubierto aún.

Entre tanto, aquí estaban las responsabilidades de familia que su padre le echaba encima y que debía afrontar lo primero. Hubo un grito de los *coolies* del muelle; sacaban los grandes parachoques de cuerda tejida; el vapor rozó contra el malecón. Fue arriada la escalerilla; James quedó esperando y en seguida sintió los afectuosos brazos de Mary a su alrededor, las manos de Louise en las suyas, y Peter cogido de su brazo.

—Tienes muy buen aspecto, Jim —dijo Mary sin aliento—. Un poco delgado, tal vez.

—¡Shanghai es algo! —exclamó Peter.

Sólo Louise no dijo nada. James la encontró mucho más delgada, y parecía como si hubiera estado llorando. Había tomado él habitaciones en el mejor de los pocos buenos hoteles y dispuso un buen almuerzo para este mediodía y ahora estaba contento de haberlo hecho así, porque la lluvia empezaba a caer en serio y los temblorosos *coolies* de las *ricksha* se apiñaban bajo los tejadillos del malecón y los miserables botes recoge-basuras trataban de guarecerse bajo los muelles. Louise los miraba y parecía distante.

—¡Wang! —Llamó James—. ¡Cuida del equipaje, por favor!

Young Wang apareció sonriente.

—Yo lo haré, amo. Y por favor, aquí está el coche.

Había alquilado un carruaje cuyos cojines habían sido forrados de nuevo de caqui y cuyo caballo estaba un poco menos hambriento que los otros. El cochero se hallaba arrebujado bajo una tela impermeabilizada en el pescante, pero cuando vio a sus parroquianos bajó de un salto y quitó los diarios viejos que había extendido sobre los cojines.

Parecía un poco abrigado dentro del coche, sobre todo cuando la cortinilla que olía a petróleo fue sujeta a los ganchos del toldo y el caballo salió del muelle al trote.

—Bueno —dijo James sonriendo—, esto es agradable.

Ellos le sonrieron desanimados, o al menos él así lo pensó.

—Louise se mareó —dijo Mary.

—Y tú también. —Añadió Peter.

—No mucho, en verdad. —Replicó Mary—. No seas tan vanidoso, Peter.

El largo viaje por mar había abatido el humor de todos un poco.

—Me gustaría haber podido ordenar un buen día para vosotros —dijo James, tratando de mostrarse animado. Sin embargo, se decía, estaba bastante bien ir por las calles detrás de la cortinilla embreada. El pueblo chino parecía siempre indefenso contra la lluvia y la nieve. Sus ropas de algodón se deshacían como papel, y mientras que al sol parecían bastante alegres todos ellos, quedaban míseros bajo la lluvia. En el Bund se demoraron bastante para tan corta distancia. Muy pronto las calles se vieron atestadas de gente desaliñada. La entrada del hotel era agradable y un portero elegante los recibió. Sus habitaciones, tomadas para un día y una noche, habían hecho mella en sus fondos, pero James se alegró de aquella comodidad temporal. El vestíbulo estaba caliente y con filas de palmeras; los cobijó al fin contra las inclemencias del tiempo. Chinos bien vestidos y unos cuantos extranjeros estaban sentados en butacas de imitación de cuero. No eran muy diferentes de lo que ellos estaban acostumbrados, pensó James. En el piso de arriba las habitaciones estaban aseadas. Había tomado dos, una para Peter y para él y otra para las chicas. Eran habitaciones unidas por un baño.

—¡Qué roñosas toallas! —dijo Louise cuando las vio.

—Creo que las hacen en las fábricas de aquí. —Le explicó James.

—¿Por qué nosotros no podemos hacer nada tan bien como los demás pueblos? —murmuró Louise.

—Vamos, Louise —dijo Mary— no empieces a disgustarte con todo.

—Mejor será que comamos algo —dijo James—. Todos nos sentiremos mejor después. Luego podemos ir a un cine esta tarde, si queréis. Esto parece como Nueva York, ¿no es cierto? En marcha.

Deseaba mucho estar una hora a solas con Mary, pero sabía que no se presentaría la ocasión. En la habitación, con Peter, no supo si hacer preguntas o no. Inició unos intentos mientras contemplaba a su joven hermano, que se afeitaba el pelo cuidadosamente ante el espejo.

—Es una gran sorpresa todo esto —dijo—. La carta de mamá no explica nada muy claro tampoco, y no he sabido nada de papá.

—Es un gran lío por nada, si quieres mi opinión —gruñó Peter. Sacó un cigarrillo con bastante ostentación. No fumaba cuando James estaba en casa, porque este hermano doctor se había opuesto a que fumase antes de que dejara de crecer. Ahora



quería que James supiera que hacía lo que le gustaba y esperaba continuar haciéndolo. James comprendió y no dijo nada.

—Louise puso furioso a papá. —Continuó Peter—. Yo no creí nunca que verdaderamente tuviera la intención de embarcarnos, sin embargo. Él amenaza con muchas cosas que no hace nunca. Pero no hubo cuestión acerca de esto. Fue personalmente y compró los billetes, y no quiso pagarnos ninguna carrera. Yo quiero regresar inmediatamente, desde luego. Puedo recuperar en la Facultad las pocas semanas que estoy perdiendo. Todavía voy a ser ingeniero.

James sonrió.

—Mejor será que te quedes unos meses, ya que estás aquí —dijo—. Medio año no importa mucho a tu edad. Y yo he puesto en Pekín una casa bastante linda para todos nosotros. Es una agradable ciudad antigua..., te enorgullece.

—¿Es mejor que Shanghai?

—Eso creo, sin duda alguna.

Pareció no haber nada que decir durante unos minutos. Luego James volvió a sus tentativas.

—¿Así que tú no sabes realmente lo que hizo Louise?

—¡Oh, sí! —dijo Peter—. Está enamorada de Phillip Morgan, y Phil no quiere casarse con ella. Es eso más o menos. Yo conozco a Phil. No quiere casarse con nadie por ahora. Cuando lo haga se casará probablemente con una debutante.

Tuvo cuidado de no decir que Phillip seguramente no quería casarse con una china. Él mismo se creía americano. Ahora se le ocurrió una cosa.

—Oye, oí algo interesante en el barco. Teníamos a bordo un compañero de Hollywood. Viene aquí para hacer algunas películas. Es una historia sobre un soldado americano..., una especie de historia de *Madame Butterfly*, dijo, sólo que el soldado no se va. Llevaba la chica a su país. Él dijo que aunque no quieren historias sobre casamientos de blancos y negros, no se preocupan ya de los chinos. Bastante bueno, ¿no es cierto?

James sonrió. No podía hablar, observando a este hermano suyo. Peter era extremada y completamente un extranjero. En nada podía ayudarle a él aquí; ni el menor conocimiento, ni una hora de experiencia, que le ayudara a soportar el ser chino. Porque sería cosa de ver si lo soportaba. Peter no había absorbido nunca ni la atmósfera ni las ideas de su padre, y ahora James comprendía, aunque de mala gana, que la atmósfera de la antigua filosofía china que su padre construyera con tanta persistencia alrededor de ellos sólo les había ayudado a Mary y a él. Aun después de que comprendieron su artificiosidad, y luego quizá su inutilidad en estos veloces tiempos modernos, había llegado a formar parte de ellos, débilmente hilada, sin duda, pero, no obstante, su suave hilo plateado corría a través de la estructura de sus seres. En cambio Peter y Louise no habían absorbido nada de ella. En lugar de eso habían llegado a despreciarla, y no fueron engañados ni por un instante por su irrealidad. Ni entendían ni les importaba que había sido realidad una vez.

—De manera que Louise ha sido enviada aquí para olvidar un asunto de amor —dijo James.

—Algo por el estilo —contestó Peter vivamente. Se levantó, fastidiado a causa de Louise—. Jim, si me quedo este otoño, ¿me prometes hacer que papá me permita volver a mi país para los exámenes de mitad de año?

—Si tú no quieres llamarle tu país a éste. —Replicó James—. Es el tuyo, bien lo sabes.

—¡Oh, bueno!..., ya sabes lo que quiero decir —respondió Peter. Seguía intranquilo, con las manos dentro de los bolsillos haciendo tintinear algún dinero—. Yo no quiero perder el tiempo, aunque lo tenga en abundancia.

—Creo que debes volver para los exámenes de mitad del año —dijo James poniéndose en pie—. No es éste un buen lugar para cursar ingeniería. El campo necesita tipos como tú..., los necesita ahora, si cesa esta eterna pelea entre el Gobierno y los comunistas. Todos estamos detenidos por eso. Pero puede ser que en el momento en que tú hayas terminado la cosa esté arreglada, de una manera o de otra. —Hizo una pausa—. Desde luego, hay siempre la posibilidad de que no quieras volver. Algo se te mete dentro subrepticamente. Yo no quiero regresar..., aunque hay muchas cosas que no me gustan aquí, te lo aseguro.

—Yo sé que querré regresar —dijo Peter—. Vamos, vamos a comer.

Fue el final de la conversación. Se unieron a Mary y a Louise en el vestíbulo y bajaron para tomar un reparador almuerzo compuesto de caldo de cebada, carne hervida, repollo con patatas y un pastel de maicena. Era la comida *standard* del hotel para extranjeros.

Pero lo pasaron de un modo bastante agradable en el cine. El edificio había sido trazado por un americano y los asientos estaban todavía bastante nuevos para no tener la tapicería rota y los resortes al aire. La atmósfera estaba cargada con el olor de la comida china, porque todo el mundo parecía estar masticando algo, pero poco a poco se acostumbraron a eso. Llovía aún cuando entraron y fue agradable cobijarse. La película era también americana. Era una del Oeste, y después que terminó, hubo una antigua comedia de Harold Lloyd, tan vieja que para los cuatro jóvenes sentados juntos resultaba nueva y se rieron con ella. Al salir casi era de noche y el hotel parecía un buen refugio. Young Wang había traído el equipaje y cuando entraron les sirvió un té con pastelillos y bocadillos de la cocina del hotel. Éstos tenían buen sabor y todos empezaron a hablar mientras comían. James les habló de la casa en Pekín, que quizá parecía mejor de lo que era cuando él la describió, y Peter se enteró de lo del colegio y Mary de lo del hospital. Louise, dijo James, podría pensar lo que quería hacer cuando estuviera allí. Tal vez preferiría sólo cuidar de la casa durante unas semanas hasta que lo viera todo. Ninguno de ellos habló de América. No desempacaron mucho porque iban a tomar el tren al día siguiente antes del mediodía. Los trenes estaban mejor ahora y no tenían necesidad de ir más que con una hora de anticipación antes de la salida. Young Wang iría más temprano y gastaría un poco de

dinero.

Se separaron, hermanos y hermanas, con una cálida sensación de familia. Era bueno estar juntos. Antes de irse a la cama envió James un cablegrama a sus padres. «Los hijos llegaron felizmente. Todo va bien. Salimos para el Norte mañana. Cariño y respeto. James».

Estaba acostado y despierto mucho después de que Peter respiraba en profundas oleadas regulares indicadoras del sueño. Hubiera deseado sacar a Mary y preguntarle por Lili, pero no se había atrevido a dejar a Louise sola. Encontraba algo desesperado en su cara.

## CAPÍTULO VII

Mucho hacía que la señora Liang aprendiera a no abrir los sobres dirigidos a su marido. Por lo tanto, no abrió el sobre amarillo que esperaba trajera noticias de la feliz llegada de sus hijos. Llegó después del almuerzo, cuando el doctor Liang estaba echando un sueñecito en su estudio, y ella se acercó de puntillas hasta la puerta y escuchó. Podía oírlo respirar pesadamente, suspiró y se retiró al *living* y se sentó junto a la ventana. Tenía el sobre en la mano, porque no quería ni por un momento abandonarlo. Había muchas cosas que deseaba saber y que, desde luego, esto no le diría. Claro que había muchas cosas que ella deseaba saber y que nadie podría decirle, porque sólo alguien como ella las percibiría. Por ejemplo, ¿cómo se vivía realmente ahora en Pekín? Amaba a Pekín. Íntimamente le llamaba por el viejo nombre de Pekín, como hacen la mayoría de los chinos, aunque delante de extranjeros tenía cuidado de decir Peiping, para demostrar que era una mujer moderna y leal al Gobierno presenté.

Sin embargo, no le había gustado del todo *madame* Chiang Kai-shek cuando vino a Nueva York. Ella y el doctor Liang le habían enviado un gran ramo de crisantemos amarillos que costaban un dólar la pieza, pero *madame* Chiang ni siquiera dio las gracias. Algún secretario se había limitado a borrar una nota de recibo. Cuando más tarde habían asistido con otros chinos a una recepción, Liang había tomado la mano de *madame* muy afectuosamente, pero ella ni tocó la mano de *madame* Chiang. Hizo una ligera inclinación de cabeza y dijo en chino:

—Han venido ustedes, ¿verdad? —Exactamente como en su hogar pasado de moda recibía su madre a los invitados que no le gustaban. La cara de *madame* Chiang no cambió. Los americanos la encontraban hermosa, pero en China había muchas mujeres más bellas.

«¡Eh! ¿Por qué pienso yo en *madame* Chiang?», se preguntaba ahora la señora Liang.

Fuera, en el parque, las hojas estaban empezando a caer y esto significaba que el invierno llegaría pronto. Temía el largo frío de los inviernos americanos. También en Pekín hacía frío, pero los días eran siempre soleados. Aun cuando viniera alguna tormenta de nieve del Norte, pasaba rápidamente. ¡Pekín bajo la nieve! No había nada más bello. ¡Y cómo solían resplandecer a través de la blancura de la nieve las brillantes bayas rojas del bambú de la India! Se enjugó los ojos sosegadamente. Aquella casa de Pekín, asentada tan firme sobre la tierra que ningún viento podía conmoverla, era aún su recuerdo más querido. Cuando los vientos soplaban allí, el alto edificio retemblaba y ella siempre tenía miedo, aunque había aprendido a no mostrarlo, porque Liang se enojaba con ella. Liang con frecuencia se enojaba con ella y por muchos motivos ella no le censuraba. No es muy feliz aquí, pensaba. Nadie es feliz lejos de la tierra y las aguas de su país. ¿Por qué entonces se quedaba aquí?

Había también la familia de Li. ¿Por qué se quedaban aquí? Lili estaba

volviéndose famosa ahora entre los americanos. La habían tomado como un juguete y aún el otro día había visto la cara de Lili en una revista de cine, mirándola desde una página entera. «Belleza China», estaba escrito debajo, y luego venía una historia sobre ella que decía que era considerada como la muchacha más hermosa de China. Pero nada de la historia era cierto. Había muchas muchachas en China más bellas que Lili. James tuvo suerte en no casarse con ella. Sin embargo, si se hubiera casado, seguiría aquí y todos los hijos estarían también, y la casa no parecería tan silenciosa. Cuando los chicos estaban aquí ella tenía muchas cosas que decir, pero ahora no se le ocurría nada de qué hablarle a Liang.

De repente lo oyó toser. Luego escuchó sus pasos, y corrió de nuevo a la puerta y la abrió suavemente. Estaba despierto, pero pálido y no parecía encontrarse bien.

—Liang, aquí hay un cable de los niños —dijo. Ahora que estaban solos había vuelto ella a hablar enteramente en chino, a no ser que algún extranjero viniera a visitarlos. Su inglés se le estaba escapando.

—Dámelo —dijo él.

Quedóse en pie esperando mientras él rasgaba el sobre con la uña y sacaba la hoja de dentro. No lo leyó en alto. Ella esperó.

—Llegaron felizmente y todos están bien. James envía estas palabras —dijo al fin.

Una vaga felicidad invadió todo su ser.

—Así que están a salvo —murmuró.

—Desde luego. —El doctor Liang se inclinó y se puso las zapatillas—. ¡Tú eres siempre tan asustadiza!

—Pero el océano es terrible. —Se quejó ella.

—No con los grandes vapores modernos. —Replicó Liang—. Te portas como si no hubiera más que los antiguos juncos.

Comprendió ella que la siesta lo había dejado pesado e incómodo, así que dijo:

—Te voy a buscar un poco de té caliente y luego te hará bien dar un paseito por el parque. Tienes que dar una larga charla esta noche delante de damas americanas.

—No veo por qué siempre me veo obligado a esas charlas. —Gruñó el doctor.

Apresuróse ella a darle la razón.

—Ni yo tampoco, Liang. ¿Por qué no te niegas? Es tonto que pierdas así el tiempo. ¿Cómo pueden entender las mujeres las cosas que tú hablas?

Esperaba consolarlo, pero en lugar de eso lo puso muy enojado.

—No todas las mujeres son como tú —dijo fríamente—. Hay algunas mujeres que incluso aprecian el asunto al que he dedicado mi vida.

—Yo siempre estoy equivocada —dijo ella dando media vuelta, y se fue a la cocina. Si los hijos hubieran estado aquí le habría respondido con el mal genio que le era propio, pero ahora no le quedaba ninguno. Bueno, una mujer sin sus hijos no tiene valor delante de un hombre. Sola en la cocina, porque ahora no tenía la sirvienta más que medio día, llenó la tetera y prendió la cocina de gas. Secretamente tenía miedo de

lo repentinamente que se prendía el gas, pero se obligaba a encender el fósforo y sostenerlo junto a la hornilla.

Hizo el té y lo llevó al estudio. Liang estaba sentado ante su escritorio, absorbido con algunas notas, y no habló mientras ella le servía el té en la taza y lo colocaba sobre la mesa, así que se fue de puntillas y se sentó al lado de la ventana en el *living*. Estaba empezando a levantarse viento. Vio caer las hojas más de prisa abajo, en el parque, y el edificio parecía inclinarse en un lento movimiento rotativo. Desde luego lo oía crujir. Una mirada de terror pasó por su cara y se agarró al vano de la ventana con ambas manos.

A su manera, el doctor Liang también sufría. Su filosofía no lo abandonaba, ni creía haber hecho nada malo. Por lo tanto, no podía comprender por qué su buen humor usual lo había abandonado y por qué se sentía seco y triste. La casa estaba tranquila, pero a él le gustaba la quietud. Había realizado una gran cantidad de trabajo desde que los chicos se fueron, tanto que había hecho enteramente notas nuevas para su curso de literatura china contemporánea. La madre de sus hijos estaba desde luego un poco deprimida. Eso era inevitable. Ella pertenecía al tipo maternal más bien que al tipo de esposa. Había llegado a esta conclusión hacía tiempo. A su manera, el doctor Liang pensaba mucho en las mujeres. Ninguna podría haberlo sacado de la senda de la rectitud y era un hombre sinceramente casto. Pero pensaba, no obstante, acerca de las mujeres, y analizaba muchas mujeres en su imaginación, sin ningún pensamiento de relacionarse con ellas. Desde luego, no quería nada de las mujeres. Eran meramente ejemplares interesantes de la raza humana. Confucio había pensado poco en ellas, y hacía mucho que él había meditado sobre este aspecto de la mente de su maestro. Debía haber habido una razón para este desprecio. Quizá el maestro había tenido que soportar una esposa testaruda y había tomado secreta venganza dejando sentado por escrito su ferviente esperanza de que las mujeres no fueran tomadas en cuenta por los hombres. «Mujeres, niños y locos», eran sus palabras, aunque recientemente el doctor Liang se había inclinado a creer que Confucio se equivocaba en parte en esta clasificación, porque estaba convenciéndose de que no todas las mujeres eran tontas.

He aquí, por ejemplo, a Violet Sung. Belleza auténticamente exótica, cultivada, instruida incluso, Violet había venido de París hacía unos meses para tomar Nueva York por asalto. La acosaban los pretendientes de todas las nacionalidades, y no pensaba casarse con ninguno de ellos. El matrimonio, decía con su sosegada y profunda manera de hablar, no era para las mujeres como ella. Se oían rumores ahora, sin embargo, de que había aceptado el amor de un guapo inglés de mediana edad cuyos negocios le retenían la mitad del año en Nueva York. Si esto era verdad, era un *affaire* del más extremado buen gusto. Violet y Ranald Grahame se veían juntos, pero no con demasiada frecuencia. Raras veces llegaban juntos a ningún lugar público y no salían solos jamás.

Sin embargo, el doctor Liang se sentía inclinado a creer en el rumor aunque no

fuera más que en vista del cáustico chismorreó que corría entre los chinos. Desde luego no entre los chinos vulgares de Chinatown, que no eran más que comerciantes, sino entre la sociedad china de emigrados ricos. Los chinos se mostraban de lo más acerbos, como si sintieran que Violet hubiera rechazado a cada uno de ellos individualmente mientras aceptaba a un inglés. El doctor Liang había filosofado bastante para disfrutar con estos celos y reconocer medio en broma que él también tenía algunos. Se habría alarmado en extremo si Violet lo persiguiera a él, porque sabía que no era capaz de un violento *affaire* de amor ni, desde luego, lo deseaba. No era de ese tipo físico. No obstante, disfrutaba con la deferencia que Violet le había mostrado siempre en público, y ante los demás se permitía un pequeño *flirt* dominante, por ser mucho más viejo que ella y un hombre muy famoso, además. Una vez se había encontrado a solas con ella por casualidad cuando llegaron algo temprano a una fiesta nocturna a la que la señora Liang no estaba invitada, y él había temido a Violet Sung y estuvo de lo más correcto. Le preguntó con toda formalidad dónde estaba la casa de sus antepasados en China. Ella eludió un poco esta pregunta, diciendo que provenía de Shanghai, y que creía que la casa de sus antepasados estaba en alguna parte de Chekiang, aunque su padre hacía mucho que vivía en París. Mirándola antes de que vinieran otros invitados y recordando su modo de evadirse, se le ocurrió que bien pudiera ser hija de una francesa y un chino. Sí, tenía el toque de la sangre extranjera, aunque muy sutilmente disimulado. Era más original ser china que francesa. Y desde luego la fuerte sangre china predominaba siempre.

Así Violet Sung constituía un tipo muy interesante para ser estudiado por un filósofo. Algún día podría dar una conferencia sobre las diferencias entre el tipo madre y el tipo Violet, y si un hombre debería tener ambos tipos en su vida, y en ese caso, cómo podría armonizarse tal relación con las exigencias de la vida moderna. En la China antigua, desde luego, todo estaba bien arreglado. La primera esposa era la madre. Más tarde el hombre tomaba una concubina del otro tipo. Pero esto, al parecer, ofendía a la civilización más nueva de los americanos, que no eran tan naturalistas como los tipos más antiguos de Asia, o para el caso, de Europa. Aquí todavía había que encontrar una fórmula. El presente número de hijos ilegítimos, que a su entender era muy grande, era una prueba de la necesidad para el hombre, incluso aquí, de los dos tipos de mujeres.

En este momento el doctor Liang sintió la falta de un auditorio. No había ninguno en la casa excepto su mujer, y aunque no sentía respeto alguno por su inteligencia, sus pensamientos fluían con más claridad cuando los pronunciaba en voz alta.

Levantóse y se dirigió con cierta impetuosidad al *living*.

—¡Eh! —dijo—. Quiero hablar contigo. —Tan absorbido se hallaba que no reparó en que la cara de ella estaba encendida ni en que se agarraba a la ventana de un modo extraño. Cuando la señora Liang lo vio soltóse y se echó hacia atrás en su butaca—. Se aproxima una gran tormenta —murmuró, pero él no la escuchaba.

Tomó asiento en la butaca frente a ella, e inclinándose hacia delante con los codos

sobre las rodillas cruzó flojamente sus manos largas y exquisitamente modeladas.

—Quiero hacerte una pregunta como buena madre que eres —dijo—. ¿Tú prefieres la manera occidental de tener concubinas en secreto fuera de casa, o nuestra antigua forma de traerlas al seno de la familia y permitir que todos los hijos nazcan bajo el mismo techo?

La señora Liang quedó desolada de miedo. ¿Estaba hablando de tomar una concubina ahora que los hijos se habían ido? Se le resecaron los labios y se quedó contemplándolo.

—¿Qué idea es la tuya? —Interrogó.

Pero él no vio su temor. Estaba enteramente absorbido por el hilo de la conferencia que desarrollaba en su interior rápidamente.

—Quiero saber lo que piensas tú. —Insistió.

Recogió ella sus aterrados pensamientos. Habían estado bastante distraídos por la tormenta, pero ahora, ¡menuda distracción tenían también dentro de casa! Empezó a hablar, y sus labios gordezuelos temblaron.

—Desde luego, nuestra fórmula es mejor —tartamudeó—. De otra manera la semilla del hombre se siembra a lo loco y los hijos no tienen nombre. ¿Por qué han de sufrir los hijos por lo que hacen sus padres?

¿Por qué, en verdad? Su corazón se apiadaba de sí misma. Desde luego si Liang quería a otra mujer debía traerla a esta casa. Sería una vergüenza para él descender a esas cosas que hacían los extranjeros. Pero ¿podría ella soportar otra mujer aquí? ¡No! Si venía, que viniera. Ella le pediría el dinero suficiente para un pasaje de vuelta a su país y se iría con sus hijos. Estaba a punto de levantarse con dignidad de la silla y decirle a Liang que en este caso se iría a China.

Pero no le dio tiempo de irse ni de hablar, porque él se levantó rápidamente.

—Gracias —dijo con una cortesía poco usual—. Quería saber lo que pensabas tú, el tipo madre... —murmuró. Se volvió de prisa a su estudio, cerró la puerta firmemente y en seguida se sentó y empezó a escribir con facilidad sobre su mesa de trabajo. Escribió durante dos horas, y cuando hubo terminado se sintió contento de sí mismo y muy hambriento. Salió de su estudio para encontrarse con que la señora Liang le tenía ya preparada la comida sobre la mesa. Ella dijo que no quería comer y le sirvió en silencio. La comida era buena. Había calentado caldo de pollo con tallarines y hecho una tortilla de camarones y puntas de rábano y gachas de arroz. Esto, con pescado salado, constituía una verdadera comida. El doctor Liang comió con apetito, aunque echaba de menos el gusto a ajo con que le habrían sazonado la comida si no tuviera que salir esta noche. Hacía mucho tiempo que había inculcado la norma de que no debían poner nunca ajo en la comida cuando tuviera que dar una conferencia para señoras americanas. A éstas les desagradaba ese olor, y no se podía proteger contra la ansiedad con que se apretaban a su alrededor después de terminada la lectura. Tomó dos tazas de té en silencio mientras repasaba lo que iba a decir. La señora Liang estaba acostumbrada a este silencio antes de que él saliera a la vida



pública, así que no lo rompió. Al salir él, lo acompañó al vestíbulo y le entregó el abrigo y el sombrero.

—No me esperes levantada —dijo él bondadosamente, y salió sin esperar respuesta.

Después que se hubo ido, quedóse ella incierta por un momento, luego subió a su habitación, tomó una hoja de papel y empezó a escribir a sus hijos.

«Queridísimos míos», siguió después del encabezamiento formal. ¡Qué suerte había tenido de que le enseñaran a leer y escribir! Bueno, eso se lo debía a Liang, porque la enseñaron sólo a causa de que él había insistido. Aun así, sabía que con frecuencia cometía equivocaciones en las radicales de ciertos caracteres. Pero sus hijos podían siempre leer sus cartas.

*Tengo un profundo disgusto —escribía—. Vuestro padre está pensando en traer otra mujer a nuestra casa. Esto es demasiado para mí aquí en América. En China las casas son grandes, y hay muchos sirvientes y podríamos vivir separadas. Pero ¿cómo podría soportar yo aquí hacerle su comida y servirle el té? Si él decide hacer esto le pediré dinero para el pasaje...*

Se detuvo. La casa realmente se estaba inclinando con la tormenta. Se sintió un poco mareada y rápidamente volvió a levantar la pluma.

*Me siento muy sola aquí. Vuestro padre se ha ido a hablarles a las damas americanas. Yo no debería quejarme, porque gana cien dólares americanos cuando lo hace. Pero esta noche hay un gran viento del lado del mar, y siento oscilar la casa. Vuestro padre dice que eso es imposible, porque está construida con hierro. Sin embargo, yo la siento oscilar, diga él lo que quiera, y creo que al Cielo no le agradan estas casas altas. Nosotros estamos hechos para vivir sobre la tierra...*

Se enfrascó en una larga carta incoherente, contándoles a sus hijos todo lo que le venía a la cabeza.

El doctor Liang, después de una hora y veinte minutos, estaba terminando su conferencia. La sala del distinguido club se hallaba llena de mujeres, todas sentadas en silencio. Luces hábilmente colocadas arriba y abajo hacían resaltar la alta y esbelta figura del doctor Liang con espléndido relieve.

—En cuanto a mí —decía con una ligera sonrisa— como chino y confuciano, prefiero el tipo de la madre. Ella es quizá la verdadera mujer china. Mi esposa pertenece a ese tipo, y ella y yo hemos enviado a los hijos de vuelta a China para renovar el lazo con la madre tierra. Yo quiero que ellos sean chinos en el más

profundo sentido, hijos de la tierra... ¡e hijos de la aurora!

Terminó con voz reverente, la cabeza levantada, e hizo una inclinación. Hubo un momento de silencio y luego oleadas de aplausos le obligaron a repetir las inclinaciones una y otra vez. No sabía exactamente qué quería decir con eso de «hijos de la aurora», pero la frase le había salido así y le gustó.

## CAPÍTULO VIII

La casa de Pekín que le había parecido a James bastante agradable cuando la dejó, le parecía ahora desnuda y toscamente amueblada cuando llevó a sus hermanas y a Peter a ella. Perrito y su madre habían trabajado todo lo mejor que pudieron. Barrieron los pisos y quitaron el polvo; el fogón de la cocina estaba dispuesto para ser encendido. Sobre una pequeña hornilla de barro hervía agua en una tetera. Chen también estuvo allí y trajo dos grandes cacharros de porcelana, cada uno con un pequeño pino nudoso. Sobre la mesa de la habitación central del primer patio, que iba a ser el *living room*, había colocado una redonda vasija blanca con pequeños crisantemos amarillos, de los que se podían comprar en el mercado por pocos centavos.

James observó las caras de los tres cuando se quedaron parados delante de la amplia puerta de esta habitación, ahora abierta al patio. Louise miraba a su alrededor con ojos resentidos. Peter sonreía tolerante. Sólo Mary contemplaba con interés lo que veía.

—Es una linda habitación, y muy grande —dijo.

—Ahora que vamos a vivir como nuestros antepasados —les explicó James—, podremos ver por nosotros mismos hasta qué punto son valiosas las bagatelas modernas y si la felicidad depende de ellas. No hay agua corriente, pero los *coolies* aguadores echarán agua hirviendo en la bañera de latón de la pieza que he separado para cuarto de baño, y Perrito la templará con agua fría traída del pozo. El fogón de la cocina es de ladrillo y quema haces de hierba. La madre de Perrito hará aquí nuestra comida. Como luz para la noche me he permitido el lujo de tener lámpara de petróleo en lugar de las lámparas de aceite de habichuela que en realidad deberíamos usar. Y he comprado camas americanas en el mercado de los ladrones. Me pareció que en esto quizá podríamos mejorar a nuestros antepasados.

—Todo se puede arreglar de un modo encantador —murmuro Mary.

—Con las celosías no necesitamos cortinas —siguió James—, y sobre estos pisos de piedra podemos poner alfombras en invierno, si queremos. Hay lindas alfombras que se hacen aquí en Pekín.

—Ya está encantador así —dijo Mary.

—¡Pero las paredes! —exclamó Louise de repente—. Odio estas murallas que rodean los patios... ¡no podemos mirar por las ventanas!

—Siempre podemos salir fuera de la puerta —dijo James—. No estará cerrada. A nuestros antepasados les gustaban las murallas. Ya veréis que aquí todo el mundo las conserva todavía.

—¿Dónde está mi habitación? —preguntó Peter.

—Podemos repartirnos las habitaciones como queramos —respondió James—. Pero me pareció que tú y yo deberíamos compartir esta parte izquierda de la casa, Peter, y las chicas ocuparán las habitaciones de la derecha. De paso, Mary, si Louise y tú veis algo parecido a una rata no es más que una comadreja. Yo creo que se han ido

todas, pero, en caso de que no fuera así, no se quedarán mucho después que nos hayamos mudado.

—¿Comadreas? —Chilló Louise—. ¡No oí nunca que las hubiera en las casas!

—Oirás muchas cosas nuevas aquí —dijo James—, algunas agradables y otras no.

Todavía no había decidido cómo debía tratar a Louise. Hasta ahora sólo había sido la linda y malcriada hermanita menor por quien todos tenían un interés sentimental. Y ahora, de repente, se había convertido en una mujer que había pasado de un salto los años que van de la infancia a la femineidad. Era una flor a la que no se había dado tiempo a florecer. El capullo había sido forzado. Porque Mary le había contado exactamente al fin lo que había sucedido. En las horas que pasaron juntas en su camarote del barco sonsacó a Louise toda la historia. Fue cosa fácil, desde luego, porque Louise pasaba muchas noches bañada en lágrimas, y cuando descubrió que Mary no estaba dispuesta a reñirla, las lágrimas habían dejado paso rápidamente a las confidencias, con frecuencia repetidas. Mary le contó a James todo en el tren, mientras Louise y Peter estaban en el coche comedor y James había decidido que no tenía apetito. Había tomado un compartimiento de segunda clase para los cuatro, porque comprendió que el atestado vagón abierto no podría ser soportado por quienes acababan de llegar de América. Mientras el tren vibraba y trepidaba a través del paisaje de pequeñas granjas con perros ladrones y gansos graznando, cuyos aldeanos vestidos de azul quedaban contemplando el paso precipitado de los vagones, Mary lo contó todo a James.

—Louise creyó que Phillip se casaría con ella. Yo la disculpo mucho por eso —dijo al final.

James había escuchado con asombro y enojado con Louise. Era extraño, pensaba, pero no podía culpar a Phillip. Los americanos no recibían la educación de los chinos. Si Louise lo quiso, no era imaginable que Phillip no aceptara.

—Louise fue una loca —dijo. Por la ventanilla se veían las colinas de la China central desvaneciéndose en las grandes planicies del Norte.

—Primero fue una locura de Estelle —dijo Mary. Observaba la cara de su hermano. No debía ser duro con Louise ahora. Su hermanita había sufrido mucho con sus padres—. Estelle tuvo demasiada influencia sobre Louise —siguió Mary—. Creo que le hizo olvidar que es china. Esas cosas las pueden hacer ellas, pero nosotros no.

—Phillip no querría casarse con una china —dijo James bruscamente.

—Sea como fuere, no hables con Louise —le rogó Mary—. Papá la riñó mucho, y mamá lloraba y lloraba.

De manera que James no dejó escapar señal alguna que permitiera conocer a Louise que estaba enterado de lo sucedido. Pero en su corazón estaba conforme con que su padre había obrado con prudencia al mandarla en seguida a miles de kilómetros de distancia. Una herida tan joven se curaría. Sería difícil casarla ahora con un hombre que la perdonara. Sin embargo, a su juicio, el matrimonio era la única

posibilidad. Louise no se conformaría con volver a la doncellez e inocencia, aunque pudiera. Todo en ella había sido forzado. Un fruto verde madurado mediante un irrazonable calor.

Sin embargo, pensándolo mejor, le parecía que debía mostrarse firme con Louise. Debía tratársela como a una mujer hecha, aunque también como a una chica que necesitaba vigilancia y restricciones. Deseaba poder arreglarle un matrimonio a la antigua usanza china, y transferir a un marido la responsabilidad de esta linda criatura que ya no era una virgen. Sólo un marido podría llenar este papel, aunque Louise difícilmente se conformaría con ser casada de una manera sumaria.

Meditaba esto una vez más mientras se cambiaba de ropa y arreglaba sus cosas en el nuevo dormitorio. A través de la puerta abierta oía a Peter caminando de un lado para otro, tirando sus maletas, moviendo mesas y sillas. Tampoco Peter sería muy fácil de cuidar, pero su primera atención debía ser Louise. El recuerdo de Chen le vino a las mientes. Si Chen se enamorase de Louise, desde luego sería excelente. Por supuesto debía tener cuidado de que ninguno de los doctores que ya estaban casados, algunos con esposas a la antigua usanza a las que dejaban en el campo, se interesara por Louise. Había mucha relajación de costumbres en la llamada sociedad moderna de Pekín. Hombres y mujeres se juntaban y separaban, se casaban y se divorciaban sin más esfuerzo que una noticia publicada en los diarios. Había algo en Louise que le repelía y le hacía difícil ser afectuoso con ella a la manera fraterna de antes. Tan joven y no obstante experimentada. En Mary se veía la virgen que era, y de las dos, Louise ahora parecía la mayor.

Los cuatro salieron juntos a la calle para comer, porque habían llegado a Pekín a últimas horas de la tarde. Ahora que las lámparas estaban encendidas, las habitaciones parecían más amables y hogareñas. Cuando Young Wang hubo ordenado a Perrito que trajera los platos de comida caliente para servir la mesa, se sentaron con buen apetito. Hasta Louise parecía menos adusta, aunque estaba dispuesta a quejarse en seguida.

—¿No hay armarios en nuestras habitaciones? —dijo—. ¿Dónde voy a colgar mis vestidos?

—Haré construir algo —dijo James—. Pero si llevas cosas chinas no necesitarás más que los estantes de la alacena de la pared. Nuestros antepasados guardaban sus ropas dobladas.

—Yo llevaré ropas chinas, ahora —dijo Mary.

—Yo no —replicó Louise.

—Qué tranquilo se está aquí —dijo Peter de repente—. Uno no se daría cuenta de que está en una ciudad.

—Ésa es la belleza de las murallas —respondió James.

Después que la comida hubo terminado, se dispuso a ir al hospital. Ya había estado fuera la semana entera, y quería ver a sus pacientes, y aunque dejaba allí a los tres de mala gana, no tenía más remedio que ir. Estaban sentados a la mesa partiendo

nueces y tomando té, cuando se levantó y se quedó en pie detrás de su silla.

—Si me necesitáis, Young Wang puede venir a buscarme. —Les dijo—. Mañana nos ocuparemos en todo y decidiremos qué va a hacer cada uno. Tú no empiezas a trabajar hasta el primero de mes, Mary. Tú debes empezar en seguida en la Facultad, Peter, las clases se abrieron la semana pasada. Pero quizá todos queráis unos cuantos días libres para ver la ciudad.

—No somos bebés —dijo Mary sonriendo—. Podemos cuidarnos solos. Y no te sientas en la obligación de disculparte con nosotros por China, Jim.

Él le devolvió la sonrisa, agradecido por su sentido común. Era verdad que, sin darse cuenta en absoluto, estaba temeroso, no fuera que les disgustara todo aquí, por no ser lo que acostumbraban tener en América. Mary con sus ojos penetrantes había comprendido sus temores.

En el hospital se encontró con Chen, a cuyo cuidado había dejado sus enfermos. Éste los había atendido con celo, pero a pesar de todo su cuidado, se había muerto una mujer. Había entrado en el hospital después de dar a luz, con fiebre puerperal, como venían muchas mujeres. Parecía estar mejor cuando James se fue, pero la fiebre había tomado un rumbo cada vez peor, y murió muy rápidamente al otro día.

—Aunque yo estuve con ella, no pude hacer nada. —Se lamentó Chen—. La devoró la fiebre. Deja al niño recién nacido. ¿Qué vamos a hacer con él?

—¿Dónde está ahora? —preguntó James.

—Lo tengo en la sala de niños, pero no puede estar allí demasiado tiempo..., ya sabes lo atestada que está, y las enfermeras se impacientan con tantos como lloran a la vez.

—Traeré a mi hermana Mary por aquí mañana —dijo James.

Hicieron la ronda juntos, con Marie y Rose caminando detrás de ellos. Estas enfermeras se habían adherido a los dos doctores que les gustaban más y con Kitty, que era una enfermera de fiar, formaban un sólido coro de cinco en el hospital. No tomaban parte en la vida social de los otros doctores y enfermeras y mantenían un rígido frente contra el chismorreo y los asuntos amorosos. Si hubieran sido sólo Rose y Marie, la murmuración los habría alcanzado y los habrían acusado de vivir con los dos doctores a quienes seguían ahora. Pero las tres enfermeras juntas hacían tales suposiciones imposibles.

Los demás pacientes no estaban enfermos de peligro y, cuando se terminó la ronda, James sintió separarse de Chen. Quería conversar con él e incluso pedirle consejo, quizá con respecto a Louise. Desde luego no le diría ni siquiera a Chen lo que en realidad había sucedido. Se limitaría a contarle que la muchacha estaba pasando por un infortunado asunto de amor, infortunado porque su amor no era correspondido, y que había sido necesario apartar su imaginación del motivo de su disgusto. Pero antes de que dijera nada, Chen debía conocer a Louise.

—Ven a casa conmigo, Chen —dijo bruscamente—. Tú eres el primero a quien deseo que conozcan.

Chen se sonrojó hasta las orejas.

—Yo no sé nunca cómo hablar con las muchachas jóvenes —murmuró— sobre todo con las que acaban de llegar de América.

—Vamos, ven —lo apremió James—. Encontrarás a mis hermanas muy tratables. Louise es muy linda y habla de bastante buena gana con cualquier hombre. Ella te ayudará.

Después de hacerse rogar un poco más, en lo cual James sólo vio una curiosidad disimulada y un real deseo de ir, los dos marcharon a pie a través de las tranquilas calles. El *hutung* quedaba muy cerca y en pocos minutos llegaron a él. Empujó James la puerta y quedó encantado con lo que vio. Peter y sus hermanas estaban sentados en el gran patio central bajo la luz de tres linternas de papel que Young Wang había atado en el pino grande. Perrito había traído una tetera y algunas sillas, y Young Wang, en cuclillas, tocaba una flauta. Era precisamente cómo le habría gustado que los viera Chen. Le agradó que Louise estuviera sentada más a la luz y que resultara muy linda y llena de suavidad. Observó a Chen y vio su mirada ya vuelta hacia ella. Los presentó rápidamente.

—Liu Chen, mi hermana mayor Mary; Louise, la más joven, y mi hermano Peter. Liu Chen es mi mejor amigo, como ya os he dicho, y ahora llamémosnos todos por nuestros primeros nombres<sup>[1]</sup>. Chen, estás en tu casa.

Perrito corrió a buscar más sillas y su madre trajo tazas y algunos pastelillos y un plato con pepitas de melón, y Young Wang, tirado detrás del pino, continuó tocando suavemente sus gentiles aires serpeantes. Era muy agradable. Al poco rato todos se reían, porque ninguno de los hermanos podía romper las pepitas de melón como era debido y Chen se vio obligado a enseñarles. Fue la primera vez que James había visto reír a Louise desde que la recibió en Shanghai. Ahora con una gruesa pepita negra entre sus blancos dientes abría los labios rojos para mostrarle a Chen que no podía partirla, y éste empezó a explicarle cómo hacerlo. Pero ella se reía tanto que no pudo.

A la hora de terminarse la reunión todos estaban alegres, porque Chen reveló que sabía hacer juegos de manos.

—Yo tenía un tío que era prestidigitador ambulante. —Confesó—. Miren, la tierra no puede sostener a todo el mundo, y como nosotros no éramos estudiantes, teníamos que trabajar. Pero mi tío no quería trabajar, y como tenía las manos largas, delgadas y como sin huesos, mi abuelo temió que se convirtiera en un ratero y desgraciara a una familia honrada. Así que lo llevó a un prestidigitador para que lo enseñara y mi tío se hizo muy competente.

Young Wang dejó de tocar la flauta, y se sentó fuera del círculo en un trozo de ladrillo roto; detrás de él estaban en pie Perrito y su madre, y todos observaban a Liu Chen y se reían continuamente de las cosas que podía hacer. Sacaba tazas con agua del aire, tragaba cigarrillos encendidos y hacía desaparecer los pendientes de Louise.

Cuando todos se rieron hasta cansarse, y la luna estaba alta en el cielo, Chen se golpeó las rodillas.

—Es cerca de medianoche y Jim y yo tenemos que ir temprano a trabajar. — Levantóse y se apretó la faja que llevaba siempre alrededor de la cintura en lugar de cinturón.

—Yo he tratado de persuadir a Chen de que viniera a vivir con nosotros —dijo James.

—¡Oh, sí! —gritó con ansia Louise—. Eso sería muy divertido.

—Hay bastante espacio —dijo Mary—, y estando varios juntos viviríamos más barato.

—Eso me gustaría —dijo Peter cortésmente. No estaba enteramente seguro, ahora que había dejado de reírse, de lo que era Liu Chen. ¿Un doctor? Pero al parecer no hablaba inglés. Toda la noche, mientras que a ellos se les había escapado el inglés aquí y allá, él había hablado invariablemente en chino.

—Ahora ya ves lo bien que se te recibe —dijo James—. Vamos, Chen, prométenoslo.

Chen los miró a todos, con los ojos resplandecientes a la luz de la luna y una media sonrisa todavía en los labios. Su mirada cayó por último en Louise.

—Bueno, bueno; lo pensaré —dijo—. Quizá sea demasiado pronto. —Añadió, volviendo a reírse—. Tengo malos modales a la mesa y cuando duermo ronco de modo muy sonoro.

—¡No se preocupe! —exclamó Mary.

El final del asunto fue que en menos de una; semana, Chen se trasladó a la casa, ocupando la habitación del último extremo después de la de Peter. Young Wang le dijo a Perrito:

—Ahora hay alguien en la casa que sabe lo que se debe hacer. El no es un extranjero como los otros. —Y le dio unos pequeños golpes a Perrito sobre las orejas, para demostrarle que él, como Liu Chen, no consentiría disparates bajo este techo.

La carta de la señora Liang no les llegó a sus hijos hasta después de transcurrido un mes. No había comprendido que se necesitaban sellos especiales para correo aéreo, así que la habían llevado a través del océano en un vapor ordinario. Esperó las vacaciones de un empleado del correo de Shanghai, que acababa de casarse y no tenía prisa en volver a su trabajo, y llegó al hospital a mediados de otoño.

El otoño era extraordinariamente benigno. No hubo vientos fuertes y por lo tanto fue poco el polvo. Las caravanas de camellos no habían venido aún para pasar el invierno y animar las calles con el golpeteo de sus enormes cascos. Puesto que era el primer año verdaderamente pacífico, desde que los japoneses se habían retirado, los crisantemos eran grandes y finos. Los jardineros de las casas particulares y jardines comerciales habían rivalizado unos con otros en producir la clase de flores que tenían antes de la guerra. Mary se embriagaba de placer con ellos. Los vendedores de crisantemos ya se habían dado cuenta de que si llegaban a la puerta por la mañana



temprano antes de que James saliera para el hospital o por la tarde después de su regreso, la venta era segura. Mary había comprado docenas de tientos. Estaban alineados en el patio y contra las paredes de la casa dentro de las habitaciones. La ventana de su dormitorio se había convertido en una glorieta llena con sus favoritos, de retorcidos pétalos escarlata ribeteados de oro.

Era muy feliz. Amaba la casa, y no echaba de menos nada de lo que había tenido en Nueva York. La proximidad de esta casa a la tierra, la intimidad del patio, la sombra bajo el gran pino inclinado, todo era de su gusto. Sobre todo le agradaba la sencillez de la vida en una casa así. No había maquinaria que produjera desazones averiándose cuando más se la necesitaba. La madre de Perrito y Perrito mismo eran unos criados excelentes, siempre que uno se asegurara de unas cuantas reglas de limpieza. Perrito no debía lavar su ropa en la vasija de los platos, y su madre no debía lavar las escudillas de arroz pasando los dedos alrededor de los mismos en un barreño de agua fría. Ellos obedecían con cierta condescendencia o así lo parecía. Mary les explicó con vehemencia lo de los gérmenes, y discutió con Chen cuando él dijo sencillamente que todo debía comerse caliente.

—Yo estoy segura de que Young Wang comprende y le he encargado que vigile a los otros dos.

—Young Wang es un buen muchacho —dijo Chen—, pero me fío más de mi inteligencia que de la suya. Yo prefiero tomar mi comida caliente, sobre todo porque hay algo de cólera en la ciudad.

Chen y Mary discutían sobre muchas cosas. Ambos eran obstinados y ninguno cedía al otro. Louise tomaba siempre el partido de Chen, fuera lo que fuese lo que discutiesen. A veces parecía que no quería a su hermana mayor, y Mary más de una vez salió con lágrimas en los ojos, aunque era demasiado orgullosa para dejarlas ver. Después que los hubo dejado así un día, Louise le dijo a Chen:

—Mary nunca me permite sentirme libre. Realmente fue culpa suya, creo yo, que papá nos hiciera venir aquí.

Chen ahora ya sabía que ella había estado enamorada de un americano y que sus padres la habían mandado lejos. James le contó esto, y Chen lo escuchó latiéndole fuerte el corazón y sintiendo correr la sangre ardorosa por sus venas. Le enojaba que un americano se atreviera a mirar a una muchacha china, pero le daba pena Louise. Era muy joven y demasiado linda para su bien. Discutió con James con cierta extensión el problema de la belleza de la mujer, y si se la podía culpar de que su fortaleza no fuera igual a sus tentaciones.

—Esta fuerza —decía Chen—, podía ser mayor que la de una mujer fea, pero la fea es alabada por un autodominio que de hecho pudiera ser muy ligero.

—Espero que no lamentará haber venido a Pekín. —Le decía Chen ahora a Louise. Se sintió sorprendido y un poco alarmado por la ternura que sentía en su voz, y al oírla se avergonzó.

—No me gusta esto tanto como Nueva York —contestó Louise.

—Pero usted se está divirtiendo mucho, ¿no es cierto? —La apremió Chen. Sabía con cuánta ansiedad esperaba James que esta hermana menor quisiera quedarse aquí, y que encontrara un marido.

Louise hizo una mueca y se encogió de hombros.

—No hay nada divertido en Pekín —dijo.

—Están los palacios —le recordó Chen. Habían pasado varias tardes de domingo visitando la Ciudad Prohibida y fueron invitados a algunas excursiones por el doctor Su y el doctor Kang para salir fuera de las murallas de la ciudad y ver el Palacio de Verano y los hermosos monasterios antiguos de las colinas.

—Lo que quiero decir es que aquí no hay nada parecido a Radio City —dijo Louise con desprecio en sus grandes ojos.

Chen estaba hablando en chino, pero ella hablaba siempre en inglés.

—Yo no estuve nunca en Nueva York. —Confesó Chen con cierta humildad.

—Entonces no vio usted lo mejor de América —replicó Louise.

—Quizá —dijo Chen pensativamente, Y continuó mirándola.

—¿Por qué me mira usted así? —Inquirió ella.

—Porque es usted tan linda —contestó Chen. Esta verdad le salió tan sin pensar que se quedó asombrado y luego enrojeció de vergüenza.

Louise se echó a reír.

—¿No lo descubrió hasta ahora? —Le preguntó.

—Sí —dijo Chen bruscamente. Se sentía muy disgustado por haber hablado tan groseramente, y sin decir nada más se fue.

Desde aquel día, hacía ahora dos semanas, había estado siempre molesto con su conciencia. ¿No debería decirle a James que empezaba a pensar con frecuencia en Louise? Pero una vez dicho esto, ¿qué más podría añadir? No quería tomar una esposa. Tenía cierta vaga idea de no hallarse aún dentro de la realidad, ni siquiera con el pensamiento. No estaba muy seguro de su deseo de seguir mucho más tiempo en el hospital. Lo que quería no lo sabía aún; pero si tomaba una esposa, se vería obligado a quedarse aquí, sobre todo si era una joven moderna como Louise. Sin embargo, reconocía el peligro de seguir cerca de ella, y de consentir que sus ojos la vieran todos los días. Pero ¿qué iba a hacer? James, sin duda, le exigiría la verdad, y se avergonzaría de decirle que esta hermanita suya le agitaba la sangre al mismo tiempo que sabía que no deseaba casarse con ella. Era una grosería y Chen no quería revelarse capaz de nada semejante. Siempre se había enorgullecido de ser un hombre mejor que Su, por ejemplo, o que Kang, o que cualquiera de los exquisitos del hospital, y ahora estaba sintiendo lo mismo que sentían ellos por una muchacha bonita.

Cuando la dejó así bruscamente, Louise se quedó mirándolo, reflexiva. Había estado esperando diariamente una carta de Phillip, o al menos de Estelle. Con Estelle había volcado su odio por todo lo de esta ciudad medieval y toda su nostalgia de Nueva York. A Phillip le había escrito seis páginas conmovedoras. Ninguno de ellos

contestó. Cuando los días empezaron a convertirse en semanas, algo duro se le formó en el corazón. Se negó ir a la escuela y con el pretexto de gobernar la casa se había quedado en ella, holgazaneando días y días. Allí no había nada que hacer. Perrito y su madre, bajo la vigilancia de Young Wang, conservaban todo en marcha con facilidad. La casa estaba cómoda a su manera, mientras el tiempo todavía era caluroso. Ella dormía mucho, pedía libros prestados en la biblioteca inglesa del hospital y leía novelas. Había un cine y allá iba algunas veces, siempre con la madre de Perrito como chaperón. Chen le había hablado a James sobre eso.

Ahora, reclinada en la *chaise longue* de mimbre en la que pasaba muchas horas, jugaba con la idea de hacerse amar por Chen.

Luego frunció el ceño impaciente. ¿De que servía eso? El sólo querría casarse con ella, y ella no lo quería. Se mostró tan fría con él unos cuantos días, que Chen se sintió aliviado.

En el hospital, lo mismo que en casa, Mary era casi enteramente feliz. La causa de que no lo fuera por completo era su sincera desesperación cuando uno de los doctores no cuidaba a un niño a su cargo como ella creía que debía hacerlo. Al doctor Kang, sobre todo, lo odiaba, y con frecuencia se peleaba con él. El la eludía riéndose, íntimamente furioso de que no se tratara de una enfermera a la que sencillamente pudiera despedir.

—¿Puedo evitar el preferir los adultos a los niños? —Le preguntó un día.

—¡Pero un *niño*! —suspiró Mary con ardor y los ojos furiosos.

—Yo soy un miserable duro de corazón. —Convino él—. Soy algo odioso. Pero no me gustan los niños.

Mary respondió a esto no llamándolo nunca, e insistiendo en buscar a James como cirujano. Tenía la costumbre de apartar de su pensamiento y de su vida todo lo que le desagradaba.

Un sábado por la mañana, cuando estaba preparándose para volver a comer a casa, se detuvo en la oficina de correos del hospital y allí encontró la carta de su madre. La tomó sin gran entusiasmo. Era gruesa y estaría llena de noticias; podían leerla juntos reunidos alrededor de la mesa. No la abrió, por lo tanto, pensando que hacerlo sería un egoísmo. La metió en el peto del delantal, y más tarde, a la hora de la comida, una vez hubo satisfecho el hambre primera, sacó la carta.

El sábado era siempre un día agradable, porque no tenían prisa en volver al hospital y Peter disponía de un día libre en la facultad. Aquella tarde proyectaba dar un paseo e ir al mercado de crisantemos. James llegó un poco tarde, y ella esperó a que él terminara su primera escudilla de arroz. Luego dijo:

—Aquí hay una carta de mamá.

—¡Qué bien! —exclamó James. Estaba comenzando a inquietarse íntimamente porque su padre no había escrito nada, aunque había prometido hacerlo.

Chen se levantó.

—Me voy —dijo cortésmente.

James le hizo sentar, poniéndole una mano en el hombro.

—Siéntate, siéntate —dijo—. Ahora eres nuestro hermano.

—No se sabe lo que hay en la carta de mamá —dijo Peter con malicia.

—Me voy —dijo Chen volviendo a levantarse.

—Quédate. —Insistió James.

Louise no había tomado parte en esto. Continuó comiendo, con sus grandes ojos descontentos bajos.

Mary empezó a leer. A cada momento hacía una pausa y volvía la carta de un lado y de otro, porque la escritura de su madre era enteramente personal, y tenía que guiarse más por el sentido que por la manera correcta de formar un carácter. Sobre esto Peter le dio un consejo.

—Cometes una equivocación al examinar la escritura de mamá —dijo—. Toma aliento profundamente como si estuvieras a punto de dar una corrida, y luego marcha todo lo rápida que puedas, guiándote sólo por el sentido, y no por la vista.

Se rieron y Mary, divertida, hizo lo que Peter le aconsejaba. Así llegó precipitadamente a la parte de la carta donde la señora Liang hablaba de la posibilidad de una concubina y de su determinación de dejar la casa en tal caso. Allí se paró Mary. Se miraron unos a otros espantados. Hasta Louise se sobresaltó y dejó sus palillos.

—Ya te dije que yo no debería estar aquí —habló Chen.

—¿Por qué no? —preguntó Mary—. Si papá ha sido tan loco...

—Yo no lo creo —dijo James severamente, pero estaba íntimamente desalentado al descubrir que no estaba muy seguro de que su padre no pudiera ser un loco.

Peter se volvió a Louise.

—Tú conoces a papá mejor que nosotros —dijo—. ¿Se te ocurre alguna que pueda ser... especial para él?

Louise parecía pensativa. Era penoso recordar toda la animación de aquellos días en Nueva York en comparación con el aburrimiento de su vida presente, pero se obligó a hacerlo.

—Es difícil pensar en ninguna —dijo por último—. Ya sabéis cómo están las mujeres alrededor de papá. Se reúnen en un círculo tan estrecho a su alrededor... para oír lo que dice.

—¡Louise! —gritó Mary—. Papá no tiene la culpa de eso.

Peter hizo una mueca.

—Papá no las aparta nunca. —Observó.

—Papá nunca extiende una mano para tocar a nadie —replicó Mary.

Louise continuó con aspecto pensativo.

—Yo creo que papá solía hablar más con Violet Sung que con las demás —dijo.

Peter gruñó ruidosamente.

—¡Oh... ésa!

—¡Caramba! —exclamó James—. ¿Quién es Violet Sung?

Louise dirigió una mirada de reojo a su hermano.

—Es una amiga de Lili —dijo.

James hizo un esfuerzo para no cambiar de expresión. Había hablado sólo una vez con Mary de Lili. Sólo unas pocas palabras.

—¿Está... Lili casada ya? —Le preguntó a Mary.

—No, no lo está —respondió Mary—. Por favor, no me preguntes por ella. No la vi nunca excepto aquella vez después que tú te fuiste.

Puesto que Lili no le había escrito ni una carta, parecía estúpido hablar más de ella. Sin embargo, quiso hacerlo, quizá para aliviar su corazón.

—Yo sé que ella y yo nunca nos casaremos —dijo—. Podríamos habernos hecho muy desgraciados uno al otro.

—Me alegro de que lo comprendas. —Había dicho Mary. Su linda cara redonda tomó un aspecto tan severo que él no habló más.

Pero ahora que había escuchado su nombre en labios de Louise, se le ocurrió que ésta era la única a quien debería haber hablado. Pero no era la ocasión ni el lugar. Cobró el aspecto más serio que pudo de hermano mayor y dijo sosegadamente.

—En todo caso, estoy seguro de que papá no hará semejante cosa. Dame la carta, Mary. La terminaré en privado y luego escribiré a él en nombre de todos. Desde luego, si nos equivocamos con respecto a papá, es muy cierto que mamá debe venir a vivir con nosotros.

—Entonces yo iré a cuidar a papá —dijo Louise con vehemencia—. Estoy segura de que Violet no será una buena ama de casa. Es muy hermosa, en esa especie de estilo francés...; siempre ha vivido en París. Y vosotros sabéis cómo es papá...: muy intelectual, pero al mismo tiempo está acostumbrado a que mamá mire por él, y Violet no le pondrá nunca una bolsa de agua caliente en la cama ni se fijará si sus corbatas están limpias o pulidos sus zapatos. —Tenía la expresión anhelante, y le brillaban los ojos. Todos la compadecieron porque se dieron cuenta de que no era por su padre por quien deseaba regresar.

—Louise —dijo James—, quiero hablar contigo a solas. —Se levantó y entró en la otra habitación, y Louise, haciendo un mohín, lo siguió.

Los demás se fueron, después de comer lo que deseaban del resto de la comida. El apetito de Mary había desaparecido, y Chen, apenado por ella, no tuvo valor para mostrarse hambriento. Con sus palillos picó un trocito de carne aquí y un poquito de legumbre allá. Cuando ella dejó sus palillos dejó él los suyos y tomando la taza de té salió al patio, se enjuagó bien la boca y escupió detrás del pino. Sólo Peter comió otra escudilla llena de arroz, y con él hablaba Mary en tono bajo y enojado.

—Si yo creyera que papá de veras es tan miserable, declararía que no soy su hija —dijo. Todos los días en los periódicos de Pekín hijos e hijas se declaraban libres de sus padres, porque, según decían, eran demasiado a la antigua y no sentían de corazón

interés por su país.

—Papá es muy profundo —dijo Peter—. Está lleno de confucionismo y todas esas antiguallas podridas. Deberías oír aquí a los compañeros de la Facultad cómo hablan de Confucio. Porque Confucio era un reaccionario y mantuvo vivas las antiguas tradiciones que han debilitado a la nación y esclavizado al pueblo.

—No seas tonto —dijo Mary impaciente—. Tú sabes que el pueblo de aquí no es esclavo. Todo el mundo hace lo que quiere. En el hospital tenemos rótulos por todas partes de que no se debe escupir, pero todo el mundo sigue escupiendo donde quiere.

—Eso también es por causa del confucionismo —declaró Peter, con la boca llena de pato guisado—. La higiene y la ciencia se desconocen por igual aquí, porque Confucio ha retrasado a nuestro pueblo.

—¡No veo qué tiene que ver esto con papá! —gritó Mary.

—Tiene mucho que ver con él —dijo Peter, llenando su escudilla de nuevo con arroz—. Papá también es un reaccionario. Por eso es por lo que no se atreve a venir a China. Tiene miedo de que alguien lo apuñale por la espalda en algún callejón oscuro.

Dijo esta cosa aterradora tan solemnemente que Mary quedó sin habla medio minuto. Viendo la impresión que le había causado, Peter continuó:

—Yo ya he aprendido muchas cosas en la Facultad. Nunca supe antes cuánto los compañeros de aquí odian a papá. Todo el mundo le conoce y todo el mundo le odia. Dicen que es un intelectual pasado de moda, que quiere ser considerado un universitario a la antigua escuela, y que éstos forman una liga con los militares, los terrateniente y el Gobierno para oprimir al pueblo.

—¡Peter! —gritó Mary—. ¡Ten cuidado con lo que hablas!

—No hago más que repetir lo que oí —dijo Peter con dureza—. No es agradable ser el hijo de papá, te lo aseguro. Yo tengo que declarar abiertamente que no estoy conforme con él.

—Deberías avergonzarte —dijo Mary acaloradamente—. ¡Es tu padre!

—El tuyo también —dijo Peter—. Y no hace más de un minuto que estabas hablando de independizarte de él.

Así cogida, Mary perdió la serenidad.

—¡Oh, cállate! —dijo en inglés, y sintiendo que las lágrimas le venían a los ojos se levantó y entró en el patio sola.

Pero Chen todavía estaba allí. Se había sentado en el banco bajo el gran pino para escarbarse los dientes y meditar cómo podría ser útil. Cuando vio a Mary ocultó el mondadientes con la mano y se levantó cortésmente. Con ella siempre era formal.

—No te levantes —dijo Mary—. Sólo voy de paso por el patio.

—Por favor —dijo Chen— siéntate un momento. He estado pensando sobre la carta. Mi conclusión es que tu madre ha cometido alguna equivocación. Si tu padre estuviera realmente pensando en dar semejante paso no podría hacerlo en América, donde una concubina no es una persona reconocida. Cualquier cosa que él hiciera en este sentido tendría que ser clandestina y como es tan famoso, sería muy difícil

conservar ese secreto. Además, he descubierto que los intelectuales raras veces tienen un auténtico asunto de amor. Carecen de la fuerza física para ello. Fíjate en los doctores de nuestro hospital: hablan mucho del amor y de las mujeres cuando estamos reunidos hombres solos; pero en la realidad yo no sé de ninguno que haga más que hablar. Para ellos el amor es enteramente teórico. Tu padre ya no es joven. Es el menos indicado entonces para emprender un asunto de amor en el terreno práctico. Escríbele a tu madre, por favor, y dile que probablemente está equivocada.

Mary había escuchado este discurso bastante largo sin apartar los ojos de la cara de Chen. Nunca lo había mirado tan atentamente. Mientras estaba allí bajo el pino con la luz del sol cayendo a través de las ramas, vio como por primera vez que tenía una ancha cara honesta, una boca grande cuadrada, nariz larga y fuerte, y bonitos ojos. La mirada de sus ojos era buena, cordial y sincera. Ella habló dándole las gracias sin querer:

—Chen, eres muy bueno al decirme esto. Yo creo que tienes razón. Me parece que mamá es la que está pasada de moda y sospecha de papá. Así se lo diré.

Chen sonrió con cierta timidez.

—¿Crees que con todo este disgusto debemos abandonar nuestro paseo al mercado de crisantemos? —preguntó.

Mary lo había olvidado, pero cuando habló él ahora de crisantemos le pareció que su visita al famoso mercado donde podía escoger tastos de sus flores favoritas y traerlas a casa, la consolaría más que cualquier otra cosa.

—No veo por qué no hemos de ir —exclamó—. Voy a buscar a James.

—Espera —exclamó Chen—. ¡Escucha!

Quedaron quietos y escucharon. Podían oír el murmullo de la voz de James, y luego la de Louise, en una conversación apasionada.

—Todavía están en plena charla —dijo Chen—. Esperemos un poco todavía.

—¿Dónde anda Peter? —preguntó Mary.

Chen sonrió y apuntó con el índice hacia la puerta abierta. Peter, lleno de arroz y pato, se había acostado en la *chaise longue* de mimbre que estaba arrimada en la pared y se quedó profundamente dormido, con las manos cruzadas bajo la cabeza.

—Ven a descansar debajo del pino —le dijo Chen a Mary—. El aire está fresco y fragante. No necesitas hablar. Sentémonos a reposar solamente.

En el otro cuarto, una pequeña habitación que habían convertido en estudio y biblioteca, James escuchaba a Louise, haciendo una pregunta de vez en cuando, guiando su conversación, pero diciendo muy poco él mismo. Esta hermana suya, con la que había vivido bajo el mismo techo durante casi todos los diecisiete años de su vida, se daba cuenta ahora de que había sido una extraña para él. Conocía su fisonomía, e incluso podía recordar su aspecto de bebé y cuando era niña. Durante aquellos años había sido para la familia un juguete y un entretenimiento. Mary era

seria e impetuosa, siempre una persona mayor, pero Louise parecía no tener más vida que la que tomaba de los demás. Siempre se había sentado en el regazo de alguien hasta hacía sólo uno o dos años, cuando de repente dejó de hacerlo por su propio acuerdo, y sin embargo, ninguno de ellos se había dado cuenta. Imperceptiblemente había dejado de ser una niña pequeña para convertirse en una joven, y tampoco de esto se habían dado cuenta. Se había portado bastante bien en la escuela, pero a nadie le importaba que no lo hiciera mejor. Ninguno de ellos esperaba ni deseaba siquiera que Louise fuera amiga de los libros ni brillante. Siempre les parecía graciosa y nada egoísta porque era la única que le llevaba las zapatillas al papá, o le llenaba su pipa; era la única que iba a buscar un libro que alguien necesitaba o que traía los platos de la cocina y volvía a llevarlos. Y nadie se dio cuenta de que ella no hacía ningún trabajo real, ni siquiera su propia cama. Detrás de aquella fachada de carita linda, graciosa y poco egoísta, se había formado otra personalidad enteramente distinta, una mujercita dura que vivía aparte, según ahora se daba cuenta James mientras dejaba que su hermana se revelara. ¿Cómo la había dejado crecer sin observar cómo era?

—Yo odio esto —estaba diciendo Louise—. A ti te pueden parecer graciosos esos viejos palacios que se desmoronan, Jim, pero a mí me repelen. No me gusta vivir en un país donde todo está cayéndose en pedazos y no hay nada digno de qué hablar sino del pasado.

—Pero, Louise, estás equivocada. Algo admirable y nuevo está ocurriendo aquí.

—¿Qué es? —preguntó ella con dudas.

—Yo no lo sé —dijo James honradamente—. Pero lo noto. Hemos terminado con una época y estamos a punto de empezar otra. Yo me quedo aquí por el porvenir, no por el pasado. Sé que papá vive siempre en el pasado, pero yo no.

—¡Lo que sucede es que a mí no me gusta nada de esto! —dijo ella apasionadamente—. No me gustan los jóvenes. No me gusta la gente de la calle. Los niños están roñosos. Desearía no haber nacido china. Me gustaría dejar de ser china. ¡Oh, Jim!

Aquí rompió a llorar y él dejó correr sus lágrimas.

—Todo esto —dijo después de un momento—, es porque te has dejado conquistar por un americano. A tu edad el amor moldea el Universo.

Louise continuó sollozando, y él siguió hablando con amabilidad.

—Yo sé, también, lo que es querer a alguien. Creo que quise a Lili con todo mi corazón. Aún ahora, aunque sé que no nos casaremos nunca, cuando pienso en ella, o alguien pronuncia su nombre, tiembla el mundo. Pero no se despedaza a mi alrededor. Sé que hay una vida diferente que se debe vivir feliz sin Lili. Ahora mismo siento como si para mí se hubiera acabado todo y debiera vivir siempre solitario. Pero sé que esto no son más que impresiones. Me casaré y tendré hijos. Quiero casarme aquí y tener aquí mis hijos. Y nunca les permitiré que dejen nuestro país. Deben quedarse aquí hasta que no haya peligro posible en su viaje, porque por más lejos que vayan, siempre querrán volver, y dondequiera que estén soñarán en volver y cualquier cosa



que hagan será por nuestro pueblo. Y deben casarse aquí, además, y sus hijos deben nacer aquí. Todo eso he decidido.

Louise dejó de llorar y lo miraba medio enojada.

—Tú eres muy anticuado, Jim.

—Hay algo aquí que quiero —dijo él—. No sé lo que es, pero lo descubriré. Y no lo descubriré con esto... —Se dio unos golpecitos en la frente—. Lo descubriré con mis raíces ciegas ahincándose y ahincándose muy hondo.

Ella no era una estúpida y lo escuchaba atenta.

—Tú eres un hombre —se lamentó— puedes hacer lo que quieras.

—Ahora eres tú la que estás pasada de moda —dijo él afectuosamente—. Una mujer puede hacer lo que quiera también hoy en día, incluso en China. Pero tú no tienes que pensar en lo que más quieres. En lugar de apesadumbrarte por Phillip, que no te quiere, debes repetirte que tú no lo quieres a él. Y después de algún tiempo será verdad. Entonces te sentirás libre para descubrir lo que realmente quieres.

Louise no respondió y él no pudo decirle cuánto confiaba en ella. Contemplaba con cierta fijeza y con gran ternura su cara encantadora y todavía infantil, y cruzó su mente, con una especie de asombrada timidez, la idea de que, de todos ellos, sólo esta niña sabía lo que era el misterio de la carne. Y sin embargo, no lo sabía en realidad, porque no había cruzado el valle y subido lentamente la colina de la vida hasta los fuertes de la felicidad. En lugar de eso, había subido corriendo como una niña esa colina y golpeado gritando aquellas puertas hasta que se le abrieron. No sabía nada acerca del amor y su verdadera consumación. Sintió una gran piedad por ella, porque lo que había hecho no podría ser reparado nunca, y cuando la verdadera consumación llegara, si es que llegaba alguna vez, estaría arruinada.

—La verdad es que venimos aquí para hablar de papá —dijo Louise de repente.

—Y ahora no tengo ganas de hablar de él —contestó James.

—Yo no creo que Violet Sung lo quiera —dijo Louise—. Después de todo, papá es viejo. Parece bastante guapo, sobre todo de noche, y desde luego tiene una voz admirable para hablar..., tan profunda y amable. A las mujeres les gusta. Pero cualquiera se daría cuenta de que carece de pasión. Y Violet no es una intelectual..., de verdad. Quiero decir... —se interrumpió.

Una gran revulsión se operó en James ante la facilidad con que esta criatura dijo estas palabras.

—Creo que tienes razón —dijo poniéndose en pie.

—¡Mamá es tan simple! —dijo Louise cruelmente.

—¡Y tan buena! —Añadió James con dulzura.

## CAPÍTULO IX

El doctor Liang recibió la carta de su hijo en una fría noche de otoño. Acababa de llegar a casa con la señora Liang de una fiesta agradable. El señor y la señora Li habían anunciado el compromiso formal de su hija Lili con Charles Ting, hijo de Timothy Ting, quien se esperaba sería el próximo embajador de China ante la Corte de St. James. Se decía que la embajada más importante era la de Wáshington, pero la más agradable la de Londres, porque la vida inglesa, al lado de la china, era la más civilizada del mundo. La boda se iba a celebrar pronto para que la joven pareja pudiera ir con los señores Ting a Inglaterra.

Había sido una fiesta muy distinguida. La gran riqueza de la familia Li se unía a la elevada posición de la familia Ting, y el Waldorf-Astoria hizo las cosas lo mejor que pudo. Decoraron el salón de baile con obras de arte chinas pertenecientes a ambas familias, y dos íntimos amigos de ellos, ambos grandes traficantes en objetos de arte, habían prestado sus mejores piezas. Las invitaciones eran un privilegio y fueron contratados vigilantes especiales y estacionados en las entradas para impedir que se colaran los forzadores de puertas. La comida fue soberbia, lo mejor de las viandas chinas y americanas, y se sirvieron el champaña y los tés más finos. El señor y la señora Li y los señores Ting estaban en pie, los cuatro en fila, y con ellos la joven pareja. Todos los hombres llevaban trajes occidentales de ceremonia y las mujeres chinas vestían los bellos, y suntuosos rasos de su país. Las mujeres occidentales daban el golpe con sus escotes, pero las chinas no desmerecían nada con sus túnicas de manga corta y cuello alto. Lili era la muchacha más bella del salón. Estaba pálida como el marfil, con el pelo negro cortado hasta los hombros y con flequillo recto sobre la frente, rizado flojo en las puntas. Llevaba pendientes y brazaletes de jade en sus pálidos brazos color crema. Era tan esbelta como un sauce, y el tono melocotón de su túnica se fundía con la cálida palidez de la carne. Tenía los labios color rojo de fuego, y en sus grandes ojos negros había una expresión soñadora. Charlie Ting resultaba sólo un poco más alto que ella, y no le quitaba la vista de encima hasta que la gente empezó a notarlo y hacerle burla.

El doctor Liang llegó a la fiesta con calculado retraso y en seguida se vio rodeado por la gente. La señora Liang se apartó siguiendo la corriente con su tranquilidad usual, encontró una butaca cómoda y se sentó. Le desagradaban las fiestas de noche, y ésta le era odiosa porque Lili no había querido casarse con James, quien, como todo el mundo sabía, valía cincuenta veces más que Charlie Ting, que era sólo un muchacho divertido. Suspiró meditando condolida sobre la importancia del dinero. Liang ganaba bastante, pero lo gastaban con la misma rapidez con que lo ganaba. Con frecuencia había sugerido ella que debían mudarse a un departamento más pequeño, pero su marido siempre se negaba, diciendo que la casa debía ser digna de su amo. Estaba segura de que no les había enviado ningún dinero a los chicos y esta noche..., no, quizá mañana por la mañana, después que él se hubiera levantado..., se

lo preguntaría.

Miraba el grupo de gente que lo rodeaban y se preguntaba celosa en cuál de las mujeres pensaría él cuando le habló de concubinas. No había dicho nada más desde aquel día en que ella había escrito a los hijos, y ya empezaba a arrepentirse de aquella carta desesperada. Liang se incomodaría si se enteraba de ella. Sin embargo...

Sus ojos quedaron prendidos ahora en la figura de una bella mujer china que tenía algo de extranjero. Quizá no era sino que parecía demasiado china, más china de lo que una verdadera podía parecer. Llevaba una estrecha túnica perfectamente ajustada de terciopelo violeta pálido, y perlas en el cuello y las orejas. Sus sandalias de altos tacones y la cartera eran de oro. Rondaba cerca del doctor Liang, algo aislada y sola. Pero él la vio. ¡Qué bien lo conocía la señora Liang! Lo vio moverse casi imperceptiblemente hacia la bella figura solitaria y uno o dos segundos después se habían estrechado las manos. No era más que un ordinario apretón de manos, pero la señora Liang sintió inmediatamente que ésta era la mujer que le había hecho pensar en concubinas. Se inclinó hacia otra robusta señora china de mediana edad que estaba sentada en silencio un poco más allá.

—¿Quién es esa mujer con túnica de terciopelo? —preguntó.

La señora china miró hacia el doctor Liang.

—Ésa es la señorita Violet Sung —replicó.

—No la he visto nunca —dijo la señora Liang.

—Viene de París. —Informó la, señora—. Pero nadie sabe de qué familia es. Parece estar aquí sin sus padres.

—Probablemente es mayor de lo que representa —dijo la señora Liang.

—Dicen que es muy inteligente. —Replicó la otra señora—. Escribe versos. También se dice que es la querida de aquel inglés.

Con el dedo meñique apuntaba la señora hacia un alto extranjero de severo continente que estaba fumando en pipa y sonriendo a una pequeña americana de mirada atenta, cuyo vestido se le escapaba de los hombros.

La señora Liang los miró sin mucha atención.

—¿Cómo hacen estas mujeres occidentales para evitar que sus vestidos les caigan del pecho? —preguntó.

—No lo sé. —Replicó la otra señora—. Con frecuencia me ha llamado la atención, pero no conozco a ninguna lo bastante para hacerle esa pregunta.

—Estando así, en pie, más alto que ella —siguió la señora Liang—, ese inglés le debe ver el seno.

—Indudablemente. —Convino la señora.

Cayeron en un silencio y los ojos de la señora Liang se volvieron hacia su marido y a la señorita Violet Sung. Se sentía mejor ahora que sabía que la señorita Sung ya estaba unida a un hombre, pero todavía le desagradaba. También conocía a su viejo.

Juguetearía alrededor de una mujer, con renovado celo al saber que estaba unida a otro, y el que fuera la querida de un hombre le añadía atractivo.

«Exactamente como una mariposa y una luz», pensó.

Decidió que le había llegado la hora de ser activa; así, pues, se levantó y se acercó bastante tiesa adonde estaba el doctor Liang hablando con la señorita Violet Sung. Formaban una hermosa pareja, y los otros se habían retirado hacia atrás para dejarlos hablar a solas.

—¡Eh, Liang! —dijo en voz alta en chino—. Empiezo a tener hambre.

Acercóse más y él la miró. Su cara, tan iluminada de felicidad un momento antes, se puso fría.

—¡Ah, sí, sí! —dijo.

La señora Liang miró a Violet Sung, luego sacó su mano regordeta.

—¿Cómo está usted, señorita Violet Sung? —dijo en inglés—. He oído su nombre. Yo soy la señora de Liang, y éste es mi marido.

La mano delgada de Violet Sung tocó la suya.

—¡Oh! ¿Cómo está usted, señora Liang...? Íbamos precisamente a tratar de conseguir algo de comer.

—Venga con nosotros —dijo la señora Liang—; hay bastante comida para todo el mundo.

—Gracias —dijo Violet Sung. Tenía una voz dulce y profunda—. Pero le ruego que me disculpe...

Sonrió y se deslizó de allí, y la vieron juntarse con el inglés e ir hacia el comedor. La señora Liang permaneció inmóvil al lado de su marido.

—Es la querida de ese inglés —dijo.

—Por favor no hables tan alto —respondió el doctor Liang, con excesiva cortesía. Sin embargo, la condujo al comedor y comieron en silencio, cada uno decidido a mostrar su independencia y desagrado.

Al correr de la noche la señora Liang encontró dos antiguas amigas a quienes había conocido en China y las tres señoras se sentaron en un rincón tranquilo para contarse sus dificultades con los sirvientes blancos y los latrocinios de los empleados de las tiendas americanas con las medidas escasas.

En China todo el mundo llevaba su balanza al mercado.

Había también el problema de la sisa.

—Allá en casa —se quejaba la señora Liang—, yo calculaba un diez por ciento de sisa por parte de mi jefe de cocina. Aquí, aunque tengo que hacer yo la comida si quiero que mi marido la coma, me sisan por todas partes. Si le pido al ascensorista que me compre algo, me encuentro con que me ha cargado la mitad más de lo que cuesta. Hasta mi sirvienta Neh-lí saca algo del lavadero y del sastre.

—Los blancos son todos poco honrados —decía la señora Meng en voz alta. Era la esposa de un agregado a la embajada y había venido con su marido desde Wáshington para esta ocasión.

—¡Si el Gobierno de nuestro país quisiera al menos matar a todos los comunistas y poner un poco de paz, qué pronto nos iríamos todos para allá! —Suspiró la señora

Chang. Era una mujer bajita, de aspecto dulce, que había sido una de las famosas hermanas Wu, de Soochow, acerca de las cuales Hsiang Lin, el poeta, había escrito tres de sus obras más populares. Ahora, esposa de un rico banquero retirado, había olvidado casi su juventud y Hsiang Lin estaba muerto.

Todas las señoras tenían hijos y el resto de la noche lo pasaron felices hablando de ellos. La señora Liang les confió que su hijo mayor James era el estudiante más brillante que se había graduado en el Colegio Médico de Nueva York; que ahora estaba en Pekín, donde iba a ser director del hospital el año próximo, y que una vez se había creído enamorado de Lili Li. Pero había sido sólo un sentimiento pasajero, porque pronto se dio cuenta que aunque Lili era bonita, también era una malcriada y egoísta, y de ninguna manera la esposa indicada para un hombre que algún día sería famoso.

—Es difícil, desde luego, ser la mujer de un hombre famoso. —Suspiró la señora Liang—. Por ejemplo, mi marido...: lo que quiere comer y lo que no quiere, la clase de camisetas que quiere usar y las que no, el color de sus corbatas, el tejido de sus calcetines, las horas en que no se le puede perturbar y las horas en que hay que distraerlo, lo que está demasiado caliente, lo que es demasiado frío, un día la cama está demasiado blanda, otro demasiado dura...; todas estas torturas no se pueden imaginar. Y les aseguro que de todo tiene la culpa la esposa. ¡Mírenlo!

Las dos atentas señoras miraron al doctor Liang que estaba hablando ahora con el inglés. Violet Sung no andaba cerca de ninguno de ellos. Estaba bailando con un joven francés, y, tan bellamente, que la gente se agrupaba a su alrededor para contemplarlos.

—Parece todo espíritu y buen carácter. —Continuó la señora Liang viendo sólo a su marido—. Pero mañana..., ¡ay!, les aseguro a ustedes que le temo al día de mañana.

—Yo no creo que deban ustedes esperar la recuperación de Hong Kong. —Estaba diciendo el inglés al doctor Liang—. En efecto, Gran Bretaña necesita Hong Kong bastante más que antes. Ahora que la India va a ser libre, debemos retenerla, como ustedes saben. Y además está Birmania libre, también para ser retenida. Y uno no sabe lo que sucederá con las Indias Orientales... o, para el caso, con la Indochina. Nosotros respondemos bastante más que antes de la guerra de la paz del Este, sobre todo con Rusia pegando por la Manchuria. Y hay que contar con esos comunistas de ustedes, estimado amigo; ¿qué van a hacer ustedes con ellos?

El doctor Liang sonrió graciosamente.

—Yo no soy más que un hombre de letras —dijo con suavidad—. No ocupo mi imaginación en tales cosas.

—¡Ah, sí, bueno! —dijo Ranald Grahame—, pero alguien tiene que hacerlo, ¿verdad? —Sus ojos vagaban por la sala y se fijaron en Violet que bailaba con aquel muchacho, Pierre du Bois. Los observó en silencio, tan repentinamente grave, que el doctor Liang, con su delicada intuición, se sintió alarmado. ¡No le gustaría aquella

mirada del inglés dirigida contra él! Esto pensando, le dijo que debía irse a casa, y atravesó el salón llevado por la corriente hasta encontrar a la señora Liang.

—Me siento un poco cansado —dijo—. ¿Nos vamos a casa?

Ella se levantó en seguida, se despidió de sus dos amigas afectuosamente y con muchas promesas de próximas reuniones e invitaciones para comidas, y el doctor Liang hizo dos inclinaciones de cabeza y se fueron, deteniéndose sólo para dar las gracias a los señores Li, que estaban sentados uno al lado de otro en un salón inmediato a la puerta. Lili bailaba ahora con el inglés, y la señora Li, a quien no gustaba esto, pudo solamente inclinar la cabeza ante sus invitados.

—¿No dará algo que pensar Lili bailando con este inglés de Violet Sung? —Le preguntó al señor Li después que se hubieron ido los Liang.

—Bueno, bueno —dijo éste—; ya veo que Charles está a punto de llevársela. Él se cuidará de ella ahora...; nosotros podemos descansar. —Mientras hablaba así, Charlie Ting interrumpió a su encantadora prometida y dejaron sólo a Randal Grahame en medio del salón. El inglés pareció un poco enojado por un momento, y luego se dirigió al bar. Violet seguía bailando aún con el francés.

El doctor y la señora Liang volvieron en coche a casa en completo silencio, y ella apoyó la cabeza contra un rincón del taxi y se adormiló. Al llegar a casa encontraron dos facturas y una carta sobre la mesa del vestíbulo; la carta era de James.

—Es de los chicos —exclamó la señora Liang con placer—. Ven, vamos a leerla en seguida.

—Me gustaría tomar una taza de té caliente —dijo el doctor Liang—. Mientras lo haces echaré una ojeada a la carta.

Ella parecía pensativa, pero como deseaba que siguiera de buen humor, se fue obediente a la cocina, prendió un fósforo, y cerró los ojos mientras lo aplicaba al hornillo de gas. Saltó cuando se produjo un ruidoso estampido, y luego puso la tetera a hervir encima. Ansiaba volver y oír al menos parte de la parte, pero esperó hasta que hirvió el agua y preparó la infusión de té. Luego, con la tetera y dos tazas, se fue al estudio.

Lo que vio le hizo dejar la tetera apresuradamente sobre la mesa.

—¿Liang, pasa algo malo? —gritó.

Estaba rompiendo la carta en pedacitos.

—¡De manera que —dijo él con los dientes apretados—, creíste que estoy a punto de tomar una concubina!

Ella se puso pálida y se sentó.

—Eso creí —balbuceó— y les dije a los hijos que no podría quedarme aquí si lo hacías.

—¿Y a quién voy a tomar yo como concubina? —Interrogó él.

—No lo sabía —dijo ella. Estaba aterrada ante el aspecto de su esposo, y los hijos no estaban allí para protegerla. Balbuceó—. Un día viniste y me preguntaste qué pensaba yo acerca de las concubinas...

—¡Estúpida! —dijo él con amargura—. Sólo estaba escribiendo un ensayo acerca de las mujeres.

Lo miró confundida.

—¿No era más que eso?

—Nada más.

Volvióse ella y trató de servir una taza de té, pero le temblaba la mano y lo dejó.

—Tendrás que servirte tu té —dijo, empezando a sollozar.

Buscó la puerta a ciegas, con el pañuelo en los ojos, pero él la detuvo.

—¿Por qué creíste que yo quería tomar una concubina? —preguntó—. ¿Te he sido infiel alguna vez?

Ella negó con la cabeza, los ojos todavía ocultos detrás del pañuelo.

—No del todo —murmuró.

—¿Qué quieres decir con no del todo? —Interrogó Liang—. ¿Soy o no soy infiel!

Ella estaba muy cansada. Le desagradaban las fiestas grandes y estaba resentida aún porque la familia Li había menospreciado a James y con él a la familia Liang. Estaba cansada de la fama del doctor Liang, bastante vana, y ansiaba la sólida substancia del dinero y las cuentas bancarias americanas. Le parecía que la familia Li lo tenía todo. Estaba tan cansada que se sintió valiente e inclinada a decir la verdad, aun cuando los hijos no estuvieran allí para protegerla. Así que abrió las compuertas de su ser y la verdad se desbordó. Apartó el pañuelo y se encaró con su esposo.

—¿Qué significa esto de fiel e infiel? Todo está en los ojos y en la imaginación. Sí, yo soy tu esposa, y por eso sé cuando eres infiel. ¿Crees que no conozco la mirada de tus ojos y la expresión de tu boca cuando me estás siendo infiel? Y cuando veo esa mirada, cuando miras a esa Violet Sung..., o a cualquier otra mujer por el estilo..., ¿crees que no sé yo lo que estás siendo? Y quizá en el momento en que me eres fiel, estás en tu corazón pensando en Violet Sung, de manera que cuando me eres fiel estás siéndole infiel a ella. Tú no eres un hombre con una sola personalidad. Tú eres así... —La señora Liang describió en el aire con los dedos circunvoluciones contradictorias y secretas, girando de una forma y de otra—. ¡Yo te conozco!

Después de esto estalló en sonoros sollozos, volvió a llevarse el pañuelo a los ojos, y salió precipitadamente por la puerta. Mañana por la mañana, se dijo, vaciaría el cesto de los papeles en la cocina, recogería los trocitos de la carta de su hijo y los juntaría.

El doctor Liang la oyó subir con pasos torpes, entrar en el dormitorio y cerrar la puerta en seguida. Se quedó sentado sin moverse por un momento. Luego se levantó, se sirvió el té y lo tomó lentamente. Cuando esto estuvo hecho, tomó sus clásicos confucianos y empezó a leerlos. El libro se abrió solo por las páginas en las que Confucio, hacía más de dos mil años, había recitado sus odios. Confucio odiaba a la gente afectada, y a los difundidores de chismes también los odiaba. Odiaba a los espías, y a las personas falsas que pretendían ser honrados caballeros. Odiaba la cizaña que se mezcla con el trigo, y a los granujas que se mezclan con la gente de

bien, y a los ligeros de lengua. Odiaba también la música de Cheng, porque, como el moderno *jazz*, confundía la música clásica. Odiaba el color púrpura porque ponía confusión en el buen color rojo, y odiaba a los pedantes porque se confundían a sí mismos con las personas virtuosas. Luego Confucio terminaba la lista de sus odios con estas palabras; «Las mujeres y las personas ineducadas son las más difíciles de tratar. Cuando les doy mi confianza se vuelven insolentes, y si las ignoro, se resisten».

El doctor Liang leyó estas palabras reflexivamente, sonrió, tomó un poco más de té, y se preparó para dormir toda la noche allí en su estudio, sobre el canapé.

Se quitó la chaqueta, la camisa y los pantalones y se envolvió en una caliente manta forrada que guardaba en el armario. Quitóse los zapatos y los calcetines y se puso un par de pantuflas tejidas. Había una manta de marino doblada sobre el canapé y se la echó encima. Un almohadón con funda de terciopelo hizo una buena almohada. Pero cuando se hubo acostado y apagó la luz encontró que no podía dormir. Se sentía solo. Esto era lo peor de ir a una fiesta de noche. Uno quedaba chasqueado por el ruido, el brillo y el buen aspecto de los amigos. La casa parecía ahora helada y vacía. Quizá se había apresurado en alejar a los hijos. O tal vez debería pensar ahora en regresar a China con su esposa. Una casa agradable en Pekín con un jardín, sus hijos allí, James un cirujano distinguido, su casa un centro para estudiosos y mujeres hermosas, los nietos corriendo por las habitaciones, ¡y él y la madre haciéndose viejos, honrados y respetados por todos! Quizá pudiera incluso ser rector de la universidad, puesto que no quería meterse en política. Todo esto revoloteaba por su desvelada mente. Estaba a punto de subir al piso de arriba para reunirse con su esposa y decirle impulsivamente que al fin estaba próximo a ceder a sus deseos e ir a China. Vaciló, sin embargo. No le gustaba aparentar que le tenía miedo y tenía la costumbre de no permitirse nunca parecer reconciliado en menos de veinticuatro horas. Antes de que ese tiempo hubiera pasado era seguro que ella daría alguna muestra de arrepentimiento, con lo que cabría perdonarla generosamente. Así que sacó la mano para hacer funcionar la radio, ya que no podía dormir, y en ese momento el locutor de una emisora local estaba terminando el sumario de las últimas noticias mundiales del día.

En Peiping el día fue señalado por una tumultuosa protesta de los estudiantes. Cinco mil estudiantes universitarios fueron a la huelga por la detención de veinticinco de sus compañeros que estaban en la cárcel desde ayer por...

Retrocedió y apagó la radio. Él sólo podía vivir en seguridad..., esto es, en paz. Mejor sería que se quedara donde estaba. Un estudioso debe tener paz. Cerró los ojos resueltamente y en voz baja empezó a recitar lentamente *El Libro de las Canciones*, escrito hacía cientos de años. Era mejor que el bromuro y en menos de un cuarto de



hora se quedó profundamente dormido.

En la gran sala del departamento de los Li, Lili escuchaba a Charlie Ting. Tenía éste una conversación fluida y hablaba un dialecto idiomático americano mucho mejor que el suyo nativo de Shanghai. Le hablaba sentado en el diván al lado de Lili, rodeándola con un brazo. Su madre estaba sentada silenciosa, dormitando en un apartado rincón. En el preciso momento en que la cabeza le cayera sobre el pecho, besaría a Lili. Seguía hablando, con los ojos puestos en la adormilada figura.

—Me gustaría ir a Wáshington en lugar de a Londres. Pero todo el mundo dice que Londres es divertido. Me gustaría que la comida no fuera allí tan escasa, pero Violet dice que el mercado negro de París es admirable, y desde luego a nosotros nos pueden enviar muchas cosas. En cuanto a eso, tú y yo no somos diplomáticos y podemos escaparnos a París. ¿Qué te parece la idea de tener un pequeño departamento allí y pasar mucho tiempo en él? Oficialmente, desde luego, estaremos con los viejos, como buenos niños, pero al mismo tiempo tendremos lo nuestro. Eso cubrirá las apariencias para ellos y nosotros tendremos lo que queremos.

La cabeza de la señora Li cayó sobre su pecho y Charlie apretó sus labios contra la suave boca roja y gordezuela de Lili. Ella cedió con completo abandono, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, exactamente como había visto hacer a las estrellas de cine. Siempre observaba los besos de la pantalla atentamente para aprender la manera americana. A Charlie se le mareó un poco la cabeza. Él también aprendía en las películas. Era en realidad el único lugar donde aprender las maneras modernas de hacer el amor, o quizá sería mejor decir, maneras de hacer el amor moderno. En China no había modo de aprenderlo. Había visto unas cuantas películas hechas en Shanghai y raras veces exhibían ni siquiera un beso. Los enamorados chinos todavía no hacían más que hablar o, todo lo más, se cogían de las manos. Había leído una vez una traducción inglesa de un antiguo libro chino que le recomendaron como picante, y desde luego le pareció aburrido, lleno de referencias a las flores y al rocío, nubes, valles y cumbres boscosas, que no había entendido, y donde se suponía que los piecitos de las mujeres eran algo admirable.

—¿De veras no has querido a nadie más que a mí? —preguntó celoso a Lili.

Ella le dirigió una larga mirada pensativa y guardó silencio. Hablaba muy poco, y Charlie no siempre estaba seguro de si comprendía su inglés. Ella no lo hablaba muy bien. Sutil, desde luego, era su lenguaje, pero no muy buen americano.

—Dímelo, querida. —La apremió.

—Cabe que una vez haya querido un poco. —Confesó Lili.

Él sintió una punzada en el pecho, donde el corazón latía contra las costillas.

—Nunca me contaste eso —dijo solemnemente—. ¿Quién era él?

—No te preocupes ahora —dijo ella dulcemente y apoyó la cabeza contra su hombro.

—Pero me preocupo. —Insistió Charlie—. No puedo ser feliz hasta que lo hayas soltado todo.

—¿Sol-ta-do? —Inquirió ella silabeando.

—Dicho. —Tradujo él.

Lili sonrió.

—No es nada, en realidad. Recién llegada aquí, no tenía experiencia. —Pronunció la larga palabra sílaba por sílaba—. En aquella época James Liang se enamoró de mí..., pero yo no entendía. Sólo lo veía como en las películas y estaba excitada. Le dejé que me quisiera un poco.

—¿Dónde está él ahora? —preguntó Charlie.

—¡Oh, muy lejos, en Pekín!

—¿Qué está haciendo allí?

—Es doctor en un gran hospital.

—¿Te escribe? —preguntó Charlie.

—¡Oh, no! —replicó Lili dando un grito—, sólo una vez me escribió una larga carta pidiéndome que fuera allí. Pero no le contesté.

—¿No es más que eso?

—Nada más. —Suspiró ella.

Hubo un momento de silencio.

—¿Te besó? —preguntó Charlie con voz tensa.

—Algunas veces.

Charlie retiró el brazo y se apartó de su lado. Ella le dirigió una larga mirada furtiva. Algunos celos eran buenos, pero demasiados podían resultar peligrosos.

—No me gustó —dijo con dulzura—. Cuando él me besaba no me parecía agradable. Y no quiero vivir en China cuando es tan agradable estar aquí, y creo que lo será más en París y tal vez en Londres.

Él se inclinó hacia ella y apretó la fragante palma de su mano contra su mejilla.

—Ahora lamento haberlo sol-ta-do —murmuró Lili— pero creo que debía hacerlo porque debo sol-tár-te-lo todo.

Charlie se resistió un breve instante y luego se volvió hacia ella y la besó de nuevo con un beso largo y fuerte. En el rincón la señora Li empezó a roncar ligeramente.

Todavía más tarde Ranald Grahame estaba sentado hablando con Violet. Más que compartir un departamento vivían en dos que se comunicaban entre sí. Él, desde luego, tenía que aparentar que vivía solo, y por ese motivo lo hacía ella. No era de esos hombres que quieren domesticidad, y ella tampoco era la mujer indicada para proporcionársela. No se había casado nunca y no tenía la intención de hacerlo. Se lo había explicado a Violet para que no hubiera falsas interpretaciones. Le parecía que debía ser tan honrado con las mujeres como lo era con los hombres.

Esta honradez le obligaba ahora a pedir una explicación del proceder de ella. Grahame había salido temprano de la reunión porque no quería dar un espectáculo delante de la gente. Después que su baile con Lili fue interrumpido había tomado un *whisky* en el bar y luego se acercó a presentar sus respetos a los señores Li. Éstos lo habían mirado bastante distraídos, como si no recordaran quién era, lo que no mejoró la situación. Conocía a los chinos bastante bien para darse cuenta de que estaban haciendo como que no lo conocían. Pero lo conocían todo. Eran mucho más difíciles de tratar que el agitado pueblo de la India, cuyas gentes efusivas siempre rebosan conversación, de manera que uno sabe por dónde andan y puede enredarlos fácilmente. Los chinos dominan sus sentimientos tan por completo que un poco más y sería autoinmolación.

Por esta razón no creyó ni por un momento que Violet no se diera cuenta de lo que había hecho. Esperó dos horas por ella en un estado de fría rabia creciente hasta llegar a la frigidez absoluta en el momento en que ella entró, bellísima en su palidez.

La esperaba en el saloncito de ella, y Violet levantó los ojos con sorpresa al verlo.

—¡Todavía aquí, Ranald! —dijo con su encantadora voz bien modulada. Tiró el abrigo de cebellina—. ¿Quieres que te prepare algo de beber?

Él se había levantado cortésmente cuando ella entró y ahora volvió a sentarse.

—No, gracias..., no me quedaré más que un momento. Debes de estar cansada.

Sentóse la joven con graciosa postura de fatiga y echó hacia atrás el pelo.

—Lo estoy bastante. Pierre me quiso mostrar un nuevo *nightclub*..., uno francés. Tenía muchos amigos allí. Fue divertido..., o lo habría sido si yo no hubiera estado ya cansada. La otra fue una gran fiesta estúpida, ¿verdad? Pero distinguida..., aunque extraña, pues había demasiados chinos horrorosos. Daba la sensación de que allí estaba todo el mundo; pero cuando uno examinaba la muchedumbre, realmente no había ni una sola persona inadecuada, ¿verdad? —Ella tenía el truco de hablar inglés de varias maneras, con un americano como una americana, con un inglés como una inglesa. Hablaba otros cinco idiomas con la misma facilidad, entre ellos el ruso.

Pero no era una espía, ni ninguna otra cosa más que lo que parecía, una bella mujer desarraigada, flotando sobre cualquier superficie y sin profundidades propias donde retirarse. Con frecuencia le desagradaba su vida, pero no sabía cómo crearse otra. Su padre había sido un chino a la antigua usanza, cuyo origen ni ella misma conocía, y no supo nunca de su madre francesa. Podría haber llegado a ser una modelo para artistas famosa, pero éstos le parecían hombres sucios, y continuó viviendo estrictamente como una monja en la gran casa oscura de su padre, en París, la cual estaba llena de muebles, alfombras y pinturas chinas. Lo que él no quería lo vendía y lo que le gustaba lo conservaba. Tales mercaderías le llegaban por vías secretas de China, y los tesoros imperiales pasaban a través de sus manos o se quedaban en su casa.

Entre estatuas de marfil de Kwanyin había crecido Violet hasta llegar a parecer una de ellas, modelándose conscientemente como la diosa. Cuando murió su padre,

sin dejar testamento ni otra familia, ella había continuado en su casa, excepto cuando viajaba con sus criados, un matrimonio francés que le creaba un hogar dondequiera que estuviese, alquilando ayuda transitoria en cualquier país que se hallaban. Hasta que encontró al inglés no había tenido más que un amante, un joven e impetuoso ruso blanco que la había hecho desgraciada y, sin embargo, hizo imposible para ella volver a vivir sola. Se había escapado de él, y luego se enamoró sinceramente de Ranald, según su estilo sereno peculiar. Le gustaba su fogosidad contenida, su fuerte tenacidad y sobre todo su completo dominio de sí mismo. Se podía descansar en él y le daba una sensación de seguridad. Esperaba no necesitar nunca otro amante, y que podría conservar sus relaciones hasta el momento en que la necesidad de tales cosas hubiera pasado. Para entonces esperaba que podría encontrar algo que hacer que realmente la complaciera.

Violet estimaba esta constancia por encima de todo, y la había sentido amenazada esta noche, al conocer por primera vez al guapo y apasionado Pierre du Bois. Inmediatamente le había dicho que él no era nadie, sólo un tercer secretario de alguien, pero que le parecía ella el más hermoso ser humano que había visto jamás. Violet echaba algo de menos el ruso en el tranquilo inglés, y en su sosegada y bastante egoísta manera de hacer el amor.

—Me doy perfecta cuenta de que tú y yo no tenemos por qué hacernos reclamaciones —estaba diciendo Ranald—, y no te hago ninguna ahora. —Era alto y estaba muy erguido; su firme cara pálida tenía un aspecto distinguido—. Sin embargo, no puedo dejar que digan que permites que te exhiba un francés u otro hombre cualquiera. Yo le exijo a mi amante el mismo buen gusto que podría exigir a mi esposa.

Ella se inclinó hacia adelante cuando él dijo esto y lo miró con ansiedad. Su cara, modelada en curvas suaves, era de huesos planos y tenía el cuerpo esbelto en la cintura y el pecho más lleno de lo que lo hubiera sido si su sangre fuera china pura. Le sonrió un poco triste.

—No necesitas decirme eso, Ranald. Todo mi sentido común chino me dice que no encontraré nunca un hombre tan bueno como tú. Hay veces en que me pareces un poco aburrido, ya lo sabes, y entonces me divierte Pierre u otro cualquiera como él..., sólo por una hora, más o menos. Pero si a ti no te gusta eso, fácilmente puedo pasarme sin la diversión. Prefiero mucho más poder contar contigo y que tú cuentes conmigo.

Él se dio cuenta inmediatamente de que la honradez de ella era igual a la suya.

—Gracias, querida mía —dijo con algún calor y entera sinceridad—. ¡Ahora nos entendemos! De todas maneras, te aconsejo que no bailes demasiado tiempo con el mismo hombre..., ni con demasiada frecuencia. Ni que te sientes con él demasiado rato, pongo por caso. Llegaste a ese extremo con el doctor Liang la última vez. No te dije nada, porque me pareció que no podías estar interesada por él..., un hombre debilucho, me parece.

—Distinguido —murmuró ella en su estilo chino—. Con nosotras un hombre no tiene que ser brutal ni fuerte. La delicadeza se aprecia siempre. La sutileza se admira. Él no carecía de sus propias sutilezas.

—Tú eres más francesa que china, bajo esa suave piel que tienes. —Le recordó. Rióse ella.

—Eso es exactamente lo que me pasa. —Convino.

Ranald se permitió una sonrisa. Realmente la quería mucho. Sabía ser dulce lo mismo que apasionada, y esta combinación era irresistible.

## CAPITULO X

Todo el asunto empezó en el mercado de crisantemos aquel brillante día de otoño en que James escribió la carta que tanto había perturbado a sus padres. Con cierto retraso habían llevado a cabo su correría aquella tarde. Desde luego estaban muy impacientes por salir de la casa y tener un cambio de escena, porque se sentían impotentes. James escribió la carta en seguida y la leyó en voz alta. Incluso Chen estaba presente a requerimiento de todos, excepto Louise, que había guardado silencio. Hasta despertaron a Peter para que escuchara. Fue aprobada. James la había hecho corta pero clara.

Le escribía a su padre:

*No podemos tener la seguridad de que mamá te comprendió bien. Suponemos que no, porque no concebimos que vayas a tomar una concubina ahora que es ilegal según la moderna ley china hacer eso, y porque, desde luego, traería la desgracia de la familia y la vergüenza para nosotros ante los pueblos de Occidente, que conocen tu nombre. Tenemos nuestra fe puesta en ti y esperamos que impondrás a mamá de la verdad en este asunto. Sólo estamos preocupados porque ella parece desgraciada. Pero, por otra parte, si los equivocados somos nosotros, permite entonces que mamá se venga para aquí en seguida y los hijos cuidaremos de ella. Tú puedes decir que te has divorciado, y así la desgracia no será pública, por lo menos, puesto que muchas personas en América están divorciadas.*

*Todos estamos bien; a Mary le gusta su trabajo y Peter, con sorpresa por su parte, está encantado en la universidad...*

Peter había interrumpido a James para negar esto.

—Yo no estoy encantado —dijo—. Pero veo que hay una especie de labor que hacer aquí. En América los estudiantes se limitan a pasarlo bien y no se preocupan por lo demás. Pero aquí, donde el pueblo no puede hablar, tenemos que hablar nosotros por ellos. Ayer, por ejemplo, un grupo de estudiantes vio un policía pegándole a un conductor de *ricksha* en la cabeza con su cachiporra. Lo paramos y le preguntamos qué había hecho el hombre, y al parecer sólo había dejado que la rueda de su vehículo pasara por accidente sobre el pie del policía. No se quebrantó ninguna ley. Obligamos al policía a que dejara en paz al pobre hombre.

—Eso estuvo muy bien —comentó Mary fogosamente.

—No, no lo estuvo. —Replicó Peter—. Estábamos más furiosos contra el *coolie* del *ricksha* que contra el policía. Debería haberse defendido él solo, en lugar de humillarse. No había hecho nada malo. Nosotros lo seguimos y cuando intentó darnos las gracias, le dimos un par de golpes en la cabeza, por cobarde.

—¡Peter! —gritó Mary—. ¡Qué perversidad!

—Nada de eso. —Insistió él—. Y me pongo furioso con nuestra estúpida gente del pueblo, que se deja correr por cualquiera con una cachiporra o un fusil. ¿Por qué no luchan y se defienden?

—Porque no tienen cachiporras ni fusiles —dijo James tranquilamente. Dobló la carta y la metió en el sobre con estampilla, cerró éste y puso la dirección—. Bueno; vamos ahora al mercado a ver los crisantemos. Mary, no debes gastar demasiado dinero.

—¿A qué le llamas demasiado? —preguntó Mary—. Hoy cien dólares de nuestro papel moneda valen algo menos que diez centavos americanos.

—Quiero decir que no debes pagar más que la mitad de lo que pidan los vendedores. —Replicó James.

—Mejor será que vayamos antes de que doblen los precios para adelantarse a la inflación —dijo Chen, riéndose aún más ruidosamente que los demás.

El dinero se había convertido en una broma, y sin embargo, las compras tenían que hacerse en aquel papel, así que con los bolsillos atestados con rollos de billetes se fueron al mercado de flores. Young Wang los seguía para traer a casa las flores. Imperceptiblemente habían ido perdiendo sus costumbres americanas, de manera que cedieron a la determinación de Young Wang de no permitir que los miembros de la casa de su amo fueran vistos en lugares públicos, llevando ninguna carga, por más agradable que fuese.

Todos estuvieron conformes después en que había algo peculiar aquel día. El aire estaba tan tranquilo y despejado que casi parecía sólido. La gente se notaba favorecida por él; las caras parecían esculpidas y los ojos estaban más brillantes. Hermosas sobre todo las caras de los ancianos, porque cada arruga parecía trazada con intención. Como no había el menor soplo de viento, las ropas que llevaba la gente caían en serenos pliegues; los colores, aun los azules desvaídos y el rojo, eran firmes y ricos, y la carne humana parecía morena y cálida. Las sonrisas y los dientes blancos, los sonidos de las voces y de los instrumentos musicales, todo tenía especial relieve en la silente atmósfera magnética.

Cuando James llevó a sus hermanos y a Chen a la gran plaza donde se celebraba el mercado, la escena le impresionó con toda la fuerza de un magnífico espectáculo. En el fondo se levantaba un sublime palacio; su pesado tejado de azulejos de porcelana azul se recortaba en el claro cielo. Había arcos plantados a cada lado de él desde hacía siglos, y ahora en otoño estaban dorados y rojos. Como no había viento no se desprendían las hojas, pero de vez en cuando, con la madurez de la estación, se soltaba una hoja de la rama madre y caía lentamente al suelo. Los niños jugaban con ellas. Estaban ebrios de felicidad, aunque eran hijos de pobres y tenían las ropas destrozadas. Algunos chicos se habían quitado las camisas y los suaves cuerpos morenos brillaban de sudor.

Todo el centro de la inmensa plaza estaba lleno de crisantemos, cuyos

cultivadores los traían para la venta. Se erguían a cientos en tiestos, y cada propietario con su mujer o hijo vigilaba los suyos. Entre los tiestos paseaba la gente, profiriendo exclamaciones y alabanzas hasta que veían alguna planta de flores de belleza irresistible y de mala gana se sentían obligados a comprar. Ricos y pobres se juntaban allí. Porque todos reverenciaban estas flores imperiales por su tamaño y colores. Había incluso unos cuantos extranjeros y entre ellos de vez en cuando un soldado americano, con licencia quizá, que salía a ver el espectáculo. Sin embargo, allí, como en todas partes, los pobres excedían en mucho a los ricos. No podían comprar las flores, tenían que limitarse a contemplar reflexivamente, y al parecer sin envidia, las compras de los ricos. Aun cuando una flor por cualquier casualidad se rompiera, estos pobres no se atrevían a recogerla. Miraban cómo la sirvienta de alguna señora rica la recogía del suelo y se la sujetaba en el pelo. Ese pueblo tenía la misma cualidad que había puesto a Peter tan furioso con el conductor de *ricksha*, y que James notara en las salas del hospital, donde recibían agradecidos cualquier cosa que se hiciera por ellos, y si uno se moría, no se les ocurría la idea de vengar su muerte.

Mary iba a su lado, y sus ojos penetrantes percibieron esta diferencia entre el pueblo.

—Mira los pobres. —Le decía a James—. Parecen tener suficiente con contemplar las flores.

—Desearía ser bastante rico para comprarle un tiesto a todo el mundo —dijo James.

Se habían separado por casualidad. Chen y Peter andaban por un lado de la plaza y Louise deambulaba sola a corta distancia. Young Wang esperaba parado y mientras tanto contemplaba un juglar que actuaba para los que pudieran cansarse de flores.

Mary se paró al lado de un grupito de hombres de aspecto vulgar que con sus mujeres e hijos estaban mirando con ojos muy abiertos la compra que hacía una señora anciana vestida con túnica de raso y acompañada de sus dos nueras. Un mayordomo sacaba los tiestos mientras las damas señalaban con sus delicados dedos las que querían. Los vendedores saltaban hacia delante para poner a un lado las elegidas. Más que envidia, había en los ojos observadores de los pobres como un placer puro y soñador de que hubiera en el mundo seres capaces de permitirse la posesión de la belleza. Un niño tocó una flor y su padre lo reprendió en voz baja.

—¡Eh!, no toques, corazoncito. Una flor costaría el jornal de un domingo.

—No puedo soportarlo —dijo Mary de repente. James bajó la vista hasta ella y vio que se le escapaban lágrimas de los ojos, que brillaban como cristales a la clara luz del sol.

—No puedes cambiar lo que ha venido sucediendo desde hace tanto tiempo, Mary. —Le dijo y, sin embargo, comprendía muy bien sus sentimientos. El también conocía con mucha frecuencia esta punzada en el corazón, esta sensación de vergüenza, ante los pobres de aquí, de su propio país. Pero ¿qué podía hacer ninguno



de ellos? Todo era demasiado viejo. No se puede cambiar la eternidad.

Anduvieron hasta más allá del cuadro de la plaza, separados de los demás. Este cuadrado estaba instalado en el parque perteneciente al palacio, y aquí y allá se levantaban enormes árboles viejos.

—Yo no estoy satisfecha, Jim —dijo Mary—. Quiero ir más adentro del país. Aquí todavía estamos en la superficie.

Sabía lo que ella quería decir, pero no le contestó en seguida.

Ella poseía la fácil palabra de su padre y él no. A su manera, James había estado pensando y sintiendo profundamente bajo la superficie de su vida diaria. Pekín era ahora una agradable agua estancada, una encantadora cisterna antigua. Pero no quedaba dentro de la corriente de la vida. Se podía vivir aquí e incluso realizar algún trabajo bueno, pero, sin embargo, no se alcanzaban nunca las raíces ni los manantiales.

—Me gustaría volver a nuestra aldea ancestral —dijo Mary—. Quiero saber qué clase de gentes somos en realidad. Más allá de papá y mamá, ¿quiénes somos nosotros?

No le dirigió a él la pregunta. Se la hacía a sí misma, y James se dio cuenta y no contestó. Mary continuó hablando:

—Pidamos una semana de permiso y vayamos a nuestra aldea. Entonces creo que sabré lo que quiero. Quizá ése será también tu deseo. Como estamos ahora, seguimos casi tan lejos de nuestro pueblo como si nos hubiéramos quedado en Nueva York.

Él no estaba preparado para dar su entera conformidad con tanta anticipación, pero se dio cuenta de que con su modo directo habitual de ir al asunto, Mary había escogido el paso siguiente a dar. Sería bueno para ellos ir a la aldea de sus orígenes y verla personalmente. Que les gustara o no, no era importante. Su cautela natural no le permitió hacerse a la idea demasiado rápidamente.

—Me parece una buena idea. —Le dijo a Mary—. Madurémosla durante unos días a ver si nos sigue gustando. Y ahora debemos ir juntos a Louise. ¿Te fijaste en que está hablando con un soldado americano?

Así era, en efecto. Louise, vagando por allí sola, había llamado la atención de un joven de pelo rubio con uniforme extranjero. Se había ido acercando poco a poco a ella, y aunque Louise lo advirtió no dio muestras de ello. Sin embargo, tan sutil era la percepción de su juventud y de su sexo, que él confiaba en que no lo rechazaría, y llegó a su lado cuando ella se detuvo para admirar una flor lavanda pálido, de enorme tamaño, con los pétalos flojamente rizados hacia adentro.

—¿Le gusta a usted más ésta? —Le preguntó el soldado con audacia.

Ella respondió en inglés:

—Es muy linda.

El soldado se le puso al lado.

—¡Qué suerte... habla usted inglés! No sé por qué lo suponía.

—¿En qué lo notó? —preguntó Louise, mirándole por debajo de las pestañas.

—Hay algo americano en usted. —Declaró él, y notó que le había gustado.

Después de esto fue fácil conversar. Cambiaron nombres y edades, y ella le dijo que su verdadero país era Nueva York, y descubrió que él también provenía de allí. Aquí en Pekín esto era un milagro para los dos, y acababan de descubrirlo cuando James, Mary, Peter y Chen convergieron junto a ellos por diferentes direcciones. Louise les presentó al uniformado muchacho.

—Alec Wetherston, que viene de Nueva York, no demasiado lejos de donde viven papá y mamá.

—Al oeste del parque —dijo Alec, sonriendo de un modo franco y mostrando unos hermosos dientes blancos.

Ellos hicieron una inclinación de cabeza, Mary un poco fríamente, y luego dijo en chino:

—Ahora debemos comprar lo que necesitamos y volver a casa, Louise. Ya casi oscurece y las mejores flores van a desaparecer.

Sin saber cómo, todos habían vuelto la espalda al americano. Pero él no se arredró por esto. Su cara adquirió una expresión indignada y firme y le dijo a Louise en voz alta:

—¿Dónde vive usted, señorita Liang? Voy a ir a visitarla, si me lo permite.

Louise le dio el nombre del *hutung* y el número de la casa, y él llevó la mano a la gorra.

—Pasaré por allí uno de estos días, muy pronto —dijo, y dirigiendo una mirada abierta a Mary, Chen y James y un guiño a Peter, se fue.

—¡Louise! —Exclamó Mary—. ¿Cómo puedes...?

Louise se encogió de hombros.

—Yo no hice nada. —Declaró.

Pero todos vieron que la mirada de sus ojos había cambiado en este breve tiempo. Desapareció la desconfianza y en su lugar había una mirada de vida y aun de triunfo. Chen se volvió.

—Vamos —dijo James— compremos este blanco, este amarillo, y este hermoso rojo.

—Yo quiero también este rojo y oro —dijo Mary. Estaba demasiado indignada para volver a hablar con Louise. Young Wang se adelantó y discutió el precio con el vendedor, dieron a éste puñados de papel moneda y se encaminaron a casa. Louise, Peter y Chen iban delante, y Mary y James caminaban detrás. Todavía más atrás venía Young Wang sentado en una carretilla que había alquilado para ir con los tuestos hasta casa.

Caminaban resistiendo las súplicas de los conductores de *ricksha* por llevarlos. El atardecer estaba dotando a la ciudad con los colores de la puesta del sol entre una neblina de polvo. A lo largo de la calle caminaba cerca de ellos un violinista ciego tocando al andar. Era un tipo alto, bravo y fuerte, y todo su corazón cantaba a través de las dos cuerdas vibrantes bajo su arco. La melodía era alegre y chillona.

—Mira ese hombre —dijo James—. ¿Tendrá cura?

Se acercó un poco más y luego volvió a retroceder y movió la cabeza.

—No hay esperanza —le dijo a Mary—. Los globos de los ojos han desaparecido por completo.

El músico pasó sin oírlos, caminando a grandes zancadas. La gente le abrió paso, temiéndolo porque era ciego, y por lo tanto tenía, según creían, un poder especial de institución mágica.

—No puedo soportar tantas cosas que no pueden remediarse —dijo Mary.

—Te estás poniendo demasiado nerviosa —respondió James—. Yo creo que esa idea tuya es buena. Necesitamos volver al lugar de donde provenimos; si no, no seremos capaces de vivir la vida que hemos elegido.

Ninguno de ellos tenía ganas de hablar más profundamente. Los pensamientos estaban calando muy hondo, sin duda, y la conversación podía esperar.

Cuando llegaron de vuelta a la vieja casa, de la cual habían desaparecido ahora las comadreas, Young Wang colocó los tiestos de crisantemos y Mary anduvo de aquí para allá cambiándolos. Young Wang contemplaba la disposición que tomaba forma bajo manos que consideraba inexpertas.

—De acuerdo con las reglas, joven señora —dijo en voz altanera— todo se debe colocar por parejas, y si hay dos en este lado de la puerta debe de haber dos del otro lado; sino la vida no tiene equilibrio.

—Le agradezco que me lo diga, pero yo tengo mis ideas —dijo Mary sin tratar de ofenderlo.

Young Wang no contestó nada, pero se fue a la cocina donde, sin ningún deseo de hacerlo, le dio una patada a Perrito en el tobillo y, mientras revolvía el puchero de arroz para la sopa, le gritó a su paciente madre, que estaba detrás del fogón alimentado con hierba combustible, por qué ayer la sopa sabía a petróleo. Después dijo que la persona que cuidaba de las lámparas no debía secarse las manos en el trapo de los platos.

Mary, cuando los crisantemos estuvieron arreglados a su gusto, se fue a buscar a Louise. Estaba ésta en su habitación, ensayando una nueva forma de peinado. Mary se sentó, y como veía la cara de su hermana sólo por el espejo, dijo:

—James y yo hemos decidido que debemos hacer una visita a la aldea de nuestros antepasados.

—¿Por qué? —preguntó Louise. Había separado la mitad de su pelo hacia delante, formando un largo flequillo rizado sobre la frente.

—Pareces uno de esos perros de lanas que las señoras americanas llevan atados de una correa —dijo Mary—. Queremos ver la aldea para comprendernos mejor a nosotros mismos.

—Yo no necesito verla por semejante razón —declaró Louise—. Me ha llevado bastante tiempo aprender a soportar este lugar; si veo más será demasiado.

—No te puedes quedar aquí sola. —Declaró Mary.

—Peter se quedará conmigo —dijo Louise—. Él no querrá ir.

Así resultó. Después de la comida de la noche, sentados alrededor de la mesa con el buen humor del hambre satisfecha y el buen ejercicio, Mary volvió a anunciar que ella y James iban a visitar la aldea. Peter dijo que él no podría dejar la universidad ni por un día. Habló de un modo tan impulsivo que Mary se dio cuenta de que Louise ya lo había preparado.

—¿Qué pasa en la universidad? —preguntó James. Le gustaba que Peter no hubiera vuelto a hablar de su regreso a América, aun cuando estaba a punto de llegar a la época del curso al que debía asistir para seguir su carrera de ingeniero.

—Hemos estado estudiando nuestra historia antigua —dijo Peter muy serio. Parecía haber crecido desde su llegada y su aspecto había cambiado. Llevaba el corte de pelo de los estudiantes, y su cabello, muy corto por los lados, se levantaba tieso en lo alto de la cabeza. Además, había dejado de usar las ropas americanas, excepto en ocasiones especiales, y en su lugar llevaba un uniforme de algodón azul de Sun Yat-sen. James y Mary se habían congratulado del cambio, en parte porque no había esperanza de comprar ropas occidentales nuevas y en parte porque eso demostraba que Peter estaba cambiando íntimamente. En qué consistía este cambio interior, no lo sabían, pero, desde luego, el muchacho estaba mucho más serio de lo que había sido nunca en Nueva York.

—Bueno, ¿qué tiene que ver contigo la historia antigua? —Inquirió James.

El mismo se sentía años más viejo que cuando llegó, hacia unos pocos meses. No era sólo el trabajo del hospital y la continua presencia de enfermos desesperados. Había algo en el aire de esta ciudad, tan antigua, tan incommoviblemente bella, que aplacaba a todo el mundo. Sin embargo, esta moderación no era tristeza. En la actualidad estaba gozando de la vida más que nunca. Había bastante tiempo aquí para disfrutar con los cambios del cielo, la bondad de los alimentos, la quietud de la noche, los jugueteos de los gatitos... Porque las dos viejas gatas enviadas por el dueño de la casa para combatir a las comadreas se habían dedicado a parir y criar grandes familias. Así que incluso los pobres aquí, pensaba, debían saborear los días y las horas.

—En nuestra historia siempre han sido los universitarios quienes se han encargado de reformar el gobierno —dijo Peter con voz firme...

James estaba un poco alarmado.

—¡Supongo que no te encargarás de nada tan peligroso! —exclamó—. Papá te puso a mi cargo y fracasaría en mi responsabilidad si te metieras en líos. Incluso podrías perder la vida si llegaras tan lejos.

Peter miró con disgusto a este cauteloso hermano mayor.

—¿Cómo te propones tú ayudar a nuestro país? —preguntó con voz altanera.

—No lo sé —dijo James honradamente—. Pero creo que no serviría de ayuda el que me mataran antes de poder hacer nada en absoluto.

Mary escuchaba, dividida entre sus dos hermanos. Admiraba el fuego y la rectitud

de Peter, y, sin embargo, conservaba el amor y el respeto por James.

—Peter, aprenderás algo más sobre este pueblo si vienes a la aldea con nosotros —dijo ahora Mary.

—¡El pueblo! —Exclamó Peter impaciente—. Tú y Jim siempre estáis hablando del pueblo. Es culpa suya que el país esté tan podrido. Si hubiera tenido al menos un poco de energía, un interés en algo que no fuera sus diarias escudillas de arroz, las cosas nunca habrían llegado a esto. Yo os digo que la reforma debe hacerse desde la altura.

No se llegó a un acuerdo en esta discusión y el final de ella fue que unas semanas más tarde, antes de que se afianzara el tiempo frío, James y Mary consiguieron un permiso de doce días y se pusieron en camino hacia su aldea ancestral, Anming. Chen, después de muchas indecisiones, se quedó con Peter y Louise, pero Young Wang, temeroso por el bienestar de su amo, y con muchas maldiciones y amenazas a Perrito y su madre, se fue con James. El equipaje que había preparado para la excursión era formidable. Insistió en que nadie podía dormir en las camas de las posadas campesinas, y llevaba tres rollos con ajuares de cama, una pequeña hornilla portátil de barro, atizador, tenazas y una tetera, cacharros y platos de loza, palillos y varias libras de té, dos fardos de carbón, redes para los mosquitos y polvos extranjeros contra las pulgas. El viaje se hacía a lomo de mulas, Mary llevaba pantalones y chaqueta chinos, y James, como su hermana, también dejó de lado las ropas occidentales.

Para acercarse a una aldea ancestral hace falta espíritu. La señora Liang les había contado muchas cosas a sus hijos, a su modo inconexo, de la aldea y de los de Liang que vivían en ella. Allí la habían llevado de novia, una joven que no pasaba de los veinte años. Su casa estaba en un suburbio de las afueras de Pekín, y aunque su familia había llegado tres generaciones antes, ella había nacido en una pequeña ciudad de la provincia de Hupeh, cuya gente es notable por su temperamento fiero y por sus formas viriles. Habían surgido más revoluciones en Hupeh que en ninguna otra parte de China, y los caudillos revolucionarios nacían allí todos los días del año. Acaudillaban las revoluciones con el mismo celo por razones poderosas que sin razón alguna, y comían pimienta roja en todas las comidas. En esta provincia, un oscuro antepasado de la señora Liang se había hecho vendedor ambulante de tela de algodón, se casó con una muchacha pobre, y se instaló con ella en una casa barata de barro fuera de las murallas de la ciudad. Con lo que le quedaba de sus fardos puso una tienda diminuta que prosperó a través de las generaciones hasta llegar a una riqueza modesta. Allí la señora Liang se había convertido en una jovencita, tan regordeta que su padre había decidido comprometerla pronto.

¿Cómo se compromete un hijo con una hija? La familia de Liang iba a Pekín con frecuencia para las fiestas, sobre todo por Año Nuevo, cuando los teatros están mejor, y allí el padre de la muchacha, que había venido a la ciudad a comprar mercaderías, conoció al padre del joven en una fiesta que celebraron con algunos amigos mutuos.

El padre, ansioso de colocar a su hija, al oír de un muchacho sin comprometer, cultivó la amistad de un amigo mutuo, quien cultivó a su vez la del otro padre, y así entre los padres arreglaron las vidas de sus hijos.

Para la familia de la señora Liang el matrimonio era un avance, y tan importante, que cuando el doctor Liang, entonces un estudiante rebelde, se negó a casarse y exigió que su esposa supiera leer y escribir, la señora Liang asistió de mala gana, pero de su propia conformidad, a una escuela de señoritas.

—¡Ah, aquello fue una tortura! —Les decía a sus hijos con voz solemne—. Yo que ya sabía todo lo que una esposa debe saber, ¡verme obligada a sentarme en una habitación con niñas pequeñas y aprender las letras!

A sus hijos, desde luego, no les podía contar las agonías de casarse con un joven orgulloso, descontento y aun burlón. Así que les hablaba de la aldea de los Liang y de los hidalgos en cuya familia entraba.

—La aldea de los Liang, la casa de vuestros antepasados —les decía con frecuencia—, no está situada en un terreno bajo expuesto a las inundaciones. La verdad es que no hay montañas altas tales como las del Norte de Pekín. Pero la tierra se eleva y la aldea está sobre una loma. No es una gran villa, pero tampoco muy pequeña. Una muralla de barro fortificada con ladrillos cruzados se levanta alrededor de la villa. Las puertas son de madera, tachonadas con clavos de bronce. Se cierran por la noche. Dentro de las puertas corre la calle principal, y hay muchas callejuelas. Nuestra casa, vuestra casa solariega, está situada al Norte, de manera que las habitaciones y los patios dan al Sur. Hay dieciséis habitaciones, cuatro para cada patio. Cuando yo fui allá aún vivían los ancianos padres. ¡Ah, mi suegra, vuestra abuela, era muy severa! Yo lloraba todas las noches. Siempre que vuestro padre tosía o estornudaba, la culpa era mía.

El doctor Liang, que oía esta historia con frecuencia, sonreía al llegar a este punto.

—Sí, Liang —insistía su esposa con solemnidad—, es cierto. Tú no sabes cuánto sufrí. —Se volvía de nuevo a los hijos—. Cuando los pies de vuestro padre estaban fríos, yo tenía que frotárselos hasta calentarlos con mis manos. Cuando no comía, tenía yo que discurrir platos especiales. Os digo que ser la mujer de un hombre instruido no es cosa sencilla. Por otra parte, el padre de vuestro padre era una gran persona fácil de llevar y, aunque a mí no me hablaba nunca, era amable con todo el mundo.

Cuando él entraba en la habitación yo debía salir, pero él siempre le decía a alguien: «Dile que no se apesure». Lo lloré cuando se murió, os lo aseguro, porque eso me dejaba sola con mi suegra. Cuando murió ella, sólo quedaba el Tío Tao. Todavía está allí. ¡Ah, ese Tío Tao!

La señora Liang siempre empezaba a reírse cuando pronunciaba ese nombre.

—¿Qué pasa con el Tío Tao? —preguntaban los chicos.

En este punto el doctor Liang la hacía callar siempre.

—Te prohíbo que hables del Tío Tao —decía.

Cuando ella oía esto se tapaba la cara con las manos y se reía detrás de ellas hasta que el doctor Liang empezaba a enojarse. Entonces sacaba las manos y procuraba no reír, pero la cara se le ponía muy roja.

—No os puedo contar del Tío Tao. —Les decía—. Vuestro padre se incomodaría conmigo. Pero algún día debéis ir a vuestra casa solariega, y entonces conoceréis al Tío Tao.

—¿Y si se muere antes? —Clamorean ellos.

—El Tío Tao no se morirá —decía la señora Liang—. Vivirá cien años por lo menos. —Y no quería explicar más.

Cuando James, Mary y Young Wang se acercaban a la villa ancestral, allí estaba, ante ellos, exactamente como su madre se la había descrito: situada sobre una ondulación del terreno y rodeada por la muralla de barro. La puerta del Norte la tenían delante, y detrás de esta puerta estaría su casa solariega. Estaban muy cansados, porque habían cabalgado a lomo de mulas todo el día y los caminos eran muy malos. Pero a pesar de la fatiga, Mary empezó a reírse silenciosamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó James. Habían pasado un día feliz juntos, hablando de naderías y disfrutando del baño de sol. Mary, que se sentía libre y a gusto con James, había entonado canciones y se había reído con frecuencia, y aunque bostezando, había hecho de todo menos quedarse dormida en su silla con el calor de la tarde. Oírla ahora empezar a reír de repente era sólo una parte del agradable día. Volvió su cara riendo hacia él, porque iba cabalgando delante por la estrecha senda de tierra que corría al lado del camino de piedra.

—¡El Tío Tao! —Exclamó—. ¿Lo recuerdas?

—El que papá no permitió nunca a mamá que nos hablara de él —respondió James.

—¡Ahora lo veremos!

—A no ser que esté muerto... —Sugirió James.

—No estará muerto —declaró ella—. Mamá dijo que viviría cien años.

Dio un elegante golpecito a la mula con el trenzado látigo de cuero crudo y ésta apresuró el paso un corto trecho y luego ella volvió a afanarse.

—¡Oh, vamos! —decía impaciente a la mula—. ¡Toda mi vida he deseado ver al Tío Tao!

El Tío Tao, en este momento, estaba sentado en la parte interior del muro de los espíritus, impaciente por su cena. La casa se hallaba tan alborotada, porque la nuera tercera que estaba a cargo de la cocina había confundido la pronunciación de tallarines de pollo con tallarines de liquen. Era algo estúpida, por decir lo menos, y tenía terror al Tío Tao; y mientras que los tallarines de liquen se preparan fácilmente, un pollo hay que cogerlo primero, luego matarlo, desplumarlo y cocinarlo adecuadamente. El sol estaba sobre la muralla antes de que la equivocación fuera descubierta y el Tío Tao declaró entonces que esperaría hasta medianoche antes que

comer tallarines de liquen. Se sentó con firmeza en la gran butaca de bambú moteado que un antepasado había traído alguna vez de Hangchow, y allí esperaba, fumando con ferocidad su pipa de una vara de larga. Mientras tanto, los tallarines de liquen sirvieron de cena rápida para los niños y las tres nueras se dedicaron a buscar las aves, que se ocultaban entre los repollos.

Se asustaron mucho más al descubrir, cuando el ave ya estaba muerta, que por equivocación habían matado la mejor gallina ponedora. La que debían comer era una gallina amarilla que sólo ponía huevos de vez en cuando, almacenando su energía en gordura. Pero esta buena gallina ponía por lo menos tres huevos a la semana y durante varios años había empollado y cuidado nidadas de polluelos, mientras que a la gallina amarilla nunca se la pudo hacer estar en el nido tiempo bastante para empollar.

—Por lo menos no se lo digáis al Tío Tao —dijo la primera nuera.

—Lo descubrirá —replicó la segunda condolidada—. Tan pronto como meta sus cinco dientes en la carne de esta ave se dará cuenta de lo que hemos hecho.

Se unieron contra la tercera nuera, quien, con la cara muy pálida, se ocupaba de calentar los pucheros.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpida? —dijo la mayor.

—¿Por qué no miraste el ave antes de retorcerle el pescuezo? —añadió la segunda.

Así le gritaban a la pobre criatura, que sólo podía temblar.

—La cogí debajo de los repollos —balbuceó—, y le retorcí el pescuezo antes de que pudiera volver a escapar.

El Tío Tao chillaba con voz poderosa desde detrás de la muralla.

—¡Quiero comer!

—De prisa. —Ordenó la nuera mayor—. Podemos acusarla después.

Como una sola mujer procedieron a partir la favorita en trocitos pequeños para que la carne se cociera más aprisa. En una cacerola doraron los trocitos con aceite y añadieron cebolla, jengibre, salsa de soja y un poco de agua, todo bien cubierto con la pesada tapa de madera. En la otra cacerola hervía el agua esperando por los tallarines.

—¡Quiero comer! —Volvió a chillar el Tío Tao.

—En seguida, Tío Tao —gritó la nuera mayor.

Todo el mundo le llamaba Tío Tao, aunque hablando con propiedad su familia no debería hacerlo, y tal cosa no se encontraba en ninguna otra villa. Había empezado el asunto cuando regresó él a vivir en la aldea, el primero de la familia que lo hacía en su generación. El padre del doctor Liang había dejado la casa solariega para estudiar en Pekín, y no volvió nunca, a no ser para hacer una visita de cortesía a sus padres y para enterrarlos cuando murieron. Le habían dado un buen puesto en la Corte Imperial en los días anteriores a la revolución y fue bastante reflexivo para adquirir cierta influencia sobre el joven Emperador, que vivía tan lastimosamente enclaustrado por la anciana Emperatriz, su madre. Cuando murió el joven Emperador,



su madre, la Emperatriz, exilió al padre del doctor Liang porque era uno de los que instaron al Emperador a que hiciera la reforma de la nación. Había sido desterrado a Mogolia, pero no había pasado de su villa ancestral. Allí, mediante unas grandes dádivas al jefe de los eunucos, se le permitió vivir y aun visitar Pekín de vez en cuando, y nadie le dijo a la Emperatriz que él no estaba en Mogolia. Antes del destierro el doctor Liang había visitado la aldea ancestral sólo en el momento del funeral de sus abuelos, cuando era un muchacho de catorce o quince años. Fue durante ese destierro cuando su padre lo comprometió, y allí se había celebrado el casamiento unos tres años más tarde, después que ella hubo aprendido a leer y a escribir. Cuando a la muerte de la Emperatriz la familia volvió a Pekín, el viejo señor Liang, como hijo mayor y cuidador de las posesiones de la familia, había dejado al Tío Tao a cargo de todo. El Tío Tao era el hermano más joven, más joven sólo por media hora, porque los dos eran gemelos, y todo lo que quedaba con vida de la una vez numerosa familia Liang de las generaciones anteriores. Había numerosos primos y parientes remotos, que cuando estaban sin trabajo y con hambre volvían a la aldea para vivir, pero de la familia Liang directa quedaban solamente estos dos. Eran muy diferentes. El padre del doctor Liang era un digno y docto universitario. El Tío Tao carecía en absoluto de dignidad. De muchacho había llevado a sus padres a la desesperación por sus travesuras e indocilidad, y un día en que su buena madre tragó opio porque temía que su hijo menor muriera bajo el hacha del verdugo, su marido mandó con firmeza al muchacho a una ciudad distante, donde un primo tercero regentaba una tienda de medicamentos. La madre no murió, y el joven volvió a la casa diez años después para asistir al funeral de sus padres. Por entonces era un hombre guapo de mejillas rojas y risa sonora.

Al señor Liang le gustó bastante su hermano gemelo. Él había sido un obediente y sumiso hijo mayor, prototipo de rectitud y buen proceder, y los arrendatarios de la tierra le engañaban continuamente. Era demasiado fácil engañar al señor Liang, que creía a cualquiera que le dijese que las lluvias y el excesivo sol, el calor y el frío repentino de la estación habían arruinado las cosechas.

El Tío Tao pronto se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Un día, después que los padres quedaron seguros bajo tierra, le dijo al señor Liang:

—Hermano mayor, yo veo que si tú continúas cuidando las posesiones de nuestra familia nos veremos fuera en los campos cualquier día con los bueyes, y los colonos se sentarán aquí en nuestro lugares. Harías mejor dejándome a mí a cargo de ellas. Yo entiendo todo lo que pueda haber en cuestiones de engaños.

El señor Liang dio muy satisfecho su conformidad a esto. Inició la serie de sobornos que podían hacerlo regresar seguro a Pekín, y catorce meses después del casamiento de su hijo mayor, transcurridos algunos años desde el funeral de la Emperatriz, después de la revolución, la familia se fue a Pekín, dejando a cargo de todo al Tío Tao. Durante estos catorce meses, la señora Liang había llegado a conocer tan bien al Tío Tao, que se reía cada vez que pensaba en él, mientras que el doctor

Liang se avergonzaba de él cada vez más.

Detrás del muro de los espíritus, el Tío Tao movía la cabeza y cerraba apretados los ojos, preparándose para gritar una vez más que quería comer. Antes de que pudiera tomar aliento, entró un colono ocioso que venía de la calle. Estaba en la taberna cuando dos extranjeros con un criado se pararon para preguntar el camino de la casa de los Liang. Él, a propósito, les había dado una dirección cambiada para que le diera tiempo a venir y advertir al Tío Tao que iba a tener visitas.

El Tío Tao abrió los ojos.

—¿Quiénes son? —preguntó con su voz bronca y tonante.

—Parecen extranjeros. —Respondió el colono—. Un hombre y una mujer. La mujer tiene el pelo corto. Quizá no sean más que unos estudiantes. No tienen el cabello rojo, los ojos púrpura ni la piel como el yeso, pero parecen gentes de la ciudad.

El Tío Tao odiaba a la gente de la ciudad.

—Diles que me he muerto —dijo y cerró los ojos. En una familia de hidalgos campesinos conocidos por su cortesía y buena educación, el Tío Tao mostraba estas cualidades sólo cuando estaba de buen humor.

Era demasiado tarde para obedecerlo. En este mismo momento apareció Young Wang dando la vuelta al muro de los espíritus. Tío Tao abrió los ojos y miró al gentil muchacho vestido con extraño uniforme. Young Wang sonrió y por un momento no hizo más que quedarse parado, con expresión cordial. Luego tosió para mostrar que estaba dispuesto a presentarse.

—¿Qué clase de hombre es usted? —Inquirió Tío Tao.

—Yo soy el mayordomo de mi amo —empezó Young Wang locuaz—, quien me envía para anunciar que él y su hermana desean ofrecerles sus respetos. Son un hijo y una hija de la familia Liang. Hijos del hijo del hermano mayor de Vuestra Señoría.

El Tío Tao oyó esto con estupefacción. Hacía tanto tiempo que ni siquiera había pensado en estos parientes, a quienes hacía mucho consideraba como muertos en alguna tierra extranjera, que su gruesa mandíbula quedó colgando.

—¿Dónde están? —preguntó.

—En la puerta, Honorable Señor —dijo Young Wang. Apenas podía contener la risa. Este caballero anciano, porque se notaba que el Tío Tao era todavía un caballero, pertenecía a una especie que él conocía muy bien. Cada aldea tiene alguno más o menos como él. Cierto que no había visto a ningún hidalgo campesino tan enorme, tan gordo y tan sucio como el Tío Tao, tan parecido al Buda de un templo olvidado, salvo en que ahora fruncía el ceño en lugar de sonreír. Sobre su gran panza se plegaba la sucia túnica de seda gris, y sus pies descalzos estaban metidos en unos zapatos viejos de terciopelo negro. En la enorme cara amarilla había unas patillas blancas, ralas, y la cabeza, aunque casi enteramente calva, tenía un puñado de pelos atrás trenzados en una pequeña coleta asegurada con un roñoso cordón negro. Esta coleta debería haberse cortado hacía más de treinta años, cuando vino la revolución, y el que

el Tío Tao la hubiera conservado era una señal de obstinación, porque detestaba a todos los gobiernos por igual. Desde luego, mucho después que la revolución hubiera venido y la Emperatriz se hubiera convertido en polvo, todavía persistía él en declarar que estaba viva y pasaba por alto a los nuevos gobernantes.

—¡En la puerta! —exclamó el Tío Tao—. ¡Qué inconveniencia!

—¿Pueden entrar, Honorable Señor? —preguntó Young Wang.

—Yo todavía no he comido —replicó el Tío Tao.

Young Wang empezó a enojarse y dando la espalda bruscamente se volvió a la puerta.

—Anciano Señor —dijo el colono en tono de disculpa—. No es cosa mía y yo debería morir; pero después de todo son los hijos del hijo de vuestro hermano mayor, quien, por otra parte, es el primero de la generación siguiente después de la suya.

El Tío Tao se levantó apoyando las manos en los brazos del sillón de bambú e hizo como si fuera a arrojar personalmente al colono, quien corrió en seguida dando la vuelta al muro de los espíritus y salió por la puerta. Allí el hombre vio a los huéspedes, que lo contemplaron con sorpresa. Sonrió aturdido, y señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—El viejo se está poniendo furioso —dijo, apresurándose a marchar.

—Creo que ese anciano pariente suyo parece tener mal genio —dijo Young Wang.

Una oleada de calor pasó por las mejillas de Mary, tostadas por el sol.

—¿Por qué tiene nadie que estar furioso con nosotros? —Le preguntó a James—. Yo voy a entrar sin más rodeos. Nosotros también pertenecemos a esta casa.

—Espera —dijo James—. Quizá sea mejor que vayamos a la posada.

—No quiero —replicó Mary—. La posada de seguro está sucia. —Y así diciendo, subió rápidamente los dos resquebrajados escalones de mármol de la puerta, pasó bajo el portal y alrededor del muro de los espíritus, para caer de lleno sobre el Tío Tao. En seguida se dio cuenta de que era él. Ningún otro podría haber parecido al mismo tiempo tan absurdo y tan formidable. Sus ojos se encontraron. El Tío Tao frunció el ceño y tiró hacia abajo de sus gruesos labios.

—¡Tío Tao! —dijo Mary.

El Tío Tao no respondió. Continuó contemplándola.

—Mi hermano mayor y yo hemos vuelto a nuestra casa solariega —dijo Mary—. Somos Liang, y nuestro padre es Liang Wen Hua.

—El Loquito de los Libros le llamé siempre —dijo el Tío Tao de repente.

Mary se rió y pequeñas arrugas cruzaron la amplia extensión de la cara plana del Tío Tao.

—Vete —dijo—. Yo nunca hablo a las mujeres.

Mientras decía esto apareció James al lado de Mary. Hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Tío Tao, debe usted perdonarnos —dijo en su mejor mandarín— por habernos

introducido bruscamente. Pero nos consideramos como hijos suyos, y a esta casa como la nuestra. Si no hay inconveniente en que nos quedemos aquí unos pocos días, sírvase decírnoslo.

El Tío Tao movió ligeramente la cabeza.

—¿De dónde habéis venido? —preguntó.

—Hoy de Pekín, pero hace algunos meses vinimos del otro lado de los mares, de América.

—Oí hace unos veinte años que el Loquito de los Libros se había ido allá —dijo el Tío Tao con alguna muestra de interés. Sus gruesos párpados se levantaron ligeramente y empezó a respirar por la boca—. ¿Cómo se gana su arroz?

—Enseñando —dijo Mary.

—¿Le pagan bien? —Inquirió el Tío Tao.

—Bastante bien —contestó ella.

En este momento el Tío Tao recordó de nuevo que tenía hambre.

—Yo no he comido. —Anunció.

—Ni nosotros tampoco —dijo Mary.

—Nosotros podemos comer en la posada —intervino James rápidamente. Estaba un poco avergonzado de que Mary hablara tanto. A los caballeros a la antigua no les gusta oír hablar a las mujeres.

Antes de que el Tío Tao pudiera responder, su nuera mayor entró alegremente por la puerta.

—El ave está lista, Anciano Padre —gritó. Entonces se quedó mirándolos.

El Tío Tao se alzó pesadamente de su sillón. Cuando se puso en pie se vio que era un hombre muy alto, a pesar de su peso. Apuntó con la uña larga y sucia del pulgar a los dos huéspedes.

—Éstos son los nietos de mi hermano —le dijo a su nuera—. Es muy inconveniente que hayan llegado sin avisarme. Ahora tenemos sólo la flaca gallina amarilla de comida.

A la nuera le pareció que éste era el momento de confesar la grave equivocación cometida. Tal vez el Tío Tao se dominaría delante de extraños. Empezó dulcemente:

—Anciano Padre, los dioses nos han guiado. Indudablemente vieron que estos dos venían hacia acá. Dimos caza a la delgada gallina amarilla bajo los repollos y la más joven de nosotras metió las manos debajo, la cogió y le retorció el cuello antes de que pudiera escapársenos. Cuando sacó el ave afuera, no era la flaca amarilla, sino la gorda roja. Nos quisimos morir cuando vimos esto, pero ahora comprendo su significado. Los dioses saben más de lo que nosotros los humanos podemos saber. Hay bastante carne de gallina con los tallarines y algunos huevos que encontramos en la gallina para hacer una comida para estos dos también.

El Tío Tao oyó esto y por un momento puso mala cara, pero no habló. Se dirigió pesadamente hacia la puerta, chupándose los gruesos labios al pensar en la comida. Allí se detuvo y se volvió hacia su nuera.

—Supongo que has llenado aquellas habitaciones de mi hermano con tus hijos, y que no nos queda ni una cama vacía.

—No es cierto lo que usted dice —replicó la nuera—. Yo puedo espantar a los chicos de allí como si fueran moscas. —Se volvió hacia Mary—. ¡Vamos, entre! En pocos minutos tendré dos habitaciones vacías para ustedes.

—Nosotros hemos traído nuestras camas —dijo Mary agradecida. Le gustaba esta parienta campesina de cara redonda.

—Las nuestras están limpias —replicó la parienta, algo ofendida—. No tenemos piojos en esta casa.

—Ya lo sé —dijo Mary.

—No se ofenda. —Intervino James—. Estamos muy contentos de estar bajo el techo de nuestros antepasados.

—Entonces vengan a lavarse y coman —dijo la mujer y los guió al interior de la casa. Young Wang, que había estado de pie esperando delante del muro de los espíritus, salió y metió las mulas, que estaban al otro lado de la muralla, donde las había atado a una datilera, y en lugar de eso las ató dentro del patio al tronco grueso de un viejo granado cargado de rojo fruto. Allí descargó los ajuares de cama y las maletas, y entró él también.

Por la noche llovió. Mary oía desde su cama el tranquilo gotear de los aleros de azulejos y se despertó. La cama era más dura que ninguna en la que hubiera dormido hasta ahora, y consistía sólo en un fondo de tablas colocado sobre bancos. No obstante, se sentía descansada. Tenía un grueso y duro colchón de algodón debajo de su cuerpo y una limpia colcha, también de algodón, doblada encima. Las parientas no habían permitido que se abrieran los otros equipos de cama.

—Tenemos abundancia de todo. —Insistieron—. ¿No estás en tu casa? Nuestros antepasados se alzarían contra nosotras si os dejáramos dormir bajo otras ropas, como si esto no fuera más que una fonda.

La noche era tan fría que no había mosquitos, y Mary no dejó bajar las pesadas cortinas de lino de la cama. Estaba acostada en la oscuridad escuchando la lluvia, respirando un vaga mohosidad en la habitación, el olor de la madera antigua, del yeso de las paredes y de generaciones de su familia. La casa de ninguna manera estaba demasiado limpia, eso lo había visto durante la noche, y sus parientas, bueno, no se bañaban con frecuencia. Se habían reunido en su habitación para observar cómo se preparaba ella para ir a la cama, cordiales, afectuosas y llenas de curiosidad y no tuvo valor de despedirlas. Habían proferido exclamaciones ante la blancura de su ropa interior y la limpieza de su piel.

—Nosotros, la gente de la aldea —había proclamado la mayor— no tenemos tiempo para lavarnos. En el verano es cierto que nos echamos agua sobre el cuerpo cada día, pero en el invierno hace demasiado frío para bañarse.

¿Por qué no se ofendía ella de su curiosidad? Era amable e infantil. La habían admirado mucho, haciendo notar con ternura la estrechez natural de sus pies que no

habían sido vendados nunca, la pequeñez de su cintura y la belleza de sus senos. No había nada grosero en sus ojos, ni tampoco envidia.

—¿Estás desposada? —Le preguntaron, y cuando les dijo que no, les había parecido una lástima, y habían lamentado que sus padres se descuidaran en el cumplimiento de su deber. Había tratado de explicarles que no deseaba contraer esponsales, pero aquí no podían comprenderla—. ¡Ah!, pero debes celebrarlos. —Había exclamado una y las otras asintieron con movimientos de cabeza. No discutió con ellas. Perteneían a otro mundo.

¡Y el Tío Tao! Se rió silenciosamente en la oscuridad al acordarse de él. Había regido toda la velada. ¿Cuál era aquella canción que había aprendido ella en el jardín para niños en Nueva York, hacía mucho tiempo? «¡El viejo rey de Tulé era un tipo alegre, un tipo alegre era él!». Ése era el Tío Tao. Colérico hasta que estuvo lleno de comida. Una vez que hubo mondado los huesos de la gallina gorda, comido los últimos fragmentos de tallarines y terminado el último de los platos y los dulces, se volvió cordial. A su alrededor la familia descansaba con comodidad y los niños que se habían alejado de él se acercaron ahora y se apoyaron sobre sus enormes rodillas y se reían del tamaño de su panza, reposando como en una almohada sobre su gran regazo.

Él alborotaba con sus roncadas carcajadas, y el reírse le hacía toser hasta que quedaba congestionado y, mientras los chicos corrían en busca de la escupidera, sus hijos le frotaban la espalda. Se recuperaba para emitir sonoros eructos y enjugarse las lágrimas de los ojos, y todo el mundo volvía a sentirse a sus anchas.

Fue James quien lo persuadió para que hablara del pasado.

—Háblenos de nuestro abuelo y de los viejos tiempos, Tío Tao —dijo James.

Habían quedado sentados escuchándolo hasta bien entrada la noche, y los niños se quedaron dormidos en brazos de sus madres, mientras el Tío Tao hablaba. Mary había escuchado agitada por extraños sentimientos. La desnuda sala con sus paredes de yeso y vigas con telarañas, la buena gente de aldea de fisonomía abierta, éstas eran las cosas verdaderas y eran las suyas. Se acurrucó en la enorme cama.

—Me gusta esto —murmuró—. Me gusta más esto que ningún otro lugar del mundo.

Del otro lado del tabique de madera James también estaba despierto. No le había llevado mucho tiempo ver que sus parientes tenían el tracoma. Hasta los ojos de los niños estaban rojos. ¡No era de admirar, cuando usaban todos la misma toalla gris, la misma palangana de lata! Si no estaba equivocado, el hijo mediano tenía tuberculosis. ¡Y éstos eran los hidalgos!

James vio que al Tío Tao no le gustaría ningún cambio. Y, sin embargo, decidió: cambio era lo que él traería a su aldea ancestral. Se levantó de la cama y prendió las velas de encima de la mesa. Estaban colocadas en palmatorias de bronce retorcidas, con la forma del carácter para la vida larga. Él les traería una larga vida con la salud. Su corazón se dulcificó al recordarlos, aun al Tío Tao.

«Son buenos —pensó—. Son verdaderamente buena gente».

La mañana siguiente empezó con una pelea entre James y Mary. Cuando salieron de sus habitaciones y se encontraron en la gran sala central de la casa, estaba sólo la nuera mayor allí.

—Las personas de afuera —dijo, refiriéndose a los hombres—, han ido a ver las plantaciones del trigo de invierno. Me pidieron que los excusara con vosotros y que os diga que estarán en casa antes del mediodía. Os ruegan que comáis y os sintáis cómodos en vuestra casa. El Tío Tao no se levanta temprano. Uno de nuestros hijos está escuchando a su puerta y cuando el Tío Tao empieza a protestar el pequeño viene a decírnoslo. Así ocurre todas las mañanas.

—Por favor, no se moleste por nosotros, buena tía —dijo James.

—No es molestia —replicó ella—. ¿Qué queréis comer? Nuestro alimento es pobre.

—Cualquier cosa —dijo Mary—, yo tengo apetito. —Y añadió impulsivamente—. No nos trate como a huéspedes. Déjenos entrar en la cocina con usted y buscar nuestra comida.

La parienta se rió, pero no dijo que no, así que la siguieron a través del patio hasta la cocina. La mañana era clara y brillante, y la luz del sol mostraba de modo muy manifiesto que las parientas no eran unas amas de casa cuidadosas. Mary miró a James significativamente, y James le dijo en voz baja y en inglés:

—No te preocupes, la mayoría de los gérmenes mueren con el calor.

Allí había calor abundante. La parienta abrió la tapa de madera de las grandes ollas y salió vapor del fragante mijo. El cucharón de hierro estaba tan caliente que no se le podía tocar sin un paño, y Mary, cuando vio el trapo oscuro que le ofrecían, utilizó en su lugar el pañuelo. Los huevos de pato salados, fríos y con cáscara estaban bastante limpios, y el pescado salado era seguro, así que llenaron sus tazas y salieron afuera, a comer al sol. La casa estaba tranquila porque las otras parientas y los niños mayores se habían ido a los campos y a lavar ropa en los remansos. Sólo los niños más pequeños jugaban por allí en medio del polvo.

—Vamos a los campos también. —Le dijo Mary a James.

Cuando hubieron comido y lavado sus tazas volvieron a encontrar a la parienta, que estaba ahora hilando tela en un cuarto de atrás. Oyeron el clac-clac del telar y al acercarse allí la vieron sentada en lo alto del mismo, trabajando en medio de un espeso polvo.

—Vamos a salir a ver las tierras. —Le gritó Mary, y ella movió la cabeza en señal de asentimiento y volvió a su trabajo.

Y entonces fue cuando empezó la pelea. Tan cerca estaba un hermano del otro que sus ideas coincidían con frecuencia como si tuvieran un solo cerebro, y a Mary no le cupo la menor duda de que James sentía lo mismo que ella esta mañana. Volvió la cara resplandeciente hacia él cuando pasaban por la calle de la villa.

—¡Jim vengámonos a vivir aquí!

Los chicos se paraban en la calle para mirarlos y las mujeres salían corriendo a las puertas. No era una aldea pequeña; había callejuelas que cruzaban la calle y corrían hasta las cuatro murallas del cuadrado. En conjunto habría quizá un centenar de casas. El centro de la calle principal estaba pavimentado con bloques de mármol pulidos por generaciones de pies de los Liang, y las casas estaban construidas con ladrillos de fabricación casera y con tejados de azulejos negros no vidriados. Aquí y allá se veía una casa más pobre de paredes de tierra bajo un techo de paja. Los niños estaban alegres, pero sucios.

James los miró y vio adenoides y amígdalas, ojos enrojecidos y mala alimentación.

—¿De qué podríamos vivir, Mary? —preguntó. Ella habría llegado a la misma conclusión demasiado rápidamente, y aunque por la noche había tomado la misma decisión, era irritante que fuera la primera en anunciarla. No daría su conformidad en seguida, sino que insistiría en las inevitables dificultades.

—Nosotros pertenecemos a la familia Liang, ¿no es así? —Replicó ella—. Supongo que podremos tener alojamiento y comida lo mismo que el Tío Tao y los demás.

—Pero no podemos arreglarnos sólo con un techo y la comida —dijo él, prudente—. A mí me gustaría instalar un hospital y supongo que tú querrás hacer algo por estos niños. Para eso hace falta dinero.

—No se necesita mucho —dijo Mary reconociendo de mala gana que su hermano tenía razón—. Yo podría hacer una escuela en una habitación vacía y la gente podría pagar los libros y cosas así. No costará nada poner limpios a esos niños, por lo menos.

James no respondió de momento. Habían llegado a la puerta Sur de la muralla de la villa, y pasando por ella se encontraron en el campo. Todos, excepto los niños mayores, se habían vuelto ahora y con una escolta de no más de una docena, avanzaron por los senderos que atravesaban los campos. Hasta donde la vista podía alcanzar, la tierra llana se extendía oscura y trasquilada bajo el brillante cielo azul. Las mieses estaban segadas y sólo los repollos y las cebollas se veían verdes. El azul de los trajes de los labradores lucía puro y claro, y una manada de gansos blancos, que corría a través de un campo recién segado para recoger el grano perdido, prestaba una nota de nieve.

—¡Oh, qué hermoso es esto! —Suspiró Mary. Estaban hablando en inglés como lo hacían siempre cuando se encontraban solos. En Nueva York instintivamente lo habrían hecho en chino.

—¿Por qué no dices algo, Jim? —Lo interrogó.

Lo miró y vio como no había visto nunca qué guapo era. Se había vestido con ropa vieja; unos pantalones castaños muy usados y un sweater rojo descolorido. Parecía extranjero y muy joven, y sin embargo, su perfil, suave y fuerte, pertenecía al paisaje.



—Estoy pensando —respondió él—. Sé muy bien que tenemos que hacer algo así, Mary. Sentí que me asaltaba esta idea por la noche, lo mismo que a ti, supongo. Es una cosa extraña. Los desterrados que volvemos a la tierra parecemos tomar dos direcciones distintas. Algunos, como Su, Peng y Kang y los demás compañeros, con sus esposas, hijas, etc., quieren ignorarla y escapar. Y luego hay los que son como nosotros, que estamos confundidos porque nada es como suponíamos y, sin embargo, no podemos separarnos.

—¿Tú crees que papá sabía que esto era realmente así? —preguntó ella.

—¿Así cómo?

—Bueno, digamos lo peor...: sucio —contestó ella francamente—. Sucio, y los niños asquerosos, y la gente ignorante.

—Yo me imagino que papá lo ha olvidado todo excepto en lo íntimo de su corazón —respondió James—. Gente sucia la hay en todas partes... La hay abundante en Nueva York.

—¡Tú sabes lo que quiero decir, Jim! Sabes tan bien como yo que no esperabas encontrar tanta gente pobre, tantos sucios y tantos ignorantes como hemos encontrado. Nosotros hemos vivido bastante bien, pero no hemos vivido entre ellos.

—Yo no creo que papá crea que nada de esto es cosa suya. ¿Por qué crees tú que es cosa nuestra?

—Porque lo es.

—No estoy seguro —replicó James.

Aquí empezó la pelea. Mientras Mary discutía, resistía James, hasta que al fin en un momento de pasión ella se plantó firme y no lo dejó dar un paso más.

—¿Pero por qué estás tan enojada conmigo? —Protestó él.

—Porque tú sabes, y yo sé que lo sabes, que no me estás diciendo lo que verdaderamente piensas —dijo Mary en voz alta. Una bandada de cuervos que se había instalado en un campo al lado del camino levantaron la vista asustados y con gran revoloteo se fueron formando un remolino.

—Hasta asustaste a los cuervos —dijo James riendo.

—Jim —gritó ella, estampando un pie en el polvo—. ¡Contéstame!

Pero James no le contestó, y dirigiéndole una mirada iracunda Mary echó a andar.

Ahora llegaron a una pared que era un templo erigido a un dios de la tierra, una construcción pequeña no más alta que Mary. Dentro, cuando miraron a través de la abertura, vieron al pequeño dios y a su esposa. Sobre el muro bajo que rodeaba la estructura, Mary se sentó y James lo hizo a su lado. Detrás de este templo había túmulos sepulcrales.

—Supongo que serán de nuestros antepasados —dijo James—. Los ponían en cualquier lado en medio de los campos, según parece.

Mary los miró sólo un segundo y volvió a su discusión.

—Jim, si tú no vienes a vivir a la aldea, vendré yo sola.

Él se puso serio al oír esto.

—Querida mía, estoy seguro de que eres capaz de hacerlo —dijo—. Pero yo no digo que no quiera venir. Estoy meditando cómo... y quizá cuándo... y con qué. Si nos limitamos a venir aquí a vivir entre gentes ignorantes, podríamos volvernos ignorantes nosotros también. Tenemos que pensar en el género de vida que vamos a hacer aquí. No queremos solamente enterrarnos... con nuestros antepasados.

Su seriedad y su amabilidad la calmaron. Quedó sentada en silencio durante un largo rato refrenando sus vehementes ideas. Él tenía razón. Había un mundo de diferencia entre ellos y estos parientes; siglos de diferencia, espacio y tiempo amontonados en una sola generación.

James siguió:

—Ante todo quiero hablar con el Tío Tao. Tenemos que conseguir su ayuda, ya lo sabes. Si se pusiera en contra nuestra no podríamos hacer nada. Él tiene que comprender.

—¿Tú crees que comprende nada fuera de su comida y de su sueño? —preguntó Mary.

—Bajo esa montaña de carne yo creo que comprende muchas cosas —dijo James.

La pelea se había desvanecido como una neblina, pero ella no podía dejarla disipar del todo.

—Por lo que veo, tú estás pensando en el asunto —dijo— y según creo realmente quieres volver a tu pueblo y no limitarte a andar a la deriva con esos Su y Peng y Kang, y gentes por el estilo.

—Yo no quiero andar a la deriva —dijo James.

—Hasta ahora estás muy descontento de todo, lo mismo que yo. —Siguió Mary con una risa velada.

—Estoy por completo descontento. —Afirmó James.

—Entonces, alegrémonos. —Mary rió, levantóse y atisbo dentro del templo—. ¡Pobres diosecillos! ¡Parecen aterrados!

Cuando volvieron al mediodía, el Tío Tao estaba despierto y paseando lentamente arriba y abajo por el patio, digiriendo su tardío desayuno. Terminada la cosecha, las tres comidas de los días de trabajo se habían reducido al programa de invierno de dos, y todavía no se notaban preparativos para la comida siguiente. Sobre la mesa de la habitación principal había un plato con kakis y una bandeja cuadrada para los postres dividida en compartimientos que contenían semillas de melón, de calabaza y algunos dulces añejos.

—¡Eh, eh! —dijo el Tío Tao perezosamente cuando entraron James y Mary.

—¿Cómo está usted, Tío Tao? —preguntó James.

—Muy ocupado, muy ocupado —dijo el Tío Tao, poniendo sus gruesas manos sobre el estómago—. ¿Dónde habéis estado?

—Afuera, en los campos —respondió James—. Pero no vimos a ninguno de

nuestros parientes.

—Fueron a un lugar apartado de nuestras tierras —dijo el Tío Tao sin precisar—. Los mandé allá para medir la semilla del trigo. Esos viejos de la tierra no hay vez que no engañen al propietario, si pueden.

—¿Cómo fijan ustedes la renta? —preguntó James.

—Nosotros tomamos la mitad —contestó el Tío Tao. Ahora que vio que iban a tener una conversación seria, se sentó en su butaca de bambú que ningún otro usaba—. Nosotros proveemos la mitad de la semilla, y obtenemos la mitad de la cosecha. La tierra es nuestra, los bueyes son suyos. Ellos tienen el trabajo fácil, nosotros el difícil.

—¿Cómo es eso, Tío Tao? Usted parece cómodo aquí sentado.

—Ah, tú no conoces la verdad de nuestra vida aquí —dijo el Tío Tao con vigor. Ahora, despierto, su enorme cuerpo concordaba con su estado de ánimo. Su cabeza grande se sostenía redonda y calva sobre los anchos hombros, y el moreno pescuezo emergía grueso del cuello desabrochado. Nunca se tomaba molestias con los botones. Sostenía la túnica gris alrededor del cuerpo con una ancha y suave faja de seda vieja y sus manos grandes salían de las largas mangas moviéndose al unísono de su conversación, gesticulando con gracia peculiar. Estas manos eran suaves, aunque estaban sucias, y tenían hoyuelos en los nudillos.

—Todos vosotros, los jóvenes —decía en voz alta, como si se dirigiera a millones—, no comprendéis. Creéis que los viejos de la tierra son todos buenos y honrados. Nada es menos cierto. Yo te aseguro que estos hijos de perra que arriendan nuestra tierra de Liang, son ladrones. Venden el trigo de la semilla y luego se quejan de las cosechas pobres. Recogen la cosecha temprano y venden nuestra parte. Mis tres hijos y yo caminamos con fatigas de aquí para allá observando, pesando y midiendo. Ahora que se les ha dado la semilla tenemos que cuidar que se siembre. Cuando lo sembrado empieza a crecer, debemos calcular la cosecha mes por mes. Durante la recolección debemos estar en todas partes a la vez, si no queremos que corten el grano antes de que nos podamos enterar de lo que pesa. ¡Compadeced al pobre terrateniente, compadecedlo!

Durante la conversación había entrado Young Wang, y no atreviéndose a interrumpir, se quedó en pie esperando. Cuando el Tío Tao dijo esto, el muchacho se puso muy encendido y mostró las venas de las lisas sienes. James lo observó y comprendió muy bien. Young Wang pertenecía a los hombres de la tierra. Se volvió a un lado para escucharlo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Young Wang habló sin reparar en el Tío Tao.

—Amo, veo que ustedes están muy bien aquí. ¿Cuánto tiempo se van a quedar?

—Siete u ocho días, si el Tío Tao nos lo permite —dijo James.

—Quedaos, quedaos —dijo el Tío Tao con tono indulgente.

—Entonces, tengo tiempo suficiente para visitar a mis ancianos padres —dijo

Young Wang—. Debía haber ido hace mucho, porque los dejé en la ciudad después de las inundaciones. El agua ya se habrá ido y querrán volver a sus casas, si es que éstas no se han fundido en el agua. En ese caso tendrán que hacer otras nuevas. Tienen un amo muy malo que nos les ayuda, y yo debo ir allá para procurar que no les obligue a vender los bueyes con que tienen que arar la tierra, si es que no se han de morir todos de hambre.

James comprendió bastante bien que Young Wang decía esto por el Tío Tao y contestó en seguida:

—Vete y quedemos en salir de aquí dentro de ocho días por la mañana.

—Entonces me voy —dijo Young Wang. Y sin más formalidades, se marchó.

El Tío Tao había cerrado los ojos durante esta interrupción y parecía dormir. Los abrió ahora y tomó la palabra donde la había dejado.

—Si no hubiera sido por mí —declaró—, la familia Liang no tendría hoy un lugar en la tierra. Tu abuelo, mi hermano mayor, no era más que un estudioso. No comprendía de la vida más que un niño. Estaba lleno de buenas palabras y cualquiera podía engañarlo dándole la razón. Supongo que tu padre será lo mismo.

—Quizá —dijo James.

—¿Cuál es su verdadero modo de ganarse la vida allí? —Inquirió el Tío Tao con vivo interés—. La enseñanza no puede llenar el estómago. Yo le mando gran parte de las rentas cada año, pero supongo que eso tampoco es bastante.

—¿Le envía usted la renta? —preguntó Mary.

—Su parte —dijo el Tío Tao, sin mirarla. Él no miraba nunca a ninguna criatura hembra a la luz del día—. Antes del Año Nuevo divido todo en proporciones exactas, a cada uno su parte de acuerdo con su lugar en la familia. Así tu padre obtiene lo mismo que mi hijo mayor, de la misma generación.

—¡Papá nunca nos dijo eso! —exclamó Mary.

—¿Eh? —dijo el Tío Tao—. ¿Por qué no?

—Supongo que no se le ocurrió —razonó James—. Lo que él gana enseñando es bastante más que eso.

—¿De veras? —Exclamó el Tío Tao con los ojos brillantes—. ¿Enseña a leer y escribir a los extranjeros?

—Ellos ya saben —dijo Mary.

—No en nuestra lengua —replicó el Tío Tao.

Mary se agarró a este cambio de conversación.

—¡Tío Tao! —dijo con firmeza.

El Tío Tao miró para el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Cree usted en la ventaja de leer y escribir?

—Yo sé leer y escribir. —Replicó.

—Pero para las demás gentes. —Insistió Mary.

—No para las mujeres —dijo el Tío Tao con resolución—. Cuando una mujer

tiene el vientre lleno de caracteres, no hay lugar para un hijo.

—Para los hombres, entonces —dijo Mary tragándose su orgullo por el momento.

—Depende de qué hombres —contestó el Tío Tao—. Los hombres como yo y mis hijos, desde luego todos leemos y escribimos. No demasiado, ¿comprendes?, pero lo suficiente.

James dirigió a Mary una mirada de advertencia. «Vete tranquila —le aconsejaron sus ojos—. Déjame a mí». Ella se levantó.

—Voy a ver si puedo ayudar en la cocina.

El Tío Tao lanzó una ligera mirada en la dirección de su voz.

—Muy bien —dijo— eso está muy bien, es lo más propio.

Esperó hasta que ella se hubo ido y luego miró a James.

—Debes casar a esta hermana rápidamente —dijo con voz solemne—. Permitir que una mujer corra de aquí para allá, es tentar a los diablos. Vamos, vamos, ¿qué habéis hecho?

—Ella quiere enseñar en una escuela —dijo James con audacia.

—Lo ves. —Respondió triunfante el Tío Tao—. Yo te lo dije..., ¡nada de leer y escribir para las mujeres! Ninguna de mis nueras sabe leer. Yo insistí en eso. Recuerdo que tu padre quiso que tu madre leyera. Bueno, supongo que corre por todas partes. Nunca está en casa, ¿eh? ¿Cuántos hijos tiene?

—Somos cuatro.

—¿También tú enseñas en la escuela?

—No, yo soy doctor.

—¡Un doctor! —Exclamó el Tío Tao—. ¿Un doctor de los que cortan o un doctor en medicina?

—De los que cortan —dijo James—, aunque a veces los trato primero.

—¡Cortar! —dijo el Tío Tao sombríamente—. Yo no creo en eso. No he visto nunca a nadie a quien hubieran cortado que viviera.

—¿Ha visto usted alguna vez a alguien a quien hayan cortado? —preguntó James sonriendo un poco.

—No —dijo el Tío Tao sencillamente—. Pero no creo en eso.

Bostezó, guardó un breve silencio y luego empezó a frotarse la panza lentamente, con la mano derecha.

—¿Qué es eso? —preguntó James.

—Nada, nada —dijo el Tío Tao. Pero sin abrir los ojos añadió algo con ansiedad—. Hay veces en que podría creer que soy una mujer a punto de tener un hijo. Pero siendo hombre, eso es imposible.

Continuó sentado con los ojos cerrados mientras se frotaba el vientre; James esperaba.

—¿Eh, no es así? —dijo el Tío Tao de repente, abriendo los ojos.

—Me parece imposible —dijo James esforzándose por no reír.

—¿Entonces qué hay aquí?

Sin otra advertencia tiró de la banda, y abrió de golpe la túnica. Su enorme panza quedó al descubierto.

—Palpa esto —le dijo a James.

James se inclinó sobre él y apretó la enorme masa blanda.

—¿No palpas algo como la cabeza de un niño? —preguntó con ansiedad el Tío Tao.

—Sí, pero no es eso.

—¿Qué es?

—Una protuberancia que no debiera estar ahí.

—Cangrejos —dijo el Tío Tao desanimado—. Comí demasiados cangrejos un año, y poco después empezó esto.

—No son cangrejos.

—¿Entonces qué es?

—No lo sé. Tendría que mirarlo a través de un cristal especial.

—¿Puedes ver a través de mí?

—Sólo parcialmente.

—¿Y luego qué?

—Probablemente tendría que cortar —dijo James con mucha dulzura.

El Tío Tao se tapó de nuevo la panza.

—No creo en eso de cortar —dijo—. Hablemos de otra cosa. De los hombres de la tierra, por ejemplo.

Pero James no lo escuchaba. Todo parecía caer de un modo muy claro en su lugar. El porvenir, que lo veía confuso esta mañana cuando habló con Mary, se acercaba, y lo vio desfilar paso a paso. El Tío Tao, con un tumor en el vientre, abriría el camino, sin saberlo.

Young Wang volvió después de siete días y en involuntario silencio hizo las maletas, retiró los ajueres de cama que no se usaron nunca, acepilló la mula en que había viajado hacia el Sur hasta su aldea y reclamó las otras dos, instaladas en los establos de la posada mientras él estuvo fuera. A la mañana siguiente, apareció poco después de amanecido para volver a la ciudad; James y Mary estaban preparados. Todos los de la casa se habían levantado para verlos marchar e invitarlos a regresar a gritos. Hasta el Tío Tao, en un esfuerzo heroico, abandonó la cama despeinado y legañoso y se acercó a la puerta para inclinar la cabeza en despedida y murmurar vagamente:

—¡Nos volveremos a ver!..., ¡nos volveremos a ver!

Tan pronto como los dos se hubieron ido se echó sobre la cama para dormir. El sueño era la única manera de poder escapar del miedo horrible que se apoderaba de su corazón durante todas las horas de vigilia. ¡El joven que era su sobrino nieto había dicho que lo tenían que cortar! Pensó un instante en esto antes de dormirse. Después

habló resuelto consigo mismo: «Todo lo que esté dentro de mí, es mío, y nadie puede sacármelo si yo no lo permito». Con este momentáneo consuelo volvió a sumirse en el sueño.

La aurora rompía sobre la aldea cuando los dos hermanos la dejaron. El cielo estaba iluminado con muchas nubecillas doradas, porque el sol no había llegado aún al horizonte. La calle parecía fresca a esta luz nueva, y el humo que salía retorciéndose de los tejados de las cocinas era de color púrpura. Las voces de los niños detrás de las puertas, parecían gorjeos como de polluelos que despertaran, y sólo los gansos blancos estaban levantados y a punto de dedicarse a sus asuntos. Llegaban a casa por la noche, como hombres buenos y decentes, y se cobijaban bajo las murallas, pero al amanecer se agitaban y caminaban dignos y silenciosos hacia los campos, en contraste con los ruidosos patos graznadores que iban de cualquier manera y no guardaban filas. Entre los gansos y los patos no hay comunicación.

La puerta de la villa ya estaba entreabierta y James tuvo que agachar la cabeza, tan alto quedaba sentado en su mula. Fuera de la muralla la tierra se extendía con el prístino resplandor del rocío que desaparece tan pronto se levanta del todo el sol. Los campos eran de un rico color castaño, porque en estos pocos días habían sido arados para el grano de invierno. Los cauces estaban dorados alrededor de las aldeas que salpicaban la llanura.

—Mira esas aldeas —dijo James—, podemos llegar a cincuenta de ellas en una jornada.

—Empezaremos por la nuestra —contestó Mary.

Habían hablado muy poco durante los últimos días que pasaron en su casa solariega. Ambos estaban rumiando ideas, y hasta que estuvieran claras preferían mantenerse separados. Mary se había unido a la vida de sus parientas. Trabajó y descansó con ellas, contestando a sus preguntas constantes sobre ella misma, sus ropas, sus padres, su educación, América, todas las gentes extrañas que allí había y sus extrañas costumbres. Dondequiera que lo hubieran oído, algo sabían las mujeres de las cosas del otro lado del mar y de aquellas lejanas tierras, pero su información estaba tejida sobre sueños, mitos e imaginaciones. Así creían que por allá los niños nacían con el pelo blanco y que éste se les oscurecía con la edad. Creían también que los hombres y las mujeres no se aparejaban y producían hijos de una manera humana —es decir, a su manera—, sino de alguna inconcebible forma mística. La comida de las tierras extrañas las horrorizaba, porque habían oído que consistía en carne cruda y leche de vaca, que les desagradaba mucho. Habían oído que la gente estaba cubierta de pelo de la cabeza a los pies, que su piel era de todos colores y que tenían los ojos azules, purpurinos y amarillos como los de los animales salvajes. Con la pasión del que nace para enseñar, Mary les explicaba lo que a su juicio era la verdad y a su vez les hacía preguntas. Se enteró de que sólo la mayor de las nueras se atrevía a hablar con el Tío Tao, y eso solamente desde la muerte de la esposa del tío, una mujercita amable y bondadosa a quien había querido todo el mundo y que desobedecía al Tío

Tao en todo sin ofuscarlo.

—¡Ah, la mujer del Tío Tao, nuestra madre! —Suspiraba la nuera mediana—. ¡Qué buena era! Llegó a ser famosa como suegra. Algunas mujeres temen a las madres de sus maridos, pero nosotras no la temíamos. Nos consideraba como carne de su carne y sangre de su sangre; no era capaz de decirnos una palabra dura, y con eso nosotras trabajábamos mucho más. ¡Era demasiado sabia para cualquier hombre! Siempre que el Tío Tao regañaba a cualquiera de nosotras, renunciaba a su posición de esposa. «¡Tao! —así le llamaba—. ¡Eh, Tao, yo no te sirvo! Ya veo que no puedo gobernar tu casa. Por favor, trata de conseguir una concubina buena y fuerte; yo me retiraré y la dejaré que lo vigile ella todo». Así decía.

—¿Y él no lo hizo nunca? —preguntó Mary. Siempre encontraba interesante estos asuntillos que le contaban las parientas.

—¿Él? —Gritaron las nuevas a coro. Y tuvieron un ataque de risa.

Era una casa alegre y el temor a los enojos del Tío Tao no hacía más que añadir animación a sus días. Él era bueno bajo su propio techo, y su cólera, aunque llenaba de terror, también los enorgullecía, porque creían que no había otro como él en el mundo. Hasta sus hijos se vanagloriaban de la furia y la gordura de su padre, de su panza y de sus carcajadas. Le querían mucho, mientras él fomentaba el temor que se le tenía y daba direcciones a sus vidas.

Todo esto lo vio Mary, pero no lograba que le gustara Tío Tao.

—Por ejemplo, el Tío Tao —le decía ahora a James, mientras las mulas daban tumbos por los estrechos senderos hacia la carretera principal que conducía a la ciudad—, ¿qué es sino una masa de ignorancia y suciedad? Yo no voy a permitir que se interponga en mi camino. Él desprecia a las mujeres, pero yo lo desprecio a él. Seguiré mi camino y haré lo que proyecto hacer.

—¿Qué es lo que proyectas hacer? —preguntó James, sonriendo a su franca y decidida hermana. Ella constituía un cuadro que nada tenía de formidable. El áspero viento de otoño agitaba su melena; tenía las mejillas coloradas y los oscuros ojos brillantes. Su perfil, que se recortaba en el horizonte de cielo y tierra, era joven y exquisito, y su cuerpo menudo se mantenía leve y airoso sobre la renqueante y huesuda mula.

—Haz tú lo que quieras, Jim —dijo vivamente—. Yo voy a volver a vivir a la aldea.

—¿De qué?

—Con las rentas de papá —contestó Mary con calma.

A James le hizo mucha gracia oír esto, pero se mantuvo serio.

—¿Cómo piensas sacarle las rentas al Tío Tao? —preguntó.

—Le diré a papá que le escriba que voy a cobrarlas yo. Si el Tío Tao no le hace caso a papá, le haré la vida imposible hasta que me lo haga a mí. Después de todo, yo pertenezco a la familia y tengo un derecho bajo su techo.

—Hasta que estés casada. —Le recordó James.



—No me casaré.

—¿Estás declarando guerra eterna contra el Tío Tao? —dijo James.

—¡Sí!

Empujaron las mulas a un lado unos minutos, porque encontraron una larga fila de labradores que llevaban el grano a la ciudad. Iba apilado en cestas de bambú, llevadas a cada extremo de una vara flexible de madera. Aunque el aire era frío, los hombres sudaban y se habían abierto las chaquetas de algodón, mostrando los cuerpos morenos de músculos ondulantes.

—Somos una hermosa raza —dijo James al contemplar a los hombres.

—Somos admirables. —Convino Mary. Cambiaron una larga mirada de satisfacción entre ellos y luego continuaron.

—Mira —dijo James con tono reflexivo—, el Tío Tao también es admirable a su manera.

—Tú le gustas porque eres hombre. —Replicó Mary.

—Bueno, en el fondo, a los hombres les gustan más los hombres —dijo James. Una chispa de travesura le salió a los ojos—. Y a las mujeres también, Mary. Ésta es la raíz de las querellas entre hombres y mujeres.

Ella rechazó esta escapada a la teoría.

—El Tío Tao tiene más de montaña que de hombre —dijo sin pasión—. Nunca le escuché decir nada digno de oírse.

—Él no hablaba cuando tú andabas por allí. —Respondió James.

Mary no se dejó conmovir.

—Jim, por favor, no trates de simular que de verdad te gusta el Tío Tao. Bien sabes que será tu principal obstáculo y el primer enemigo cuando vayas a vivir allí.

—¿Quién dijo que yo iba a vivir allí? —Inquirió James.

—Ya sabes que sí. Puede que aun a ti mismo sigas diciéndote que no lo has decidido. Pero sí lo decidiste. Te lo noto.

James concedió graciosamente:

—Tienes razón, Mary, aunque no comprendo cómo lo sabes. Voy a volver allí para toda la vida. No sé cómo ni cuándo. Ni apenas sé por qué. Pero voy a ir.

Mary recuperó todo su buen humor.

—¿Y cómo crees que vas a ganarte la vida? —Le preguntó con afectuosa malicia fraternal.

—No lo sé. No he llegado tan lejos todavía. Pero tengo la idea de que en cierto modo el Tío Tao me ayudará.

Mary prorrumpió en carcajadas.

—¡Oh, Jim, Jim! —Exclamó—. ¡Jim, el soñador silencioso!

Era de noche cuando llegaron a la casa de la ciudad. El *hutung* estaba silencioso, porque la lluvia había empezado a caer; era una lluvia fría de otoño, y los niños

estaban dentro de sus casas. Dejaron las mulas a la puerta, gritando primero que viniera Perrito a buscar el equipaje, Young Wang llevó las bestias a su propietario. Perrito vino corriendo; luego, Peter y Louise y, por último Chen, salieron a recibirlos. Chen había estado un poco disgustado cuando lo dejaron en la casa con Louise, con sólo Peter como tercero, pero se habían reído de él por anticuado. No obstante, había estado muy escrupuloso y tan ocupado en el hospital, que no quedó solo con Louise ni una sola vez mientras James y Mary estuvieron afuera. Una cosa extraña había ocurrido en el hospital; estaba preocupado por ella y se alegró de ver a James en casa de nuevo. Pero no dijo nada de eso por ahora.

—¿Qué tal? ¿Cómo os fue a los dos? —preguntó amable, con los pelos sobre su cara grande y honrada—. ¿Habéis vuelto sanos y salvos de cerca de vuestros antepasados?

—Los dos oléis a ajo. —Declaro Louise.

Peter se quedó haciendo guiños, con las manos en los bolsillos.

—Yo creí que tal vez no volveríais. —Sugirió.

—Teníamos que volver para tomar un baño, aunque no fuera para otra cosa —dijo alegremente James.

Entraron todos juntos en la casa. Un rico olor a comida flotaba en las habitaciones. La madre de Perrito salió corriendo con la cara negra de hollín.

—¡Oh, cielos, ojalá no hayan comido todavía! —gritó—. Tengo la comida lista.

—No hemos comido. —Replicó Mary—. Pero espere, buena madre, hasta que nos hayamos lavado.

—Perrito irá a la tienda de agua caliente en seguida y comprará agua hirviendo. —Prometió la mujer.

Así que en muy pocos minutos trajeron el agua caliente en grandes jarros humeantes y los vertieron en la bañera de loza vidriada del cuarto de lavarse. Éste fue para James, y la madre de Perrito buscó una bañera de madera y la puso en el cuarto de Mary, para que la comida no tuviera que retrasarse demasiado.

¡Qué buena era el agua caliente, y qué bendición el jabón! «Cuando vaya a la aldea —murmuró Mary en medio de esta comodidad— lo primero de todo haré una casa de baños para las mujeres».

En su bañera de loza, James se sentó con las piernas cruzadas como un buda joven. «Una casa de baño para los hombres —pensó—. Ésa será la primera cosa para la aldea».

Llegaron a la mesa con un apetito monstruoso, ansiando contarle todo, y oírlo todo.

—Primero escuchad —dijo James— y luego contad.

Pero parecía que no había mucho que escuchar. Louise estaba muy silenciosa. Interrogada, dijo que había leído varios libros que le trajo Chen de la biblioteca del hospital, y que asistió a una reunión que había dado la nueva señora de Su, en la que hubo baile... Era la primera vez que había bailado desde que salió de su país, como

persistía llamar a Nueva York. Ni James ni Mary la corrigieron. Su país para ellos estaba surgiendo tras las murallas oscuras de la villa que se levantaba en la terrosa llanura. No podían imaginarse a Louise allí.

—Yo quiero hablar contigo a solas de la universidad —dijo Peter bruscamente a Jim—. Están pasando allí cosas que no me gustan.

Chen hizo un breve informe del hospital.

—La estación saludable está llegando, y no hemos tenido más cólera. Hubo el número usual de nacimientos ya medio arruinados por estúpidas comadronas, y Peng está amenazando con dimitir porque los auditores extranjeros quieren examinar los libros que él llevó durante la guerra. —Vaciló y continuó luego—. Más tarde Jim, cuando tengas tiempo, quiero decirte algo.

—¿Por qué todos tenéis secretos? —preguntó Mary.

—Yo no tengo ningún secreto —dijo Louise rápidamente. Miró a Chen, que no respondió a su mirada ni le habló, y Peter no prestó atención. Su apetito siempre era excelente. Tenía las escudillas de arroz, jugo de carne, repollo e hígado de pato, hecha por él en forma que juzgaba perfecta.

James, presintió algún enredo que no se podía revelar ahora y empezó a hablar de la aldea.

—Yo no sé cómo describiros al Tío Tao... —Empezó a reírse y los demás se rieron como él cuando continuó.

Sentados alrededor de la mesa iluminada por velas, todos lo escuchaban y Mary no le interrumpió. Cuando este hermano suyo, tan alto y tan guapo, emprendía una cosa, lo hacía superiormente bien. Chen estaba profundamente conmovido. Abrió las manos hacia arriba sobre la mesa.

—Todo lo que tú explicas es tan conocido para mí como las palmas de estas dos manos —dijo cuando James hubo terminado—. Sin embargo, nunca comprendí hasta ahora que eso tuviera que ver algo conmigo.

—Nosotros podemos hacer todo lo que yo he dicho —siguió James— pero debemos movernos de una manera que parecerá lenta al principio. La gente debe estar con nosotros.

—¡Lenta! —Exclamó Peter—. Tan lenta que estaremos muertos todos antes de ver el cambio.

Sólo Louise no estaba conmovida. Su cara permanecía inmóvil, con expresión afectada.

—Todo eso me parece horrible —dijo y se enjugó la mano pulcramente en la servilleta, la cual, con asombro de la madre de Perrito, insistía en que se la mudaran a cada comida.

Aquella noche, solos durante unos minutos después que los demás se fueron a sus habitaciones, Chen le dijo a Jim:

—¿Recuerdas al niño que nació mientras tú estabas en Shanghai, cuya madre murió, por vergüenza mía, porque era mi paciente?

—¿El que puse al cuidado de Mary? —preguntó Jim.

Chen asintió con un movimiento de cabeza.

—Rose se me acercó hace unos días y me pidió que fuera a verlo. Es un varón, ya lo sabes.

Jim asintió con un movimiento de cabeza.

—Ese niño —dijo Chen con un énfasis peculiar—, no es enteramente chino.

—¡No! —gritó James—. Pero tú decías que la madre...

—La madre era china, ciertamente. Una muchacha joven..., no una estudiante ni una chica de buena familia, sino una de estas jóvenes modernas... Tú la conoces, Jim. Había dejado a su familia. Supongo que sería una prostituta, pero era muy limpia y el niño está sano. Bueno eso no es muy extraño. Pero... —Chen apretó los labios.

—Sigue —dijo Jim—. ¿Qué puede haber en eso que temas contarme?

Chen dijo tras muchas vacilaciones y poniéndose colorado:

—Helo aquí entonces. Después del baile, a última hora de la noche, Louise fue a ver a este niño.

—Pero ¿por qué? —Exclamó James.

—Yo no sé por qué —dijo Chen—. Vino sola y le pidió a la enfermera de guardia que le mostrara el niño. Utilizó tu nombre para entrar.

## CAPÍTULO XI

Seguía el invierno en Nueva York y para el doctor Liang la mejor época del año estaba a la vista. Ahora que se había llegado a acostumbrar a tener una casa tranquila, estaba empezando a gustarle. Además, la presencia de sus hijos en China le servía de protección. Cuando alguno de sus enemigos, y él estaba siempre apenado por su número, mencionaba su sorpresa de que él continuara en el extranjero cuando su país necesitaba de un modo tan patente a todos los ciudadanos instruidos podía sonreír con cierta tristeza y decir:

—Yo sostengo en este momento a cuatro ciudadanos en China. Alguien desgraciadamente, tiene que pagar los billetes, y con la inflación que hay esto se hace más fácilmente con dinero americano que con dinero chino.

El hecho de que todavía no les hubiera enviado algún dinero estaba comenzando a pesarle en la conciencia. Ni él ni la señora Liang habían vuelto a mencionar nunca la pelea por la concubina, pero ella le preguntó varias veces si les iba a mandar dinero a los hijos, y cuándo.

—Aunque James y Mary tienen trabajo, estoy segura de que no es bastante. —Le dijo un día con la obstinación que era natural en ella—. Además, nosotros somos los padres y debemos sostener a los más jóvenes, al menos con lo suficiente para pagarles su arroz.

—Tienes razón —contestó Liang con desudada cortesía hacia ella—. Tan pronto como empiece la temporada de conferencias trataré de duplicar mis compromisos y les enviaré una buena cantidad.

—¿Y entre tanto? —dijo ella impaciente.

El final de esto fue que la señora Liang abrió otra cuenta de ahorros privada. Ya tenía una. La había empezado sin propósito alguno, sólo para su comodidad en caso de que decidiera algún día que no podía soportar más América y que ni siquiera el respeto hacia un marido era todo en la vida de una mujer. El dinero no estaba depositado en un Banco. En lugar de eso lo había colocado, a préstamo para prosperar rápidamente, en Chinatown, y Billy Pan se lo manejaba, como un favor al famoso doctor Liang, quien no estaba enterado de nada. Cada mes aumentaba el capital con satisfactoria regularidad. La señora Liang a veces se incomodaba un poco porque el interés era bajo, pero el señor Pan declaró que no podía quebrantar las leyes americanas, las cuales podrían ser invocadas si los que pedían prestado creían que se abusaba de ellos.

—Me parece extraño que yo no pueda prestar mi dinero en las condiciones que quiera —decía la señora Liang.

—No se puede hacer eso, excepto en China —dijo Billy Pan lisa y llanamente. Él no se proponía quebrantar las leyes americanas, por más absurdas que fueran. América era todavía más grande que el chino doctor Liang.

—Es otra manera de robar —exclamó la señora Liang. Pero no retiró su capital

acumulado.

La segunda cuenta de ahorro la puso sencillamente dentro de una caja que guardaba detrás de las toallas y sábanas en un armario. La consideraba como el dinero de los hijos, aunque no tenía la menor idea de cómo hacérselo llegar. Si Lili se hubiera casado con James habría sido fácil pedirle al señor Li que cambiara los dólares americanos por dólares chinos en Shanghai, pero los Liang veían ahora muy poco a la familia Li, la cual, según se decía, estaba a punto de irse a Inglaterra junto a Lili. Pero lo importante era tener el dinero en la mano. La señora Liang lo consiguió cargándole a su marido más por todo lo que compraba. Esto, le decía, era consecuencia del elevado coste de la vida, y si él miraba los periódicos americanos, vería que los precios aumentaban cada día. Ella seguía las listas de precios con el mayor interés y hacía una nueva alza siempre que la hacían ellos, al mismo tiempo que continuaba preguntándole al doctor Liang cuándo iba a enviar el dinero a los hijos.

Así que la carta de Mary no pudo haberles llegado en mejor ocasión. Estaba escrita para los dos. Después de reflexionar un poco, Mary decidió no tratar de explicar nada de sus sentimientos con respecto a la villa ni siquiera acerca del Tío Tao. Se limitaría a decir que James y ella creían que deberían hacer algo por la aldea ancestral, donde el pueblo era muy pobre y el Tío Tao estaba enfermo y James decía que necesitaba una operación.

*Pensamos ir a vivir allí para ver qué podemos hacer por ellos —escribía—. Me entristece ver que los niños crecen sin ninguna oportunidad de ir a la escuela y nadie les dice siquiera que se limpien las narices. Realmente, papá y mamá, deberíais habernos dicho cómo son aquí las cosas, en lugar de dejarnos creer que nuestro país es una bella nube de confucionismo. Pero tal vez habéis estado lejos tanto tiempo que os habéis olvidado.*

A su padre le desagradó esto.

—Yo no veo qué tiene que ver el confucionismo con que los niños no se limpien las narices —dijo.

—No es eso a lo que ella se refiere —dijo la señora Liang—. ¡De manera que el Tío Tao necesita ser operado! Espero que no lo opere James. Es mucho mejor dejar que el Tío Tao se muera naturalmente. Más tarde o temprano tiene que suceder. ¿Por qué evitar el destino?

—Cuando hablas así me pregunto si has aprendido algo en todos estos años que has disfrutado de las ventajas de América —dijo el doctor Liang enojado.

—Discúlpame —respondió ella, que estaba acostumbrada a la sumisión en asuntos de poca monta.

El doctor Liang siguió leyendo.

*Os preguntaráis de qué vamos a vivir —escribía Mary—. Ya hemos pensado en eso. Casa y comida podemos tenerla bajo el techo de nuestros antepasados. Pero yo necesito dinero si he de tener una escuela, y James también necesitará alguno.*

Aquí el doctor Liang hizo una pausa y miró severo a su esposa.

—¿Por qué han de necesitar dinero para una escuela cuando el Gobierno instala escuelas gratuitas por todas partes?

—Tú sabes que no pondrán una escuela en esa muerta aldehuela de nuestros antepasados —exclamó la señora Liang—. Haz el favor de seguir.

El doctor Liang vaciló, decidió no contestar y continuó leyendo:

*El Tío Tao dice que él os envía algún dinero cada año por la renta de la tierra. Papá, yo necesito ese dinero. Puesto en moneda americana significará muy poco para ti. Es tan poco que ni siquiera nos lo has mencionado nunca. Pero en la aldea será suficiente para mí. Y hay algo bueno en el hecho de usar ese dinero en favor de la villa ancestral. Viene de nuestra tierra. Yo encuentro que es justo que quede aquí.*

En este punto el doctor Liang se incomodó de veras.

—No comprendo por qué el Tío Tao dijo de ese dinero —comentó—. No es asunto de nadie, sino mío.

La sorpresa de la señora Liang desde luego fue grande.

—¡Pero, Liang, tú no has dicho nunca a nadie, ni siquiera a mí, que tenías ese dinero!

—Es demasiado poco para pensar en él. —Declaró su marido.

—Así que te lo has guardado para algún uso privado —dijo ella con sugestión maliciosa. Conocía hasta el último centavo de lo que él ganaba y aunque todos los cheques los firmaba él, ella estudiaba el talonario y podía prever el balance al final de cada mes. No había encontrado nunca la menor noticia del depósito de fondos provenientes de las rentas de China.

—Yo compro algunos libros —dijo él con amabilidad.

—Si no es más que eso, desde luego puedes dar a los hijos una suma tan pequeña. —Replicó ella—. Yo les escribiré diciéndoles que estás conforme en hacerlo y ellos pueden mostrar la carta al Tío Tao.

—Es difícil que el Tío Tao acepte una carta tuya. —Le recordó el doctor Liang. Ella inmediatamente rompió a llorar, y destruyó así la paz de su esposo—. Ya sabes que yo no puedo hacer el trabajo con que te mantengo, permíteme que te lo diga, y me sostengo a mí, si lloras y haces una desgracia de la casa. —Terminó el doctor Liang.

—¡Déjame volver a mi país! —Sollozó ella.

La escena siguió de acuerdo con el molde antiguo, y el final del asunto fue que el doctor Liang se sentó a escribir una carta para James, que éste debía mostrar al Tío Tao, pidiéndole que las rentas se entregarán a sus hijos.

*Me ha conmovido la carta de mi hija —escribió el doctor Liang—, ella me dice que la villa necesita reparaciones, etc. Yo con esto presto mi contribución a nuestra familia ancestral. Dejemos que la tierra conserve lo suyo.*

La señora Liang no aprobó por completo esta manera de expresarlo.

—Supongo que el Tío Tao no creerá que quieres decir que se guarde él el dinero —dijo tomando la carta.

Pero el doctor Liang no pensaba cambiar lo que había escrito. Sonaba demasiado bien.

No obstante, toda esta transacción lo puso melancólico. Entró en su estudio, cerró la puerta y se sentó en una mullida butaca de cuero y apoyó la cabeza entre las manos. Se sentía despojado y confuso. Su intimidad estaba invadida. Se sentía vagamente avergonzado de que sus hijos hubieran visto la aldea como estaba seguro de que debía estar ahora. Todos estos años desde su infancia habían transcurrido sin que se hiciera reparación alguna. Habían pasado siglos sobre la villa y cada uno había dejado su huella. Nadie había hecho mejoras. Cuando los jóvenes de la familia Liang llegaban a mayores, se iban sencillamente, si no les gustaba la villa y su sistema de vida, lo mismo que se había ido él. Los únicos que se quedaban eran los del tipo del Tío Tao, los cuales, aunque pertenecían a la hidalguía, estaban muy poco por encima de los rústicos aldeanos.

¡Aquellos aldeanos! ¡Cómo los despreciaba en el fondo de su corazón! Obstinos, fuertes, sin temor a nadie, no había quien pudiera dominarlos. Sus propios padres les tenían miedo. Recordaba cómo su madre suplicaba a su padre que les bajara las rentas y les diera mayor parte en las cosechas, no fuera que en su rabia se volvieran contra la casa de los Liang y la destruyeran. Cosas tales sucedían en otras villas ancestrales. Si los terratenientes eran firmes y mantenían sus justos derechos, los aldeanos podían venir contra ellos —y lo hacían de buena gana—, con azadones, mallos, mazas y hachas y, aunque raras veces mataban a nadie, rompían los muebles valiosos, acuchillaban las colchas de seda, rasgaban las cortinas de raso y destrozaban paredes y vigas. Una vez había sucedido esto incluso en la familia Liang. Podía recordar aún que cuando era niño su abuela paterna se había detenido en el camino de casa para asistir a los funerales de un primo anciano, y había señalado con dos dedos delicados una profunda zanja al lado de la tierra en que se enterraban los Liang.

—Ahí me oculté yo una vez, cuando tu padre era niño. —Le contó.

—¿Por qué te ocultaste, abuela? —Le preguntó él.



—Los hombres de la tierra se levantaron contra nosotros —dijo ella con un susurro.

—¿Por qué? —Había preguntado él, y mientras hablaba un dardo de miedo le recorrió el pecho.

Ella contestó fríamente:

—Tu abuelo quería subir las rentas. Nosotros teníamos muchos hijos, se juntaron sus casamientos y apenas podíamos pagar todo lo que había que hacer. Desde luego, los hombres de la tierra no comprenden nada de tales necesidades.

No había hecho más preguntas. Aunque niño, sabía ya lo que había sucedido. Había oído murmurar de eso en los patios. Había visto miradas temerosas en las caras de las mujeres. Los campesinos fueron los ogros de su niñez. Eran necesarios porque cuidaban de los campos y recogían las cosechas. Sin ello no había comida. Tenían que ser gobernados y al mismo tiempo aplacados y adulados porque eran hombres sin razón. Creció en el temor de ellos y odiándolos.

Sin embargo, ahora recordaba ciertos momentos buenos. En primavera, cuando el trigo joven estaba verde, las figuras de azul que se movían por el paisaje eran bellas a la distancia. Cuando se acercaba veía caras morenas bondadosas. En primavera, los aldeanos siempre se sentían felices, se reían y eran amables. Lo eran incluso con él, el hijo del amo. Recordaba a un tipo alto y moreno arrodillado para ponerse al nivel del niño que le había sonreído. Sacó de su bolsillo un pedazo de pan seco y se lo ofreció. Su niñera tiró de él gritando que ya había comido. Pero él de niño era caprichoso y gritaba que quería el pan. Así que el hombre alto y moreno se lo dio y continuó arrodillado, sonriéndole mientras lo comía.

—¿Es bueno? —Le preguntó el hombre al muchachito vestido con túnica de raso.

—Muy bueno —replicó el chico.

—Es el pan que yo como cuando el sol está más allá —dijo el hombre apuntando al cénit. Luego señaló a la tierra—. El sol arriba y la tierra abajo, ambos hacen el pan del hombre.

Dijo esto gravemente, aunque con algún significado especial que el chico no comprendió.

El doctor Liang meditaba sobre ese dicho, mientras estaba sentado en su tranquilo estudio, con la cabeza entre las manos. Aún no sabía qué quiso decir el campesino. La gente, reflexionaba, debe vivir en diferentes niveles. Algunos deben trabajar con las manos; si no, los más elevados se morirían de hambre. Él mismo, si viviera en China, sería por completo impotente sin los labradores. Aun aquí, suponía, había los obreros manuales, los hombres de las granjas americanas que tienen que hacer el trabajo duro de producir los alimentos. A tales personas no se les debía enseñar falsedades tales como que podrían o deberían realizar otros trabajos.

En este momento empezó a desconfiar de su hija Mary. James era bastante seguro con su profesión. Estaba muy bien cuidar de que los campesinos tuvieran buena salud y cuerpos fuertes para su trabajo. Pero Mary hablaba de escuelas. Sin duda no existía

razón alguna por la que un aldeano tuviera que saber leer y escribir. Esto le daría los medios para elevarse sobre su clase. ¿Qué sucedería si todos en el mundo fueran estudiosos? ¿Quién entonces produciría la comida? Además, la mentalidad del aldeano era tosca. No había pasado por los siglos de refinamiento que él, Liang Wang Hua, por ejemplo, tenía en su abolengo. Frunció el ceño y determinó escribir una carta a Mary. Empezó a arrepentirse de su generosidad en el asunto de las rentas, se levantó impetuosamente y fue a buscar a su mujer.

Se había ido. La casa estaba en silencio excepto por la doncella Nellie, que golpeaba algo en la cocina. Él no le hablaba nunca a Nellie, si podía evitarlo. Indudablemente la carta ya estaba despachada. Se quedó un momento irresoluto, preguntándose si valdría la pena de escribir otra y echarla al correo sin decir nada. Pero desde luego su mujer se enteraría, y ahora que estaban solos los dos en la casa, su paz dependía sobre todo de ella.

Sonó el teléfono, y pronto entró Nellie en la habitación.

—Es el Club Femenino de Arte —dijo—. Preguntan si puede asistir usted a un almuerzo mañana. El orador está enfermo y lo necesitan mucho.

—Estoy muy ocupado —murmuró en el tono distante que reservaba para ella—. Espere..., yo les hablaré.

Fue al teléfono y escuchó la voz de una mujer arrogante explicándole la crisis. Las mujeres americanas tenían voces arrogantes.

—No puedo abandonar mi trabajo para llenar el lugar de otro orador, señora Page —dijo con amabilidad.

El tono arrogante se hizo en seguida persuasivo.

—Bueno —concedió él—, sólo porque me interesa mucho el arte y el público americano tiene tan poco conocimiento... —Hizo una pausa para recibir las gracias, y luego dijo con benévola firmeza—. Mis honorarios son cien dólares.

Oyó un suspiro al otro extremo de la línea y luego vino una rápida recuperación.

—¡Pero desde luego, doctor Liang!

Se arrepintió de no haber dicho doscientos. Estaban en un aprieto. Desechó este pensamiento como indigno de él.

La señora Liang había echado la carta al correo en seguida, y luego tomó un taxi para Chinatown. El gasto era importante, pero nunca había logrado encontrar su camino en el metro y le daba vergüenza que la vieran en un autobús como si no fuera la esposa del doctor Liang. En el metro no encontraría a ningún conocido, pero no había comprendido nunca qué tren debía coger, o una vez en él dónde debería salir. Varias veces había tratado de ir a Chinatown en el metro, atraída por lo barato del viaje, pero después de una hora más o menos bajo tierra se había visto obligada a subir y tomar un taxi. La última vez había salido cerca de un suburbio llamado Queens<sup>[2]</sup> y el marcador del taxi había subido a dos dólares. Además, ¿quién era esa

reina? Suponía que debía ser la señora Roosevelt.

—¿La señora de Franklin Delano Roosevelt vive por esta parte? —preguntó al conductor del taxi por pura curiosidad.

—Usted está chiflada, señora. —Replicó aquél con muy poca urbanidad. Esto tampoco lo entendió y había aprendido por experiencia que las preguntas no esclarecían nada. Así que aceptó sencillamente la contestación.

Hoy quería ir a Chinatown a comprar en varias tiendas de comestibles cosas que no se podían adquirir en cualquier parte. Puesto que disponía de tiempo abundante, porque hoy era uno de los días de Neh-lí, se enteraría también del estado de la cuenta de sus ahorros y quizá visitaría un ratito a la señora de Billy Pan, a quien había llegado a estimar. Cierto que no se comprendían muy bien, puesto que la señora de Pan era cantonesa. Pero sería agradable sentarse un rato con una mujer china a quien no tenía por qué temer. Con las amigas de Liang siempre se avergonzaba fácilmente. Temía que se sorprendieran para sus adentros de que la esposa del gran Liang no fuera joven y hermosa. Pero con la señora de Pan ella era la superior..., la esposa del gran doctor Liang.

El taxi, pensaba mientras iba arrellanada en medio del asiento, era después de todo la *ricksha* de América. En Pekín ella había tenido su *ricksha* particular, ¡y qué agradable era! Le pagaba al viejo Yin, el conductor, siete dólares al mes; el hombre comía los restos de la cocina y dormía en la portería. Sin embargo, siempre que ella quería ir a cualquier parte de la ciudad él estaba dispuesto a llevarla allí, creyéndose feliz por tener cama y comida seguras todos los días. Mientras pasaba largas horas hablando de todas las cosas con muchas amigas y jugando al *mahjong* el viejo Yin dormía en el estribo de la *ricksha*, con la cabeza contra el asiento. Pensando en él sonrió. ¿Dónde estaría ahora? Tan fiel, de tan buen carácter, tan cortés. ¡Cuánto mejor que el conductor del taxi!

Miró por la ventanilla ansiosamente, convencida como siempre de que el chófer le hacía recorrer varios kilómetros sin necesidad. Por más que viniera con frecuencia a Chinatown nunca estaba segura del camino. Se reclinó hacia atrás y cerró los ojos. En cualquier auto se sentía mareada. Y tenía otra preocupación. Cuando volvieran a China, si Liang quería volver alguna vez, ¿quién le sostendría la cabeza? A bordo, había estado siempre con ella uno de los hijos. Liang no podía soportar ver a alguien mareado, y siempre salía de la habitación. Sonrió al recordar un incidente. Un día el mar había estado malo y hasta Liang se mareó. ¡Qué bueno fue aquello! Se había tumbado en la litera de abajo gruñendo e insistiendo que una langosta que había comido no estaba fresca. Pero lo único que tenía era que estaba mareado.

Bueno. Liang era su marido y ella nunca tendría otro. Aunque hubiera sido joven y hermosa no habría corrido de hombre a hombre como hacían las mujeres hoy en día. Pero no era joven ni hermosa, y gracias con que tenía a Liang. Era honroso ser su mujer, y si él tenía mal humor en casa, peor podría haber sido. Nunca le había pegado y ella aprendió, después de tantos años, cómo torturarlo.

El chófer la despertó.

—¿A qué parte de Chinatown va usted? —preguntó con aspereza.

—A la esquina entre Mott y Pell —dijo al instante.

Gruñó él, dio vueltas por varias calles y luego se paró dando un frenazo. Ella trató de salir y no pudo.

—¡Arriba, arriba, arriba! —dijo enojado el conductor.

—¿Arriba? —contestó ella sin comprender, mirando el vidrio del techo—. Yo entré por la puerta.

—La manija —gritó el chófer—. Empújela hacia arriba.

La señora Liang de repente lo odia.

—Hágalo usted —dijo y esperó. Contó el cambio cuidadosamente, rebajándole la propina a la mitad por ser tan grosero. Retuvo el dinero en la mano mientras él protestaba y abría la puerta. Segura en la acera, le dio el dinero y dando media vuelta entró en el almacén, echando una ojeada a la cara furiosa del hombre antes de que se fuera. Suspiró.

—¿Qué desea usted? —Preguntó una voz americana. Vio a un muchacho chino detrás del mostrador, un empleado nuevo.

—¡Eh! —le dijo—. Tú no hablas como un chino.

—Soy americano —replicó él—. ¿Qué quiere usted, señora? Tenemos hoy unos hermosos repollos verdes..., y también raíces frescas.

—Dos libras de repollo y un cuarto de libra de raíces.

Así eran las cosas, reflexionó. ¡Este muchacho chino era un americano! Según esto, Louise también era americana. ¡Ella madre de una americana! ¡Así hacían las cosas estas naciones extranjeras! Os quitaban hasta vuestros hijos. Era bueno que Louise estuviera en China. Después de terminar las compras, y de detenerse a saludar a la señora de Pan, se iría a casa y le escribiría una carta a Mary. «Deja que tu hermana haga amistad con algún buen muchacho chino». Tal vez engatusara a Mary así. Pidió pollos descuartizados, camaroncitos secos y un jarro de salsa de soja. Compró hojas de mostaza en vinagre, nabos salados, habichuelas curadas frescas y pescado salado. Luego esperó a que le hicieran un paquete de todo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al muchacho.

—Louie Pak —respondió él.

—¿Vas a la escuela? —Le preguntó con su infinita curiosidad humana.

—Sí, acabo de terminar el grado superior.

—¿Vas a volver a China ahora?

—No —replicó burlón—. ¿Para qué voy a ir allá? Entraré en el trabajo de almacenes.

Ella se sentía apenas menos extraña con este muchacho que si hubiera tenido delante a un mozo de ojos azules y pelo rubio. Había algo ultrajante en él y se sentía vagamente indignada.

—Todos los muchachos deben volver a China —dijo con firmeza—. China

necesita muchachos instruidos.

El joven ató el cordel con un nudo doble.

—¿Sí? Bueno, pues tendrá que pasarse sin mí —replicó.

Tomó ella su paquete y se fue, sintiendo que el joven la miraba con atrevimiento, sin duda criticando su robusta figura y su traje chino. Cuando llegó a casa de la señora de Pan, entró llena de protestas contra los tales muchachos. La señora de Pan estaba planchando la ropa en su pequeña cocina atestada. Era madre de muchos hijos y su planchado no se terminaba nunca. Pero cuando vio a la señora Liang dejó la plancha y entró apresuradamente en la aseada salita.

—¡Ah, señora Liang! —gritó con voz alta y cordial—. Entre, estaba deseando dejar de planchar.

La señora Liang se sentó.

—Yo no sé qué piensa usted, señora de Pan, pero yo creo que deberíamos hacer algo para que nuestros muchachos quieran volver a China.

—Señora de Liang, tome un poco de té, por favor, y sírvase un pastelito. Tiene suerte de que sus hijos se conserven patriotas. Esto es porque el doctor Liang y usted son tan buenos. Nuestros hijos son muy malos. Yo le digo a Billy todos los días que no es un buen padre. Los hijos todos quieren ser americanos. Y desde luego, no tienen oportunidades aquí, siendo chinos. ¡Mire, Sonia quiere ser mecanógrafa! Nosotros tratamos de instruirla mejor, pero ¿qué podemos hacer?

La señora Liang, recordando que Sonia había pasado una vez por su imaginación como posible esposa para James, preguntó con melancólica curiosidad:

—¿Cómo es Sonia?

—¡Oh, Sonia es una muchacha encantadora! —respondió la señora de Pan con voz animada—. Su patrón vende estufas y refrigeradores eléctricos; así, pues, ella me los consigue a un precio especial.

La señora de Pan, aparentando no dar importancia a la cosa, abrió de par en par una puerta para mostrar una pequeña cocina y una cabina enorme, reluciente como una montaña de nieve.

—¡Qué bien! —Exclamó la señora Liang, con la voz llena de pesar por la nuera ahora imposible de conseguir.

Las señoras disfrutaron bien su mañana de ocio.

Poco antes del mediodía dijo la señora de Pan:

—Por favor, quédese a comer hoy con nosotros, señora Liang. Hay mucho camino hasta su casa y ya son cerca de las doce.

La señora Liang dio un respingo de sorpresa.

—¿Puede ser tan tarde? Mi marido estará hambriento.

La señora de Pan soltó una carcajada cordial.

—Usted es demasiado buena con él, señora Liang. ¡Aprenda de las señoras americanas a no ser tan solícita! Llámelo por teléfono y dígame que se queda a comer aquí con nosotros. Mi marido nunca come en casa a mediodía. A Sonia le digo:

«¡Come en el almacén, por favor!». Así, que, señora Liang, no tendremos más que una comidita vulgar para usted y para mí solas. Dígale al doctor Liang que yo quiero que me ayude a organizar el hospital para Chinatown, y esto es verdad.

La señora Liang no pudo resistirse. Envalentonada por esta señora de Pan de mejillas rosadas, llamó al doctor y le dijo un poco tímidamente:

—Liang, estoy aquí con la señora de Pan. Estamos ocupadas. Proyectamos impulsar lo del hospital.

El doctor Liang no respondió en seguida. Luego dijo con bastante frialdad:

—En ese caso, Nellie puede servirme algo. Pero por favor, no prometas ningún dinero por mí.

—¡Oh, no! —Convino ella. Pero Liang ya había colgado el receptor.

—¿Está furioso? —preguntó la señora de Pan.

—De ninguna manera —dijo la señora Liang con orgullo.

—¡Qué bien! —Exclamó la señora de Pan—. Ya ve usted cómo es bastante amable.

Empezó a trajinar en la cocina. Revolvió huevos, picó repollo verde para rehogarlo en aceite de cacahuete e hirvió agua para los tallarines. En menos de media hora las dos señoras se instalaron ante una sencilla pero substanciosa comida. Cuando hubieron comido con buen apetito y bebido varias tazas de té, la señora de Pan le contó a la señora de Liang lo que hacía cuando una joven chino-americana inducía al señor Pan a abandonar la senda de la virtud, y la señora Liang cedió a la tentación de confiar en la señora de Pan y contarle que sólo su firmeza había evitado que el doctor Liang tomara a Violet Sung como concubina. Además, un joven americano se había enamorado de Louise y por eso Mary se la había llevado a China, y Peter fue con ellos para cuidarlas a las dos.

La señora de Pan escuchó con avidez y luego preguntó:

—Pero ¿por qué se fue James a China?

La señora de Liang se inclinó un poco más hacia ella.

—Lili Li —murmuró—, fue Lili Li la que...; bueno, nosotros le dijimos que no era buena para él. Las muchachas ricas son demasiado holgazanas. James es gran trabajador. Así que se marchó a China.

—Cómo me gustaría que viviera usted en Chinatown —dijo la señora de Pan afectuosamente.

—Yo lo desearía también —contestó la señora Liang con igual afecto. Le confió algo más todavía—. En tal caso, yo hubiera querido a su Sonia como nuera.

La señora de Pan quedó abrumada.

—¡Oh, señora Liang! —exclamó—. ¡Tanta felicidad para nosotros! Pero Sonia quizá no querría ir a China.

—Si ella se hubiera casado con mi hijo James, puede ser que él estuviera aquí.

Las dos señoras se olvidaron de China y lamentaron en silencio lo que ya nunca podría ser.

La señora de Pan se repuso primero:

—De todas maneras —dijo con renovado afecto—, puede ser que algún día viva usted aquí como vecina.

—¡Qué agradable sería! —contestó la señora Liang—. Pero no lo creo. A Liang le gusta la soledad.

Había transcurrido media tarde antes de que la señora Liang se fuera a su casa. Entró en el silencioso departamento. Estaba enteramente vacío.

—¡Neh-lí! —llamó, pero no obtuvo respuesta. La muchacha había terminado su trabajo y se había ido. Al doctor Liang no se lo veía por ninguna parte. No podía hacer otra cosa que tomarlo con calma. Pero el día había sido excitante y sintiéndose inquieta, entró en la cocina y decidió arreglar la heladera.

En un apartado rincón de un pequeño restaurante francés estaba el doctor Liang hablando con Violet Sung. Cierta vago sentimiento de venganza lo había impulsado a llamarla cuando le telefoneó su esposa. Violet Sung estaba en casa, y, según dijo, sin saber qué hacer.

—A mí me pasa lo mismo. —Le explicó el doctor Liang—. ¿Quiere usted almorzar conmigo?

Ella vaciló un momento. Luego añadió con delicadeza:

—¿Está usted seguro de que me necesita?

—Completamente seguro.

Así que se habían encontrado en el restaurante que sugirió ella, un lugar donde iba con frecuencia cuando estaba sola, porque a Ranald no le gustaba la comida francesa. Estaban completamente reconciliados, el lazo mutuo entre ellos era más fuerte que nunca. Pero Violet sabía ahora que había espacios áridos en el cerebro de Ranald. Tenía una inteligencia profunda, pero estaba espiritualmente sin desarrollar. Físicamente era mucho más apasionado que ella y con frecuencia la fatigaba. Sin embargo, después de las primeras confesiones de fatiga, tuvo que disimular, porque él se incomodaba si le parecía que ella sentía menos deseos que él. Las mujeres inglesas son así, declaró, pero no esperaba frigidez en una combinación de Francia y China. Ella había sonreído al oír esto sin decir nada; después la simulación fue fácil. La mente en todo momento estaba libre de su cuerpo, y dentro de la intimidad de su cerebro sus pensamientos vagabundeaban por el Universo. Ranald, más agudo que intuitivo, no notaba que el espíritu de ella se hallaba ausente de su cuerpo.

Con el doctor Liang sentía una intimidad que no tenía nada que ver con la carne. Se sentía profundamente atraída por el bello y alto caballero chino, cuyo cabello negro se plateaba en las sienes. Físicamente la complacía sin despertar el deseo. Sus bellas manos y su graciosa y esbelta figura eran agradable símbolo de su cultivado cerebro. La grosera piel sonrosada y blanca de los hombres del Oeste, su vellosidad y gordura, sus narices grandes y sus huesos protuberantes, la disgustaban íntimamente.

Pero siempre había sido vergonzosa con los chinos. La rectitud y austeridad de su padre la conmovían, aunque la hacían sentir temor de él. No podía imaginarse un amante chino. Los chinos, si reparaban siquiera en las mujeres, les otorgaban una grave cortesía que implicaba la convicción de su igualdad.

Cuando el doctor Liang le teléfono hoy había sido casi telepatía. Estaba sentada sola en su cuarto en uno de esos ataques de meditación que casi eran como un trance, y estaba pensando en él, no de un modo romántico, pero con una imaginación adivina, como pensaba de muchas personas, hombres y mujeres, que le interesaban. Si hubiera sido más activa físicamente, podría haber escrito esas meditaciones y hacer novelas con ellas, pero Violet no se movía nunca sí podía evitarlo, excepto para bailar. Podía sentarse inmóvil durante horas cuando estaba sola, nada más que pensando en una persona u otra, recordando, ensayando, oyendo de nuevo el sonido de una voz, viendo lo artificioso de un gesto. Así estaba poblada su soledad interior. Un ensueño así había interrumpido el teléfono cuando Violet levantó el auricular y oyó la voz del doctor Liang.

Ahora, sentada frente a él en el restaurante que a esta hora tardía estaba casi vacío, sentía Violet una profunda sensación de paz. Tenía pocas ganas de hablar y flotaba sobre el reposo del momento.

El doctor Liang la contemplaba admirativamente. La joven había, dejado escurrir de los hombros su capa de visón y la lana violeta oscuro de su traje sencillamente cortado y el sombrerito se fundían con la riqueza de su pelo y sus ojos oscuros y de la piel cremosa. No había visto nunca una criatura tan bella.

—Cuando estoy con usted siempre siento deseo decir sólo la verdad —dijo él—. Así que quiero decirle que está usted perfectamente hermosa hoy.

—¿Sólo hoy? —preguntó ella con una semisonrisa.

—Siempre, pero hoy tiene como un aura.

—Hablemos en chino, ¿quiere? —dijo Violet—, no puedo hacerlo muy bien, pero ansío lograr hablarlo... perfectamente, es decir, con una palabra deslizándose dentro de la otra, y sin embargo, cada una perfectamente clara.

—Entonces hablaremos en chino —respondió él—. Yo también prefiero nuestra lengua. Ha sido hablada durante tanto tiempo por seres humanos, que se adapta a las necesidades del hombre. ¿Tenía su padre una de aquellas piezas manuales de jade o de ámbar?

—Tenía siempre en la mano una de ónice —contestó Violet sonriendo. Su chino era puro y bueno, pero el vocabulario no era extenso y ansiaba conocer todas las palabras que necesitaba.

—Y llegó a formarse para su mano —continuó el doctor Liang—. Fue pulida por su carne hasta que brillaba a la luz de una vela, ¿no es así? Reposaba en su palma y él no sentía nunca la mano vacía.

—Encontraba gusto en eso. —Convino ella—. Cuando yo era niña, no sabía por qué. Y le dije; «Papá, ¿por qué no tomas mi gatito o unas flores? ¿Por qué siempre la



misma cosa?». Y él me contestó: «¡Me gusta por ser siempre la misma!».

—Sí —respondió el doctor Liang. Murmuró unas pocas palabras al camarero sin preguntarle a Violet qué deseaba comer, y a ella esto le gustó. Evitaba molestarse en pensar si siquiera sobre su comida. Era más fácil comer lo que escogían para ella, y tenía confianza en la elección de Liang. Cuando apareció un caldo delicado, con picatostes tostados sobre la clara superficie, lo tomó muy contenta y en silencio, y después de esto disfrutó con unos pescaditos frescos dorados en manteca. Era un cambio del bistec con puré de patatas que comía Ranald todos los días.

La pastelería francesa era casi china, y el doctor Liang hizo un largo y cuidadoso escrutinio de la bandeja antes de elegir. A ella le gustó su atención china en materia de comidas, eso de que cada bocado pudiera saborearse.

Hablaron muy poco durante la comida, y esto también era chino. Cuando vino el té, y él fue firme en sus indicaciones de que las hojas debían mezclarse sin las bolsas de tela, se miraron a través de la mesa y el doctor Liang sintió el impulso, bastante raro en él de hablar de su corazón.

—Mi mujer está celosa de usted —dijo con un conato de sonrisa—. Eso, indudablemente, no es cosa nueva para usted en las esposas.

—A mí me gusta su mujer —respondió Violet Sung—. Me produce una sensación agradable. Es como la tierra firme y dura bajo los pies.

—Entonces la comprende muy bien —dijo él—. Por eso siempre le soy fiel. No pretendo ser mejor de lo que soy. A mis pensamientos les gusta jugar a veces..., lo confieso. Nuestro matrimonio fue a la antigua, hecho por nuestros padres. Sin embargo, yo insistí en que ella aprendiera a leer y escribir y nos vimos sólo una vez antes del día de la boda.

—¡Qué momento! —murmuró Violet en francés.

—Sí, ¿no es cierto? —respondió él en la misma lengua. Luego continuó en chino—. Yo la miré..., baja, aún entonces un poco gruesa, de mejillas rosadas, y me horrorizó.

—Así es ahora —dijo Violet otra vez en chino.

—Yo no la amé —dijo el doctor Liang— pero me di cuenta de que sería una buena esposa.

—Una buena esposa —repitió Violet—. Es lo que un hombre como usted debe tener.

Sus ojos se encontraron y ella se rió con dulce simpatía.

Algo pícaro chispeó en las graves líneas de la cara suave del doctor Liang.

—Al mismo tiempo —siguió— hay otras facetas en mi naturaleza. La imaginación de un hombre, si es inteligente, busca también compañía femenina. Yan y Yin no están hechos sólo de carne. La mente y el espíritu entran también en el círculo. Por eso le telefoneé a usted hoy.

Nunca había sido tan osado. Aclaró bien ante ella que no tenía deseos de unas relaciones apasionadas. No obstante, dijo con audacia que quería una mente de mujer

que complementara la suya, un espíritu femenino para llenar el suyo. Fuera ella lo que fuese para el inglés, había indicado, no tenía que ver el doctor Liang con él más de lo que la señora Liang tenía que ver con ella. Podían ignorar a tales personas.

Violet comprendió y quedó complacida. Ahora estas largas meditaciones suyas no necesitarían ser enteramente silenciosas ni solitarias.

El doctor Liang se inclinó ligeramente hacia ella.

—Me gustaría penetrar en su cerebro con el mío —dijo—. Me gustaría taladrar los misterios de su alma.

## CAPITULO XII

Mary conoció que la carta de su padre había sido echada al correo por su madre, porque ella había añadido una posdata.

Aunque vuestro padre está conforme en dejaros su parte de las rentas de los Liang, no creáis que la cosa salió de él fácilmente —escribía—. Yo estuve a su lado y tomé la carta en seguida y me apresuré a salir de esta pagoda extranjera, esta casa en que todavía vivimos, para echarla en el buzón. No quise dársela al hombre del sube y baja porque indudablemente hubiera robado la estampilla. En cuanto a mí, me alegro de que tu hermano y tú tengáis ese dinero.

El placer de Mary por estar así un paso más cerca de la aldea fue entibiado, sin embargo, por dos acontecimientos, que no fueron tanto acontecimientos como algo que todavía estaba en marcha. Louise se hallaba muy excitada y Mary reconoció ciertos síntomas a los pocos días de su regreso de la villa. Los ojos de su hermana estaban brillantes, sus mejillas rosadas, su voz alta, y se enojaba fácilmente como había sucedido en el verano de Vermont. Esto sólo podía significar una cosa. Louise se estaba enamorando de nuevo. Era tan claro como si estuviera a punto de sucumbir a una enfermedad, y Mary se dirigió a James la primera noche que él estuvo libre para quedarse en casa. Se había dado cuenta de que era inútil abordarle en el hospital. Allí su cerebro estaba demasiado ocupado para prestarle atención, a menos que le trajera el mensaje de alguna enfermedad nueva entre los niños que ella enseñaba en la escuela del hospital. Entre tanto, Mary espiaba a Louise, quien, al parecer, no iba a ninguna parte ni recibía visitas.

—¿Qué has hecho en todo el día, Louise? —Le preguntaba cada noche al volver a casa.

La respuesta siempre era tonta. Louise había hecho un vestido nuevo, o se había lavado la cabeza, o había leído un libro, o había dormido la mitad del día. Varias veces Mary, al notar la excitación de su hermana, se preguntaba si habría tenido un visitante secreto.

Le dolía verse tentada a averiguarlo por medio de Young Wang, pero la antipatía se lo prohibió. A Young Wang todavía le desagradaba un ama en la casa que servía, y con frecuencia pretendía no oír lo que Mary le había dicho. Cuando Mary se quejó a James de esto, él no hizo más que reírse. Por Perrito no se podía averiguar nada porque mentiría según las exigencias del momento. La madre de Perrito también estaba demasiado asustada de todos y de todo para que valiera la pena hablar con ella. Por lo tanto, Mary se vio constreñida a esperar hasta un día en que James llegó a casa con una mirada de animación en los ojos que significaba que no esperaba que nadie a su cuidado muriese por lo menos antes de la mañana.

Aquella noche, después que hubieron comido, Louise se fue temprano a la cama y Peter marchó a un mitin de estudiantes en la universidad. Mary se encontró a solas con James y Chen. Meditaba si debería hablar en presencia de Chen, puesto que lo

imaginaba medio enamorado en secreto de Louise. Cuando él los dejó un momento, aprovechó la oportunidad y dijo rápidamente en inglés:

—Jim estoy segura de que Louise está enamorada otra vez de alguien.

James levantó las cejas.

—¿Esta vez de quién? —preguntó. Sin embargo, aunque parezca extraño, no demostró sorpresa.

—¿Quién lo sabe? A no ser que sea de Chen.

James meneó la cabeza.

—De Chen, no.

En este momento, volvió Chen, y James siguió tranquilamente:

—Chen, Mary cree que Louise está enamorada de alguien.

Chen tomó un aspecto pensativo en seguida, como si supiera más de lo que quería decir.

—Veo que Chen está conforme contigo —dijo James volviéndose hacia Mary.

Era una noche demasiado fría para estar sentados en el patio, así que se hallaban reunidos en el *living* principal de la casa. Young Wang había mandado a Perrito que encendiera un brasero de carbón vegetal, y esto daba bastante calor para la temprana estación, aunque en los rincones del cuarto el aire frío acechaba en forma que les hacía hablar de ir al mercado de los ladrones a buscar una estufa.

La lámpara de aceite ardía sobre la mesa y comunicaba una suave luz amarilla a las paredes. Mary había cortado un esqueje de bambú de la India con sus bayas rojas y lo había colocado encima de la mesa dentro de un antiguo jarro castaño. La habitación tenía un aspecto hogareño, acogedor.

Para Chen, esto era preciosísimo.

—Yo no deseo ver ningún cambio en esta casa —dijo tristemente— pero todos tenemos que darnos cuenta de que Louise no tiene aquí su corazón.

—Sin embargo, yo no la vi nunca con nadie —dijo Mary.

—Young Wang ya me había contado que sale de casa todas las tardes —dijo James tranquilamente—. Dice que se ve con un americano.

—¡Un americano! —Hizo eco Mary, estupefacta a causa de la decepción. Luego se sintió ofendida—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque tú eres una personilla muy impetuosa —le contestó él mirándola con ojos a la vez afectuosos y risueños— eres como una copa que se desborda, siempre dispuesta a derramarse, o como un pequeño cohete, listo para estallar...

Esquivó un manotazo de Mary, y Chen extendió la mano e hizo como que daba a James una fuerte bofetada. Se rieron y, al calmarse, el rostro de Mary recuperó su expresión de viva preocupación.

—Pero ¿por qué Louise se oculta de nosotros?

—Supongo que será porque cree que, puesto que papá la envió aquí para que escapara de los americanos, nosotros le pondríamos impedimentos —dijo James. Estaba fumando en su vieja pipa americana y de repente parecía fatigado.

—¡Debemos poner coto a eso! —exclamó Mary.

James no contestó. Continuó fumando, con ojos muy sombríos.

Entonces, Chen empezó a hablar gravemente:

—Varias cosas comienzan a ser evidentes para mí —dijo—. Ese niño del hospital... Mary, ¿lo has visto hace poco?

—Está muy bien —dijo Mary sorprendida—. Lo cuidan las enfermeras, no yo, tú lo sabes, pero todos los días paso junto a su camita y duerme, come o está acostadito despierto. Llora con una voz muy fuerte.

—Louise fue a ver a ese niño —dijo Chen con cautela.

James sacó la pipa de la boca.

—No hay ninguna razón para que ocultes nada a Mary ahora —le dijo a Chen—. Mejor será que se lo contemos todo. —Continuaban hablando en inglés, no fuera que algún criado los escuchase.

Pero no fue ningún criado el que escuchó. Louise, siempre sensitiva para el espionaje de Mary, había visto los ojos de su hermana siguiéndola pensativamente cuando salió del cuarto aquella noche.

Les había dado las buenas noches alegremente a los tres que quedaban después que se fue Peter, y cuando dijo que tenía sueño, Mary no le contestó. Se limitó a mirarla con sus grandes ojos serenos, demasiado llenos de pensamientos. Por lo tanto, Louise comprendió que no sería capaz de dormir. Pocos minutos después, se deslizó con pies silenciosos a lo largo de los corredores y se ocultó detrás de las cortinas que separaban una habitación de otra. Escuchó lo que estaban diciendo, y llena de terror volvió corriendo a su habitación. Allí se puso un abrigo y unos zapatos de calle y todavía en silencio se escurrió a través del patio a oscuras, pasó por delante de la ventana con celosías del *living*, ahora cerrada a causa del cortante aire de la noche, y así siguió hasta salir por la puerta. En la callejuela, sintió terror, pero continuó andando hasta la calle, donde llamó con la mano a una *ricksha* que pasaba. Sentada en ella, dio al conductor la dirección de la casa del señor Su y su señora.

La señora de Su era su única amiga. En su casa encontraba a Alec todos los días. El doctor Su no sabía nada de esto, pero a su señora le encantaba la excitación de una aventura amorosa. Todas las mejores amigas de la señora Su sabían de las entrevistas, y la mayoría de ellas se lo habían contado a sus maridos. Por lo tanto en el hospital casi todo el mundo estaba enterado de que la hermana menor del doctor Liang se veía con un americano, quien había regresado a Pekín después de su licencia como soldado, porque estaba enamorado de una muchacha china, una cualquiera, que se había muerto en el hospital después de dar a luz un niño que estaba ahora en la casa de expósitos del hospital. Louise creía su secreto seguro con la señora de Su, porque nadie se lo había contado a James ni a Mary. Ni tampoco al doctor Su, porque todo el mundo tenía simpatía a la nueva señora de Su, pero no a su marido. Los chinos chismorrear con prudencia. Mientras la cosa no importa, todo se cuenta y discute, pero nadie va más allá de lo prudente.

El peligro esta noche, recordó Louise mientras la *ricksha* la transportaba a través de la oscuridad, era que el doctor Su estuviera en casa. Sería una suerte que se pudiera evitar esto. Bueno, pues no tuvo esta fortuna. Cuando pagó al hombre de la *ricksha* y entró en la casa de estilo extranjero brillantemente iluminada que se levantaba al borde de la calle, oyó la voz del doctor Su. Fue la señora de Su, sin embargo, quien salió a recibirla cuando el sirviente la hubo anunciado.

—¡Mis hermanos están enterados! —murmuró Louise.

En este momento el doctor Su apareció en la puerta.

—¡Señorita Liang! —exclamó con la zumbona sonrisa con que se aproximaba a todas las mujeres jóvenes y bonitas—. ¿Se ha escapado usted de su casa?

Louise intentó reír.

—Sólo estoy de paso, voy a otro lado —dijo—. Me detuve para ver si la señora de Su quería venir conmigo.

—¿Adónde? —preguntó el doctor Su con pronta curiosidad.

—A ver unos amigos extranjeros —dijo Louise, aterrada de que todo lo que decía estuviera demasiado cerca de la verdad.

—No se vaya, no se vaya —exclamó el doctor Su—. Quédese aquí con nosotros.

—Entonces tengo que telefonar —dijo Louise agarrándose a esta oportunidad.

La señora de Su la ayudó inmediatamente.

—Su —le dijo a su marido—, haz el favor de volver junto a nuestros otros invitados. Yo llevaré a Louise al estudio.

Volvióse el doctor Su y la señora condujo a Louise al pequeño estudio donde estaba el teléfono sobre el escritorio, y cerró la puerta.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —Le dijo en voz baja—. Tu hermano se enojará con mi marido si descubre que yo te permití que te encontraras aquí con Alec. Ya sabes que me gusta ayudarte, Louise, pero tengo que pensar en mis relaciones con mi marido. Su tiene muy mal carácter.

—¿Crees que Alec no debe venir aquí esta noche? —Balbuceó Louise.

—No debe venir más si tu hermano lo sabe —dijo la señora de Su. Su linda carita estaba pálida—. Ya sabes, Louise, que lo que tú haces puede que esté muy bien en América, pero aquí es serio. Y yo soy la cuarta esposa de mi marido. Él no es demasiado paciente conmigo. Un hombre tan fino como Su, con una buena profesión, puede conseguir todas las mujeres que quiera para casarse con él.

Louise sintió que se le endurecía el corazón contra la señora de Su y todas las mujeres chinas, pero preguntó:

—¿Puedo telefonar?

—Eso sí —dijo la señora de Su rápidamente.

—Entonces, por favor..., quiero estar sola.

La señora de Su vaciló.

—Yo debería quedarme aquí —dijo— pero también me gusta poder decir que no sé nada del asunto. Me quedaré al otro lado de la puerta.

Así diciendo salió, cerró la puerta y Louise llamó al hotel donde vivía Alec Wetherston. Respondió su voz, una voz agradable de tenor ante cuyo sonido los labios de ella temblaron.

—Alec..., soy yo, Louise.

—¡Cómo, querida! —La voz de Alec parecía algo triste—. ¿Dónde estás?

—En casa de Su. Alec, mis hermanos están enterados de lo nuestro.

Hubo un largo rato de silencio y ella dijo ansiosamente:

—¿Me oyes, Alec?

—Sí; sólo trataba de pensar con rapidez, querida. —Su voz estaba algo entrecortada—. ¿Qué harán?

—Yo no sé, pero he venido a verte.

—¿Debo ir ahí?

—La señora de Su tiene miedo.

—¿Qué vamos a hacer entonces, querida? Supongo que tú no podrás venir aquí al hotel...

—La gente me reconocería..., y ya sabes cómo son.

—Te encontraré en la puerta del hotel y podremos pasear.

—Muy bien...; dentro de quince minutos.

Colgó el auricular y salió al vestíbulo. La señora de Su todavía estaba allí parada, espionando la puerta del *living*. De allí salió una carcajada.

—Me voy a casa —dijo Louise—. Dile al doctor Su que a pesar de todo tuve que irme.

Las dos jóvenes atravesaron en puntillas el vestíbulo, la señora de Su abrió la puerta, y Louise salió. Estaba empezando a sentir terror porque por primera vez en su vida actuaba enteramente sola. En Nueva York, siempre había estado Estelle para alabarla por su independencia y aquí, hasta ahora, había tenido a su lado a la señora de Su. Ahora no tenía a nadie. Estelle estaba muy lejos y la señora de Su era una cobarde, como todas las chinas..., cobardes cuando se necesita el verdadero valor. ¡Cómo odiaba ser china! Tenía que volver a América. Si se casaba con un americano podía ser casi una americana. Por lo menos sus hijos serían americanos y ella, su madre... Era la única escapada.

Un viento lleno de polvo soplaba por la calle ancha. Pasaron varios minutos antes de que pudiera encontrar una *ricksha* en aquella luz opaca. A la caída de la noche, con el frío, los chinos entraban en sus casas y cerraban las ventanas a cal y canto. Toda la abierta animación de la ciudad en verano había desaparecido. Se sintió más aterrada aún cuando un viejo conductor de *ricksha* de aspecto salvaje se le ofreció, pero como no vio otro, se metió dentro. El hombre corría lentamente como si estuviera demasiado cansado, y cuando bajó las varas en la puerta del hotel, le brillaba la cara de sudor y su chaqueta de algodón tenía chorretones de humedad. Debería compadecerlo, se decía Louise, pero sólo le repelía y le dio tan poco dinero como se atrevió. El hombre estaba demasiado agotado para hacer otra protesta que un

quejido y una mueca ante el dinero extendido en su palma roñosa. En seguida, a Louise se le ensanchó el corazón. Temía que Alec no estuviera allí, pero estaba esperando con el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba y el sombrero echado sobre los ojos.

—¡Hola! —Le dijo con voz cautelosa—. Tardaste mucho en venir; estaba empezando a helarme. —La tomó del brazo y caminaron calle abajo—. Cuéntame todo.

¿Quién podía haber previsto lo que sucedió ahora? Antes de que ella pudiera contestar, seis o siete estudiantes que pasaban por la medio iluminada calle vieron una muchacha china paseando con un americano. Rodearon a la pareja a toda velocidad y una linterna que llevaba uno en la mano arrojó su luz sobre la muchacha y reveló la linda cara de Louise.

—¡Americano! —gritó un estudiante—. ¡Deja en paz a nuestras chicas!

Entonces, aunque parezca increíble, los estudiantes empezaron a armar una escaramuza. Alec sintió que lo empujaban contra una pared. Puso a Louise detrás de sí para ampararla, pero los alborotados estudiantes estaban tratando de arrancarla de allí.

—Tendremos que romper el cerco y echar a correr. —Le dijo él por encima del hombro.

¿A dónde podrían ir en toda la ciudad?

—Tendremos que ir a casa —dijo Louise.

—Cuando yo escape, no te apartes de mí. —Le ordenó Alec—. Vamos ahora... listos... prepárate... ¡Vamos!

Con lo repentino de su empuje y la velocidad de su paso, tomaron a los estudiantes por sorpresa y consiguieron una ventaja inicial. Tanto Alec como Louise eran fuertes y de largo aliento. La buena alimentación y el cuidado habían contribuido a la formación de sus cuerpos jóvenes, y los estudiantes estaban mal alimentados y eran débiles. La caza era desigual y uno por uno los estudiantes se detenían y la abandonaban. Cuando llegaron los dos al *hutung* no los seguía nadie.

—Mejor será que me dejes aquí —dijo Louise.

Pero Alec Wetherston había estado pensando mucho mientras sus piernas corrían. Se sentía profundamente atraído por esta linda muchacha china. Quizá estaba verdaderamente enamorado de ella..., no como lo había estado de su pequeña Lanmei, que había muerto al nacer el nene. El nene le preocupaba terriblemente. Había vuelto a China cuando supo que iba a haber un chico y tenía el propósito de casarse con Lanmei tan pronto como la joven saliera del hospital. Pero cuando llegó allí, Lanmei había muerto. Fue a visitar las dos habitaciones que Lanmei había compartido con otra muchacha, quien le contó la historia. La habitación de Lanmei ya estaba ocupada por un hombre a quien la compañera había aceptado como amante. Alec la escuchó y se volvió a ir sin saber qué hacer. «Mejor será que deje al nene en el hospital», le aconsejó la muchacha. Pero su corazón se apegaba al chico, aunque no



lo había visto nunca, vacilando si reconocerlo como suyo. ¿Qué podría hacer él con un recién nacido? En su casa, no había dicho a nadie lo de Lanmei. Por último, se lo contó todo a Louise, incluso lo del nene, y ella había ido a verlo.

—El chiquito es vivo. —Le contó Louise—. Tiene los ojos grandes y sonrío cuando uno lo mira.

El padre que había en él ansiaba ver a su hijo.

Ahora tomó a Louise por los hombros y la sujetó contra la pared.

—Mira —le dijo—. Yo no te voy a dejar, querida. Entraré para ver a ese grandote hermano tuyo y decirle que quiero casarme contigo.

Louise lo miró fijamente. Ella no volvería nunca a querer a nadie tanto como había querido a Phillip. Había contado a Alec lo de Phillip. Habían cambiado entre ellos las historias de sus penas. Él incluso supo que Phillip no la quiso, y fue muy bondadoso en no tomarlo en cuenta. Pero antes de que Louise pudiera hablar escucharon pasos en el *hutung*. Se quedaron muy quietos en la oscuridad, esperando. De nuevo la luz de una linterna fue arrojada sobre ellos y en el rayo luminoso vieron a Peter.

—¡Peter! —Balbuceó Louise.

Sin una palabra, Peter saltó sobre Alec y lo apartó de un tirón.

—¡Maldito! —gritó.

Alec saltó sobre él. En un segundo, los dos jóvenes rodaban trezados por el suelo y Peter en la lucha agarró a Alec por el pelo y le hizo dar con la cabeza contra los guijarros. Louise dio un chillido y cayó sobre Peter.

—¡Jim, Jim! —gritó pidiendo ayuda.

Se abrieron las puertas del *hutung*. El criado del dueño de la casa salió corriendo.

—Estos extranjeros se están peleando —gritó. Y entró apresurado en la casa alquilada y golpeó la puerta cerrada del *living*—. ¡Su hermano y su hermana están matando a un extranjero! —Chilló.

Un instante después James y Chen, y detrás de ellos Mary, llevando una lámpara encendida, vieron a tres jóvenes con la ropa en desorden que se levantaban del suelo. Louise estaba llorando.

—¡Deje usted en paz a mi hermana! —Voceaba Peter. Y Alec volvió a saltar sobre él.

Fue James quien los separó, quien ordenó a Louise que entrara en casa y quien llevó a los dos jóvenes para dentro detrás de ella. Aseguró el cerrojo de la puerta contra los boquiabiertos curiosos, quienes se quedaron un rato contemplando la puerta cerrada y se fueron luego para casa comentando entre ellos que la casa acosada por las comadreas no podía dar felicidad ni siquiera a los extranjeros.

Dentro del *living* soltó James a sus cautivos y Young Wang salió de su habitación con Perrito y su madre detrás.

—Tráenos algo de comer —ordenó James—, y busca té caliente. Después hablaremos tranquilos. —Se volvió hacia Peter—. ¿Qué estabas haciendo tú?

Peter, que todavía miraba a Alec con ojos que despedían llamas, replicó:

—Acababa de pasar junto a un grupo de compañeros que decían que habían corrido detrás de un americano que iba con una de nuestras muchachas. No pueden soportar eso ahora, después de todas las cosas que han hecho los americanos aquí. Yo no soñaba que la muchacha fuera mi propia hermana.

—¿Y usted? —Le dijo James, más tranquilamente todavía, a Alec.

—Yo venía aquí a pedirle a usted permiso para casarme con Louise —dijo Alec lisa y llanamente.

—¿Quién es usted? —preguntó James con la misma temible tranquilidad.

—Alec Wetherston, antes del ejército de los Estados Unidos —dijo Alec con voz firme—. Louise y yo nos conocimos el día que ella fue al mercado de crisantemos. Usted no quiere recordarme.

—Yo sí —dijo Mary. Se dio cuenta de que todavía llevaba la lámpara y la dejó sobre la mesa.

Alec la miró.

—Sí...; bueno, yo la conozco a usted también. Yo hubiera querido que Louise le contara a usted lo que había entre nosotros, pero parece tenerle miedo, no sé por qué razón.

—Porque no quieren que me case con un americano. —Intervino Louise, empezando a llorar de nuevo.

—Mary, llévate a Louise —dijo James.

Louise se dejó llevar hasta la puerta, y allí se paró con las mejillas surcadas por las lágrimas.

—Yo os aseguro que me casaré con Alec. —Declaró.

Mary la empujó hacia fuera, y James siguió tranquilamente.

—Siéntese, por favor, señor Wetherston. Yo no tengo ninguna objeción a que mi hermana se case con el hombre que ella quiera, pero debe ser un buen hombre.

Estaban todos sentados ahora, excepto Peter, que permanecía en pie con las manos en los bolsillos y el pelo tieso. Chen se había sentado. Tenía la cara muy pálida, pero no había dicho nada.

—Supongo que nadie es perfecto... en nuestros tiempos —dijo Alec francamente. Estaba empezando a sentirse mejor. El hermano de Louise parecía un tipo como es debido.

—Dígame todo, por favor. —Siguió James inflexible.

Alec parecía sobresaltado.

—¿Qué entiende usted... por todo?

Entonces habló Chen.

—Lo del niño del hospital...

Alec apoyó un brazo sobre la mesa.

—Supongo que usted ya lo sabe —dijo sencillamente—. Creo que no es nada distinto de lo que hicieron otros muchos durante la guerra. Sólo que yo volví...;

supongo que ése fue mi error.

—¡Escúchenlo! —dijo Peter despreciativamente.

—Tranquilo, Peter. —Ordenó James. Se inclinó hacia delante y miró al americano. Le gustaba este joven alto y normal. Su pelo castaño estaba mezclado con el polvo de la calle y tenía la cara sucia. Pero era una fisonomía honrada, y para americano sus facciones eran delicadas y completamente correctas. Pudiera ser cierto que Louise no quisiera casarse nunca con un chino. Quizá las primeras percepciones humanas grabadas por la vida en un niño recién nacido fueran las únicas que en último término resultaban las más reales. Mary y él habían nacido en China, pero Louise había nacido americana. Una enfermera americana de un hospital de Nueva York la había levantado de la cama donde nació y cuidó de ella durante las primeras semanas de su vida. En casa, Nellie había actuado de niñera. Los primeros instintos de la carne de la niña estaban entretreídos con ojos azules, pelo rubio y piel blanca. Louise no podía cambiar ahora estos instintos.

—¿De verdad quiere usted casarse con mi hermana? —preguntó James a Alec.

Éste levantó la cabeza.

—Lo he pensado todo —dijo—. Quiero casarme con ella y volver a mi país. Llevaremos al niño con nosotros. Ella me ha contado todo lo suyo y sabe todo lo mío. Lanmei fue la primera muchacha a quien amé y seré más feliz con Louise de lo que lo sería con cualquier muchacha americana corriente. Además, el nene será más fácil de explicar. Y la gente está menos anticuada de lo que solía. Uno no se puede casar con una negra, pero a la mayoría de la gente no le preocupa una china.

Peter estalló al oír esto. Sus manos apretadas salieron de los bolsillos volando.

—¡No les preocupa un chino! —Vociferó—. ¡Pero a nosotros nos preocupan los americanos! ¿Se entera? Esta noche en la Facultad elevamos una protesta al Gobierno... sobre la forma cómo los americanos se están entrometiendo en China. ¡Uf, cuando les diga que mi hermana se va a casar con uno de ellos! —Su ira terminó en un quejido.

James se volvió hacia él con ojos de desaprobación, pero Peter le sostuvo la mirada. Luego se rindió y salió de la habitación.

Alec intentó sonreír.

—No se les puede criticar —dijo— pero lo que ellos no pueden comprender es que los individuos como yo no podemos evitar lo que hacen los Gobiernos. Somos impotentes. Yo, por mi parte, quiero sacar el infierno de aquí.

James había estado pensando intensa y velozmente. Y ahora habló con repentina claridad.

—Me parece que es lo que usted debe hacer. Mañana puede volver y hablarme de su familia y de su situación. Si me satisface, le diré a Louise que, por lo que a mí respecta, puede casarse con usted.

Alec levantó la cabeza.

—Quiero agradecerse, señor. —Tartamudeó—. Quisiera saber cómo puedo

agradecérselo.

Chen dijo:

—¿Y tus padres, Jim?

—Yo ocupo el lugar de mi padre —replicó James—. Él ha dejado a mi hermano y mis hermanas a mi cuidado.

Alec se levantó.

—Le veré mañana... ¿aquí?

—En mi despacho del hospital, por favor —dijo James—. Luego veremos al niño juntos. Louise es muy joven para el cuidado de un chico tan pequeño. Pero supongo que puede aprender.

Se quedaron en pie mientras Alec les daba la mano e iba hasta la puerta, donde sonrió y se fue. Entonces, James se volvió hacia Chen.

—Dime que he obrado bien. —Le rogó.

Se sentaron frente a frente a la mesa.

—Me parece que has obrado bien —admitió Chen—, pero ¿cómo puedo saberlo?

Hubo un ruido de pisadas en la puerta y entró Mary.

—¿Qué fue lo que hiciste? —preguntó. Se sentó en el tercer lado de la mesa, entre ellos.

—Le he dicho que puede casarse con Louise —dijo James sencillamente.

Mary se quedó sentada un buen rato. Luego se levantó y dijo:

—Voy a decírselo a Louise. Sigue llorando. —Pero se detuvo un momento y miró a Chen—. Yo creí que tú ibas a enamorarte de ella. —Terminó con naturalidad.

Chen abrió mucho los ojos.

—¿Yo? ¿Enamorarme? —Soltó una gran carcajada y ella lo dejó riéndose todavía.

La boda se celebró sin ruido. Alec y Louise no quisieron invitados. Los dos eran ciudadanos americanos y fueron al consulado americano una tarde, con Mary y James como testigos y allí, ante el resignado cónsul, fue celebrado el casamiento. Peter no quiso asistir y Chen había rehusado, diciendo que no se necesitaban más que dos testigos y que él se quedaría con el nene. Éste estaba en el hotel al cuidado de Chen, cuando el grupo regresó de la boda.

—Yo soy una buena ama —declaró Chen—. Mejor ama que doctor.

Tenía el nene en sus brazos, y el chiquillo, vestido con bombachón amarillo nuevo que le había hecho Mary, apretaba el pulgar de Chen y miraba la tosca cara. Unos cuantos días antes de la boda habían trabajado mucho con la ropa nueva, no para la novia, sino para el bebé, toda hecha a la americana. Louise y Alec se habían dedicado a buscar fórmulas y listas, y Mary revistió una cestilla china con tela de algodón guatada y seda azul como cuna de viaje. Otra cestilla de tapa llevaba botellas, esterilizador y todo lo que un niño pudiera necesitar en un largo viaje.

Aquella noche la novia y el novio con el niño tomaron el tren del Sur para Shanghai. Era una extraña fiesta de bodas, y, sin embargo, feliz. James, Mary y Chen los vieron partir y se quedaron hasta que el tren desapareció en la noche, las persianas bajas contra posibles bandidos y sólo la gran luz de la cabeza de la locomotora llameando.

Al contemplar el tren en marcha, James se abrochó la chaqueta.

—Ahora, debemos cablegrafiar a papá —dijo.

Mary se colgó de su brazo al volver para casa y Chen se colocó a su lado.

—Yo sé que hemos hecho bien —dijo ella con su antigua tozudez afectuosa—. No importa lo que diga papá.

—Louise nunca habría sido feliz aquí —comentó Chen. Empezaron a caminar juntos con paso igual por la calle medio vacía. La noche era fría y debía de estar helando. La gente pasaba enfundada en sus ropas y marchaba de prisa.

—Se necesita ser una persona especial para vivir en China ahora —murmuró Chen.

—¿Qué clase de persona? —preguntó Mary.

—Alguien que pueda ver el verdadero significado de las cosas, alguien que no solamente quiera un mundo mejor, sino que crea que puede mejorarse y se enoje porque no se mejora; alguien que no desee ocultarse en uno de los pocos lugares buenos que quedan en el mundo... ¡alguien que sea duro!

Pasaban por delante de la tienda de un ferretero y éste, detrás del mostrador, seguía con su trabajo y no había bajado las persianas todavía. Batía sobre el yunque un trozo de hierro retorcido con el que estaba haciendo un cuchillo que le había encargado un estudiante aquel día. El metal flameante despedía chispas e iluminaba su cara, que tenía fija una expresión de esfuerzo. Sus dientes blancos relucían. Esta misma luz cayó sobre los tres y Chen miró la cara de Mary, vuelta hacia arriba cuando pasaban.

—Alguien duro —repitió medio en broma—. Alguien como tú... y como yo... y como Jim. —Mary se rió, sacó su otra mano del bolsillo y la puso en el brazo de Chen, y así prosiguieron su marcha, al mismo paso.

Peter se quedó en su habitación durante la boda. Young Wang estaba pasmado y horrorizado y cuando los otros se fueron, se acercó a la puerta. Le gustaba el hijo más joven de la familia y deseaba estar en buenos términos con él. Se imaginaba que eran casi amigos, más bien que amo y criado. A veces, cuando acepillaba los grandes zapatos de Peter después de una lluvia y limpiaba las costras del barro de Pekín debajo de las suelas, se imaginaba hablando así, y aun pronunciando el nombre de Peter: «¡Escúchame, Pe-tah! Yo soy más viejo que tú, aunque nacido en familia baja. Tu familia es de hidalgos, la mía no es más que de pequeños labradores. Pero en estos tiempos nuevos, ¿quién es alto y quién es bajo? Seamos amigos. Yo te aseguro que

los estudiantes no son buenos. En otros tiempos, nosotros, los tipos del pueblo, mirábamos respetuosamente a profesionales y estudiantes. Ellos eran los gobernantes. Pero yo te digo —y aquí Young Wang acepillaba los zapatos con furia— que ahora sabemos que somos nosotros, las gentes comunes, quienes debemos resistir a los universitarios, los terratenientes, los ricos y los magistrados. Estos cuatro son los enemigos del pueblo».

¿Era Peter un comunista? Eso era lo que Young Wang deseaba descubrir continuamente. Él no lo era, porque el Gobierno cortaba la cabeza a todos los comunistas o los mataba a tiros. Pero escuchaba a veces en los rincones de las casas de té y en las tabernas. En su aldea, cuando había ido a recoger a su familia en la isla en la cual vivían agrupados, escuchó a un joven y una mujer que vinieron juntos y los ayudaron a trasladarse y se quedaron mientras se levantaban nuevas casas de tierra en los campos. Éstos decían siempre: «¿Dónde están vuestros amos? ¿Dónde vuestros admirables estudiantes? ¿Dónde está vuestro Gobierno? ¿No viene nadie a ayudaros? Sólo nosotros os ayudamos, nosotros, los comunistas».

Los aldeanos estaban muy preocupados por su ayuda, sabiendo bien que en este mundo nadie hace nada de balde, y meditaban mucho respecto a por qué esta joven pareja de caras tan audaces había venido en su ayuda. Cuando descubrieron que eran comunistas cayeron en un tremendo pavor, porque ninguno en aquellas regiones podía ser comunista y vivir, puesto que el Gobierno enviaba ejércitos todos los días contra el comunismo. Peor aún que su propio Gobierno, porque al suyo ya estaban acostumbrados, eran los americanos, quienes exigían ahora, según decían a los aldeanos, que se matara a cada comunista. Así que Young Wang y su familia se habían unido a los aldeanos para echar a estos dos jóvenes comunistas con azadones, rastrillos y varas de bambú. Los dos se habían ido cantando una de sus canciones y habían gritado a los campesinos:

—¡Nosotros os ofrecemos la paz, pero nos rechazáis! ¡Volveremos con espadas y fusiles!

Young Wang estaba tan atemorizado como el resto. No obstante, esto se le clavó en el cerebro como una verdad... Nadie hacía nada por los hombres como él y su familia. Luchaban solos lo mejor que podían, muriéndose de hambre y enfermedad, con sus hijos, sucios y sin instrucción, y todo esto a pesar de su labor continua. ¿Quién les había ayudado a construir de nuevo sus casas después de la inundación?

Que Peter estaba enojado por algo, Young Wang lo sabía. Había oído discutir al joven con su tranquilo hermano mayor y con Chen.

—Vosotros seguid con vuestra tolerancia y vuestra paciencia. —Había dicho Peter amargamente a estos dos—. El único modo de despertar a nuestro pueblo es usar la violencia con ellos.

—¿Matarlos? —Había inquirido Chen cortésmente—. ¡Bueno, el pueblo no despierta de la muerte!

—Quiero decir matar a todos los que no cambien —declaró Peter.

—¡Oh, Peter, no seas estúpido! —exclamó Mary.

James había escuchado con su tranquilidad habitual. Luego dijo:

—Cuando los hombres empiezan a matarse unos a otros, un ansia de muerte entra en su corazón, y matar se vuelve la solución para cada dificultad, por pequeña que sea.

—Hay algo del confucionismo de papá en ti —exclamó Mary.

—Quizá lo haya —replicó él.

Ahora Young Wang caminaba despacito hacia la habitación de Peter y miró hacia dentro por la ventana. El joven estaba sentado ante su escritorio escribiendo furiosamente. Cuando Young Wang lo miró, dejó la pluma y se sentó ceñudo y preocupado. Young Wang fue hasta la puerta y tosió.

—Vete de ahí —dijo Peter reconociendo la tos—. Estoy ocupado.

Young Wang abrió la puerta lo suficiente para meter la cabeza.

—¿No quiere usted ir siquiera al tren para verlos marchar? —preguntó con voz suave.

—Sal —contestó Peter.

Young Wang sopesó el tono de la voz. Las palabras eran ásperas como las de un americano, pero la voz no lo era demasiado. Entró con apacible continente y se quedó con la espalda contra la puerta.

—Te dije que te fueras, ¿no es cierto? —gritó Peter, levantando la vista con gran impaciencia.

—Ya me iré. —Prometió Young Wang—. Pero primero quiero decirle lo que oí hoy. Se está preparando algo en el puente de mármol.

Peter le dirigió una aguda mirada.

—¿Dónde oíste eso?

—Me lo dijo un vendedor de nueces.

Peter levantó la pluma, pero la volvió a dejar.

—Sigue —ordenó—, dime lo que oíste.

—Pasó por allí a medianoche, hace poco —dijo Young Wang en voz baja—. Había estado en un teatro para vender nueces. Por eso iba tan tarde. Pasó por allí y vio alguna gente debajo del puente. Desde luego creyó que eran mendigos que se guarecían allí. Pero entonces uno de ellos lanzó un grito de dolor. Un compañero le había dejado caer una espada o un azadón sobre un pie. Y este grito no fue el grito de un pordiosero, dijo el vendedor. Era la voz y la maldición de un estudiante.

Young Wang hizo una pausa.

—Bueno, ¿y eso qué? —preguntó Peter.

—El vendedor volvió a la noche siguiente y a la otra —siguió Young Wang—, y allá va todas las noches. Ahora, le paga la policía secreta. —Young Wang miró los zapatos de Peter—. Yo los limpié. Pero esta noche tenían arcilla amarilla. Sé que hay de esta arcilla debajo del puente. Nuestro suelo es arenoso y polvoriento en cualquier otra parte. Pero debajo del puente hay arcilla. Sin duda nuestros antepasados

hundieron las grandes piedras en las entrañas del río y trajeron arcilla amarilla del Sur hasta aquí para sostener con firmeza los cimientos.

Peter saltó de la silla y se precipitó contra Young Wang. Pero éste se escurrió por la puerta como un gato.

No obstante, Peter cerró la puerta con llave y fue al escritorio, donde tomó las hojas de papel que había escrito, las rompió en mil pedazos, vació la botella de tinta sobre ellas y las arrojó al cesto de los papeles. Luego empezó a pasear por la habitación lleno de inquietud.



## CAPÍTULO XIII

El doctor Liang estaba muy enojado. La carta de James había venido por correo y así le llegó unas dos semanas antes del día en que probablemente llegaría Louise. Él, que con tanta frecuencia había proclamado ante auditorios en la cátedra y en sus conferencias la sabiduría de la doctrina del destino, apenas podía convencerse de la inevitabilidad de lo que ya le había sucedido a su familia, y por lo tanto a él. Le parecía ahora que hubiera sido mejor dejar que Louise se hubiera casado con Phillip Morgan, cuyo padre estaba en Wall Street y por lo tanto era rico. ¿Quién sabía quién era este tipo, este Alec Wetherston? James había puesto la dirección de su familia en la carta. Era una dirección un poco de clase media. El doctor Liang tenía olfato para las buenas direcciones, y se dio cuenta de que ésta era sólo regular. No era distinguida, y la gente muy rica tampoco viviría en aquella parte de la ciudad. Decidió ignorar a los padres de Wetherston, rehusando reconocer en público su secreto temor de que pudiera no agradecerles tener una nuera china.

A su esposa, sin embargo, le habló con entera franqueza y en el colmo de su irritación contra el destino, la molestaba hiriéndola en muchas pequeñas cosas.

—Sería muy agradable ahora, ¿verdad?, que a la familia de este soldado no le gustara emparentar con nosotros —exclamó delante de la señora Liang.

—Por otra parte puede que les gustemos. —Sugirió ella razonablemente—. Por ejemplo, ¿por qué este Alec no tiene objeciones contra una esposa china? No ha recibido ninguna enseñanza contra nuestro pueblo. Indudablemente sus padres no tendrán tampoco ninguna objeción poderosa.

Lo razonable de esto halagó al doctor Liang. Probó su café y volvió a dejar la tacita.

—Qué extraño que después de veinte años no puedas todavía distinguir el café bueno del malo. —Observó.

—¡Neh-lí! —llamó ella, pero Liang la detuvo con un ademán de la mano.

—Ella toma de todo —dijo él—. Por lo tanto no tiene gusto. Eres tú, mi esposa, quien debería ser capaz de conocer la diferencia, sólo por el aroma, entre el café bueno y el malo.

—Pero a mí no me gusta el café, Liang. —Objetó ella.

—Eso no tiene nada que ver —replicó.

La señora suspiró. Debía prepararse para soportar sobre sus hombros el choque del mal humor de su marido. Meditaba en silencio, mordisqueando un trozo de tostada con los ojos bajos, mientras él terminaba sus huevos revueltos, los riñones calientes y el café malo.

Este mordisquear acabó por enojar al doctor Liang. La miró y comparó su cara grande y un poco fofa con la exquisita de Violet Sung.

—¡Qué ruido estás haciendo con esa tostada! —Exclamó—. Suena como un molino triturando el grano.

Quedó quieta y lo miró a través de la mesa. Tenía la boca llena de la tostada a medio mascar y no sabía qué hacer.

—Trágala. —Le dijo él violentamente.

Bebió un poco de té, se llevó el pañuelo a la cara, y la tragó. El trocito de tostada que tenía en la mano dispuesto para el próximo bocado, lo dejó. Quedó sentada sin comer ni hablar hasta que él hubo terminado su desayuno y, levantándose con dignidad, se dirigió a su estudio y cerró la puerta. Entonces terminó la tostada, tomó otra y extendió sobre ella mermelada de fresa. La manteca no podía soportarla porque tenía gusto a vacas y a leche. La tetera estaba vacía y llamó con precaución:

—¡Neh-lí!

Entró Nellie enjugándose las manos con el delantal.

—¿Quiere más té? —preguntó. Ella y la señora se entendían muy bien.

La señora Liang asintió con la cabeza.

—¿Qué le parece, Neh-lí? —le dijo a media voz.

—¿Cómo? —preguntó Nellie, con la tetera en la mano.

—Louise se casó —murmuró la señora Liang—. ¡Con un americano con un nene!

—¿Louise tuvo un nene? —Exclamó Nellie en el tono bajo que empleaba cuando el doctor Liang estaba en casa.

—Él tuvo el nene. —Explicó la señora Liang—. Antes, con otra esposa china. —Esto era lo único que James, después de reflexionar un poco, había decidido no esclarecer. La madre del nene, había escrito, fue la primera mujer del americano. ¿Para qué había de tener el nene un estigma al llegar a América? En China la gente no culpa a los hijos por los pecados de sus padres.

—¿Cómo lo supo usted? —dijo Nellie—. ¿Van a vivir aquí? Qué bueno sería volver a tener a Louise en casa. Aunque un nene...; bueno, hay el servicio de pañales.

—El padre y la madre de él también viven en Nueva York —dijo la señora Liang—. Así que puede ser que vivan con ellos. Pero yo estoy contentísima de volver a tener a uno de mis hijos. —Se llevó la punta del pañuelo a los ojos.

—El señor es bastante brusco con usted, ¡caramba! —dijo Nellie con simpatía—. Bueno, alégrese ahora, señora. Le voy a buscar un poco de té caliente.

Se fue y la señora Liang se quedó sola pensando, mientras los rasgos de su rostro cobraban más bondad y dulzura. Iría a Chinatown a ver a la señora de Pan y se lo contaría todo. ¡Era tan agradable volver a tener una amiga!

Detrás de la cerrada puerta de su estudio, el doctor Liang estaba sentado de mal humor mirando por la ventana. Nada en su filosofía, derivada tan de cerca de la de Confucio, lo preparaba para lo que había sucedido. No sabía qué hacer. De repente, Louise dejó de ser importante para él. Ya no era la hija preferida, porque le había desafiado y se había casado con un americano. Tampoco el hombre era importante. El doctor Liang, por su parte, podía vivir como si ninguno de ellos existiera. No ensalzaría a su hija, ocupándose de ella. La joven pareja podría venir por aquí y presentarle sus respetos; los recibiría distraído, como sí no le importara nada. Los

hijos eran muy enojosos. Uno los traía al mundo los criaba, los educaba pagando grandes sumas por derechos universitarios y luego hacían lo que querían. Era América la que los había echado a perder. En China..., la antigua China..., los hijos quedaban sujetos a sus padres mientras los mayores vivieran. Por esto eran recompensados haciéndose ellos mayores a su vez. Así la sociedad era sana y las generaciones se sucedían unas a otras. Aquella China bien sabía que había desaparecido. Ya estaba empezando a desaparecer cuando él era joven y había insistido en que no tomaría una mujer iletrada por esposa. Pero creía que las antiguas costumbres sabias volverían. Una nación que no organiza las relaciones adecuadas entre las generaciones, está condenada a la desintegración.

Toda esta filosofía no le servía de ayuda en este momento. Lo importante ahora, según descubrió después de haber ordenado sus pensamientos, era saber cómo era la familia Wetherston... ¿Eran enteramente mediocres? ¿Debería tratarlos? No podía responder a ninguna de estas preguntas y estaba seguro de que su mujer ni comprendería siquiera por qué las hacía. Era natural en ella precipitarse en seguida a conocer a la nueva familia y a trabar una inmediata y absurda amistad que podría envolverlo más tarde en toda clase de obligaciones impropias de su posición. Si los Wetherston resultaban ser pobres y ordinarios, por ejemplo, incluso podrían agarrarse a la oportunidad de emparentar con un hombre famoso, aunque fuera chino.

En su indecisión, tomó el auricular del teléfono y marcó el número del departamento de Violet Sung. Nunca habían mencionado a Ranald, pero Violet le había dicho:

—Es enteramente seguro telefonarme por la mañana, pero por favor, no lo haga de noche.

Esperó un momento y luego escuchó su voz todavía bastante soñolienta.

—¿Diga?

—¿Violet? —dijo bajito, porque la señora Liang tenía un oído muy fino.

—¡Ah, hola! —Respondió ella reconociéndolo.

—Perdóneme, por favor, por llamarla tan temprano. He tenido malas noticias. La necesito a usted.

—Dígame —dijo ella con aquel afecto en su voz que tanto le encantaba.

—Mi hija más joven se ha casado impensadamente con un americano. La carta llegó esta mañana. Su familia, desgraciadamente, vive aquí en Nueva York.

—¡Qué extraño! —murmuró ella.

—Sí, eso me parece. —Convino él—. Debo pedirle su consejo. ¿Qué puedo hacer?

Ella vaciló un momento, y luego repitió su pregunta.

—¿Qué puede hacer? Pero ¿qué puede hacer usted, si ya están casados?

—Sí, ya lo sé —dijo con un poquito de impaciencia—, pero ¿cómo debo proceder con esa familia? ¿Cómo puedo saber qué tal son y lo que piensan sobre esto? Indudablemente, ahora ya saben lo que ha hecho su hijo y quizá están esperando que

yo... ¿o debo yo esperar por ellos?

—¿Dónde viven? —preguntó Violet.

Le dio la dirección mediocre y ella quedó pensativa considerándola tanto tiempo que él preguntó de un modo bastante lastimero:

—¿Puede usted sugerir algo?

—Yo iré a verlos —dijo por último—. Les hablaré por teléfono diciéndoles que soy una amiga de su familia.

Sintió un gran alivio el doctor Liang al oír esto y quedó muy agradecido, porque no se le había ocurrido semejante cosa. Sin embargo, era una excelente tradición china..., un intermediario, por decirlo así, alguien que rompería el hielo de la relación forzada.

—Quién sino usted... —murmuró, interrumpiendo la frase aquí—. Quién sino usted sería tan bondadosa, tan bella, tan comprensiva...

Rióse Violet con una suave risa reflexiva.

—Realmente yo no soy de mucha utilidad en este mundo —dijo—. Me gustaría serle útil a usted.

—Tan útil —contestó Liang gravemente— que no podría vivir sin usted.

Y colgó el auricular después de esto.

## CAPÍTULO XIV

La casa parecía vacía después que se fue Louise. Mientras estaba allí, cada miembro de la familia había sentido por separado su descontenta presencia y todos habían procurado darle gusto y hacerla sonreír, aunque no fuese más que por un momento. Ahora, no había ya necesidad de tal esfuerzo. Cuando los cuatro venían a casa a horas diferentes, podían seguir sus propios caminos, saludarse o no, y no tenían deber ninguno para con una hermanita solitaria.

Sin embargo, la echaban de menos. Porque a causa de su misma soledad Louise les había obligado a todos ellos, James, Mary, Peter y Chen, a salir de sí mismos y entrar en su ser. Y hubo veces en que no estaba tan adusta, veces en que jugaba con los gatitos y se reía, veces en que encontraba un pájaro próximo a salir del nido, o una nueva flor que crecía en el antiguo patio. Era tan linda, tan agradable su carita cuando estaba contenta, que la recordaban con ternura ahora que se había ido.

Sólo a Peter parecía no importarle, y cuando los demás hablaban de ella pensaba en otra cosa y seguía silencioso.

Que Louise se hubiera ido era sólo una de las razones de intranquilidad durante el invierno que pesaba ahora sobre la ciudad. El anciano propietario de la casa, que durante aquellos meses mantuviera su promesa de no pedir la renta por adelantado, se olvidó de todo en su necesidad y se hizo molesto para ellos. El criado había acudido a Young Wang y le expuso el asunto del dinero de su amo.

—Mi anciano señor y su esposa son muy pobres. —Le dijo a Young Wang—. Sería una buena acción si su amo quisiera olvidar el papel firmado y les diera el mes de renta por adelantado.

Al principio Young Wang se negó, pero el hombre volvió otra vez con un regalo en sus manos de dos piezas de jade que le dio a Young Wang diciéndole:

—La señora le da a usted esto como regalo que puede vender. Pero, por favor, ruéguele a su amo que nos adelante un mes de renta.

El jade eran un par de ornamentos sin valor alguno de los que en otros tiempos se cosían a los lados de una tiara de mujer. Eran finos como papel. Cuando el hombre se fue, Young Wang se los llevó a James. Abrió la mano con los trozos de jade en su palma.

—Estas cosas me las mandó el amo de la casa como soborno para que le pida a usted un adelanto de la renta. —Le dijo a James—. No se los pude devolver porque sería motivo de ofensa. Aquí están.

—¿Qué puedo hacer yo con ellos? —contestó James—. Tíralos o véndelos. En cuanto a su demanda, pensaré en ello.

Así salvó a Young Wang, quien, cuando volvió el hombre, pudo decir:

—Mi amo lo considera.

Cuando Chen volvió a casa, era una cruda noche de frío seco de fines de año. James le contó lo que pedía el propietario, y Chen se puso furioso.

—Mejor será que nos mudemos —dijo—. Una vez que estos viejos aficionados al opio se tragan la vergüenza y empiezan a pordiosear, no hay paz posible.

Pero James era más sensible, y decidió ir a ver a la anciana pareja para persuadirlos, sí era posible, de que entraran a curarse en el hospital. Y pocos días después de esto, cuando dispuso de una hora, llegó a casa más temprano que de costumbre, llamó a la puerta del propietario y fue recibido por el criado, que se deshizo en sonrisas ante el visitante.

—¿Está su amo en casa? —preguntó James.

—Mi amo siempre está en casa. —Replicó el hombre vivamente—. ¿Qué desea usted?

James no contestó a este atrevimiento y siguió al hombre hasta la habitación del medio de la casa. Era un cuarto que daba miedo. Todo cuanto había de valor en él había desaparecido; unos pocos bancos baratos y una mesa de bambú rota era todo lo que quedaba. El criado lo dejó allí y después de un largo rato volvió, trayendo a su amo. El anciano propietario entró tambaleándose en la habitación. El criado le sostenía por detrás, con las manos debajo de los brazos como muletas. Era una figura lastimosa. Sus ropas de invierno guatadas estaban rotas y el relleno de algodón salía por fuera en una docena de lugares. Llevaba zapatos de labrador, de cáñamo tejido, con las borlitas de lana retorcidas hasta dentro para dar calor, y en la cabeza tenía una gorra, antes negra, pero ahora castaña rojiza, con un agujero en un lado, por donde le salía un mechón de pelo gris. Tan arruinado estaba el anciano, tan amarillo, tan marchito, que casi era un muerto. Trató de dar la bienvenida a James, pero tenía una angustia tal que no pudo hablar.

—Tuve que despertarlo. —Declaró el sirviente—. Estaba en un sueño profundo.

—¡Eh... eh! —Tartamudo el anciano señor.

James se inclinó hacia él.

—Señor, parece usted muy enfermo. —Le dijo dulcemente.

Estas palabras y el tono bondadoso en que fueron pronunciadas llegaron a la obscurecida mente del anciano.

—Permítame que lo trate. Yo me ocuparé de que lo pongan a usted en una habitación caliente y con una buena cama. Le daremos comida sana y lo ayudaremos en su enfermedad. Podemos curarlo a usted de manera que no vuelve a tener ansia de la cosa que lo enferma.

El viejo volvía lentamente en su sentido mientras James seguía hablando así. Fijó sus mortecinos ojos negros en el rostro de James y escuchó.

—Aquí hace frío. —Siguió James—. Ni siquiera tiene usted un brasero de carbón.

—Él duerme sobre el *k'ang*<sup>[3]</sup>. —Lo interrumpió el criado—. Cuando tenemos algo que cocinar, el humo del fogón se escurre por debajo del *k'ang*, y lo calienta.

—Pero sólo un corto rato..., a no ser que utilicen ustedes carbón de leña. —Objetó James.

—¿Quién puede pagar el carbón de leña? —dijo el hombre groseramente.

El anciano suspiró.

—Yo no tengo dinero.

—Si estuviera usted bien —dijo James—, quizá pudiera ganar algo. ¿No fue usted maestro una vez? Un maestro puede escribir cartas para otra gente. Incluso podría usted volver a enseñar a los niños. O yo tal vez pudiera conseguirle un empleo en las oficinas del hospital, si le fuera posible copiar expedientes.

El hombre escuchó esto y reflexionó un rato. Luego movió la cabeza.

—No tengo nada por qué vivir —dijo al fin—. Mis hijos se han ido. Aquí no hay nietos. ¿Por qué había de trabajar?

—Ya ve usted cómo está. —Intervino el criado.

James volvió a hablar y siguió insistiendo, pero cada vez el anciano propietario volvía a decir que no tenía motivo alguno para vivir y, ¿por qué había de salir de su sueño?

—Duermo y vuelvo a aquel lugar de donde vine antes de ser concebido en el útero de mi madre. —Explicó el anciano—. Allí estoy en paz.

James no pudo sacarlo de esto. Era el final de toda persuasión. Cuando comprendió que todo era inútil, metió la mano en los bolsillos y sacó un fajo de dinero. El criado extendió la mano en seguida para recibirlo, pero James no quiso ver esta mano. Tomó las manos del señor y en aquellas delgadas cuencas puso el dinero.

—Éste es un mes de renta —dijo—. Trate de guardarlo para la comida y un poco de carbón.

Sabía en el momento mismo de pronunciar estas palabras que la esperanza era vana. En la puerta miró hacia atrás y ya el criado le había sacado el dinero al anciano y lo estaba ayudando a salir de la habitación.

Contó la historia aquella noche cuando se reunieron a la hora de la cena y Chen lo reprendió por lo que había hecho.

—Has hecho imposible que nos quedemos aquí. Ahora cada pocos días este criado estará detrás de nosotros.

—A mí me parece que James hizo bien —declaró Mary—. Sólo creo que debió haber insistido en que el anciano entrara en el hospital.

—Cuando estuvieron aquí los japoneses el opio era barato —dijo Peter.

—Y ¿cómo sabes eso? —preguntó Chen.

—Los compañeros de la Facultad lo usan también —dijo Peter—. No opio en bruto, desde luego, sino píldoras de heroína. Me enferma verlos. Ahora no pueden conseguirlas. Un tipo anda siempre detrás de mí. —Apretó los labios con fuerza como si no pudiera decir más.

James, al escuchar todo esto, decidió decir ahora lo que le andaba en la cabeza. Dirigió una mirada en redondo a todos ellos. Se habían vestido con ropas chinas guatadas. Sólo así se podía soportar el intenso frío de la casa. Aquí, en la habitación del centro que todos habían compartido, estaba la estufa extranjera que encontraran en el mercado de los ladrones, no la gran estufa que habían esperado tener, sino una

pequeña que llameaba enrojecida cuando se le ponía carbón, y se enfriaba poco después. Sin embargo, era mucho mejor que nada. Esta habitación era el único lugar que conservaba algún calor, excepto la cocina. Allí, el combustible de caña y hierba sólo daba un calor rápido que pasaba tan pronto como se extinguían las llamas. Las ropas de algodón guatado en el cuerpo y el algodón guatado en los pies evitaban que se helaran. No se diferenciaban lo más mínimo por su aspecto de la gente de las calles.

—Ha llegado el momento, a mi juicio, de que nos traslademos a la aldea —dijo James—. Ya sé que pensábamos en la primavera. Pero no podemos pasar más frío que aquí. Y el precio de la comida y el combustible pronto quedarán fuera de nuestro alcance. No podremos estar peor allá.

El dinero desde luego estaba perdiendo todo su valor. No era verdadero dinero. Lo que empleaba el pueblo eran cestas llenas de papel impreso en América con letras y figuras chinas, que representaban un oro y una plata que no existían: Todo lo que James, Mary y Chen pudieran ganar, apenas alcanzaba para la comida, la renta y el combustible, además de los salarios para los que cuidaban de ellos. No quedaba nada para ropas ni diversiones... Y pronto, conforme el papel moneda se hiciera más abundante y las cifras impresas más elevadas, aun para esto no sería suficiente.

—¿Por qué hemos de esperar a la primavera? —exclamó Mary—. En la aldea hay comida y espacio abundante. Yo quiero ir ahora.

James se volvió a Peter.

—¿Qué dices, hermano? —preguntó. Temía la respuesta, porque ¿qué iba a hacer Peter en la aldea? Allí no habría estudiantes y se sentiría aislado e infeliz. Se negaría a ir. Con sorpresa por su parte, Peter no dijo semejante cosa. Levantó la cabeza que con tanta frecuencia mantenía abatida, como si estuviera pensando en alguna cosa secreta, distante de todos ellos.

—Estoy dispuesto a ir —dijo—. Me alegraré de escapar de aquí.

Chen golpeó con las dos manos sobre la mesa.

—Todo esto es una locura —declaró—, pero yo los seguiré a ustedes los tres locos. —Se rieron y la cosa quedó decidida.

Sin embargo, un movimiento tan importante no se podía hacer en un día. Primero debían escribir al Tío Tao, y esto lo hizo James, hablándole del permiso de su padre para recibir las rentas. En el hospital tenían que comunicar su decisión de dejarlo. Nunca se había dado cuenta James de que tenía tantos amigos entre los doctores y las enfermeras. El doctor Kang reunió a todos los médicos y le dieron una pequeña fiesta, no de despedida, declaró el doctor Kang, sino para aconsejarlo. Se dio la fiesta en la casa del doctor Su y la señora de Su vigiló personalmente los platos. Puesto que sólo los hombres estaban presentes, Mary fue invitada a venir para ayudar a la señora Su, y las dos jóvenes estuvieron atareadas en la cocina y comieron en el estudio del doctor Su mientras los doctores seguían en el comedor. En la cocina, la señora de Su se disculpaba por todo con Mary, aunque en el fondo estaba orgullosa de su casita



limpia de estilo extranjero.

—Antes de que vinieran los japoneses —decía, removiendo las largas cintas de los tallarines de harina de trigo dentro de una cazuela con guiso de pollo—, no me habría parecido posible sostener una casa sin cinco criados por lo menos. Ahora, me siento feliz de tener sólo a esta Lao Po.

Lao Po era una vieja que permanecía perfectamente callada y no hacía más que lavar los platos, que secaba la señora Su, y barrer el piso sobre el cual habían caído harina, trocitos de huesos y grasa. No entendía más que el dialecto del campo, porque no provenía de la ciudad.

La señora de Su le hablaba a Mary en inglés.

—Desde luego, ahora el dinero no es nada. Yo le doy a Lao Po casa y comida, ropa de cama y algunos vestidos, además de su sueldo. No es limpia, pero ¿qué puedo hacer? Su no quiere mirarla porque es poco aseada. Pero yo le digo: «¡Su, es verdad que Lao Po es sucia, pero búscame otra más limpia!». Y no lo consigue, porque los pobres no pueden ser limpios. Reconozcamos la verdad. Nuestros pobres son muy sucios. Después de todo, no tenemos americanos hoy aquí. No tenemos por qué estar avergonzados entre nosotros.

—Todo está muy lindo —dijo Mary cortésmente. Desde luego, aquella casita con cortinas en las ventanas y sillas de mimbre con cojines en el *living* le parecía un lugar lleno de comodidad.

La señora de Su pasó los palillos a una tartera con trozos de cerdo que hervían con nueces.

—Louise verdaderamente es muy feliz —dijo después. No estaba enterada de si Mary sabía que Louise se había visto con el americano aquí, y no podía sentirse a gusto hasta que lo descubriera—. Desde luego, es mejor casarse con un chino..., todos estamos conformes en esto. Pero Alec es un americano bueno..., no un grosero mascador de chicle que jura todo el tiempo. Estoy segura que pertenece a una buena familia. Y yo creo que Louise nunca podría ser feliz aquí. Ella, en realidad, es enteramente americana.

Mary, que cortaba grandes peras blancas de invierno para tomar antes de la comida, no contestó a esto.

La señora de Su creyó darse cuenta por su silencio de que Mary estaba enterada. Por lo tanto, se decidió a una media confesión. Primero, se rió para demostrar que consideraba la cosa sin importancia. Luego dijo:

—Tú sabes que Louise me suplicaba con tanto interés que le permitiera venir aquí y ver a Alec algunas veces...; desde luego, yo estaba siempre con ellos. Pero me sentía muy molesta. Debería habértelo advertido. No sabía cómo decírselo a Louise. Ellos son tan modernos...; todos nosotros lo somos, desde luego. Pero yo debo pedirte disculpas si obré mal.

Mary levantó la vista hacia ella con sus grandes ojos demasiado sinceros.

—No sabía nada de eso —dijo—. Louise no me lo contó.

La señora de Su lamentó su escrupulosa conciencia y se dio prisa en hablar de cualquier otra cosa.

—Ahora ya no importa, después de un final tan feliz —dijo rápidamente—. Desde luego, yo me di cuenta de que Alec sería un buen marido, que no andaba sólo tonteando. Ahora dime, ¿realmente dejáis nuestra ciudad?

—Queremos ir a nuestra casa solariega —dijo Mary. Empezaba a apilar las finas rebanadas en forma de pirámide en un plato floreado.

—Lo siento mucho —dijo la señora de Su. Tapó el cerdo y destapó una pequeña marmita con camarones y vástagos de bambú—. Y creo que vosotros lo lamentaréis también. Para la gente como nosotros, bien educada, la aldea es muy dura. Yo no estuve nunca en ninguna aldea. Es decir, no quedé a dormir. A veces en primavera y verano salimos fuera de la ciudad de excursión y desde luego nos detenemos en alguna aldea a descansar. Aun así es demasiada suciedad para nosotros. Su no es capaz de probar alimento allí. Las gentes son salvajes y sucias, y todos los niños están enfermos de algo.

Mary no contestó a esto.

—¿Llevo las peras adentro, ahora? —preguntó.

—Si, por favor —dijo la señora de Su vivamente—. Diles que las coman con semillas de melón y otras cosillas, que dentro de pocos minutos la comida estará servida. —Empezó a sacar los camarones a cucharadas para un plato y Lao Po, al ver que su momento había llegado, trajo tazas para el otro plato.

—¡Lao Po! —dijo la señora de Su en voz alta hablando en chino—. ¡Le dije que se pusiera una chaqueta limpia, que se lavara la cara y acepillase el pelo!

La vieja dejó los platos sobre la mesa y se fue. Cuando la señora de Su tenía los platos llenos de comida, volvió la criada enteramente limpia.

—Lao Po, lleve usted los platos y déjelos sobre la mesa. Yo pondré el arroz en ellos. Luego puede usted servirnos a todos.

La señora de Su era una figurilla atareada, llena de orgullo en su cocina. Sobre su pulcro traje chino de seda rosa-rojizo llevaba un delantal blanco, y sus gordezuelos brazos estaban desnudos.

Mary volvió del comedor. Los hombres la habían recibido con agrado, pero con reserva. Había mucho chismorreó en el hospital acerca de que Mary era más voluntariosa que James y de un genio nada fácil, y que era más bien ella que él quien guiaba la familia a su destino. Por esta razón, el doctor Su invitó sólo hombres a la fiesta.

—¿Retiro yo los platos también? —preguntó a la señora de Su.

—No, Lao Po lo hará todo ahora —dijo la señora de Su quitándose el delantal—. No me importa cocinar, pero no me gusta parecer una sirvienta.

Indicó el camino del estudio y allí se sentaron. La señora de Su disfrutaba de tener una amiga con quien hablar. Mary no era una amiga tan dócil como Louise, pero era una mujer y la escuchaba.

—Siéntate, por favor —dijo la señora de Su—. Toma un poco de té. Luego nuestros estómagos estarán preparados para la comida. Lao Po nos traerá los platos cuando terminen los hombres.

Así, sorbiendo el fragante té, Mary se sentó y escuchaba. Hacía mucho tiempo que sabía que las mujeres como la señora de Su eran de una especie a la que ella no pertenecía.

—Bueno, la verdad... —Empezó la señora de Su. Su carita redonda no estaba tan linda como en los días anteriores a su casamiento. Era menos delicada y los ojos habían perdido su timidez—. ¿De qué hablaremos? —preguntó con voz animada.

—Habla tú —dijo Mary sonriendo—. Yo escucharé.

La señora de Su tiró de su falda corta.

—¿Quieres que te cuente cómo me casé con Su? —Su voz era a la vez gazmoña y sociable.

—Si quieres...

—Todo empezó así —dijo la señora de Su—. Yo estaba enseñando inglés en la escuela de niñas de Kunluu. Naturalmente, no tenía necesidad de dar clases siendo mi padre director del Banco, pero no podía estar sin hacer nada. Un día me dijo mi padre: «Alguien me contó que el doctor Su, un médico muy rico y famoso, se va a divorciar. Desde luego no puede vivir divorciándose siempre. Debe tener una esposa, ¿te gustaría serlo tú?». Al principio no me gustó la cosa, y así se lo dije: «Papá, supón que ha adquirido el hábito de divorciarse, ¿cómo me sentiría yo si algún día se divorciara también de mí?». Pero papá me dijo: «No, todas sus mujeres fueron unas estúpidas. Pensaban sólo en que él era su marido; no se les ocurrió pensar también; yo soy su esposa. Tú no eres tan estúpida. Cuando te cases, pensarás en él primero». Entonces dije que bueno. Luego mi padre le pidió al amigo de Su, el doctor Kang, que le sugiriese a Su que yo soy bastante agradable. Desde luego mi padre dio algo. Luego en una fiesta el doctor Kang me presentó, y yo estaba bastante linda, no tengo por qué negarlo. Él también me satisfizo. Tiene dos hijos, pero son muy agradables y no viven aquí.

La alegre vocecilla gorjeaba como un pájaro en la puerta.

En el comedor, abarrotado de doctores, James y Chen estaban escuchando un juicioso coro que desaprobaba y trataba de disuadirlos. La comida fue excelente. La señora de Su era una buena cocinera y Lao Po vigilaba fielmente todo plato vacío.

—Os perderéis en una aldea —declaró el doctor Su en voz alta. Su último casamiento había resultado bien y estaba empezando a aumentar de peso. Su hermosa cara ovalada ya no era delgada ni de aspecto intelectual. Tenía un aspecto próspero, sonreía con frecuencia y en su voz sonaba la nota dominante del hombre satisfecho. Acumulaba camarones en el plato de James y seguía hablando—. Tú sabes, Liang, que el Generalísimo fue muy sabio cuando en la reciente guerra contra el Japón decretó que nuestros hombres instruidos se quedaran en los colegios y no fueran al frente. Los jóvenes de las aldeas fueron convertidos en soldados. Tenemos muy pocos

hombres instruidos. Tenemos que conservarnos. Debemos vivir mucho. Y producir hijos.

—¡Eh, Liang! —gritó el doctor Peng jovialmente desde el otro lado de la mesa—. ¡Tú ni siquiera te has casado todavía!

—Liu Chen no está casado tampoco. —Replicó Kang—. ¡Dos solteros! ¡Debemos castigarlos! ¡Tienen que emborracharse!

—Desde luego no viven en continencia —dijo Peng con cierta malicia—. ¡Mirad a Liang...; fíjate, se está poniendo colorado! ¡Eh, eh, mirad todos a Liang!

El doctor Su, como anfitrión, intervino compadecido:

—Vamos, vamos, Peng... Si tú haces el amor a cuanta enfermera bonita hay, eso no significa que todos los hombres sean iguales. Vamos, Liang...; vamos, Liu Chen..., compañeros..., decidnos, ¿qué pensáis hacer en la aldea?

James no había hecho más que guardar silencio hasta ahora. Estaba disfrutando de su comida de todo corazón. El coste de los alimentos convertía este banquete en un placer. No había probado el cerdo, los camarones ni las aletas de tiburón en mucho tiempo. ¿Dónde conseguía Su tanto dinero?

—Quizá yo sólo voy a la aldea para aprender. —Su voz era fría y tranquila.

Un coro de ruidosas carcajadas respondió a esto.

—¿Aprender qué? —inquirió Su—. ¿Cómo comer rebanadas de pan casero y ajo crudo?

—¿Cómo matar piojos? —Chilló Peng.

—Vamos, vamos —dijo el doctor Kang, extendiendo sus finas manos pálidas—, nos estamos poniendo demasiado groseros. Yo respeto a Liang y a Liu Chen. Ellos desean servir al pueblo, estoy seguro. Servir al pueblo; ah, sí..., ¡es muy bonito! —Su voz, sus maneras, estaban impregnadas de sarcasmo, suave, matizado de excusas. Liu Chen no decía nada en absoluto—. ¿Por qué no hablas, Liu Chen? —preguntó sonriéndole con amabilidad.

Chen enarcó las cejas.

—¿Yo? ¿Por qué he de hablar cuando puedo disfrutar de tan buena comida? No soy tan estúpido. —Presentó su escudilla a Lao Po—. Más arroz, buena madre. —Ordenó—. No he comido más que cuatro escudillas.

Volvieron a reírse y James sonrió.

—Liu Chen se va al campo a comer —declaró Peng.

Pero después que hubieron comido y bebido su vino en pequeñas tazas de peltre, los doctores se pusieron serios con los dos jóvenes.

—Ahora en serio —dijo el doctor Su—: en cierto sentido, lo que estáis haciendo es traicionarnos a todos. Os vais al campo, decís que para aprender, para poder ser más útiles. ¡Pero mirad cómo nos dejáis con esto a todos los demás! Esto quiere decir, en efecto, que vosotros hacéis lo que debéis y nosotros obramos mal.

—No —respondió James—. Nosotros sólo hacemos lo que deseamos..., no lo que está bien ni lo que está mal.

Liu Chen batió palmas.

—Cierto..., cierto —declaró.

Pero a pesar de este «cierto» continuaban sintiéndose incómodos. ¿Por qué había de desear nadie ir a vivir en una aldea? Los que no deseaban esto no podrían comprender, y los que lo deseaban no podían explicar. Cuando terminó el banquete, la separación ya estaba hecha. James y Chen se habían separado de los demás y nadie se opondría a su partida.

El Tío Tao no había escrito una respuesta a la carta que James le envió, pero nadie esperaba que lo hiciera. Indudablemente, habían transcurrido años desde que él había puesto el pincel sobre el papel. Por lo tanto, los preparativos siguieron adelante. Young Wang vendió los muebles en el mercado de los ladrones y gozaba al traer muchas veces el dinero que habían costado. No era todo pura ganancia, puesto que el dinero no valía tanto, ni mucho menos, pero había alguna ventaja. La estufa fue motivo de discusiones. Mary deseaba venderla, para vivir exactamente como sus familiares, pero Chen era prudente.

—Encontraréis que la aldea es tan fría como la ciudad. —Declaró—. Es necesario que haya un lugar allí donde podamos tener calor.

—Podemos sentarnos en el *k'ang* —dijo Mary.

—No siempre os gustará estar sentados en el *k'ang* entre vuestros primos y sus hijos. —Replicó él.

—No podremos conseguir carbón en la aldea. —Declaró Mary.

Chen tuvo que ceder.

—Tú no estarás contenta hasta que nos veas a todos arando. —Se quejó en son de burla.

Perrito y su madre prorrumpieron en grandes lamentos porque ellos no iban a ir. ¿Dónde encontrarían empleo tan agradable donde vivir, comer y dormir? Pero Chen dijo severamente que cuantas menos bocas llevaran a la aldea mejor recibidos serían Mary, James y Peter por su parentela. Él mismo estaba de sobra y Young Wang era uno más. Habría abundancia de criados en la aldea, así que a Perrito lo despidieron pagándole bien y a su madre le regalaron una chaqueta nueva guatada. Tampoco los echaron de la casa en seguida. Podían quedarse mientras el propietario se lo permitiera; tal vez el nuevo inquilino los necesitara.

En cuanto al dueño de la casa, no fueron a despedirse de él. La prudencia de Chen se opuso a esto. Le hicieron un pequeño regalo de despedida, unos pasteles, y en el último momento James retuvo una silla de mimbre para el anciano a fin de que pudiera sentarse al sol y dormir.

Así, en una hermosa mañana soleada de febrero, se levantaron temprano, tomaron su última comida en la casa de la ciudad y despidiéndose del lloroso Perrito y de su madre montaron en las mulas alquiladas, chillaron los muleteros blandiendo sus

látigos y empezó la larga cabalgata de un día en dirección al Sudeste, camino de la villa ancestral. El viento se había aplacado por la noche y las nubes de polvillo arenoso que pendían sobre la ciudad desde hacía una semana se asentaron. El aire, que se había aclarado con la tormenta de arena, era puro y seco como aire del desierto, y el sol parecía brillar a través de un vidrio. Con el paisaje resplandeciente de luz, las lejanías se habían acortado y el límite de la tierra parecía próximo. Bajo un cielo gris, esta misma tierra podía parecer parda y deprimente, la gente insectos grises sobre su superficie. Las aldeas apenas serían visibles. Pero con este día las casas estaban claras y las gentes resultaban agradables, vestidas de azul y gris con toques de rojo. El moreno mismo de sus pieles parecía rico y lleno de vida.

Así, cuando el sol se levantó más, los espíritus de los viajeros también se elevaron. Eran jóvenes; se habían metido en una aventura; se habían separado de cuanto antes constituía su vida. Ninguno estaba contento con ella y lo que fuera a venir debía contener algo bueno. Sólo Young Wang se sentía melancólico. Él, que había vivido toda su infancia en una aldea bajo un amo, no podía pensar con entusiasmo en el Tío Tao. No obstante, llegó a animarse conforme avanzaba el día, recordando que aquellos a quienes servía eran parientes del Tío Tao, y que lo protegerían en caso de necesidad.

Sólo Peter estaba menos animado que los demás. Parecía vacilante cuando se pararon en una posada para comer al mediodía. Era una fonda como otra cualquiera, con el piso de tierra apisonada y las mesas hechas con tableros sin pintar sobre cuatro patas. La mujer del posadero tenía raigones en lugar de dientes e iba desaliñada, como todas las mujeres decentes de la aldea —no vaya a ser que se piense que se embellecen para los hombres— tenía el pelo enmarañado y la tormenta de arena se lo había dejado castaño y polvoriento. Sin embargo, era cordial, y al preguntarles en voz alta qué querían comer, les echó alegremente el aliento con olor a ajo.

—¿Qué tiene usted? —preguntó James.

—Pan y ajo —respondió.

—¿Y qué más? —Inquirió Chen.

—Tenemos mijo y repollo.

—¿Nada más? —Insistió Chen.

—Pan y ajo. —Volvió a decir.

Riéronse y ella se rió con ellos, y James le dijo que trajese todo lo que tuviera. Pero trajo un poquito más, porque se dio cuenta de que no eran huéspedes comunes. Les puso delante tallarines caseros en agua hirviendo, y al sacarlos, los aderezó con aceite de sésamo, un poco de vinagre y salsa de soja. Encima les puso cebollas verdes picadas.

—¿No hay carne? —preguntó Peter con cierto descontento.

—Vamos, americano —replicó Chen—, poca carne verás en adelante.

—La comida está caliente y es buena —dijo James.

Comieron hasta llenarse, Young Wang sentado a cierta distancia. James le había

indicado que se sentara con ellos, pero Young Wang, que guardaba las conveniencias, no quiso hacerlo. Mientras comía, la mujer se sentó cerca de él en un banco y conversaron. Así se enteró de que en esta aldea temían mucho la llegada de los comunistas, que ahora estaban a corta distancia.

—¿Qué son los comunistas? —preguntó Young Wang, para ver qué decía la mujer.

—¿Quién lo sabe? —replicó la mujer—. Yo no he visto nunca uno vivo. Pero cogieron algunos hace un mes cerca de aquí. Yo fui a verlo, y fueron degollados por los soldados del Gobierno. Bueno, parecían lo mismo que todos los muertos, excepto que eran muy jóvenes.

—¿Por qué les tienen ustedes miedo? —preguntó Young Wang.

—Porque sacan la tierra. —Replicó la mujer.

—Y si todos ellos son jóvenes —dijo Young Wang con malicia—, supongo que les temen por eso también.

La mujer se rió mucho con esto, miró de reojo a Young Wang, y le dio una respuesta por el estilo:

—¡Tu abuela! ¡Ah, hijo de perra!... —Con lo cual quería significar que lo reprochaba y al mismo tiempo que su ingenio le causaba placer.

Más tarde, mientras Young Wang caminaba al lado de Peter, le contó lo que le había dicho la mujer, y Peter se quedó tan pensativo que Young Wang sintió curiosidad, y preguntó atrevido:

—¿Qué piensa usted de los comunistas, joven amo?

—¿Qué sé yo lo que son? —Replicó Peter—. Unos dicen que son buenos y otros que son malos, pero yo no he visto ninguno.

—Si unos son buenos y otros son malos, entonces son como todos los demás hombres —dijo Young Wang, y siguieron cabalgando sin más conversación.

Delante de ellos iban los otros tres juntos, uno al lado del otro cuando el camino lo permitía, y formando una sola fila cuando éste se estrechaba. Mary estaba siempre entre James y Chen; los dos hablaban con ella, pero Chen era el que hablaba más. James iba sumido en sus pensamientos. Veía cada línea y acento del paisaje, pero no era en el paisaje en lo que pensaba. Su imaginación ya estaba en la aldea. Tenía que empezar poco a poco. Durante un mes más o menos, debía parecer que no hacía nada. Luego curaría a un niño enfermo, después a unos cuantos más y luego trataría cordialmente a otros; más tarde, encontraría una habitación para una clínica, y esta habitación se ampliaría a dos o tres hasta que, de una manera sencilla, se convirtiera en un hospital. Cuando llegara el momento, les escribiría a Rose, a Marie y a Kitty y tal vez viniera alguna de las tres como enfermera para ayudarle.

De la misma manera tranquila debía empezar Mary con su escuela. Nada debía hacerse con ruido o fanfarria. Ellos no eran más que unos Liang que volvían a su hogar con la familia. Chen era su amigo. Chen aconsejaría y llevaría las cuentas. Desde el principio, empezaría cobrando un poco de dinero para medicinas. Había

traído consigo un pequeño dispensario, cargado en cajas a lomos de dos mulas, y Mary traía también algunos libros escolares. Era bueno que no estuvieran muy lejos de la ciudad, porque Young Wang podía siempre volver a caballo por nuevos suministros. Pero tenían bastante para algunos meses.

Se repetía a sí mismo como una canción, como un ritual, como el ritmo del latido de su corazón, que debía avanzar lentamente cada día y abrirse camino. Su sueño era un hospital. No un gran edificio extranjero que se elevara varios pisos por encima de los vecinos, bajo un gran tejado curvo de templo. Veía su hospital bajo, un refugio amplio para los enfermos, con las paredes de tierra y el techo de tejas comunes, de manera que cuando entraran los enfermos no se aterrorizaran. Verían solamente una casa como las suyas, más amplia, porque la familia de los enfermos era grande, pero bajo sus pies estaría la tierra apisonada, y encima de sus cabezas verían las vigas bajo las tejas. Este hospital sería el centro, pero desde él llegarían a todas partes manos activas capaces de curar... Él enseñaría, al mismo tiempo que curaba. Bajo su enseñanza hombres y mujeres irían por todas partes a buscar a los enfermos, para tratarlos en las enfermedades sencillas, y traer al hospital a aquellos que estuvieran gravemente enfermos. Y no sólo curaría a los enfermos. Enseñaría a las madres jóvenes, que eran las creadoras de la vida, y a los niños que amasen la vida lo bastante para adherirse a ella, y a los jóvenes que se enorgullecieran de sus familias.

Así tejía sus sueños aquel día mientras cabalgaba a través de la campiña. Entrando en cada aldea por la que pasaban, cada hombre ciego y niño enfermo que veía quedaba transformado en un ser sano y fuerte. Lo que en la ciudad y en el gran hospital parecía un imposible, ahora se hacía sencillo y posible para él.

—Esto es bastante bueno para vosotros dos. —Refunfuñaba Chen con Mary—. Jim y tú sabéis lo que vais a hacer. Pero yo estoy aquí para nada. Te digo que esto es todo una locura. Yo soy hijo de aldeano y sé que la gente de la aldea no puede ser cambiada, a no ser que uno los coja de jóvenes y los saque a rastras de allí. Les gustan sus caras sucias y no quieren bañarse. La suciedad es su ropa.

—Nosotros cambiaremos todo eso —contestó Mary alegremente.

—¡Ah —dijo Chen cuerdamente—, no creas que vas a hacer tú todo el cambio! Ellos también te cambiarán a ti.

Así transcurrió el día. Cabalgaban rápidamente, excepto las paradas para comer al mediodía y a la caída de la tarde. Las mulas eran más lentas que las dos que habían traído en su primera visita, y llegó la medianoche antes de que alcanzaran la villa ancestral. La noche era tan clara como lo había sido el día y las grandes estrellas amarillas pendían del cielo y titilaban en el aire frío. En la oscuridad, las aldeas volvían a sumirse en la tierra. Las puertas estaban atrancadas y no pudieron pasar ya a través de sus calles. Se veían obligados a encontrar senderos que rodearan las murallas de las villas, y sólo el aullido de los perros, despiertos por el ruido de los cascos de las caballerías, perturbaba el silencio de aquellos que se dormían pronto y profundamente.



También los viajeros estaban muertos de sueño y les dolían los huesos del traqueteo de cabalgar. Peter montaba con la cabeza colgante y la rienda floja, y Mary, desvelada, adoptaba una actitud solemne ante la vastedad de la tierra extendida a su alrededor en la oscuridad. No era dada a la meditación ni imaginativa, sino una de esas criaturas que viven con muchas cosas entre manos, pero aun sobre ella caía el hechizo de la tierra.

Chen se abotonó la chaqueta y se admiraba de sí mismo. No era un soñador de quimeras, habiendo sido toda su vida dura, clara y cruel. Él no había venido para salvar a nadie de la muerte ni siquiera de la enfermedad. Con frecuencia deseaba poder ser tan insensible como Su, Peng, Kang y los de su especie, y se maldecía a sí mismo por no poderlo ser. La culpa era suya, se decía. Sí ellos hubieran sido hombres más generosos y de mentalidades menos triviales y egoístas, los habría aceptado. Pero le repelían por su pequeñez, aun cuando admitía su competencia. No amaba Chen a ningún pobre ni aldeano, y sin embargo le tendía la mano a cualquier mujer o niño, con cuidado y respeto por la vida. Así involuntariamente era esclavo de su propia alma.

Fue poco después de la medianoche cuando vieron delante de ellos las murallas bajas de la villa ancestral. El cuadro de estas paredes con la achaparrada torre sobre la puerta, no difería de los de aquellas otras villas por las que habían pasado, pero cierto instinto hogareño indujo a James a conocer que aquella aldea era la suya. La puerta estaba cerrada y Young Wang la golpeó con un ladrillo suelto que encontró y armó tal estrépito que todos los perros dentro de las murallas gruñeron y ladraron hasta reventar. Esto despertó al guardián, que se escurrió hasta detrás de un pequeño panel y miró hacia afuera con terror, brillándole la cara a la luz de la linterna de papel que sostenía. ¿Quién sino los bandidos o los comunistas iban a venir a la villa a medianoche?

—¡Nosotros somos de la familia Liang! —Le gritó James—. ¿No nos recuerda? ¡Míreme la cara!

El guardián miró y vio.

—¡Eh, usted trae muchos consigo! —objetó.

—Mi hermana, la que vino antes, mi hermano más joven, mi amigo y un criado. El resto son muleteros. —Replicó James.

—En la taberna no caben todos esos muleteros. —Objetó el hombre.

En este momento se adelantó Young Wang.

—Hermano Mayor, los muleteros no dormirán aquí si no hay lugar —dijo con cortesía. Todo este tiempo había estado contando dinero dentro de su seno y ahora sacó la mano apretada alrededor de un rollo de billetes; se acercó mucho a la puerta y no se sabe cómo el dinero encontró la mano del guardián a través del pequeño panel abierto; después de un momento la puerta se abrió de golpe. Los perros estaban esperando dentro y asaltaron a las mulas, pero éstas, acostumbradas desde hacía mucho a ellos, siguieron caminando sin hacer otra cosa que respirar fuerte y cocear a

los perros asaltantes si se acercaban demasiado.

Así entraron en fila india por la calle y llegaron a la puerta de la casa solariega. Esta puerta también estaba cerrada, pero el hijo mediano del Tío Tao se había despertado con los perros. Se había levantado y estaba en pie cerca de la puerta. Le latía rápido el corazón, porque ¿para qué habían de pasar hombres a caballo a través de la villa ahora? Cuando oyó una llamada en su propia puerta el corazón se le detuvo un segundo. ¿No venían siempre los comunistas primero a la casa del terrateniente? Corrió un pequeño panel y miró hacia afuera.

—Soy yo, primo hermano —dijo James.

La puerta se abrió entonces de par en par, y allí estaba el primo sosteniéndose la ropa a su alrededor, porque sólo se la había echado encima cuando se levantó de la cama.

—Entrad —dijo—, bienvenidos, aunque sea a esta hora. Sabíamos que llegaríais un día u otro, y os hemos estado esperando cada día. Adelante, adelante...

Era una agradable bienvenida y todos entraron, mientras el primo corría a despertar a las mujeres. También los primos se despertaron; se calentó la sopa de mijo e hirvieron agua para el té, mientras que Young Wang pagaba a los muleteros con muchas ruidosas discusiones y bastantes enojos por la propina para beber que había que darles además del precio convenido.

Por último, todo quedó arreglado. Las cargas estaban dentro de la casa y las mulas se fueron. En la habitación de en medio se reunieron todos para comer y beber antes de volverse a dormir, cada uno sintiéndose un poco tímido a causa de la nueva vida que les esperaba. Eran parientes, y no obstante extraños, ahora que iban a vivir todos juntos bajo un mismo techo. El Tío Tao no se había despertado y nadie lo llamó. Mejor sería dejar eso para mañana.

Pero los parientes eran amables e instaron a los recién llegados a que comieran y bebieran, y los parientes, muy corteses, les preguntaron cómo había sido el viaje. Miraban con frecuencia hacia las cajas que había traído James y uno preguntó si contenían dinero.

—Sólo medicinas —dijo James—. Ya sabes que yo soy un doctor.

Nadie respondió y James los notó temerosos y aterrados de tener una cosa nueva bajo su techo.

Peter no dijo una palabra. Comió un poco, bebió algún té y, baja la vista, miraba con sus ojos oscuros a estos parientes suyos. No sentía que una sola gota de su sangre se pareciera a la sangre de ellos. Sin embargo, todos eran Liang. Su padre, a miles de kilómetros de distancia, en un mundo tan distinto a éste como si estuviera en otro planeta, era, sin embargo, un Liang como éstos. Con el cerebro lo sabía, pero no podía comprenderlo y el corazón se rebelaba. Peter sólo sentía ansia de dormir.

Chen estaba animado. Aquí no había nada demasiado extraño para él. La aldea era como la suya, y estas mujeres desaliñadas y estos hombres sucios eran iguales a aquellos con los que vivía en casa de su padre. Daba un poco de conversación y

preguntaba cosas por cortesía, y ellos se rieron una o dos veces de sus dichos. Esto lo hacía de intento. Tenía que gustarles, porque en días próximos tendría que colocarse con frecuencia entre ellos y Mary, y aun quizá Jim. Compadecía a estos dos con todo su corazón, porque los quería muy bien. ¿Y Peter? Peter no se quedaría aquí, al menos eso creía. Pero Jim y Mary estaban sujetos a sus propias voluntades.

—Ahora debemos dormir —dijo por último Chen—. Vosotros, Hermanos Mayores, sois demasiado buenos. Por favor; volved a la cama.

Así diciendo se levantaron todos. Los parientes llevaron a los recién llegados a sus habitaciones, y las parientas condujeron a Mary a la suya, donde había dormido antes. Young Wang se acostó sobre tres sillas en la habitación del medio, y se envolvió en su colcha.

Todos pasaron de puntillas por delante de la habitación del Tío Tao hasta que oyeron su gran tos ronca y se pararon mirándose.

—¿Habrá estado despierto todo este tiempo? —murmuró la nuera mayor.

En respuesta, vino una segunda tos del Tío Tao. Esperaron escuchando, pero él no habló ni nadie le dijo que saliera. Después de unos largos minutos de espera, se escurrieron de allí, cada uno para su cama.

El Tío Tao acostado escuchaba sus pisadas. Sabía muy bien lo que había sucedido. Se despertó con el primer perro. Pero no se levantó. Acostado, meditaba con calma qué posición, tomar y sólo tosió por travesura, cuando los oyó pasar por delante de su puerta. ¡Que se enterasen de que estaba despierto y no quería levantarse!

## CAPÍTULO XV

Una casa agradable, se decía Violet Sung, y una mujer simpática esta madre de Alec Wetherston. Tenía suerte Louise. Violet estaba sentada en una cómoda butaca del espacioso *living* atestado de cosas y de vez en cuando miraba por la ventana que daba al jardín interno de la enorme casa de departamentos.

—El doctor Liang y su esposa quedarán muy complacidos cuando les comunique lo que usted piense —decía con su voz dulce y profunda. Con el tacto instintivo que la caracterizaba tomó el aspecto de una joven amable y sencilla ante esta mujer de más edad, sencilla y amable—. Como comprenderá, han estado un poco preocupados ante un matrimonio tan repentino. Nadie hubiera sido tan generoso como ustedes. Nosotros, los chinos, rendimos gran pleitesía a la suegra. Por lo tanto, era natural que yo me haya ofrecido a mis amigos para verla a usted primero.

A la señora de Wetherston pareció disgustarle esto.

—¡Espero —dijo con énfasis— que nadie me considere como una suegra!

Violet sonrió.

—Para nosotros la suegra es una figura reverenciada. El hijo honra a su madre, y la esposa del hijo le debe a ésta honor y obediencia.

—¡Oh, yo no quiero que me obedezcan! —Exclamó la señora de Wetherston. Era una mujer baja y gordita, de cabello blanco, cuya cara no difería lo más mínimo de la de cualquier mujer gordita de cabello blanco que pasara al lado de uno por la calle. Estaba vestida con un traje de lana gris, ceñido a su amplio busto y caderas, y los pies, cruzados sobre un gastado cojín de terciopelo rojo, estaban embutidos en unos zapatos finos de cabritilla negra, demasiado apretados en el empeine. Pero se había acostumbrado a tales apreturas y había algo agradable y bondadoso en su personalidad. Era una mujer protegida y amada durante tanto tiempo que no se daba cuenta de su privilegio. Madre de cinco hijos, de los cuales Alec era el más joven, ya tenía ocho nietos Pero el espacioso departamento ahora estaba vacío. Hijos e hijas se habían dispersado.

La señora de Wetherston observó la errabunda mirada de Violet.

—Ya sé que este departamento hay que decorarlo de nuevo —dijo en tono de disculpa— pero no puedo soportar esa idea. Mis hijos se criaron aquí y yo quiero conservarlo tal como está. Esa mancha del brazo de su butaca... fue helado que derramó Rob, el mayor, en la fiesta que dio cuando cumplía diez años. Desde luego se limpió, pero eso me hace recordarlo muy bien cuando tenía aquella edad. Y la banqueta del piano es un espanto; le daban de patadas cuando estaban practicando... Lilian toca muy bien, pero las otras se cansaban de él, excepto Ken, que canta como un tenor. ¡No profesional, desde luego! Yo soy una sentimental, señorita...

—Violet Sung...

—Ah, sí..., los nombres chinos son tan...; pero a ella puedo llamarle Louise, así no importa aunque no recuerde que...

—Liang —dijo Violet amablemente.

—¡Ah, sí, sí!... me gustaría que vinieran todos a comer con nosotros.

—¿De verdad no le importa tener una nuera china? —preguntó Violet. Recogió los guantes, la cartera y el pañuelo preparándose para salir.

La señora de Wetherston luchó para decir la verdad.

—Yo he dicho siempre que querría a las personas con quienes se casaran mis hijos y trataré de querer a Louise —contesto con valentía. Hizo una pausa y su bondadosa cara arrugada se sonrojó vivamente—. Lo que más me disgusta es que mi hijo no me diga nada de la otra..., de la primera mujer..., la que murió...; usted lo sabe..., la madre del nene. Yo no puedo entender... —Le temblaban los labios, y Violet, que comprendía bien a los hombres, se apresuró a consolar a esta madre que no podría creer nunca que sus hijos no eran más que hombres.

—El primer amor siempre es muy profundo —dijo con dulzura.

A la señora de Wetherston se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Incluso hubo un hijo.

Violet presintió el peligro. La inocencia de las mujeres americanas era aterradora y ella no debía perturbarla. La señora de Wetherston era madre de cinco hijos, pero seguía siendo una virgen. Se preguntaba cómo sería el señor Wetherston. Se había enterado de que sus negocios eran prósperos y con arraigo. Era el director de una antigua sociedad. Su imaginación jugueteó un momento con la idea del señor Wetherston. Quizá los maridos americanos disfrutaban conservando virginales a sus esposas. Eso proporciona más libertad a los hombres. Así que se echó atrás para eludir toda responsabilidad respecto a la inocencia de la señora de Wetherston.

—Estoy segura de que su hijo se lo contará todo cuando llegue —dijo estrechando la mano regordeta de la amable señora—. Por eso quizá sea un bien que Louise sea china. Así parecerá la madre del nene y si yo estuviera en su lugar, querida señora, trataría de olvidar que no lo es.

La señora de Wetherston se tranquilizó. Al entrar Violet Sung se sintió atemorizada al verla tan hermosa y bien vestida, pero ahora comprendía que no era más que una muchacha encantadora y digna de que la quisieran, a pesar de ser china.

—Ojalá Louise sea como usted —dijo, reteniendo la suave mano ensortijada de Violet.

—Es mucho mejor que yo —contestó Violet sonriendo—. Mucho más joven y mucho más bonita...

—Pero usted es tan comprensiva... —dijo la señora de Wetherston— ¡verdaderamente no parece china!

Estas palabras, dichas con tanta inocencia, cayeron en el corazón de Violet como un dardo arrojado por un niño. Hicieron una pequeña herida que ocultó rápidamente.

—Adiós, querida señora —se despidió—. Les diré a mis amigos lo amable que es usted.

Al volver a la calle, tomó un taxi y se fue directamente al departamento de los

señores Liang. Con motivo de las preocupaciones de familia, los celos de la señora de Liang se habían aplacado y fue ella quien recibió a Violet en la puerta.

—Entre, entre. —Le dijo afectuosamente en inglés—. Cuéntenoslo todo.

Entró en el living precediendo a Violet y al pasar por delante de la puerta del estudio levantó la voz.

—¡Eh, Liang! ¡Violet Sung ya llegó!

No le respondió ninguna voz. El doctor Liang oyó a su mujer y se disgustó ante la grosera manera de llamarlo. Por lo tanto, no se movió durante cinco minutos. Si alguien hubiera abierto la puerta lo hubiera encontrado sentado delante de su escritorio, con un pincel entre los dedos, escribiendo letras chinas. Pero nadie abrió la puerta y después de cinco minutos se levantó y entró con lenta dignidad en el *living*.

—Perdóneme. —Le dijo a Violet—. Estaba terminando en este momento un poema breve.

Le había enseñado las cualidades requeridas por el poema de cuatro líneas, así llamado, y ella le sonrió.

—Déjemelo leer —dijo.

Liang hizo un ademán excusándose.

—Todavía dista de estar perfecto. He trabajado en él durante cuatro días, pero no estoy satisfecho.

—Vamos, Liang —lo interrumpió su mujer—, no hables de poesía. La señorita Sung quiere contarnos cómo son los Wetherston.

Con su impaciencia resultaba más ordinaria que de costumbre para la sensibilidad del doctor Liang. Sentóse para tranquilizarla y se dispuso a escuchar. Violet, observando su cara sensitiva y bella, se imaginó que veía sufrimiento en aquella expresión. Desde luego su palidez era más intensa que la habitual. Así que siguió con la mayor amabilidad:

—Tienen ustedes suerte. La casa es buena. No es rica, pero, hay algún dinero. La suegra es bondadosa, y desea proceder bien, pero no sabe nada de nada. Todo dependerá de Louise. La madre creí que todos sus hijos son buenos, incluso grandes hombres, así que Louise debe tener la prudencia de darle la razón.

La señora de Liang gritó al oír esto.

—¿Nuestra Louise? Ella no puede dar la razón a nadie. ¿Qué dices a esto, Liang?

—Siga, por favor, señorita Sung —dijo éste.

Violet continuó:

—La suegra, en su deseo de ser bondadosa y correcta, está decidida a no fijarse en que sea china. Pero en el fondo de su corazón le preocupa, porque es algo extraño. Le parece que será diferente de las demás mujeres que conoce. Tampoco está segura de cómo encajará Louise en su casa. Yo le dije que Louise era muy americana...; de hecho es ciudadana americana por su nacimiento... y esto la consuela algo, pero no del todo. Y está dolida porque su hijo no le contó nada de su primer asunto de amor ni del nacimiento del chico.

El doctor Liang había estado tomando posición rápidamente mientras hablaba Violet. La familia Wetherston no era distinguida. La de Liang era mejor. Por lo tanto era un honor para los Wetherston emparentar con él. Mantendría su posición.

Violet Sung continuó:

—Desea invitarlos a ustedes a comer.

La señora de Liang se puso resplandeciente.

—Me gustaría ir a verlos.

El doctor Liang se levantó.

—Muchas gracias, señorita Sung —dijo con toda solemnidad—. Nos ha hecho usted un gran servicio. Debemos alegrarnos de que la familia sea respetable. Creo que no tenemos por qué esperar más. El hombre podría haber sido de los barrios bajos. Es inútil, sin embargo, que trate de aparentar que estoy satisfecho. Mis sentimientos no volverán a ser los mismos con respecto a mi hija Louise.

—Haga el favor de esperar —dijo Violet—. Todo puede resultar muy bien. Yo creo que las diferencias físicas no tienen importancia si los cerebros y los corazones son iguales.

La señora de Liang mostró su conformidad con entusiasmo.

—Dice usted la verdad, señorita Sung. ¡Yo tampoco! Desde luego, es mucho mejor casarse con un chino, si es posible. Pero si no, el americano no es de lo peor. Liang, yo no estoy conforme contigo. Soy feliz de ver a mi hija, y mis sentimientos hacia su marido son buenos. En cuanto al nene, es un varón, y eso es algo mejor que si fuera una chica. No es todo tan malo.

El doctor Liang no le prestó atención. Se dirigió sólo a Violet.

—Supongo —dijo con una ligera sonrisa—, que es bien natural en mí conservar ciertas distancias. ¿Me perdonará usted si vuelvo a mis estudios?

Hizo una inclinación de cabeza y salió de la habitación, consciente de que Violet se quedaba mirándole pensativa.

## CAPÍTULO XVI

En la villa ancestral estaban sentados los cuatro, conversando. James, Chen y Peter tenían tres habitaciones que se comunicaban entre sí y daban al Sur, a un reducido y árido patio. James se reservó la habitación central, un poco más grande, la cual, como no tenía ventanas, poseía una amplia puerta que estaba abierta ahora al sol de invierno. Aquí se reunían. No había otra calefacción que el calor del sol, y todos estaban vestidos con trajes chinos gastados. Mary estaba sentada con los pies sobre una estufilla de bronce, dentro de la cual había carbones hundidos en ceniza. Todos llevaban mitones que había tejido Mary con hebras grises de pelo de camello.

Llevaban allí cerca de un mes y siguiendo las órdenes de James aparentemente no habían hecho nada, excepto recibir a todos los que querían venir a verlos. Sin embargo, dentro de casa estuvieron ocupados, excepto Peter, que leía y estudiaba mucho a solas. La monotonía de la comida del campo había convencido a Mary de la necesidad de mandar a Young Wang a comprar un infiernillo portátil de barro, en forma de cántaro, con una pequeña parrilla de hierro encima. La colocó en un rincón abrigado del patio, y compraba pescaditos de laguna, repollo blanco, fideos y habas de soja, con un pollo flaco de vez en cuando, y así les servía, platos agradables para ellos solos. Otros miembros de la familia hacían lo mismo en su parte de la enorme casona llena de vueltas y revueltas, y nadie lo tomaba a mal.

Nadie hubiera esperado que Young Wang se quedara en la aldea, puesto que tanto disfrutaba con la vida de la ciudad, pero los había sorprendido a todos enamorándose de la hija del posadero de la villa. Chen fue el primero en sospecharlo por el descuido en el servicio y la manera distraída de proceder que empezó a mostrar Young Wang poco después de su llegada. Sometido a interrogatorio, confesó que le parecía llegado el momento de formar una familia y que sería conveniente para él instalarse allí. Recordaba y recordó a James que siempre había soñado con volver al mar y ser cocinero de barco; pero ahora que había conocido a la hija del posadero, prefería ser cocinero en tierra. La posada era un buen negocio, explicó además, y tenía la suerte de que los dos hijos varones del posadero habían muerto, uno de niño y otro el año pasado, de la viruela, quedando la hija como única de la prole. Esto significaba que el marido sería aceptado en el lugar de un hijo, así que él podía entrar en el negocio como heredero.

—Me parece que la muchacha no te importa nada —dijo Chen para hacerlo rabiar.

Young Wang hizo un guiño.

—Sólo la he visto dos veces. —Declaró—. No es demasiada fea.

Cualquiera podía ver a la hija del posadero, porque todos los días servía las mesas, y Chen se rió ruidosamente.

—Necesitas un casamentero. —Le dijo a Young Wang—. Permíteme que me ofrezca. No pediré gratificación, excepto una buena comida hecha por tus propias



manos y servida por tu esposa después de la boda.

Young Wang quedó encantado con esto y Chen fue a ver al posadero e hizo una descripción tan bella de Young Wang, que los padres accedieron y lo aceptaron en seguida.

—¿No le preguntamos a la muchacha si quiere aceptarlo como marido? —Sugirió Chen con osadía.

—No —dijo decidido el posadero—. Eso no es cosa suya. La posada es mía.

No obstante, Chen tuvo cuidado de comer en la posada un día antes de que se firmaran los papeles del compromiso, y pedir vino, servido siempre por la muchacha. Era una hora temprana y Chen estaba solo, sentado a una mesa. Cuando le sirvió el vino por el caño esbelto del porrón de peltre, se inclinó hacia ella y sin mirarla le dijo en voz baja estas palabras:

—Si hay alguna razón por la que no desees seguir adelante con los papeles que te comprometen con Young Wang, saca la tapa del porrón como señal.

Lo hizo así para respetar los sentimientos de una muchachita joven. Pero ella no era una criatura tímida ni modesta. Había pasado toda su vida en una posada y veía hombres nuevos cada día. Por lo tanto, respondió con agudeza, aunque no en voz alta:

—Una mujer tiene que casarse con un hombre o con otro. Si él tiene dos ojos, dos brazos y dos piernas, es tan bueno como otro cualquiera.

Con esto quería expresar que Young Wang era grato a su corazón. Así que la boda fue señalada para el primer día propicio después de la llegada de la primavera. Chen se sentía orgulloso de su primer éxito en la villa; se corrió la voz de que había salido un buen casamentero y la gente lo alababa por sus maneras afables y sencillas. Preveía Chen cuál sería su función en años venideros, si estos dos jóvenes Liang persistían en quedarse aquí, como juraban ahora. Sería la de hacer de puente entre lo viejo y lo nuevo. Con la mejor intención del mundo, James era demasiado cauteloso y Mary demasiado rápida. James no podía comprender fácilmente a estas gentes de la aldea en el exceso mismo de su sensitivo deseo de hacerlo, y Mary no esperaba a que la gente comprendiera. Si una cara infantil estaba sucia la limpiaba y la lavaba sin reparar que la madre celosa se sintiera herida por eso.

Sin embargo, Mary tenía más suerte que James. Prestaba poca atención a los mayores, pero era una bruja con los niños. Sabía mil cuentos, canciones y juegos, y siguiendo la orden de James no intentó enseñarles nada durante un mes entero. Más de dos docenas de niños Liang le permitían que los lavase y que cuidara sus arañosos y cortaduras y pronto la siguieron a todas partes, de tal modo, que no tenía un momento para sí.

El peligro estaba en que se impacientaba con el Tío Tao. Se negaba a respetarlo. Le dijo descaradamente que se encontraría mucho mejor si se lavaba de pies a cabeza con agua caliente y jabón, aun cuando era invierno, y que mientras se bañaba en ella pondría en sus ropas unos polvos que matarían los piojos.

El Tío Tao la escuchó con asombro. No estaba verdaderamente enojado, porque

no gastaba su ira con las mujeres. Pero apretó los labios e hizo girar los ojos en redondo negándose a bañarse.

—No me he bañado nunca en invierno. —Declaró. Tenía las mangas amplias y retiraba los brazos por ella para rascarse mejor las partes remotas de su cuerpo—. En cuanto a los piojos, son señal de buena salud.

—Son una prueba de suciedad —contestó Mary severamente.

El Tío Tao hizo girar la cabeza varias veces sobre su corto cuello para demostrar su rabia.

—¡Qué sabes tú de piojos! Yo te digo que no se quedan sobre una persona enferma o una persona a punto de morir. Yo soy sano, y tengo muchos piojos.

Mary se fue con las mejillas encendidas y la cabeza alta. Cuando Chen le pidió que recordara que esto era China, y no América, que estaba en la aldea, y no en la ciudad, ella se burló de él y le dijo:

—El Tío Tao no es más que un viejo gordo asqueroso.

Si hubiera sido un muchacho, tal vez hubiera sufrido. Pero en esta casa se aceptaba el principio, lo mismo que en otras, de que las mujeres son como los niños y se les puede permitir alguna licencia, que al hombre, como ser superior, no se le puede consentir. Por lo tanto, aunque ninguna de las otras mujeres se atrevía a discutir con el Tío Tao, llegó a ser una cosa respetada para la familia el que Mary no le tuviera miedo y que él, aunque bramaba contra ella, no exigiera que le dieran azotes.

Peter permanecía hermético y ausente. Era evidente para todos ellos que algún secreto pesaba sobre el pensamiento del muchacho. James, que lo intentó, no pudo descubrir qué era, porque Peter no le quiso dar explicaciones.

—Yo creo que deberías volver a América, Peter —dijo James un día.

—No quiero ir. —Replicó Peter.

—¿Qué quieres hacer entonces? —preguntó James, impaciente.

Peter se había encogido de hombros.

—Déjame en paz.

Así que este día también estaba sentado en silencio mientras los otros hablaban. La primera pequeña señal de la primavera nortea había aparecido. Young Wang encontró en el mercado de la villa unos bulbos de lila, los trajo para casa y le enseñó a Mary cómo poniendo agua templada alrededor de las raíces, cabía forzarles a que se abrieran, aunque la habitación estuviera fría. Ahora las flores pendían formando dorados racimos en forma de corazón, y su fragancia llenaba el cuarto. En el patio, un pequeño arbusto desnudo de lamay había empezado a echar yemas de color amarillo cera antes de que hubiera ni una sola hoja, y los pimpollos castaños del ciruelo estaban empezando a hincharse.

—Yo tengo que empezar a hacer algo. —Declaró Mary. Como de costumbre cuando estaban reunidos habló en inglés, y como de costumbre James la censuró.

—Por favor —dijo—, no tenemos nada que ocultar; si nos oyen hablando en

lengua extranjera, nos creerán extranjeros.

—Eres demasiado prudente —dijo Chen con pereza—. Ellos saben que hablamos inglés.

—Empezaré por enseñar a leer a unos cuantos niños de nuestra familia —dijo Mary—. Luego se nos unirán otros. Y no le voy a pedir permiso al Tío Tao.

—Yo creo que no empezaría por nuestra familia —dijo James reflexionando—. Y le pediría permiso al Tío Tao.

—Veremos cuál de los dos va más lejos —dijo Chen riendo.

Peter había estado escuchando y de repente estalló como si no pudiera contener más lo que tenía en el pensamiento.

—Todos sois unos estúpidos... ¡como si importara lo que hacéis en una aldehuela por un puñado de gentes entre tantos millones!

Su voz juvenil llena de enojo les impuso silencio, en medio de su alegría por la llegada de la primavera y su mutua compañía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary. Hizo esta pregunta acerba en inglés porque Peter había gritado en esa lengua.

—Todo está podrido —exclamó Peter—. Nada servirá de nada, a no ser una limpieza que lo barra todo de arriba abajo. —Se levantó, paseó por la habitación y volvió a sentarse, pero esta vez fuera del sol y al lado de la mesa.

—Sigue —dijo James—, explícanos lo que piensas. Ninguno de nosotros lo sabe.

—Yo no sé qué pensar —dijo Peter—. He estado tratando de descubrirlo. ¡Tanta suciedad..., tanta enfermedad..., tanta estupidez! —Los contempló a todos con una especie de rabia—. Nunca perdonaré a papá mientras viva... ¡Hacernos creer que esto era admirable, ocultándolo todo bajo una niebla confucionista! ¡No me extraña que no vuelva!

—Me parece que tú también desearías no haber venido. —Le disparó Mary.

Pero Peter no aceptó eso.

—No es verdad. Estoy contento de haber venido. Si así están las cosas en mi país, es mejor que las conozca.

—Sin embargo, desearías que no fueran así —replicó Mary.

—¡Claro que lo desearía! —Peter alzó la cabeza como un potro joven y les dirigió una mirada de indignación—. ¡Desearía que el presidente de mi Facultad no fuera un ridículo viejo loco! ¡Desearía que no le gustaran tanto los té con sus amigos y los profesores adulones y chismosos...! ¡Y las mujeres! ¡Desearía que tuviéramos un Gobierno decente! ¡Desearía que no tuviéramos que vivir asustados de esa policía secreta que anda husmeando por todas partes como ratas de alcantarilla! ¡Desearía no tener que ver a mis compañeros encarcelados... torturados... muertos! ¡Desearía incluso que tuviésemos el gusto de la rebeldía... y que nos mantuviéramos unidos... los que no lo estamos..., porque estamos todos podridos..., podridos por completo! —Se le quebró la voz, brotaron lágrimas de sus ojos y volvió la cabeza.

James había escuchado con los ojos fijos en la cara enrojecida de su hermano

menor. Ahora habló:

—Todos deseábamos que algunas cosas fueran diferentes. Es como volver a casa desde la universidad y descubrir que nuestros padres no saben leer ni escribir. Pero siguen siendo nuestros padres. Tenemos que tomar a nuestro pueblo como es y cambiarlo hasta donde podamos.

—No cambiará —murmuró Peter.

—Creo que tendremos que demostrarles que el cambio sería para mejorar —dijo James razonablemente.

—¿Cómo puedes demostrar nada a un montón de aldeanos imbéciles? —preguntó Peter.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —Interrogó Mary a su vez.

Peter le dirigió una extraña mirada sombría.

—Hay otros caminos —dijo. Lo miraron con expresiones interrogantes y él se puso en pie impulsivamente—. ¡Oh, yo no pertenezco a esto y todos vosotros lo sabéis! Cuanto más pronto regrese a la ciudad, mejor será para todos nosotros. Puedo hospedarme en el colegio.

Entró en su habitación y cerró la puerta. Ellos guardaron silencio por un momento después de esto. Chen parecía muy preocupado. Estaba sentado en el alto umbral de madera de la puerta, con las manos cruzadas en torno a las rodillas y contemplaba el árido patio rodeado por un bajo muro de tierra.

—¡Qué inocentes! —murmuró—. Debemos compadecerlos. Pero son terribles en su inocencia... ¡y peligrosos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary.

—Que Peter es americano. Ha sido educado de un modo inocente. Cree que todo se puede hacer, y hacerse rápidamente. Se hace, pero a fuerza de dinero o de armas. ¿Cómo pueden los inocentes comprender los largos años lentos, los miles de años? ¿Qué pueden saber del pueblo incorruptible?

—¿El pueblo es incorruptible? —preguntó Mary. Su voz revelaba turbación y perplejidad y no se parecía en nada a la voz habitual de Mary, una voz viva y firme.

—Hay hombres corruptibles, pero no pueblos corruptibles —dijo Chen.

—Me das esperanzas —dijo James.

Hablaron mucho tiempo reunidos aquel día, sin Peter. Proyectaban cómo deberían empezar, en qué forma imperceptible, con qué gente. Comenzarían en seguida, mañana mismo, Mary reuniendo a los niños y James instalando su pequeña clínica. Se dejarían guiar por la gente de la villa, y mientras tanto ellos, a su vez, darían direcciones.

—¿Y Peter? —preguntó Mary.

—Peter debe decidir por sí solo —dijo James.

Young Wang estaba muy preocupado. Le habían dicho que fuese con Peter a la

ciudad, lo dejara instalado en su habitación del colegio y regresara luego. Lo haría, pero ¿debería contarle primero a su amo lo del puente de mármol? Mientras Peter estaba seguro en la aldea, no sintió la necesidad de hablar. Pero ahora que iba a estar solo en la ciudad, ¿no debería advertir al hermano mayor?

Aprovechó la ocasión para hablar con Peter mientras daban vueltas por los caminos rurales hacia el Norte.

—Vamos, joven amo —discutía—, yo soy mayor que usted, y aunque sólo un sirviente, le ruego que no se relacione para nada con esos estudiantes que en lugar de leer sus libros se pasan el tiempo quejándose contra el Gobierno. Todos los Gobiernos son bestias voraces que se alimentan del pueblo. No se meta con los funcionarios, se lo suplico. Nos enseñan esto desde niños. Y sobre todo ahora, no se meta con nuestros funcionarios actuales, que están fuera de sí con la avaricia, puesto que el dinero no vale nada. Destruirán a todo el que se queje. Cuanto más cerca está un Gobierno de su fin, más cruel y vengativo se vuelve. ¿No fue así en los tiempos del viejo Imperio?

Peter no respondió a esto y Young Wang, dirigiendo una mirada furtiva a su sombría cara, prosiguió:

—Yo no le he dicho nada a su hermano mayor de lo del puente de mármol, ni se lo diré si usted me promete que se dedicará sólo a estudiar sus libros y no se mezclará con aquellos que no los leen.

—Yo no tengo por qué prometerte nada —dijo Peter bruscamente—. Y me tiene sin cuidado lo que digas a mi hermano mayor.

Young Wang no habló más después de esto. Volvió a convertirse en el buen criado silencioso y siguió con Peter hasta el colegio. Allí no encontraron ninguna habitación vacía. Pero después de muchas búsquedas Peter encontró un amigo, un joven de la provincia de Hupeh, cuyo nombre era Chang Shan, y éste le dijo:

—En mi habitación hay sitio para dos; yo te lo ofrezco de buena gana si puedes encontrar cama.

Así que Young Wang corrió al mercado de los ladrones, encontró una cama y la colocó en la estrecha habitación; tendió las ropas, compró unas frutas y unos dulces e hizo todo cuanto pudo por su joven amo. Cuando no hubo más que hacer, esperó hasta que consiguió encontrar al joven de Hupeh solo unos minutos y entonces le dijo:

—Este joven amo mío es un completo ignorante, viene de América y no comprende nada de aquí. Le suplico que lo cuide y lo vigile, que lo aconseje y no lo deje caer en malas manos. El camina con la cabeza alta y no ve dónde pone los pies.

El joven de Hupeh sonrió al oír esto y dijo:

—Sí, sí. —Young Wang le dio algo de los alimentos que había comprado como regalo y luego, una vez hecho todo lo que pudo, se volvió a la aldea. No informó a James, fuera de decirle que había visto a Peter seguro en el colegio, que le había comprado una cama y que quedaba entre amigos. Young Wang era un hombre

prudente y detestaba ocasionar disgustos en la familia que servía. Podría ser que Peter atendiera su consejo. Por lo menos esperaría a ver. Mientras tanto, los asuntos de su casamiento empezaban a apremiarlo. Su suegro era un hombre sagaz que no deseaba ceder su autoridad en la posada demasiado fácilmente. Young Wang decidió que lo primero que tenía que hacer era casarse con la muchacha, hacerle un hijo y establecerse así seguro dentro de esta familia.

El día de la boda de Young Wang amaneció claro y en calma, un buen día en medio de otros de viento y tormentas de arena, y él tomó esto como presagio favorable. El casamiento fue sencillo, sin derroches, pero Young Wang, a pesar de su parsimonia, consideró dinero bien gastado pagar una comida en la fonda para todo el mundo. Los señores comieron aparte de los demás, y la familia de Liang fue colocada en las habitaciones interiores. El Tío Tao dio rienda suelta a su apetito, comió y bebió copiosamente, y todos admiraron su capacidad.

Chen, que notó con delicadeza cuál era su lugar, no se sentó mucho con los Liang, pero no se sentó tampoco en ninguna otra parte. Andaba de aquí para allá entre los invitados, dando bromas y haciendo rabiar a la novia, la que corría a todos lados con los platos de la fiesta, como si fuera la boda de cualquiera y no la suya. James se sentó cerca del Tío Tao, pero en el lado externo de las mesas, y desde allí miraba a las gentes de la villa y a los aldeanos. Eran gentes animosas y buenas, ignorantes, analfabetos, pero sabios en el sentido de la vida humana. No eran inocentes. No esperaban mucho y eran felices con lo que tenían. Pero de buena gana serían más felices si fuera posible. Les gustaba el Tío Tao y lo despreciaban al mismo tiempo. Les fastidiaba semejante señorío; no deseaban verlos muertos, pero vigilaban sus medidas cuando median la semilla del arroz y el grano cosechado. No, no eran inocentes.

Concedían a cada hombre su derecho a la vida que le gustara más, o a la vida que le había sido dada por el Cielo.

De esta fiesta de bodas regresó James muy tarde a su habitación aquella noche y quedó sentado solo pensando durante mucho tiempo. Se daba cuenta de que no estaba allí únicamente para hacer todo el bien que pudiera. Quizá no estaba allí para hacer bien en absoluto. Estaba allí para dar suelta a alguna fuerza vital oculta ahora en su pueblo. Curar sus cuerpos era dar libertad a esa fuerza, enseñarlos a leer y escribir era dar todavía más libertad a aquella fuerza. ¿Qué fuerza era ésta? Era el buen sentido y la gran prudencia, y eso era una herencia. Era su herencia también. Mientras proporcionaba a su pueblo las herramientas de la salud y las letras, se daba a sí mismo, los medios de aprender en qué consistía la sabiduría popular, y cuando lo supiera, podría compartir aquella herencia, de la cual lo habían privado. Así encontraría sus propias raíces.

Con esta humildad empezó su nueva vida.

La primavera se retrasaba aquel año, y semana tras semana las frías noches de invierno cubrían la ciudad. En una de tales noches, se nubló el cielo poco después de la puesta del sol y empezó a caer la nieve. Muchos poetas de tiempos antiguos habían escrito poemas acerca de la caída de la nieve sobre los tejados de los palacios, pero Peter no podía leer estos poemas y ni siquiera conocía su existencia. Y los tiempos pacíficos en que fueran escritos habían desaparecido. Era otra cosa mirar desde una casa abrigada y cómoda dentro de una nación próspera y ver los copos de nieve amontonarse sobre tejados imperiales. Hoy los palacios estaban vacíos y poeta y emperador eran polvo. La ciudad estaba desolada, el pueblo carecía de buenos gobernantes y hacía muy poco que el enemigo había sido echado. El pasado no existía ya, y no se podía ver el porvenir.

Peter, apretando la cara contra el pequeño vidrio sucio de la ventana del cuarto de su amigo, solamente veía la luz de la lámpara reflejada sobre grandes copos de nieve que mañana harían más difícil el día de trabajo, las aulas más heladas y húmedas, y las calles resbaladizas. Allí, dentro de aquella habitación sin calentar, la temperatura era ya congeladora. Como la mayoría de los estudiantes, su amigo Chang Shan había ideado un pequeño infiernillo con el que hervir agua para beber, o en el mejor de los casos para hacer un poco de té. No era más que una lata de aceite comprada a alguien que había seguido al ejército americano y recogido todos los recipientes de hojalata. Pero Chang Shan, que poseía inventiva, la llenó de arcilla y le hizo una rejilla de alambre grueso para sostener una pequeña tetera de cobre. El agua caliente, echada en tazones baratos de loza, evitaba que se les helaran las manos demasiado para escribir, y esta misma agua caliente en el estómago les proporcionaba un calor momentáneo por dentro.

Peter miraba a Chang Shan. Era un joven alto y muy delgado, de veintidós años. Cualquiera podía ver que padecía tuberculosis, como la mayoría de los estudiantes. Su cabeza era grande y le sobresalían los huesos del cráneo. La gran nariz ligeramente arqueada, los pálidos labios y los gruesos y sólidos dientes blancos no tenían nada de extraordinario, pero todo esto, combinado con los ojos vehementes, daba nobleza a su cabeza. Todo el mundo admiraba secretamente a Chang Shan, pero pocos se atrevían a ser sus amigos. En estos tiempos, en que la vida dependía de muchas cosas excepto, la comida, los amigos podían ser más peligrosos que los enemigos. Peter y Chang Shan eran amigos.

—Tú no me creerás si te digo que el lugar en que vive mi padre está calentado en todos los rincones con tuberías que llevan agua caliente —decía Peter.

—Es una lástima que no vuelvas con tú padre. —Le dijo Chang Shan. Estaba leyendo un libro mal impreso y no levantó la vista.

—No sé por qué no puedo volver —respondió Peter. Hablaban en chino, porque Shan no sabía inglés. Peter había aprendido a hablar el mandarín de Pekín, en parte

para entenderse con Chang Shan. Pero nunca había llevado este amigo a su casa de la ciudad. Se daba cuenta de que a James y a Mary no les gustaría. Chang Shan era un absolutista. Así creía ahora en la destrucción del antiguo sistema de familia, del presidente de la universidad, de todos los capitalistas, del lenguaje escrito chino, de la inflación, del elevado costo de la vida, del patrón oro, del confucionismo, los clásicos y el Gobierno. Era sólo cuestión de tiempo el que Chang Shan fuera detenido por la policía secreta y lo mataran. Él lo sabía y por esta razón no se permitía enamorarse de la muchacha que lo amaba. Incluso se negaba a verla y ella podía consolarse únicamente viniendo a su habitación cuando él estaba fuera y dejándole pequeños paquetes de comida. Chang Shan trataba de no comerlos; pero a veces el hambre le obligaba a hacerlo. La muchacha, Fengyng, era una estudiante vulgar y fea, y acechaba a Peter siempre que podía para preguntarle si Chang Shan había tomado la comida y pedirle que lo persuadiera para que lo hiciera. No ocultaba su adoración. Le declaró a Peter que Chang Shan sería un gran caudillo revolucionario. «Nuestro deber es conservarle la vida». Ponía su esperanza en que Peter no consumiera los regalos, pero no lo decía, temiendo que éste se incomodara y se negara a responder a sus preguntas.

—Sí, sí... —Peter estaba de acuerdo con todo. Era tan fea, con sus ojos saltones tan patéticos detrás de las gafas con armazón de acero, que escapaba de ella tan pronto como podía.

—Yo no sé por qué no vuelvo con mi padre. —Le decía Peter ahora a Chang Shan. Él también estaba tratando de estudiar, pero le era imposible leer lo señalado para el día siguiente. Importaba bastante poco que leyera o no. Era dudoso que el profesor viniera a clase en medio de la nieve. Sus zapatos, como los de sus alumnos, eran sólo de tela de algodón; la nieve pronto los humedecería y no tenía otro par. Hacía mucho que vendiera sus zapatos de cuero por dinero, para comprar arroz, y no pudo volver a comprar otros.

—Estás volviendo a flaquear. —Le dijo sarcásticamente Chang Shan—. Has sido nutrido de confucionismo. Supongo que tú eres el hombre superior.

—Eres muy injusto —dijo Peter con amargura.

—No soy injusto, entonces, conmigo mismo —dijo Chang Shan gravemente. En todo este tiempo no había levantado los ojos del libro. Ahora de repente miró por la ventana. Cuando vio el reflejo de la luz sobre los copos que caían, se levantó rápidamente y salió.

Peter no le preguntó a dónde iba. Chang Shan podía haber salido con cualquier motivo. Como no había retretes en el interior, podía sencillamente haber salido a la calle para hacer sus necesidades. O tal vez hubiera decidido que ésta era una buena noche para ir al puente de mármol.

Regresó a los pocos minutos.

—La noche está oscura; ni siquiera la policía estará fuera con la nieve. —Declaró—. Me voy al puente.



Chang Shan nunca le pedía a nadie que lo acompañara al puente. Se limitaba a decir a unos pocos estudiantes que iba a ir. Después se marchaba solo. Generalmente, antes de llegar al puente, otros dos o tres lo habrían seguido. En el puente trabajaban en silencio, cavando en la arcilla un agujero bastante grande para la dinamita.

Si tuvieran la dinamita pura que utilizaban los americanos no les llevaría tanto tiempo. Pero no disponían más que del pobre material dejado por los japoneses en un almacén..., y tuvieron suerte en haberla encontrado los estudiantes primero. El puente de mármol era enorme. Construido hacía siglos, poseía grandes cimientos y estaba tan fuerte como el día en que se terminó. Las únicas señales dejadas en él por el tiempo eran las huellas de los pies de innumerables generaciones sobre su superficie. Puesto que éstas aun ahora sólo tenían una pulgada o dos de profundidad, el puente podría existir durante miles de años más. Pero los estudiantes estaban proyectando volarlo por la razón misma de ser tan antiguo y enorme y porque su tamaño y permanencia los enojaba. Significaba la gloria de una época desaparecida, y era un puente no sólo sobre el agua, sino sobre cuanto pudiera separar el presente del pasado. El pasado era lo que los estudiantes querían olvidar, porque no podían compartir su gloria, y la gloria muerta no les hacía ningún bien ahora. Era el presente lo que querían construir y deseaban con vehemencia tener esperanza para el porvenir. Sin embargo, el pueblo, aquellos que vivían en las aldeas y sobre la tierra, quedaban del otro lado del puente, separados de los estudiantes de la universidad. Este pueblo vivía aún en el pasado, estaba contento consigo mismo y confiaba en la tierra, que es eterna. Por lo tanto, los estudiantes querían destruir el puente en señal de protesta.

¿En señal de protesta contra qué? Decían que contra el Gobierno. Pero en realidad era en protesta contra su tuberculosis, su pobreza y la miserable enseñanza que se les daba cuando sentían hambre de verdaderos conocimientos. En protesta también contra su infancia desgraciada y contra sus propias ambiciones, que nunca se verían cumplidas, y por encima de todo en protesta contra su orgullo destruido y la desesperanza de su porvenir. Pero los estudiantes no sabían todo esto. Culpaban sólo a sus gobernantes, quienes, insistían, habían vendido el país a los imperialistas de Occidente.

Solo ahora en la habitación de Chang Shan, Peter determinó no seguir a su amigo. Pero se sentía tan solitario que estaba aterrado. Sabía que no podría regresar nunca junto a su padre. Si volviera a casa se pelearía con él. Más tarde o más temprano le diría que era un embustero y que había engañado a sus propios hijos. Su madre, a los ojos de Peter, se había convertido en una estúpida. No quería volver a ver a sus padres mientras viviese. Ni volver a ver a sus amigos americanos. No podía hablarles de China. No había que forjarse más sueños, ahora que conocía la verdad. Sin embargo, se sentía más molesto con James y con Mary que con ninguno de ellos. ¡La mezquindad de lo que habían ideado y la estupidez de encontrar satisfacción en ello! Había algo espléndido en la determinación de Chang Shan de destruir. Chang Shan no era un comunista. No creía que los comunistas fueran mejores que los demás.

Ellos también debían ser destruidos, decía Chang Shan. Un país despejado, el pasado desaparecido, el egoísmo barrido por la tormenta... ésta era la única esperanza. «Aunque yo mismo sea destruido por la tormenta —argüía Chang Shan—. Dejo limpieza detrás de mí».

Por pura necesidad de tener algo claro y definido Peter se sentó a la mesa y empezó a escribir en un trozo de papel. Era sólo un pedacito, porque hasta el papel era demasiado caro para derrocharlo.

Nuestro país está loco —empezó a escribir en inglés—. Debemos limpiarlo. Nuestro país está podrido. Debemos talar brutalmente lo que está podrido y quemarlo. Un viento de pradera, un fuego de pradera, eso es lo que yo veo. Después del fuego las cenizas, las limpias cenizas. ¿Quién prenderá este fuego? Puede ser prendido por un solo fósforo sostenido por una mano humana.

Se sentó largo rato sumido en sus pensamientos y siguió viendo el fósforo aplicado a la materia y luego la llama resplandeciente convirtiéndose en un fuego tan grande como el mundo. Chang Shan tenía razón. Se levantó, cogió su chaqueta guatada de encima de la cama, se envolvió en ella y salió. Estaba mucho mejor que Chang Shan, quien no tenía chaqueta guatada.

Si algún amigo de Chang Shan había seguido a éste, no lo supo nunca, porque aquella noche caminó a través de la nieve con la cabeza baja para que los copos no le resbalaran por el cuello y le resfriaran con la humedad. Así llegó cerca del puente por el sendero que conocía tan bien. La nieve es tan silenciosa que oculta hasta las pisadas. Por lo tanto, Peter no oyó ninguna y no supo que lo seguían hasta que sintió que lo agarraban por el hombro. Levantó la vista y vio una cara feroz bajo un andrajoso sombrero de fieltro.

—¿Vas al puente? —cuchicheó una voz en su oído.

¿Cómo se viste la policía secreta cuando espía a unos niños que juegan debajo de un puente? Se visten como hombres vulgares, con sombreros andrajosos y trajes roñosos. Estos trajes son mejores que los uniformes elegantes, porque hay espacio bajo sus faldones para pistolas, cuerdas y cuchillos.

¿Pero qué sabía Peter de la policía secreta vestida como hombres vulgares? Asintió con un movimiento de cabeza, y un instante después sintió una redonda pieza de metal frío en su sien. Pero esto sólo duró una fracción de segundo. Luego, sobre el retumbar de un trueno, se sintió elevar de la tierra al cielo y no supo más.

*Estimado señor Liang —le escribió el presidente de la universidad a James unas semanas más tarde—. Hace ya bastantes días que su hermano más joven no ha aparecido por las clases. Ni tampoco su compañero de cuarto, Chang Shan. No sabemos si han tropezado con algún accidente*

*desgraciado, o si, como ha ocurrido ya con algunos otros estudiantes, han cometido la imprudencia de unirse a alguna hermandad del Noroeste. A menos que usted posea alguna información más, el nombre de su hermano será borrado de la matrícula de la universidad.*

Después de recibir esta carta, James le prohibió a Mary mostrar temor. Él se fue en seguida a Pekín. Pero ¿dónde podría hacer indagaciones? Fue a visitar al orgulloso y muy digno presidente, quien, como gran letrado y hombre famoso, lo recibió con cortesía, pero sin interés.

—Es una desgracia que su hermano fuera amigo de Chang Shan —dijo el presidente de la universidad en voz alta y clara—. Yo reprobé muchas veces a Chang Shan por su atrevida conducta. Un universitario, le dije, no debería preocuparse con los asuntos de fuera. Pero Chang Shan no obedeció nunca a sus mayores.

No se podía obtener más ayuda que ésta del letrado aquél, sentado envuelto en su túnica de raso guatado y dedicado a contemplarse sus manos suaves y largas uñas, y James se dirigió a la habitación de Chang Shan, la que le fue indicada por una andrajosa estudiante, cuyos ojos estaban enrojecidos, y allí encontró algunas ropas de Peter. La chaqueta guatada había desaparecido, según vio, y esto le hizo preguntarse a dónde habría escapado Peter con Chang Shan. Por otra parte, el cepillo de dientes estaba allí y también el del cabello y el peine, así como pequeñas cosas por el estilo de las que se necesitan a diario... es decir, para la vida diaria de Peter. Pero quizá las había dejado deliberadamente porque a Chang Shan no le parecieran necesarias. Alguien se había llevado ya todos los libros, porque los libros eran preciosos.

Pero la muchacha andrajosa que había estado dando vueltas alrededor de la puerta sacó un trocito de papel del bolsillo.

—Se encontró esto —murmuró.

James vio la escritura de Peter, tomó el papel y lo leyó.

—¿Le indica a usted algo? —preguntó la estudiante. No sabía leer en inglés.

—Nada que no supiera ya —respondió James.

Metió el papel en el bolsillo, y después de pasar allí unos pocos días más igualmente infructuosos, se volvió para la aldea con sus miserables noticias.

Allí les contó todo lo que sabía a Chen y a Mary, quienes lo escucharon atentamente. También les mostró el papel. Young Wang al oír que James estaba en casa de vuelta, vino de la posada con una parrilla de humeantes pasteles de espinaca. La colocó sobre la mesa y escuchó también durante un momento. Luego, de muy mala gana, les contó lo que le había dicho una vez el vendedor y lo de la arcilla amarilla de los zapatos de Peter.

—Yo creo que estaban confabulados para destruir el puente de mármol —dijo Young Wang.

—Pero ¿por qué? —preguntó Mary—. ¿Qué beneficio significaría eso?

—Los jóvenes no se preguntaron qué beneficio significaría —dijo Young Wang

—. Sólo deseaban hacer un gran ruido.

—Pero el puente no ha sido volado. —Les recordó James—. Yo pasé por él al ir y venir. Allí está exactamente lo mismo que siempre.

Young Wang se encogió de hombros.

—Puede ser que los hayan cogido antes de que pudieran colocar la dinamita.

Eran puras adivinaciones y conjeturas, pero nadie sabía nada con certeza.

—Peter nos escribirá. —Insistió Mary—. Esperad..., ya sabremos.

—No obstante, debo decírselo a nuestros padres —dijo James gravemente.

Así que aquel mismo día se sentó y les escribió todo lo que sabía, lo descontento que estaba Peter y cuán desgraciado se sentía y que, sin embargo, no quería volver junto a sus padres.

*Yo me siento en falta —escribió James—. La culpa es mía; debería haberlo obligado a que me dijera qué era lo que pensaba.*

*Tan pronto como sepamos algo de él, iré a buscarlo dondequiera que esté.*

Pero no les habló del trocito de papel en el que Peter había escrito aquellas palabras de destrucción. Una vez que hubo salido la carta, James se sentó leyendo y releendo aquellas palabras, y lentamente empezó a creer que Peter estaba muerto. Pero ¿cómo y a manos de quién?

Estas preguntas no fueron respondidas nunca. Porque en este momento el cuerpo de Peter estaba en un antiguo pozo. La caída no había sido dura, aun en el supuesto de que él hubiera podido sentirla, porque Shan había sido arrojado antes y el cuerpo yacía sobre otros. Estos pozos antiguos eran profundos. Habían sido cavados en los jardines del palacio, hacía mucho tiempo, para que la Emperatriz pudiera tener agua abundante con qué regar sus peonías. Ahora estaban hediondos de antigüedad y muerte; nadie bebía de sus aguas y todas sus flores se habían marchitado.

## CAPÍTULO XVII

El doctor Liang recibió la carta e inmediatamente se negó a creer que Peter estuviera muerto. ¿Quién iba a matar al hijo de Liang Wen Hua? Ni siquiera la policía secreta, cuya existencia nunca había reconocido, se atrevería a hacer semejante cosa. Era por lo tanto probable que Peter se hubiese unido a los comunistas. Si esto era así, Liang Wen Hua, como ciudadano leal de China, no reconocería a su hijo menor. Su primera reacción al dejar la carta fue un acceso de ira. Peter conocía la manera de pensar de su padre con respecto a los comunistas. Escaparse de la escuela, no dejar ningún mensaje y unirse a los traidores, era algo que iba más allá de toda medida. Renunciaría a Peter públicamente.

Bajo el primer impulso de ira fue a buscar a la señora Liang. Estaba en la cocina, porque era el día libre de Nellie. Un fino aroma le llegó a las ventanillas de la nariz y abrió la puerta. Su mujer estaba calentando una combinación de jengibre fresco, cebolla y salsa de soja con grasa de cerdo, para dorar un pescado entero. Parecía feliz cuando él entró e inmediatamente prorrumpió en un discurso:

—¡Mira, Liang! Conseguí que el pescadero le dejara la cabeza. Por una vez tuve suerte.

Él sintió un tenebroso placer en destruir su alegría.

—Nosotros no tenemos suerte —dijo con amargura—. Aquí hay una carta de James. Peter se ha ido.

La señora de Liang sintió que le temblaban las piernas. Se sentó rápidamente en la banqueta de la cocina.

—Quieres decir... —No pudo pronunciar la desgraciada palabra «muerte».

—¿Quién lo sabe? —Gritó el doctor Liang. Al pensarlo ahora se dio cuenta de que tal vez no volvieran a ver a Peter nunca, ni vivo ni muerto. En lo íntimo de su corazón era un hombre blando y tierno, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

Cuando su esposa vio estas lágrimas quedó aterrada. Recordó la primera vez que lo había visto llorar. Fue después que le dijeron que había fracasado en un examen, hacía muchos años. Esto ocurrió en el primer año de su matrimonio y ella había llorado con él. En tiempos antiguos los estudiantes no sólo lloraban, sino que a veces se ahorcaban o tomaban opio cuando fracasaban en un examen. Ella se dedicó a espiar al doctor Liang algún tiempo después de aquello y no se sintió enteramente segura hasta que dos años más tarde se examinó de nuevo y pasó con éxito, con lo que quedó libre de la vergüenza.

Al ver lágrimas ahora en sus ojos estalló en ruidosos lamentos.

—¡Está muerto! —Sollozaba—. ¡Tienes miedo de decírmelo!

Esto secó sus lágrimas y la ira volvió a apoderarse de él.

—¿Por qué había de tener miedo de decírtelo? —Replicó—. Es tu hijo. No, sencillamente se ha escapado.

Con sorpresa del doctor Liang, ella se volvió contra él furiosa.

—¡La culpa es tuya! No le mandaste dinero. No tenía nada para gastar. Cogió dinero en alguna parte y ahora tiene miedo. Siéntate en seguida, Liang, escríbele a James y mándale dinero para que lo emplee en buscar a Peter. No comeré hasta que lo hagas.

Así fue. Terminó ella el pescado y preparó la carne, pero no comió nada. El doctor Liang comió solo hasta que no pudo soportarlo más. Entonces tiró los palillos y con muchas quejas escribió la carta e incluyó un cheque dos veces más importante de lo que deseaba.

Después de esto los dos se sintieron mejor, como si ahora tuvieran la certeza de que Peter volvería. Terminaron el pescado juntos y el doctor Liang volvió a su estudio para echar la siesta y la señora salió a echar la carta al correo.

—Iré en seguida a ver a Louise —dijo—. Quiero hablar con ella de Peter y enterarme de cómo estaba cuando lo dejó.

El doctor Liang se desperezó en su *chaise longue* y se cubrió con una ligera colcha de seda, escuchó sus pasos y cómo cerró la puerta de la calle. Las habitaciones estaban muy silenciosas. Trataba de no pensar en Peter, pero se encontró con que no podía dejar de recordarlo. De todos sus hijos Peter era el más americano. Había asistido a la excelente escuela pública del barrio y con frecuencia se había mantenido a la cabeza de su clase. Pero no le había escrito ni una carta a su padre después que se fue a China. No lo habían encontrado extraño, porque era natural que James, como hijo mayor, diera noticias a sus padres, y cuando Mary escribía lo hacía a su madre. Ahora, sin embargo, en medio del silencio que le rodeaba, y pensando en la cara de Peter, el doctor Liang se preguntó si no habría algo que él desconociera acerca de su hijo. Era extraño que la cara que veía no fuera la de Peter a los dieciocho años, sino la cara de un Peter de veinte, viniendo a casa desde la universidad, con los libros en una correa, un muchacho siempre alegre y siempre hambriento. La puerta se abrió de golpe y Peter gritaba:

—¡Mamá, tengo hambre!

Estaba acostado, escuchando aquella voz del muchacho, y por alguna razón que no podía explicarse, las lágrimas empezaron a correr de nuevo. ¿Por qué lloraría por Peter? ¿Era un presentimiento? Se levantó de la *chaise longue* y paseó arriba y abajo por la habitación, con las manos muy estrechamente cruzadas. Quizá no debería haber dejado ir a Peter a China. Sí, debió haber retenido al muchacho aquí. Le había permitido desarrollarse con una noción sentimental de lo que era China. Incluso le había ayudado a formar esa noción... Podía permitirse ser sincero, ahora que estaba solo. Pero había querido que sus hijos comprendieran la gloria de China, la honra, la dignidad de una antigua raza y un antiguo país. Él mismo se extendía adrede sobre estas cosas. Era necesario hacerlo para tener una perspectiva sobre el desagradable presente. El presente era siempre transitorio. Se desvanecía. Sólo el pasado y el porvenir eran eternos. Sin embargo, había hecho bien en enseñar a sus hijos la grandeza de su pueblo. Era lo que Confucio había enseñado. Confucio también había

vivido en tiempos de divisiones y disturbios, y no se dejó perturbar ni dividir. En lugar de eso reunió toda la grandeza de los antiguos y dejó esta grandeza en un libro que había sobrevivido a través de los siglos.

El doctor Liang se quedó quieto, con la cabeza levantada. Allí estaba la inspiración. Debería escribir un libro semejante sobre el pasado que inspirara a la juventud de hoy. Deberían conocer su raíces y sentirían una nueva vida surgir en ellos. Debió haber hecho eso hacía mucho tiempo, pero quizá aún no era demasiado tarde.

Se sentó ante el escritorio, tomó el pincel y empezó a trazar letras exquisitas por las cuales era famoso entre los estudiosos chinos. Se detuvo un momento. ¿No debería dedicar el libro a sus hijos? Lo escribiría ante todo para ellos. Meditó sobre esto, y luego se decidió. Si Peter regresaba antes de que el libro estuviese terminado, la dedicatoria sería: «A James, Mary y Peter, ciudadanos de China». ¿Y si Peter no volvía nunca? Entonces lo dedicaría sencillamente: «A Peter, a quien la China ha perdido».

La señora de Liang echó la carta al correo y tomó un taxi. El día estaba gris, pero no llovía ni nevaba; atravesó en coche el parque, paró delante de la casa de departamentos de los Wetherston y tomó el ascensor hasta el piso doce. Simpatizaba mucho con la señora de Wetherston y las dos se habían hecho buenas amigas. La verdad es que ella opinaba que la señora americana se inquietaba demasiado por el nene, pero esto era natural porque era su nieto, aunque de una mujer desconocida. El niño era bastante bueno. Se desarrollaba muy bien, ya estaba haciendo intentos de andar y se parecía mucho a su padre. Era natural que una abuela se enorgulleciera con estas cosas. Ella, y también era natural, se interesaba más por el hijo que Louise tendría antes de terminar el año. La señora Wetherston esperaba que fuera una niña, pero la señora de Liang decía francamente que ella preferiría un chico. Verdad era que Alec no era su hijo, y este niño sólo podría ser un nieto de afuera, pero le había tomado mucho cariño a Alec, y con todos sus hijos lejos era agradable tener un joven alto que le llamara madre, aun cuando no fuera chino. Por más que no aprobara muchas cosas de aquí, se podía decir en favor de los americanos que en este país las dos suegras recibían atenciones, y no sólo la madre del hijo como en China.

La señora de Wetherston abrió la puerta y las dos señoras se saludaron con afecto. La señora de Liang sacó una gardenia que había comprado en la calle y la señora de Wetherston le dio las gracias por ella mientras se la prendía con un alfiler en el vestido.

—Usted siempre me trae algo. —Le dijo reprochándoselo amablemente—. ¿Es una costumbre china?

—Sólo cuando nos gusta hacerlo. —Le contestó la señora de Liang. Hablaba en voz alta para ayudar a la señora Wetherston a comprender su inglés—. Si alguien no

nos gusta, no le llevamos nada.

La señora de Wetherston se rió.

—¡Pase y siéntese! Mandaré hacer un poco de té.

—No, gracias —contestó la señora de Liang. Recordó a Peter y la sonrisa se desvaneció de su cara—. Tengo que hablar con Louise, señora Wetherston, por favor, porque tengo malas noticias de mi hijo más joven. Ha desaparecido, quizá esté muerto, aunque esto no lo creo.

La mirada de la señora de Wetherston adquirió expresión preocupada al momento.

—¡Oh, querida mía!... ¿Muerto? No puedo creerlo... Usted parece tan... —Iba a decir animada, pero se detuvo.

—¿Quién sabe? Quiero preguntarle a Louise cómo estaba Peter cuando ella lo dejó. —Le dijo la señora de Liang.

—Naturalmente. —La señora de Wetherston fue en puntillas hasta una puerta y dio un golpecito en ella—. Louise..., querida. —Llamó.

Había llegado a tomar mucho cariño a esta jovencita que su hijo trajo para casa. Louise era alegre, vivaz y no obstante dócil. Cuando Alec no estaba en casa, se quedaba sola en sus habitaciones, y raras veces salía. Pero cuando se reunía con la familia tenía buen carácter y era bastante habladora para animarlos a todos.

—No debes sentir temor de mí, querida. —Le había dicho a Louise después de los primeros días—. Y no quiero ser obedecida.

—Yo no tengo temor —le contestó Louise con dulzura—, y me gusta obedecerla. —No sabía nadie lo agradecida que se sentía por vivir en esta amable casa, donde todo estaba limpio y cómodo y donde podía tomar un baño caliente cuando quería. Le gustaba sentarse en la habitación suya y de Alec, mirar a su alrededor y pensar: «Ésta es mi casa. Yo pertenezco a esto. Soy realmente americana».

Ahora oyó la voz de la madre de Alec, aun en medio del sueño. Dormía mucho, para que cuando Alec viniera a casa poder estar despierta todo lo que él quisiera. Acurrucada bajo la colcha había dormido y se despertaba ahora con los ojos húmedos y los labios plegados con un mohín de contento.

—Aquí estoy —gritó suavemente y abrió la puerta. Se encontró con su madre—. ¡Mamá! —Exclamó.

—Yo las dejo solas —dijo la señora de Wetherston y se fue.

Louise hizo entrar a su madre en la habitación.

—¿Qué pasa, mamá? Has estado llorando.

La señora de Liang empezó a llorar de nuevo sin querer.

—Peter... —Sollozó. Y se llevó el pañuelo a los ojos.

Louise murmuró afligida:

—¿Está muerto?

La señora de Liang dejó caer el pañuelo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó incisivamente.

—¡Oh, no lo sé! Mamá, él tenía muchos disgustos con todo lo de allí.



—¿Por qué?

—Odiaba todo aquello demasiado.

—¿Por qué no nos lo dijeron entonces y se vino para aquí? —preguntó la señora de Liang. Siguió sin esperar respuesta—. Eso es lo que hiciste tú. Sí, yo lo sé, Louise. Nunca me dijiste que no te gustaba China, pero no te gustó. Y por eso estabas contenta de casarte con un americano.

—Pero yo quiero a Alec. —Replicó Louise.

—Sí, ahora. —Insistió con tozudez la señora de Liang—. Al principio yo creo que sólo lo quisiste por esta linda casa y por Nueva York, el agua caliente, la electricidad, las calles limpias y todo eso. Yo te conozco, Louise. Eres demasiado americana, se lo dije a tu padre muchas veces.

Madre e hija se preparaban para una de sus apasionadas discusiones antiguas cuando la señora de Liang recordó de repente a Peter y se le enfrió el enojo.

—Yo me alegro lo mismo de que hayas venido —añadió rápidamente— y desearía que Peter viniera también. Después de todo, no estáis acostumbrados a China. Es tan extraño aquello, ¿verdad? Pero yo constantemente siento nostalgia de China. Y a mis hijos no les gusta. ¡Oh, Peter!, ¿por qué no vienes, entonces?

Louise aceptó la oferta de paz de su madre.

—Mamá, si quieres que te diga la verdad... Peter odiaba aquello, pero, sin embargo, quería quedarse. Tenía temor de papá.

—¿Temor? —gritó la señora Liang—. ¿Cómo, estando yo aquí?

—Él le echaba la culpa a papá —dijo Louise—. Una vez que hablamos los dos me dijo que papá contaba mentiras acerca de todo y que si volvía a ver a papá alguna vez tendría que decírselo. Por eso no quería volver a ver a papá.

—Peter debe de estar loco —exclamó la señora de Liang.

—No, no lo está. Estaba enojado, dolido y avergonzado, y todo lo veía confuso. Quería sentirse orgulloso de su país, había creído que había cosas de las que enorgullecerse, y empezó a preocuparse cuando no pudo encontrarlas. —Louise se miraba pensativamente en un gran espejo colocado frente a la silla donde estaba sentada—. Puede ser que a mí me hubiera pasado lo mismo si hubiera sido un muchacho en vez de una chica.

La señora de Liang se rebeló al oír esto.

—No puedes hablar así, Louise. Muchas mujeres en nuestro país hacen mucho.

—Supongo que soy americana —dijo Louise—. Las mujeres de aquí están muy mimadas.

La señora de Liang no se escandalizó lo más mínimo.

—Demasiado egoísta. ¿Qué me dices del pobre Peter?

Louise apartó la mirada del espejo.

—No sé qué decir, mamá.

Su madre como de costumbre hablaba en chino mezclado con inglés, pero ella hablaba siempre en inglés, y la conversación había seguido en las dos lenguas.

—Tengo la extraña sensación de que nada puede haber sucedido. Es decir... —Se interrumpió y luego volvió a seguir con cierta cautela en la voz. Después de todo Peter era su hermano, habían jugado juntos mucho cuando eran niños—. Bueno, pudo suceder un montón de cosas —dijo de mala gana—. Los estudiantes desaparecen, ya lo sabes, si hacen algo que no sea dedicarse a sus libros. Y Peter pertenecía a algunos clubs, y cosas por el estilo. Nunca traía sus amigos a casa..., yo no sé por qué.

A la señora de Liang se le heló el corazón. Había oído historias susurradas aún en fiestas y comidas. Los recién llegados decían...

—¿Tú crees que Peter tal vez es...? —De nuevo no pudo pronunciar la palabra.

—No lo sé, mamá. —Repitió Louise. Veía a su madre deshacerse en llanto y empezó también a llorar.

Casi había oscurecido cuando la señora de Liang entró de vuelta en su bonito departamento. No se había quedado todo este tiempo con Louise. Cuando dejó a su hija tenía los ojos hinchados y sintió el deseo de estar sola en lugar de volver a casa. Cuando saltó del taxi había ido al río y allí se sentó en un banco. El puente se alzaba sobre ella, alto y plateado. Al principio, pareció recoger y retener la luz; la puesta del sol le dio matices rosados. Luego sus propias lámparas empezaron a brotar, y en la cada vez más profunda oscuridad se convirtió en un arco de luz de orilla a orilla. Quedó allí sentada largo tiempo recordando que cuando los niños eran pequeños los traía a jugar aquí. Peter siempre había amado el puente. Apartaba la vista de sus juguetes para contemplarlo. La primera palabra que dijo, después de su nombre, había sido ésa. Levantó su manecita y señalándolo dijo: «¡Puente!». ¡Qué orgullosa se había puesto ella!

Volvió a llorar dulcemente, de cara hacia el río, donde nadie podía verla. Pero ¿quién se preocupaba si una vieja china lloraba? Sin saber cómo empezó a creer que Peter estaba muerto. ¡Tantos jóvenes morían en China! Bien lo sabía ella. Pero había creído que el nombre de Liang protegería a sus hijos. ¡Liang! ¿Por qué había enviado a los hijos allá? No quiso que Louise se casara con un americano y por eso los mandó a todos allá. Ahora Louise se había casado con un americano, y él simulaba que creía en tales matrimonios. Liang siempre estaba simulando. Pretendía que el confucionismo era algo excepcional. Confucio no era más que un hombre, probablemente un hombre como Liang, pero su esposa no sabía leer ni escribir y así murió desconocida. Los hombres se parecían todos.

Dejó de llorar y ahora sintió frío, aunque el día había sido caluroso. Se levantó y fue caminando lentamente hacia su casa. No le contaría lo de Peter a la señora de Pan ni a nadie. Esperaría y esperaría. Si James no podía descubrir nada, le pediría a Liang que la dejara ir a su país. Una madre siempre puede encontrar a su hijo.

Abrió la puerta y quedó aterrada ante el absoluto silencio. ¿Dónde estaba Liang?

—¡Liang! —Llamó. Entonces vio una raya de luz bajo la puerta de su estudio y

corrió a abrirla. Él estaba allí sentado con su pincel en la mano, y una sonrisa feliz en la cara, escribiendo. Cerró la puerta sin ruido, se fue a la cocina y empezó a hacer la cena.

## CAPITULO XVIII

James utilizó el dinero enviado por su padre, para iniciar una investigación en busca de su hermano. ¿Cómo puede realizar un hermano una investigación de tal naturaleza? James pronto se enteró de que los caminos para ella eran descarriados. Young Wang fue con él a todas partes. Dejó a su mujer en la posada —una y otra le eran igualmente caras ahora—, para seguir a James y guiarlo. No había medios legales para conseguir lo que querían, y empleando dinero a manos llenas, puesto que en todas partes había hambre, fueron escuchando a un hambriento tras otro y así los fueron conduciendo a los jardines del palacio, no por causa de la muerte de un muchacho o dos, sino porque los antiguos pozos de allí eran utilizados desde hacía mucho para ocultar muertes y cosas así. ¿No se arrojaban las concubinas del emperador dentro de los pozos? ¿Para qué contar cómo James y su fiel criado se arrastraron por las cavernas humanas de una ciudad grande y antigua? Estas cavernas eran sentinas humanas, no por la suciedad de los cuerpos que albergaban, sino por la inmundicia de las almas. Hombres que se morían de hambre, que se morían a causa del opio, que se jugaban a esposas e hijos, hombres que preferían matar que trabajar...; entre éstos entraba y salía James en silencio. Young Wang siempre estaba presente y ocultaba bajo su chaqueta el gran cuchillo de carnicero que había traído de la posada.

James vivió durante estos días con Su y su joven esposa. Fueron muy amables con él, pero le temían, por eso él salía de casa antes del amanecer y entraba después de obscurecido. James era el hermano de Peter, que había sido asesinado, y era peligroso ser amigo de James, aun cuando fuera hijo de Liang Wen Hua.

Llegó un día después de dieciséis de búsqueda, en que un vendedor dijo de un portero, quien habló de un mendigo y éste dio noticias de una banda de mendigos que le pagaban por permitirles dormir al abrigo de un pabellón vacío de los jardines imperiales. Entre estos mendigos se encontró uno que contó que una noche había oído voces que cuchicheaban y murmuraban alrededor de un antiguo pozo. ¡Dinero... dinero! James gastó todo el que le había enviado su padre, pero el dinero americano era dinero verdadero y cambiado resultó una fortuna y esta fortuna la ofreció James al mendigo a cambio del cuerpo de su hermano.

Él, con Young Wang detrás, fueron a los jardines imperiales, en una noche oscura, y esperaron hasta que la luna se ocultó. La puerta se abrió de golpe y no había portero que los viera pasar; los dos entraron y se sentaron bajo un ancho y añoso pino y esperaron durante media noche. Sus pensamientos eran extraños, y apenas pensamientos; eran más bien sentimientos inexpresados, percepciones, temores y resoluciones. Desde los vastos jardines, millas adentro de las cuatro elevadas murallas del pasado Imperio, venían aromas moribundos, ya no perfumes de árboles antiguos y grandes hierbas, de hongos que crecían sobre las húmedas cortezas y de musgos que se arrastraban entre piedras y ladrillos no vueltos a hollar por pies

humanos. El silencio era profundo y, sin embargo, había de repente soplos ligeros de viento, que en alguna parte hacía tintinear campanillas sobre un tejado, produciendo una vibración fantasmal. James sentía que la vida a su alrededor estaba muerta y no era ya humana, pero, ello no obstante, seguía aferrándose a esas guaridas fantasmales. ¡Extraño y horrible resultaba pensar que la juvenil rebeldía de Peter hubiera quedado extinguida allí, donde todos los males de la Historia habían culminado y muerto! Había algo tan solemne en torno a esta posibilidad de la muerte de su hermano, que James no podía llorar. Se sentó acurrucado sobre la profunda cama de follaje de pino y apoyándose contra una poderosa raíz de árbol que le servía de dosel, esperó resistiendo con sus fuerzas internas a las fuerzas del pasado muerto que lo cercaban. Era joven y estaba vivo; no consentiría que lo abrumaran. Una lucha terca por la vida y su propia vida empezó a acelerar su corazón y enfriar su mente. Peter había escogido el camino rápido, el juego de la violencia contra la violencia, y había perdido. Él, James, el mayor, tomaría la lenta senda trillada y esperaba vivir para ver con claridad su meta, si no lograba alcanzarla.

Le sobrevino una gran calma conforme pasaban las horas, y en todo ese tiempo Young Wang no había hablado. ¿Los habían traicionado los mendigos, después de todo? Young Wang había retenido con prudencia la mitad del dinero, no fuera que no trajeran cuerpo alguno, y prometió que el resto sería entregado después del rescate.

En las frías horas de la madrugada, cuando los búhos chillan en los árboles, murmuró ásperamente:

—¡Ya vienen! —James se levantó y quedó esperando; detrás de sí, oyó a Young Wang dar un paso furtivo. Vieron el resplandor de una linterna de papel a través de una columnata de mármol y la luz cayó opaca sobre un grupo de pies humanos, vacilantes y cargados. Medio segundo más y los mendigos trajeron tres cuerpos empapados y los dejaron bajo el pino añoso. Estaba demasiado oscuro para ver, pero James escuchó las pisadas y oyó las voces de los mendigos.

—Tengan cuidado..., ya se están pudriendo.

Entonces se levantó y sacó del bolsillo la pequeña linterna que había traído de América, y dejó caer esta luz sobre cada uno de los muchachos muertos. Young Wang atisbaba por encima de su hombro. Al primero no lo reconoció, ni tampoco Young Wang. Al Segundo James no lo reconoció, pero Young Wang dio un grito sofocado:

—¡Es con quien compartía su habitación!

Al tercero lo reconocieron ambos, porque era Peter.

Así se cercioraron. Ahora se movieron con rapidez para hacer lo que de antemano habían decidido. Nadie en toda la ciudad se habría atrevido a enterrar estos cadáveres. Bajo el viejo pino la tierra era blanda y rica, y Young Wang había traído una pala oculta bajo su larga túnica china. Empezó a cavar con rapidez y la tierra salía fácilmente. Pronto tuvo hecha una cama, estrecha pero bastante amplia para los tres y bastante profunda para que fuera segura, cuyo fondo se extendía sobre las robustas raíces viejas del árbol.

Cuando estuvo lista, los mendigos le ayudaron a levantar los cadáveres y James se inclinó para sostener la cabeza de su hermano. Allí yacía Peter en medio, con su amigo a la derecha y a su izquierda el desconocido. Después Young Wang los cubrió, y cuando la tierra estuvo alisada extendió sobre ellos la profunda capa de hojas de pino que había caído allí año tras año desde que la anciana Emperatriz murió y fue enterrada.

Young Wang pagó a los mendigos y éstos desaparecieron en medio de la noche. Pero James se quedó inmóvil bajo el árbol y al lado de la recién hecha sepultura. Estaba lleno de encontrados sentimientos. No era sólo por la muerte de Peter. Por vez primera se dio cuenta de lo poca cosa que era, de cuán solo estaba y de la inmensidad del pueblo que lo rodeaba. Si Peter no hubiera muerto, no hubiera conocido nunca criaturas que jamás vieron la luz, la comodidad ni la seguridad. Bullían bajo la superficie de la vida, procreando y destruyéndose, y la vida los oprimía desde arriba y los hundía más. A su modo, Peter había conocido al pueblo más rápidamente que ninguno de ellos y trató de ayudarlos en una forma apasionadamente trágica. Sí, se decía James, en medio de su locura juvenil, Peter había muerto por salvar a su pueblo.

Young Wang le tocó en el brazo.

—Vamos —murmuró—. Este lugar no es seguro.

Y tomando la mano de James con sencilla ternura, lo apartó de allí.

Mucho antes del amanecer estaban de nuevo en camino hacia la aldea ancestral. James no veía el momento de verse libre de la ciudad. Con la parte superficial de su cerebro iba pensando mientras cabalgaba qué les diría a sus padres y al Tío Tao. A sus padres les diría sencillamente que había encontrado a su hermano muerto y que le había dado sepultura. Podía decirles que Peter indudablemente se había mezclado con estudiantes rebeldes de alguna clase. Al Tío Tao le diría solamente que Peter no volvería más. Era difícil decir sólo una verdad a medias, pero James sopesó bien el asunto, y comprendió que el Tío Tao se llevaría gran susto si supiera toda la verdad. Sólo a Mary y a Chen les contaría exactamente con lo que se había encontrado. Bajo esta superficie, su pensamiento se extendía hora tras hora sobre el significado de la muerte de Peter, cómo había sobrevenido y por qué. Le llevaría toda la vida responder a cuanto se preguntó este día.

Así, al anochecer, entró a caballo en la villa, muy fatigado y silencioso y mandó a Young Wang que regresara junto a su mujer y a su posada, y no contara nunca, ni siquiera a su esposa, lo que había sucedido aquella noche.

Young Wang se ofendió un poco por esto, frunció la boca y dijo:

—¡Amo, yo no soy de esos hombres que le cuentan todo a su esposa! Soy digno de fiar y usted ya debería saberlo.

—Y lo sé —dijo James para consolarlo. Luego se separaron.

James se dirigió primero a su habitación. Esperaba encontrar a Chen allí, pero el cuarto estaba vacío. Se lavó y fue luego a buscar a Mary, pero no la pudo encontrar

tampoco. Lo siguiente debía ser ir junto al Tío Tao y anunciarle que había llegado, como los jóvenes debían hacer con los más viejos, y encontró al Tío Tao sentado en la sala principal sin hacer nada. Estaba esperando que le llenaran la pipa, porque había declarado que el tabaco estaba húmedo y el nieto que le servía durante el día había ido a buscar un puñado junto al fogón de la cocina.

—¡Eh, ya has vuelto! —Alborotó el Tío Tao cuando vio entrar a James—. ¿Has encontrado al joven descarriado?

—Sí —dijo James y trató de sonreír—. No volverá más, Tío Tao. Ya lo arreglé todo en la ciudad.

—Si le gusta la ciudad yo no le quiero aquí —dijo el Tío Tao. El nieto entró corriendo en este momento con el tabaco y el Tío Tao lo tomó en su mano, lo palpó y lo olió. Con esta tarea se olvidó de Peter. Cuando lo encontró de su gusto, mandó que le llenaran la pipa. Y después se dispuso a reanudar la conversación.

—¡Eh... eh!... —Empezó.

James se inclinó hacia delante para escuchar.

—Dígame, Tío Tao.

—¿Qué queréis hacer vosotros aquí? —El Tío Tao seguía fumando entre cada palabra.

—¿Qué quisiera usted que hiciera yo, Tío Tao? —preguntó James. Por ahora, sabía que, en apariencia, el Tío Tao debía dar las direcciones en todo.

—Nada... nada —dijo el Tío Tao. Había comido bien y se sentía amable esta noche—. Es decir —siguió después de tomar una gran bocanada de humo— no tienes que meterte en las cosas de la tierra. Tu abuelo se metió en eso y estuvimos todos a punto de caer en manos de los colonos antes de que yo me hiciera cargo. Los jóvenes que habéis ido a la universidad no podéis comprender la tierra.

—Yo aquí sólo puedo hacer una cosa útil para usted —dijo James con las debidas precauciones—. Noto que muchos de nuestros colonos parecen enfermizos. Seguramente no pueden realizar una jornada de trabajo. Si usted me lo permitiera, yo trataría de descubrir cuál es su enfermedad y curarla.

Los ojos del Tío Tao se entornaron.

—¡Pero sin cortar! —dijo severamente.

—No lo haré sin su permiso. —Convino James.

—Bueno, bueno —replicó el Tío Tao—. ¿Cómo empezarás?

—Con su permiso yo podría ocupar una de las habitaciones vacías y tenerla como cuarto de medicinas. Tengo unas pocas que traje conmigo cuando vine, y cuando necesite más puedo conseguirlas por medio del hospital de la ciudad. A esa habitación pueden venir los enfermos.

El Tío Tao daba vueltas y más vueltas a esto en su imaginación.

—¿Y si matas a alguno? —preguntó después de unos minutos. Este pensamiento lo llenó de horror—. No, no —dijo alarmado—, es mejor dejarlos morir de muerte natural.

—No mataré a ninguno —dijo James.

El tío Tao movió ligeramente la cabeza.

—Te echarían la culpa si muere alguno, y luego yo, como tu pariente de más edad, tendría que pagar por él.

—Considérelo. —Le recordó James—. Cuando un colono se declare enfermo y no pueda trabajar, yo veré si lo está realmente o es sólo una simulación. Además, hay los niños. Es una pena que los niños se echen a perder. Y las mujeres que mueren de parto...

—Tú no puedes ocuparte en las mujeres —dijo el Tío Tao con firmeza.

—Un doctor se ocupa en toda vida humana —respondió James.

Así, engatusando y convenciendo al Tío Tao, lo llevó al punto en que dio su conformidad a que James pudiera utilizar cierta habitación que tenía una puerta directa a la calle. Esta puerta había estado atrancada durante generaciones. Había sido hecha secretamente hacía mucho tiempo por un hijo perverso de la familia de Liang que salía de noche contraviniendo las órdenes de su padre.

Desde luego, James estaba fatigado ya por el tiempo en que el Tío Tao llegó a dar su permiso, pero cuando se levantó para irse, éste lo detuvo de nuevo.

—En cuanto a tu hermana... —Así empezó y James volvió a sentarse—. Tu hermana es... una de esas modernistas —dijo el Tío Tao solemnemente. Dejó a un lado su pipa, que ahora se enfriaba—. Produce perturbaciones en nuestra aldea. Yo ya observo que mis nueras están adelantando. La más joven me habló el otro día. Tal cosa no había sucedido antes. Yo le hablo para darle órdenes, pero no espero respuesta.

James no pudo menos que sonreír al oír esto.

—¿Qué quiere que haga con mi hermana? —preguntó.

—Debería casarse —dijo el Tío Tao con la misma voz solemne—. Las mujeres que no están casadas andan de aquí para allá cacareando como las gallinas que no ponen huevos.

James no contestó a esto. ¡Habría disgusto, sin duda, si el Tío Tao se metía a arreglar un casamiento para Mary! Sin embargo, el Tío Tao así se disponía a hacerlo ahora.

—En esta villa —dijo—, hay un tipo muy decente que no pertenece a la sangre de los Liang. Su padre vino aquí de buhonero y luego se instaló como sastre. Yo le di permiso. El hijo también es sastre. Yo hablaré con el padre.

James se dio prisa para evitar esta catástrofe.

—Déjeme hablar con mi hermana, Tío Tao. —Le rogó—. Si fracaso se lo diré a usted.

—Bueno, bueno. —Aceptó el Tío Tao—. Pero no te demores mucho. Las mujeres son una carga para la familia hasta que están casadas.

Finalmente James se fue y encontró a Chen en su cuarto, contiguo al suyo. Estaba cambiándose la vieja ropa de trabajo por la bata china que llevaba cuando se ponía



cómodo.

—¿Dónde estuviste? —Le preguntó James—. Estoy en casa desde hace más de una hora. Ni a ti ni a Mary os pude encontrar... A ninguno de los dos.

—Estaba ayudándola a limpiar la escuela —dijo Chen con animación.

—¿Ya hay una escuela? —preguntó James.

—Mary ha preparado una —replicó Chen—. Yo le dije que mejor sería preguntar al Tío Tao primero; pero no, ella me contestó que se lo diría al Tío Tao cuando estuviera hecho. Las madres jóvenes están todas a su lado, la están ayudando. Quieren que sus hijos aprendan a leer, y algunas incluso hablan de aprender ellas también. La nuera más joven está completamente decidida. —Todo esto lo dijo con el mismo tono ligero, casi sin darle importancia, usual en él.

—Yo quiero hablaros a Mary y a ti de Peter —dijo James—. Iré a buscarla. Podemos reunirnos en mi habitación.

Toda aquella velada la pasaron juntos y hablaron de Peter y de cuál sería la causa de que no hubiera podido ser feliz. Bien la conocían. El peso de su país, enorme y antiguo, los aplastaba a todos ellos, y tenían una conciencia tal que no podrían escapar.

—Lo que Peter no pudo comprender —dijo por último James— fue que la destrucción no cura. Porque, ¿qué puede ser destruido, si no es el pueblo? Y sin embargo, el pueblo es el tesoro almacenado de la nación.

—Y nuestro pueblo es bueno —dijo Chen.

—Yo te digo que es el mejor pueblo del mundo. Ignorante, sucio y luchando con las enfermedades sin otra cosa que su salud natural... —Lo interrumpió James y movió la cabeza.

—Peter era demasiado joven para esta vida —dijo Chen.

—Quizá demasiado mimado. —Añadió Mary en voz baja.

Los dos hombres no la contradijeron y quedaron sentados un rato sin hablar, contemplando las velas goteantes encima de la mesa.

—Cuando yo tenga hijos —dijo Mary por último, como si lo hubiera estado pensando mucho tiempo antes de hablar—, no los dejaré ir a América. Deben criarse aquí, donde está nuestra vida. Deben aprender a arreglárselas con lo que tenemos, y si quieren más tienen que labrarlo con sus propias manos. No deben soñar con lo que han hecho otros.

Así que habló de su casamiento y con esto se le ocurrió a James contarle lo que había dicho el Tío Tao. Pero no lo hizo. No era momento adecuado. Estaban hablando de cosas solemnes, y lo que había dicho el Tío Tao era sólo motivo de risa.

Al día siguiente, después de dormir tan profundamente que le dio vergüenza. James empezó a despejar la habitación que el Tío Tao le había dejado. Tenía abundancia de ayudantes, porque el lugar estaba lleno de niños ansiosos de ver cualquier cosa nueva. A estos niños los puso a trabajar con tanto gusto que todo les parecía un juego, y así fueron sacando cestos viejos con desechos, muebles rotos,

trapos y papeles y todas esas cosas que se juntan en alguna parte en una casa antigua donde hay demasiada gente. El cuarto era grande —anteriormente eran dos habitaciones— y tenía el piso de tierra apisonada y las paredes de ladrillo. James trajo cal del almacén de la villa y la mezcló con agua y pintó las paredes y roció el piso. Los niños se quedaron asombrados al verle hacer todo personalmente, porque no estaban acostumbrados a que sus mayores se movieran así. Ninguno había visto al Tío Tao hacer otra cosa que ir a buscar su pipa. Cuando después de esto James compró tablas y clavos y construyó estanterías, incluso se sentían un poco avergonzados de él. ¿Quién había oído nunca que un hombre que sabía de libros se volviera carpintero? Ahora todos los Liang ancestrales estaban asombrados de estos nuevos Liang y de su amigo Chen, que les habían caído del cielo. A sus espaldas de seguro se hablaba mucho de ellos, ¿pero quién de los tres lo sabía? Se dedicaban con celo a sus asuntos, llenos de fe en que su aldea ancestral podría convertirse en un lugar donde todos estuvieran limpios, sanos e instruidos.

Era algo curativo lo que ellos hacían, y los primeros que tenían que curarse eran ellos mismos. La primavera vino y se fue, y el verano se extendió sobre la tierra. El Tío Tao dormía como un enorme Buda medio desnudo bajo la datilera, y por la noche toda la familia sacaba sus camas a los patios y allí dormían, y la calle de la aldea tenía filas de estas camas. Era una estación alegre, porque los niños corrían de aquí para allá, las mujeres chismorreaban y los hombres quedaban sentados hasta tarde bebiendo agua caliente y té y abanicándose para refrescarse cuando rompían a sudar. Día tras día, James se levantaba temprano y atendía a los enfermos que venían a verlo antes de que el sol calentara demasiado. La fama de sus curaciones se extendió por la comarca y la gente acudía a él desde largas distancias y Chen le ayudaba siempre, de manera que los dos trabajaban tan íntimamente juntos como dos manos.

Aun así no podían atender a todos los que venían, y a mediados del verano, James escribió cartas a las tres buenas enfermeras del hospital de la ciudad, Rose, Marie y Kitty, y las invitó para que vinieran a ayudar. De las tres esperaba que al menos una pudiera venir. Sin embargo, les había dirigido una carta austera, porque no quería que se desilusionaran. «Yo no puedo pagarles ni la décima parte de lo que están ganando ahora —decía—. Pero tendrán techo y comida. ¿Cómo serán recompensadas entonces? Lo mismo que lo soy yo, curando a aquellos que no tienen ninguna otra parte a donde ir en busca de curación».

De las tres vinieron dos, Rose y Kitty, porque Marie se había casado con un joven doctor, y él no quiso que abandonara su casa ni venir con ella.

En el hospital de la ciudad, desde luego, todavía se consideraba una locura que James y Chen se hubieran enterrado en una aldea y las malas lenguas decían chocarrerías.

—Les gusta ser señores entre los pobres. ¿Quién puede creer que vivan como los aldeanos?

—Ya les contaremos lo que veamos. —Prometió Kitty.

—¿Por qué han de vivir como los aldeanos si su deseo es hacer que los aldeanos vivan mejor? —preguntó Rose. La casa de los Liang se abrió para ellas dos también, y vivían juntas en una habitación al lado de la de Mary.

No se debe suponer que todas las cosas marchaban bien. Rose era una muchacha despreocupada y animosa y se encontraba bastante feliz. Pero Kitty era muy terca, y conforme pasaban los meses se enfadaba a veces, porque creía que Mary y Rose eran íntimas y no la admitían bastante en su amistad, y luego Chen notó con cierta alarma que mostraba síntomas de inclinarse hacia él en busca de compañía. Se dirigió una noche a James todo avergonzado y le dijo que debía mandar a Kitty de vuelta a la ciudad.

—El campo es una prueba dura. —Explicó—. Sólo aquellos que están llenos de riqueza interior pueden soportarlo. Kitty es demasiado estrecha de alma. Te procurará disgustos más tarde o más temprano.

—La tendremos ocupada —dijo James. Mientras hablaba atendía a un cultivo de una enfermedad desconocida que había visto aquel día. Nunca la había visto antes. Se localizaba en las piernas de hombres, mujeres y niños, quienes se hinchaban monstruosamente de las caderas para abajo, mientras que de caderas arriba se marchitaban. Si era contagiosa o si ocasionaba la muerte, eran cosas que todavía estaba tratando de descubrir.

De manera que Chen se vio obligado a hablar claro.

—Esta Kitty se está fijando en mí, Jim —dijo torciendo el gesto—. Una mujer que no se casa y no puede encontrar felicidad en su trabajo..., bueno, el hombre debe cuidarse de esa mujer.

—¿Por qué no te casas con ella? —Sugirió James—. Así no perdería una ayudante.

Oyó a Chen luchar con un ahogo, y cuando levantó la vista vio a su amigo rojo de furia.

—No, gracias —dijo Chen.

Pero James no era capaz de hacer nada de prisa, así que por el momento sólo vio que Kitty tenía mucho trabajo que hacer. En cuanto al subido color de la cara de Chen, lo tomó como signo de la habitual delicadeza de su amigo en lo que se refería a mujeres.

En esta época de su vida, debe decirse que James no era nada perspicaz en esta materia. Estaba sondeando demasiado profundamente en las vidas de muchos para detenerse sobre la vida de ninguno. Así había empezado a ver que muchas de las enfermedades que tenía que curar eran fruto de otros, males. Los alimentos que comía la gente no eran bastante buenos, y cuando trató de enseñar a las madres que el sarampión podía ser una enfermedad mortal aquí donde era nuevo, y que un niño lo transmitía a otro, eran demasiado ignorantes para comprender tales cosas, y nunca pudieron creer que los pepinos fueran peligrosos si se remojan antes en agua de la cisterna y que mientras era bueno que hirvieran el agua que bebían, eso era inútil si se

enjuagaban la boca con agua sin hervir. Una cortadura, por más ligera que fuese, no debía frotarse con fango, les decía, y el cordón que unía el niño a la madre, no se debía cortar con las tijeras de la cocina. La maldición de toda esta región entera eran los «diez días del cordón», como les llamaba la gente, en los niños recién nacidos, y la causa de esto era el uso de tijeras de hierro roñoso.

—¿Qué tenemos que usar entonces? —preguntaban las mujeres.

Entonces Rose les explicaba que en su aldea, situada muy lejos hacia el Oeste, habían aprendido a usar la laminilla interior de una caña, y cuanto más cerca del corazón estaba, más probable era que viviera el niño, pero James trataba de hacerles comprender que esto no era más que una confirmación de lo que ya les había dicho, porque la laminilla del corazón de una caña estaba más limpia de polvo invisible que un par de tijeras de hierro que se usaban para cortar cualquier otra cosa además del cordón del niño. Sin embargo, la verdad quedaba muy lejos de su comprensión y nadie podía creer que lo que no era visible pudiera ser una causa de muerte.

El mismo Tío Tao declaró que esto era un disparate, y lo que decía el Tío Tao tenía gran fuerza sobre los demás. Era bastante extraño, porque James no tardó en ver que al Tío Tao no lo querían bien aquí en la villa de los Liang ni la gente de las tierras circundantes. Pero era admirado, y las gentes se contaban unas a otras lo que él decía, y sus palabras medio acerbas, medio humorísticas corrían de boca en boca. Sin embargo, él tenía mano de hierro y la podía apretar en secreto, y la gente le temía porque estaba siempre del lado de los gobernantes, y a éstos el pueblo los odiaba de antiguo. Cuando se acabaron los emperadores, el pueblo se regocijó, pero ya estaban empezando a decir que los emperadores eran mejores que los gobernantes de ahora. Había habido sólo un emperador, decían, y bajo él un virrey en cada provincia y bajo el virrey un magistrado en cada distrito, y aunque todos éstos cobraban su tributo, había un límite. Ahora surgían pequeños gobernantes por todas partes. ¿Y quién sabía de dónde venían? Cada uno recogía una tasa, y si el labrador se negaba a pagarla aparecía una banda de soldados con fusiles extranjeros. Un soldado con un fusil sobra en todas partes.

El Tío Tao estaba siempre en buenas relaciones con los recaudadores de tasas. Él no las pagaba, porque declaraba que todo lo que tenía pertenecía al pueblo y entre el pueblo debía ser reunida la tasa. Así diciendo alimentaba al recaudador y al soldado, ¿y qué podía hacer el pueblo?

Todo esto lo vertieron las mujeres del pueblo en los oídos de Mary cuando se visitaban entre ellas, porque Mary era de las que escuchaban cualquier historia, y después de haber oído estas cosas se las traspasaba a James y a Chen y exigía que se hiciera algo con el Tío Tao. Ellos hablaban y discutían mucho, encerrados en sus habitaciones particulares para que ninguna oreja pudiera escucharlos y ninguna boca corriera a contárselo al Tío Tao. Porque estos tres también tenían sus enemigos menores, a pesar de todos los esfuerzos que hacían para conservarse amigos de todos. Así la nuera mayor estaba celosa de Mary porque la más joven la seguía y aprendía a

leer, en lugar de pasarse el día lavando y cosiendo, y la mayor declaró que no tenía tiempo para leer y que no aprendería. Esta nuera iba junto al Tío Tao y se quejaba de que Mary producía disturbios en la casa y que todo estaba mejor antes de que vinieran esos nuevos Liang. Hablaba también con su marido y lo puso en contra de los nuevos Liang y de su amigo Chen. Y cuando llegó el otoño se supo que al Tío Tao no le gustaba tanta instrucción en la aldea y Mary encontró su escuela medio vacía.

La villa estaba dividida en dos hacia la época en que se celebraba el festival de otoño; unos eran partidarios de los nuevos Liang y otros estaban en contra, y los que estaban en contra se declaraban todos por el Tío Tao y por los antiguos sistemas. Y si esto no fuera bastante para preocuparlos, Rose le contó un día a James que Kitty estaba con los que les hacían la contra, y por lo tanto deberían mandarla de vuelta a la ciudad. James hizo buscar a Kitty al momento y en medio del trabajo de la tarde, cuando se debían envolver los vendajes y hervir el instrumental en el tanque de lata que había hecho de modo que encajara sobre un fuego de carbón, le dijo con bastante amabilidad lo que había oído. Ante esto, la boca de Kitty escupió tal chorro de veneno, que él no imaginó jamás que pudiera haber una cosa así en el corazón de una mujer.

—¡Usted, su hermana y Liu Chen! —gritó—. Son demasiado buenos para mí... y para todo el mundo. ¿Por qué están aquí? ¿Es de creer que no estén por nada? ¿Quién hace nada por nada? ¿Puede ser que estén aquí sólo porque ésta es su aldea ancestral? Nadie lo cree. Ustedes están aquí porque secretamente son comunistas... ¡Yo lo sé! ¡Sus vidas están en mi mano! ¡Una palabra a ese viejo tío gordo suyo y otra a la policía del distrito y desaparecerán!

Por un momento James no pudo hablar, tan espantado quedó ante esta perversidad y tan avergonzado de su estupidez al no ver antes que esta Kitty no era la buena mujer que él había creído en el hospital de la ciudad. Miró su cara delgada y sus amargados ojos y se le ocurrió que no era mala, sino débil. Si todo le iba bien, podría ser buena, pero la tierra de su corazón era poco profunda, y la bondad es una planta que necesita raíces profundas para vivir. Así que le habló con mucha dulzura:

—¿Para qué vino usted a nuestra aldea? —preguntó—. Nadie la obligó a venir, yo le advertí que la vida aquí era amarga. —Notó que brillaba en ella la luz de algún secreto, pero no quiso oírlo. En lugar de eso tomó la mitad de su escasa provisión de dinero, proveniente de su parte en las cosechas de otoño, y le dijo—. Debe usted dejarnos en seguida. Haga su maleta y enrolle su ajuar de cama. Yo alquilaré un carruaje que la lleve de vuelta a la ciudad. Si se va usted hoy, no daré malos informes suyos al hospital. Puede volver a su antiguo trabajo y olvidar que ha estado aquí.

Gesticuló ella un momento luchando contra su deseo de hablar y decir todo lo que le bullía en la cabeza, pero tenía prudencia y obedeció su mandato. Una vez que se fue, Rose tuvo el valor de decir la verdad, y era que Kitty había venido por causa de Liu Chen, de quien estaba enamorada hacía mucho tiempo. Al oír esto Mary se

indignó a su vez y dijo:

—Esas mujeres no pueden comprender que el matrimonio no lo es todo y que el trabajo es lo primero. —Y no pudo comprender por qué Rose se rió tanto cuando dijo esto, hasta que por último Rose tuvo que cesar en sus risas para no enojar a su amiga.

Pero para James todo esto no pasaba de la superficie de la vida diaria. Estaba empezando a comprender que la enfermedad y la salud, la ignorancia y la instrucción, la pobreza y la comodidad, la guerra y la paz, la pena y la alegría, eran frutos todos de la confusión o de la sabiduría humanas. Aquí en esta pequeña aldea situada en medio de un dilatado campo estaba el mundo entero. Lo que aquí era verdad lo era en todas partes. Algo había aquí que andaba mal y nadie sabía qué. La familia de Liang tenía abundancia de alimentos, y sin embargo, había otros, a sus mismas puertas, que se morían de hambre. James, que era un Liang, había aprendido lo bastante para subir alto, y sin embargo, estaban éstos de aquí, sus familiares incluso, que no sabían leer ni su apellido si lo veían escrito. Estas diferencias permanecían a pesar de cuanto él pudiera hacer. James podría llevar ropas de algodón, comer alimentos sencillos y caminar con los pies desnudos dentro de sus zapatos y, sin embargo, la profunda diferencia seguía. ¿Y qué podía hacer?, se preguntaba.

Con tales pensamientos se alimentaba James y se ponía cada vez más caviloso y alicaído, sorprendido de su propio descontento. Empezó a considerarse como un hombre aparte, destinado para alguna cosa grande, pero no podía descubrir cómo iba a hacer nada grande en medio de tal ignorancia y tozudez como la que tenía el pueblo. La ignorancia y la tozudez corrían parejas en ellos. Sin embargo, algunos le estaban agradecidos por lo que hacía, y cuando salvaba un hijo a una madre, se sentía confortado un momento por la alegría de la mujer. Pero luego se preguntaba, ¿qué era un niño salvado entre tantos millones? Cavilaba así constantemente, sin comunicar a nadie su descontento consigo mismo. Se decía de todo corazón: «Estoy separado de la gente a quien quiero ayudar». Y esto era verdad. Aunque podía hablar con gran amabilidad con la gente que venía para que la curaran, o con los que encontraba en las calles de la villa o en la carretera, no sentía eslabón alguno de la carne ni del espíritu que le uniera a ellos. Se volvía más solitario conforme pasaban los meses, y esto lo aterrorizaba. ¿Tendría que reconocer que Su, Peng, Kang y los de su clase tenían razón? ¿No podría haber ningún lazo entre él y su pueblo?

Con este estado de ánimo, miraba con nuevos ojos a Mary y a Chen. Durante mucho tiempo no había hablado con ellos excepto de las pequeñeces diarias cuando se levantaban. Mary había llevado su escuela fuera de la casa de los Liang cuando descubrió las perturbaciones que producía, y una vez fuera de estos muros, otros de la aldea se atrevieron a venir junto a ella, y su sala volvió a estar llena. La gente que no sabía leer ni escribir creía que era una gran fortuna aprender, y las madres mandaban sus hijitos a Mary, esperando que con su enseñanza estos muchachos no tuvieran que ser solamente vulgares labradores, muleteros y carreteros. Estas pobres madres también tenían sus sueños. «¿Por qué no puedo estar yo contento como lo está

Chen?»), se preguntaba James. Y es que Chen y Mary habían encontrado un camino para arraigar aquí y él no. James observaba a Mary y no descubría en su mirada vivaz ni una chispa de descontento. Y Chen era demasiado feliz. No haciéndose preguntas profundas, realizaba bien su trabajo diario, y fue quien le enseñó al herrero de la villa a hacer un cuchillo de filo tan agudo que pudiera pinchar un divieso o extirpar la superficie de una úlcera. Declaraba que su esterilizador hecho en casa era mejor que ninguno, y lo utilizaba diariamente.

Ningún hombre ni mujer había permitido todavía que le cortaran ninguna parte interior, y James y Chen tenían que ver cómo decaían y se morían algunos antes que permitir que los operaran. El Tío Tao hablaba a veces en todas partes contra eso de cortar, y la gente sabía que no permitiría que James le sacara aquella cosa que le crecía en la barriga y aumentaba de mes a mes. El robusto viejo contendía aún con este desarrollo interior y comía mucho y dormía mucho y no caminaba lejos de su habitación, y a fuerza de comer y de dormir estaba más fuerte todavía. Pero algún día, James y Chen lo sabían, se debilitaría. Cuando llegara el momento, debían estar dispuestos.

El otoño seguía magnífico, y fue creciendo la luna de la cosecha. Llegó una helada, se fue, volvió el calor otoñal y pasaron un día tras otro en dorado silencio. La gente estaba tranquila y feliz durante un tiempo, porque con las cosechas todos podían comer. Los bandidos, siempre al acecho en el horizonte, no estaban hambrientos como en el invierno y la gente podía tomar un poco de descanso. La guerra se retiraba hacia el Norte una vez más, y este temor se aliviaba también, aunque sólo por algún tiempo. El final del otoño, antes de que el invierno azote, es la mejor época del año, y este año era más que bueno, porque las cosechas habían sido abundantes. Sin embargo, sólo James no estaba contento. Todo lo que hacía era demasiado insignificante y llevaba consigo, día y noche, una soledad constante.

Y luego un día, a mediados del invierno, descubrió la causa de su descontento. La sala en que trabajaban había aumentado a dos y ahora estaban construyendo una tercera para casa de baños. En la ciudad se podían encontrar casas de baños, pero no en una aldea. Muchas enfermedades de la piel provenían de la suciedad, y mientras que en el verano un hombre podía ponerse detrás de su casa y frotarse el cuerpo con el tosco filamento seco de una calabaza del campo, en invierno ningún hombre tiene tantos deseos de estar limpio como para hacer semejante cosa. La casa de baños por lo tanto llegó a ser un sueño de Chen, quien había contratado a dos hombres para que vinieran con sus mazos y golpearan la tierra convirtiéndola en paredes. Ideó una estufa de barro en un rincón y una cañería para llevar el agua caliente de un caldero a una gran bañera redonda de madera, y un drenaje para sacar el agua sucia a una zanja de la calle de la villa. La fama de este milagro corrió por todas partes, y familias enteras vinieron de lejos para verlo.

Chen se enorgullecía mucho de la casa de baños y les explicaba a todos los que venían lo fácil y barata que era la obra y cómo cualquier hombre con un poco de

energía podía hacerle a su familia una casa de baños semejante. Cuando las mujeres vieron lo cómodos que llegaban sus hombres a casa después de un baño en invierno, fueron junto a Mary y le preguntaron por qué no se había de hacer una para ellas, y Mary transmitió su demanda a James y a Chen. Chen se rió de ella, como lo hacía siempre, y le dijo con tristeza burlona a James:

—Ya ves cómo son estas mujeres modernas, ¡quieren todo lo que tienen los hombres! —Y Mary, que nunca comprendía con bastante rapidez una broma, saltó en defensa de las mujeres y Chen se hizo el asustado y exclamó—: ¡Bueno, bueno...! ¿Quién dijo que no lo quiero hacer?

Así que construyó otra casa de baños para las mujeres, y ellas eran cuidadosas y traían a sus niños a bañarse consigo, en forma que los baños se pusieron de moda, y la villa estaba orgullosa y se sentía tan buena como cualquier ciudad. Con todo, los había quejosos y la nuera mayor gruñía diciendo:

—Todo esto del baño no es nada más que un hábito de despilfarro. ¡Fijaos en mí! Ahora que me baño, me pica todo durante veinte días o así, hasta que vuelvo a bañarme. Sin embargo, antes de tener esta casa de baños, pasaba todo el invierno y no me picaba.

El Tío Tao no quería bañarse en absoluto al principio, por miedo de coger un resfriado, y además por temor de ceder ante Mary. Luego, cuando vio lo rosados que estaban los niños después del baño y lo bien que comían sus hijos y lo apaciblemente que dormían cuando estaban limpios, se armó de coraje y un día antes del año lunar se confesó dispuesto a tomar un baño él también.

Ni James ni Chen lo habían instado, pero de seguro se regocijaron ante esta señal de cambio en el Tío Tao. Chen cuidó personalmente que el cuarto estuviera tibio y el agua caliente y que hubiera dispuestas algunas sábanas de algodón para secar el enorme cuerpo del Tío Tao. Todos los demás estaban en suspenso mientras se bañaba el Tío Tao. Había decidido que el baño se efectuaría durante la luna llena en un día soleado que no hubiera viento, y esperó unos diez días antes de encontrar uno bastante bueno. Después, estaba lleno de ansia sobre lo que debería comer, y James le aconsejó que no comiera nada hasta después del baño.

El Tío Tao mostró su conformidad con esto, pero dijo:

—Tan pronto como vuelva a tener la ropa puesta debo comer bien, porque perderé muchas fuerzas con el baño. —Y ordenó que le tuvieran dispuestos todos sus platos favoritos.

El día escogido, cuando el sol estaba alto sobre los tejados, el Tío Tao se dejó conducir a la casa de baños, y dos criados le ayudaron a desnudarse mientras sus hijos permanecían a su lado y Chen cuidaba la caída del agua y James lo ayudaba a entrar en la bañera. Fue una suerte que hubieran hecho ésta tan grande como una cuba de madera, porque cuando el Tío Tao se agachó dentro de ella, con los dos hombres sosteniéndolo por los brazos y James agarrándolo de la cintura, el agua salió a chorros a su alrededor como de una fuente. Al principio, el Tío Tao tenía miedo de



haber hecho una locura, pero mientras James y Chen lo frotaban bien con un jabón que habían hecho de lejía en bruto y la grasa de un buey que había muerto, el Tío Tao parecía ya contento.

—El baño es una buena cosa. —Declaró con orgullo, mirando a todos los congregados alrededor de la bañera—. Desde luego, no se puede hacer rápidamente y de cualquier manera. Ni se debe tomar con demasiada frecuencia. Debe ser en un día afortunado, el agua no debe estar muy caliente, y yo no debo permanecer demasiado tiempo en esta bañera. Añadidle un poco de agua caliente.

Cuando estuvo limpio, le vertieron dos o tres cubos de agua caliente por la cabeza abajo, y él, sentado como un enorme bebé, boqueaba bajo el chubasco, con los ojos cerrados y la boca abierta, chupando el agua. Luego se levantó lentamente, ayudándole todos, y James lo envolvió inmediatamente en las sábanas de algodón; lo secaron y le pusieron las ropas limpias que había ordenado disponer. Por último estuvo listo para comer y comió con gran placer y buen ánimo, y luego durmió, y cuando se despertó se sentía tan a gusto en toda la montaña de su ser, que mandó que toda la casa se bañara en seguida, desde el hijo mayor al más pequeño de los nietos. Esto ocasionó muchas complicaciones, pero Chen estaba muy complacido.

—¡Contéplame! —Le gritó a James, y apuntaba su pecho con el pulgar—. ¡Yo he hecho una revolución con éxito!

¿Cómo podía Chen ser tan feliz con cosas tan pequeñas? Esto se preguntaba James. Chen no era un hombre de poco cerebro, ni soñaba con cosas de poca envergadura. A veces, cuando los dos amigos hablaban de noche, Chen cesaba un momento de hacer bromas y entonces James lo veía como era, un cerebro sensato y un hombre de amplias ideas, que hacía proyectos mucho más importantes que las tareas diarias.

—Tú sostienes mi valor. —Le dijo en una de aquellas noches a Chen—. Cuando me siento débil y creo que quizá Su, Peng y Kang tenían razón, y que estos aldeanos están más allá del alcance de nuestras fuerzas para ayudarlos, cuando siento que los siglos son más poderosos que nosotros, entonces pienso en ti.

Chen oyó esto reflexivamente, frotándose la coronilla lentamente con la mano derecha, según solía.

—Desde luego la gente del campo es más fuerte que nosotros —dijo—. Ellos son la fuerza de nuestra nación y no se les puede hacer cambiar fácilmente.

—Entonces, ¿por qué creemos que debemos cambiarlos? Lo único que necesitamos hacer es demostrar que una cosa es buena y ya cambiarán solos. ¡Recuerda la casa de baños!

Estas pocas palabras abrieron una puerta en el cerebro de James. Se sentó meditando sobre ellas en silencio. Una pequeña olla de barro con carbón de madera estaba entre Chen y él, y se calentaba las manos sobre ella. Su único cuidado eran sus manos, que siguieran flexibles para que la piel no se agrietara. Necesitaba estas manos para curar y las quería sin heridas, de modo que cuando pusiera unguento en la

cabeza de un niño tiñoso, lavara alguna úlcera en la pierna de un labrador o limpiara las pústulas de un leproso, el veneno no arruinara sus manos.

Chen rompió el hilo de estos pensamientos.

—Jim, tengo algo que decirte y no me sale.

James levantó la vista sorprendido.

—Tú y yo hemos hablado siempre sin ninguna dificultad, Chen.

—Sí, pero esto es otra cosa.

La cara de Chen adquirió de repente un subido color rojo y James recordó otro azoramiento así.

—¿No te arrepientes de haber mandado marchar a Kitty? —preguntó, medio de broma.

Chen soltó un bufido.

—¡Aquella Kitty! No..., no... Pero ¿por qué pensaste en una chica, Jim?

—Porque te pusiste colorado.

Chen empezó de nuevo a frotarse la coronilla.

—Ah... sí... bueno... —Así balbucía.

—¡Vamos..., vamos! —dijo James.

Chen tragó saliva, cruzó las manos muy apretadas sobre su regazo y se lanzó.

—Quiero casarme con Mary —dijo bruscamente.

—¿Eh? —preguntó James como un estúpido.

—Ya me oíste —dijo Chen. Había enrojecido hasta los ojos.

—Pero tú siempre te estás riendo de ella —dijo James con el mismo aire estúpido

—. Y ella nunca comprende de qué te ríes. ¡Y os peleáis con mucha frecuencia!

—Los matrimonios se pelean siempre —contestó Chen.

—¡Ah, Chen, pero vosotros no os portáis como los enamorados!

—¿Has estado enamorado tú alguna vez?

Cuán raras veces pensaba James en Lili, cuán resueltamente la había apartado de sí, y sin embargo, ahora su dulce cara encantadora, su voz infantil, volvieron a su memoria. Recordó su amor por ella, y cómo, mientras vivió, aquel amor lo había envuelto en un sueño. Mary y Chen no caminaban en sueños. Ella estaba ocupada y llena de vida y mandaba a Chen que hiciera esto y aquello, y Chen se reía de ella algunas veces y hacía una gran exhibición de obediencia, y otras se limitaba a reírse y no hacer nada, y cuando ella le acometía con violencia se hacía el aterrorizado. No se parecía en absoluto a lo que había habido entre él y Lili.

—Yo estuve enamorado —dijo James gravemente.

—¿Murió ella?

—Se casó con otro.

—¡Qué estúpida! —Exclamó Chen apasionadamente—. Bueno, mejor suerte para mí, Jim..., y para ti también algún día.

—Yo no me casaré pronto —dijo James.

—Yo, sí —replicó Chen—. Pero el asunto es... ¿cómo puedo decírselo a Mary?

Se sentó con las piernas extendidas y abiertas, las manos sobre las rodillas, el pelo tieso, y su cara cuadrada tan implorante que James estalló en una carcajada.

—Tú le dices cualquier cosa. ¿Por qué no le puedes decir esto?

Pero Chen estaba serio.

—No, no. Esto es diferente. Es serio. Un hombre no puede acercarse sencillamente a una mujer y decirle eso.

—¿Por qué no? Tú no eres un aldeano enamorado, ¿verdad?

Chen continuaba con expresión grave.

—Es delicado. El estilo antiguo no es bueno... para nosotros... Sin embargo, a mí no me gusta tampoco para nosotros el estilo americano. Lo vi en las películas. Me resulta desagradable... e insultante para Mary.

Era tan asombroso ver a Chen, siempre dispuesto a emprender cualquier cosa, así desconcertado por el amor, y enamorado de Mary, a quien veía todos los días y hacía enfadar con la misma facilidad que respiraba, que James se quedó sin poder pronunciar palabra durante unos minutos, medio divertido y medio impresionado. En este silencio Chen continuó hablando.

—Además, ¿cómo puedo saber si ella piensa de mí lo que yo desearía que pensara? Puede ser que necesite una pequeña preparación... ya sabes, alguien que le dijera, por ejemplo: «¡Eh, Mary: ese Chen que es un tipo tan bromista y brusco..., de corazón es otra cosa! Es bastante bueno. Es muy fiel...». Una cosa así, Jim.

—¿Quieres que yo se lo diga? —preguntó James.

—¿Lo harás, buen hermano? —dijo Chen, con la cara muy colorada otra vez—. Eso es lo que quería pedirte.

—¿Por qué no? Yo le diré eso y mucho más.

—¿Te gusto bastante? —preguntó Chen con ligera ansiedad—. Tu padre, por ejemplo..., ¿no se opondría?

—Mi padre me parece estar tan lejos que ni siquiera pensé en él. En cuanto a mí, tú ya eres mi hermano, y con alegría te daré mi hermana para que se confundan nuestras sangres.

Chen volvió a sentarse y se enjugó la cara con una manga y exhaló un suspiro de alivio.

—Bueno, ahora ya me siento mejor —dijo en voz alta—. Desde luego, no debo alegrarme demasiado todavía. Tal vez a ella no le guste como marido.

—A esto, si he de ser sincero, no te puedo contestar —dijo James—. Yo no he notado nunca que pensara en ningún hombre, ni siquiera en un marido.

Cambiaron impresiones sobre Mary, y Chen preguntó excitado:

—Jim..., ¿qué te parece? ¿Por qué no preguntárselo a ella ahora?

—Pero estará por irse a la cama.

—Chen se levantó y miró a través del patio.

—Tiene la luz todavía detrás de la ventana —dijo—. ¡Eh...! ¿Cómo podría yo dormir ahora mientras no lo sepa?

—¿Y cómo podrás dormir si ella no te quiere? —preguntó James en respuesta.

Nadie pudo responder a esto. Los dos jóvenes se miraron. Chen se puso repentinamente pálido. Apretó sus agradables labios formando una mueca.

—Debo saberlo —murmuró.

James no demoró un momento más.

—Entonces yo se lo preguntaré —dijo, y se fue a hacerlo.

Mary estaba acepillándose su corta cabellera, negra y lacia, cuando oyó un golpecito en la puerta. Se había quitado la ropa de calle y tenía puesta una bata de baño de lana roja que había traído de América. Abrió la puerta y vio a su hermano.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Quiero hablarte unos minutos, Mary.

—Entra —dijo—. Pero ¿de qué se trata, para no poder esperar hasta mañana?

Estaban hablando en inglés, y algo había en este idioma que dificultaba la expresión de lo que debía decir, así que volvió al chino.

—Vengo por un extraño motivo.

—¿Qué es ello? —preguntó Mary, todavía en inglés.

—Soy un intermediario, un casamentero, y te traigo una proposición.

—¡No seas tonto! —Exclamó ella.

—¿Es esto tonto? Quizá lo sea —contestó James—. Porque yo le dije a él que viniera junto a ti a decírtelo, pero no pudo. Se siente tímido contigo cuando se trata de amor.

¿Se dio cuenta Mary de lo que estaba hablando? Le pareció que sí. Los ojos se le oscurecieron y agrandaron, las mejillas se le sonrojaron y se entreabrieron sus labios. James esperó que hablara, pero no lo hizo. Se sentó en el borde de la cama y él en la banqueta de al lado de la mesa y continuaron mirándose.

—Chen te quiere, Mary —dijo sencillamente y pronunció estas palabras en inglés.

—¡Oh! —Exclamó Mary, y fue un suspiro muy suave, como el de un niño.

—¿No me dices nada más? —Inquirió él.

—Pero... ¿cómo lo sabe? —preguntó.

—Parece saberlo bien —dijo James con ternura.

Ella se quedó contemplándolo, más sonrojadas las mejillas todavía.

—¿Y tú no dices nada? —preguntó James.

—Estoy tratando de descubrir qué es lo que siento —dijo—. Creo que me siento... feliz.

—¡Magnífico! Tómame un poco más de tiempo. —La animó.

Esperaron y él la vio bajar los ojos hasta sus menudos pies descalzos.

—No he tenido tiempo de ponerme las chinelas. Se me enfrían los pies.

—¿Dónde están? Yo te las buscaré.

—No, están aquí, debajo de la cama. —Encontró las chinelas y se las puso.

—Tienes que tener cuidado con estos pisos de tierra —dijo James. Se levantó—.

Bueno, ¿quieres que le diga que mañana hablarás con él?

Alzó ella las largas pestañas rectas.

—Sí —murmuró. Se volvió y recogió otra vez el cepillo y quedó contemplando un instante la negra lisura de sus cabellos.

—Yo quiero que seas feliz, Mary —dijo por último James.

—Siempre soy feliz —contestó ella con aquella mirada de dulce firmeza que él tan bien conocía. Y James la dejó para volver con Chen.

Encontró a su amigo paseando inquieto alrededor del cuarto.

—¡Cuánto tiempo tardaste! —Exclamó Chen.

—No mucho —contestó James—. Ella no lo había pensado...

—¿No había pensado en mí? —Gimió Chen.

—Digamos... en el casamiento.

Chen sintió como si de repente se le aflojaran las piernas.

—Pero todas las mujeres tienen que casarse. —Objetó.

—No hoy en día. Estás demasiado anticuado, Chen.

—Entonces supongo que ella no quiere...

—Ella quiere hablar personalmente contigo mañana.

—Quieres decir que no...

—No te rechaza —contestó James lenta y claramente—. Lo está pensando. Me atrevo a decir que pasará pensando en eso toda la noche. Pero conociéndola, no me cabe duda que mañana Mary sabrá lo que quiere.

Chen gruñó:

—Yo no dormiré en toda la noche.

—Serás un estúpido y mañana no presentarás tu mejor aspecto.

Esto lo alarmó.

—Es verdad... mejor será que me vaya ahora a la cama.

Se volvió apresurado y se encaminó a su habitación. James siguió despierto también durante bastante tiempo aquella noche. Entonces era por esto por lo que Chen había estado tan contento aquí en la aldea. Su amor estaba aquí. El hombre puede vivir y trabajar si tiene amor. Su imaginación retrocedió sin querer a Lili... Estúpidamente, se decía, porque ahora estaba casada y quizá hasta sería madre de algún hijo. Pero él la había conocido tal como ella era durante algún tiempo y este fragmento de recuerdo era todo lo que le quedaba. Hubo en América muchachas enamoradas de él, se había dado cuenta bastante bien, pero no las quiso nunca. Cuando notaba que el afecto de estas muchachas hacia él aumentaba, enfriaba las relaciones y se refugiaba en su trabajo. Su carne era ajena a la suya. ¿Pero iba a vivir solitario toda la vida? No, gritaban cuerpo y corazón. Pero ¿cómo podría encontrar aquí una mujer de quien enamorarse? Él no pertenecía ni a lo antiguo ni a lo nuevo. Quería una esposa que pudiera ser una compañera para él lo mismo que una madre para sus hijos. Quería amor al mismo tiempo que compañerismo.

No pudo encontrar un lugar cómodo en su cama aquella noche y casi amanecía

cuando se durmió.

Pero Mary reposaba tranquila en la cama. Estaba acostada de espaldas y contemplaba el dosel que tenía encima. La luna brillaba fuera y la habitación estaba enteramente a oscuras. La noche era fría y apacible. Estaban a mediados de invierno. Llevaban en la aldea un año. Ella no había pensado nunca en enamorarse, porque estar enamorado ocasionaba siempre muchos trastornos. Louise estaba enamorada siempre, y Jim lo había estado. Ella y Peter no se enamoraron nunca, pero Peter estaba muerto.

¿Qué significaba estar enamorado? Ella no había separado nunca a Chen y a Jim en sus pensamientos, pero ahora recordaba que siempre ponía a Chen primero...; es decir, siempre los nombraba así: Chen y Jim.

Una vez Peter se lo había reprochado.

—¿Por qué dices el nombre de Chen antes del de tu hermano? —Le preguntó.

Ella le había devuelto la mirada.

—No lo sé —contestó honradamente.

Cerró los ojos y pensó en toda la gente que conocía. La cara de Chen fue la primera que apareció en la oscura cortina de sus párpados. Cuando quiso hacer el cuarto para su escuela, recurrió a Chen, no a James. Habían trabajado duro, pero les pareció como un juego. Chen la hacía reír. A veces la incomodaba, pero resultaba agradable estar enojada con él. A él no le molestaba. Podía estar todo lo incomodada que quisiera con él, que no le importaba. Se sentía cómoda a su lado. Con Chen podía ser tal como era. ¿Era esto estar enamorada? «Se lo preguntaré a él mañana», pensó.

No era fácil para un hombre y una mujer estar solos en una villa ancestral. Las malas lenguas trabajaban activamente y se daba por sentado que la mujer y el hombre estaban interesados sólo por cosas del sexo. Era necesario, aun para una nueva Liang, trabajar mientras hablaba con un hombre. Así que Mary al día siguiente por la tarde limpió el cuarto de James mientras hablaba con Chen. Los niños andaban por allí y cruzaron el patio uno o dos criados, un nuevo colono que buscaba al Tío Tao y dos mujeres que querían mandar sus hijos a la escuela. Todos ellos vieron que Mary estaba trabajando de verdad para limpiar el cuarto de su hermano y Chen leyendo un libro en el umbral del suyo que se abría sobre el mismo patio. Cuando no pasaba nadie, Chen y Mary paraban. Hablaban en inglés para mayor seguridad:

—¿Es esto estar enamorada? —preguntó ella, cuando le terminó de explicar lo que sentía.

—Si tú estás contenta de estar conmigo, es bastante para empezar —dijo Chen lleno de alegría—. No puedo esperar que una buena chica como tú, Mary, proceda como una salvaje mujer del Oeste.

—Pero tienes que prometer que me dejarás seguir enseñando.

—Te lo prometo —dijo Chen al instante—. Más que eso, insisto en ello.

—Yo podría querer dejarlo. —Replicó Mary de repente.

—¡Te lo prohibiré! —Exclamó Chen. Le chispeaban los ojos. Luego se rió—. Tú

harás exactamente lo que quieras, ahora y siempre. —Le dijo con ternura.

Se quedó mirándola vacilante, y tan adorable estaba su cara con los ojos grandes y oscuros y la boca tan roja y llena, que se sintió enloquecido de felicidad. Miró apresuradamente a su alrededor y no vio a nadie. Vencido por esta felicidad avanzó impetuosamente, la tomó en sus brazos, con escoba y todo, y la besó exactamente como había visto hacer en las películas americanas. Nunca había soñado que esto fuera posible ni ella tampoco. Ambos quedaron asombrados de lo bien que se besaron. Chen dio un paso hacia atrás.

—¿Te molesto? —preguntó humildemente.

Ella parecía transfigurada, contemplándolo y con la escoba apretada entre las manos. Respondió con un movimiento negativo de cabeza a su pregunta, y sus ojos seguían extasiados.

## CAPÍTULO XIX

El doctor Liang sintió un gran consuelo con las noticias de Mary. Había orgullo, también, en su consuelo, porque hasta que las hijas están casadas un padre tiene una sensación de inquietud ante un deber no cumplido. Las hijas solteras todavía pertenecen a los padres, y como el fruto que pende demasiado tiempo del árbol, hay algo poco natural en ello. Seguramente, se había dicho el doctor Liang con frecuencia, era muy difícil ser padre en estos tiempos postconfucianos. En los viejos tiempos, aquellos días dorados, el padre escogía un marido conveniente para su hija, se celebraba la boda, y el padre podía pensar en otras cosas.

En nuestros tiempos, en cambio, desaparecidas todas las antiguas armonías y habiendo ocupado su lugar la discordancia, los padres sólo pueden hacer objeciones. Pueden objetar si sus hijas se casan con hombres inconvenientes, o si no se casan. El doctor Liang había hecho las dos cosas. No se había reconciliado nunca enteramente con su yerno, y le confesó a su mujer que no comprendía cómo su hija podía dormir con un americano.

—Me figuro que un hombre es un hombre —dijo vivamente la señora Liang.

El doctor se ofendió por esto.

—Tú eres demasiado grosera. —Replicó—. Yo no creo que a mí, por ejemplo, se me pueda confundir con ese que se ha casado con Louise. ¡Fíjate en su aspecto! Tiene los huesos grandes. Está groseramente educado. Cuando yo menciono cualquier tema de literatura o de filosofía, no sabe ni de lo que estoy hablando.

—En la cama ni siquiera tú hablas de literatura ni de filosofía. —Le contestó la señora Liang a su modo poco literario.

El doctor Liang no le contestó. Había formulado en su imaginación varios párrafos buenos que utilizaría en sus conversaciones con Violet Sung. Entonces recordó que ella también estaba relacionada de un modo extraño, al que no se podía aludir, con un inglés. Violet no mencionaba nunca el nombre de Ranald Grahame y el doctor Liang no se permitió jamás pensar en aquella parte de la vida de Violet con la cual no tenía nada que ver. Sus relaciones con ella, que ahora eran infinitamente más profundas que una mera amistad, continuaban en un nivel puramente espiritual.

Este nivel había permanecido sin cambios hasta que Louise regresó a Nueva York casada con Alec Wetherston. El doctor Liang encontró a la familia Wetherston incompatible con él y después de una comida de familia en la que se había sentido extremadamente incómodo no aceptó ninguna reunión más. Alec, según le decía a la señora Liang, era un joven vacío. No podría comprender nunca qué le encontraba Louise. El niño que había traído de China no lo consideraba digno de su atención, y la descendencia de Louise, que había nacido en julio, era una niña, y por lo tanto indigna de ocuparse en ella también. Una chica de sangre mestiza era una hija de la desgracia. No podía imaginarse quién se casaría con ella.

Había recordado a Violet Sung en aquel momento y que ella también era mestiza.



Pero a su parecer los franceses eran el pueblo occidental más afín de los chinos. Además, en el caso de Violet el padre era el chino, y la fuerza masculina china dominaba siempre.

Sin embargo, el doctor Liang reservaba sus sentimientos sólo para él y su esposa. Hablaba con Louise cuando venía a casa y tenía la amabilidad suficiente para sonreír a la criatura gordita a la que Louise había dado un origen mestizo. Afortunadamente la niña tenía los ojos y el pelo oscuros. Sin embargo, era una hija de Wetherston, y tenía muy poco de él. Seguía pensando que los Wetherston no eran unos parientes como para enorgullecerse. El señor Wetherston indudablemente era honrado, pero pertenecía al tipo de comerciante vulgar americano, bastote, jovial, calvo y aficionado a dar palmadas en la espalda, que hacían estremecer al doctor Liang, y su conversación resultaba pesada y aun estúpida. Al parecer no leía libros. La señora de Wetherston era ese tipo de mujer que se encuentra en todos los países, una hembra que no es más que la madre de sus hijos. Después de haber producido estos hijos poco le quedaba, excepto un residuo de la carne. El que los dos padres Wetherston y sin duda toda la familia parecieran querer a Louise, que acumularan sobre ella regalos y atenciones, no le parecía más que lo justo. Así reconocían la superioridad de la familia Liang y sin duda la de los chinos.

Por lo tanto, cuando el doctor Liang recibió una carta de James, otra de Mary y una tercera de su nuevo yerno, se puso francamente alegre de que Mary hubiera elegido tan bien. Examinó la letra de la carta de Chen. No era demasiado buena. Puso la carta a la altura de los ojos y le dijo a su mujer:

—Éste no es un intelectual. No obstante, hay cierta fuerza ruda en su estilo. No se limita a copiar una escritura delicada. Conoce las raíces de las letras y escribe correctamente y con vigor. Tiene temperamento y fuerza. Espero que nuestra hija no se peleará demasiado pronto con él.

La señora de Liang no replicó. Estaba absorta leyendo la carta de Mary, que estaba escrita de un modo llano y sencillo para que ella pudiera leerla con facilidad.

*Mi muy querida madre —había escrito Mary—. Te ruego que me perdones por haberme comprometido sin consentimiento tuyo ni de papá. James te explicará cómo sucedió todo. Chen es su mejor amigo. Y yo te aseguro que es un buen hombre. Es feo de cara, pero alto y ancho y tiene la boca cuadrada, que, como tú sabes, es señal de inteligencia, y los lóbulos de las orejas son grandes, lo que, según dice el Tío Tao, es una suerte. Chen se ríe mucho. Es bueno con todo el mundo. Es un doctor, pero a mi juicio no tan bueno como James. Su familia vive en una aldea como la nuestra. Desearía que pudieras venir para nuestra boda, mamá, pero supongo que papá no te dejará. Querida madre, me gustaría preguntarte muchas cosas antes de convertirme en una mujer casada.*

Ante estas palabras la señora de Liang empezó a llorar.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —preguntó el doctor Liang.

—Mary me necesita —dijo ella. No sollozaba alto, pero dejaba que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—¿Para qué? —preguntó el doctor.

—No lo comprenderías aunque te lo dijera.

El doctor Liang pareció revestirse de dignidad al oír esto.

—No soy un estúpido. —Observó—. Tengo una mentalidad que se considera buena.

Ella continuó llorando y él la miraba de cuando en cuando con impaciencia creciente.

—Bueno, bueno —dijo por último con severidad— supongo que estarás llorando sin parar ahora durante unas cuantas semanas. Mejor será que me acostumbre.

Ella se enjugó las lágrimas.

—Liang —dijo con valentía—. Vayamos a la aldea ancestral para el casamiento de nuestra hija.

Él pareció horrorizarse.

—¿Después de tantos años? —Exclamó—. ¿En tiempos tan malos como éstos?

—Me gustaría volver. —Le rogó ella—. Hay cosas que yo debería decirle a Mary antes de la boda.

El doctor Liang parecía molesto.

—Las madres siempre os imagináis que sabéis mucho —dijo—. El hecho es que todas estas cosas vienen de un modo natural. Le digas a Mary lo que le digas, ella hará lo que ya sabe por instinto. Además, ¿qué puedes decirle? —Estaba movido por una vaga curiosidad.

—Hay tantas cosas... —dijo la señora de Liang sin concretar ni mirarlo.

—Todo lo que le digas sólo puede ser producto de tu experiencia conmigo —dijo con dignidad—. Eso no la ayudará en absoluto con un joven como el que ha escrito esta carta. —Y tocó la carta de Chen, que estaba sobre la mesa, con su dedo delicado.

—Yo quiero ir a mi país. —Insistió ella con terquedad.

El remate de todo esto fue que una semana o dos de firme abatimiento por parte de la señora de Liang rebajara de tal modo el punto de resistencia de su marido que convino en dejarla seguir su camino. Declaró que a él no le era posible dejar a sus alumnos de la universidad, pero que si ella no tenía esa sensación de deber hacia él y su hogar, podía irse, para regresar todo lo más dentro de un período de tres meses. Quedó profundamente resentido ante las señales de alegría que ella mostró al conseguir este permiso, y sólo se consoló cuando hubo hablado de todo el asunto con Violet Sung.

Se veían ahora con toda regularidad dos o tres veces a la semana, variando los lugares de sus encuentros, para que no se levantaran habladurías a su alrededor. Todos eran pequeños restaurantes tranquilos en cualquier parte de la ciudad. La rutina

era la misma. Pedían una comida, o quizá sólo un té, y permanecían sentados largo rato, hablando de sus pensamientos y nunca de sus vidas.

El día en que por fin concedió permiso a su esposa, Violet, con su delicado instinto de percepción, notó que él no era feliz. Ella tampoco lo era la mayoría de las veces y este estado de ánimo, tan constante en ella, le daba una sensibilidad casi anormal hacia los otros seres humanos excepto Ranald Grahame. Con él no tenía sensibilidad de ninguna clase. Esto la intrigaba mucho, porque pasaba con Ranald más horas que con ningún otro. Pero seguía siendo un extraño para ella. Lo veía cada día, cada noche, casi como a un desconocido. Conocía cada rasgo de su cuerpo, cada expresión de su rostro como su propio ser físico, pero lo que había en su cabeza, cuáles eran sus sentimientos y sus emociones, eso no lo sabía. Estaban contentos juntos de un modo literalmente físico, y a veces, después de horas de charla con Wen Hua, como le llamaba ahora al doctor Liang, volvía a Ranald con una especie de alivio por no tener necesidad de hablar, de pensar ni de sentir. «¿Qué habría sucedido —meditaba con frecuencia— si estos dos hombres fueran uno? Me habría consumido del todo», pensaba. Tal como estaban las cosas, vivía entre los dos una vida que, si bien era en cierto sentido antinatural, resultaba satisfactoria por su equilibrio.

—¿Por qué estás triste, Wen Hua? —Le preguntó dulcemente.

Aquel día parecía más bella que de costumbre. Llevaba un traje nuevo de seda negra mate, un abrigo negro bordeado de escarlata y sombrero escarlata también. Veía él esta fresca belleza del otro lado de la mesa que los separaba.

—No es nada —contestó, tratando de sonreír.

—Claro que es algo. A mí no puedes engañarme, aunque engañes a los demás.

—¿Engaño yo a los demás?

—Nadie lo sabe más que yo.

Él, por lo tanto, empezó a hablar:

—Creo que le temo a la soledad —dijo con gran dulzura—. La madre de mis hijos quiere dejarme por un tiempo y volver a nuestra villa ancestral. Mi hija mayor se va a casar con un joven doctor chino que es el amigo de mi hijo. Todo esto es bueno. Yo no tengo nada que oponer. Sólo desearía poder ir. Pero mi trabajo me retiene aquí. Y no quiero pensar en los tres meses en mi casa solitaria. —Suspiró—. ¡Ah, ya sé que soy un hombre sin amigos! Mis raíces arraigan profundamente en muy poca gente. Mis hijos me han dejado. Ahora mi esposa, su madre, quiere dejarme también.

—Pero ella volverá. —Le recordó Violet.

—Desde luego..., pero, sin embargo... —Se interrumpió—. Es una cosa extraña que uno pueda vivir toda la vida con una mujer sin amarla, y sin embargo... —Volvió a interrumpirse.

—En cierto sentido tú la quieres —dijo Violet con generosidad—. ¡Qué complejo eres, Wen Hua! Yo te comprendo mejor de lo que tú te comprendes a ti mismo.

—Entonces explícame a mí mismo —murmuró él. Era delicioso inclinarse hacia

esta mujer encantadora y oírse explicar.

Los grandes ojos de Violet encontraron los suyos.

—Tú eres como el loto. Necesitas plantar tus raíces profundas en la tierra debajo de las aguas antes de que puedas florecer y dar fruto. Tu..., la madre de tus hijos ha sido esa tierra. Ella te ha proporcionado un lugar para tus raíces. —Su cara exquisita adquirió el tono de la más pálida perla rosa—. Yo debería estarle agradecida y se lo estoy. La respeto por lo que significa para ti. Porque yo soy quien ha gozado de la flor y del fruto.

Liang estaba demasiado conmovido por esta dulzura y generosidad.

—Tú siempre me enseñas algo bueno —dijo—. Yo seré generoso también. La dejaré ir. Pero sé bondadosa conmigo. Mientras ella esté fuera veámonos con más frecuencia, con mucha frecuencia... ¡Violet!

—Sí —murmuró ella—. Sí.

La señora de Liang cerró los ojos y se echó hacia atrás en el asiento. En el último momento había decidido tomar un avión en lugar del barco. Por qué lo hizo, no lo sabía muy bien. Sólo se daba cuenta de que era mejor. Liang había vuelto una noche a casa muy dueño de sí mismo y le dijo con gran amabilidad que se podía ir. Quedó sorprendida y preocupada.

—Liang, yo creo que será mejor que no me vaya. —Exclamó.

—¿Por qué no? —Replicó él—. Yo ya me he preparado completamente ¡y ahora no quieres ir!

—He estado pensando... ¿quién te cuidará?

—Nellie me dará de comer, y yo trabajaré mucho y esperaré tu regreso —dijo con demasiada simpatía.

Se quedó contemplándolo, pero él le sostuvo la mirada sin parpadear. Parecía sentirse bien a gusto y esto la alarmó más.

—Entonces debo ir en avión —dijo—. Volaré a la ida y a la vuelta. Suponiendo que me quede un mes, me daré por satisfecha.

—Te marearás en el aeroplano. —Le reconvino él—. Recuerda cuando en China te mareabas hasta en el tren..., e incluso creo que de novia te sucedió eso en tu silla de manos.

Ella no quiso traer a la memoria aquel desagradable recuerdo de hacía mucho tiempo, cuando salió de su silla nupcial pálida y descompuesta con el mareo. Los conductores de las sillas siempre sacudían a las novias cruelmente, riéndose si se mareaban, porque era señal de buena salud y embarazo temprano.

—Ahora soy más vieja —dijo—. Si me mareo, me marearé; no me preocuparé mucho.

Así quedó decidido, y ella realizó todos los preparativos. Compró regalos para Mary, medias y ropa interior americana y un sweater de abrigo, y otros dos para

James y para su yerno. Si hubiera ido en un barco habría llevado baúles, y el doctor Liang estaba íntimamente satisfecho de que en el avión pudiera llevar muy poco.

Pero no hizo sólo en materia de ropas sus preparativos. Fue a ver a Louise y tuvo una conversación ruidosa con la señora de Wetherston en la cual dio a conocer su alegría por tener otro yerno.

—¡Qué agradable! —Había dicho vivamente—. ¡Un yerno americano y otro chino! Estoy segura de que el americano es mejor, pero de todas maneras yo acepto lo que les gusta a mis hijas. ¡Alec es tan bueno! Gracias, señora de Wetherston, por ser tan buena madre de un hijo tan bueno. Es demasiado bueno para Louise. Ella es una muchacha muy egoísta, yo lo sé.

—Louise es un encanto —dijo la señora de Wetherston.

—Muchas gracias, pero yo lo sé —dijo la señora Liang—. Deja las cosas en cualquier parte. «¡Louise! —le digo—, ahora tienes un nene. No puedes dejar todo en cualquier lado. Eso está muy mal. ¡Recógelo!». ¡Pero ella está tan mimada! Le ruego que me disculpe.

—Yo no quiero oír una palabra contra nuestra chiquita —dijo acaloradamente la señora de Wetherston. Quería mucho ya a la señora de Liang y pasaba horas muy felices describiéndoles a sus amigas lo interesante que resultaba todo desde que Alec se había casado con una muchacha china. «Desde luego, queridas mías, la familia es excepcional», les decía siempre.

Al doctor Liang, aunque lo respetaba, no le profesaba simpatía. Después de una comida en que se congregaron las dos familias, el señor Wetherston se había negado a perder más tiempo con el doctor Liang.

—Nosotros no hablamos el mismo lenguaje. —Le dijo a su mujer.

—Yo creo que debemos tratar de comprender la psicología china, querido mío. —Le había dicho ella con gran dulzura.

Pero también se había negado a esto el señor Wetherston.

—Ya tengo bastante con la, psicología de mis clientes —dijo con firmeza—. No quiero gastarla con mis parientes. —Él hubiera preferido que Alec se casara con una linda muchacha americana y no lo ocultaba—. Vamos, Dorothy. —Le decía a su mujer—. Yo no diré nada. Para china, Louise es una buena chica. Pero yo hubiera preferido que Alec se casara con una linda muchacha americana en lugar de traer a casa una extranjera. Claro que no tiene remedio, y ya había el pequeño Alec. Nosotros no sabíamos nada de él. Creo que me hago cargo de las circunstancias...; bueno, lo único que puedo decir es: tratemos de que Louise se haga americana lo más rápidamente posible, y olvidemos a todos los demás. —Como él salía de casa antes de las nueve de la mañana y no volvía de su oficina en el centro hasta después de las seis de la tarde, estaba en condiciones de hacer esto con facilidad.

La señora de Wetherston no tenía valor para decirle que estaba empezando a disfrutar de su posición única como suegra de una linda muchacha china, sobre todo de una hija de la familia Liang. Nadie le había prestado atención nunca, y ahora sí. En

su club de *bridge*, donde siempre pasara inadvertida excepto por lo mal que jugaba, ahora se fijaban en ella y le hacían muchas preguntas. Una vez incluso vino un periodista para hacerle un reportaje, y al día siguiente estaba medio orgullosa y medio confusa al ver su retrato en un periódico de la noche, inserto en medio de una columna, donde se explicaba lo que pensaba la madre de un hijo casado con una esposa china. Se sentía hipócrita cuando Alec le daba las gracias por ser tan buena con Louise.

—Podías haber sido tan diferente, mamá —decía agradecido.

—Pero yo disfruto con ella, querido. —Protestaba—. Y la nena es tan buena... y tan linda, Alec. ¡Y Louise fue tan encantadora poniéndole Dorothy de nombre!

El matrimonio estaba saliendo bien. Si Louise se volvía más bien perezosa, en cambio tenía un carácter dulce y estaba contenta, porque se había enamorado fácilmente de su marido. Había vuelto a reanudar su amistad con Estelle, y se reía de su capricho infantil por Phillip. Éste estaba casado, además, y se había ido a California por causa de su esposa, una rubia brillante que quería actuar en el cine, con gran disgusto de su padre. Louise no iba nunca a la casa de Morgan, pero Estelle, que era soltera todavía y trabajaba en la radio, había venido con frecuencia al principio a visitar a Louise.

—Phillip no era más que un chiquillo. —Había murmurado Louise, sonriendo, y sus grandes ojos chinos estaban llenos de importantes secretos que Estelle no podía adivinar.

Luego la amistad empezó a disminuir sin saber por qué. Louise, casada con un joven americano guapo, criando a su linda hija y cuidando de su vivaracho hijastro, se había vuelto insoportable para Estelle. Desde la guerra, las muchachas se casaban jóvenes. ¿Tener veinticuatro y luego veinticinco años y no estar casada aún? Como si no hubiera bastantes chinos con los que Louise podría haberse casado. Los americanos debían casarse con las americanas. Cuando Estelle dejó de ir, Louise no la echó de menos. No echaba de menos a nadie.

—Louise —dijo la señora de Liang cuando se cerró la puerta—. Ahora quiero que me escuches.

Puesto que Louise pertenecía a la familia de Wetherston, la señora de Liang consideraba a veces su deber hablar con ella en inglés.

Louise, cambiando los pañales a su adorable nenita, no levantó la vista. El pequeño Alec estaba vaciando la bandeja de los alfileres y ella no apartaba de él su mirada.

—Sí, mamá —murmuró.

—Ahora voy a dejar a tu papá casi durante dos meses. Por lo menos seis semanas. —Siguió la señora de Liang—. Tú no debes quedarte aquí y no ir a verlo. Todos los días, o uno sí y otro no, debes ir a nuestro departamento y ver lo que está cocinando Neh-lí.

—Muy bien, mamá —dijo Louise. No tenía la intención de semejante fidelidad,

pero no quiso disgustar a su madre con la verdad. Levantó a la nena con ternura en sus brazos, se desabrochó el delantero de su vestido y ofreció su lleno pecho joven a la boca dócil de la nena. Así sentada en una silla baja formaba un cuadro tan delicioso que conmovió el corazón de la señora Liang.

—Como yo contigo —murmuró con los ojos brillantes.

Louise sonrió sin creerlo. Su madre nunca podía haber sido linda, ni siquiera de joven.

—Vamos, mamá —dijo.

La señora de Liang tiró de su silla acercándola más y habló con rapidez en voz baja y en chino:

—¡Eh, Louise!; mira, tu papá es un hombre, naturalmente. Todos los hombres son lo mismo. Les gustan demasiado las mujeres.

Louise apartó la vista.

—¡Oh, mamá, papá es tan viejo!

La señora de Liang se indignó.

—No es tan viejo. Para ti, sí, pero para cualquier mujer de más de treinta, ¡no! Y yo te digo... —Se interrumpió para meditar. ¿Debería o no mencionar el nombre de Violet Sung? No se pudo dominar y siguió, de nuevo en inglés—. ¿Tú conoces a Violet Sung? Ella está siempre...; bueno, ¡no quiero decirlo! Pero cuando yo esté lejos, tu papá será muy débil.

—¡Oh, mamá! —Volvió a murmurar Louise.

—No sigas repitiendo siempre lo mismo —dijo la señora de Liang con irritación—. Ya te lo diré más tarde; cuando no seas tan joven lo comprenderás mejor. Ahora lo único que te digo es esto: vete a ver algunas veces a tu papá, y escucha a algunos amigos, y fíjate si hay conversaciones. Es por el bien de papá. Es muy conocido y demasiado famoso para dar lugar a murmuraciones.

Louise se rió.

—Muy bien, mamá; pero ¡qué divertida eres!...

La señora de Liang se rió también. Se sentía mejor. Tenía poco tiempo y se levantó; recordó que traía unos pantalones nuevos de goma para la nena y se puso a buscarlos dentro de su bolsa.

—Desde luego no se lo digas a Alec. Tu papá no es de su familia. Tal vez yo sea suspicaz, pero conozco mucho a tu papá. Pantalones como los que le he comprado no los tienes para la niña. Se abotonan así, y cuando los lavas, se sacan los botones, y así... —La señora de Liang hizo una demostración—. ¿Son buenos, no es cierto? —Volvió a reírse de buena gana—. Bien, ahora yo vuelvo a la aldea ancestral y tengo que acostumbrarme a los orinales colgando del culito de los nenes y a los pantalones abiertos para que hagan pis en el suelo. No te preocupes..., en China no es malo. Aquí, desde luego, no puede ser. Con alfombras en el suelo y todo eso. Yo creo que a veces los americanos se toman demasiadas molestias.

Louise volvió a reírse.

—¡Oh, mamá!, verdaderamente eres escandalosa, pero no te das cuenta.  
—¿Escandalosa? Yo no soy escandalosa, Louise. —Protestó la señora de Liang.  
—¡Oh, mamá! —Repitió Louise sin poderlo remediar.

De casa de Louise, la señora de Liang fue a la de la señora de Pan. Las dos mujeres habían discutido de arriba abajo el compromiso de Mary hasta que ya no quedó nada por decir. Pero la señora de Liang, después de desahogar su corazón, había decidido pedir también a la señora de Pan que le pusiera al tanto de cualquier murmuración. Cualquier chismorreó que hubiera llegaría en seguida a Chinatown, donde todos sabían lo de todos.

La señora de Pan estaba de rodillas fregando el piso cuando llegó la señora de Liang y se alegró de verla. Se levantó, retorciendo el trapo, y dio un golpecito suave a su hijo menor en las piernas desnudas.

—¡Eh, chiquito, no ensucies el piso! —Le dijo con burlona severidad. Luego se echó a reír—. Entre, señora de Liang. Mis hijos son terribles. Siéntese, ya tengo hecho un poco de té. Estos pastelillos se enmohecen si no los comemos. ¡Caramba, caramba; así que de verdad se va usted en avión! Yo no me atrevería. ¡Tengo un estómago tan estúpido!

La conversación corría veloz, la mayoría del tiempo a dúo, hasta que se tomó el té, se comieron los pastelillos, y la señora de Liang llegó al punto que la señora de Pan había estado esperando.

—Señora de Pan... —Empezó la de Liang, enjugándose la boca con el borde de la manga.

La señora de Pan tenía un aspecto solemne.

—Sí, señora de Liang, continúe, por favor. No tenga miedo de mí. Yo soy muy buena amiga de todo el mundo y sobre todo de usted, ahora.

La señora de Liang carraspeó.

—Usted es también una mujer casada hace tiempo, señora de Pan —dijo conmovida—. Yo no tengo que explicarle cómo son los hombres en todas partes. Liang no es peor que los demás. Pero yo me voy lejos durante seis semanas ahora. Lo único que temo... —Hizo una pausa.

La señora de Pan le sonrió con ternura.

—Ya lo sé. Usted le teme a Violet Sung.

—¿Cómo lo sabe? —Exclamó la señora de Liang.

—Todas las mujeres le tienen miedo. Yo me alegro mucho de que mi Billy Pan no sea más que un viejo comerciante vulgar de Cantón. Ella no puede fijarse en él, pero él la mira cuando ve sus retratos en los periódicos. Y yo le digo: «Billy, ella ni siquiera conoce tu nombre». Y él me contesta: «¿No puedo ni mirarla?». Y yo le digo: «Claro que puedes mirarla... un minuto. Si la miras más ¡te araña!».

La señora de Liang estaba aterrada.

—¿Ha oído usted algunas murmuraciones?



La señora de Pan se apresuró a consolarla.

—No..., no..., ¿cómo podría? Pero su doctor Liang es guapo y famoso y no un comerciante vulgar de Cantón. Él es un hombre de Pekín, un sabio excepcional, habla para las damas americanas y por el estilo. ¡Yo lo sé!

La señora de Liang se puso pálida y la de Pan continuó rápidamente:

—¡Vamos, no se preocupe, señora de Liang! Consuélese, por favor. Yo escucharé por todos los rincones y algo oiré. Cualquiera puede decírmelo, porque saben que soy su amiga. Suponiendo que oyera algo, la escribiré rápidamente.

La señora de Liang exhaló un profundo suspiro.

—¡Bueno! Y yo me fiaré de su carta.

Se levantó, sacó una muñequita de trapo del bolso para la pequeña de la señora de Pan y luego dos pastillas de jabón para la madre.

—Gracias —dijo.

—Gracias a usted. —Correspondió la señora de Pan.

Así se separaron. Pero lo que la señora de Pan le había dicho la preocupó de tal manera, que aun contra lo que su buen juicio le aconsejaba habló incluso con Nellie el último día.

—¡Eh, Neh-lí! —le dijo cuchicheando en la cocina.

—¿Qué hay, señora? —preguntó Nellie con las manos en el fregadero.

—Cuide bien de todo.

—Márchese tranquila. —Prometió Nellie.

—Neh-lí. —Repitió la señora de Liang frunciendo la boca.

—¿Dígame?

—Quiero darle esto... ¡tome!

—Se lo agradezco mucho —dijo Nellie tomando rápidamente el billete de diez dólares que le alargaba. Quedó sorprendida y aun asustada, porque la señora de Liang nunca le había dado más de un cuarto de dólar. ¿Estaría por ocurrirle alguna desgracia?

—Quiero decirle algo —habló la señora de Liang en tono apremiante—. Por favor, no abra esta puerta a ninguna señora.

Los ojos grises de Nellie se abrieron con asombro.

—Bien, de seguro, señora...

La señora de Liang la interrumpió.

—No, por favor, y sobre todo a una señora llamada Violet Sung. Ésta no puede entrar aquí mientras yo esté afuera.

—No la dejaré pasar. —Convino Nellie.

La señora de Liang le dio unos golpecitos cariñosos en el brazo.

—¡Confío en usted!

—Pero ¿y si el señor la deja entrar o yo no estoy aquí? —preguntó Nellie.

—Vigile todos los días. —Le mandó la señora de Liang—. Mire si hay algún pañuelo de señora, alguna flor o perfume... —La señora de Liang olfateó, con la

nariz al aire, para ilustrarla.

—Ya la comprendo —dijo Nellie sucintamente—. Yo tuve disgustos con mi viejo... hasta que lo atropelló un camión.

Así, finalmente, la señora de Liang estuvo lista para irse. El doctor Liang la llevó al aeroplano y le regaló una gardenia. Se apretaron las manos un momento.

—Liang, por favor, no comas cangrejos mientras yo no estoy. —Le suplicó ella. Creía que nadie conocía un cangrejo verdaderamente fresco como ella.

—No, no. —Le prometió.

Un instante después entró apresurada en el aeroplano y la puerta se cerró. Lo saludó con la mano desde la ventanilla y la separación quedó hecha. Ahora sentía elevarse muy alto el aeroplano en el aire mientras pasaba por encima de la ciudad de Nueva York. Unos cuantos minutos más tarde, el avión zumbaba sobre el océano Atlántico, con las alas extendidas y la nariz hacia el Este. El estómago comenzaba a protestar; así, pues, la señora de Liang se reclinó y cerró los ojos.

## CAPITULO XX

En la aldea James empezaba a luchar ahora con una sensación de soledad tal como no la había imaginado en su vida. Cuando trataba de descubrir la causa de su melancolía, la encontraba profundamente oculta dentro de sí mismo. Se reconocía en secreto, se tomaba la temperatura, la presión sanguínea, e incluso analizó una muestra de su sangre, buscando algún nuevo germen. Aún no había llegado la estación de los mosquitos y de la malaria, no tenía pulgas y los otros insectos, al menos que él supiera, no habían cruzado la frontera entre los antiguos Liang y los nuevos. Estaba decidido a no hablar con Mary ni con Chen por no arruinarles su felicidad, y ellos se encontraban demasiado alegres para darse cuenta de que él no lo estaba.

Era introspectivo y, sin embargo, capaz de apartarse incluso de sí mismo. Así vio que no era como Chen, quien, según llegó a percibir cada vez más claramente, era realmente semejante a Mary. Estos dos eran de naturaleza sencilla. Ambos eran buenos; es decir, no podían satisfacerse con vivir de un modo enteramente egoísta. Necesitaban sentir que lo que hacían, su trabajo diario, prestaba alguna utilidad a su pueblo. Fuera de esto, ambos gozaban con los alimentos sencillos, las ropas vulgares, y una casa donde no tuvieran que preocuparse si los muebles se estropeaban. Los libros eran para diversión más bien que para instruirse, a no ser que les enseñaran alguna manera mejor de hacer lo que de todas maneras harían. Mary leía fielmente una y otra vez los pocos libros de escuela para enseñar a los niños, y escribía cartas a sus anteriores maestros de Nueva York, pidiéndoles grabados y nuevos materiales de enseñanza. Chen no escribía cartas a América y ridiculizaba amablemente los grabados de Mary, y aunque no era demasiado cuidadoso como doctor, a todo el mundo gustaba. James no se permitía sentirse dolido cuando veía que las gentes que venían en número cada vez mayor a la clínica se volvían primero hacia Chen. Las chifladuras y el buen humor de éste les inspiraban más confianza, aun cuando James sabía que él era un doctor mejor.

Además, James estaba impaciente, porque no había tenido aún una oportunidad de realizar una operación. La gente se aterraba cuando hablaba de algo más que de sajar un furúnculo; ni siquiera un lobanillo podía extirpar, y la tozudez del Tío Tao fomentaba este temor. James tuvo que contenerse un día que vino un soldado con una herida de fusil en el brazo, pero cuando el hombre murió de la gangrena no pudo menos de decir:

—Habría vivido, aun cuando sin un brazo. —Explicó a la gemebunda madre del hombre—. Pero usted no me dejó salvarle la vida. —La madre no le quiso más por decirle semejante verdad y cuando volvió a su casa les contó a sus vecinos cómo había salvado a su hijo prolongándole un poco la vida al menos, porque no le permitió al doctor que le cortara el brazo.

James estaba enojado con los temores de la gente y con su ignorancia, pero no quería llegar a odiarlos por estas cosas. Ni siquiera se permitía hablar de ellas, y

guardaba para sus adentros su impaciencia y su descontento. Pero cada vez se daba más cuenta de que no se abriría camino verdaderamente a no ser que encontrara alguna especie de puente que lo introdujera en aquel lugar, cualquiera que fuese y dondequiera que estuviese, donde residía el pueblo. Sus pies pisaban el suelo físico de sus antepasados, pero su cerebro no estaba, ni podría estar allí, y su alma no era el alma de ellos, y ellos lo sabían.

No podía retroceder tampoco. Empezaba a comprender mejor ahora a Su y a Peng y los de su clase. Ellos habían llegado también a este punto de darse cuenta de las diferencias. Allí se habían detenido. Aceptaron su aislamiento, pero él no quería hacerlo. Debía haber algún medio de llegar a su pueblo. Ya no estaba contento con la pequeña clínica, aumentada en dos habitaciones para los pacientes que no podían llegar a su casa el mismo día. No estaría contento ni siquiera con un hospital. Conforme pasaban los meses veía que ninguna clase de reformas profundas remediarían la ignorancia, la mala salud y el mal gobierno.

¡Sí, el mal gobierno! Lo que no había visto patente al principio de llegar era que el Tío Tao estaba de algún modo relacionado con la policía del distrito, la que a su vez estaba en contacto con el magistrado local, y estas conexiones ponían al pueblo de la villa a merced del magistrado y del Tío Tao. El magistrado venía de cualquier parte y, como no tenía lazos de sangre en la aldea, oprimía mucho al pueblo. Nadie podía conseguir justicia en su juzgado y los sobornos debían hacerse a la misma puerta si uno quería que lo oyeran siquiera. No importaba qué clase de mal cayera sobre un aldeano; él consideraba mejor ir al juzgado para tratar de conseguir justicia. Las tasas eran elevadas, excepto para el Tío Tao, y los pobres pagaban más que nadie.

Había horas de la noche en que James, acostado impaciente en su cama, odiaba hasta su nombre. Como él era un Liang, se decía, el pueblo no le tendría confianza nunca. Pero ¿cómo podría remediar su nacimiento? Se prometía con furia que encontraría un camino, aunque fuera un Liang, para abrirse paso hasta su pueblo. Luego, a veces, hasta su determinación le fallaba y recordaba el hospital limpio y hermoso de Nueva York, donde podía haber llegado a ser un gran cirujano, y pensaba en la linda casa de su padre, y recordaba lo que podría haber sido su fortuna si se hubiera quedado allí y casado con Lili, y lo que habría significado escapar del polvo, la suciedad y el frío y el calor de esta aldea, y de todas las estupideces de este pueblo. Y sin embargo, sabía que no podría haber escapado nunca. A pesar de todo, su corazón estaba aquí. De algún modo encontraría un puente para cruzar aquel corto trecho, aquel abismo fantasmal, entre sus ojos y los ojos de los hombres que lo mirarían en su clínica al día siguiente por la mañana.

Con este estado de ánimo recibió James el cable de su padre diciendo que su madre llegaba a China por el aire. El cable llegó a la ciudad bastante pronto, pero desde allí había sido traído a pie por mensajero a la aldea. Con esto, apenas les quedaba a James y a Mary tiempo para recibir a su madre en el aeropuerto. Como de costumbre, el Tío Tao tenía que ser informado primero de las noticias.

La primera dificultad era que nadie le había dicho aún al Tío Tao ni siquiera lo del compromiso. Tan pronto como fuera conocido, les sería imposible a Mary y a Chen volverse a ver frente a frente sin ofender las conveniencias de esta villa ancestral, y lo mismo Chen que Mary no tenían prisa en abandonar la alegría de verse.

Ahora todos convinieron en que había llegado el momento. La madre iba a llegar para la boda, que pronto debía celebrarse, y por lo tanto James debía decírselo todo al Tío Tao inmediatamente. Se dirigió al anciano una noche, después que el trabajo del día estuvo terminado.

Cada día que pasaba sabía James con más seguridad que en un momento u otro tendría que enfrentarse con el Tío Tao en muy penosos asuntos relacionados con la vida del pueblo. No tenía sentido, por ejemplo, salvar a un hombre de la muerte para que cuando regresara a su casa volviera a enfermar de nuevo por falta de alimento adecuado. Ni podía James instarlo a comer cosas mejores cuando las tasas eran tan elevadas que no quedaba dinero con que comprar la comida. La gente ocultaba los huevos como podría ocultar oro, porque en aquellos días en que la moneda no valía nada, los huevos eran una buena forma de pago, incluso para el recaudador de contribuciones. El trigo también era preciso, y el recaudador o el jefe militar local tomaban todo excepto el trigo para la simiente. En medio del soldado, el magistrado y el universitario ocioso, ninguno de los cuales producía comida, ropa, alojamientos ni herramientas, el hombre de la tierra, que producía los alimentos, y el artesano, que hacía ropas, alojamientos y herramientas, estaban siendo exprimidos lentamente hasta sacarles la vida. El soldado, el magistrado y el universitario se juntaban contra el aldeano y el artesano, mientras luchaban entre sí por el pequeño botín. James empezó a comprender que limitarse a curar el cuerpo era un bien dudoso. Con frecuencia el hombre de la tierra venía a él exhausto antes de ser anciano, con demasiado poco deseo de vivir. Algo andaba mal en la villa ancestral y James estaba decidido a tener un día de éstos una agarrada con el Tío Tao, quien permitía que todo continuara como estaba.

Pero hoy no era el momento indicado, desde luego, no sólo porque debía pensar primero en Mary, en Chen y en su madre, sino sobre todo porque él no había encontrado aquí su propio lugar. Todavía no era indispensable para su pueblo. Sí ocasionaba disgustos, el Tío Tao lo desterraría y el pueblo guardaría silencio. Antes de tratar de establecer siquiera una de las reformas con que soñaba, debería tener tal fuerza en la villa ancestral que el Tío Tao no se atreviera a desterrarlo. Aunque el Tío Tao parecía cruel, en lo íntimo de su corazón le temía al pueblo enfurecido. Porque estas gentes de la tierra y de las pequeñas tiendas y oficios, podían ser pacientes durante una generación o dos y luego un día, por cualquier pequeño motivo, se agotaba su paciencia y tomaban azadas, palas, cuchillos y mazos y se iban a matar a sus opresores. Mataban a hombres, mujeres y niños. Hubo momentos en que James sintió que la hora de la furia del pueblo estaba de nuevo al alcance de la mano, sobre

todo cuando el crudo invierno seguía y los bandidos empezaron una vez más a salir de sus nidos en las distantes colinas del Noroeste.

Pero hoy no era aún el día para hablar de semejantes cosas. James se fue a buscar al Tío Tao, y lo encontró en la cama, donde se metía siempre después de haber tomado la última comida del día. Tres veces cada día comía el Tío Tao abundantemente, aunque el invierno, cuando cesaba el trabajo de la tierra, no les permitía a los demás más que dos comidas. Se excusaba diciendo que los que como él cuidaban de los demás, eran valiosos y debían conservarse vivos.

Cuando entró James en la habitación el hijo más joven del Tío Tao estaba escuchando sus últimas órdenes, a punto de irse a descansar. Los nietos mayores se turnaban cada noche durmiendo en un jergón en el cuarto del Tío Tao, pero esta noche el Tío Tao le mandó al muchacho que esperase fuera hasta que lo llamaran. Luego le dijo a James que cerrase la puerta y arrastrara una banqueta cerca de la cama.

Esta amabilidad poco habitual en el Tío Tao sorprendió a James, quien se preguntó qué pasaba. Lo supo al momento. Cuando quedaron solos el Tío Tao apartó las ropas de la cama, levantó su chaqueta de dormir y señaló su panza.

—Palpa mi bulto. —Le dijo a James.

Éste se levantó e inclinándose sobre la enorme prominencia pálida de la panza del Tío Tao sondeó con delicadeza sus profundidades.

—¿Está más grande? —preguntó ansioso el Tío Tao.

—Mucho más grande —contestó James gravemente.

—¿Yo estoy más delgado? —Fue la pregunta siguiente del Tío Tao.

—Está más delgado.

El Tío Tao se bajó la chaqueta y se cubrió con la espesa manta de algodón.

—La cuestión es la siguiente... ¿voy a morir o me matarán?

—Si usted cree que lo matarán si lo operan, está equivocado. —Dominándose dio a su voz un tono moderado, pero estaba lleno de excitación. El Tío Tao tenía tanto miedo a la muerte, que se había negado a someterse a la cuchilla. Pero ahora, dominado por un miedo superior, ¿estaría a punto de pedirla? Había algo que daba compasión. James siguió, más dulcemente todavía—. Si usted me permite que le saque este tumor pronto en vez de hacerlo más tarde, es probable que usted viva. Desde luego, yo no lo haré de ninguna manera si no es en los seis próximos meses. Es lo justo para darme una oportunidad razonable de salvarle la vida.

El Tío Tao escuchaba esto sin parpadear, con los ojos muy sombríos.

—Hablemos de otra cosa —dijo.

—Yo vine para hablarle de otra cosa —contestó James. La excitación se extinguió. El Tío Tao tenía todavía más miedo de morir bajo la cuchilla que de ninguna otra cosa. James se endureció de nuevo contra este estúpido viejo. Se sentó y no viendo razón para demoras ni rodeos, dijo—. Recordará usted que me dijo que mi hermana debería casarse. Yo he venido a decirle que el compromiso ya está

concertado.

Tan pronto como dijo esto comprendió que había cometido una equivocación. El Tío Tao frunció el ceño.

—¿Cómo puede ser esto sin que yo sepa nada de ello? —preguntó.

James se dio cuenta de que debía tomar una posición firme en seguida, pues de otro modo el Tío Tao, por celos de su posición, podría decir que no quería a Chen ni siquiera como pariente remoto de los Liang.

—Usted sabe que mi hermana y yo hemos sido criados en América. No es posible que seamos los mismos que hubiéramos sido si nos hubiéramos quedado aquí, en la aldea ancestral. En América, las jóvenes eligen ellas a sus compañeros. Así que habría sido imposible que usted ni yo, e incluso aun mi madre, hubiéramos obligado a Mary a casarse con alguno que no le gustara. Ella ha elegido como marido a mi amigo Liu Chen. Nada se puede hacer en esto.

El Tío Tao respiraba fuerte y hacía girar la cabeza.

—¡Pero soy yo quien decide qué personas van a vivir en nuestra villa! Este Liu Chen...; él no es un Liang y a mí me es fácil decir que no debe quedarse.

James comprendió que en beneficio de Mary debía lisonjear al Tío Tao. Así que se inclinó hacia él y dijo afectuosamente:

—Todo hombre que tiene poder sobre los demás puede hacer el mal o el bien. Usted puede. Yo confío en su bondad.

Esto aplacó al Tío Tao. Quedó con la boca abierta sin saber qué replicar. ¿Qué podría decir ahora que no lo avergonzara? Deseaba poder olvidar cómo debía obrar y obrar sólo como sentía, y en este dilema se quedó sin habla.

En este silencio, James siguió:

—Mi opinión es que Mary ha elegido bien. Liu Chen lo quiere a usted y le gusta nuestra villa. Además, es muy útil para mí en la clínica. Algún día, con su permiso, haré un hospital de nuestra clínica, y nuestra villa será en toda la región la primera que tenga un hospital. Esto lo honrará a usted y a toda la familia Liang. La gente vendrá aquí desde largas distancias y nuestra posada prosperará y nuestras escasas tiendas se convertirán en muchas y habrá mercados para nuestros labradores.

Todo esto lo decía James con su voz suave y amable y el Tío Tao no podía hablar en contra. En cierto modo James había convertido el matrimonio de Mary en una parte de los beneficios que cabía obtener, así que el Tío Tao seguía guardando silencio.

—Tengo más noticias. Mamá viene muy pronto.

Aquí había algo a lo que el Tío Tao podía oponerse y se incorporó.

—Tu madre no debería venir sin tu padre. —Exclamó—. ¡Parece que este chupatintas se ha olvidado de sus antepasados! Ha respirado vientos extranjeros y bebido aguas del Occidente. ¿Qué me importa? Pero todos dependen de mí todavía. ¿Qué harían ellos sin el viejo Tío Tao para mantener a los colonos en su lugar y recoger un poco de dinero y mantener la casa unida? —Se hundió de nuevo en la

cama y cerró los ojos.

—¡Ah, desde luego! —Convino James—. Mi madre con frecuencia ha dicho eso. Pero el Tío Tao no quiso dejarse aplacar.

—Tenía la voz chillona cuando era muchacha. ¿Qué pudo haberle sucedido durante estos años en un país extranjero para mejorarla?

James se levantó sonriendo.

—Ya lo verá usted —dijo, y dándole las gracias al tío Tao se fue. A Mary y a Chen sólo les dijo que el Tío Tao no se oponía, y ambos lo tomaron con regocijo.

—No tenéis por qué reiros. —Les dijo James—. Si el Tío Tao quisiera podría echarnos a todos de la aldea.

Pero ellos no lo creyeron. En estos momentos, nada podía infundirles temor ni pena, y se reían de todo.

—Hay otras muchas aldeas —contestó Chen.

La señora de Liang miraba a su alrededor con cierta ansiedad. Se había peinado, pero no trató de cambiarse las ropas arrugadas. Se alegró, por lo tanto, cuando vio a Mary y a James y no a su nuevo yerno. Ellos la vieron en el mismo momento y pronto formaron un grupo los tres, con sus brazos entrelazados.

—¡Oh, mamá, gracias por haber venido! —Gritó Mary.

James tomó las maletas y los bultos y les indicó el camino hasta el coche que había alquilado en la ciudad. Estaba limpio y él había doblado una colcha nueva sobre el fondo. Ayudó a entrar a su madre.

—No tiene muelles, mamá. —Le recordó.

—¡Eh, no tienes que indicarme nada de ahora en adelante! —dijo con vivacidad. Ya se estaba sintiendo mucho mejor. Era el aire de su país y lo respiraba hondamente—. ¡Qué buen olor! —Exclamó—. Me huele a batatas calientes...

Así era. Un vendedor se había acercado con su estufilla y sacaba batatas asadas y las colocaba en una bandeja que llevaba en el otro extremo de su pértiga. La señora de Liang buscó su bolso.

—Déjame, mamá —dijo James presuroso y poniendo un montón de billetes sobre la bandeja contó cuatro batatas. La señora de Liang dio un chillido.

—¡James, te has equivocado..., tanto dinero!

—No, mamá —dijo Mary—. El dinero ahora no vale nada, a no ser que sea dinero americano.

Al oír esto la señora de Liang pareció alegrarse misteriosamente. Revolvió en algún escondrijo dentro de sus ropas, dio uno o dos tirones en la cintura, y sacó un paquetito de tela impermeabilizada. Entonces levantó la vista y se encontró con los ojos interesados del carretero y el vendedor, y frunció los labios.

—Mejor que sigamos —dijo en voz alta y en inglés—. Tengo que enseñaros algo. —Metió el paquetito en el pecho, hizo «clic clac» su cartera, y James entró de un



salto detrás de Mary y salieron. La señora de Liang iba sentada entre ellos con una mano en el brazo de cada uno. La carretera estaba empedrada con guijarros y el coche brincaba de aquí para allá, pero a ella no le importaba. Continuó en inglés—: Lo que tengo en este paquete es algo que papá desconoce. ¿Por qué? Porque yo no se lo dije. Vuestro padre es bueno, pero le gusta demasiado guardarse el dinero para él solo. ¡Así que yo también hago pequeñas sisas para mí! —Se rió alegremente y Mary y James sonrieron, mirándose mutuamente por encima de la cabeza de ella.

—¿Cómo vamos a poder dejarte marchar de nuevo, mamá? —preguntó James. Ahora que su madre estaba aquí se sentía animado y con más confianza. Nada era extraño para ella. Sería capaz de ayudarlo en la aldea ancestral, con el Tío Tao, con el hospital, con todo el mundo. A ella se lo contaría todo.

La señora de Liang miraba a una cara y a otra y continuó con aire de triunfo:

—Cuando vengo a veros, hijos, traigo mi dinero conmigo. ¡Vuestro padre no piensa en nada, sólo me dio un poco para mí y para vosotros!

Los saltos del carro hacían salir su risa entrecortada, como en boqueadas.

—¡Oh, mamá! —decía Mary afectuosamente—. Estoy tan contenta de que Chen vaya a conocerte. —Dio un apretón de manos a su madre, y por casualidad la miró—. ¡Qué sucia estás, mamá! —Exclamó.

La señora de Liang no se sintió molesta.

—No te preocupes..., aquí no es como en América —dijo tranquilamente—. Ahora dime, Mary, ¿cómo es este Chen? ¿Es guapo? Cuéntamelo todo.

Todavía estaban hablando en inglés porque el carretero iba sentado en el borde del vehículo, a pocas pulgadas de ellos. La mula marchaba como quería mientras que el carretero los contemplaba con ojos brillantes de curiosidad. Era joven, andrajoso y atrevido.

—Cuéntaselo tú, James —dijo Mary con repentina timidez.

—Bueno, madre —dijo James—, es un poco más alto que yo, no le gusta vestir bien, no le gustan los universitarios...

—Parece agradable —dijo la señora de Liang—. ¿Quién es el casamentero?

—Fui yo, mamá —dijo James.

—¿Y el Tío Tao? —preguntó la señora de Liang con perspicacia.

—El Tío Tao está conforme.

—¿Cuándo es la boda?

Mary volvió a mostrarse tímida.

—Eso depende de ti, mamá, y de cuándo tengas que volver junto a papá.

—No dispongo más que de seis semanas —dijo la señora de Liang.

—¡Oh, mamá! —Sus voces se elevaron a coro—. Nosotros pensamos que serían seis meses por lo menos —gritó Mary.

La señora de Liang adquirió un aspecto grave. Miró al carretero, bajó la voz y hablando todavía en inglés les explicó el motivo de sus ansiedades.

—Vuestro padre es demasiado valioso. —Terminó—. Yo no puedo dejarlo suelto.

Violet Sung está como un tigre hambriento a la puerta del departamento.

—¡Oh, mamá! —murmuró Mary, mientras James guardaba silencio.

—Igual que Louise. —Replicó la señora de Liang—. ¡Oh, mamá...; oh, mamá!, exclamáis. ¿No sabéis hablar de otra manera? Pero yo sé lo que digo, porque tengo más edad. Precisamente ahora, Mary, tú estás comprometida y crees que los hombres son perfectos.

—Sólo Chen —dijo James sonriendo.

—Puede ser que en este momento Chen sea demasiado perfecto. —Concedió la señora de Liang—. Pero aquí estamos en China y los hombres no tienen tan buenas ocasiones como en América, donde las señoras están esperando por todas partes con los brazos abiertos. Yo os digo que en esos casos los hombres no pueden seguir siendo perfectos. No debéis pensar que estoy achacando toda la culpa a vuestro padre. ¡No! Por el contrario, yo culpo... ¡a Violet Sung y a la América entera!

—Háblanos de Louise —dijo James, al ver que su madre se agitaba cada vez más.

Hablar de Louise ocupó muchas millas, y hacia la hora en que se habían hecho cargo de lo feliz que era su hermana menor, era tiempo de parar para la comida de la tarde. La señora de Liang dio rienda suelta a su apetito y consumió varias escudillas de tallarines, pudines de verdura estofados, carne en rollo, requesón de habichuelas con cebolla cruda picada y pescado salado. A las claras se veía que era feliz. James y Mary estaban alarmados temiendo por su digestión, pero ella se sentía triunfante.

—Durante muchos años también mi estómago ha sentido nostalgia —dijo—. Ahora me siento demasiado bien.

Durmió durante un rato cuando volvieron a entrar en el coche y al crepúsculo se acercaron a la posada donde iban a pasar la noche. Allí, una vez en sus habitaciones con la puerta cerrada y atrancada, después que se hubieron lavado y comido una rebanada fina de pan de unas veinte pulgadas de diámetro y aderezada con ajo, estaban dispuestos para irse a la cama. Entonces la señora de Liang detuvo a James cuando iba a salir para la habitación de al lado. A solas con ellos habló en chino:

—Yo me había prometido no preguntaros por vuestro hermano —dijo suspirando—, pero lo tengo siempre en mi pensamiento. Contadme todo lo que sepáis, así pensaré en él toda la noche y podré dejar mi pena a un lado por la mañana.

—Deberías dormir, mamá —dijo Mary.

Pero la señora de Liang hizo un gesto negativo.

—Yo conozco mi viejo corazón.

Así que James se sentó en el borde de la dura tabla de la cama y le contó a su madre todo lo que sabía. Era muy poco en conjunto, y por esto mismo ella lloró amargamente.

—Por lo menos sabemos dónde está enterrado —dijo al fin—. Cuando los tiempos vuelvan a ser buenos, lo trasladaremos al lugar en que nuestros antepasados tienen sus sepulturas, adonde él pertenece, porque, vivo o muerto, todavía es un Liang.

Así que le pidió a James que las dejara, y, cuando él se fue, le dijo a Mary:

—Si me oyes llorar por la noche, déjame llorar.

Mary se lo prometió, pero se dijo que permanecería despierta y escucharía el llanto de su madre. Con todo su buen deseo, su salud, su juventud y su felicidad, unidas al largo día de viaje a través del campo, la hicieron caer rápidamente dormida. Cuando despertaron por la mañana su madre estaba tan animada como siempre, y después de haberse lavado y comido volvieron a subir al coche y se pusieron otra vez en camino.

¿Quién podía haber sabido que el carretero era un tipo malo? James lo había elegido por su cara juvenil, su fácil sonrisa y por la manera ágil con que saltaba sobre el vehículo. Pero como la mayoría de los hombres en tiempos malos, estaba constituido por muchas partes. Ganaba para sostener una vida agradable con su carro de mulas, pero el dinero casi no valía nada, y tomaba alimentos también como pago. Así se las arreglaba para mantenerse él, su familia joven y sus ancianos padres. Si los Liang hubieran sido viajeros ordinarios, se habría portado muy bien con ellos, y si hubieran sido gentes del gobierno, les habría tenido miedo. Pero para él, mientras escuchaba la charla en una lengua que no había oído nunca, no eran más que extranjeros.

Por la tarde, habiendo oído esta charla durante muchas horas se inclinó hacia James y le preguntó:

—¿Qué lenguaje es éste que hablan ustedes?

James sonrió.

—Es inglés —dijo.

El carretero lo quedó mirando.

—Sin embargo, todos ustedes tienen el mismo color de pelo y de ojos que yo y su piel es como la mía, excepto que no andan al sol y al viento todos los días, y bien se ve que se lavan constantemente. ¿Cuál es el país de ustedes?

James quedó sorprendido.

—Nosotros somos chinos, también, y la única razón de que sepamos una lengua extranjera es que hemos pasado algunos años en el otro lado del mar.

—¿Qué hacían ustedes allí? —preguntó el carretero.

Cuando James se lo contó, siguió haciendo muchas más preguntas, esperando enterarse de si eran muy ricos los americanos, lo que comían y cómo era su aspecto.

Con su gran bondad de corazón. James le contó muchas cosas, y el carretero seguía escuchando. Pero a la señora de Liang no le gustaba la forma en que el carretero empezó a mirarlos e interrumpió esta conversación diciendo en inglés:

—James, no hables demasiado. Este tipo me parece que puede ser malo.

—¡Oh, mamá, qué suspicaz eres! —Exclamó Mary.

—Tal vez —concedió la señora de Liang— pero tiene algo que no me gusta.

James sonrió y terminó la conversación diciendo que tenía sueño, como en efecto era verdad. La noche anterior había estado despierto después de hablar de Peter. Pero

no se trataba de Peter solamente. Su madre había traído otros recuerdos consigo, recuerdos de su infancia y de su juventud en la agradable ciudad americana. Pensó en el gran puente junto al río, y en cómo solía soñar en lo que había más allá de él. Ahora ya lo sabía. No existía un mágico país natal. Aquí había opresión y pobreza, e indiferencia por ambas. Empezó a hundirse de nuevo en el cenagal de desaliento que lo rodeaba y amargaba su vida. ¿No estaba desgastándose en vano, a pesar de todo? Bueno, quizá su madre le ayudaría a contestar a esta pregunta. Con una especie de sensación de vuelta a la infancia, que reconocía plenamente, se preguntaba si debería dejar que ella le dijera, antes de volver a América, qué debía hacer de su vida.

Ahora el rápido balanceo del coche lo calmaba. Estaban viajando por caminos aldeanos llenos de polvo, y allí no había piedras. Cayó dormido.

Fue sacado de su profundo sueño por una repentina desviación del carruaje fuera del camino y por gritos de hombres. Luego oyó la voz alta y firme de su madre. Abrió los ojos. El coche quedó parado y él se levantó de un salto. Por la parte abierta vio una multitud de cabezas morenas y toscas. Un brazo lo alcanzó y tiró de él. No vio a su madre ni a Mary. Salió con violencia del carro apartando de una patada el brazo. Mary y su madre estaban al lado del carruaje. La cara de Mary estaba inmóvil en un gesto de furiosa calma, pero la señora de Liang hablaba a gritos con los brazos cruzados sobre el pecho. Media docena de jóvenes vestidos de andrajos parados a su alrededor hacían como que no oían, pero vacilaban, sin moverse. Su aspecto era medio desvergonzado, medio tímido. A las claras se veía que no habían contado con la señora de Liang.

—¡Vuestras madres! —Les decía severamente—. ¿Dónde os han enseñado moral? ¿No tenéis sentido en esas cabezas? ¿Podéis proceder como ladrones vulgares? ¿Somos nosotros gentes ricas? ¡No! No somos ricos. Yo no traigo dinero conmigo que os pueda ser útil. Miradme... ¿traigo alguna joya?

Volvió una oreja y la otra, y alargó las manos.

—Esta sortija es mi anillo de boda y no me la he sacado en veinte años. Podéis cortarme el dedo si queréis, ya os cortarán la cabeza.

El carretero seguía de pie, medio vuelto, haciendo como que era impotente.

—¡Tú! —Le gritó—. ¡No disimules!

James irrumpió en medio de este torrente.

—¿Por qué no me despertaste, mamá? ¿Eh, hombres, quiénes sois?

—¡Son ladrones y bandidos, eso es lo que son! —Voceó la señora de Liang—. ¡No saben que somos Liang! Esperad que se lo cuente al Tío Tao.

Ante el nombre del Tío Tao la alarma se extendió por la cara del joven más alto y más moreno. Se volvió al carretero y le reprochó:

—¿Cómo no nos dijiste que eran de la familia de Liang?

—¡Y yo qué sabía! —contestó el carretero.

—¡Alma de cántaro! —Replicó el otro—. Ahora el viejo no querrá pagarnos la fianza anual por haber atacado a sus parientes.

—Mejor será que nos pidáis disculpas y por una vez dejaremos pasar la cosa —dijo la señora de Liang con voz dura—. Si os apartáis en seguida de nuestro camino, no se lo diré al Tío Tao, pero si hay cualquier demora...

No la hubo. Aquel tosco joven alto extendió los brazos como una barrera entre sus hombres y los viajeros, y con mucha dignidad la señora de Liang le ordenó a Mary que ocupara su asiento en el coche y ella se metió dentro con la ayuda de James. Luego entró éste y el carretero tomó su látigo de mala gana.

—Esperen —gritó el joven ladrón—. Tengo que decirles algo.

La señora de Liang lo miró con ojos fríos.

—Dígalo rápidamente, entonces. —Ordenó—. No tengo tiempo que perder.

El ladrón sonrió, mostrando unos dientes blancos.

—Señora, quiero que sepa, por favor, que no somos hombres malvados. Los tiempos son muy malos para las pobres gentes como nosotros. Pertenece a la tierra, y si tuviéramos buenos gobernantes y un Cielo bondadoso podríamos trabajar la tierra y ganar la comida para nosotros y nuestras familias. Pero los gobernantes son malos y el Cielo parece habernos vuelto la espalda. Aun así sólo robamos a los ricos.

Éste era el discurso habitual que pronunciaban los ladrones una vez realizado su trabajo, y así venía repitiéndose desde la antigüedad hasta ahora y la señora de Liang no se dejó engañar por él.

—Si todos hicieran lo que vosotros —dijo severamente—, no habría nada más que ladrones, ¿y a quién robaríais entonces?

El ladrón no encontró respuesta a esto, y se rascó la mandíbula; la señora de Liang se sentó muy tiesa y le ordenó al carretero que siguiera. Mientras viajaron el resto de aquel día, le habló tanto al carretero, que el hombre quedó aterrado y quería abandonarlos.

Paró la mula, arrojó el látigo y se volvió a James como único hombre.

—Su honorable antepasada aquí presente ha dicho tantas buenas palabras que yo no me atrevo a llevarlos hasta la aldea. Alquile otro coche, por favor.

Sólo entonces intervino James.

—Déjalo en paz, mamá —dijo—. El cambio de carruajes ahora sólo serviría para invitar a una nueva banda de ladrones.

Así que ella bajó de tono limitándose a murmurar; luego quedó en silencio y hacia el final del día entraron en la villa ancestral.

El Tío Tao no se había ido a la cama. Mandó a sus hijos que le ayudaran a vestirse sus mejores ropas y había tenido poco apetito en la comida de esa noche. Al darse cuenta de que ninguno de sus hijos, que pasaron toda su vida en la aldea, podría serle útil para recibir a una dama que había vivido durante años en un país extranjero, mandó a por Chen, quien vino con mucho gusto.

Chen conocía mucho mejor que James la masa de iniquidad, humorismo y bondad que constituía el Tío Tao, porque había esta diferencia entre los dos jóvenes: James

esperaba lo mejor de todos los seres humanos y Chen no esperaba nada en absoluto. Por lo tanto, no había compadecido nunca al Tío Tao ni se enojaba con él. Disfrutaba con el viejo, lo mismo de lo bueno que de lo malo, y se reía mucho con las cosas que decía el Tío Tao.

—Yo no sé cómo nuestra honrada familia Liang adquirió todas estas costumbres extranjeras. —Gruñía el Tío Tao—. Hasta mi generación no pensamos en dejar nuestra casa ancestral y andar de aquí para allá por los cuatro mares. Mi hermano, el padre de este Liang, esta rata de biblioteca, que no vuelve para casa de ninguna manera..., bueno, mi hermano llegó hasta la capital del Norte, pero no fue más lejos. En la ciudad oyeron sus hijos de países extranjeros y no hubo nada que hacer: este Liang rata de biblioteca tuvo que correr para allá, llevándose a la esposa y dos hijos pequeños, que se han criado tan mal como los extranjeros, y luego su mujer dio a luz dos más, que son extranjeros porque nacieron en tierra extranjera. ¡Todo esto nos ha sucedido a nosotros, los Liang! Ahora vuelven, estos extranjeros. La mujer que es su madre... la recuerdo bien. Tenía la boca grande.

—Por otra parte —dijo Chen—. Yo me alegro de todo esto, porque me proporcionará una buena esposa.

—Las esposas a la antigua son mejores. —Gruñó el Tío Tao—. Cuando yo fruncía el ceño mi mujer temblaba. Si le gritaba, se echaba a llorar. Cuando la apuraba, sonreía. No la alababa más que dos o tres veces en el año, porque a las mujeres y a los niños no se les puede alabar. Se hacen descarados. ¡Pero esta nieta de mi hermano con la que usted se quiere casar! Bueno, yo le advierto que su vida no será muy agradable. Sea fuerte desde el principio, ése es mi consejo para cualquier hombre. No le pregunte nada a la mujer. No le diga nada de lo que piensa. Yo tuve una buena esposa, pero yo la hice buena.

Chen escuchaba todo esto, conteniendo la risa. El Tío Tao tenía un aspecto magnífico, sentado en el asiento más honorable del salón principal. Llevaba una antigua túnica de brocado amarillo, rozada en los bordes por el tiempo. Le colgaba hasta los talones, y aunque su corte era amplio, y las mangas le cubrían las manos, sin embargo, le quedaba apretada en los hombros y en el vientre. Llevaba medias nuevas de algodón blanco que la nuera mayor le había tejido y un par de grandes zapatos negros de raso acolchado con espesas suelas guatadas.

Así estaban conversando sobre muchas cosas del Universo cuando una gritería a la puerta donde esperaban los demás miembros de la familia con sus mejores galas, les indicó que los esperados habían llegado. Chen se levantó rápidamente y dejó el salón. No quería ser el primero en recibir a la recién llegada, y se quedó en un patio lateral.

El Tío Tao no se levantó cuando entraron. Estaba sentado como un viejo emperador en la gran silla tallada, al lado de la mesa, con su larga pipa en una mano. Miró con dureza a la señora de Liang e inclinó la cabeza.

—¡Eh..., eh! —murmuró—, ¿de manera que has vuelto?

La señora de Liang sostuvo la mirada.

—¿Está usted bien, Tío Tao? —Le preguntó en voz alta y clara.

—Por lo menos no estoy sordo —dijo él con severidad—. ¿Dónde está el que te representa?... ¿Dónde está Liang Wen Hua, mi sobrino?

—Él no pudo venir, Tío Tao. Enseña en la escuela, como usted sabe, y no le permitieron venir.

—¿Qué le pagan? —Inquirió el Tío Tao.

La señora de Liang eludió la pregunta.

—Él le envía sus respetos, Tío Tao, y me manda que le diga que si hay algo que le guste a usted del país extranjero, se lo enviará dentro de sus humildes medios.

—Yo no tengo deseos de cosas extranjeras. —Replicó el Tío Tao con majestad—. ¿Habéis comido?

—Todavía no, Tío Tao —respondió la señora de Liang.

Todas las nueras se agruparon a su alrededor.

—Vamos a comer, vamos a comer. —Clamorean y ella se fue con ellas.

Mary no había seguido a su madre. Se había ido a su habitación, parándose un momento junto a Chen que la esperaba en la puerta interior del patio lateral. Se sintieron seguros durante un instante, puesto que todos estaban con la señora de Liang.

—¿Estás cansada? —Le preguntó él en voz baja llena de afecto.

—No mucho —contestó ella mirándolo por debajo de sus pestañas—. Debes ir a ver a mamá.

—Ahora que llegó, estoy aterrado.

—Tonto. —Le dijo Mary dulcemente—. A ella ya le gustas.

—Entonces le has hablado demasiado de mí.

Mary le dio un empujoncito.

—Ve.

—¿Completamente solo?

—Completamente solo. —Declaró ella.

Lo despidió con un movimiento de la mano y se fue, y él se dio vuelta hacia su habitación para echar una última mirada a su peinado y contemplarse la cara en un espejito antiguo de metal que colgaba de la pared de su mesa. «¡Un tipo feo!», se dijo.

Luego se encogió de hombros y salió al encuentro de la señora de Liang. En un salón lateral grande estaba ella rodeada de sus parientes, hombres y mujeres, que se habían sentado para acompañarla mientras comía, porque la familia había comido ya. James estaba con ella y se levantó cuando vio a Chen.

—¡Ah, aquí está él! —Gritó—. Mamá, éste es Chen.

La señora de Liang se levantó, con las manos colgándole a los costados, y miró a Chen. La primera mirada fue dudosa, sus ojos se hicieron más afectuosos luego y por último sonrió.

—Así que es usted —dijo bondadosamente. Luego como si fuera una extranjera extendió sus manos y tomó la de él entre ambas mientras las parientas miraban asombradas. Fue un apretón bueno y afectuoso y a Chen le gustó desde ese momento. Si Mary llegaba a ser un día como esta mujer, se daba por satisfecho.

—¡Eh... eh! —dijo él en chino—. Debe usted sentarse y comer antes que se le enfríe la comida. Yo me sentaré aquí.

Con la modestia y corrección debidas se sentó a cierta distancia y ella volvió a sentarse también, y los parientes empezaron a charlar. En medio del vocerío la señora de Liang dirigía miradas furtivas a Chen que seguía allí sentado, y la mitad de las veces sus ojos se encontraron con creciente satisfacción.

James vio a su madre ocupar su lugar en la casa de los Liang como si nunca hubiera estado fuera. A pesar de los años de ausencia sus raíces no sufrieron menoscabo. Era correcta en todas sus relaciones, y ninguna vez se le escapó la lengua y dio un título equivocado a las cuñadas, mayores y más jóvenes, y a sus maridos e hijos. A ellos les gustaba. Las durezas que había tenido de muchacha habían desaparecido. Lo que tenía de filoso aun en la vida de su casa, notó James que se había desvanecido. Se había vuelto suave y sosegada.

—A mamá le gusta esto —decía Mary.

—Es un verdadero hogar —respondió Chen.

Sin embargo, la señora Liang no se hundía en las antiguas costumbres. Aprobó la escuelita de Mary y fue a dar una vuelta por la villa instando a las madres para que mandaran a sus hijos a aprender. En América, les decía, todas las personas están obligadas a asistir a la escuela.

Los aldeanos quedaban espantados al oír semejante tiranía.

—¿Quién hace el trabajo entonces? —Inquirían. Cuando ella les contaba que el saber leer no arruinaba a los trabajadores convirtiéndolos en letrados, no podían creerla. Estaban acostumbrados a que sus hombres instruidos se consideraran demasiado buenos para trabajar.

Una noche ella le dijo unas palabras llenas de sabiduría a Mary:

—Ahora estas gentes ancestrales no comprenden que una persona sepa leer y al mismo tiempo trabajar. Es necesario que continuamente les demuestres que eso es posible.

Ella misma se lavaba sus ropas y ayudaba en la cocina y sorprendía en todos los sentidos a las mujeres de la familia de Liang, que esperaban verla actuar como una estúpida mujer instruida. La fama de esto se extendió por las tierras de los Liang, y las mujeres empezaron a venir a ver a la señora de Liang y a hablarle de sus preocupaciones e incluso, porque ella también era una mujer, a contarle cómo el Tío Tao oprimía a sus familias. Pero la señora de Liang era astuta. Sabía que la opresión es como una espada en manos de dos que luchan por su posesión.

—El derecho no está siempre de parte de los pobres. —Le contestó un día a James cuando él le habló de lo mucho que le preocupaba que el Tío Tao no pensara



para nada en el pueblo—. Lo primero que debes preguntarte es por qué la gente es tan pobre. ¿Es porque no quieren trabajar, porque son ladrones o porque la desgracia los ha abrumado? Sólo cuando se sabe esto se les debe ayudar. Para algunos la ayuda más segura es trabajo o hambre.

—El Tío Tao es demasiado duro —dijo.

—Es duro —convino ella—, pero tú no seas blando.

A Mary le dijo:

—Tu hermano James necesita una buena mujer vulgar.

—Es verdad —reconoció Mary—, ¿pero dónde la va a encontrar?

—Espero que no se fije en esa pequeña enfermera, Rose —dijo la señora de Liang. No le gustaba ninguna mujer que trabajara al lado de un hombre y miraba de reojo con mucha frecuencia a Rose mientras trabajaba con James todos los días.

—James no mira a ninguna mujer desde que Lili se casó con Charlie Ting —dijo Mary.

—James es un estúpido. —Exclamó la señora de Liang.

—¿Y por qué no Rose, mamá? —Inquirió Mary.

Su madre enarcó las cejas, encogió los hombros regordetes, se rascó la cabeza con el alfiler de oro y se limpió las orejas, todo esto sin responder. Luego dijo:

—La escudilla no debe ser demasiado pequeña para la mano que lo sostiene. —Y no quiso explicar más.

Entre tanto, el día de la boda se acercaba. Por respeto a sus parientes Mary y Chen se mantenían distanciados, y no se encontraron en absoluto hasta que llegó el día. Parecía natural que la señora de Liang concentrara toda su imaginación en esta boda, pero James notaba que los ojos de su madre estaban con frecuencia puestos en él. La conocía muy bien. Tan pronto como su imaginación quedara libre formaría algún plan concerniente a él.

La noche antes de la boda le dijo a Mary:

—Tan pronto como estés casada, mamá vendrá detrás de mí por algo. Se lo noto.

—Quiere que te cases —dijo Mary.

Él hizo como que se horrorizaba al oír esto y le rogó a Mary que contuviera a su madre. Pero íntimamente estaba divertido, curioso y cauto.

El día de la boda fue un buen día. El sol se levantó redondo y amarillo, y no había nubes ni nieve. El Tío Tao quedó asombrado al enterarse de que ninguno de la familia de Chen iba a venir, pero cuando conoció sus circunstancias, cómo estaban retenidos en territorio comunista, no pudo menos que compadecerlos, y por una vez se portó bien. Ordenó hacer una gran fiesta que durara un día entero y toda la villa fue invitada a ella, y lo mismo los colonos que quisieran recorrer la distancia desde sus tierras. El casamiento se celebró a la antigua.

—Es más fácil hacerlo así que explicar por qué no lo quiero. —Había dicho Mary.

Así que la boda se celebró delante de los parientes y Chen escogió como representante de su familia a un primo distante de los Liang. Se escribieron los papeles, fue bebido el vino y, tras el cambio de las escudillas de mijo, concluyó la ceremonia. Era un día de frío cruel, pero el sol seguía brillando, y cuando hombres, mujeres y niños estuvieron llenos de comida caliente se encontraron bastante bien. No hubo nada parecido a una luna de miel, porque eso era demasiado extranjero. Mary trasladó sus baúles a la habitación de Chen y James abandonó su cuarto para que ellos tuvieran una sala y se instaló en otro cerca de su primo mayor. Al día siguiente Mary asistió a la escuela como de costumbre y Chen a la clínica, y ninguno dio muestras de su felicidad interior. Pero James se dio cuenta de que la había. Su carne misma replicaba a aquel goce secreto. Él no quería disminuir la felicidad ni en un ápice, pero de repente sintió que esta alegría aumentaba su soledad.

Lo soportaba con calma y cuando Chen le dio los buenos días aquella mañana después de la noche de bodas, James empezó a hablar de la ampliación de la clínica para convertirla en un hospital. Lo había planeado para la primavera próxima. Al mismo tiempo proyectaba establecer clases para crear centros de primeros auxilios ambulantes. Había dos muchachos brillantes en la villa que querían que les enseñara medicina, uno un primo de la esposa de Young Wang, por quien éste había intercedido, y otro el hijo del sereno de la villa. Cuando se dio cuenta de que Chen le contestaba «sí, sí» a todo lo que proponía, y que sus pensamientos no estaban allí, dejó la conversación, y en este momento fue cuando James sintió que su soledad adquiriría un tamaño monstruoso.

Durante todo el día James y Chen trabajaron uno al lado del otro y Rose cerca de ellos, atendiendo a la larga fila de enfermos que venían ahora de muchas partes de la región, algunos caminando cientos de millas, y los moribundos traídos en literas o a la espalda de algún pariente cercano. La pena era, como siempre, que con mucha frecuencia llegaban demasiado tarde, después de haber probado la habilidad de brujas y hechiceros.

Aquel día Chen observaba a Rose y vio que era linda y hábil, y con su recién descubierta alegría cavilaba para sus adentros si Rose podría ser una buena esposa para su amigo. En medio del trabajo de la mañana, cuando se habían retirado a un lado para discutir el caso de un niño con una enorme cabeza hidrópica, en medio de su conversación dijo de repente en inglés:

—Jim, tú también deberías casarte, .

James lo miró un poco asombrado.

—Estábamos hablando del niño enfermo...

—Yo estoy pensando en ti —dijo Chen—, y te digo...

—Es muy natural que al día siguiente de tu boda pienses que todos los hombres deberían casarse —dijo James con una sonrisa seca.

—Bueno, ¿por qué no con la pequeña Rose? —preguntó Chen audazmente.

—¡Vamos! —Replicó James—. No... Rose está bastante bien y creo que

debemos pensar en casarla con alguien algún día, pero no conmigo, vamos...

—¿Has visto alguna mejor? —Lo apremió Chen.

—No he visto por ahora ninguna mujer a quien desee por esposa —dijo James con excesiva calma.

Volvieron a hablar del niño y decidieron sacarle el líquido de la cabeza, y así lo hicieron, advirtiéndole a la madre que debía volver con frecuencia, porque esta curación no era segura. Pero mientras trabajaban, la imaginación de Chen estaba muy lejos, ocupada en otras cosas. James había dicho que no conocía ninguna mujer con la que quisiera casarse por ahora. ¿Por qué entonces no hacerlo con alguna que no hubiera visto? Si su corazón estaba muerto, podía ser resucitado por la vida misma, ya que no por el amor. El amor era una bendición, pero la vida era bastante buena.

En medio de aquella noche, derretido de amor, le dijo a Mary:

—¿Por qué no tratamos de encontrar una esposa para Jim? Él no elegirá por sí mismo..., debemos escoger nosotros.

—¡Si James nos lo permite!

El pensamiento era demasiado audaz, y Mary se burló de él. A Chen le gustaba que ni siquiera el amor pudiera cambiar a Mary. Lo hacía rabiar y se le oponía como siempre, y esto hacía su entrega más dulce.

—No, sé bien lo que digo. —Insistió Chen—. Jim será capaz de dejarnoslo hacer.

—No nos lo permitirá nunca —dijo Mary.

Al día siguiente Chen acechó a la señora de Liang cuando ella venía de la cocina y arrastrándola a un lado la llevó a una habitación silenciosa, lejos de los parientes, y le propuso que persuadiera a Jim para que volviera a las formas ancestrales y les permitiera a ellos que le eligieran una esposa.

A la señora de Liang le gustó esto, desde luego.

—¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? —Exclamó.

—Mary dice que él no lo aceptará. —Sugirió Chen.

La señora de Liang meditó sobre esto.

—Si él no se hubiera enamorado una vez de aquella Lili Li, estoy segura de que no lo aceptaría. Pero es un corazón muy exclusivista. De pequeño tuvo una vez un perro y cuando murió no quiso otro. Y cuando tenía un amigo, era bastante...; nunca tuvo muchos amigos. Su temperamento es así. Conspiraremos unidos.

Aquella noche, la señora de Liang fue junto a Mary y Chen y reunidos proyectaron qué clase de esposa le convendría a James. Desde luego, debía ser instruida y no demasiado a la antigua ni quizá demasiado moderna. Algo intermedio estaría bastante bien. Pero más importante que la instrucción o la moda era la naturaleza de la muchacha. Debería ser honrada, capaz de amar a un hombre más que a sí misma, cosa que no todas las mujeres pueden hacer. Debería saber cocinar y coser bien, porque James no se daba cuenta de cuándo sus ropas necesitaban remiendos, y cuando trabajaba se olvidaba con frecuencia de comer. No necesitaba ser linda, pero puesto que no había amor para empezar, tampoco debería ser fea.

Desde luego tenía que ser limpia, porque James debía tenerlo todo limpio, y debería ser también de dulce aliento y voz suave.

Decididas estas cosas, establecieron un complot y dejaron pasar varios días perfeccionándolo e inquiriendo dónde podría encontrarse una muchacha semejante. Chen se ofreció a ir a la ciudad y Mary pensó en escribir al doctor Su y su señora como los mejores entre sus nuevos amigos. La señora de Liang trató incluso de traer a su memoria las jóvenes chinas que había conocido en Nueva York. No podía recordar a ninguna, excepto a Sonia Pan, y ésta sería peor que ninguna americana, porque aunque su cuerpo era chino, ninguna otra cosa en ella lo era. Además, Sonia desde luego no viviría donde no pudiera comprar goma de mascar, poner la radio o tener una ondulación permanente en su cabello. Además el Tío Tao no la toleraría, y ella no sería útil para James.

Por último, Chen dijo sensatamente que lo mejor sería que le expusieran todo el plan al propio James y con mucha timidez, carcajadas y arreglos sobre quién debería hablar primero y cómo sacaría la conversación, lo invitaron a comer con ellos en una habitación de la posada, donde, como Young Wang era ahora el posadero, porque su suegro estaba retirado, tenían la seguridad de una buena comida y de estar solos en una habitación interior. Dieron la excusa de que era el día que hacía el primer mes del casamiento de Mary, y la señora de Liang explicó que tenía que regresar a su casa dentro de pocas semanas. Deseaba con ansia quedarse, quedarse otro mes más. ¡Si James quisiera casarse...!

Fuera del pequeño reservado, la posada estaba llena. Young Wang daba comidas a cambio de harina, trigo, legumbres, aves y huevos, lo mismo que por pescado, carne de cerdo o de vaca. El dinero era inútil y la gente hacía negocios sin él.

Young Wang los sirvió personalmente. Parecía ahora un posadero, con la cara más gruesa que antes, y le corría el sudor mientras entraba y salía presuroso en el reservado.

—¡Eh, no trajines tanto! —Le decía la señora de Liang bondadosamente, pero su celo lo apremiaba. Sólo cuando toda la comida estuvo sobre la mesa y su joven esposa hubo servido el vino y el té, se fue y dejó a los cuatro solos.

La señora de Liang había sido la elegida para empezar, y una vez que hubieron comido le dijo a James:

—Hijo mío, como madre, te ruego que me des la alegría de verte casado con una buena esposa antes de que tenga que dejarte. Así no me preocuparía. Tú eres el mayor de todos mis hijos, ¿por qué has de vivir solo y mi hijo más joven ha de estar muerto? —Le vinieron lágrimas a los ojos.

Mary habló después y dijo:

—Hemos estado pensando en todas nuestras amigas para encontrarte una que pudiera ser de tu gusto. No trates de enamorarte de nuevo, Jim. Limítate a escoger una muchacha agradable y ver lo que sucede.

—Después de todo —dijo Chen por turno y antes de que James pudiera hablar—,

sólo esta generación nuestra tiene que pensar en elegir esposas y maridos. Recuerda que aquí todavía hay la costumbre de que los padres encuentren maridos y esposas para sus hijos.

Con sorpresa para ellos. James respondió en seguida con sensata gravedad.

—Yo he estado también pensando en eso, y me he dicho las mismas palabras que Chen acaba de emplear. ¿Soy yo diferente de mis antepasados? Tal vez ellos entendieran mejor que nosotros las relaciones adecuadas entre el hombre y la mujer.

—Entonces, ¿quién...? —Empezó gozosa la señora de Liang.

James la interrumpió.

—Yo no elegiré por mí mismo, madre. Tú puedes elegir por mí. Tú me diste el ser y me conoces. Mary y Chen pueden aportar su consejo.

Los tres quedaron sobrecogidos ante su fácil victoria.

—Pero ¿no has pensado en la clase de muchacha que tú... tú...? —Aventuró Chen.

—Sí, he pensado —dijo James con calma—. Me gustaría tener una mujer de buen carácter, fuerte y sana, e hija de un campesino..., uno de nuestros aldeanos.

Los tres oyentes quedaron sin habla con la sorpresa. ¡La hija de un colono de los Liang! Esto era demasiado extraño aun para ellos. ¡Era volver demasiado atrás!

James miró las tres caras solemnes.

—¿Por qué no? Bondad y salud es lo único que quiero.

—¿Pero una mujer ignorante, Jim? —preguntó Mary.

—Tú la enseñarás. —Replicó James sonriendo. Dejó sus palillos—. Vamos, ¿por qué me estáis mirando? No hice más que dar mi conformidad a lo que habíais propuesto.

—No te hemos pedido que fueras tan lejos. —Lo reconvino Chen.

—Buscadme la novia —dijo Jim medio riéndose de ellos—. Cuando la hayáis encontrado, me casaré con ella. Ahora disfrutemos de nuestro banquete.

¿Por qué no?, preguntó a su corazón. No había mujer en el mundo a la que quisiera. A esto su corazón no daba respuesta. Se había convertido en una máquina de impulsar la sangre a través de su cuerpo y mantenerlo vivo para que pudiera realizar su trabajo.

## CAPÍTULO XXI

La señora de Liang trepó al gran aeroplano que iba a llevarla de vuelta a América. Avanzó hasta su asiento, arregló sus cosas, inclinó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Sólo el hecho de que se había quedado un mes más de las seis semanas proyectadas la obligó a volar de nuevo a través del mar. Se había quedado hasta el último momento con sus tres hijos. Pensaba ahora en Chen como si lo fuera de verdad. Puesto que los padres de Chen estaban encerrados en un territorio comunista, pensaba en él como en un huérfano. No sabía nada acerca de los comunistas ni del comunismo, pero había oído hablar tanto al doctor Liang acerca del tema, que consideraba sólo cuestión de tiempo que todo el mundo dentro del territorio comunista se muriera. Puesto que a Chen no le llegaban cartas, ni las escribía él, no había nada que contradijera esta teoría. A no ser que las gentes estuvieran muertas escribían a sus familiares. Puesto que Chen no tenía cartas, sus padres debían estar muertos. Eso estaba muy bien, pensaba íntimamente, porque los chicos podrían continuar en la villa ancestral bajo la protección del Tío Tao.

Reflexionaba sobre el Tío Tao. Era tan intolerable como siempre, pero las circunstancias habían cambiado. Es decir, ahora era viejo y tenía un tumor en el vientre. Además, ella también era mayor que cuando se había rebelado contra él de muchacha. La Tía Tao estaba viva entonces y ella se imaginaba a la Tía Tao débil y que cedía demasiado ante el hombre peleador y dominante que había sido el Tío Tao en aquellos tiempos. Ahora se daba cuenta de que cedía con su cuenta y razón, y que la Tía Tao era tenaz. Pero sólo llegó a comprender esto a través de sus años de matrimonio.

Lo más importante acerca del Tío Tao hoy en día no era ninguna de esas cosas. Era el simple hecho de que el Tío Tao tenía poder. En qué consistía este poder, no lo sabía. Pero tenía cierta clase de poder sobre el magistrado, sobre la policía rural, e incluso sobre los recaudadores de contribuciones. Su dominio de los arrendatarios, desde luego, era absoluto. Ella había advertido a James en contra de que tomara la defensa de estos colonos demasiado a pecho.

—Los hombres de la tierra no son como cuando yo era joven. —Le dijo a James—. En aquellos tiempos, ¿qué podían hacer? A veces es cierto que se levantaban y mataban a los que odiaban. Pero cuando aquel hombre estaba muerto venía otro de parte del Emperador y al ver que era inútil matar a un hombre si venía otro en seguida a ocupar su lugar, lo volvían a soportar durante unas cuantas generaciones. Ahora todo es diferente. Han oído demasiado. Incluso saben que en América la gente puede dejar de trabajar y los labradores pueden negarse a vender sus productos. Eso les da ideas sobre lo que pueden hacer ellos también. Además, ahora están los malditos comunistas a quienes siempre pueden recurrir. Nosotros estamos cogidos entre estas gentes y los comunistas.

No le había gustado mucho la forma en que James escuchó esto. No le había

contestado, sino que se limitó a sonreír. Sonreír en silencio no es un buen síntoma en ningún hombre cuando escucha a una mujer.

—Vamos, James —dijo ella entonces con verdadera pasión—. Yo no me opondría demasiado al Tío Tao. Todo el mundo le tiene miedo todavía. Mejor será que te quedes a su sombra. Estamos en tiempos malos.

A esto tampoco contestó James y ella siguió hablando con Mary y con Chen.

—A vosotros dos —les dijo reservadamente, y por lo tanto en inglés, la noche anterior, cuando entraron a conversar con ella por última vez—, ahora que estáis casados y tenéis algún sentido común, os advierto que no enojéis al Tío Tao.

—Yo no le tengo miedo al Tío Tao —dijo Mary con audacia.

La señora de Liang la miró con ojos fríos.

—Todo el mundo tiene miedo. Mejor será que tengáis sentido.

Chen la había apaciguado inmediatamente.

—Madre, yo no dejaré que Mary obre como una estúpida. —Le prometió—. El Tío Tao es un hombre muy importante aquí y ciertamente lo necesitamos, por lo menos hasta que nos hayamos establecido y la gente comprenda lo que estamos haciendo por ellos.

—Yo espero que no se muera primero de ese tumor que tiene en el vientre —murmuró la señora de Liang. Entonces hizo una confesión—: Al principio, cuando vi que el Tío Tao adelgazaba y se ponía más amarillo, pensé que mejor sería dejar que James lo operara. Pero luego me dije: es muy buena idea, pero pudiera ser que lo matara, ¿y entonces quién protegería a mis hijos aquí? Mejor es dejarlo morir solo lentamente.

Chen soltó una gran carcajada ruidosa, pero Mary quedó escandalizada.

—¿Cómo puedes ser tan perversa, mamá? ¡Pobre Tío Tao! Juro que me gusta más ahora que antes de que hubieras dicho semejante cosa. Trataré de persuadirlo yo para que permita que lo ayude James.

La señora de Liang suspiró al recordar esta escena. Desde que se había casado, Mary se había vuelto más voluntariosa aún. Si alguna falta se le podía imputar a Chen era la de no proceder con bastante firmeza con su joven esposa. Se reía mucho con ella en lugar de regañarla. Mary no tenía en absoluto la suavidad que tan agradable era en Louise desde que se había casado con Alec. La señora de Liang meditaba sobre las extrañas condiciones de los jóvenes. Hubiera creído que Mary casada con un marido chino se habría vuelto una dócil esposa china. En cambio, aunque vivía en una aldea ancestral, procedía como una americana, y sin duda estaba sembrando la rebelión en los corazones de muchas esposas chinas. Pero Louise, que vivía en una casa americana, donde las mujeres podían ser todo lo voluntariosas que quisieran, se había vuelto dulce y obediente como si estuviera en China. ¡El mundo era muy confuso hoy en día!

Las hélices habían estado girando algún tiempo, y ahora trepidaron los motores y la señora de Liang oprimió su tembloroso estómago. Dejó de pensar en su familia, la

villa ancestral y su familia de América, y se dispuso a pensar solamente en sí misma.

Solo en su gran departamento, excepto por el vago ruido de cacharros que hacía Nellie en la distante cocina, el doctor Liang estaba agradecido por las semanas que tenía de más antes de que regresara su mujer. Si hubiera llegado el día señalado lo habría encontrado en medio de su pena y distracción. Estaba confuso todavía, todavía con el corazón dolorido, pero el orgullo y la vanidad estaban dominados, y ya era capaz de alegrarse de que Violet Sung hubiera tomado la decisión. Era la decisión más prudente para ambos, aunque él se había rebelado contra ella con todo su ser. Desde luego, después de aquellas semanas de extrema soledad y quietud, se asombraba un poco al mirar hacia atrás y verse cómo había estado. Más asombrado quedaba todavía al pensar que pudiera haber ido a Londres detrás de Violet, como lo había hecho. Se reclinaba hacia atrás en su honda butaca de cuero rojo. Bueno, tenía sus recuerdos...

Después de que la señora de Liang se fue, realmente él había perdido la cabeza. Era de la única manera que podía describirlo ahora. Se había sentido tan libre, tan alegre. Había llegado la *season* en Nueva York, y como él no tenía que pensar en nadie excepto en sí mismo, iba a todas partes. Lo más extraordinario era que había aprendido a bailar. Esto habría sido imposible si su esposa hubiera estado en casa. Sus ojos asombrados le hubieran acusado de una conducta inconcebible en su edad. Pero Violet le había enseñado y alababa su ligereza. Su única falta, que parecía grave, era que carecía del sentido del ritmo. Cuando bailaba con Violet, ella lo suplía, de modo que él tenía la sensación de bailar bastante bien. Como era alto y consciente de su buen aspecto, era un placer notar que la gente los admiraba juntos.

Suponía que habían estado juntos un poco de más, así que no se podía criticar al inglés. Sin embargo, no había habido nada físico en el asunto. No había por qué negarlo, ahora que todo había terminado, que pudo haber habido. Él había entrado en una nueva fase, se decía. Llevaba tanto tiempo casado, que se sentía como si fuera joven y empezara todo de nuevo. Rehusó las invitaciones a comer que le hizo Louise, y no los invitó a ella ni a Alec, sencillamente porque no quería recordar siquiera que tenía hijos.

Sin embargo, no tenía la sensación de obrar mal. Por el contrario, nunca se había sentido tan exaltado, tan bueno, como en aquellos días en que él y Violet se veían diariamente. ¡Sí, todos los días! No había tratado de escribir nada, aunque había empezado un libro nuevo, una antología de la poesía amorosa china. Daba sus clases, desde luego, y notaba que sus enseñanzas eran inspiradas. El casamiento, entonces se dio cuenta, no lo había inspirado nunca.

Después de cerca de tres semanas de esta perfecta felicidad íntima, Violet le dijo un día por teléfono que no podía verlo. Explicó algo sobre un dolor de cabeza y un resfriado. Al día siguiente volvió a llamarlo, y le dijo que salía en avión para



Londres.

El recuerdo de la miseria de aquel momento lo abrumaba de nuevo.

—¿Pero por qué? —Siguió insistiendo.

Pero ella respondió de un modo vago que ya le escribiría y que por el momento mejor sería que no se vieran. Ya le contaría todo.

Había destruido la carta, pero al principio la llevó consigo a Londres, y cuando vio a Violet por última vez, había roto el papel en pedazos y los tiró por el Puente de Westminster donde se habían encontrado... deseando, pero sólo «casi» deseando, poder tirarse detrás de ellos. La carta no había sido satisfactoria. No le contaba todo, como había anunciado. Decía simplemente que Ranald Grahame le había dicho que si no dejaba de ver al doctor Liang rompería con ella. Había meditado sobre esto cuidadosamente, le escribía, y en vista de todas las vidas que involucraba, le parecía mejor quedarse con Ranald. Pero era suya, su siempre fiel Violet Sung. Y no había dirección debajo de su nombre.

En el momento en que él tenía esta desgraciada carta en sus manos ella ya se había ido. Liang estaba fuera de sí, y tan mal lo disimulaba que sorprendió los ojos de Nellie fijos con dureza en él aquel día, así que le dijo que estaba enfermo y se encerró en su dormitorio. Nellie se paró a la puerta con la bandeja y él tuvo que levantarse y cogerla, porque Nellie declaró que, como estaban los dos solos en la casa, mejor sería que no entrara en su cuarto. Se sintió insultado ante la mala sugerencia de esta intensa virtud, pero no podía hacer nada, y su aislamiento e intimidad eran más seguros con la puerta cerrada.

Veinticuatro horas de soledad le hicieron desear con vehemencia ver a Violet, hablar con ella y pedirle que volviera a él, llegando a ser este deseo un hambre voraz en su pecho. No le importaba lo que pensara nadie; se divorciaría de su mujer, o por lo menos le mandaría que se quedara para siempre en la aldea ancestral. Arregló sus asuntos y le dijo a Nellie que requerían su presencia inmediata en Londres. Esta llamada se la suministró cablegrafiando al anciano señor Li para preguntarle si podría parar con ellos. La invitación vino de vuelta en seguida y él dejó el cablegrama sobre la mesa del comedor donde Nellie pudiera leerlo. Utilizó la fuerza de su nombre famoso en la embajada china, consiguió un asiento de prioridad y voló a Londres en aquella misma semana.

Una vez allí se había visto obligado a someterse a enloquecedoras demoras. Sólo podía decirles a los señores de Li que había venido a pasar unas vacaciones, pero no que deseaba saber dónde se encontraba Violet Sung. Londres era un lugar demasiado enorme para que tuviera sentido buscarla. Sólo podía simular que gozaba con todo lo que hacían por él y entre tanto hacer preguntas que esperaba parecieran inocentes. Los señores de Li vivían cómodamente en un chalet fuera de la ciudad, y al parecer no tenían pensado regresar a China. Si había otra guerra mundial, decían que podían ir a Río de Janeiro. Eran personas pesadas y fuera de moda, y se alegraban de la oportunidad de tener un famoso visitante que mostrar y por quien dar fiestas y

cumplir algunas obligaciones sociales. En ninguna de estas reuniones vio el doctor Liang a Violet Sung, y estaba en un estado de desesperación que le horrorizaba.

Fue Lili quien finalmente lo ayudó. Lili no había cambiado en absoluto de aspecto. No tenía hijos. Seguía esbelta y bella a su estilo puro y apacible. Su voz era más alta todavía, dulce e infantil, y lo que decía todavía era ingenuo y un poquito estúpido. Por debajo y detrás de todo esto, Lili no era infantil ni estúpida. Había añadido a la afectación de Shanghai la afectación de Nueva York, Londres y París. Era enteramente feliz con Charlie Ting, un joven curiosamente degenerado, que pensaba que nada era malo para nadie, a condición de ser divertido. Desde luego estas dos palabras, bien y mal, no existían para él excepto para uso diplomático. Con él Lili vivía en varios niveles de vida a la vez. En uno de estos niveles oyó murmuraciones sobre el doctor Liang y Violet Sung y al escucharlas manifestó sorpresa, mientras que instantánea y secretamente creyó cuanto oía. Eso explicaba la presencia en Londres del doctor Liang y explicaba la inquietud que le notaba. Por pura curiosidad indolente descubrió que era verdad que Violet Sung estaba en Londres, que tenía un pisito muy lindo, aunque pequeño, con vistas a un área bombardeada que ahora era un parque, y que no iba a ninguna parte. Entonces fue a visitar a Violet Sung.

Todo esto se lo contó Lili al doctor Liang una mañana de domingo con su dulce voz tintineante. Le salió con toda naturalidad. Estaba pasando un fin de semana con sus padres y fue bastante fácil encontrar al doctor Liang solo después del almuerzo en el jardín, paseando arriba y abajo por la estrecha senda enlosada de la pequeña rosaleda. Había salido a vagar por allí bajo su sombrilla rosa, porque no le gustaba marchitarse tostada por el sol y conservaba la piel tan pálida como el loto blanco.

Después de hacer y cambiar algunas observaciones se sentó en un asiento de porcelana china del jardín y dijo:

—Doctor Liang, ayer vi a su antigua amiga.

Él la miró sobresaltado y ya medio adivinando.

—Violet Sung —dijo ella pensativamente y sin una sonrisa—. Está viviendo en Londres ahora, ¿lo sabía usted?

—No, no lo sabía —contestó él—. Hace tiempo que no he oído nada de ella.

—Sí, ahora está aquí. —Siguió Lili—. ¿Quiere usted su dirección?

—No vale la pena. —Mintió él.

—Yo creo que ella siente mucha simpatía por usted. —Insistió Lili. Ahora ya sabía hablar inglés perfectamente, pero había descubierto que parecía más exótica si no lo hablaba bien—. Me parece que está un poco sola. No habla mucho, y está demasiado delgada, aunque bellísima.

No podía fiarse y contestar a esto, porque no tenía la intención de confiar en Lili ni en nadie. Conocía a su pueblo. No podía contener la murmuración más de lo que un plato rajado contiene el agua. Podían guardar un secreto para siempre, pero le contarían un chisme al primer chino que encontraran.

Lili abrió una bolsita de raso unida a su brazaletes de diamantes y sacó un pedacito de papel.

—La escribí para usted —dijo.

No pudo resistir tomar la dirección de Violet, pero no la miró. La guardó en el bolsillo.

—Si tengo tiempo trataré de verla —dijo, y esperaba que Lili no pudiera escuchar los latidos de su corazón.

Era demasiado prudente para tratar de ver a Violet en seguida, porque no tenía la intención de encontrarse con el inglés, cuyo nombre mismo no quería recordar. Le escribió una carta y la mandó por mensajero diciéndole a éste que esperara. No fiándose de muchachos encontró una anciana a la que le faltaba un brazo, cuya rígida cara macilenta parecía digna de confianza.

—No vuelva sin una respuesta. —Le ordenó.

—Perfectamente, señor. —Replicó ella.

Horas más tarde había vuelto la mujer.

—Tuve que andar dando vueltas por allí un buen rato. —Le dijo—. La señorita trataba de echarme. Me dijo que volviera mañana y todo eso. Pero yo le contesté: «Mis órdenes son: traiga una respuesta». Aquí está, señor.

Pagó lo que le pidieron y luego abrió la respuesta de Violet. Era lo bastante breve para destrozar su corazón.

*Ahora que nos hemos separado —decía Violet—, ¿por qué hemos de volver a encontrarnos? Eso sólo servirá para que todo nos resulte más difícil a los dos.*

Nada más, lo que le puso furioso. Envió un telegrama audaz esta vez sin cuidarse de que lo viera el inglés:

*Me debes una explicación —escribió—. Te veré mañana a las seis de la tarde en el extremo más próximo del Puente de Westminster.*

Mucha gente iba y venía por el puente y a las seis era anochecido en invierno. Él estaba allí a las cinco y media, sin atreverse a esperar que ella viniera. Era capaz de no venir. Pero vino. La vio antes de que ella lo viera. Llevaba un abrigo de piel oscuro y un sombrero también de piel adornado con violetas, muy ajustado a la cara.

Vino porque comprendió que Liang no creería nunca que tenía realmente la intención de cortar con él para siempre. Así se lo dijo con su encantadora voz suave, cuya cadencia oiría mientras viviera.

—Wen Hua, no deberías haberme obligado a venir. Es realmente peligroso para

mí. Le prometí a Ranald que nunca volvería a verte a solas.

—Sin embargo, has venido, y eso significa que querías venir.

—Estás equivocado. —Le dijo ella.

El atardecer era extrañamente benigno y apacible. Acostumbrado ahora a la violencia del frío de Nueva York, no le parecía posible al doctor Liang que fuera ésta una noche de invierno. El aire era desabrido a causa de la humedad del río, pero suave. Las mejillas de Violet bajo la luz de la lámpara estaban sonrosadas, como las de una muchacha inglesa.

—Yo no quería venir. —Repitió—. He tomado mi decisión, Wen Hua, y no la cambiaré.

—¿Cómo puedes decidir contra mí? —Inquirió él.

Estaban inclinados contra la barandilla, de espaldas a la gente que pasaba, y mirando el río. Ella meditó un momento:

—No es lo mismo que si tú y yo pudiéramos realmente amarnos lo bastante para abandonarlo todo —dijo por último—. Tú sólo quieres tenerme.

—Eso no es verdad —respondió él al instante.

—Sí, Wen Hua, lo es —replicó ella—. Y por mi parte también es verdad. Yo no soy mejor que tú. Más aun...

Se interrumpió y él quedó esperando. Por último dijo:

—¿Más qué?

—He pensado bastante. —Habló ella lentamente—. No tenía mucho que hacer excepto pensar. Las gentes como tú y como yo... no somos personas de verdad; tú lo sabes, Wen Hua.

—Existimos, ¿no es cierto? —preguntó él con indignación.

—Oh, sí, tenemos estos cuerpos...

Él volvió a esperar y esta vez no la apremió. Tenía miedo de lo que iba a decir... fuera lo que fuese.

Ella continuó:

—Nosotros vivimos de las raíces de los demás. Wen Hua, lo que te hace real es tu esposa. Ella es tan real que si tú y yo fuéramos a... Desde luego, ella no me toleraría. Ninguna mujer real tolera la poligamia. Aun en China, donde creemos haber arreglado todas las relaciones humanas hace siglos, las verdaderas mujeres no toleran a la concubina. Matan a alguien..., puede ser que a la concubina..., o dejan de amar a sus maridos y acaban por dejar de ser ellas mismas y convertirse en unos seres crueles.

—Yo no pensaba apartar a mi esposa —dijo él muy erguido.

—No, pero tú lo comprendes —dijo ella—. Ranald es como tu mujer. Es decir, también es real.

—No se casa contigo —dijo él con intencionada crueldad.

—No. —Reconoció ella—. Pero creo que yo tampoco deseo que lo haga. Eso no significa mucho para mí.

Él se agarró a esto.

—¿No le amas?

Movió ella la cabeza, y los pequeños rizos oscuros de su pelo heredados de la madre francesa danzaron alrededor de sus mejillas.

—No. Pero confío en él. Algún día nos separaremos. Quizá sea yo quien decida la separación. Pero cuando llegue ese momento él no me dejará desamparada. Se ocupará de mí.

—Supongo que hablas de dinero —dijo Liang con amargura.

—Sé razonable. —Explicó ella—. Yo necesito una buena cantidad de dinero y él lo tiene a montones.

—¿Y si se casa? —Quería herirla, pero ella no se sintió herida.

—Aunque se case será agradecido conmigo. Tiene una sensación de responsabilidad, como tú sabes, sobre todo ahora que yo te he dejado a ti.

Ella lo había utilizado para crearle al inglés una sensación de responsabilidad.

Cuando la acusó de esto, ella lo negó con aire reflexivo habitual.

—No es así —dijo—. Si tú hubieras sido enteramente real, Wen Hua, yo podría haberme atrevido... a llegar a todo. Pero que dos seres, ambos irreales, dejen a las personas en quienes pueden confiar... sería muy peligroso.

—¿Por qué no tienes confianza en mí? —preguntó él.

Ella levantó entonces sus ojos oscuros hasta él.

—Tú te conoces —respondió.

No tuvo valor para insistir. La verdad en sus labios podía haberlo destruido y necesitaba creer en sí mismo.

Violet terminó la conversación con un suave contacto de su mano.

—Ahora debes irte. —Le dijo—. Debes volver a Nueva York, a tu hogar y a tu esposa. Por favor, no te disgustes por mí. Yo estaré perfectamente y de veras seré muy feliz. Me gusta Londres. Conozco a mucha gente y no me gustan los amigos. Tengo ahora el pensamiento muy claro. Lo que ha sucedido es lo mejor para nosotros.

—¿Qué dijo el inglés? —preguntó él.

Violet pareció sorprendida.

—¿De veras quieres saberlo? Es muy sincero y sólo me dijo que se había enterado de que nos veíamos casi todos los días, que no me lo prohibía..., pero que tenía que hacer la elección definitiva. Añadió que podía quedarme con él o dejarlo..., pero él no representaría un segundo papel. Si me quedaba con él, se ocuparía de mí mientras viviese, y me dejaría lo bastante en su testamento si moría en la próxima guerra, la que cree que estallará muy pronto. Pero si yo elegía verte a ti, se separaría de mí inmediatamente.

—Y tú me has visto. —Le apremió él.

—Sí, y ahora me vuelvo a decírselo —contestó ella—. Será difícil hacerle comprender durante un rato que no quería venir, pero que no había otro remedio. Luego le prometeré no volver a verte más. No he hecho esa promesa todavía. Esta

noche la haré... y la cumpliré.

Otra vez en su mano sintió él el suave contacto y ella volvióse y se perdió entre la muchedumbre. Liang se quedó allí contemplando la suave corriente del río neblinoso, jugando con la idea de arrojarse desde el puente. Pero un policía que pasaba lo miró una o dos veces y esto aumentó su propia seguridad. En realidad no quería morir.

Se había quedado con los señores de Li unos cuantos días más y aceptó luego una invitación de los padres de Charlie Ting. Con sorpresa de su parte encontró que le gustaba muchísimo la vida diplomática. Era alegre y costosa, pero les proporcionaba dinero para todo. Tenían un hermoso Rolls Royce a su disposición con un chófer inglés muy elegante. Pensó que algún día podría ofrecerse como diplomático..., embajador quizá. Esta idea le brindó un nuevo interés y mientras la consideraba pudo dejar de pensar algunos momentos en Violet. En aquellos días logró encontrar una oportunidad para hablar con Lili.

—A propósito, he visitado a la señorita Violet Sung. Parece estar muy bien y muy feliz. Me quedé sólo unos minutos porque estaba muy ocupado aquel día.

La frialdad de su voz la asombró, pero no hizo más que sonreír. Luego él le dijo que se volvía a casa, que tenía mucha ansia de ver a su mujer, quien había ido a visitar a sus dos hijos mayores, que estaban en la aldea ancestral donde disfrutaban de la antigua casa, y que Mary se había casado.

Lili profirió un gritito:

—Oh, ¿cómo pueden disfrutar con esas cosas tan pasadas de moda? ¿Y qué hombre hay allí para casarse con Mary?

Él se rió con ella.

—Ya se cansarán de la aldea —dijo—. No me sorprendería que volvieran con su madre. Mi yerno, según oí, es un brillante doctor de Pekín..., creo que un amigo de mi hijo. ¿Se acuerda usted de James?

Lili sonrió distraídamente.

—Desde luego, y Charlie cree que está haciendo maravillas en China. Estoy segura de que es cierto.

El doctor Liang no creyó que Charlie Ting hubiera hablado así, pero inclinó la cabeza con su dignidad habitual cuando recibía un cumplido.

Así, pues, había vuelto a casa. En Londres creía que ya lo había pasado todo, pero cuando llegó a casa se dio cuenta de que no. Mezclado con su amor herido por una mujer hermosa estaban sus palabras: «Tú te conoces». No quería conocerse, Violet lo había perturbado y hecho mucho daño. El asunto podía haber terminado de un modo sublime. Podría haber sido un espléndido renunciamiento a un amor egoísta; podría haber sido una aceptación noble de las obligaciones que la vida ya les había impuesto. Pero ella lo había despojado del esplendor y la nobleza. Se había limitado a pronunciar estas pocas palabras: «Tú te conoces». Estas pocas palabras contenían algo más que no había expresado: «Yo te conozco».

Se sentía malhumorado en su soledad y empezó a desear con impaciencia que la

señora Liang volviera a casa. Podía incomodarse con ella y ella no lo tomaría a mal, porque era su marido.

Cuando le llegó el telegrama diciendo que llegaría a las tres del día siguiente, a no ser que hubiera tormentas, inmediatamente empezó a sentirse mejor. Era algo como haber estado enfermo, o ausente, o fuera de su rutina ordinaria. Ahora pronto volvería su casa a ser lo que había sido siempre. Se sentía más amable incluso para con Louise y la llamó por teléfono para invitarla, con Alec, a comer. Era la hora en que ella acostaba a la nena y estaba distraída, pero de buen humor.

—Iremos seguramente, papá —dijo—. Creo que a Alec le gustará ir.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo había invitado también a los señores de Wetherston.

—También podemos hacer una verdadera reunión. —Le dijo a Louise—. Si te parece que a tus suegros les gustaría escuchar las últimas noticias de China, tráelos contigo.

Como su padre no había mostrado interés por la existencia de ninguno de ellos desde que se fuera su madre, a Louise le agradó esto.

—Yo no creo que tengan proyectado nada —dijo—. Con seguridad querrán ir. Será muy agradable. Tengo muchas ganas de volver a ver a mamá.

—Yo también —dijo él con entusiasmo poco habitual.

Estuvo muy absorbido el resto de la tarde disponiendo la comida. Después de pensarlo un poco, decidió pedir que se la enviaran caliente de un restaurante chino y sostuvo una larga conversación por teléfono con el propietario sobre algunos platos especiales y su preparación. Cuando terminó con esto pensó que debería irse a la cama para estar descansado al día siguiente. Pero le fue difícil dormir. Su imaginación, en lugar de estar absorbida por el recuerdo de Violet Sung, retrocedió a los primeros años de su vida, al tiempo en que llegó la joven señora de Liang a la casa de sus padres. Era una muchacha de cara fresca y mirada viva, con una boca roja y carnosa. Su primer disgusto fue porque no era linda. Pero, no sabía por qué, estaba llena de vida y tenía fuerza en la casa, aunque era una criatura sencilla, y pronto aprendió a depender de ella. Cuando había algo desagradable que hacer, como, por ejemplo, pedir un permiso al Tío Tao, era ella siempre quien lo hacía. Tenía muchos defectos, y cada uno lo irritaba por separado, pero no se combinaban para cambiar su mejor cualidad, y era la de que no pensaba nunca en sí misma. No se preocupaba de su persona ni de sus estados de ánimo. Tenía muy pocas veces mal humor y esto sólo a causa de alguna circunstancia externa que fácilmente podía ser cambiada. Por lo general la cambiaba ella misma y se restablecía su buen humor, o echaba una larga siesta, o se compraba un cucurucho de gotas de chocolate, que le encantaban. Le gustaban los dulces, ahora lo recordó, y decidió comprarle una gran caja mañana.

La señora de Liang vio a su marido esperándola en el aeropuerto y pensó que

tenía aspecto cansado. Se culpó a sí misma por haber estado ausente tanto tiempo, y aunque se sentía muy cansada después de este terrible viaje, trató de reponerse para parecer mejor de lo que estaba.

Cuando él la divisó sonreía animada como siempre. Parecía más joven de como la recordaba y tenía el pelo suelto por el viento, lo que la favorecía. Al verlo, se sonrojó intensamente y esto lo conmovió. Tomó su mano abiertamente.

—Louise no pudo venir. —Le dijo sin saber de qué hablar al principio—. La tienen sujeta los chicos. Pero vendrán todos a una comida de bienvenida.

—¡Qué bien! —Exclamó ella. Con él empezó instintivamente a hablar en inglés—. Tú pareces un poquito cansado, Liang. ¿Te sientes bien? Ahora yo te daré de comer algo bueno.

—Estoy bastante bien —contestó él en un tono algo patético—. Nellie lo ha hecho lo mejor que pudo. Le di unas pequeñas vacaciones, dicho sea de paso, porque he tenido una invitación para visitar a la familia de Li en Londres y me pareció que sería una buena manera de pasar el tiempo hasta que tú volvieras a casa. Conseguí un permiso en la escuela. —Quería decirle lo de Londres en seguida.

—Me alegro de que te hayas tomado un descanso —dijo ella vivamente. Ansiaba llegar a casa, echarse en la cama y poner una bolsa de agua caliente sobre su pobre estómago. Pero si iba a haber una comida de bienvenida no debía pensar en tales cosas.

En el coche se sentaron con las manos cogidas. Él había colocado su maletín en el suelo para que ella pudiera utilizarlo como banqueta para los pies. Quedó sorprendido de su sensación de alivio mientras retenía su mano gordezuela. No había hecho semejante cosa en años.

—¡Eh, Liang! —dijo ella sonriéndole—. ¡Me parece que te alegras de que vuelva a casa!

Le concedió una ligera sonrisa.

—Sólo temía que no quisieras dejar la villa ancestral y todas sus delicias para volver a Nueva York con tu pobre maestro.

Ella empezó inesperadamente a parlotear en chino.

—¡Liang, no ha cambiado nada! Puedes creer que después de tantos años el Tío Tao sea exactamente el mismo, sólo que más gordo, a no ser, pobre viejo, que tiene un tumor en el vientre que le deben sacar, según dice James, tan pronto como él lo consienta. ¡Y la calle, Liang, más sucia todavía! Desde luego era invierno, así que no vi moscas. Pero los niños corren por todas partes como antes, con las caras sucias y los pantalones... bueno, ya lo sabes. Mary enseña ahora en una escuela y tal vez mejoren las cosas dentro de unos cuantos años. Todos los parientes son los mismos, excepto algunos que están muertos. —Contó con los dedos a los Liang muertos y explicó de qué habían muerto y cuándo—. Desde luego hay bandidos por todas partes ahora —continuó—; pero aun ellos le tienen un poco de miedo al Tío Tao, porque come con el magistrado y es amigo de la policía y de los recaudadores de



contribuciones. En efecto, el Tío Tao es muy útil, y aunque molesto, nadie se atreve a desear su muerte. Más adelante, cuando el Gobierno sea mejor, quizá sea un bien para el Tío Tao morir. Pero por ahora...

Rióse él por primera vez en estos días.

—Nada de lo que me cuentas me hace desear volver allá. —Le dijo cuando llegaban al departamento.

Ahora que ella había estado ausente, se quedó sorprendida al descubrir a su vuelta, conforme iba de una habitación a otra, que también aquí notaba una extraña sensación de hogar. No lo hubiera creído posible, pero así era. Los Wetherston habían mandado flores de bienvenida, y Louise llamó por teléfono casi inmediatamente y la señora de Liang escuchó con avidez los detalles de los dientes de la nena y lo que podía hablar ya el pequeño Alec. Entonces miró el reloj y gritó:

—¡Louise, por favor! Sólo queda una hora para la comida. Ya me contarás algo más, querida, cuando estés aquí.

Colgó y recordó entonces a la señora de Pan y le telefoneó. Era en el preciso momento en que la señora de Pan estaba haciendo la cena y cuando oyó la voz de su amiga, gritó con alegría.

El doctor Liang escuchó sólo la parte de la conversación de su esposa.

—Sí, señora de Pan... ya estoy aquí... ¡Oh, muy lindo, muy lindo!... No tanto como usted cree. Mary está muy bien... Un hombre muy agradable. James también se va a casar... Sí, sí, ya se lo contaré todo. ¿Mañana? ¡Encantada!

—¿Qué es eso de que James se va a casar? —Inquirió el doctor Liang. Se había cambiado el abrigo por un batín y había sacado un par de zapatillas que no había usado desde la marcha de ella. Estaba fumando, leyendo y se sentía casi enteramente normal.

—Ya te lo contaré más tarde —dijo—. Es una sorpresa, pero buena. Vamos, Liang, tienes que vestirte temprano. Neh-lí y yo pondremos la mesa. Si yo me retraso un poco, tú puedes hacer los cumplidos.

Trajinaba de aquí para allá, pero encontró un momento para estar sola con Nellie en la cocina.

—¿Cómo marchó todo? —preguntó en voz baja.

—Bien —replicó Nellie—. Durante un tiempo creí que había algo raro, pero supongo que no era más que inquietud. Se fue a Londres y volvió como un cordero y apenas ha salido de casa desde entonces.

—Gracias, Neh-lí. Ahora será mejor que no pongamos el mejor mantel, porque la comida china salpica terriblemente.

Buscaron juntas el segundo mantel. La señora de Liang no había visto uno desde que se fuera de viaje.

Fue una noche feliz. El doctor Liang estaba mejor que nunca, digno y tranquilo. Se mostró cortés con el señor y la señora de Wetherston, un poco distante, quizá, con su yerno, y condescendiente y agradable con su hija. La señora de Liang llevó la

mayor parte de la conversación. El señor Wetherston le hizo muchas preguntas de naturaleza práctica, que ella explicaba. Estas preguntas tenían que ver con lo que ella pensaba de Chiang Kai-shek, si el Gobierno combinado era tan malo como se decía, cómo eran en realidad los comunistas de China, si ella creía que el pueblo chino seguiría siempre unido, y cosas por el estilo. La señora de Liang contestaba a todo brevemente, declarando que Chiang Kai-shek no era mejor ni peor que cualquier hombre en su posición y con su historia, que un gobierno combinado era siempre malo dondequiera que se encontrase, pero quizá inevitable, que los comunistas eran comunistas, que el pueblo chino había estado unido dentro del mismo territorio durante cuatro mil o más años, y que probablemente continuaría así. Cuando el señor Wetherston aventuró una pregunta acerca de la vida privada de la señora de Chiang, la señora de Liang se rió de buena gana escondiendo la cara con la mano y dijo:

—*Madame* Chiang es muy especial, ¿no es cierto?

Alec, con su largo cuerpo repantigado en el diván, disfrutó muchísimo esa noche. Su casamiento estaba saliendo muy bien. Las esposas chinas hacían un culto del matrimonio. Sentía lástima por sus amigos que tenían que lidiar con mujeres americanas dentro de casa. Los chinos hacían las cosas bien. Todo dependía de las relaciones entre la gente.

Los numerosos platos que sirvió el *chef* del restaurante chino, con una conversación florida preparada de antemano, duró más de dos horas, y la última hora de la noche la empleó la señora de Liang en describir la fabulosa villa ancestral, sus murallas, sus puertas, la casa de los Liang con sus muchas habitaciones y patios, el hospital que James estaba construyendo, la escuela que ya estableciera Mary, los parientes con toda su belleza e inteligencia y finalmente al Tío Tao, que los presidía a todos como un dios.

—Parece admirable explicado por ti, mamá —dijo Louise con cierto asombro.

—En su estilo, es admirable. —Declaró la señora de Liang.

No había mencionado el frío, ni la suciedad, ni las cabezas tiñosas de los niños, ni los mendigos, ni los colonos rebeldes, ni los parientes peleadores, ni los accesos de cólera del Tío Tao, ni ninguna de las cosas que el doctor Liang había temido que contara. Cuando se dio cuenta de que estaba creando una China hermosa delante de estos extranjeros, sintió por ella una ternura nueva y profunda. ¡Esta mujer suya, su vieja esposa, hacia esto por él!

Aquella noche, cuando ella le hizo el amor de un modo honesto propio de una esposa, y después que él hubo cedido con agrado a sus insinuaciones, quedaron acostados juntos mucho tiempo y ella le contó muchas cosas de su visita y todos los detalles de cada conversación con cada uno de los parientes. Pero más que nada habló de James y de la muchacha que le había encontrado para esposa. El compromiso había sido muy rápido..., demasiado rápido tal vez, reconoció. Ella salió al día siguiente, con mucho fastidio, porque no había sido capaz de adivinar nada por la cara de James. Desde luego, le había dicho que no se preocupara. Mary y Chen le

prometieron confidencialmente contárselo todo.

—Liang —decía ahora con ansiedad—, yo te aseguro que James está arruinado para un matrimonio corriente. Quiso demasiado a esa Lili, y sin embargo, es extraño que no esté enamorado de ella ahora. Lili ha matado la fuerza del amor en él. Si no se casa con una mujer al estilo antiguo, no se casará con nadie. Yo observé esto durante algún tiempo. Pero ya sabes, Liang, que un hombre no se las puede arreglar sin una esposa. Yo no escogí una esposa cualquiera para nuestro hijo. Anduve cuidadosamente por toda la región y encontré una muchacha que no es parienta de sangre de los Liang. Su padre vino de Shantung cuando ella era pequeña; pero nunca le vendó los pies, porque oyó que las mujeres ya no hacían esto, y es un buen hombre y se alegró de dejarle los pies libres. No son más que labradores, y sus tierras quedan más allá de las tierras de los Liang. El dinero que él tiene lo adquirió así: los americanos querían más tierras para construir un campo durante la guerra y le compraron la suya. Él se trasladó bastante lejos de allí para no ver americanos ni comunistas ni extranjeros por el estilo nunca más. Yo creo que nuestro lugar quizá será bastante seguro.

—¿Qué clase de muchacha es ella? —Inquirió el doctor Liang.

—Tal vez tú dirías que es una muchachota —contestó la señora—. No es gruesa, pero sí muy fuerte, y tiene la cara redonda y grandes ojos negros. Es a la antigua, ya sabes, Liang. Se peina lo mismo que yo cuando era chica. Lleva ropa de campo..., no túnica larga. Pero es de carácter apacible y muy honesta; pensará sólo en James, y sus hijos serán sanos. La familia tiene cinco hijos y ella es hija única, así que tal vez nos dará abundantes nietos varones.

Liang se quedó tan silencioso que ella empezó a sentir temor de que no lo aprobara.

Hablaba en la obscuridad un poco tímidamente.

—Liang, yo no sé lo que piensas, pero por mi parte he estado muy satisfecha con nuestro matrimonio a la antigua. Ya sé que ahora a nuestros jóvenes les gusta enamorarse por su cuenta, como, por ejemplo, Louise y Alec. Pero Mary es algo más china. Juzgándolo en conjunto, sin embargo, Liang, no creo tanto en el amor.

—Ni yo tampoco —dijo él, y añadió luego con firmeza—. ¡Creo muy poco, desde luego!

Ella quedó tan contenta, que hubiera gritado, pero se dio cuenta de que habría sido mostrar demasiado sentimiento.

—Debes irte a dormir, Liang, por favor. —Le ordenó—. Mañana es día de clase.

Para él era dulce escuchar su voz mandándole hacer lo que quería de todas maneras, y obedeció.

Por debajo de cuanto había dicho, la señora de Liang sentía la antigua herida sangrante que le había quedado por la muerte de Peter. No habló de eso porque quería que su vuelta al padre de sus hijos fuera sin tristeza. Le había escrito al doctor Liang contándole los hechos que sabía, y no había ido a ver dónde yacía Peter bajo el gran

pino de los jardines imperiales. Más tarde, cuando los tiempos fueran mejores, quería regresar y ocuparse en que los restos fueran traídos a la aldea y enterrados entre sus antepasados.

Escuchó cómo la respiración de Liang se hacía más profunda y comprendía que estaba dormido, y así, acostada muy quieta, lloró en silencio por el hijo muerto. Luego levantó una mano cuidadosamente y volviendo la cabeza se enjugó los ojos con el borde de la funda de la almohada. Lo pasado, pasado, se dijo, y sólo en los vivos debía pensar en el porvenir.

Cambió de pensamiento y se puso a recordar la aldea. La vida allí era admirable, tan afectuosa e íntima, con todos los seres humanos tan próximos y todo el mundo conociéndose, lo mismo los buenos que los malos. Los días estaban llenos de vida. Qué bueno había sido estar sobre la tierra. Cuando se levantaba de la cama por las mañanas, sus pies pisaban la verdadera tierra, sólidamente aplastada por tantos pies de antepasados Liang. ¡Cuán intensamente odiaba esto de vivir en el aire, y sabiendo que encima y debajo de ellos había extranjeros!

Sin embargo, sabía bastante bien que Liang no podría volver a vivir nunca en la villa ancestral. Sin electricidad ni agua corriente, no podría vivir. Sólo las pulgas que saltaban de los techos de cañas, serían ya demasiada molestia para él. Pero con nada se podían limpiar de pulgas las cañas de los antiguos tejados ancestrales. Quizá la próxima vez que volviera llevaría algo de esta nueva cosa que usan los americanos para combatir las moscas. Desde luego, volvería muchas veces. No se lo diría a Liang en seguida..., tal vez ni siquiera en muchos meses. Pero cuando James y Mary empezaran a tener hijos debía volver volando para verlos. Quizá para entonces los americanos tendrían mejores aviones o por lo menos medicinas para aplacar el estómago. Iría y vendría entre la familia, porque les pertenecía a todos.

Suspiró cuando pasó un camión alborotando en la noche; en el río chilló un vapor. La noche en la aldea ancestral era tranquila como el cielo. El grito de un niño, el ladrido de un perro..., éstos eran los ruidos de la vida y no despertaban del sueño. Aquí los camiones, los barcos... Entonces le vino de repente la idea de que éstos eran los ruidos de la vida americana. Quizá no despertaran a los americanos. No habían despertado a Liang. Éste había empezado a roncar delicadamente, y con el ruido familiar ella cayó también en los antiguos hábitos y fue sumiéndose en un ligero sueño.

## CAPÍTULO XXII

La villa ancestral parecería volver a descansar en la tierra después que la señora de Liang la dejó. Ninguno se había dado bien cuenta de cómo su afanosa presencia había extraído de ellos una nueva energía. Su personalidad le hacía fácil encontrar los medios para comunicarse con todo el mundo. Aunque no hacía más que saludar a los hijos del Tío Tao, chicos y grandes, sin embargo, ellos veían su abierta cara bondadosa con frecuencia y oían su voz alta aconsejando, exhortando y hablando afablemente. Su paso corto y pesado no era como el paso de la mujeres jóvenes, que nunca habían tenido vendados los pies, ni tampoco el golpeteo de las viejas cuyos pies habían sido duramente vendados en su infancia. El Tío Tao la echó de menos cuando se marchó, porque aunque no había hablado mucho con él había ideado pequeñas comodidades en su beneficio. Había lavado y dado vuelta a sus túnicas guatadas de invierno y le hizo una colcha nueva, ligera y abrigada.

Pero sobre James había dejado su mayor influencia. Comprendió lo que no había sabido nunca, que su madre no era en absoluto una mujer estúpida. Cierto que el suyo era un cerebro incapaz de recibir ni retener una idea abstracta, es decir, una idea que no tuviera nada que ver con el sencillo bienestar de aquellos que amaba. El Cielo, Dios, el Gobierno, el Comunismo, la Guerra, los Derechos Humanos, la Religión, todas esas grandes palabras que proporcionan los argumentos modernos las toleraba como una diversión sólo para hombres. Mientras éstos discutían y conversaban, ella tenía ocupados las manos y el cerebro. No consideraba que la gente a quien no conocía y con quien no estaba relacionada tuviera nada que ver con ella. Sin embargo, si entraba alguien dentro de su órbita, se ocupaba en seguida en sus necesidades también. Tomaba a los hombres y las mujeres en conjunto, viéndolos al mismo tiempo cómo eran y cómo creían ser. James quedó sorprendido y hasta horrorizado de que no insistiera en la operación del Tío Tao, por ejemplo. Había hablado con ella de eso y bien veía su madre que el Tío Tao estaba empezando a perder poco a poco. Sin embargo, cuando James la invitó a persuadir al viejo, se negó a hacerlo.

—El Tío Tao conoce su corazón y su cuerpo. —Declaró—. Si yo lo persuado y él no es feliz después, la culpa será mía.

Con su visita, James comprendió el lugar que le correspondía en la aldea ancestral como no lo había comprendido antes. Él, Mary y Chen pertenecían a la época moderna en que vivían. El siglo veinte era su atmósfera. Pero el Tío Tao pertenecía al siglo dieciocho y conservaba la villa en esa época. Su madre, James lo veía, era el puente entre estos siglos. Su interés por la Humanidad era eterno, desde el principio del género humano hasta el fin. Nadie podía ser demasiado moderno para que ella no se le aproximara con vivo interés, ni nadie tan antiguo que no lo comprendiera. Ella misma ignoraba que era así. No pensaba en sí misma en absoluto. Carecía de tiempo para tales divagaciones y sentía interés por ellas.

Así llegó James a comprender a su madre en esta aldea ancestral. La veía en medio del extraño desequilibrio del mundo tal como estaba, un mundo donde lo nuevo y lo viejo tenían que convivir en diferentes planos. Ella se convirtió en algo significativo para él. Se decía que era el ser humano más esencial para los hombres como él, hombres que se han adelantado mucho a su edad.

Por lo tanto, cuando su madre propuso un día buscarle una esposa, James condescendió con una sensación casi de fatalismo. Era incapaz de escoger por sí mismo. Era capaz de descarriarse una y otra vez, y toda su vida podía quedar arruinada por una esposa que no comprendiera lo que quería realizar. No necesitaba una mujer que lo llevara más allá de la aldea ancestral. Necesitaba y debía tener una mujer que lo arraigara aquí profundamente, por la fuerza de su propia vida y de su comprensión. Por lo tanto, cuando su madre le dijo, unos seis o siete días antes de irse, que había encontrado una joven que le parecía adecuada, él contestó:

—Espero que sea como tú.

Su madre pareció sorprendida.

—¿Cómo se te ocurre eso? —preguntó—. La verdad es que me hace pensar en mí, como yo era cuando vine aquí para casarme con tu padre.

—Entonces firma los papeles del compromiso por mí —dijo él.

La señora de Liang se quedó preocupada por esta pronta docilidad y probó a su hijo durante un rato.

—Tú sabes, James —le dijo con gran seriedad—, que si te casas con una muchacha como esta Yumei, no te puedes divorciar. No es una muchacha moderna. Cuando venga aquí para ser tu esposa, será para serlo mientras viva. No la puedes echar a un lado.

—Eso ya lo sé, mamá. —Le respondió James.

Pero todavía no se dio por satisfecha hasta que mandó a Chen y a Mary junto a él, y con la sabiduría de su matrimonio feliz ellos también le rogaron que pensara bien lo que hacía.

—Yo creo que mamá ha elegido demasiado de prisa —dijo Mary—. Quiere dejar todo arreglado antes de volverse con papá.

—El instinto de mamá en lo que se refiere a sus hijos es sorprendente y seguro —respondió James. Estaban en su pequeño *living* con la puerta cerrada y atrancada, y hablaban en inglés.

—Pero tú sabes muchas cosas que ella no sabe. —Insistió Mary—. Cuando hablamos Chen y yo, nuestras mentalidades son iguales. No hablamos a través de la distancia.

James sonrió al oír esto.

—A Chen y a ti os gusta mucho hablar. Pero, como sabes bien, yo hablo muy poco. Recuerdo que ya de niños, Chen, esta hermana mía se quejaba de mí porque no hablaba mucho.

No quiso explicarles todo, y desde luego no podía. Sólo sabía que su vida iba a

desenvolverse allí en la villa ancestral y en el campo que la rodeaba, y si desde allí el trabajo que realizaba se extendiera a otras partes, se daría por satisfecho. No podría vivir nunca como su padre. Quizá tenía mucho de su madre. Él tenía que vivir de sus raíces. Bueno, pues había encontrado sus raíces, y era tiempo de empezar a vivir.

Cuando su madre comprendió que estaba tranquilo y seguro, llevó adelante el compromiso. Desde luego, el Tío Tao debía ser consultado, y no hubo dificultades por esta parte. El Tío Tao estaba contento, salvo en que entendía que la señora de Liang había personalmente llevado las cosas y escogido la muchacha, cuando esto debería habérselo dejado a él. Pero cuando le hablaron de la familia de Yang y oyó que eran propietarios de sus tierras, que tenían algún dinero además, y que Yang Yumei no sabía leer ni escribir, se sintió contento.

—Dos como tu hija —declaró—, serían demasiado para nuestra aldea.

La señora de Liang no le dijo que Mary estaba resuelta a enseñar a leer a su nueva cuñada inmediatamente después de la boda. A los hombres como el Tío Tao no valía la pena contárselo todo. Una pequeña verdad cada vez era todo lo que podía soportar sin perder la paciencia.

Antes de volver a América, por lo tanto, la señora de Liang había cuidado de que los papeles del compromiso quedaran firmados y sellados y de que fueran cambiados los primeros regalos. En manos de la nuera mayor del Tío Tao dejó los proyectos finales para la boda y las disposiciones sobre los regalos últimos. Puesto que los padres no podían estar presentes al casamiento, el Tío Tao debía ocupar su lugar, y la boda debería ser sencilla. Con gran ternura hubiera deseado poder quedarse y hacerlo todo personalmente, pero no le parecía justo apresurar la boda demasiado. James necesitaría un mes, por lo menos, para preparar su espíritu, y no se atrevía a dejar a Liang solo otro mes más. Sus cartas eran breves y poco satisfactorias y no había sabido de él en dos semanas. Así que dominó su pena.

—Yo no puedo preocuparme por dos lados del océano al mismo tiempo. —Le confió a Mary.

—¡Oh, pobre mamá! —respondió ésta—. No debes preocuparte por nosotros, al menos. Por papá, yo no puedo prometer nada.

La señora de Liang se crispó.

—Tu papá es muy bueno —dijo. Y quedó firme su resolución de regresar rápidamente junto a él.

Después de eso se puso en movimiento y arregló que James tuviera dos habitaciones más como parte suya en la casa y compró algunos muebles buenos al carpintero local, que era un primo en décimo grado de los Liang. Luego, con un desgarramiento, se fue de su amada villa.

James había fijado el día de la boda. Durante sus vacaciones no quería tener pacientes nuevos. No trataba de celebrar una luna de miel, porque sabía que nada aterraría más a su desconocida esposa que eso. No obstante, no deseaba tener todas las horas del día y muchas de las noches ocupadas como ahora con los enfermos. Su

matrimonio, increíble como les parecería a Su, a Chen y a otros por el estilo, lo excitaba llenándole de curiosidad y sorpresa, y quería tiempo para iniciarlo bien. Podría ser un éxito. Desde luego no volvería a querer a nadie como había amado a Lili. Aquel fuego había ardidado quemando hasta la capacidad de renovarlo. No quería amar así. Había sido un amor destructivo.

Medio divertido consigo mismo, les declaró a Mary y a Chen que había una sabiduría sana en la manera ancestral de elegir una esposa para un hombre.

—Fijaos en mamá —dijo una noche mientras vagaban ociosos una hora antes de volver para dejar arreglados a sus pacientes para la noche—. De seguro me conoce mejor de lo que me conozco yo. Conoce los rasgos de familia. ¿Quién podría escoger mejor para mí?

Ellos ni dieron ni negaron su conformidad. Sonreían y escuchaban, conscientes de que este matrimonio era para él más que un matrimonio. Era la fusión con su pueblo.

Con este ánimo esperó James Liang el día de su boda. La idea de este matrimonio le agradaba cada vez más, y les agradaba también al Tío Tao y a la familia, porque era lo mismo que sus matrimonios. Se aproximaron a James más que nunca, y él lo notaba y esto le hacía feliz. Los colonos de la tierra y los aldeanos, que durante tanto tiempo lo habían considerado medio extranjero, empezaban ahora a hacerle burla, a reírse y a tratarlo como uno de ellos, y a James le gustaba esto también. Estaba abandonando su aislamiento, y Mary lo veía más lleno de vida que nunca en su conversación y proceder. No le decía nada, no fuera a perjudicar esta nueva naturaleza, pero a Chen se lo decía con gran admiración:

—Yo creo que Yumei está haciendo un hombre nuevo de Jim, aun antes de que se conozcan.

—Él ha elegido su camino, así que ya puedes dejar de pensar en él —dijo Chen. Él tampoco le hablaba a James de su nuevo comportamiento, aunque los dos estaban constantemente juntos.

Nunca había trabajado James con tanta intensidad. Él y Chen ya habían empezado a trabajar en las tres primeras habitaciones de lo que iba a ser su hospital. Mientras albañiles y carpinteros construían otras habitaciones, los enfermos estaban sobre los pisos en filas de camas arimadas a la pared. El patio era un enjambre con sus familias que venían a quedarse para ver con sus propios ojos que no se les hacía ningún daño a sus impotentes allegados. ¡Qué paciencia hacía falta para tratar de curar a aquellos que estaban cerca de la muerte! Pero James había puesto su obstinada voluntad de trabajo al nivel en que encontró a su pueblo. Los curaría en una casa como la de ellos, aunque limpia y llena de aire fresco. El suelo de tierra estaba rociado con cal viva y procuró que diera el sol en todos los rincones. El hospital daba al Sur, y las habitaciones de un solo piso se levantaban formando filas con patios abiertos en medio, y los lugares a los que no podía llegar el sol eran utilizados para cajones y combustible. Empezó con tres habitaciones, y le fue fácil gracias al valor del dinero que su madre le había regalado. El pueblo tendría que pagar por cada



habitación más, según se necesitara. Les explicó esto y todos aportaron un poco y este poco se fue reservando. Cuando curaba a un militar de la localidad o a un empleadillo, les cobraba más y ellos lo daban por orgullo. Sung, Kang y Peng se habrían reído, James lo sabía, pero éste era su hospital y no el de ellos; ésta era la única forma en que podía construirlo.

Entre tanto, sus noches, cuando no lo llamaban de ninguna parte, las ocupaba con la enseñanza. Entre Chen y él estaban preparando a quince jóvenes de las villas vecinas lo mismo que de la ancestral. Estos hombres, cuando tuvieran bastantes conocimientos para darse cuenta de sus limitaciones, de manera que no pretendieran tener más importancia de la que tenían, que es el peligro de la ignorancia, viajarían por todo el territorio circundante para lavar y desinfectar, llagas, úlceras y ojos enfermos, tratar la malaria y la viruela y traer al hospital a los que no pudieran curar.

Éste era el sencillo pero vasto plan que James y Chen habían formado. Había que hacer más que meras curaciones. Cada instrumento tenían que procurárselo. Construyeron su mesa de operaciones con la ayuda del primo de Liang. Instalaron una cocina dietética de paredes de tierra y revocaron el techo, para evitar el polvo en la tapa de las ollas, y Rose, la enfermera buena, tomó esto a su cargo. Cuando Mary se preocupaba por su soledad, por si no se casaba y lograba tener una vida propia, Rose se reía, como se reía de todo.

—Ya hay demasiados niños —declaraba—, ¿por qué he de creer que los míos han de ser mejores que los que ya han nacido? —Había muchas mujeres como Rose en estos tiempos de cambios, mujeres que no querían someterse a las antiguas reglas del matrimonio y que no llamaban tampoco la atención por ninguna belleza ni habilidad especial. Éstas son las mujeres del mundo y Rose era una de ellas.

El día de la boda se acercaba, y por deferencia a la esposa desconocida, a quien ahora que se había decidido por el antiguo sistema de matrimonio, se había decidido a guardar todo respeto, tanto sí el amor florecía entre ellos como si no, James dejó el hospital en manos de Chen por tres días. Puesto que podía holgazanear un poco, dedicó tiempo a cuidar de que sus habitaciones estuviesen arregladas y sus ropas limpias y enteras, en lo que le ayudó Mary. Young Wang vino de la posada y decidieron los platos de la fiesta de bodas. Luego Young Wang se quedó y afeitó a James y le cortó el pelo, como solía hacer cuando era su criado. Le dio muchos buenos consejos a su antiguo amo mientras lo hacía.

—Yo también me casé con una muchacha de la localidad, como usted sabe. —Le decía a James—. Ha resultado muy bien y estamos esperando un hijo. Pero desde el primer momento le hice saber que yo soy aquí la cabeza y ella las manos. Las mujeres necesitan conocer sus limitaciones. Son como las aves. Si ven el mundo entero por delante, corren por todas partes cacareando y sin poner huevos. Pero si ven la pared, la cerca, el patio, la puerta cerrada, se acuestan en paz sobre sus nidos.

Todo esto escuchaba James con fingida gravedad. Para sus adentros ya tenía determinada su manera de proceder. Sería como había sido siempre, ni flojo ni

dominante, y desde este punto ventajoso esperaría hasta descubrir el alma de la mujer. Sólo pedía que tuviera un carácter dulce.

El día de la boda fue uno de esos días que son comunes en las regiones del Norte donde la nieve raras veces cae. El cielo estaba despejado y frío y no hacía viento. Fue una suerte, porque los brutales vientos del invierno, que arrancan la arena de los desiertos y la restriegan contra la carne humana, torturando los ojos y volviendo el pelo y la piel del color del polvo, son una calamidad en un día de bodas. James escuchó al despertarse aquella mañana y se alegró de la tranquilidad. Ya pasaba de la madrugada, y si fuera a hacer viento ya estaría soplando enfurecido.

En lugar de eso era un día de extraña y aun poco común paz. La casa estaba tranquila y los Liang dormían hasta tarde, porque iba a ser un día de fiesta. Luego empezaron a moverse y se arreglaron para el mediodía, cuando vendría la novia en su silla de manos roja. El Tío Tao estaba levantado, comió y se vistió con sus mejores galas, y cada niño estaba lavado y tenía alguna prenda nueva que estrenar. Como se habían preparado ropas nuevas para el Año Nuevo, era bastante barato estrenarlas un poco antes.

James se levantó tarde también, y tomó el desayuno con Chen y Mary como de costumbre. Se había preguntado a veces cómo se sentiría el día de su boda y estaba sorprendido de no sentir nada, ni temor ni alegría. Se decía que era porque no había visto la cara de su novia. Ya había decidido cómo se encontraría con su novia desconocida. Otros hombres le habían contado al oído cosas de sus esposas a la antigua, de lo estúpidas que eran y su timidez en la noche de bodas, cómo lloraban con frecuencia. Él no le pediría nada esta noche. Ya tenía pensado lo que le diría.

—Tú y yo nos hemos elegido siguiendo las costumbres antiguas de nuestros antepasados. Pero no somos como fueron ellos. Nosotros vivimos en dos mundos, el viejo y el nuevo. Por lo tanto, seamos amigos durante algún tiempo, hasta que sepamos cómo somos. Más tarde, después que seamos amigos... —No creía que su madre le hubiera escogido una mujer estúpida que no comprendiera esto.

Después del desayuno se vistió cuidadosamente con ropas chinas. Cuando ella lo viera debía encontrarlo lo mismo que un hombre de su pueblo. No quería desanimarla pareciéndole extranjero al principio; ya descubriría lo mucho de extraño que tenía para ella conforme pasara el tiempo.

A pesar de toda esta calma determinada, James sentía que el corazón apresuraba sus latidos al llegar el mediodía. No podía menos de comprender, en silencio, que lo que estaba a punto de hacer era inquebrantable. Luego recordó con cuánta frecuencia en siglos pasados, los hombres, sus antecesores, habían estado tan ignorantes como él de su destino. Para ellos como para él, el matrimonio no se realizaba por placer individual. Era el despliegue de la vida misma. Hombre y mujer, desconocidos antes, daban aquel paso, uno hacia el otro, y lo que había estado separado se convertía en uno. Debía pensar en sí mismo sólo como en el hombre y en ella sólo como en la mujer. Su vida no era más que parte del conjunto de la vida.

Con tal espíritu esperaba en la sala principal de la casa de los Liang con toda la familia. El Tío Tao estaba sentado en la silla más alta, vestido con su túnica mejor, de un matiz ámbar viejo, con chaqueta de mangas de terciopelo negro. En la cabeza llevaba una gorra de raso negro con botón de cordón rojo. Cada uno de los primos mayores, vestidos con sus mejores galas, se sentaban en los asientos adecuados, y las primas salieron a saludar a la novia y recibirla dentro de casa.

La roja silla de manos de la boda llegó a la puerta una hora después del mediodía. Media hora más tarde, mientras James esperaba todavía con el Tío Tao y los primos en el gran salón, se abrieron las puertas. James miró hacia allá. Vio a Mary avanzando hacia él, sonriente, llevando de la mano a su novia. Vio una figura esbelta envuelta de pies a cabeza en raso rojo. Tenía la cabeza doblada bajo el velo de abalorios, pero a través de las sartas vio una cara grave y buena, con los párpados caídos y la boca firme muy roja.

El Tío Tao se levantó, y con él todos los primos. La boda había comenzado.

Cuando James entró en su habitación aquella noche y oyó cerrarse la puerta detrás de sí, comprendió que la bondad de su vida en adelante dependía de él y de aquella mujer desconocida. Estaba sentada al lado de la mesa y sus manos reposaban una sobre la otra en su regazo. Eran morenas y no demasiado pequeñas; las uñas no estaban pintadas. Todavía llevaba el velo de abalorios; seguía con la cabeza baja y los párpados caídos, tal como la había visto por vez primera. Sentada e inmóvil, estaba esperando, él lo sabía, que le levantara el velo de la cabeza. Se adelantó en seguida y, poniendo sus manos en el tocado, se lo sacó y lo dejó sobre la mesa.

Trató de hacer su voz agradable, fácil, algo que no pudiera inspirar temor a ninguna mujer.

—¡Qué pesado es esto! Espero que no tengas un dolor de cabeza de llevarlo todo el día.

Al oír esto ella levantó la vista rápidamente y en seguida la apartó.

—Me duele un poco —dijo—, pero pasará pronto. Soy muy fuerte.

Le gustó su voz sencilla, de acento rústico, pero claro. No era bonita; pero su cara era bondadosa, de facciones correctas y cutis suave y moreno, como es común en las aldeas. Sus ojos estaban muy separados y eran lo bastante grandes para parecer honrados. La boca era generosa y parecía revelar un carácter dulce. Podía dar gracias por todo esto.

Se sentó frente a ella.

—Cuéntame tu vida. —Le dijo—. Después yo te contaré la mía.

Hubo una dulce mirada de sorpresa en su cara, pero a los pocos segundos la joven empezó sin timidez:

—¿Qué puedo contar? Nosotros somos recién llegados aquí y nuestra casa ancestral está a unos trescientos *li* de distancia. Yo no tengo instrucción... y esto me avergüenza. Pero en una casa de labranza no hay tiempo para que una muchacha vaya a la escuela. Mis dos hermanos más jóvenes saben leer. Nosotros los mayores siempre

tuvimos que trabajar. Yo soy la hija mediana de mis padres.

—Leer es fácil —dijo James—. Mi hermana te enseñará sí quieres.

—Quiero —dijo ella—. Es decir, si me puedes dejar tiempo para aprender.

—Habrá tiempo —contestó James.

Entonces sencillamente, de modo que no la asustara, le contó su vida y cómo la había pasado en el extranjero y por qué había querido regresar a su pueblo. Escuchaba ella inmóvil, con la cabeza inclinada, sin mirarlo, y James advirtió de pronto que estaba contando más de lo que tenía pensado. Cuando terminó, habló ella en forma grave y tranquila, manifiestamente natural en ella.

—Nuestro país pasa ahora por tiempos malos. Hay los que se van en tales tiempos y los que regresan. Los buenos son los que regresan.

James quedó encantado de oír esto. Con tan pocas palabras había expuesto esta muchacha lo que él había tratado de decirse con frecuencia de muchas maneras, pero nunca con tanta sencillez y claridad. Ahora podía hacerle la propuesta de amistad:

—Tú estás cansada. Déjame decirte lo que tengo pensado: tú y yo nos hemos elegido siguiendo las costumbres antiguas de nuestros antepasados...

Siguió, y ella lo escuchaba. Cuando terminó la joven asintió con una rápida inclinación de cabeza y por primera vez lo miró a los ojos.

—Tu madre me dijo que eras un buen hombre —dijo—. Ahora ya sé que lo eres.

Después de su boda la vida corría con escasos cambios respecto a como era antes. Al cabo de pocos días, Yumei había ocupado su lugar en la casa. Era una mujer tranquila. Pero cuando estaban solos, James encontraba un placer creciente en hablar con ella. Tenía una mentalidad amplia y sus pensamientos eran originales porque eran propios. Como había estado siempre ocupada con una familia de varios hermanos, nadie había tenido tiempo para ocuparse en conocer sus pensamientos; este tesoro era de James y lo iba a descubrir ahora. Pronto empezó ella a introducir pequeños cambios aumentando la comodidad de sus habitaciones y James se encontró con que le servían la comida a tiempo y a punto, a las horas en que podía comer más fácilmente. Cuando volvía por la noches, había siempre alguna cosa ligera y caliente para comer y con eso dormía mejor.

Y fue Yumei la primera en decirle que el Tío Tao estaba aterrado y con dolores.

—Por favor, mira a nuestra Anciana Cabeza. —Le dijo una mañana—. Ayer estaba llorando detrás de la mano cuando creyó que no lo veía nadie. Pero yo lo vi y así que los demás se fueron, le pedí que me dijera qué le pasaba. De esta manera, me enteré de que el tumor que tiene dentro le pesa sobre los riñones y no puede sentarse ni dormir.

—Hace mucho que le he dicho que debería permitirme que se lo sacara —dijo James para defenderse.

Ella estaba sentada a cierta distancia de él y cruzaba las manos como lo hacía

siempre cuando estaba a punto de hablarle. Le hablaba libremente, pero observaba las pequeñas formalidades que le habían enseñado.

—Perdóname, por favor —dijo—. Tú lo sabes todo mejor que yo, pero quizá esto lo conozca yo mejor... el estado de ánimo de las personas. El hijo mediano, sobre todo si es una niña, es el único que se fija en los mayores y los menores y es un puente entre ellos. El Tío Tao desea íntimamente quedar libre de este tumor, pero tiene miedo de morir si lo operan.

James se impacientó un poco con esto.

—Ya le he dicho que se morirá si no quiere que se lo saquen.

—Me contó que se lo habías dicho —contestó con la misma voz tranquila—. Eso es lo que le da tanto miedo. No tiene elección. Pero pongámosle la cosa así. Prométele que vivirá si se opera.

—¡Pero puede no vivir! —Exclamó James.

—Prométele que vivirá —dijo ella engatusándolo. Lo estaba mirando, con los ojos brillantes y dulces—. Si se muere no se entera. Y si vive, habrás tenido razón. Si cree que vivirá, eso le dará fuerzas para no morir.

Era difícil rechazar esta persuasión tan sagaz. James siguió en silencio por un momento meditándola. Resultaba bastante cierto eso... La creencia de que viviría era más poderosa que cualquier medicina para un hombre enfermo.

—Seguramente la vida es lo más precioso. —Lo apremiaba Yumei al ver que James no contestaba.

De nuevo le pareció que Yumei tenía razón. Los hombres seguían matándose unos a otros como lo habían hecho durante siglos y por muchas razones, sin saber que la vida era más preciosa que ninguna de las cosas por las cuales morían.

—Lo haré, si es posible convencer al Tío Tao.

—Yo lo convenceré —dijo ella.

En qué consistió la persuasión de Yumei, nadie lo sabe. Pero todos se dieron cuenta de que alguna discusión importante, lenta y amable tenía lugar entre el anciano y la joven. Ella le servía todos los días sus comidas favoritas y se sentaba con él mientras comía y cuando había comido empezaba la persuasión, instándolo a que viviera. «Porque, ¿cómo podría la casa de los Liang seguir adelante sin él?», le preguntaba. Indicaba que en tiempos como los actuales los sabios y ancianos eran las únicas lámparas para guiar los pasos del pueblo. Así persuadía al Tío Tao para que dejara de considerarse como un anciano inútil cargado de años. Lo llenó de la necesidad de vivir, de que su deber era conservar la vida, y luego le hizo creer que podía vivir. Cuando llegó a este punto fue a decírselo a James.

Todos quedaron asombrados. A la nuera mayor no le agradó demasiado este éxito de una recién llegada cuando los mayores habían fracasado, y Mary, que quería bien a Yumei, no pudo menos de preguntarse si el Tío Tao era digno de tantas molestias.

Pero James no dejó a nadie tiempo para pensarlo, ni en pro ni en contra. Sabía

que debía aprovechar este momento en que el valor del Tío Tao estaba alto. Se dispuso a hacer el trabajo al día siguiente, no aceptó más pacientes aquel día y se aplicó a esta única y estupenda tarea. Si fracasaba con su propia sangre, si se moría el Tío Tao, nadie en la villa ancestral volvería a creer en él y tendría que trasladar el hospital a otra parte. Este monstruoso conocimiento se le impuso por la excitación de la parentela de la casa y por los aldeanos y hombres de la tierra que vinieron al oír lo que estaba a punto de suceder, y se quedaron hasta enterarse de que el Tío Tao había sido operado y vuelto a coser felizmente.

De nuevo a James lo ayudaba la suerte. No hubo viento ni arena al día siguiente y la pequeña sala de operaciones estaba limpia. Por la mañana temprano el Tío Tao fue trasladado allí en una litera llevada por sus hijos, y todos los colonos que habían pasado la noche en los patios se levantaron al verlo pasar y gimiendo al unísono. El Tío Tao no habló ni sonrió. Mantuvo los ojos cerrados y apretados los labios. Cuando lo levantaron sobre la mesa, estaba inerte. Para él todo había comenzado. Sólo una vez habló después de esto. Cuando cayó sobre la mesa abrió un ojo.

—¿Dónde está esa joven? —preguntó.

—Estoy aquí —replicó Yumei entrando en este momento. Miró a James como pidiéndole disculpa—. Tuve que decirle que yo estaría con él.

—Muy bien —dijo James.

Nunca había sobrellevado una tarea tan pesada ni había tenido jamás tanto miedo. Chen estaba con él y también Rose; ésta vio temblar su mano, miró a Chen y notó que él lo había visto también.

—Firme, Jim —dijo en inglés—. Estamos aquí contigo.

—Gracias —dijo James. Pero sabía que estaba solo. Suya era la mano que sostenía la cuchilla.

Rose colocó el cono de éter sobre la cara del Tío Tao y éste pateó.

—Nuestra buena Cabeza Anciana, ya le dije que había que hacer esto primero. — Le habló Yumei con voz tranquila.

El Tío Tao gritó violentamente, luego con menos violencia y luego profirió sólo un gruñido, después un murmullo, y algo más tarde quedó en silencio.

El hijo mayor del Tío Tao había exigido entrar en la habitación con su padre para ver que todo iba bien. Estaba en pie contra la puerta para no dejar mirar a nadie por ella, la ventana estaba pintada de blanco para evitar miradas curiosas, y gruñó cuando su padre quedó en silencio.

—¿No está muriendo? —preguntó.

—No —dijo Yumei—, yo escucho su respiración.

James no prestó atención a ninguno de ellos. Había entrado en el campo de batalla donde debía sostener su lucha solitaria contra el enemigo, que era la Muerte. Debía apartar de su imaginación todo, excepto la victoria. Chen había desnudado el gran vientre del Tío Tao, lo afeitaron y limpiaron. Ahora James trazó con su cuchilla una cortadura recta, nítida y honda. El hijo mayor gimió y cayó al suelo, ocultando la cara

contra la puerta. Yumei no miraba, pero seguía al lado de la cabeza del Tío Tao, escuchando su respiración. Una vez se hizo jadeante y entonces le tocó en el brazo a Rose, quien habló con Chen. Éste introdujo una aguja en el brazo del Tío Tao.

El cuarto estaba terrible en su silencio. En medio del silencio, James trabajaba velozmente. Estaba ahora cara a cara con su enemiga y el tiempo figuraba del lado de la vida. Chen era un ayudante sin igual, en pie a su lado. Las venas eran sostenidas con pinzas y se daba vuelta a las masas de vieja grasa amarilla. Trabajando contra el tiempo y la respiración lenta, James levantó y sacó por fin el grueso tumor y lo arrojó en el cubo de los residuos. No miró la cara del Tío Tao. Rose se cuidaba de eso... Yumei también, recordó. Chen le fue entregando las vendas, unas para cada lugar. Las manos de James se movían con delicadeza, velozmente. El ánimo se levantaba. Había encontrado a su enemigo y la victoria era suya. El Tío Tao viviría.

Sin embargo, la vida después de una batalla contra la muerte es cosa de cuidado. Se la puede equiparar siempre con un pájaro dispuesto para el vuelo. El Tío Tao tuvo que ser vigilado día y noche, y Yumei no lo dejó nunca. Tenía una especie de vida propia que sujetaba y retenía la vida del Tío Tao cuando estaba a punto de escapar. James con toda su habilidad no estaba tan alerta como ella para saber cuándo el Tío Tao necesitaba alimento rápidamente o que le clavarán la aguja en el brazo.

Fue Yumei la que hizo una cosa a la vez absurda y que, sin embargo, fue un gran alivio para el Tío Tao. Recogió el tumor del cubo y lo puso en un gran recipiente de vidrio que una vez había contenido medicamentos. Llenó la botella con fuerte vino de kaolian, la selló y la puso en el cuarto del Tío Tao. Sabía que le causaría placer ver su tumor, aun cuando estaba demasiado débil para hablar.

Lo contempló durante largo rato un día. Luego preguntó:

—¿Es... eso?

Ella afirmó con la cabeza.

—Eso es lo que le quitaba la vida. Tío Tao —respondió. Él seguía acostado mirándolo con frecuencia desde entonces y el verlo aprisionado e impotente lo hacía sentirse fuerte. Se había salvado.

—¿Quién habría pensado en hacer semejante cosa, a no ser Yumei? —Gritó Mary cuando lo oyó.

—Yumei está muy cerca de la gente y de la vida —dijo Chen. Y a James, le dijo por primera vez—: Empiezo a creer que tu madre te escogió una buena mujer.

—Yo también empiezo a creerlo —dijo James. Era brusco porque no quería hablar de Yumei con nadie. Algo tan delicado como la plata, tan fino como el rocío que pesa sobre una telaraña, estaba empezando a tejerse entre su esposa y él. No debía ser tocado. Cuando el Tío Tao estuvo bastante bien para sentarse invitó a todos sus amigos que vinieran a ver lo que le habían sacado y se vanagloriaba de su tamaño y color.

—Yo guardé esta cosa dentro de mí durante muchos años —decía solemnemente mirándolos—. Al principio el más fuerte era yo, pero luego esto se hizo más fuerte. Entonces le dije a mi sobrino, el doctor: «Sácamelo». Él tenía miedo... ¡eh, tenía miedo, realmente! Pero yo no sentía temor. Me acosté sobre la mesa y olí el olor que duerme, y él me abrió. Mi hijo mayor lo vio todo y me lo contó. Mi sobrino levantó ese bulto y me lo sacó, y mi sobrina lo puso en la botella. Ahora ya estoy como nuevo.

No se cansaba nunca de contar su historia, y debe decirse que nadie se cansaba de oírla. Aun los parientes que escuchaban esta misma historia cada uno o dos días se sentían orgullosos del Tío Tao. De allí en adelante, cuando alguien se quejaba de que le dolía alguna parte, el Tío Tao le ordenaba que fuera al hospital, donde lo operaría su sobrino y la esposa del sobrino pondría lo que le sacaran en una botella. Así se puso un poco de moda tener tumores metidos en botellas sobre la mesa de las salas principales de las casas, pero el del Tío Tao era el más grande de todos.

De ahora en adelante, James fue el favorito del Tío Tao, y no se le podía negar nada. James estaba agradecido por esto; sin embargo, veía muy bien que el Tío Tao había salido de su lucha con la muerte tan poco arrepentido como siempre. Seguía siendo el mismo viejo hábil y audaz que conservaba sus mejores amigos entre los funcionarios, la policía secreta y los recaudadores de contribuciones. Todavía consideraba a los colonos como cosa de su propiedad, y se reía cuando oía hablar de sus pequeñas rebeliones.

Esto disgustaba a Yumei, que pertenecía al pueblo, y una noche le habló a James de sus temores. Él la escuchó, habiendo aprendido pronto a considerar todo lo que ella le decía, porque no hablaba tontamente.

—Cuando llegue el día en que el pueblo se vuelva contra los funcionarios, la policía y los recaudadores de contribuciones —decía Yumei, muy disgustada—. ¿Seremos bastante fuertes para salvar al Tío Tao? —Movié la cabeza y se interrumpió, sin contestar a su propia pregunta.

—¿Podremos salvarnos nosotros? —preguntó James.

—Nuestro pueblo no matará a aquellos que lo sirven como tú lo haces —replicó ella—. Nosotros estamos bastante seguros.

James se daba cuenta de que esta seguridad se la debía a ella. Comprendía cada día con más claridad que Yumei era el puente que él necesitaba para llegar a su propio pueblo. Cuando sentían temor de él y de sus costumbres extranjeras, acudían a Yumei y Yumei venía a él. Los veía a través de ella y comprendía por ella lo que no había sido capaz de entender antes. Así a través de ella empezó a afirmar sus raíces en la tierra ancestral.

¿Cuál es el final de una historia? No hay final. La vida se desenvuelve en la vida y el río sigue corriendo.



Ningún amor súbito brotó entre James y su esposa. Él supo que ella lo amaba antes que él la amara y agradecía la paciencia que Yumei mostraba. Su amor necesitaba desarrollarse con los años. Pero un día, no mucho después de su boda, le pareció que una mujer merece tener hijos, y así por último se convirtió en su marido. Se alegraba de no haber esperado ningún sueño de amor. Porque después de esto Yumei, como esposa suya, cobró confianza, y se convirtió en parte auténtica de cuanto hacía. Era ella la que estaba al lado de las mujeres que lloraban en los partos difíciles y la que tenía a los niños en brazos cuando había que quemarles los ojos para limpiárselos del tracoma. Y tampoco tenía miedo de quedarse al lado de quien se estaba muriendo. No era una santa. A veces se cansaba y quería estar sola, y entonces él la dejaba hacer. Pero se la podía volver a llamar siempre cuando la vida estaba amenazada. Ella poseía el don de la vida.

Y James sabía qué vida era la que él necesitaba.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

*La buena tierra* forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankin. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

# Notas

[1] Tratamiento de confianza equivalente al tuteo. (*N. del T.*) <<

[2] Queens en inglés, es reinas. Esto explica el juego de palabras que viene a continuación. (N. del T.) <<

[3] Plataforma de ladrillo calentado por un fuego bajo. (*N. del E. D.*) <<